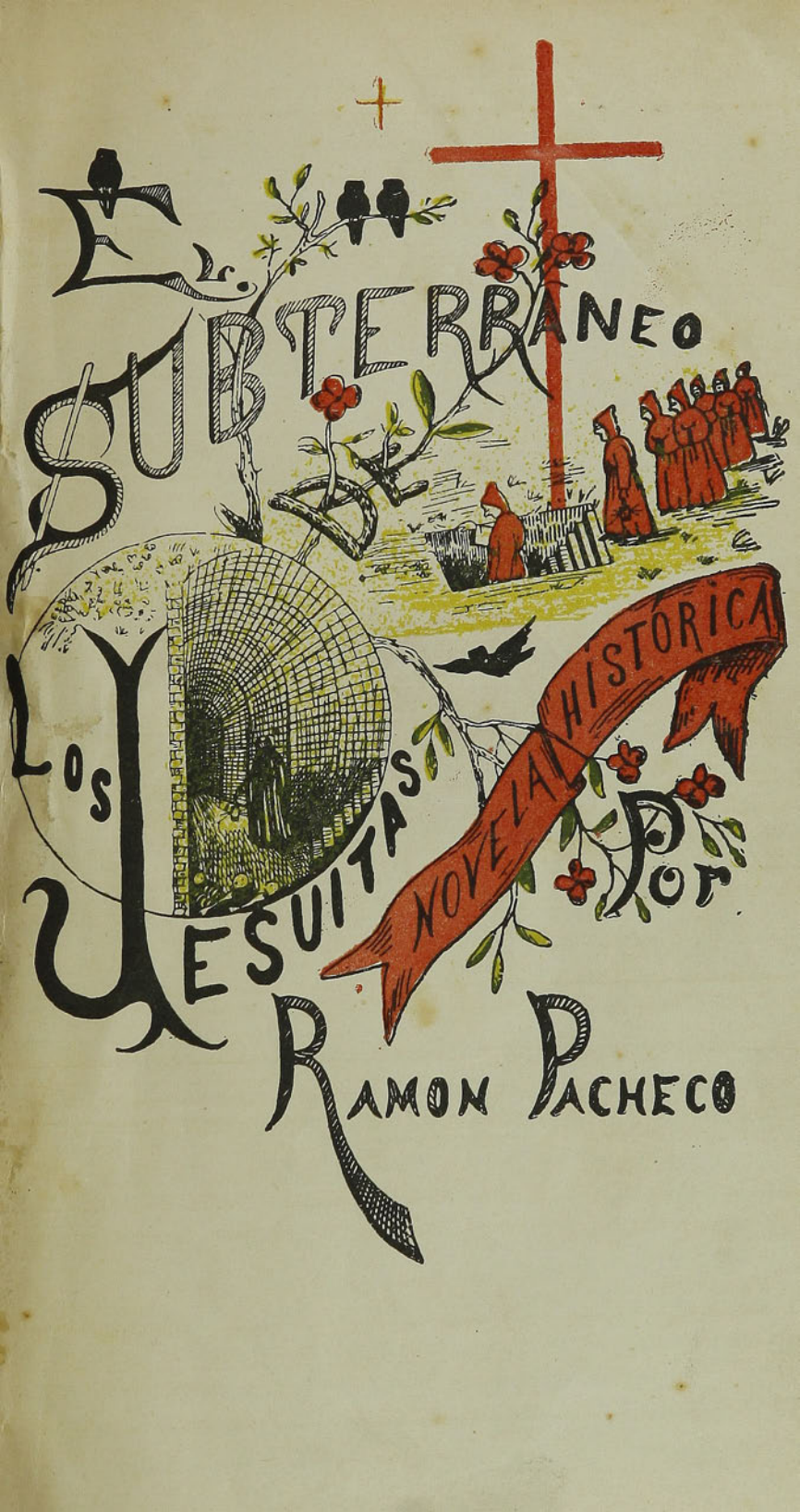
El Subterráneo de los Jesuitas



Novela histórica

Por

Ramon Pacheco

El Subterráneo de los Jesuitas

POR

RAMON PACHECO

"Estas pájinas han sido es-
"critas sin mas deseo que lle-
"var una luz al pueblo.»
(El Subterráneo de los Jesuitas.)—RAMON PACHECO.

EL entusiasta editor de este libro nos ha pedido un prólogo para la nueva edicion que se propone publicar, en atencion a la amistad que nos ligó con el estimable novelista Ramon Pacheco y la analojía de ideas que existe en nuestros escritos populares.

Pacheco, escribió *El Subterráneo de los Jesuitas* animamado del propósito de ilustrar al pueblo en las costumbres coloniales y en el influjo y predominio que ejerció en nuestra sociabilidad el jesuitismo relijioso.

Ademas, quiso completar con las pájinas de este interesante romance, el cuadro comenzado en su novela efec-

tista y dramática *El Puñal y la Sotana*, describiendo las pasiones que enjendra el fanatismo, sin que por esto haya pretendido arrebatar sus creencias a nadie, ni escarnecer su propia fé de hombre culto y de elevados sentimientos.

Comprendiendo el atraso de nuestros hábitos populares escribió la série de sus novelas, que perpetúan su nombre en nuestros anales literarios, obedeciendo al ideal de progreso que se anidaba en su alma.

En su concepto la novela es el medio mas eficaz para difundir en las multitudes los conocimientos mas útiles y convenientes, para el individuo y la sociedad, recreando el espíritu con una lectura amena y descubriendo horizontes a la intelijencia por medio de panoramas y sujestiones que despierten la ilusion y reaviven la esperanza.

Fué este, sin duda, el principal anhelo que como novelista persiguió Ramon Pacheco, que cuanto a la gloria literaria y a la preponderancia social que sus libros podian lejítimamente conquistarle, no fueron alicientes para sus nobles aspiraciones.

Su modesto carácter no le permitió figurar en un rol muy visible, y desde el retiro de su hogar, en medio de sus libros, solo aspiró a ilustrar al pueblo de su patria con sus amenas producciones, que tambien es un ideal hermoso enseñar la filosofía de la vida desde el lejano gabinete a ese mundo que ignora a su maestro, pero que recibe con amor y con entusiasmo sus consoladoras lecciones.

Durante quince años, Pacheco se consagró a estudiar las costumbres de su patria, traduciendo la vida social con la viveza de una imajinacion superior y tranquila, poniendo de relieve los caractéres de nuestra raza.

Muchas de sus novelas son destinadas a estimular los sentimientos del pueblo, pero otras definen rasgos sociales de las mas refinadas pasiones, haciendo una crítica fina y meditada del egoismo que domina en las esferas mas [illegible] a la vez que en las mas humildes.

Podemos citar entre las primeras *La Monja Endemoniada, Las Revelaciones de Ultra-tumba, Las Hijas de la Noche* y entre las últimas *La Novia de un Viejo* y *Los Héroes del Pacífico.*

El Subterráneo de los Jesuitas, es, sin disputa, la mejor de sus obras, habiendo merecido ser traducida al ingles y publicada con éxito brillante en Londres, como una muestra social de la época de la colonia en América y del dominio del jesuitismo relijioso en la sociabilidad de aquellos tiempos en el continente.

Es una novela de costumbres sociales, en la que se encuentran perfectamente descritos y definidos los caractéres de sus protagonistas, interesando vivamente al lector con el relato del drama que le sirve de argumento.

Se acerca a la mas viva realidad de la vida social de aquella época, y aun a la historia misma, en sus animadas escenas y en la pintura de los vicios y las pasiones que contribuyen a dar mayor orijinalidad al episodio fundamental de la novela.

Sin emplear frases de mal gusto ni hacer alarde de descripciones que infieran ultraje a la moral, usando un lenguaje elevado y correcto, espone el desarrollo y el desenlace del romance, despertando la curiosidad en el lector y predisponiendo el espíritu en favor de las ideas de emancipacion de la conciencia de todo influjo que no sea el de la propia voluntad.

Se puede afirmar, sin peligro de caer en exajeracion, que Ramon Pacheco, con su novela *El Subterráneo de los Jesuitas*, ha contribuido poderosamente a esparcir en nuestro pueblo y en la sociabilidad, la tendencia vigorosa de la cultura y de la libertad de la conciencia en materias relijiosas.

No fué por cierto el novelista un reformador social, pero en sus obras como en el periodismo puso en evidencia las enerjías de su espíritu de propagandista y acaso le co-

rresponda en la historia de nuestra literatura, el honroso título de precursor del socialismo chileno.

Sin ambiciones personales, se inició en las letras publicando su novela *Una Beata y un Bandido*, con el seudónimo de MARCO P. NOCHEA, anagrama de su nombre, ocultándose a la crítica y al aplauso, y solo reveló las cifras verdaderas de su apellido, cuando publicó *El Subterráneo de los Jesuitas*, asumiendo válientemente la solidaridad de su obra y de sus ideas.

Libro hermosísimo es el que escribió con el título de *Cartas a mi Esposa*, en el que hace descripciones artísticas de la prodijiosa naturaleza de nuestros campos y cuyos capítulos son verdaderos evanjelios de moral social.

Este libro debiera ser un testo popular de enseñanza de los deberes de la vida social de nuestra juventud, encontrando en sus pájinas la jóven y la mujer, vivos y seductores ejemplos de virtud y abnegacion, como de amor ardiente y sincero, para beber en sus pensamientos ideas de lealtad y firmeza en la fé jurada y en el dulce afecto ofrendado al sér amado.

Estos nobles ideales los reflejó Pacheco en el periodismo, fundando la prensa diaria chilena en Iquique, en 1879, recojiendo los vivos resplandores de la gloria de Prat en *El Veintiuno de Mayo* y en *La Voz Chilena*.

Leyendo los capítulos amenos y orijinales de *El Subterráneo de los Jesuitas*, se comprenderá mejor la nobleza de sus ideales y los brillantes atributos de su injenio de novelista.

Sea su obra feliz y destelle lampos de gloria sobre su nombre y la lápida de su tumba.

Pedro Pablo Figueroa.

Santiago, 1.° de Mayo de 1899.

CAPÍTULO I.

Una nubecilla que presajia tempestad.

A LAS ocho de la noche de un dia que no hai para qué citar, hallábanse en un salon elegantemente amueblado un caballero como de sesenta i cinco años i un jóven que aun no cumpliria los veintiseis.

El primero era alto, de frente despejada, pelo canoso i mejillas pálidas, aunque con esa palidez accidental que revela un mal pasajero.

Con respecto al jóven, solo diremos por ahora que se llamaba Edmundo Cortés i que era hermoso, bien formado, de mirada dulce o atrevida, así como de carácter suave o enérjico segun las circunstancias.

En el momento a que nos referimos, don Cornelio del Valle, que tal era el nombre del anciano, sostenia con el jóven una de aquellas conversaciones íntimas, que rara vez admiten la presencia de un tercero; i siguiendo el hilo de un discurso que Edmundo escuchaba con atencion, le decia:

—Tal desgracia cuando mis canas están próximas a bajar al sepulcro, me anonada i aniquila. Habia sido tan feliz hasta hoi, que creia que el cielo me concederia serlo, tambien en mis últimos dias. Lo que mas me atormenta, Edmundo, es el misterio que hai en esto... ¿Ha muerto? vive? dónde está? Por qué ha huido de mi casa? por qué deja a su hermana, a su padre que la idolatra?... Qué le he hecho yo, que no he tenido mas que amor i caricias que prodigarle, para que así empape de lágrimas mi ancianidad?

Don Cornelio, al decir esto, calló un instante porque en realidad asomaron a sus ojos algunas lágrimas; pero ocultándolas cuanto le fué posible, agregó con voz conmovida:

—Matilde debe conocer que, aunque sea mui culpable, yo me apresuraria a perdonarla si volviese a mi lado. ¿Porqué no lo ha hecho? En los ocho dias a que está fuera de su hogar, ¿no ha sentido ni por un instante siquiera el remordimiento de hacerme sufrir?... ¡Ah! agregó, supiera yo al ménos el lugar en que se halla, i eso me serviria de consuelo!

—Creo, señor, le dijo el jóven, que eso lo conseguiremos pronto. Le he prometido emplear mi vida entera si es preciso en descubrir la causa de todo esto, i lo cumpliré. Por ahora sufra Vd. en silencio, desconfie de las personas

que le parezcan mas honorables, i en pocos dias mas podré presentarle desenmascarado al que creo causa de este contratiempo. Nada puedo afirmar aun; pero estoi persuadido de que su desgracia es el resultado de una combinacion infame dirijida a un fin mucho mas infame aun.

—¿Tienes algunos datos, Edmundo? preguntó el anciano mirando al jóven con avidez.

—Datos ciertos i positivos, ninguno aun, replicó éste; pero tengo sospechas, casi certidumbre, de que el golpe que ha recibido, es obra de una mano hábil que pone en práctica un plan que ha de concluir con su felicidad i su vida.

—¡Ah! solo son sospechas! esclamó don Cornelio con desaliento. ¿Sobre quién recaen? agregó en seguida tras un breve rato de meditacion.

—No me es posible revelarle aun su nombre, contestó Edmundo, porque Vd. seria el primero que me prohibiria continuar mis investigaciones.

—No veo entre mis amigos, dijo el anciano, quién pueda traicionarme.

—Vd. lo conocerá pronto, señor; solo hai un hombre que pueda hacer esto, i ese hombre es tan hábil, tan astuto, que necesitaremos de toda nuestra enerjía, de toda nuestra sagacidad para luchar con él. Felizmente, agrego Edmundo, creo conocer bastante sus teorias i de lo que son capaces en algunos casos, para oponerles una decidida resistencia.

—¡Oponerles! replicó el anciano. ¿Por qué hablas en plural cuando me has dicho que es solo uno el que me ataca?

—Porque uno es el que concibe i dirije, i muchos los que obedecen i ejecutan.

—No comprendo! dijo el anciano con actitud pensativa.

I tras un breve silencio agregó:

—¿I tú crees, Edmundo, que ese que concibe i dirije el plan que tiene por objeto destruir mi felicidad, es un amigo?

—Su amigo mas íntimo, contestó el jóven.

En aquel momento entró a la pieza un criado i entregó a don Cornelio una carta que le traian del correo.

—Permíteme un instante, dijo el anciano al jóven, al ver en la carta el timbre de Valparaiso i conocer la letra de un amigo.

Desplegó el papel, i hé aquí lo que leyó:

«Señor don Cornelio del Valle.

«Señor de todo mi aprecio:

«Lleno de sentimiento i alegría a la vez, tomo la pluma para saludarlo i poner en su conocimiento una dolorosa noticia.

«Vd. sabe que su felicidad me interesa tanto como la mia, i que el procurarle una dicha completa es lo único que ambiciona mi alma. Temeroso, pues, de que una nueva desgracia hiera su corazon, he tratado de conocer los antecedentes de ese jóven Edmundo Cortés que solicita la mano de su encantadora e inocente hija Susana. ¡Ah, mi virtuoso amigo!..... Qué léjos estaban sus temores de la realidad! Ese jóven desgraciado, imbuido en las maléficas ideas del siglo, debe pertenecer a una de las terribles so-

ciedades masónicas cuyo principal objeto es destruir la relijion i colocar en su lugar la desmoralizacion i el libertinaje. Su clara intelijencia, amigo mio, no necesita que le haga ver cuán perniciosa seria a Vd. i a su familia un enlace con ese jóven. ¿A qué no puede arrastrar el indiferentismo, la impiedad de los que ni aman ni temen a Dios? Qué freno hai que los contenga en la vida, si no creen en lo que les espera despues de la muerte?

«De mui pocos minutos puedo disponer para escribirle; pero los aprovecharé diciéndole que como amigo le suplico i como padre espiritual le mando, que cierre desde luego la puerta de su casa a ese jóven cuyas ideas libertinas amenazan destruir para siempre la grande i benéfica virtud que Vd. ha sabido inculcar en el corazon de sus adorables hijos. Mui duro—lo conozco—va a ser a Vd. este paso: la bella e inocente Susana derramará tambien algunas lágrimas; pero nada de esto vale tanto como la paz del hogar i la salvacion eterna. Así, mi amigo, miéntras yo puedo reforzar su determinacion con mil reflexiones, dé Vd. el paso que le indico.

«Ninguna noticia, a pesar de mi constante trabajo, puedo darle sobre su otra hija. ¡Quién sabe, amigo mio, si el jóven Edmundo Cortés tiene alguna parte en esto! Todo puede esperarse, mi señor don Cornelio, de quien no teme a Dios ni guarda su santa lei!

«Bien pronto podré volver a esa, i estónces verbalmente le repetiré las consideraciones de aprecio con que ahora me suscribo de Vd. su obsecuente amigo,

Frai B. V.»

Don Cornelio concluyó de leer esta carta i se paró de la silla visiblemente ajitado.

El Edmundo a que la carta se referia, era el mismo que tenia ante sí, el honrado jóven a quien él tanto apreciaba i a quien pensaba acordarle la mano de su hija mayor, de la hermosa i simpática Susana del Valle. ¿Pero podría hacerlo ahora, ahora que conocia su modo de pensar en materias relijiosas?

El señor del Valle, intrigado por estos i otros pensamientos, estuvo paseándose largo rato, hasta que por fin se dijo:

—Nó; Edmundo no tiene parte alguna en la desaparicion de mi hija; por anti-católicas que sean sus ideas, su corazon es leal, sus sentimientos nobles i elevados, i no habria querido hacerme este mal. Veamos de quién tiene él sospechas.

I al pensar esto, el anciano volvió a ocupar su silla, i dijo al jóven:

—¿Quién crees que sea, Edmundo, el que es causa de la desaparicion de mi hija? Dílo, me interesa todo.

El jóven vaciló un momento, i al fin contestó:

—Prométame Vd. que no se enfadará i que, aunque crea absurda mi sospecha, no me impedirá que continúe en mis investigaciones.

—Bien: te lo prometo dijo el anciano.

Edmundo dudó un instante aun.

El temor de disgustar a don Cornelio lo contenia.

Por fin, acercándose a él, i con voz mui baja, pronunció el nombre del que firmaba la carta que don Cornelio acababa de leer.

—¡Imposible! esclamó éste levantándose de un salto de la silla. ¡Imposible, Edmundo! repitió con acento airado. Tus sospechas son demasiado atrevidas, e injurias a un hombre cuya virtud debias respetar!

—Mis sospechas tienen algun fundamento, señor; i sobre todo se trata de un...

—¡Eso es! interrumpió don Cornelio, cada vez mas indignado; eso es: la aversion que he creido notar en tí hácia esa santa pero calumniada sociedad, es lo que te hace concebir tales sospechas de tan justo varon! Te prometí no enfadarme; pero me es imposible no sentir una profunna indignacion, cuando veo que se quiere echar una mancha sobre la frente mas pura que he conocido!

—¡Quiera Dios que así sea! murmuró el jóven con sonrisa amarga, arrepintiéndose de haber comunicado sus ideas.

—¿Lo dudas? interrogó don Cornelio sin calmarse de su escitacion.

I como el jóven hiciese una señal afirmativa, aquel agregó:

—¡Eso es prevencion, Edmundo, i nada mas!... Ya que has manifestado tu modo de pensar, yo a mi vez te diré que siento infinito que tus ideas estén tan distantes de las que yo he inculcado en el corazon de mis hijas.....

—Pero, señor, esclamó Edmundo visiblemente alarmado.

—No me interrumpas, le dijo don Cornelio, ya que ha llegado el momento oportuno de que te hable con franqueza. Mucho te he querido: reconozco que eres un jóven honrado, laborioso, intelijente i digno del aprecio de todo el mundo; mas te diré aun; durante muchos años, acari-

cié con gusto la idea de que una de mis hijas fuera tu esposa, i hoi mismo creo que para ninguna de ellas podria encontrar un marido mejor; pero tus sentimientos relijiosos han sido un obstáculo para que te acordara en el acto la mano de Susana cuando me la pediste. Queria observarte, queria ver si el padre de mis nietos sabria educar a sus hijos como ye educado a los mios. Dejemos a un lado, por ahora, mis desgracias, i hablemos como hombres, franca i sinceramente, pues ahora mas que nunca necesito tomar una pronta determinacion. Contéstame, Edmundo, con el corazon en la mano, i ten presente dos cosas al hacerlo: primera, que confio en tu palabra; i segunda, que si por obtener la mano de mi hija, me engañas, harias mi desventura i tal vez la de ella.

—Vd. me conoce, señor, dijo Edmundo, i sabe que mi padre me enseñó a decir siempre la verdad.

Don Cornelio volvió a ocupar su silla, i dulcificando un tanto la voz, agregó:

—Tú sabes que para mí no hai nada mas grande i que merezca tanto nuestra atencion como el conservar puras e intactas las ideas relijiosas que recibimos de nuestros padres. Yo acato i venero esas creencias, reverencio i admiro las ceremonias con que se manifiestan, i creo que el que no piensa como yo, es un ser perjudicial, pues destruye con sus perniciosas ideas, la base mas sólida en que descansa la humanidad. Tú sabes, Edmundo, que idolatro a mis hijos; i como este amor seria mui mal entendido si atendiese primero a su felicidad corporal que a su dicha eterna, te conjuro a que me digas qué clase de sentimientes infundirias en el corazon de tu familia.

—Señor, replicó Edmundo: presiento que mis palabras van a destruir, tal vez para siempre, mi felicidad; pero aun cuando esto sea así, hablaré a Vd. con la franqueza que acostumbro. Si Vd. quiere saber qué haria con su hija, le diré que jamas le impediria seguir en las prácticas de la relijion en que ha sido educada i que ella acata como verdadera. I si no se lo impediria, es porque creo que toda relijion en que se adora a Dios i se respetan las leyes naturales, que son inherentes al corazon humano, es buena para llegar a Dios. Con respecto a mis hijos, les enseñaria a amar i respetar al Omnipotente como a suprema bondad, como a sabiduria infinita: les recomendaria una vida pura i el amor i la caridad con sus hermanos. A esto se reduciria mi doctrina, a esto mi enseñanza relijiosa.

—¿Luego tú crees inútil el culto, inútil la relijion? preguntó don Cornelio, escandalizado.

—Creo inútil, señor, cuanto se dirije a los sentidos i se aparta del corazon. La relijion que prescribe la moral i dirije el espíritu hácia la perfeccion, no es jamas mala, i por el contrario, la considero necesaria e indispensable. No por esto creo que la única buena, la única santa, sea la católica; i aunque estoi convencido de que es la mejor, tambien lo estoi de que hai muchos abusos que desterrar para que corresponda a la sublimidad de su institucion.

Don Cornelio se tomó la cabeza con ambas manos i murmuró:

—¡Ah, Edmundo! qué pesar habrias dado a tu padre, si viviera, con esas ideas! Pues bien: por duro que me sea el negarte la mano de mi hija i privarte que visites mi hogar, yo lo hago, Edmundo, porque quiero que en mi fa-

milia se conserven puras e inmaculadas las creencias santas que nuestros padres nos legaron!

—Señor, dijo Edmundo, con voz conmovida: no podré conformarme jamas con que Vd., que es casi mi padre, que siempre me ha manifestado tanto cariño, me aleje de su casa sin que haya dado motivo para ello. A mas, Vd. destroza dos corazones a la vez con esa inesperada determinacion. Vd. ha autorizado nuestro amor con Susana porque sabia que yo era digno de amarla; i nosotros, viendo sancionado ese cariño por Vd., que era nuestro padre, nos hemos jurado un amor tan eterno como nuestras vidas, tan imperecedero como nuestras almas! I un amor así, un amor que ha nacido i desarrolládose sin obstáculos, que ha crecido bajo la mirada de Dios, puro, grande, infinito, ¿puede, señor, troncharse de un golpe, arrancarse de una sacudida, anularse en un segundo? Si Vd. no lo hace por mí, al ménos piense en su hija!

—Mi hija, Edmundo, no querrá otra cosa que lo que su padre quiera.

—Sí, lo sé, señor: Susana se someterá sin murmurar, pero...

En aquel momento el jóven fué nuevamente interrumpido por tres lijeros golpes que dieron a una puerta que servia de comunicacion con los otros aposentos.

—Adelante, dijo don Cornelio.

Abrióse la puerta i apareció en el dintel una hermosísima jóven como de diezinueve años.

—¡Susana! murmuró Edmundo, contemplando con tristeza el semblante juvenil i encantador de la jóven.

Creia ésta, sin duda, encontrar solo a su padre, pues al

ver a Edmundo se ruborizó e hizo ademan de retirarse; mas a una indicacion de don Cornelio, avanzó resueltamente, saludó al jóven con una graciosa vénia i una hechicera sonrisa, i acercándose a su padre, le dijo:

—Papá, el señor Lorenzo Gaspari lo espera en la antesala. Dice que tiene cosas urjentes que comunicar a Vd.

—Bien, hija mia; díle que se sirva esperarme un momento.

Susana inclinó su hermosa frente para despedirse de Edmundo con uno de esos saludos mitad diplomáticos i mitad familiares, que indican a la vez el respeto i el cariño.

—¡Un instante, señor, si Vd. lo permite! esclamó Edmundo, indicando a la jóven, con un ademan, que no se alejase.

—Ya que Vd. me impide que venga a esta casa donde creia encontrar mi eterna dicha, agregó Edmundo dirijiéndose al anciano, permítame al ménos que haga conocer a Susana los motivos porque se me espulsa i se me niega esa felicidad.

—Yo puedo hacérselos conocer a mi hija, dijo don Cornelio, i ella verá que hai una causa mui justa.

El anciano queria evitar una despedida conociendo que esas escenas se gravan eternamente en el corazon de los jóvenes enamorados; pero Edmundo, próximo a perder lo que mas amaba en la vida, no quiso dejar pasar la ocasion de sincerarse i decir a Susana lo que en aquel instante sentia en el corazon. Así, replicó al punto:

—Seré mui breve, señor. A mas, yo pido a Vd. este

favor en nombre de mi padre, a quien Vd. nada supo negar.

—Habla, Edmundo, habla, contestó el anciano.

I dirijiéndose a la jóven, que permanecia de pié a su lado, le dijo:

—Siéntate, hija mia, i oye lo que Edmundo va a decirte.

Susana, adivinando lo que se le esperaba, habia palidecido; pero dotada de un carácter enérjico, de una voluntad dispuesta para aceptar cualquier golpe sin abatirse, miró a Edmundo con resolucion como para decirle: ¡Nada temas, estoi preparada a todo!

Así lo comprendió el jóven al ver aquellos grandes ojos de negras i dilatadas pupilas, fijos en él i como comunicándole el valor que a él le faltaba.

Edmundo se acercó dos pasos a ella i le dijo:

—Susana: se me niega tu mano por irrelijioso i se me priva que visite esta casa por... no lo sé! Pongo por testigo a Dios, a quien respeto i venero, de que en el fondo de mi conciencia siento la moral mas pura, i que no porque lamente los vicios que hai en la relijion, dejo de reverenciarla i acatarla! ¿Qué hai en mi conducta que no sea ajustado a la mas sana moral? Qué he hecho yo a Dios, qué he hecho yo a los hombres con señalar los abusos que han introducido en la relijion mas santa del universo? Pregunte, señor, agregó Edmundo dirijiéndose a don Cornelio, pregunte Vd. a mis amigos, pregunte a cuantos me conocen cuál es mi conducta, i todos le dirán que mi único anhelo ha sido el amor de Susana, i mi único pensar, mi único afan el arrancar de la tierra que diariamente riego

con el sudor de mi frente, las comodidades con que queria rodearla. Vd. mismo lo ha dicho: soi honrado, laborioso, i merezco el aprecio de todos; ¿i cree Vd., señor, que Dios mire mal al que guarda su divina lei, nada mas que porque desde el fondo de su espíritu se levanta una protesta contra algunos absurdos que los hombres han propalado?...

Don Cornelio se ajitó con disgusto en la silla, lo cual, visto por el jóven, le hizo contenerse i agregar:

—Pero dejaré esto i pasaré a ocuparme de lo que ha sido causa de que Vd. me aleje de su lado. He dicho que sus desgracias tienen por oríjen a un hombre que lo traiciona; i si tal cosa creo, es porque yo que los conozco, yo que he leido en innumerables obras de lo que son capaces, sé que cuando en una casa, cuando en un pueblo aparece una nubecilla, que ellos han levantado, no se disipa hasta que ha traido la tempestad. ¡Pluguiera a Dios que me engañe, i que sus desgracias de hoi no sean el principio de otras mayores! Como lo he dicho, aun nada sé positivamente; pero bien pronto lo conoceré, i Vd. podrá convencerse por sí mismo.

—Jamas, Edmundo! jamas! esclamó el anciano.

—Protesto a Vd. que deseo equivocarme, dijo el jóven, pues lo que mas importa para mí es su felicidad i la de su familia; pero temo mucho que mis temores se realicen i que nuevas i mayores desgracias lleguen a abatirlo! Si esto sucede, señor, el corazon me dice que podré servirle de algo, i que cuando todo se haya conjurado contra Vd., cuando todo a su alrededor sea tinieblas i misterios, yo podré levantarlo, i quién sabe si hacer tranquilos los últi-

mos momentos de su vida! Miéntras tanto, juro por mi alma que no descansaré hasta ver realizada mi esperanza, i que lucharé con los que a Vd. lo traicionan!

I dirijiéndose a Susana, que con la vista inclinada, el pecho palpitante, le escuchaba sin perder una sílaba de sus palabras, dijo:

—Esto que prometo, Susana, lo haré, no esperando al fin el premio inestimable de tu amor, no por odio a tus enemigos, sino por cumplir con un deber! Así, desde hoi, Susana, eres libre de amar a otro hombre que sea mas feliz que yo, i quedas desde este momento desligada del juramento que me habias hecho!

La jóven pareció vacilar; pero cediendo a un arranque propio de su carácter varonil, estendió una mano hácia Edmundo i le dijo:

—¡Ese juramento, Edmundo, fué eterno, i lo renuevo hoi delante de mi padre!

—¡Susana! esclamó don Cornelio con acento de reconvencion.

—Papá! dijo la jóven con firmeza i humildad a la vez; papá, jamas su hija desobedecerá sus órdenes ni contrariará sus deseos; pero al mismo tiempo que cumplir con ese deber de hija, le suplico me permita cumplir tambien con un deber del corazon.

—Nó, Susana, le dijo Edmundo: yo no quiero tu sacrificio; i aunque para mí, en medio de la lucha terrible que presiento, seria un consuelo el abrigar siempre una esperanza, prefiero mi amargura a que tú sientas el mas pequeño sinsabor!...

—¡Terminemos! murmuró don Cornelio, al ver el jiro

que tomaba la conversacion. Terminemos, porque me espera un amigo.

Edmundo se acercó al anciano i le dijo:

—¿Es irrevocable, señor, su determinacion?

—Irrevocable, Edmundo, aunque siento que me tortura el alma.

—¡Bien, señor! Yo tambien seré inflexible para perseguir a los que a Vd. lo traicionan.

I mientras le estrechaba la mano, sin odio ni resentimiento alguno, agregó:

—Dios sabe, señor, cuán feliz habria sido con poderle dar el nombre de padre!

—¡Ah! El tambien lo sabe que te habria dado con placer el nombre de hijo; pero no es posible, Edmundo, murmuró el anciano enternecido.

—Susana, dijo Edmundo dirijiéndose a la niña: sé feliz cuanto puedas serlo, i eso bastará para mí...

La jóven, a pesar de su enerjía, no pudo esta vez contestar; i se limitó a oprimir, en señal de despedida, la mano que Edmundo le tendia.

—Adios! balbuceó éste volviendo la espalda para ocultar su emocion.

Ni Susana ni don Cornelio pudieron contestar. Estaban mui conmovidos.

CAPÍTULO II.

Un amigo portador de malas noticias.

Don Cornelio, apénas desapareció Edmu
dejóse caer en una silla i ocultó la cara e
las manos.

El pobre anciano tenia demasiado he
el corazon para soportar aquellas escenas con valor; a
que durante algunos minutos, no hizo otra cosa qu
primir las violentas emociones que ajitaban su pecho.

Susana, aunque la mas directamente ofendida, fu
primera en tratar de consolar al mismo que causab
dolor.

—Vamos, papá! le dijo; procure Vd. dominarse
que se presente a ese caballero que lo espera.

—¡Ah, hija mia! esclamó don Cornelio. ¡Tú no s

cuánto siento herir tu corazon! Pero medítalo bien... yo amo a Edmundo... sé que es un buen jóven; pero no tiene relijion!

Susana bajó la vista sin responder.

—¡Tú lo amas mucho! agregó don Cornelio mirando a su hija.

—Sí, contestó ésta; pero mas amo la voluntad i la tranquilidad de mi padre!

Don Cornelio estendió los brazos i estrechó a su hija diciéndola:

—¡Gracias, mi Susana, mi hija mui amada! Tú me das fuerzas para soportar la ingratitud i el abandono de la otra!...

—¡Ah! perdónela Vd., dijo Susana. ¡Quién sabe cuál será su situacion!

—Sí, la perdono, dijo don Cornelio. ¡Pobre hija mia! Si al ménos pudiese saber de ella!...

I recordando que lo esperaban, trató de calmarse ántes de pasar al salon en que se hallaba don Lorenzo Gaspari.

Era éste un caballero flaco, pequeño, completamente afeitado, el pelo mui corto, la nariz grande i afilada, i los labios delgados i sin color. En la mejilla izquierda tenia un grueso i velloso lunar i en la sien derecha una pequeña cicatriz. Vestia de negro i cargaba anteojos azules, lo que daba a su semblante un aspecto frio, desagradable, i casi podríamos decir repulsivo.

Gaspari i don Cornelio se saludaron con afecto.

El primero se informó con reiteradas preguntas de la salud de don Cornelio i de la de toda su familia.

Satisfecha su curiosidad o su interes, luego dijo:

—¿Sabe Vd. que he recibido carta de nuestro comun e inmejorable amigo el R. P. Basilio Vivanco?

—Yo tambien, dijo don Cornelio; en este instante acabo de leer una.

—Me lo dice el buen padre, dijo Gaspari. I al mismo tiempo me encarga lo disculpe por haber sido tan lacónico, pues dice que no tenia tiempo sino para comunicar a Vd. un asunto de mucho interes.

—Es cierto, dijo don Cornelio suspirando.

—Pues sin saber cómo, agregó don Lorenzo, o mas bien dicho, por una permision de Dios, me hace el R. P. un encargo que se relaciona con usted.

—¿Es posible? I por qué no me lo dice en su carta?

—Porque él ignora que esté Vd. relacionado con el asunto. Es el caso, mi señor don Cornelio, que, como Vd. sabe, los buenos padres jesuitas han sido en todas épocas mui calumniados.

—Así es, afirmó don Cornelio.

—Uno de sus enemigos, continuó don Lorenzo, escribió ahora muchos años una especie de romance en que, despues de inventar mil barbaridades contra los santos padres, decia que habian construido un inmenso subterráneo que minaba casi toda la capital de Chile. No contento con esto i otras mil suposiciones, decia que él mismo habia estado en dichos subterráneos, que era padre jesuita, i en fin, una multitud de embustes con que pensaba dar interes a su libro para imprimirlo i venderlo con profusion.

Iba ya a publicarse esta obra en una provincia de España, cuando los buenos padres tuvieron conocimiento de

ella, i merced a cierto arreglo con el autor, lograron hacerse del manuscrito e impedir que se diera a luz.

Esos papeles quedaron en la biblioteca del convento como un objeto de curiosidad; pero habiendo llegado a la ciudad un provincial que no tenia noticias del hecho, encontró el manuscrito i creyó que era verdadero.

Dicho provincial tenia un hijo desde ántes de ser sacerdote, i tuvo la debilidad de querer robar a la órden, para darlos al jóven, los tesoros que, segun decia el manuscrito habian quedado en los subterráneos cuando los jesuitas fueron espulsados de Chile.

El jóven, engañado como su padre por aquella falsísima historia, se vino a Chile con el objeto de buscar los subterráneos i el tesoro, que, por su puesto, no debia encontrar.

—Hai personas, dijo don Cornelio interrumpiendo al señor Gaspari, que creen en la existencia de esos subterráneos. Lo he oido decir a mil.

—I yo a diez mil, dijo Gaspari; es una de esas tradiciones fantásticas que suelen pasar de jeneracion en jeneracion, i que nacen tal vez de la broma de un truhan que ha querido entretener a sus oyentes. Pues bien, el jóven que se trajo el manuscrito, se hizo llamar aquí, en Chile, segun noticias obtenidas, Jorje Ballesteros.

—¡Jorje Ballesteros! esclamó don Cornelio. ¡Aguarde Vd.! yo he oido ese nombre!... Sí, Domitila lo pronunció varias veces!

—Domitila Lobo, hija de don Manuel Lobo, la esposa de Vd. ¿no es así? preguntó Gaspari.

—Exactamente, dijo don Cornelio. Domitila era hija de

don Manuel Lobo. I a propósito de subterráneo de los jesuitas, recuerdo que en dos o tres ocasiones que se ofreció hablar sobre esto delante de ella, se sonrió i dijo como chanceándose: «Si yo hablara, verian si existen o no». Jamas, continuó don Cornelio, dí importancia a su dicho por creerlo una broma.

—Una broma con respecto al hecho, dijo Gaspari, pero nó con respecto a la noticia. La esposa de Vd., debe haber tenido conocimiento de esa falsa historia por el tal Jorje Ballesteros, que murió en la casa de don Manuel Lobo despues de haber sido casado con una señora Berta, de la cual no tuvo familia. Pues bien: el padre Basilio tiene interes en recuperar ese manuscrito, temeroso de que álguien quiera publicarlo, i me encarga indague entre los descendientes del señor don Manuel Lobo, quién pueda tenerlo. Por las dilijencias practicadas en este sentido, ha llegado a saberse que los hijos de don Manuel Lobo fueron tres: Ismael, Ignacia i Domitila. Ismael casó con una jóven Clotilde, en la cual tuvo dos hijos que murieron de temprana edad. Ignacia, aunque casada, no tuvo familia; así es que solo quedó la señora Domitila, que fué la esposa de Vd. Por lo cual sus hijas son las únicas que restan de esa familia; i como Jorje Ballesteros murió en la casa de don Manuel Lobo i sin sucesion, es probable que la señora Domitila heredara el manuscrito. ¿Sabe usted algo a este respecto?

Don Cornelio permaneció largo rato meditando ántes de contestar.

—¡Aguarde Vd! dijo; creo recordar... Sí, eso es!... Domitila habló de eso... Pero yo no le dí importancia al

asunto, i solo recuerdo que un dia dijo que en su familia habian tenido un manuscrito i un plano de los subtetráneos. Yo me reí i no pasó adelante la conversacion.

—¡Oh! trate Vd. de recordar algo mas, amigo mio. Veamos, yo le ayudaré a Vd. ¿Habló alguna vez la señora Domitila de un clérigo que murió en su casa, de un señor Próspero Benavente?

—¿Benavente?... Nó, nunca oí ese apellido. Solo le recordaba por el nombre, i decia que era un virtuoso sacerdote... Aguarde Vd., creo que ese clérigo fué cura de San Pablo.

—El mismo, entónces, exclamó Gaspari. ¿I no oyó decir Vd. si él poseeria el manuscrito?

—Nó; como ya he dicho a Vd., solo eso oí a Domitila...

—¿Vd. está seguro de que entre sus papeles, entre sus libros, o tal vez arrumbados por ahí, en algun armario, en algun baúl, no esté ese manuscrito?

—No existe, amigo mio; estoi seguro de ello...

—Sin embargo, trate Vd. de recordarlo en estos dias; yo volveré pronto. Vamos a otra cosa, señor i amigo mui apreciado. ¿Sabe Vd. que ayer he sido sorprendido por un grave acontecimiento? Es el caso que se presentó en mi escritorio un señor... un señor... No recuerdo su apellido... Pues bien, ya me acordaré. Ese señor ha ido a pedirme le sirva de apoderado o jestor para entablar un juicio contra Vd.

—¿Contra mí? preguntó don Cornelio, alarmado. ¿I sobre qué?

—Sobre la hacienda que Vd. posee en el sur. Dice que el bisabuelo de Vd. no era propietario de esa hacienda,

que la usufructuaba solamente, i debia pasar despues a no sé quién. Al fin, yo no recuerdo bien el asunto, porque al principio me habia negado redondamente a aceptar el cargo por ser Vd. mi amigo; pero despues ví que a Vd. convenia el que yo me impusiese del negocio i pedí a dicho señor todas las pruebas, documentos i antecedentes que tenia para iniciar el juicio.

—¡Pero eso es imposible! exclamó el señor del Valle. Jamas he oido una palabra referente a tal asunto. En la hacienda hai todavia hombres ancianos que conocian a mi abuelo; ¿cómo éstos no me han dicho jamas que existe o puede existir otro dueño?

—¡Quién sabe, amigo mio!... Así suelen ser las desgracias que nos hieren: llegan del modo mas imprevisto. Por mi parte, no aceptaré el cargo de ajente, ni daré un solo paso sin consultarme con Vd.; pues aun cuando me ofreciesen veinte mil pesos, yo no quiero perder su amistad.

—Gracias, amigo mio! dijo don Cornelio: si quedo a brazos cruzados, tendré al ménos la satisfaccion de no haber perdido mis amigos.

—I es en la adversidad, señor del Valle, cuando se conocen los verdaderos amigos, dijo Gaspari levantándose.

—¿Se va Vd. tan pronto? le preguntó don Cornelio.

—Si, amigo mio. Como siempre, tengo mil asuntos que no me dejan tiempo para nada. ¿I qué le contesto a nuestro buen amigo el padre Basilio?

—Dígale Vd. que trataré de recordar, de indagar algo sobre ese manuscrito, i que yo contestaré a su estimable carta lo mas pronto posible. Ruéguele que se venga cuanto ántes i comuníquele el gran golpe que me amenaza.

Gaspari se despidió de don Cornelio, el cual, apenas quedó solo, esclamó:

—¿Tendré que sufrir ahora el quedar reducido a la miseria?

Entónces recordó lo que Edmundo le habia dicho ántes de alejarse:

—«He dicho a Vd. que sus desgracias tienen por causa un hombre que lo traiciona, i ahora agrego que ojalá no sean el principio de otras mayores!»

—¿Será esto una profecía que comienza a cumplirse? se preguntó el señor del Valle. ¡Nó! Edmundo se engaña! Ese buen amigo no puede querer mi mal!

CAPÍTULO III.

Dos aliados que por el momento no sirven.

«Ninguna corporacion o institucion relijiosa fué mas combatida por grandes i pequeños, pudiendo decirse que comenzaron con su vida sus persecuciones i que, durante tres siglos i mas que cuenta de existencia, ha crecido, se ha enriquecido i jeneralizado, convirtiéndose en un formidable poder a fuerza de maldiciones. Los destierros en masa las expatriaciones i expropiaciones, los anatemas de los papas, ni las violencias de los poderes públicos i de las masas populares han sido bastantes a impedir a la célebre compañía echar raices i ejercer su influencia en toda las extremidades del mundo. De Chile a Roma o de Roma a la China, desde el Paraguay a Moscow, los jesuitas han sabido entrar o volver si los han echado.»—HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES POLÍTICAS I RELIJIOSAS *por Alfonso Torres de Castilla: tomo IV de la edicion de Barcelona de de 1865, cap. I, part. I, pájs, 7 i 8.*

A la mañana siguiente, Edmundo, montando en un hermoso caballo, se dirijia a Maipo, donde creia encontrar a dos amigos íntimos con quienes contaba para llevar a cabo su árdua empresa.

La reflexion no habia hecho sino aumentar los temores

del jóven, aunque sin disminuir sus propósitos. Desde luego hallábase al frente de mil obstáculos que al principio no habia previsto i que por el momento no sabia cómo vencer.

Sin embargo, esto no lo desanimaba; al contrario, le parecia hallar cierto placer en las contrariedades, pues de esa manera pasaria mas ocupado su espíritu, i no tendria lugar a engolfarse en las penosas ideas que le traia el recuerdo de Susana del Valle.

Imbuido en estas u otras reflexiones, marchaba al galope mas largo de su caballo, cuidándose bien poco de si éste se fatigaba o nó.

A las once de la mañana, llegó por fin a una casa de construccion campestre, que era en la que pensaba encontrar a sus amigos; pero ahí supo que habian sido invitados a un paseo, del cual no debian volver hasta la noche o al dia siguiente.

Por fortuna para Edmundo, el lugar del paseo distaba solo unas dos leguas, que el jóven las hizo andar a su caballo en poco mas de una hora.

La casa en que se hallaban los amigos de Edmundo, pertenecia a la señora Concepcion N***, la cual tenia tres hijas que cantaban i bailaban primorosamente.

En el momento en que Edmundo llegó, niñas i jóvenes se habian retirado bajo unas frondosas higueras, i allí saboreaban un abundante almuerzo que la señora les habia preparado.

Rita, Clara i Maria, que eran las hijas de doña Concepcion, a mas de los atractivos que hemos mencionado, poseian otros no ménos agradables. Eran jóvenes, de re-

gular fisonomía, alegres, condescendientes, incansables para bailar i cantar, i jamas en una *redondilla* se quedaban atras para beber la copa de obligacion. Siempre con sus vestidos de percal o de canton mui albos: siempre peinadas i con la sonrisa en los labios, eran la alegre pascua en su noche de navidad.

—Oye, niño, dijo Edmundo a un muchacho que cuidaba de la casa. ¿Están aquí unos caballeros de Santiago, llamados Vicente Jimenez el uno, i Valentin Castro el otro?

—Sí, patroncito, contestó el muchacho, que parecia mui listo.

—Anda i díles que Edmundo Cortés los necesita.

El muchacho corrió hácia las higueras que estaban al fin del huerto, i volvió acompañado de dos jóvenes, que recibieron a Edmundo con las mas espresivas muestras de alegría.

Valetin Castro, que era el uno, contaria 25 años. El otro, es decir, Vicente Jimenez, 24. Un tanto flaco i moreno el primero, con ojos de mirada viva i sagaz, con semblante alegre i jovial, era casi el polo opuesto del segundo, cuya fisonomía revelaba a primera vista una de aquellas almas injénuas i bondadosas que los vicios de la sociedad no han podido pervertir. No se crea por esto que Vicente era una de esas naturalezas tímidas i escrupulosas; por el contrario, su misma franqueza le hacia en muchas ocasiones aparecer como osado, sobre todo en el roce con sus amigas. Esta particularidad de su carácter le habia costado mas de un chasco, que de nada le habian ser-

vido para enmendarse, pues como él no era capaz de engañar a nadie, creia que tampoco lo engañarian a él.

Edmundo conoció bien pronto que sus amigos estaban demasiado alegres para hablarles de cosas serias; i como, por otra parte, su caballo parecia mui fatigado, resolvió pasar el dia allí, a fin de no turbar el solaz de sus próximos compañeros de lucha.

—I bien, vamos a las higueras, dijo Vicente a Edmundo, i te presentaremos a las niñas Pradeles. Son tres flores de Maipo, amigo mio.

—De las cuales, dijo Valentin, Vicente quiere arrancar una i llevarla a Santiago.

—¡Ah! nó, esclamó el aludido. Esos aires la marchitarian, i yo quiero que se mantenga fresca i lozana.

—¿I cómo se llama la flor de que Vicente trata de hacerse jardinero? preguntó Edmundo.

—¡Ritita Pradel! contestó Valentin, riéndose.

—Bonito nombre, dijo Vicente con formalidad, tal vez para no desmentir aquello de que cuanto pertenece al objeto amado, se encuentra bueno, bello o agradable.

Hablando así, llegaron bajo las higueras, donde habia una mesa llena con restos del almuerzo i de botellas a medio vaciar.

Vicente presentó a Edmundo, nombrando separadamente a las niñas, i cuando llegó el turno de hacerlo con Rita, agregó en voz baja:

—La diosa de Maipo!

La jóven se sonrió con aire picaresco, i devolvió el cumplido con una mirada que llenó de orgullo al enamorado galan.

Edmundo halló razon a sus amigos para que estuviesen contentos ahí. La señora parecia inmejorable, i las niñas, aunque tenian una de esas fisonomías campestres, medio tostadas por el sol, eran en estremo graciosas i simpáticas. En otras circunstancias, el jóven habria aprovechado con gusto aquel dia de campo para divertirse a la par con sus amigos; pero a medida que trascurria el tiempo, su empresa tomaba proporciones jigantescas en su imajinacion.

¿Cómo podria él, tan jóven aun, luchar con esos hombres ante quienes los papas, los reyes, los emperadores, han inclinado la cabeza? Qué armas esgrimiria para vencer a los que, ni el furor de los pueblos levantados en masa, ni las bulas, ni escomuniones de Roma, ni el influjo i poder de mil cardenales, obispos i otras dignidades habian podido abatir?

A mas de estas ideas, no podia apartar de su corazon, ni aun por un instante, el recuerdo de Susana, a quien consideraba perdida para su amor; i si sonreia, si se manifestaba tranquilo, era solo por un esfuerzo poderoso de su enérjica voluntad.

Vicente i Valentin, exentos de toda preocupacion, saboreaban con la alegria propia de sus años las horas de placer que las niñas Pradeles sabian brindar a sus amigos de la capital; pero como Edmundo, a pesar de su empeño, dejaba traslucir su inquietud, los jóvenes le instaban a cada instante para que bailase i bebiese, creyendo que con esto conseguirian alegrarlo i hacerle compartir su bienestar.

Mas este empeño fué inútil, i a la tarde, cuando el sol desaparecia en el occidente, Edmundo dejó a sus amigos

entregados a su diversion, i se alejó de la casa con paso lento, deseoso de la soledad.

La hora era melancólica: las aves piaban dando un adios al dia, i buscaban presurosas sus nidos para descansar. Los árboles, agobiados por el peso de los frutos i con su verde ropaje un tanto ennegrecido por el polvo que habia levantado el viento, susurraban ajitados por la brisa que venia del mar. Fuera de estos ruidos vagos, el silencio mas absoluto reinaba en el campo.

Edmundo marchaba sin detenerse, fija su atencion en una idea. La soledad, la quietud de la naturaleza en el momento que pasaba al reposo de la noche, eran unas buenas compañeras de sus meditaciones.

Como en el camino real hubiese mucho polvo, el jóven entró a una hermosa alameda a cuyo fin se divisaba un bosque de olivos.

Intertanto, el crepúsculo de la tarde palidecia con rapidez, i cuando Edmundo llegó al bosque, la claridad era indecisa. Sintiéndose fatigado, penetró entre los olivos para buscar donde sentarse; pero no bien habia andado cincuenta pasos, cuando oyó hácia su izquierda un ruido como el que forma una persona al correr.

Maquinalmente se dirijió allá, i arrastrado por una viva curiosidad, llegó a un punto en que terminaba el bosque i se levantaba una casita de blancas paredes i techo de totora. Iba a dirijirse a ella, cuando vió al lado de sí una hermosa jóven sentada en un tronco de olivo que el peso de los años habia hecho caer.

Un tanto turbado, saludó con una vénia a la hermosa niña i avanzó algunos pasos para disculparse de su indis-

crecion; pero cuando llegó al punto en que la luz le permitió ver sus facciones, retrocedió admirado esclamando:

—¡Matilde! ¡Matilde aquí!...

La jóven a su vez reconoció a Edmundo, i tapándose la cara con ámbas manos, lanzó un grito i cayó desvanecida.

CAPÍTULO IV.

Un protector

«...Je devais broyer mon cœur, et quelque douleureux que dût être le supplice, je n'hésitais pas á l'accepter, et je me sentais fort. Mais úo je me sentais faible, c'etait á la pensée que mon sacrifice pouvait coûter une larme a celle que j'aimais.»

«...Debia torturar mi corazon, i por mas doloroso que fuera el suplicio, no trepidé en aceptarlo i me sentí fuerte. Pero a la idea de que mi sacrificio podia costar una lágrima a aquella a quien yo amaba, me sentí débil.»

LE JESUITE, *par L'abbé****, t. 1., páj. 311.

La situacion de Edmundo en el momento que la jóven Matilde del Valle cayó desvanecida por el temor i la emocion, era demasiado embarazosa. No obstante, se dominó i acudió a socorrerla. Pero casi en el mismo instante, salió de la blanca casita un jóven que, sin hacer caso alguno de Edmundo, se aproximó a Matilde diciéndola:

—¿Qué le sucede, Matilde? ¿Qué tiene Vd., por Dios?

La jóven, medio desvanecida, hizo un esfuerzo para hablar, pero no pudo.

—¡Un poco de agua! Traiga Vd. un poco de agua! dijo el recien llegado a Edmundo, con voz suplicante.

El jóven miró al rededor de sí sin hallar para dónde dirijirse.

—¡Ahí, en las piezas! agregó aquel.

Edmundo corrió a las habitaciones, miéntras el jóven, oprimiendo entre las suyas las finas i aristocráticas manos de Matilde del Valle, trataba de reanimarla diciéndole:

—¡Vuelva en sí, Matilde! ¿Qué es lo que siente?...

I como a ese tiempo regresara Edmundo con un vaso lleno de agua, la enderezó haciéndola apoyar la cabeza en su pecho.

Edmundo, aunque preocupado, no pudo ménos de mirar con admiracion el hermoso cuadro que tenia a la vista.

Matilde, con las mejillas tan blancas como el alabastro, con sus grandes i hermosos ojos medio cerrados por la languidez, con los labios descoloridos i un tanto entreabiertos, inclinaba la frente cual si el peso de su abundante cabellera fuera excesivo para su cabeza. Aquella jóven, de dieziseis años a lo mas, i cuyo semblante presentaba intactas aun la frescura i belleza de la juventud, tenia, sin embargo, cierto aire melancólico que realzaba su hermosura. Una leve línea rosada que circuia sus ojos, decia bien claro al observador que aquellos habian llorado mucho i dolorosamente.

Por lo que hace al jóven que la sostenia sobre su pecho, no tendria mas de veintisiete años, i era alto, hermoso, con cabellos castaños i ojos grandes i de espresivo mirar. Su

barba i bigote, afeitados unos quince dias ántes, al parecer, orlaban sus mejillas, que, como las de la jóven, tenian esa palidez bajo la cual se ve circular ardiente la vida. En aquel momento, toda su atencion, todas las facultades de su alma parecian concentradas en un solo objeto:—en el desmayo de la jóven, la cual, despues de beber algunos pequeños sorbos de agua, comenzó a reanimarse.

—¿Se siente Vd. mejor? preguntó el alarmado jóven.

—Sí, Anjel; ya vuelvo en mí, contestó Matilde con voz débil.

En seguida, como si aun sus ideas no recobraran toda su lucidez, se pasó las manos por las sienes, suspiró i dijo con voz leve:

—¡Ah! qué desgraciada soi!...

El nombrado Anjel tomó una de las manos de Matilde i la estrechó detenida i dolorosamente, fijando en ella, al mismo tiempo, una mirada profunda en que Edmundo leyó toda una historia de amarguras.

Aquella mirada suplicante, llena de idolatría, a la vez que espresaba un tiernísimo reproche, parecia implorar un anhelado perdon.

Matilde comprendió sin duda cuánto le decian con aquel lenguaje mudo, pero no por ésto ménos expresivo, i miró tambien al jóven, como disculpándose i acordándole con ternura el perdon que se la pedia. Pero luego, pasado el cortísimo instante en que aquellas dos almas se contaron sus pesares, en que aquellos dos corazones se repitieron la confesion callada i elocuente de un amor infinito, pero lleno de amargas decepciones, Matilde vió

ante sí a Edmundo, i cubriéndose la cara, prorrumpió en doloroso llanto.

—¡Matilde! esclamó Anjel tratando de consolarla.

—¡Señorita! le dijo a su vez Edmundo; no llore Vd! ¿Acaso no me conoce? No sabe que soi su amigo, casi su hermano? Por qué mi vista le causa tanto terror?

—¡Ah!... mi padre!... mi padre! murmuró Matilde sacudiendo la cabeza.

Edmundo comprendió en aquellas palabras lo que la jóven sentia.

—I bien, la dijo: yo puedo dar a Vd. noticias de su padre: yo puedo decirle que lo único que aspira, es saber donde está Vd. para correr a abrazarla?

—¡Ah! es que él no sabe cuán culpable soi! balbuceó la jóven.

—Sí, no lo sabe, replicó Edmundo, pero no quiere otra cosa sino perdonarla!

—La jóven no contestó porque los sollozos ahogaban su voz.

Anjel, que habia podido comprender que el jóven que hablaba con Matilde era el prometido de Susana i al que solo conocia de nombre i por algunas cortas confidencias que le habia hecho la primera, creyó del caso intervenir para dar algun término a aquella escena, que amenazaba prolongarse con grave perjuicio de la jóven.

—Matilde, la dijo, es necesario que se arme Vd. de valor a fin de que este caballero nos diga el objeto de su visita, o si viene de parte de don Cornelio.

—He llegado aquí, caballero, contestó Edmundo, solo por una casualidad; i aunque lamento la impresion desfa-

vorable que mi presencia ha hecho en Matilde, por otra parte me congratulo, pues creo que algo bueno para los tres puede resultar de esta entrevista. Así, hermanita—permítame darle el dulce nombre que le he dado en otras ocasiones—trate Vd. de consolarse i hablemos con la franqueza que debe reinar entre hermanos.

—Sí, es necesario que nos espliquemos, dijo Anjel; i para hacerlo, vamos a las piezas: aquí principia a sentirse un aire helado que puede enfermar a Matilde.

La jóven se apoyó en un brazo de Anjel i los tres se dirijieron con pasos lentos a las habitaciones.

Nada mas pobre i humilde que el ajuar que habia en ellas. En la primera, un catre, una mesa de tablas de álamo i cuatro sillas. Sobre la mesa, una palmatoria de metal i una cajita de caoba con incrustaciones de madre perla, único objeto de lujo i de valor que habia allí. El catre estaba cubierto con una regular cama, mui aseada, i cerca a él, colgados de la pared, unos cuantos vestidos i alguna ropa de mujer. Fuera de esto, solo habia una estera que cubria el pavimento, un cajon que hacia las veces de baul, i una pequeña armazon de madera en que se habia colocado una taza de lavatorio.

Anjel encendió una vela i Matilde fué a sentarse en la cama sin poder aun reprimir su llanto.

Edmundo fué el primero que rompió el silencio.

—Yo no tengo derecho alguno, les dijo, para pedirles ni para que Vds. me den esplicaciones. He llegado aquí, como ya lo he dicho, por una casualidad, o tal vez traido por la Providencia, si es que pueda ser útil a Vds. en algo. Si no lo soi, volveré como he venido, i nadie sabra a quién

he encontrado en esta morada. Pero ántes de hacerlo, creeria faltar a un deber si no les manifestase, que para consolar un tanto a don Cornelio, bastaria con anunciarle que Matilde existe. ¿Quieren Vds. que se lo hagamos saber? Podríamos realizarlo sin revelar ningun secreto.

—¿Haria Vd. eso? Seria posible que mi padre no supiera donde estoi, ni...

—Matilde volvió a ocultar la cara entre las manos, i agregó con cierta desesperacion:

—¡Nó; nunca, Dios mio!... Me moriria de vergüenza si me viera, si supiera... ¡Ah! no; mas bien quiero morir sola, maldecida, tratada como una hija ingrata, desnaturalizada!...

—¡Cálmese Vd., por Dios! le dijo Anjel. La señorita Susana, su amada hermana, en quien Vd. ha puesto mil veces sus esperanzas, ¿no podria servir para que anunciase a don Cornelio que Vd. vive, que Vd. lo ama siempre?

—¡Ah! mi hermana! esclamó Matilde con acento indefinible.

I parándose con esa escitacion que suele producir el dolor en una persona nerviosa, se acercó a Edmundo.

—Sí, le dijo; dígale Vd. a Susana que yo... ¡Pero nó!... ¿qué podria decirle?...

—¡Trate de dominarse, le dijo Edmundo, i escríbale una carta! Yo haré que llegue a sus manos sin que nadie lo sepa. Vd. sabe que puede confiar en mí i que solo haré lo que Vd. indique. Comprendo su dolor, hermanita mia, i sin que Vd. me lo diga, he adivinado su situacion. ¿Por qué tanto temor? por qué avergonzarse? En la vida, hermanita mia, el hombre está condenado a caer a cada ins-

tante, i puede sentir orgullo si, despues de caido, tiene fuerzas para levantarse. Hai mas grandeza, casi mas heroismo en el que vence despues de abatido, que en el que vive siempre triunfante. A mas, cuando el hombre cae, lo que mas agobia su corazon, es el temor de perder el afecto de las personas a quienes ama i de quienes se considera amado. ¿Teme Vd. esto? Teme que don Cornelio deje de amarla? que Susana cese de ser para Vd. la madre atenta, la hermana cariñosa, la amiga tierna que la consuele i la dé valor? Nó; no puede Vd. temerlo, i por mi parte, le aseguro que cualquiera que sea su falta, no solo será perdonada en el acto, sino que la amarán mas en el porvenir. La desgracia de un sér querido nos conmueve i nos liga mas íntimamente a él. Perdóneme Matilde, si al avanzar algunos juicios, aparezco tratando de sorprender su secreto; ya he dicho que no quiero saberlo, pues me basta el comprender que Vd. no es feliz, para desear con vehemencia el serle útil. Disponga de mí, dígame lo que necesita, i partiré al instante a ejecutarlo.

—¡Lo que necesito! repitió Matilde, meneando la cabeza. ¡Ai! es tanto lo que necesito!... Pero tiene Vd. razon, Edmundo! A mi padre i a mi hermana, a quienes he abandonado sin pensar en si me llorarian o no, les debo al ménos el anunciarles que vivo!... Escribiré a Susana i le diré... ¡todo o nada! le diré que quiero morir, que venga, que aun cuando yo sea tal vez la causa de de su desgracia en el porvenir, necesito que me perdone, que me ame, que me consuele!... Soi tan desgraciada!...

—¡Matilde! esclamó Anjel con voz sentida. ¿Qué ha hecho de su resignacion, del valor que habian infundido en

su alma mis palabras? Recuerde nuestras conversaciones, el voto solemne que, con los ojos henchidos de lágrimas, pero con la voz entera por el valor, hicimos a Dios!... Desde ese dia, Matilde, yo me siento fuerte, aspiro las penalidades i quiero las humillaciones: desde ese instante miro a Vd., no como a una criatura condenada a ocultar en un rincon sus lágrimas i su rubor, sino como a la mártir que conquista el cielo. Hai momentos—lo confieso—en que mi corazon se oprime, en que mis remordimientos me avasallan i en que, cuando me figuro su porvenir, si yo no hubiera caido en su camino como cae el rayo que destroza una planta, siento temblar de dolor hasta la médula de mis huesos; pero bien pronto, en lo íntimo del alma, oigo una voz que me dice: ¡Estais perdonados, i vuestra espiacion será agradable a Dios!—Entonces quiero vivir, quiero luchar, porque comprendo que ni con lágrimas, ni con un arrepentimiento estéril, se satisface al Creador! Mas, si los trabajos no me arredran, si aspiro a una expiacion grande, como es de grande el crímen cometido, es porque no veo, Matilde, lágrimas en sus mejillas, ni que un suspiro levanta su pecho!... Pero cuando, como ahora, la veo débil, abatida i desesporada, mis fuerzas tambien se debilitan, mi enerjia tambien se abate i mis entrañas se estremecen por el remordimiento!...

Anjel, que habia dicho lo anterior con voz conmovida, se volvió a Edmundo i agregó:

—Vd. ha dicho mui bien, caballero: la Providencia es quien lo ha dirijido aquí. Necesitábamos de un amigo, de un hombre de honor a quien pedirle grandes servicios, i Vd. llega cuando no sabíamos a quien dirijirnos. Vd. reci-

birá todas nuestras confidencias; Vd. sabrá cuál es nuestra situacion, para que nos guie, para que nos aconseje i ¡quién sabe si para que nos salve!

—Tal vez Vd. exajera mi valimiento, le dijo Edmundo; pero ya que merezco de Vds. su confianza, cuenten con mi lealtad i con mi mas sincero i decidido apoyo.

—Gracias! ya sé por Matilde de lo que Vd. es capaz cuando se trata de servir a los desgraciados!

—En eso, replicó Edmundo, el hombre no hace otra cosa que cumplir con un sagrado deber.

—Así es, dijo Anjel; pero por desgracia los hombres han olvidado ese deber.

I volviéndose a Matilde, que parecia mas tranquila, le dijo:

—Vd. puede escribirle a Susana miéntras nosotros acordamos lo que nos convenga hacer.

En seguida, invitó a Edmundo para salir al patio con el doble objeto de hacerle algunas confidencias i de que Matilde pudiera escribir tranquilamente.

CAPITULO V

Un enemigo leal

«No es ménos constante su avaricia, dicen que quieren enseñar *gratis*, pero no quieren sino colejios que tengan buenas rentas, situados en una buena ciudad, i saben mui bien beneficiarse de todo. En la Italia mostraron tan poca caridad i tanta ambicion de querer abarcarlo todo, dominar sobre todos los estados, etc., que todos auguraron para el porvenir muchos males con respecto a ellos, i previeron que, como son tan demasiadamente violentos sus principios no habrian de durar mucho tiempo bajo tales pretestos de piedad.»

«M. DE PONTAC, Obispo de Bazas, en su carta a M. de Lange, Consejero en el Parlamento de Bordeaux.—Roma, 1569.»

En esa misma noche Edmundo fué a reunirse con sus compañeros para ir a pasar la noche en Maipo, i de allí dirijirse al otro dia a Santiago.

Las confidencias hechas a Edmundo por el jóven que acompañaba a Matilde, las contaremos despues al lector.

Vicente i Valentin estaban visiblemente alarmados con

la desaparicion de su amigo; así que cuando éste se presentó, corrieron donde él i le confundieron con mil preguntas.

—Ese es un secreto, le dijo el jóven, sonriéndose; yo tambien tengo amigas por acá.

Pasaron la noche en Maipo, i a la mañana siguiente, apénas la luz apareció tras de los Andes, los tres amigos se habian puesto en marcha.

Edmundo se colocó entre los dos, diciéndoles que iba a comunicarles el objeto de su viaje a Maipo; pero sea que tuviera temor de hacerlo, sea que midiese sus frases para no decir mas de lo que debia, lo cierto es que permaneció largo rato en silencio.

Por fin, lanzó un suspiro i esclamó:

—¡Qué diablos! por algo he de principiar!

I dirijiéndose a sus amigos, les dijo:

—Tengo un gran remordimiento, i esto es lo que me hace dudar. No sé hasta dónde podemos nsar de la amistad sin que toquemos en el abuso. Ademas, si el sacrificio de Vds. fuera inútil; si los comprometo en una empresa superior a nuestras fuerzas, no me perdonaria jamas el haberles sacrificado.

—¿Se trata, hijo, de que nos tomemos a la Francia entre los tres? preguntó Valentin, impaciente al ver las reticencias de Edmundo.

—¡Quién sabe si eso seria mas posible! dijo éste.

—¡Diablo! ¿Entónces tendremos que ir al infierno a pelear con Belcebú?

—No te chancees, Valentin, le dijo Edmundo: la empre-

sa en que me he comprometido, puede ser mui terrible para mí, i tal vez para los tres.

—¡Qué no me chancee!... Pero si tú no has hecho otra cosa, hijo, desde que abriste los labios. ¿De dónde has sacado eso de abusar en la amistad? Puede acaso abusarse entre amigos? Luego has ensartado unas cuantas palabras de sacrificio, de duda, de remordimiento: ¿qué significa eso entre nosotros?... ¡Qué diablos! o somos amigos, o no somos...

Edmundo tendió la mano a Valentin, diciéndole:

—¡Te conozco tanto como a Vicente, i sé lo que serian capaces de hacer por mí, i por esto temo sacrificarlos!

—¡Qué sacrificio ni qué niño muerto, hombre de Dios! Un solo pellejo tenemos, i ese está a tu disposicion.

—Gracias, amigos: tal vez lo vais a perder por mí.

—Bien, démoslo por perdido i vamos al cuento.

Edmundo se detuvo aun algunos instantes.

—Vds. saben, dijo al fin, que mi mas querida esperanza era la de unir mi suerte a la de Susana del Valle, con quien ya me ligaba la mas profunda simpatía. Nuestro enlace debia verificarse pronto; pero llegó a la casa, en mala hora, un hombre que ha venido a destruir por completo mi felicidad. Luchar con él, arrancarle la máscara con que se encubre, patentizar sus propósitos i ambiciones, hé aquí lo que me propongo hacer i para lo que necesito de Vds.

—¿I quién es él que así le temes? preguntó Vicente.

—El, contestó Edmundo, es un hombre poderoso, que dispone de muchos hombres tan poderosos como él. Pertenece a una sociedad respetada por unos i maldecida por otros: sociedad que ningun poder ha conseguido abatir, i

que el trascurso de los siglos no ha hecho mas que engrandecer. Abatida, arrastrada por el lodo en mil ocasiones, se ha levantado bien pronto del fango para ocupar los palacios del fausto i del poder. No necesito deciros mas: esa sociedad es la Compañía de Jesus, i el hombre con quien tengo que luchar, uno de sus miembros.

—¡Bah! esclamó Valentin: no hai por qué temerles tanto: ya todo el mundo los conoce.

—Te equivocas, dijo Edmundo. Los jesuitas han tenido el talento de hacerse querer individualmente cuando han conocido que se desconfia de su sociedad. Por esto es que en mil persecuciones, i cuando un abismo se abria bajo sus piés, han encontrado, al ménos, el apoyo i la proteccion individual (1). No seré yo el que diga que no la merecen, pues soi el primero en confesar que hai i ha habido siempre entre ellos, hombres ilustrados, sacerdotes virtuosos, que sacrifican su bienestar i aun su propia vida, por sus semejantes. Pero su institucion, el fin que persiguen, la ambicion que los mueve, no pueden ménos que ser amargamente censurados.

—Yo creo, observó Vicente, que han sido calumniados, i de ahí nace la aversion con que se les mira.

—Tienes razon, replicó Edmundo. Por lo mismo que esa sociedad se ha engrandecido tanto, ha tenido poderosos i no siempre leales enemigos; pero aparte de esas ca-

---

(1) En el informe de Chalotais, procurador jeneral del Parlamento de Rennes, hablando de lo que han conseguido los jesuitas, dice: «A ser odiados en corporacion i estimados individualmente»..... *Historia de las persecuciones políticas i relijiosas*, por T. de Castilla, t. IV, cap. XIII, páj. 113.

lumnias, ellos mismos han dado a la historia terribles armas con que batirlos. Yo daré a conocer a Vds., ya que nos vamos a unir para entrar en lucha con ellos, sus máximas, sus principios i sus teorías, i verán que ellas solas bastan para temerlos. Por ahora volvamos a lo que a mí concierne. Desde el dia en que el padre Basilio entró a casa de don Cornelio del Valle, éste comenzó a cambiar visiblemente conmigo. Jamas se habria propuesto conocer cuáles eran mis sentimientos relijiosos, ni la clase de educacion que yo podria dar a mis hijos; pero desde que dicho sacerdote se hizo su confesor, trató de conocer mis ideas relijiosas i de atraerme al fanatismo en que él se halla envuelto. Vds. saben que soi franco i que aborrezco la hipocresía; así es que interrogado por don Cornelio, le hablé con toda injenuidad. Esto fué causa de mi desgracia; anteayer me ha cerrado la puerta de su casa por irrelijioso, por creerme perjudicial a la sociedad. I saben Vds. ¿en qué circunstancias hace esto? Cuando no tiene nadie que le ayude, nadie que dedique una hora siquiera para descubrir el paradero de su hija menor, jóven de 16 años, que ha desaparecido de la casa paterna sin que nadie haya podido averiguar dónde está.

—¿No tiene tambien un hijo? preguntó Vicente.

—Sí: Ricardo del Valle, jóven apocado, débil de cuerpo i pobre de intelijencia. El padre Basilio se ha apoderado de él completamente, i es un hombre perdido. Llegará a ser hermano lego, si es que no muere ántes de cumplir los veinte años.

—¿Pero qué interes tiene el padre Basilio, preguntó Valentin, en que tú no te cases con Susana?

—Uno mui sencillo: don Cornelio es rico i ya viejo, i solo tiene tres herederos: uno está casi asegurado (hablo de Ricardo); la segunda, perdida de la casa paterna, i tal vez sin esperanza de volver; queda la tercera—Susana—cuyo carácter lleno de enerjía, es la mas difícil de atraer o anular.

—Pero tú sabes, observó Vicente, que los jesuitas en Chile no pueden heredar.

—Pero pueden recibir dinero sonante, donaciones *inter vivos*, i para esto, no hai cosa mejor que abatir el corazon do un pobre viejo a fin de que, hastiado de la vida terrestre, aspire por la vida celestial. ¡Oh! ya irás conociendo poco a poco lo que se hace en estos casos!

—¿I tú qué piensas hacer? le preguntó Valentin.

—Por ahora, a causa de un acontecimiento que no esperaba, el principio de mi plan se ha desbaratado completamente, i tengo que esperar algunos dias ántes de proceder como habia pensado. No obstante, hé aquí lo que trato de hacer: desde luego, formar una policía que observe los menores pasos del padre Basilio i de otras personas que me son sospechosas; en seguida, persuadir a Ricardo para que abandone la idea de hacerse jesuita; i por fin—lo que es mas difícil—abrir los ojos a don Cornelio para que comprenda lo que puede sobrevenirle si continúa distinguiendo con su amistad al que no le corresponde del mismo modo. A primera vista, todo esto parece mui sencillo i acedero; mas, no es así. ¿De dónde sacaremos personas fieles, personas que no nos traicionen? Cómo hacer que vean la luz los que no tienen ojos para ello?

—Eso es mui fácil, dijo Valentin. Se principia por hacerles ojos, i en seguida se les hace ver la luz.

—No es tan fácil como presumes, replicó Edmundo. Hai personas que se encolerizan si se les quiere hacer un bien. Sin embargo, tengo fé de que bien pronto acumularé tales pruebas, que seria necesario carecer de razon para no aceptarlas.

Edmundo se interrumpió i miró hacia atras con recelo, al sentir, a pocos metros de distancia, los pasos de otro caballo.

—Apostaria diez pesos contra dos, dijo a sus amigos en voz baja, que ese hombre ha venido escuchando nuestra conversacion!

—¡No es posible! esclamó Vicente, dispuesto siempre a no creer las malas acciones de los hombres. ¿Qué interes puede tener en ello?

—Tal vez sea un espía, dijo Edmundo.

—Si es así, lo mejor es desembarazarnos de él, agregó Valentin.

I acostumbrado a pensar i ejecutar, se volvió hácia el desconocido diciéndole:

—¡Eh, amigo! ¿Va Vd. para Santiago?

—Sí, señor, contestó el interpelado, sacándose el sombrero en señal de respeto.

—¿I no le agradaria mas a Vd. marchar unas dos o tres cuadras adelante? Nosotros le vamos a empolvar el sombrero, si continúa marchando atras.

—No importa, señor; la tierra no me incomoda.

—Sí, ¿eh? pero es el caso, amigo, que a nosotros nos incomoda la idea de que podemos mortificarlo.

—Me quedaré un poco mas atras entónces, contestó el desconocido.

—¡Hum! no me agrada eso: nos dejaria Vd. con el mismísimo cuidado; así, pase Vd., que nosotros le escoltaremos.

El desconocido animó a su caballo i pasó entre los jóvenes saludándolos con grandes cortesías.

—¡Qué cara de pájaro tiene este prójimo! esclamó Valentin, riéndose al ver de cerca a su interlocutor.

—Este hombre, dijo Edmundo, me persigue: no hai dia que no me encuentre con él. Apostaria que sigue mis pasos.

—Si tal crees, le dijo Valentin, llamémosle i yo le aprieto el gaznate hasta que nos confiese la verdad.

—Nó; tal vez no sea culpable, observó Vicente.

—¡Dios lo quiera! murmuró Edmundo; pero este hombre hace en mí el efecto de una pesadilla, i creo que habrá oido, sino todo, una parte de lo que hemos hablado.

—Opino por arrancarle una confesion apretándole la corbata, si es que la lleva, dijo Valentin.

—No, dejémoslo en paz, replicó Edmundo; tal vez sean temores vagos los mios. Pero ya que vamos a luchar con los jesuitas, no olviden lo que voi a decirles. Desde hoi, es necesario que desconfiemos de todo: del criado que arregle nuestra pieza, de la sirviente que prepare nuestra comida, del vendedor que abastezca nuestra despensa, del mendigo que nos pida un pan, i aun de nuestros amigos i hermanos, o de nuestros padres i esposas, si las tuviéra-

mos. No porque éstas pudieran de mala fé traicionarnos, sino porque hai mil ejemplos de hijos, de esposas, que inocentemente han comprometido a sus padres o esposos creyendo hacerles un bien. Desconfien de todo, se los repito; hasta del aire que puede arrebatar de sus labios una palabra, e irla a depositar en el oido de un espía que siga sus pasos.

—Mal año le prometo al que me espie, esclamó Valentin.

—Si pudieras conocerlo, está bien, le dijo Edmundo; pero colocarán a tu lado un hombre sutil, avisado, que escrutará hasta tus jestos sin que le apercibas. Obra con prudencia, Valentin; yo te lo pido. Acuérdate siempre de cuántas cabezas de papas, de reyes, de obispos, han caido misteriosamente, nada mas que por haber sido enemigos de los jesuitas! (1)

---

(1) Ni una palabra, ni un solo cargo grave dirijido contra los jesuitas, saldrá fuera de los hechos que la historia de cuantos paises ha visitado la Compañía de Jesus, consigna como irrecusables.

Confesámos que ningun odio, ninguna mala voluntad particular nos guia al presentar los hechos que hemos recojido, con gran paciencia, de las diferentes historias que hablan de los hijos de San Ignacio. Estamos convencidos de que una sola calumnia, una pequeña suposicion, son bastantes para destruir el buen efecto de cien verdades: así, en nuestra obra, en vez de suponer, disminuiremos i solo presentaremos lo mas verosímil i aquello que esté mas comprobado. El deseo de que se note nuestra honradez a ese respecto, nos hará colocar a menudo numerosas citas que apoyen nuestros asertos. Con esto—lo comprendemos—tal vez se haga fatigosa la lectura de nuestro romance; pero las personas que deseen ilus-

—Lo que es la mia, la tuya i la de nuestro amigo Vicente, dijo Valentin, los RR. PP. verán que estan mui bien colocadas sobre nuestros hombros. No niego que tratarán de jugarnos algunas malas pasadas; pero *donde las dan las toman*, como dice el refran, i yo me hallo mui capaz de pagarles en la misma moneda. Así, no te preocupes por nosotros. Tú, como jeneral de este pequeño ejército, combina tu plan, esplora el terreno en que está el enemigo, i manda sin temor a tus soldados. ¿Quieres que te confiese la verdad? Entro con gusto a esta cruzada, i no porque odie a los jesuitas, sino porque deseo conocer de lo que son capaces, ellos que miran con tanto desden i mala voluntad a las otras órdenes relijiosas.

—Eso depende de las ideas que inculcan a los jóvenes cuando los preparan para recibir las órdenes, dijo Edmundo. Se les hace creer que el clero es vicioso, casi libertino,

---

trarse en la historia de los jesuitas, i aquellos a quienes seria casi imposible recopilar las obras en que se habla de ellos, hallarán en ésta un pequeño caudal de noticias históricas. Por otra parte, demasiado sabido es que todas las obras en que se ha dado a conocer el réjimen, las tendencias, etc., de la Compañía de Jesus, desaparecen bien pronto de la circulacion, i solo queda de ellas uno que otro ejemplar perdido allá en un rincon de alguna pobre biblioteca. Solo así es como han podido llegar hasta nosotros terribles revelaciones, i como el paciente i laborioso historiador ha podido seguir al traves de los siglos, la huella de esa sociedad, grande en su desarrollo, inmensa en sus hechos i poderosa en su organizacion.

En el curso de esta obra, tendremos ocasion de citar los grandes hombres que, segun la historia, han muerto de un modo misterioso por ser enemigos de los jesuitas.

i que en las otras comunidades reina el desórden i a menudo encuentran acojida las malas pasiones (1).

I si he de ser justo, amigos mios, agregó Edmundo, confieso que tienen razon. Quítesele a la Compañía de Jesus su ambicion desmedida, sus tendencias a dominar espiritual i temporalmente el mundo, i esa sociedad será grande i aparecerá a nuestros ojos como un ideal de pureza i de abnegacion.

—¡Por el sol que nos abrasa! esclamó riéndose Valentin. Creo, amigo Edmundo, que no seremos nosotros quienes venzamos a los jesuitas.

—¿Por qué razon?

—Porque tú, nuestro jeneral, eres el primero en alabar su santidad.

—Les hago justicia, Valentin. No porque sean nuestros enemigos debemos negarles lo que tienen de bueno.

—Eso es, seamos leales, dijo Vicente.

—No es esa mi opinion, objetó Valentin: seamos lo que ellos quieran: imitémosles.

—En muchas cosas tendríamos que bajar al lodo, dijo simplemente Edmundo.

(1) En la *Mónita o instrucciones secretas de los jesuitas*, se lee, cap. VIII, p. 3.—«Se les exhortará, como por revelacion, a la relijion en jeneral, i con destreza se les insinuará la perfeccion i conveniencia de nuestro instituto sobre los demas...» «*Historia de los jesuitas*, por A. Boucher, edicion de Barcelona, 1870. páj. 739.»

CAPÍTULO VI

Dignidad

A las once del dia los tres amigos llegaban a casa de Edmundo.

—Vengan esta noche, les dijo el jóven, i acordaremos lo que haya que hacer.

En seguida llamó a su sirviente, i miéntras se cambiaba traje, le preguntó:

—¿Ha venido álguien a buscarme?

—Sí, señor: hará una media hora estuvo aquí un caballero i me preguntó la hora a que podria encontrarlo.

—¿Qué le contestaste?

—Que no lo sabia, pues su merced habia salido ayer, a caballo, sin decirme cuando volveria.

—¿Te dijo su nombre?

—Nó, señor; prometió que volveria hoi.

—Oye, José, le dijo Edmundo, i no olvides lo que voi a recomendarte. Has sido un servidor fiel i honrado, i tu conducta te ha hecho acreedor a mi estimacion i a toda mi confianza. Díme, ¿sentirias perder una i otra?

—Tanto como sentí a mi madre cuando murió, contestó José con su ruda franqueza.

—Bueno: si no quieres que eso suceda, desde hoi es necesario que vivas mui prevenido para que no me hagas algun grave mal.

—¡Yo hacer un mal a su merced! esclamó el sirviente.

—Sí, puedes hacérmelo sin pensarlo, sin quererlo i creyendo hacerme un bien. Tengo poderosos enemigos, i no está léjos que en alguna circunstancia quieran aprovechar tu sencilles i buena fé. Así, vive prevenido i desconfia de todo. Cuando yo salga, no digas dónde estoi aun cuando lo sepas, ni la hora a que salí ni a la que volveré. Por regla jeneral, contesta con un redondo *no sé* a los que te interroguen. Si vuelve ese caballero, dile que me deje su nombre i las señas de su domicilio, que yo pasaré bien pronto a verlo.

Edmundo se dirijió sin pérdida de tiempo a la casa de don Cornelio. Sabia que a esa hora encontraria sola a Susana, i su corazon, por mas que trataba de dominarlo, latia con violencia.

Encargado de una delicadísima comision ante la jóven, preveia las consecuencias del paso que iba a dar. Por una parte, si don Cornelio le sorprendia, obligado como estaba a guardar el mas absoluto silencio, el anciano atribuiria su presencia en la casa a una deslealtad en sus amores con

Susana. De aquí un gran conflicto para la jóven i para él. No obstante, Edmundo no trepidó un momento. La carta de Matilde debia ser entregada a Susana en aquel mismo dia, i el jóven estaba dispuesto a hacerlo, aunque tuviera mil obstáculos que vencer.

Cuando golpeó la puerta de la antesala, de esa antesala donde pocos dias ántes habia pasado horas tan felices al lado de Susana, probó una emocion infinita. Iba a ver, a hablar a la mujer que amaba i a quien se le habia prohibido amar.

Edmundo se dominó: no quiso, como otro cualquiera lo habria hecho, aparecer conmovido ante esa jóven cuyo valor conocia.

A su llamado, acudió una sirviente.

—Diga Vd. a Susana, le dijo Edmundo, que necesito hablar con ella.

Edmundo entró a la ante sala, dejó el sombrero sobre una silla i esperó de pié.

No tardó en presentarse Susana. Una bata holgada, de amplios pliegues i corte severo, caia desde sus hombros cubriendo su airoso cuerpo.

—¡Sufre por mí! se dijo Edmundo al ver la intensa palidez que invadia las mejillas de la jóven. ¡Me ama! repitió con esa mezcla de dolor i orgullo que siente todo enamorado al comprender lo que pasa en aquel otro corazon que le pertenece.

Susana avanzó lentamente mirando con severidad al jóven, i le saludó con una vénia llena de dignidad, como la

reina que, obligada por ciertas consideraciones, acude al llamado de un vasallo.

Edmundo comprendió al instante lo que Susana le decia con aquella mirada:—«¿Por qué vienes cuando mi padre te lo ha prohibido? ¡Sabes que te amo i eso debia bastarte!»

—Susana, le dijo el jóven: un acontecimiento bastante urjente me ha hecho venir.

—Sabes que a esta hora no está mi padre, replicó la jóven sin abandonar su severidad.

—Porque lo sé, es porque he venido, Susana. Se trata de un asunto que por ahora, al ménos, no debe saberlo don Cornelio.

—Nada que no deba saber mi padre, podré saberlo yo, Edmundo.

—Vamos, Susana, replicó el jóven; tú debias haber comprendido desde un principio, que si he venido, que si he querido hablarte a tí i no a don Cornelio, despues que se me ha prohibido pisar esta casa, no ha de ser para repetirte que te amo ni para que tú me renueves tus juramentos; conozco bastante tu carácter, i creia que tú conocerias del mismo modo el mio. Vengo de parte de tu hermana, de Matilde.

—¡De Matilde! esclamó Susana con acento anhelante. ¿Dónde está? Díme dónde está!...

—¡Imposible! le dijo Edmundo: he prometido no revelar su paradero.

—¿Ni aun a mí?

—Ni aun a tí!

Susana calló un instante: a su vez no queria aparecer conmovida a la vista del jóven.

—Pero al ménos, le dijo, me habrá escrito, te habrá hecho algun encargo para mí.

—Sí, he venido a cumplirlo. Hé aquí una carta de ella!

Susana la tomó con precipitacion e iba a abrirla, pero se detuvo.

Edmundo creyó que debia retirarse para que su mision fuera cumplida con toda delicadeza.

—Si contestas, dijo a la jóven, mándame la carta a casa. No saldré en todo el dia.

—Gracias, contestó Susana, impresionada por la noble conducta del jóven.

—Adios, Susana, le dijo él inclinándose con cierta gravedad melancólica.

La jóven le tendió una mano diciéndole con voz temblorosa:

—¡Hasta luego, Edmundo!...

Tomó éste la mano de la jóven, la estrechó un momento entre las suyas, i llevándola a sus labios, imprimió en ella un beso respetuoso.

Edmundo se alejó i Susana sintió que dos lágrimas ardientes saltaban a sus pupilas.

¡Era mujer i amaba!

CAPÍTULO VII

Carta de Matilde a Susana

Mi querida Susana: si no supiese cuánto me amas i cuánto habrás sufrido con mi ingratitud, no tendria valor para escribirte. ¡No me acuses de ingrata, Susana!... Yo te amo, yo solo pienso en tí!... Por Dios!... ¿qué puede decirte tu hermana desgraciada? ¡Si supieras como estoi! Un raudal de lágrimas corre de mis ojos i apénas veo el papel en que te escribo. ¿Me perdonas? perdonarás a tu infeliz hermana? ¡Sí, has sido tan buena, tan cariñosa, tan induljente conmigo! Pero es tan grande mi crímen!... ¡Sí, mi vergonzoso crímen! Mas yo no he sabido lo que hice; yo estuve loca, hermana mia! ¿Por qué no me confié a tí? por qué quise guardar el

mas profundo silencio cuando tú me interrogabas por la causa de mi tristeza? Por qué no te comuniqué todo, por qué oculté de tí mi desesperacion? ¡Tú me habrias perdonado, tú me habrias consolado!... Pero nó: era imposible que lo hiciera, como me es imposible hacerlo ahora!... ¡Díme que no me despreciarás, que al ménos sentirás por mí una profunda compasion, i tendré valor para decírtelo todo!... ¿I mi padre? ¡Díme, por Dios, Susana mia, qué dice mi venerable padre!... Pero nó; no me digas que llora por mí porque eso causaria mi muerte, i yo quiero vivir, necesito vivir un poco de tiempo, nada mas que un poco de tiempo mas!... Díme en tu carta (porque tú me escribirás, hermana mia), díme que mi padre no sufre, que me desprecia, que no se acuerda de mí!... Díme que solo a tí te ama ahora, porque tú eres i permaneces digna hija i no has deshonrado, como yo, sus canas venerables! ¡Esas canas, Susana, que tantas veces besé con respeto i amor, i que ahora he manchado con mi negro crímen!...

«¡Estoi desesperada!... No sé lo que escribo!... Perdóname!»

Aquí habia en la carta unas cuantas palabras borradas por las lágrimas.

Despues, con letra mas correcta, que indicaba cierta tranquilidad en la mano que la habia trazado, se leia lo siguiente:

«Mi Susana: para calmar la honda desesperacion que se habia apoderado de mí, he permanecido un instante de rodillas orando a la Reina de los cielos para que me comunique valor. Mi plegaria ha sido escuchada por esa mujer sublime que, mas que otra alguna, ha sabido lo que es el

dolor; i sea ilusion, sea realidad, ha mandado a mi madre para que me consuele! Sí; durante un momento he sentido que nuestra adorada madre me rodeaba con sus brazos amorosos, miéntras con ternura infinita me decia: «¡Valor, hija mia! La vida para tí es una prueba dolorosa que debes aceptarla con placer!... Ora siempre, ora a menudo, pues la oracion santifica el alma i da brios al corazon. Yo velaré por tí, pues para una madre el hijo mas culpable no es sino desgraciado!...» I despues de esto, he sentido una melancolía tan dulce, una tranquilidad tan llena de esperanzas, que solo la tuve igual aquel dia en que, abrazadas las dos, desesperadas ámbas por la muerte de nuestra madre, caimos de rodillas i oramos con fervor infinito por el descanso de la que nos habia dado el sér. ¿Recuerdas? ¡Nos levantamos consoladas! Ni una lágrima empañaba ya nuestras pupilas! Era que nuestro dolor se habia cambiado en una dulce esperanza!...

«Por una especie de adivinacion, yo he visto ante mí el porvenir. Parece que una voz profética me ha dicho: guarda tu enerjía para un supremo dolor; pero no desesperes, que tras de él está la calma:—calma triste i silenciosa como esas bonanzas del mar despues de una noche de tempestad, mas consoladora porque tras de ella tambien hallarás el reposo absoluto, la eterna felicidad! ¿Cuál es ese dolor supremo? cuál el absoluto reposo?—¿Será el dolor que tú i mi padre no me perdonen?—Nó; este seria un dolor eterno, i la voz que me ha consolado, me dice que tras de él encontraré la calma. ¿Cuál será el reposo absoluto? La tumba?—I bien, yo la quiero con tal que tú i mi padre estén a mi lado para bendecirme!

«Susana, hermana mia: escríbeme para saber si siempre me amas, i perdóname que te oculte el lugar en que me hallo i la desgracia que pesa sobre mí! Para confiártelo, para tener el valor de descubrir mi falta, necesito saber primero que me han perdonado!... Sabe, sí, desde luego, que mi crímen es de aquellos que no se lavan jamas, i que traen la deshonra a toda la familia! ¡Ah! cayera sobre mí sola todo el peso de mi accion!... pudiera yo con el sacrificio de mi vida ahorrarles el rubor de mi falta, i no seria tan desgraciada como lo soi!

«Si crees conveniente, díle a mi padre que has sabido de mí; pero nó le digas quién es el portador de esta carta, pues se veria en la precision de revelar mi pobre asilo.... Pero nó, Susana: no confies nada a ese pobre anciano: que me llore perdida, pero no deshonrada. Deja que pase un poco de tiempo, que su herida se cure, i entónces yo le escribiré, o yo tendré el valor de irme a echar a sus piés! Miéntras tanto, háblame tú sola, confiésame el estado en que se halla tu corazon! Díme que eres feliz con la idea de unirte pronto a Edmundo, tan bueno i tan noble como tú: díme en qué te ocupas, si me recuerdas, si lloras por mí!... ¡Ah! ya vuelvo a impresionarme!... Adios!... Escríbeme pronto, por favor! Da un beso mudo i respetuoso en la frente de mi padre, que yo lo sentiré resonar en mi corazon!... Adios otra vez!... ¡Ah! quién pudiera abrazarte!

MATILDE DEL VALLE.»

CAPÍTULO VIII

Un lazo

Al poco rato de haber llegado Edmundo a su casa, José vino a anunciarle que un hombre del pueblo lo necesitaba.

—Hazlo entrar, le dijo el jóven.

El desconocido era un hombre de semblante bonachon, gordo, alto, que cargaba manta, sombrero de pita i usaba zapatos de alto tacon.

—¿Es Vd. el señor Edmundo Cortés? preguntó sacándose el sombrero.

—Sí, amigo: ¿qué se le ofrece a Vd?

—Me mandan, señor, de la calle de los Baratillos, una

cuadra de la Alameda, de una casita de pared azul i puertas verdes, que venga a darle un recado.

—Bien: ¿i cuál es ese recado?

—Es que un jóven, señor, a quien ha botado el caballo, quiere hablar con su merced.

—¿Qué jóven? preguntó Edmundo, alarmado. ¿No recuerda Vd. su nombre?

—Sí, señor; se llama Valentin Castro.

—¡Valentin! esclamó Edmundo parándose de un salto. ¿I qué tiene? le ha sucedido algo grave?

—Yo no sé, señor; yo no le he visto. Me pagaron una peseta porque viniera, i he venido.

Edmundo tomó su sombrero i dijo al desconocido:

—Acompáñeme Vd. para que me indique la casa, i le daré otra peseta.

Edmundo vivia en la calle de las Claras, donde tenia un departamento amueblado para cuando venia a Santiago, que era mui a menudo a causa de que no podia pasar muchos dias sin ver a Susana.

Para ir a la calle de los Baratillos, tomó la Alameda; pero caminaba tan lijero, preocupado en la suerte de su amigo, que apénas el desconocido podia seguirlo. Sea que éste se cansara de un ejercicio a que no estaba acostumbrado, sea que no le conviniese la prima de dos reales que se le habia ofrecido, lo cierto es que solo llegó hasta la calle del Estado, i viendo que Edmundo iba mui adelante, marchó por esta calle hácia la Plaza de Armas, como era llamada en aquel tiempo.

Edmundo llegó a la calle de Baratillos i marchó por ella hasta llegar a una casita que coincidia perfectamente con

las señas dadas por el desconocido. Solo en ese momento se acordó de él, i miró hácia atras con el objeto de cerciorarse de si era ahí donde encontraria a Valentin. Mas como no lo viese, se resolvió a golpear la puerta.

Acto contínuo, de una esquina inmediata se destacó un hombre con trazas de artesano, i acercándose al jóven, lo tomó con violencia de un brazo diciéndole:

—¡Ah! pícaro! Tú eres un ladron!

—¡Yo un ladron! esclamó el jóven sumamente sorprendido i tratando de desasirse de la mano que oprimia su brazo.

—¡Sí, eres un pícaro! esclamó el asaltante sacudiendo con violencia i con furor a Edmundo.

—¡Suéltame, le dijo éste perdiendo la paciencia i dando a su vez un fuerte empellon al que lo atacaba.

Edmundo era de una constitucion robusta, i aunque su contendor no lo era ménos, le hizo perder el equilibrio i caer, arrastrándolo a su caida.

—¡Socorro! socorro! gritó éste a toda voz, miéntras sujetaba a Edmundo entre sus brazos a fin de que no se pudiera levantar.

No tardaron en acudir varios vecinos, i solo entónces el agresor de Edmundo le soltó.

A los gritos, habia acudido tambien un vijilante, el cual inquirió la causa de aquel desórden.

El hombre con trazas de artesano, que en la caida se habia roto la cabeza al chocar contra una piedra, se levantó, i limpiándose la sangre que corria por su frente i sus mejillas, dijo al ajente de la autoridad:

—Este caballero, porque le pregunté qué estaba hacien-

do en la puerta de mi casa, trató de huir; i como lo sujeté, me acometió, i ya ve Vd. cómo me ha puesto.

—¡Miéntes! le dijo Edmundo. Tú eres el que me has acometido i el que me ha tratado de ladron!

—¡Falso! yo le he pregundo qué queria, i Vd. es el que me ha botado al suelo i me ha herido. Yo pido, señor *policial*, que lleve a este caballero al cuartel. Allí nos *reclararemos*.

—Tendrán que ir los dos, dijo el guardian del órden, dándose cierta importancia al ver el respetuoso tratamiento que le daba el artesano.

—¡Por supuesto! esclamó éste: iremos los dos, para que allá vean cómo tratan los ricos i los caballeros a los pobres artesanos, a quienes por cualquier cosa, les dan con el pié i los quieren mirar peor que a los perros.

—¡Cierto! dijo una vieja, mui compadecida del artesano al ver la sangre que corria por sus mejillas.

—¡Esa es la verdad! dijo otra voz entre el tumulto que se habia formado al rededor de Edmundo i del artesano. Los ricos miran a los pobres como a basura, i los maltratan sin temor alguno, porque dicen que la policía no les puede hacer nada a ellos.

—Eso nó, esclamó el soldado; porque conmigo, el que la hace, la paga.

—Eso se llama cumplir con su deber, agregó la misma voz.

Edmundo buscó con la vista al que hablaba, i lo reconoció al punto.

Era el hombre que Valentin habia hecho pasar adelante en el camino de Maipo, el hombre que él habia dicho

que era su pesadilla i que lo encontraba por todas partes.

La presencia de aquel desconocido en ese sitio fué para Edmundo una luz.

Habia caido en un lazo. Se habian burlado de él como de un niño. ¿Con qué objeto? Eso sí que era imposible adivinarlo.

Viendo que el tumulto iba creciendo, i que nada sacaria con tratar de esclarecer ante el soldado lo que habia sucedido, vió que lo mas conveniente era ir pronto al cuartel de policía para sincerarse i pedir un castigo contra ese miserable.

CAPÍTULO IX.

Continuacion del anterior

NA vez en el cuartel de policía, que ya por esa época estaba en la calle de San Pablo, el oficial oyó el parte que le dió el soldado. El asunto era mui sencillo: traia a Edmundo por *ausilio* que pedia el artesano, por heridas.

Edmundo narró al oficial lo sucedido, sin omitir el engaño de que creia ser víctima, i pidió en conclusion que se dejase preso a ese hombre hasta esclarecer las causas que tenia para hacerlo caer en aquella intriga.

El artesano habia escuchado la narracion de Edmundo, sonriéndose de una manera maliciosa, i como quien dice:

—¡Cuánto miente ese caballero!

I cuando el jóven hubo concluido de hablar, esclamó:

—¡Vaya con la historia que ha venido a contar este caballero! Vea, señor capitan (el pillastre sabia mui bien que el oficial solo tenia los grados de alférez); vea, señor capitan: lo que ha sucedido es esto.

I volvió a repetir casi palabra por palabra lo que habia dicho al soldado, concluyendo a su vez por pedir que se castigara a Edmundo, i que si el señor capitan no podia tomar a este respecto alguna determinacion, le suplicaba dejase preso a su agresor hasta el dia siguiente, en que él presentaria al señor juez del crímen sus testigos.

—Si el señor capitan, agregó, cree prudente que yo tambien quede preso, lo haré con gusto, así herido como estoi, pues lo que mas deseo es que se esclarezca la verdad.

—¿Testigos de qué presentará Vd? preguntó Edmundo al artesano reprimiendo su indignacion.

—De que Vd. es el que me ha herido, de que Vd. estaba haciendo quién sabe qué en la puerta de mi casa.

—Señor oficial, dijo Edmundo: como tengo dilijencias urjentes que atender i nada avanzaria ahora con cuestionar con este hombre, espero que Vd. se dignará fijar una suma que pueda servir a Vd. de garantía de que no faltaré mañana a la hora en que se halle el juez del crímen.

—Eso no es posible, señor capitan, se apresuró a decir el artesano: en asuntos criminales como este, no se puede recibir como garantía una cantidad mas o ménos grande de dinero. A mas, advierto tambien a Vd. que pienso hacer al señor, cargos mucho mas graves, aun, pues el que me haya herido, no supone nada en comparacion de lo demas.

—¿I por qué no formula Vd. sus cargos desde luego? le preguntó el oficial.

—Porque solo debe oirlos el señor juez del crímen. El hacerlos ahora, seria tal vez causa de que no pudiera castigarse al señor. Vd. comprenderá, señor capitan, que para un caballero rico el perder unos cuantos pesos es nada, si logra escapar así de un castigo vergonzoso.

—¡Infame! murmuró Edmundo. Este hombre es un ajente de mis enemigos, i no lo que aparenta. Su estilo de ahora, tan distinto del que usó cuando se hallaba rodeado por una chusma, me indica que no es un cualquiera.

—Este hombre trata de calumniarme, dijo en voz al dirijiéndose al oficial, con un fin que no alcanzo a prender. Pero terminemos esto. ¿Acepta Vd., señ cial, que deposite algun dinero en sus manos para p retirarme?

—El caso es mui serio, señor, contestó el oficial, i yo no me atrevo a tomar sobre esto una determinacion.

—Entónces tenga Vd- la bondad de hacerme llamar al comandante: él me conoce i podrá zanjar la cuestion.

—El comandante no se halla en el cuartel, señor, contestó el oficial, i tal vez no venga esta noche.

—Daré a Vd. entónces la fianza de alguna persona respetable.

—Para mí, caballero, es mui compromitente un asunto de esta naturaleza, replicó el oficial. Si se tratara de satisfacer solo a mí, no necesitaria ni de fianza ni de depósito de dinero; pero hai aquí una cuestion grave en la cual yo no puedo sino cumplir con mi deber.

—Pero Vd. comprende que no es posible que pase la noche aquí, sin mas causa que el haber sido víctima de una intriga. Justo es que Vd. tome medidas para salvar su responsabilidad, pero no medidas que me traigan graves perjuicios.

—Sin embargo, señor, no puedo hacer otra cosa. Lo único que haré en su obsequio, i aun esto faltando a mi deber, será el permitirle que pase la noche aquí en vez de ir al calabozo junto con los demas presos.

—Gracias, dijo secamente Edmundo, comprendiendo que nada avanzaria con nuevas reflexiones.

El oficial se puso a escribir el parte que debia pasar la bien del crímen.

pues Necesitaré apelar al comandante, i si no se halla a

— al intendente, se dijo Edmundo. No comprendo que al a to podrá tener esta intriga a que me arrastran. Bueno! ha principiado la guerra: contestaremos!

El oficial concluyó de redactar el parte i mandó llevasen al artesano a un calabozo.

—Voi con gusto, señor capitan, dijo el bribon, con tal que este caballerito quede seguro hasta mañana. Ya verá que no le vale su plata para salir del presidio!

Edmundo ni miró al que lo provocaba, i acercándose al oficial, le dijo:

—Ya que Vd. se muestra tan inflexible en retenerme aquí, espero, al ménos, que me hará el favor de permitirme dar algunos pasos para buscar al comandante i anunciar mi paradero a unos dos amigos.

—Con mucho gusto, señor; disponga Vd. de los soldados que necesite.

Edmundo pidió algunas hojas de papel i escribió con rapidez tres cartas: una para Valentin, otra para Vicente i la tercera para el comandante.

Al mensajero de esta última afreció cinco pesos si hallaba luego a su jefe; i a los demas les dió minuciosamente las señas de las casas de sus amigos, prometiéndoles tambien una buena propina si tardaban poco en volver.

Serian ya como las ocho de la noche, i Edmundo creia poder salir ántes de las diez.

CAPÍTULO X

Las preocupaciones de antaño

El miedo a las ánimas i a los duendes era tan natural en años atras, que se hablaba de visiones, apariciones, ruidos sin causa visible, etc., lo mismo que hoi se habla del teatro o de los paseos.

Los habitantes de Santiago, en la época a que nos referimos, se hallaban profundamente impresionados por varios sucesos sorprendentes que ahora habrian parecido inverosímiles.

Se trataba de una casa situada en la calle que hoi se llama de San Cárlos, i que segun la creencia de todos, estaba habitada por las animas i los duendes. Para creer esto, se fundaban en que, en dicha casa, se oian ruidos

estraños, ayes lastimeros i rezos fervorosos; i lo que es mas, que personas mui honorables aseguraban haber visto fantasmas, luces de distintos colores, i lo que aun era peor, que en altas horas de la noche, cuando por una casualidad habian pasado frente a ella, la puerta se abria i un sér indefinible pero aterrador perseguia al transeunte con gritos i voces estrañas.

Tanto se repitieron estas escenas, eran tantas las personas que durante varias noches no habian podido dormir, a causa de que vivian cerca del sitio en que pasaban tales sucesos, que poco a poco quedaron deshabitadas todas las casas de la manzana.

El único que no habia querido dejar su miserable habitacion, era un pobre viejo que ocupaba una casita situada en la calle opuesta.

Cuando le decian que abandonase tan peligrosa vecindad, contestaba que no tenia cómo pagar alquiler, pues su oficio de zapatero le daba apénas lo necesario para vivir.

El maestro Colás—tal es el nombre porque todos lo conocian,—aunque propietario del miserable sucucho que habitaba, era mui pobre; i a no ser por un despachero que le fiaba continuamente, ya el pan, ya el charqui, ya el tabaco, el pobre viejo habria pasado muchos dias sin comer ni fumar. Por otra parte, hacia tantos años que oia *penar*, que ya estaba familiarizado con las ánimas; i cuando éstas llevaban su imprudencia hasta no dejarlo dormir con sus golpes i alaridos, él les rezaba unos cuantos *Padre Nuestros* i *Ave Marías* i con esto lograba conciliar el sueño.

Estas esplicaciones dadas por el mismo Colás, satisfacian a todos i causaban la admiracion en los mas, pues el

viejo zapatero, por la misma causa de estar cerca de *la casa de las ánimas*—así la designaban en toda la capital,—contaba minuciosamente, no solo cuanto habia oido i presenciado, sino tambien las mil tentativas que la justicia i algunas personas que presumian de valientes, habian hecho para descubrir el misterio. Pero tanto éstas como aquellas, habian tenido que confesar que lo que ahí sucedia era una cosa sobrenatural, i, por lo mismo, obra de los duendes o de las almas del purgatorio....

Entre los que habian hecho mas investigaciones, figuraba un teniente de policía, hombre que negaba la existencia de las ánimas, i que se habia propuesto descubrir a todo trance qué era lo que tanto alarmaba a los habitantes de la capital. Varias tentativas hechas sin ningun resultado, le compelieron a dar un último pero decisivo paso.

Como habia notado que en los dias lúnes, por ser el de las ánimas, éstas *penaban* durante largas horas en la casa que hemos mencionado, el teniente elijió uno de dichos dias para poner en práctica su proyecto.

Hízose acompañar de treinta hombres, a quienes dió minuciosas instrucciones, i despues de hacer rodear toda la manzana, se dirijió a la casa del maestro Colás.

Serian las cuatro de la tarde, i el pobre viejo cantaba alegremente al compas del martillo con que batia un pedazo de suela.

—Buenas tardes, maestro Colás, dijo el teniente entrando de rondon en la pieza.

—Así se las dé Dios a su merced, contestó el viejo abandonando el martillo para pasar a su huésped un pobre banco de madera.

—¿I qué nos dicen de nuevo las ánimas? preguntó el teniente apénas se hubo sentado.

—Nada de nuevo, señor; las pobrecitas gritan i trajinan como siempre.

—Pues ya no trajinarán mas, dijo el teniente.

—¿Por qué? preguntó el zapatero con viveza i dejando caer un cuchillo con que iba a pulir la suela.

Pero al ver la mirada investigadora que el teniente fijaba en él, se repuso al instante, i con voz natural agregó:

—¿Piensa, su merced, que no *penarán* mas?

—Al ménos por esta noche: i si penan, tanto mejor para mí.

—No comprendo a su merced, dijo el zapatero dejando de trabajar, como para atender con mas atencion lo que le iban a decir.

—Es el caso, maestro Colás, murmuró el teniente con voz calmada i sin apartar la vista del viejo, es el caso que he resuelto salir de dudas esta noche.

—¿Todavía no se ha convencido, su merced?

—Sí, estoi convencido, pero de que todo es una farsa.

El zapatero se encojió de hombros i tomó una horma para continuar su trabajo.

El oficial guardó silencio un instante, i se dijo para sí:

—O este viejo es un zorro completo, o es del todo inocente.

Luego agregó en voz alta:

—Esta noche caerán las tales ánimas en mis manos. Tengo rodeada la manzana con 30 hombres, i no me moveré de aquí hasta descubrir el pastel.

—¡Ojalá su merced consiga lo que desea! esclamó el za-

patero sin levantar la vista de un zapato viejo que remendaba con precipitacion. ¡Me gustaria mucho que no *penasen* mas!

—¡Ya lo creo! de este modo se ocuparian todas estas casas, i Vd. tendria mas trabajo i mas compañía.

—Así es, su merced.

—Este hombre no sabe nada, pensó el oficial. Sin embargo, llevaré a cabo mi proyecto para quedar enteramente tranquilo por este lado.

El maestro Colás trabajaba inter tanto con tal teson, que parecia haber olvidado la presencia del teniente.

—¿Sabe Vd., le dijo éste, que en el último rejistro que hice en la *casa de las ánimas* me he convencido que los que entran a ella no lo hacen por la puerta sino por los piés del sitio, es decir, por alguna casa vecina a la de Vd?

—¡Ah! ¡caramba! esclamó el zapatero tirando con despecho el cuchillo sobre la mesa.

—¿Qué le ha sucedido? preguntó el teniente.

—¡Le he dado un tajo al zapato! murmuró el viejo con voz desolada. ¡Ah! cada dia la vista i el pulso se pone mas malo, su merced!... ¡Que se cumpla la voluntad de Dios!

I al decir esto, examinaba el zapato i parecia sumamente preocupado del modo como debia componerlo.

—No hai duda, volvió a pensar el oficial: este viejo es inocente...Aunque eso del tajo bien puede ser efecto de la impresion que le haya hecho mi brusca noticia. ¡Vamos, observaremos!

—¡Pues no tiene otro remedio! murmuraba el viejo a

media voz i como si hablase consigo mismo. Lo pegaré con un poco de engrudo!

El oficial no quiso decir ni una palabra hasta ver si el viejo le interrogaba sobre lo que acababa de decirle; pero sea que no le hubiese atendido, sea que se hallara mui contrariado por su torpeza, el maestro Colás continuó su trabajo cada vez con mas contraccion.

Al cabo de mucho rato, i cuando ya hubo remediado el mal hecho por su cuchillo, se dirijió al teniente diciéndole:

—¡Qué desgracia es la vejez, su merced! nada puede hacer uno bien hecho!

—No obstante, replicó el oficial por decir algo, todos deseamos no morir jóvenes.

—En lo cual sufrimos un error, su merced: créalo. Nosotros los viejos no servimos mas que para rezar, i tal vez por esto las ánimas no nos hacen nada.

—Como tampoco le hacen a los jóvenes, dijo el oficial.

—¡Eso quién sabe, su merced! quién sabe! yo he visto tantas cosas desde que vivo aquí!

—Pues esta noche va a Vd. a ver la mas grande. ¿No es en los dias lúnes cuando Vd. dice que las ánimas *penan* mas que en los otros dias?

—Así es, su merced; todos los lúnes, sin faltar ninguno.

—Pues esta noche, o no *penarán*, o me las llevo a todas a la cárcel. ¿No le he dicho que estoi convencido de que por este lado es por donde deben entrar las traviesas ánimas?

—Nó, su merced; no me lo habia dicho.

—Ahora lo verá Vd. He puesto guardias allá, en la puerta de la *casa de las ánimas*; he rodeado toda la manza-

na, i este lado lo vijilaré yo por mí mismo. Si esta noche no hai la zafacoca de siempre, será porque no han podido entrar; i si la hai, es porque todos están adentro. En este caso, ya veremos si se me escapan.

El viejo habia concluido su obra, i sin contestar al oficial sobre lo que éste le hablaba, se paró diciéndole:

—Su merced me perdonará, pero yo tengo que salir a entregar esta obrita.

—Lo que es por ahora, maestro, le dijo el teniente, Vd. está preso en su casa.

—Pero, su merced...

—Le hablaré claro, maestro, para que vea que es irrevocable mi determinacion. Como ya le he dicho a Vd. en otras ocasiones, quiero cerciorarme de este misterio; i para conseguirlo, he tomado muchas medidas hoi. Una de estas es que Vd. no se mueva de aquí i pase la noche en mi compañía.

—Pero, su merced... murmuró el zapatero visiblemente preocupado; yo no he... yo no he comido, i quiero salir para...

—¿Para comer? le preguntó el teniente. Yo le mandaré traer una buena comida con mis soldados.

—No es eso todo; queria tambien entregar esta obrita...

—La mandaremos con el mismo soldado.

El maestro Colás meditó un instante, i como si las proposiciones del oficial le hubiesen satisfecho por completo, dijo sonriéndose:

—Si es así, su merced puede tenerme un año encerrado.

I diciendo esto, volvió a su banquillo i sentóse con toda la tranquilidad del mundo.

El teniente salió a la puerta para llamar a uno de sus soldados, i el zapatero fué a un rincon donde tenia un gran número de calzado viejo. Tomó de ahí un par de botas sumamente estropeadas i se volvió con ellas a su banquillo.

—Voi a ocupar este rato de tarde, dijo al oficial, en componer estas botas. ¿No me lo permite su merced?

—Haga Vd. todo lo que quiera, ménos el salir a la calle.

El maestro trajo una palangana de lata casi llena de agua i comenzó a remojar el talon de las botas con el fin de enderezarlos. Cuando el cuero se hubo empapado lo suficiente, practicó la operacion con algun trabajo, i sin acordarse, al parecer, de la presencia del teniente, se paró silbando una tonadita i fué a colocar las botas en unos clavos que tenia en el marco de la puerta que daba a la calle.

—Para lograr el solcito, dijo al oficial, volviendo a sentarse a su banquillo.

La tarde pasó sin que acaeciese nada de notable: el maestro Colás comió en compañía del oficial hablando de cosas indiferentes; i solo a puestas del sol, cuando el zapatero se preparaba para encender una vela, llegó al cuarto un hombre de fisonomía tan rara, que no pudo ménos de llamar la atencion del oficial.

Era alto i flaco; la nariz inmensa i afilada; los ojos pequeños i redondos; la frente angulosa, el cabello grueso i enmarañado, i la boca grande. Vestia pobremente i llevaba en las manos un par de zapatos que iba a hacer componer. Al entrar, miró de soslayo al oficial, i dirijiéndose al zapatero, le dijo con voz atiplada:

—Buenas noches, señor Colás. ¿Está concluida mi obrita?

—Sí, mi señor Bobadilla, contestó el zapatero, i puede Vd. llevarla ahora mismo.

—¿I podrá Vd. hacerme esta otra? preguntó el tal Bobadilla mostrando los zapatos con que lo hemos visto entrar.

—¡Imposible por ahora, mi señor! imposible! Estoi *rodeado de trabajo* i me comprometeria con aceptar mas. Por hoi, imposible! de todo punto imposible!

Hemos subrayado las palabras *rodeado de trabajo*, porque el maestro Colás, al pronunciarlas, las acentuó de un modo particular.

Bobadilla se quedó un rato pensativo, i haciendo un jesto de resignacion, esclamó:

—Otro dia será, entónces! Me contentaré con llevar los otros.

—Voi a traerlos a Vd., dijo el zapatero dirijiéndose a una pieza inmediata.

Miéntras éste volvia, el oficial no se cansaba de examinar el semblante de Bobadilla, admirando los caprichos de la naturaleza.

El maestro Colás habia tomadó un lápiz, i acercándose a un patiecito para recibir de lleno la luz, escribió la línea siguiente en la suela de un zapato:

22-17-4-1=12-1=14-1-15-28-1-15-1=20-17-4-5-1-4-1:
=27-17=18-20-5-21-17.

Hecho esto, volvió al lado de Bobadilla, diciéndole:

—Yo no he podido salir, mi señor, por eso no he llevado a Vd. sus zapatos.

—No importa, dijo el desconocido. Yo volveré uno de estos dias para saber si tiene tiempo de remendarme estos otros. Aquí tiene Vd. los siete reales de la compostura. ¡Quede Vd. con Dios, mi señor Colás!

—Gracias: vaya Vd. con él, mi señor Bobadilla.

El raro personaje se alejó llevándose los zapatos en que habia escrito el maestro Colás, i éste guardó tranquilamente los siete reales que aquel le habia dejado.

—¡Qué pájaro tan raro es el tal Bobadilla! esclamó el oficial, riéndose de la pobre figura del desconocido.

—Así es, su merced: el infeliz no peca de bonito; pero es un buen marchante: remienda hasta ocho veces sus zapatos.

El teniente lanzó una carcajada i ámbos continuaron hablando de cosas que en nada interesan al lector, hasta las nueve de la noche, en que el teniente preguntó:

—¿A qué horas principian las ánimas a *penar* los dias lúnes?

—Unas veces a las ocho, otras a las nueve o diez, pero nunca despues de las once.

—Bien, aguardaremos toda la noche si es preciso. Ya Vd. verá que no sentimos volar una mosca.

—Ojalá sea así, su merced; aunque yo creo lo contrario!

—¿Piensa Vd. que las tales ánimas podrán entrar, a pesar de haber un centinela en la puerta de cada casa?

—Yo creo que sí, señor: los espíritus vuelan por sobre los tejados.

El teniente se encojió de hombros i permaneció en silencio por si algo sentia.

Pero la tranquilidad que reinaba era absoluta, i solo a

las diez i media de la noche se oyó la carrera precipitada de un hombre que, un momento despues, entró jadeando i despavorido al cuarto diciendo:

—¡Ya principiaron, mi teniente!... Ya principiaron!

—¿Qué ha sucedido? le preguntó el oficial.

—Alla, en la *casa de las ánimas*, están gritando i golpeando las puertas i ventanas!

El oficial salió a la puerta, tocó un pito de una manera particular, i bien pronto llegaron hasta diez hombres. De éstos apartó cinco, ordenándoles fueran a reforzar la guardia que habia en la puerta de la *casa de las ánimas*, i con los cinco restantes, se dirijió al interior de la casa del maestro Colás, a quien dejó vijilado por el soldado que habia traido la noticia.

Estos sucesos, como hemos dicho, tenian lugar a las diez i media de la noche.

CAPITULO XI

El ajente de negocios

OBADILLA—el flaco i raro personaje que hemos visto salir a puestas de sol, de la casa del maestro Colás—se dirijió precipitadamente a la calle de San Francisco i de ahí a la Alameda. Cuando llegó a este sitio, buscó una i otra vez en el interior de los zapatos que habia mandado componer, algo que sin duda esperaba encontrar en ellos; mas como sus esperanzas salieran fallidas, se quedó por un corto rato pensativo.

Pero luego, asaltado por un recuerdo, acercó los zapatos a su semblante, i a la incierta luz del crepúsculo, pudo ver

la línea de números que ya hemos copiado en el capítulo anterior.

—¡Aquí hai algo! se dijo, iluminándose sus ojillos verdes con una centella de alegria.

I descifrando número por número lo escrito, leyó:

«Toda la manzana rodeada: yo preso.»

—¡Por Belcebú! esclamó dándose una palmada en la frente. La cosa se encrespa! Por esta vez, creo que cae mas de uno, pues solo falta hora i media para que principien a llegar! Vamos a ponerlo en conocimiento del señor Gaspari!

I diciendo esto, Bobadilla se dirijió a una oficina situada en la calle del Estado, en cuya puerta habia una plancha de bronce en que se leia:

LORENZO GASPARI,
Ajente de negocios.

Bobadilla dió tres golpes en la puerta, i como ésta se hallase abierta, entró sin mas ceremonia.

En un estremo de la sala, sentado cerca a una mesa, habia un caballero de pequeña estatura, completamente afeitado, con un negro i grande lunar en la mejilla izquierda, cerca al ojo, i una pequeña cicatriz en la sien derecha. Usaba el cabello corto i mui bien alisado, vestia completamente de negro i cargaba anteojos azules.

Era, en una palabra, el don Lorenzo Gaspari que ya ha conocido el lector en casa de don Cornelio del Valle.

En el momento en que lo presentamos, encendia una

lámpara; i al sentir que álguien entraba, se hizo sombra con la mano para ver quién era.

—Beso a Vd. los piés, señor Gaspari!... Beso a Vd. los piés!... dijo el recien llegado.

—Buenas noches, Canuto, dijo el ajente de negocios con marcado acento estranjero i bajando su mano al conocer a Bobadilla. ¿Qué hai de nuevo? le preguntó con voz pausada i mirándolo fijamente.

—!Oh, señor! una gran novedad! Esta tarde, cumpliendo con mi comision, pasé por la casa del maestro Colás i ví las botas en la puerta. Como Vd. sabe, señor, esta es la seña de «gran peligro,» i sin perder mas tiempo que el necesario para proporcionarme un par de zapatos viejos, me dirijí donde el maestro. Pero no estaba solo: un señor le acompañaba. Le pregunté si tenia tiempo para trabajar i me contestó que no...

—Bien, vamos al grano, dijo don Lorenzo interrumpiendo a Bobadilla.

—Me contestó, continuó éste, que era imposible, que estaba *rodeado de trabajo.*—Rodeado de trabajo! me dije yo...

El ajente de negocios hizo tal jesto de impaciencia, que Bobadilla se apresuró a decir:

—Voi a concluir, señor... Pero es el caso que no podré esplicarme bien si no cuento punto por punto...

—No necesito esplicaciones, dijo el ajente de negocios.

—Entónces...

I Bobadilla, para mostrar que sabia ser lacónico, pasó a Gaspari el zapato con los números, sin agregar una letra mas al adverbio.

—«Toda la manzana rodeada: yo preso,»—leyó rápidamente don Lorenzo, sin manifestar la menor impresion.

I devolviendo el zapato a Bobadilla, le preguntó:

—¿En qué parte esta preso Colás? En su misma pieza?

—Sí, contestó Bobadilla, supliendo con una respetuosa vénia el *señor*, que omitia para ser lacónico.

—¿Cuántos le custodian?

—Uno.

—¿Sabes quién es?

—Teniente.

—¿Pero qué teniente, hombre de Dios? A tí cuando se te dice que hables sin rodeos, crees que estás obligado a contestar con una sola palabra. Vamos, díme quién es ese teniente; pero en pocas palabras.

—Raimundo Balcarce, contestó Canuto rápidamente, como para acortar mas las palabras.

—¡Siempre él! esclamó Gaspari con acento de mal humor.

Meditó un instante, vió la hora en un enorme reloj de plata que sacó de un bolsillo de su chaleco, i murmuró como si hablase consigo mismo:

—¡Las seis tres cuartos!... Solo queda hora i cuarto!

—Anda, dijo a Bobadilla, i ve cuántos hombres rodean la manzana en que está la casa de Colás.

Canuto hizo una vénia i salió sin hablar palabra.

Gaspari comenzó a pasearse en actitud meditabunda, i murmurando entre dientes frases como estas:

—Nada seria avisar que esta noche no hai reunion; lo principal es que no pierdan el miedo que infunde la *casa de las ánimas*... I seguramente lo perderian, si vieran que

esta noche no habia nada de particular. A este señor teniente será necesario anularlo.

Un momento despues llegó Bobadilla, i contestando a la mirada interrogativa del ajente de negocios, dijo:

—Treinta.

—¡Treinta!... Ah! son muchos! murmuró don Lorenzo. ¿I rodean toda la manzana?

—Completamente.

—¿De manera que hai siete en cada cuadra i aun sobran dos?

—En cada puerta uno, contestó Bobadilla.

—Ya principias a incomodarme con tu capricho! esclamó el ajente al ver que Canuto no se esplicaba debidamente. ¡Habla como quieras, pero claro!

—Digo, señor, replicó Bobadilla, digo que hai treinta hombres, porque los he contado uno por uno, pasando cerca de ellos, i como que no queria la cosa. A mas, yo los he visto mui bien: hai uno en cada puerta de las casas i tres en la casa, digo mal, en la puerta de la *casa de las ánimas*. I a mas...

—¡Basta! le interrumpió Gaspari. Colócate en el sitio de costumbre, i si no recibes nueva órden, cumple como siempre tu obligacion.

Canuto hizo una vénia i se alejó.

El ajente de negocios iba ya a apagar la luz despues de haberse puesto el sombrero cuando entró un nuevo personaje.

Si Edmundo hubiera estado ahí, habria reconocido en el acto a su pesadilla, al desconocido del camino de Maipo,

al que habia, en fin, azuzado al policial para que lo redujera preso.

—¿Qué hai de nuevo, Gregorio?

—Ya está todo terminado, señor. Don Edmundo acaba de ser conducido a la policía.

—¿I no hallará medio de salir ántes de mañana?

—Mucho lo dudo, señor. El comandante marchó a San Bernardo tras de los salteadores que le hemos denunciado.

—¿I no pondrá en juego sus otras relaciones?

—Tal vez no tenga tiempo de hacerlo, pues cuando se convenza de que el comandante está fuera de Santiago, ya será mui tarde.

—Bien: vete a rondar el cuartel, i si Edmundo sale i trata de ir a Maipo ántes de las diez del dia de mañana, procura impedirlo a toda costa. ¿Me entiendes? ¡A toda costa!

—Así lo haré, señor Gaspari, contestó el tal Gregorio. Saludó al ajente de negocios i se alejó.

Sin perder tiempo, el señor de los anteojos cerró su oficina, despues de apagar la luz de la lámpara, i se dirijió hácia la Alameda.

En aquel momento, las campanas del convento de San Francisco, que era el mas próximo, tocaban las oraciones, i hombres i mujeres interrumpieron su marcha para santiguarse i rezar.

Don Lorenzo Gaspari se sacó el sombrero i, como todos los demas, se entregó a tan piadosa ocupacion.

Apénas habia concluido, se acereó a él una mujer arrebujada en un manton.

—Señor Gaspari, le dijo.

—¡Ah! eres tú, María! ¿Qué hai de nuevo? He sabido que ese jóven ha ido a ver a Susana. ¿Por qué no habias venido a decírmelo?

—¡Qué, señor! si no habia podido salir! Ademas, como yo alcancé a ver que el señor Edmundo daba a la señorita una carta, no quise venir hasta poder proporcionármela.

—¿I lo has conseguido, hija mia?

—Sí, señor; aquí se la traigo a Vd.

—Bien! vete, hija mia, i anda dentro de tres dias a hablar en el confesonario con el R. P. Yo le daré pronto esta carta, Adios, hija mia: Dios premiará tus servicios.

En seguida, dirijióse apresuradamente a un despacho de abarrotes que habia en la esquina de la calle del Estado, i pidió licencia al comerciante para leer la carta que acababa de recibir.

—¡Dios nos proteje! se dijo, Matilde no revela nada.

CAPÍTULO XII

Una sociedad estraña

«Aquellos que saben vuestras conjuraciones, aquellos que penetraron sólidamente vuestros disfrazados artificios; aquellos que observaron tantas intelijencias secretas; conquistas, negaciones, con que vosotros no ausilias ménos a vuestra ambicion i avaricia que a vuestra *caridad cristiana*, confesaron injénuamente que la ambicion de Soberanía es lo que os hace mover tantas ruedas i tantas máquinas.»

«*La Universidad de Paris*», en su segunda apolojía dirijida a los jesuitas en 1644.

«*Retrato de la Compañia de Jesus*», ya citado, páj. 152.

La manzana encerrada por las calles de San Cárlos, Angosta, Pilon i San Francisco, era la la que habia hecho vijilar el oficial. En la calle del Pilon estaba la casita del maestro Colás, i en la de San Cárlos, la que tanto pavor infundia al vecindario.

Esta última calle, como lo recordarán muchos de nues-

tros lectores, se llamó hasta hace poco tiempo, de las *Ánimas* a causa de haber estado en ella la casa de cuya historia nos ocupamos.

Como ya hemos visto, el teniente habia colocado guardias en todas las puertas que daban a las cuatro calles mencionadas, con el fin de impedir que entrasen los que, segun su creencia, eran autores de aquella pesada broma. Pero su precaucion habia sido inútil, pues a las ocho de la noche hallábanse reunidas seis personas en la sala mas apartada de una casa cuya puerta daba a la calle de San Francisco.

Lo que habria confundido al teniente al saber esto, habria sido ver la puerta de calle cerrada, i al centinela en su puesto. ¿Por dónde entraban aquellos individuos? Quiénes eran? Imposible saberlo, a causa de que tenian el semblante cubierto por un antifaz i el resto del cuerpo con una saya negra. Inmóviles, sentados en una silla i con los brazos cruzados sobre el pecho, no cambiaban entre sí una sola palabra. Lo único en que podian distinguirse unos de otros, era en un número de lienzo blanco que cada cual tenia cosido frente al pecho, en la negra saya que los cubria. Estos números principiaban con el 1 i concluian con el 6.

La sala en que se hallaban, no tenia mas muebles que una mesa, ocho o diez sillas, i una estera. En la mesa ardia una lámpara i habia todo lo necesario para escribir.

Serian las ocho i cuarto cuando la puerta se abrió para dejar paso a un nuevo personaje, a cuya vista los seis vestidos de negro se pararon con respeto.

El recien llegado estaba cubierto como los demas, pero

con una saya i careta azul, lo cual era un distintivo de superioridad, pues saludó a todos con una vénia i fué a sentarse en el sitio de honor, es decir, en una silla colocada a la cabecera de la mesa.

Despues de acomodarse en ella con cierta mesura i gravedad, sacó de entre los pliegues de su saya una cartera que abrió i consultó por un momento.

—Señores, dijo colocando la cartera al alcance de su mano. Antes de ocuparnos de otras materias de alto interes, os pondré al corriente de lo que nos sucede. Un teniente del cuerpo de policía, don Raimundo Balcarce, nada mas que por satisfacer un capricho, se ha propuesto descubrir el misterio que rodea a la casa que llaman de *las ánimas*. Comprendereis que si se descubre, nos veremos privados de este asilo, que tan necesario nos es ahora que tenemos tantos asuntos entre manos. Así, este teniente es necesario que salga cuanto ántes de la policía; i el que tiene a su cargo los asuntos que pueden relacionarse con ese cuerpo, dará los pasos necesarios para cumplir esta órden.

Veamos ahora la marcha que han tenido nuestras empresas durante los últimos ocho dias.—¿Qué nos dice el socio núm. 1?

El que tenia este número en la saya, se paró i dijo:

—Los capitales invertidos en la última especulacion que se me encargó efectuar el lúnes próximo, fueron depositados en el Banco*** a la órden de S. B. C., al cual telegrafié en el acto a Valparaiso, dando órden de monopolizar las mercaderías en cuestion, que en ese puerto ha-

bia. La existencia era mediana i no alcanza a medio millon de pesos el gasto necesario para abarcarlas en su totalidad. La existencia de Santiago era aun mas pequeña, i bastaron ciento cincuenta i tantos mil pesos para agotarla. Se hizo las compras aquí i en Valparaiso, en un mismo dia i casi a la misma hora, por lo que a la tarde del miércoles, que fué en el que tuvieron lugar, hallábase ya recargada con un 25 por ciento. La especulacion puede considerarse terminada, i segun las cuentas formadas hoi, tenemos una ganancia líquida de ciento ochenta i siete mil novecientos cuarenta i tres pesos sesenta centavos.

El buque que debia traernos el cargamento de que dí cuenta oportunamente, para surtir las casas establecidas en esta capital, Talca, Concepcion i Valparaiso, tiene ya quince dias de retardo, lo cual ha ocasionado algunas pérdidas i algun descrédito en esos establecimientos. Atribuyo esta demora a alguna calma que el buque no ha podido vencer. Para evitar estos atrasos en lo sucesivo, convendrá no confiar a buques de vela cargamentos que son esperados con avidez.

Por lo que hace a los demas negocios de que he dado cuenta en sesiones pasadas, siguen una buena marcha, i darán benéficos resultados.

El número 1 (así lo seguiremos distinguiendo) se acercó al de la cartera azul i puso en sus manos un papel.

Hé aquí lo que decia:

«Para realizar una compra de ganados, se necesita publicar con insistencia que vienen de la República Arjen-

jina, adquiridos por un capitalista, muchos miles de animales.» (1)

—¿Qué tiene que comunicarnos el socio número 2? preguntó el de la careta azul despues de leer lo que antecede.

—Solo algunas decepciones i obstáculos que no he podido vencer. Las tendencias del gabinete se inclinan al liberalismo, porque la opinion del pueblo arrastra a los hombres que lo componen. No obstante, detiene la corriente el influjo de la mujer pues sin ella, habria salvado ya los obstáculos que le oponemos. Las amistades de personas entregadas por completo a la política, que hemos

---

(1) «Repetidas veces se les ha acusado, diremos mas, se ha probado que en América negociaban con todo. Se ha visto a esos virtuosos misioneros, tan desprendidos de los intereses mundanos, tener «mercado de ganados, de reses muertas i tambien de comercios mas ínfimos.» (*)

(*) Carta de don Juan de Palafox (obispo) al Papa Inocencio X. Historia de los Jesuitas *por A. Boucher*, edicion de Barcelona, 1870, cap. II de la 3.ª parte, páj. 340.

«Una de las cosas que mas contribuyeron a su descrédito, i que reveló de la manera mas patente que sus misiones eran ajencias comerciales i que no escaseaban los medios para allegar dinero, sirviéndose de la relijion como pantalla, fué la bancarrota de la Compañía, cuyo provincial en la Martínica habia comprado tierras i mas de dos mil negros para que trabajaran en ella, realizando al efecto en Marsella, Paris i otros centros comerciales, empréstitos por muchos millones. Los productos del trabajo de los negros eran mandados a Europa por la *Compañía*, que proveia en cambio las colonias de productos europeos.»

«Historia de las persecuciones políticas i relijiosas, por T. de Castilla, tomo IV., cap. XIII. páj. 103.»

podido proporcionarnos, son en la actualidad otros tantos órganos que nos sirven para conocer las ideas del gobierno, i al mismo tiempo, para hacer llegar hasta él consejos que mas de una vez son acojidos como una aspiracion del partido, pero que en realidad llevan un fin que puede servirnos.

Con respecto a los destinos públicos, de cinco que se han llenado esta semana, tres han recaido en personas que nos son adictas i que pueden prestarnos inmensos bienes sabiendo que a nosotros deben su elevacion. Nada que merezca notarse, como se verá, tengo por ahora que comunicar a la sociedad.

El número 2 se acercó a su vez a la mesa i pasó al de la careta azul un papel.

Hé aquí su contenido:

«La canonjía que ha vacado por muerte del prebendado B. P., conviene que sea ocupada por el presbítero S. O., que nos es completamente adicto.» (1)

—¿Qué tiene que comunicarnos el socio número 3? pre-

---

(1) «Hai en nuestra compañía otra fuente de males, mucho mas perniciosa i tanto mas arriesgada, cuanto se juzga ménos perjudicial: es ésta el ardor e impaciencia escesiva de meterse en los negocios esternos, a los cuales se entregan la mayor parte de los superiores por diversos motivos. Con el pretesto de ganar amigos a la Compañía, se dan a hacer visitas sin número, sin necesidad ni utilidad; i en esto gastan tiempo tan considerable, que toman modos i costumbres a los de la jente de semejante mundo.»

«Claudio Aquaviva, quinto jeneral de los jesuitas, en su instruccion a los superiores, cap. 1.º—Retrato de la Compañía de

guntó el de la careta azul despues de leer el papel del número 2.

—Mi tarea ha sido un tanto estéril, i creo que al fin tendremos que renunciar a hacernos de adictos en el ejército. El coronel S. A. que nos debia su elevacion a este rango i que nos habia prestado hasta hoi algunos servicios, se adhiere a los liberales con la espectativa de cambiar en roja su presilla de coronel. Lo único digno de notarse que ha acaecido en la presente semana, es que ha sido llamado a calificar sus servicios el sarjento mayor R. L., que se permitió atacar nuestra sociedad en el bríndis que pronunció el 15 del presente mes. La vacante dejada por ese señor se proveerá en breve, i tengo esperanzas de que sea ocupada por uno que, si no nos es adicto, al ménos por temor o pusilanimidad de carácter, no se atreverá a pronunciarse ni a influir en nuestra contra. No tengo noticias reservadas que agregar, (1)

—¿Qué tiene que comunicarnos el socio número 4?

Jesus, traducido del portugues por José Antonio Torres, Santiago, 1854, páj. 32.

Esta misma cita, aunque con una traduccion mas correcta i elegante se halla en Los Jesuitas o Análisis documentados de la Compañía de Jesus, edicion de Madrid, 1845, tomo V, páj. 68.

(1) En la Historia de los Jesuitas por A. Boucher, ya citada, en las Instrucciones secretas de los Jesuitas, cap. II, páj. 722, encontramos lo siguiente:

«1. Es menester hacer todos los esfuerzos posibles para hacerse árbitros en todas partes de las conciencias de los príncipes i personajes de rango, a fin de que nadie se atreva a levantarse contra no-

—Como otras veces, son reservadas, contestó el que cargaba ese número.

—Tráigalas usted.

El número 4 avanzó hasta la mesa, i dió al de la careta azul un papel.

Hé aquí lo que contenia:

«El arzobispo ha escrito a Roma varios pliegos que no han podido ser conocidos por nadie. Durante dos dias ha trabajado en su gabinete particular, encerrándose con su secretario cuatro horas cada dia.

Se ha comprobado que el secretario no nos es adicto i que trata de inclinar a S. S. I. para que cese de favorecernos.

En la presente semana, se ha denunciado al arzobispo, por el cura de***, que un padre Anjel, de la Compañía de Jesus, ha desaparecido sin que se halla podido averiguar dónde se encuentra. Se agrega que hai casi certidumbre de que esta desaparicion esté acompañada de un

---

sotros, ántes al contrario, se vean todos en la precision de ser dependientes nuestros.»

I en la páj, 724, núms. 14 i 15.—«Que se ponga el mayor cuidado en no recomendar cerca de quien fuere ni procurar ascensos a los que hayan salido, de cualquier modo que sea, de la Compañía, i sobre manera a aquellos que hayan querido salirse espontáneamente, porque, aunque disimulen, conservan siempre un odio irreconciliable para con ella. Finalmente que cada cual se esfuerce en conciliarse el favor de los príncipes, grandes i majistrados del pueblo a que pertenezca, a fin de que, cuando se presente la ocasion, trabajen fiel i enérjicamente en bien nuestro, aunque para ello se vean precisados a ir en contra de sus parientes, allegados i amigos.»

hecho punible, i se prometen datos fidedignos a este respecto. S. S. I. ha dado las gracias al cura de*** por su celo, i le ha encargado lleve adelante sus averiguaciones hasta descubrir la verdad.

La congregacion inaugurada bajo el nombre de la I. B. progresa con rapidez, i ha dado ya a la caja mas de cuatro mil pesos en un mes, por suscriciones voluntarias, rescates, etc. Las limosnas por *mandas* son las que han hecho elevar tanto las entradas. Se busca con actividad una muchacha del pueblo, atacada de espasmos u otra enfermedad, para que sea curada ante el pueblo con el contacto de las reliquias que poseemos. Esta piadosa manifestacion aumentará inmensamente la fé, nos traerá muchas almas que conquistaremos para Dios, i aumentará las entradas de la congregacion.

El cura de M. ha predicado un sermon que puede ser acusado de herejía: hay veinte firmas reunidas para probarlo. Si es conveniente, se dará curso a la acusacion de los vecinos. Hai varios escándalos que no comunicaré hasta que estén probados.» (1)

---

(1) «Se ha averiguado por sus escritos, que no pudieron ser quemados, hallados en Bergamo i Padua, que empleaban la mayor parte de las confesiones en averiguar las facultades de cada uno i el carácter i costumbres de los principales de todas las ciudades en que viven; i tenian un tan numeroso rejistro, que sabian exactamente las fuerzas, los medios i disposicion del estado en jeneral i de todas las familias en particular: lo que no solo ha sido juzgado indigno de personas relijiosas, sino que ha manifestado tambien que deben tener algun gran designio, para cuya ejecucion necesi-

El de la careta azul concluyó de leer lo que antecede, i dirijiéndose a los que lo rodeaban, dijo:

—¿Qué tiene que comunicarnos el socio número 5?

—La casa de que dí cuenta en la última sesion, me ha sido ya obsequiada por escritura pública. Ha sido necesario dar al cesionario los dos mil pesos en que la tenia hipotecada; pero como la casa vale once mil, puede calcularse entre ocho i nueve mil pesos la donacion, pues he tenido que pagar la escritura i alcabala. Si los hijos de ese piadoso varon se niegan a alimentarlo, habrá que darle una pension moderada para que atienda a sus mas imperiosas necesidades.

Las demas familias que se me ha indicado, harán tal vez algunas donaciones; pero aun no hai nada positivo. Nada reservado tengo tampoco que agregar a estas noticias (1).

---

tan una tan grande i penosa curiosidad.» «Mr. *Canage, señor de Fresne*, consejero de Estado, embajador de Francia en Venecia, en su carta al rei, el 28 de Junio de 1606.» LOS JESUITAS O ANÁLISIS DOCUMENTADO DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, edicion ya citada, tomo I, páj. 167.

(1) Las numerosas historias que tenemos anotadas sobre donaciones i herencias hechas a la Compañía de Jesus, se hallan contadas con tal estension i acompañadas de hechos tan punibles i vergonzosos, que renunciamos a citarlas.

Recordamos, sí, en este lugar, que en Chile no tiene existencia legal la Compañía de Jesus i que como tal no puede heredar. A este propósito, citaremos unas notables palabras de Castagnary, que se hallan en la pájina 4 de su folleto LES JESUITAS DEVANT LA LOI FRANÇAISE: «...On a fermé les yeus sur leurs envahissements; ou les a laissés s'étendre en tous sens, croître en nombre et en riches-

—¿Qué tiene que comunicarnos el socio número 6?

—En Concepcion se activa la obra de que dí cuenta el lúnes pasado, i, segun cartas que he recibido últimamente i que pondré en vuestras manos, se acepta con entusiasmo por unos, con indiferencia por otros, i con una fuerte oposicion por unos pocos, la idea del establecimiento de un colejio conforme al que hai en esta capital (1).

---

ses, peupler l'administration de leurs partisaus, s'emparer d'une portion de l'éducation publique, fournir des officiers á l'armée et des juges á la magistrature. Une chosse les géne dans leurs ambitions: le defaut d'existence legale. Ils ont le fait, et ils n'ont pas le droit. Eh bien! qui sait si, para un procés intelligeumment conduit, ils n'arriveront pas á avoir, sinon le droit, du moins l'apparence du droit.»

¿No sucederá, o al ménos, no es prudente temer igual cosa en Chile? Se dice que por no tener representacion jurídica se hallan imposibilitados para adquirir bienes raices i heredar: ¿no hace esto el efecto de un sarcasmo cuando se ven las valiosas propiedades en que se halla cómodamente instalada la Compañía de Jesus?

(1) «La Universidad de Padua, en sus reclamaciones al dux i al senado de Venecia contra los jesuitas, por César Cremoniano, su diputado, en el año 1591, decia:—«Existen en Padua una clase de personas, que habiendo establecido por su propia autoridad un colejio en competencia con el vuestro, han perdido ya a éste arruinándole completamente. Cuánto haceis vosotros para su engrandecimiento, otro tanto hacen ellos para su ruina: vosotros le dais privilejios i exenciones para fomentarlo i poblarle; ellos, por el contrario, con sus invenciones solo procuran disminuir el número de escolares que os esforzais en atraer a él. Ellos, por su propia autoridad i contra vuestras leyes, han establecido clandestinamente en Padua, en competencia con el colejio de la Señoría, otro colejio al cual han dado su nombre.—Estos padres vinieron en un principio

En el Seminario, el profesor de filosofía es casi racionalista, i es urjente sustituirlo por otro.

El colejio que tenemos, dia a dia adquiere celebridad, i los padres de familia se manifiestan mui contentos con el adelanto de sus hijos.

Para la fundacion de otros establecimientos, puede contarse ya con dos hermosos sitios, que cederá el uno el señor N. B., en la calle Angosta, i el otro los SS. U., en la Alameda, cerca al convento de San Miguel.

Lo demas que tengo que comunicar, es solo una corta noticia que he creido debia darla con carácter de reservada.

El número 6 puso en manos del presidente una pequeña hoja de papel con estas pocas líneas:

«Los hijos del Ministro N. N. que se educaban en el Seminario, han sido retirados por haber tenido conocimiento (el ministro) de que su hijo menor habia cometido una falta vergonzosa.»

—Bien, dijo el presidente, dirijiéndose a todos los que

---

como pobres i con apariencias de humildad: poco o poco, habiendo adquirido riquezas, no se sabe cómo, i adelantando palmo a palmo, han llegado hasta querer ser los monarcas de la ciencia...»

¡Esto sucedia en Padua ahora trescientos años!

Al pasar hoi frente al suntuoso colejio que concluyen de edificar los R. R. P. P. franceses en la calle de las Delicias de Santiago, no hemos podido ménos de preguntarnos: ¿Es este un colejio que pertenece a la Compañía de Jesus? Si no lo es, la jeneralidad al ménos lo cree así, i ante esta idea nos hemos preguntado nuevamente: ¿Sucederá en Chile, en el siglo XIX, lo que acaecia en Padua en el siglo XVI?

formaban aquella estraña asamblea: los informes, en su jeneralidad, son satisfactorios, i sin forjarnos ilusiones, debemos esperar el progreso mas brillante. Para obtenerlo, os repetiré sin cesar: constancia, actividad i celo en el servicio! Hoi habria querido haceros muchas recomendaciones i prolongar esta sesion una hora mas; pero aparte de ocupaciones urjentes que reclaman mi presencia en otro lugar, tenemos a ese teniente que trata de sorprendernos. Así, acercaos segun el órden acostumbrado, a prestar el juramento de estilo i a recibir las instrucciones que os voi a dar.

El que cargaba la saya número I, se acercó al presidente, el cual poniéndose de pié le preguntó:

—¿Jurais por Dios Nuestro Señor i la salvacion de vuestra alma, guardar un secreto eterno sobre lo que aquí hayais visto, oido i aun adivinado, i sobre todo lo que se os encargue hacer? Jurais igualmente renunciar en este juramento a las restricciones mentales de que podríais hacer uso con el propósito de divulgar nuestras reuniones, o algo de lo que en ellas se ha tratado? (1)

---

(1) Aunque es mui sabida la teoria de las restricciones mentales en los juramentos, citaremos lo que a este respecto dijo el P. Sanchez de la Compañía de Jesus en su obra *Op. mor.*, p. 2, I. 6, n. 13 «Es lícito el usar términos equivocos haciéndolos entender en diferente sentido del que tiene para sí el que habla.»—I en la misma obra agrega: «Puede un hombre jurar de no haber hecho una cosa, aunque la haya hecho efectivamente, entendiendo en su mente que no la ha hecho tal dia, o ántes que naciera, o sobreentendiendo alguna otra circunstancia semejante, sin que las palabras que dicen

—¡Lo juro! contestó el socio número 1 estendiendo su mano derecha.

—Si así lo haceis, Dios os lo premie; i si no, él os lo demande, dijo el de la careta azul.

En seguida volvió a sentarse i escribió con rapidez increible lo que sigue:

«Apénas arribe el *Veloz*, se cargará con las cecinas depositadas en Valparaiso en las bodegas de Bouffor i C.ª, i se hará a la vela con destino a New York, donde debe entregarlas a Nelson Wat i C.ª. El capitan Jorje Vand se trasbordará al vapor *Mariposa* que debe llegar a New York, de Italia, mas o ménos en la misma fecha que el *Veloz*; i tomando las mercaderias que le entregue Nelson, hará rumbo a Burdeos.

«Orden a la casa Simpson Harvy i Ca. de New York, para que cambie en buque a vapor el *Veloz*.

«Orden al capitan Jhon Brown, de la *Mariposa*, para que permanezca en New York vijilando la refaccion del *Veloz*.

«Orden a la casa Graud, de Valparaiso, para que reuna *los fondos* para el 15 del entrante.

«Cancélese a la casa de Tournon i Ca., el vale por 85,000 pesos vencido hoi.

«La compra de animales, hasta 2.ª órden.

†. †. †.»

---

tengan sentido alguno por donde se pueda echar de ver.» – Estas teorías, sostenidas por muchos teólogos, han sido condenadas por los papas, i creemos que en la actualidad se acojen como perniciosas, sin embargo de que Filiucio, teólogo i escritor jesuita, en su tr. 25, c. 11, n. 331, dice que; «la intencion es la que rije la accion.»

El presidente pasó estas órdenes al socio número 1, el cual las tomó, saludó profundamente i se alejó.

El socio número 2 prestó el mismo juramento i recibió las órdenes que vamos a copiar.

«Que la prensa señale al presbítero S. O. como el mas acreedor a la canonjía vacante.

«Carta al Ministro del Culto para que no se comprometa por otro.

«Orden a nuestra prensa para que pida al gobierno mas enerjía en decidirse, i al mismo tiempo, cartas a las personas que puedan influir en su ánimo para que le hagan comprender que no contará con el partido católico para su reeleccion.

«Que la prensa de Concepcion proceda con enerjía en asuntos relijiosos, i sostenga al Ministro del Culto.

«El intendente de A. es perjudicialísimo a nuestra sociedad, i estando al espirar el tiempo de su nombramiento, es necesario que no sea reelejido i que se nombre en su lugar al señor R. N. Que se recojan las firmas de los vecinos mas respetables de A. para solicitarlo del gobierno.

†. †. †.»

El número 3 recibió las órdenes siguientes despues de prestar el juramento de estilo:

«Carta anónima al coronel S. A. amenazándolo con descubrir al gobierno el estado en que se halla la *caja* del cuerpo, si persiste en apoyar a los liberales. Prométasele que mas pronto cargará las presillas rojas sirviéndonos que atacándonos.

«Al ex-sarjento mayor B. L. propóngasele que será restituido a su empleo si se cambia en nuestro defensor.

«El alférez de policía Luis S. que monta hoi la guardia del despacho, ocupará la vacante del teniente Raimundo Balcarce cuando éste sea separado del cuerpo.

«Indáguese la conducta i moralidad del ejército de la frontera, i especialmente la de sus jefes.

«Carta anónima al jeneral B$_{***}$, diciéndole que se ha sabido la conversacion privada que sostuvo con el Ministro de la Guerra. Que hai quien pueda tener tambien una conversacion igual con un banquero del vecino puerto.»

La misma firma de las anteriores órdenes.

Despues de prestar igual juramento que los otros, el número 4 recibió las siguientes:

«*Oficio en forma*, con nuestra signatura especial, al secretario del Arzobispo para que el juéves de esta semana, a las ocho de la noche, se presente en la casa$_{***}$ a recibir unas cartas de su puño i letra escritas en los meses de noviembre i diciembre del año próximo pasado, bajo apercibimiento de que si no se presentare, serán colocadas esa misma noche en manos del señor Arzobispo.

«Carta anónima al cura de$_{***}$ para que suspenda toda averiguacion respecto al padre Anjel, bajo apercibimiento de que si no obedece, el señor Arzobispo conocerá a su vez el misterio que se encierra en la casa de la calle B. contigua a su curato.

«Que desmienta sus aseveraciones diciendo que el padre Anjel ha sido mandado por sus superiores a misionar.

«Mucha circunspeccion i tino en la manifestacion de

milagros: reina una gran incredulidad, i todo se comprometeria con un paso en falso.

«Dése curso, por manos de una persona piadosa, a la acusacion contra el cura de M.

«Inquiérase con actividad lo que sucede en el curato de los Andes, i comuníquese por correo a esta presidencia lo que haya de verdad.

«Los amigos laicos se empeñarán con el Arzobispo, Presidente i Ministros para que se dé la canonjía va[illegible]ntra el presbítero S. O.»

Signadas i entregadas al número 4 estas ó[illegible]s Andes. aquí las que pasó a recibir el número 5: [illegible]ense con [illegible] de C.

«Véndase la casa cedida por el piadoso D. F., i su cárguese a las entradas estraordinarias. Antes de asignar a dicho señor ninguna pension, consúltese a esta presidencia.

«La señora T. K., viuda de C., está dispuesta a despojarse de sus bienes con tal de que se le asignen cien pesos mensuales miéntras viva. Aprovéchese la buena disposicion de su espíritu para esta piadosa donacion i estiéndanse las escrituras del caso.»

Por fin, el número 6 recibió las recomendaciones que siguen:

«Que la prensa de esta capital i la de Valparaiso encomien la idea de fundar un establecimiento en Concepcion.

«Que nuestro ajente active la recaudacion de fondos i de firmas para demandar del gobierno un ausilio pecuniario.

«Que se pida su renuncia al profesor de filosofía del Seminario, i su reemplazo será provisto oportunamente.

«Acéptense los sitios que ceden los senores N. B. i U.; que si no tiene lugar el establecimiento de los colejios, podrán servir para otras obras pias.

«Recomiéndese la vijilancia mas esquisita al rector del Seminario para que no vuelvan a repetirse casos como el sucedido al hijo del ministro N. N.

sab[illegible]la próxima semana debe tener lugar la ordenacion
tro dátero J. P., el cual ignora que uno de sus bisa-
una co[illegible] una chacra para el primer sacerdote descen-
L[illegible] su familia. Véasele, i sin decirle de qué se trata,
[illegible]étasele ponerlo en posesion de esa herencia con tal que renuncie a la mitad de su valor.»

El número 6 recibió estas órdenes i se alejó como los demas.

El de la careta azul tomó entónces su cartera e hizo en ellas las anotaciones que vamos a copiar.

Núm. 1.—Orden a Bouffor, de Valparaiso; a Nelson, de New York; a Vaud, c. del *Veloz*; a John Bronwn, c. de la *Mariposa*; a Graud, de Valparaiso, por fondos; i cancelacion a Tournon.

M. *(Noticias sobre ganados arjentinos.)*

—Núm. 2.—Recomendacion a la prensa i al Ministro del Culto, del presbítero S. O. para canónigo.

Ataques al gobierno por su política media. Promocion del intendente de A. i reemplazo por el señor R. V.—Que la soliciten los vecinos de A.

M. *(Al padre V. R. que hable a la esposa del Presidente para este empleo i para la canonjía del presbítero S. O.)*

Núm. 3.—Carta al coronel S. A.—Propuesta al ex-sarjento mayor B. L.—BAJA del teniente Balcarce de policía, i ALTA del alférez L. S.—Jefes i ejército de la frontera: su conducta.—Carta al jeneral B. sobre el banquero.

Núm. 4.—OFICIO al secretario del A. sobre sus cartas, para el juéves a las 8 P. M.—Amenaza al cura de*** si no desmiente sus informes.—Acusacion de herejía contra el cura de M., e indagacion de lo que sucede en los Andes.

Núm. 5.—Espropiacion del señor D. F.—Acéptense con la mensualidad pedida, los bienes de la señora T. R. de C.

Núm. 6.—La prensa i los establecimientos de educacion.—Recursos que solicitar en Concepcion. Dos sitios aceptados. Propuesta al presbítero J. P. sobre su herencia.

M. *(Profesor de filosofía para el Seminario.)*

I aquel estraño personaje, despues de hacer estos apuntes con suma rapidez, lo que probaba en él una prodijiosa memoria, se guardó la cartera, vió que su reloj marcaba las nueve i media, apagó la luz que iluminaba la pieza, i salió por la misma puerta que habian franqueado los demas.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILENA

CAPÍTULO XIII

Las ánimas triunfan

IENTRAS esta reunion tenia lugar en el centro mismo de la manzana que tan cuidadosamente habia hecho rodear el teniende de policía Raimundo Balcarce, éste, como lo recordará el lector, conversaba tranquilamente con el maestro Colás, pues solo a las diez i media de la noche tuvo aviso de que las ánimas habian principiado a *penar*.

Los cinco hombres que el oficial mandó a reforzar la guardia que habia colocado en la puerta de la *casa de las ánimas*, encontraron a poco andar, a un hombre que huia como alma que persigue el diablo.

—¿Dónde vas? le preguntaron despues de sujetarlo i

reconocer que era uno de los que guardaban la puerta de la casa misteriosa.

—¡Déjenme! suéltenme! esclamó el pobre hombre, yerto de terror i pudiendo pronunciar apénas esas dos palabras porque tenia seco el paladar.

—¿Qué ha sucedido? Qué tienes? Para dónde vas? le preguntaron todos a la vez.

—¡Ni el diablo! esclamó, reponiéndose ya un poco; ni el diablo que aguante ahí!

—¿Pero qué es lo que has visto?

—¡Ahí es nada!... Golpes, estruendos, quejidos, ahullidos como de perro, como de gato... i luego—yo aun no me movia de la puerta porque el teniente nos habia dicho que nos daria cincuenta palos si huíamos, pero vinieron a golpear la misma puerta;—i luego, como yo no queria moverme, una mano así... grande como mis dos puños, i helada como una plancha ántes de calentar, salió por la puerta i me agarró aquí, en esta mejilla. Entónces yo me dije: ¡Aunque mi teniente me mate! i traté de arrancar; pero el ánima—porque yo juro por mi vida que es ánima —me sujetó. Entónces yo comencé a gritos, i los otros soldados que hacian la guardia en la misma cuadra, en las otras casas, arrancaron.

—¿I tú? qué hiciste tú cuando el ánima no queria soltarte? le preguntó uno de los que se hallaba mas impresionados con la narracion.

—Yo, contestó aquel, me acordé de que era bueno insultarlas, i miéntras me encomendaba a mi *ánjel de guarda,* le dije cuanta desvergüenza se me vino a la boca.

—¿I te soltaron? le preguntaron en coro los demas soldados.

—Sí; pero fué para abrir la puerta: de seguro que con la intencion de *entrarme pa entro*; pero yo arranqué «patitas *pa* qué te quiero», i solo *oí por detras el traquío* que hacian como si viniera una lejion de diablos.

—Vamos, hombre; volvamos los seis a la casa, dijo el mas valiente, pero que no por esto le desagradaba ir mas acompañado.

—¡Ni aunque me maten! contestó el convidado.

—Vamos nosotros entónces, agregó el primero dirijiéndose a sus compañeros.

—¡Yo no voi! contestó uno. Con las ánimas, pocas *bufonáas!*

—¡Ni yo tampoco! contestó otro: si por casualidad nos habla alguna, tenemos que quedar tontos para toda la vida!

—¡Pero, hombres! mi teniente nos va a hacer azotar! Vamos todos juntos, i nos agarramos de las manos. Las ánimas no *lo* hablan a uno cuando está acompañado.

—Así es, dijo uno, como si tuviese esperiencia de ese hecho.

—¡Vamos, pues! esclamaron todos, como quien se decide a una empresa de romanos.

Tomados de las manos, estrechándose unos a otros, comenzaron a caminar, atento el oido i pisando levemente a fin de no hacer ruido.

No tardó en oirse algunos golpes i gritos descompasados.

—¿Sienten? preguntó uno en voz baja.

—Chit! chit! hicieron los demas, temblando i acortando el paso.

Los ruidos continuaron, a veces cerca, otras léjos, i por fin, cesaron un momento.

—Acerquémonos i pongámonos frente a la puerta, dijo uno, por si llega mi teniente, nos vea en nuestro puesto.

Los demas aceptaron, i aunque temblando, llegaron a colocarse frente a la terrible puerta.

Continuaba, inter tanto, sintiéndose algunos ruidos estraños, pero mas lejanos, i solo de tarde en tarde, algunas piedras rebotaban en los tejados de la casa misteriosa.

Por fin los medrosos soldados oyeron una voz que vino a reanimarlos. Era la del teniente Balcarce, que desde el patio de la casa, mandaba abrir la puerta que caia a la calle.

Los seis soldados corrieron a colocarse en el umbral, así es que cuando la puerta se abrió, estaban en su puesto.

—¿Nadie ha salido por aquí? preguntó el teniente! que se alumbraba con una linterna.

—Absolutamente nadie, mi teniente.

—Síganme, dijo éste a los otros seis i a los que le acompañaban. Vamos a rejistrar esta casa de punta a cabo.

Temblando unos, haciéndose los valientes otros, comenzaron el rejistro. A cada rata que huia, a cada hoja de árbol que ajitaba el viento, a cada varilla que tronchaban bajo sus pies, los soldados reprimian el aliento de pavor.

Los ruidos no habian cesado: oíanse en las casas vecinas, en el fondo de la huerta, i de contínuo una piedra, un terron que caia o rodaba por los tejados, hacia palidecer a los mas animosos.

—¡Qué no se nos escapen esos bribones! esclamaba el oficial marchando adelante i rejistrando pieza por pieza.

Cansado al fin de andar, de subir a los tejados, de volver sobre los mismos puntos que ya habia visitado, mandó cerrar la puerta de la calle i se dirijió con sus soldados al interior de una huerta, cuyos árboles sin podar, i la yerba que habia crecido inmensamente, hacian casi imposible el recorrerla.

No obstante, el animoso oficial, abriéndose paso con su espada en muchas ocasiones, marchó impertérrito con el objeto de saltar a la casa vecina donde parecia que se habian refujiado las ánimas.

Las paredes que separaban las propiedades abandonadas tanto tiempo a sí mismas, estaban derruidas en muchas partes, i nuestro oficial pudo pasar sin mayor esfuerzo hácia el sitio en que *penaban*.

Hasta entónces, salvo los miedos de los soldados, i uno que otro golpe al subir o bajar de los tejados, todo habia marchado bien; pero las ánimas, sea que se vieran cercadas, sea que se indignaran por una persecucion tan sostenida, comenzaron a llover piedras, terrones i pedazos de teja sobre sus perseguidores. Hasta entónces tambien el oficial habia podido mantener la subordinacion en sus soldados gracias a que las ánimas se habian contentado con gritar, aullar i tirar algunos proyectiles a los tejados; pero en ese momento en que la lucha tomaba proporciones que los soldados median por el dolor que alguna de las *balas frias* les habia dejado en la cabeza u otra parte del cuerpo, la disciplina cayó en desusó, i mas tardó el teniente en re-

cojer su sombrero de paisano arrebatado por una pedrada, que en verse completamte solo. Fué inútil que les gritara que eran unos cobardes, unos gallinas, unos miserables: los soldados parecian apostar a quién huia primero.

Balcarce, desesperado, se mesó la barba i los cabellos, i jurando que al otro dia se la iban a pagar, juró tambien que, o perdia la vida aquella noche (lo cual habria sido un obstáculo para cumplir su primer juramento), o descubria a los bribones que así se burlaban de él.

Tomó, pues, la linterna en una mano i la espada en la otra, i calculando el lugar de donde habian venido las piedras, corrió hácia él.

Por dos veces pasaron zumbando sobre su cabeza algunos proyectiles; pero el teniente avanzaba siempre, i llegó por fin a un patio cubierto de yerbas, en el cual se detuvo para cerciorarse de si se oia algun rumor.

De repente abrieron una puerta a su espalda i el teniente, que dirijió en el acto la luz de su linterna a ese lugar, lanzó un grito involuntario de terror.

Trató de reponerse, arrojó la linterna i empuñó su espada; pero ya era tarde. Dos brazos robustos lo rodearon i dos manos grandes, inmensas, heladas como el mármol, le oprimieron el cuello.

Por un último esfuerzo de su valor, trató de desasirse; pero oyó una voz cascada, hueca, semejante al eco lúgubre que toma la voz en un sepulcro de bóveda, que decia:

—¡Enterrémosle con los muertos!...

El teniente tembló de piés a cabeza, sintió que su sangre, helada como la nieve, afluia a su cerebro, i se desmayó.

Los que lo habian maniatado, los que él habia visto a favor de su linterna, eran tres fantasmas, cuyos cuerpos estaban cubiertos con una larga saya blanca, i cuyas caras, mas bien que tales, eran unas horribles calaveras.

Todo esto, en un momento cortísimo, sin preparacion alguna, fué mas que suficiente para que el jóven, aunque do reconocido valor, perdiera su presencia de ánimo i sintiese un miedo terrible.

Para completar este capítulo, diremos que el teniente, cuando volvió en sí, se halló tendido en la vereda de la calle, frente a la *casa de las ánimas*.

CAPÍTULO XIV

Valentin se enfurece

El primero que acudió al llamado de Edmundo, por estar su casa mas cerca del cuartel de policía, fué Valentin.

—¿Qué es lo que hai? qué te sucede? le preguntó sin saludar siquiera al oficial.

Edmundo le narró cuanto ya conoce el lector.

—¡Ira de Dios! esclamó Valentin dando un puñetazo sobre la banca. ¿I por eso te detienen? por un *roto* que ha querido calumniarte, te dejan preso?

—Sí, por eso, contestó Edmundo.

—¡Pero no es posible! esclamó Valentin levantándose para acercarse al oficial, al cual le dijo:

—¿Ha pensado Vd. bien, señor oficial, en lo que hace reteniendo a una persona que es inocente?

—Cumplo con mi deber, caballero, contestó el alférez.

—¡Cumple Vd. con su deber! repitió Valentin con acento irónico. ¿A qué llama Vd. *cumplir con su deber?* Al abuso que hace de su puesto? a las medidas autoritarias que toma con un caballero, como si se tratase del *roto* mas infeliz? A eso llama Vd. cumplir con su deber?

—¡Cállate, Valentin; no es esa la manera de arreglar este asunto, le dijo Edmundo.

—Advierto a Vd., decia al mismo tiempo el oficial, que si no se calla, tambien quedará aquí!

Felizmente, Valentin no oyó lo que le decia el alférez, pues volviéndose a Edmundo, le preguntó:

—¿Quieres que no hable, hombre, cuando veo que ese muñeco, porque le han puesto una tira de trapo colorado i unos botones amarillos, se cree autorizado para atropellar a la jente? ¡Ira de Dios!... (este era el voto favorito de Valentin cuando tenia rabia) ¡Ira de Dios!... Si no sales tú pronto de aquí, seré capaz de agarrar a toda la guardia de las orejas!

—Cállate, le dijo Edmundo, pues no harias otra cosa que ayudar a mis enemigos en su obra.

—¿Qué es lo que sucede? preguntó a ese tiempo Vicente, que llegaba jadeante i mui asustado.

—¡Qué ha de suceder, se anticipó a contestar Valentin, sino que éste (e indicó a Edmundo), por su prudencia, por su carácter amigo de evitar escándalos, ha dejado que hagan cera i pábilo de él!

—Veamos qué sucede, cuéntame lo que te ha traido aquí, dijo Vicente a Edmundo.

Este llevó a sus amigos a la banca que ántes habia ocupado, i principió a narrar a Vicente lo que ya conoce el lector.

El alféres, inter tanto, al ver el jiro que tomaba aquel asunto, comprendiendo que Edmundo era persona de suposicion i que sus amigos no lo eran ménos, no se habia atrevido a seguir contestando a Valentin, i se limitó a ordenar al cabo de guardia que no dejase entrar a nadie sin avisarle.

Vicente, fiel a su idea de que los hombres eran mas buenos que lo que se les creia, al concluir Edmundo su narracion, esclamó como preguntándose a sí mismo:

—¿Es posible que haya hombres tan malos?

—¡No te admires de eso! le dijo Valentin, que habia podido apagar un tanto su cólera. ¡No te admires de eso, sino de que haya hombres que les apoyen! Sin ir mas léjos, ahí tienes a ese señor oficial!

El jóven alférez, al verse aludido, se dijo allá en sus adentros: «lo cortés no quita lo valiente» i nunca es bueno, por otra parte, hacerse de enemigos. Procuremos que estos caballeros comprendan que me es imposible obrar de otra manera, i así, al mismo tiempo que cumpliré con la órden que he recibido, quedaré bien con ellos.

—Vean, señores, dijo a los tres amigos. Ya he manifestado al señor Cortés, que yo, simple alférez, no puedo echar sobre mis hombros una responsabilidad como la que se me pide. Solo los jefes, i aun éstos faltando a su deber,

suelen hacer esas concesiones. Pero un subalterno no tiene mas que ceñirse a lo que se le ordena.

—I si a Vd. se le ordena una barbaridad, le preguntó Valentin exasperándose, ¿Vd. la cumple?

—Esa es la lei militar, señor, contestó el jóven alférez.

—¡Qué lei militar ni que niño muerto, señor oficial! Aquí no hai leyes que se tengan, sino un poco de buen sentido! ¿Han podido prever esas leyes que Vd. invoca, que un caballero todo delicadeza i completamente inocente sea calumniado por un bribon? I si lo ha previsto al querer que todo crímen sea debidamente probado, ¿ha podido preveer tambien que llegará el caso en que un bribon se salga con la suya haciendo pasar una noche de cárcel a un caballero?

—Pero él, ese hombre que acusa al señor, está tambien aquí, i en peor situacion, pues ocupa un calabozo húmedo i oscuro.

—¡Gran castigo para él. ¿Qué le supone a esa jente dormir en el suelo i estar presos, cuando casi, casi hacen una gloria de eso? Vamos, señor oficial! si no tiene mas razones que esas, no valia la pena que Vd. hubiera dejado su trono de dictador.

El alférez se ruborizó hasta las orejas.

—Yo creo que aun es posible arreglarlo todo, dijo Vicente, deseoso de conciliar los ánimos. ¿Tú tienes que hacer? preguntó a Edmundo.

—I dilijencias mui urjentes!

—Pues bien: yo me quedaré en tu lugar, i aun si quieres, mañana contestaré la demanda por tí.

—¡Eso no es posible! esclamó Valentin. Debemos irnos los tres.

—Por mi parte, dijo Vicente, yo nada tengo que hacer i ningun sacrificio seria el pasar la noche aquí conversando con el señor oficial.

—¡Linda noche, por cierto! esclamó Valentin.

—Si no linda, al ménos no seria mala tampoco, objetó Vicente.

—Esperemos, dijo Edmundo, que vuelva un soldado que ha ido a buscar al comandante.

—Si el señor oficial nos permite esperar i no nos manda poner una barra de grillos, dijo Valentin con acento mordaz.

El alférez creyó mas conveniente no contestar.

Dieron las once, las doce, la una... i aun el soldado no llegaba.

Valentin se paseaba como un leon altivo en la jaula. Pensaba hasta en incendiar el cuartel, i en mas de una ocasion, al mirar al jóven oficial, tuvo ímpetus de tomarlo de las orejas como a un niño de escuela, i echarlo a la calle por una ventana. Vicente con su carácter calmoso, i Edmundo con su prudencia, calmábanlo.

Por fin, a la una i cuarto llegó el soldado.

Traia dos cartas del comandante: una para Edmundo en que le decia que solo a esa hora llegaba de San Bernardo, i otra al oficial en que le ordenaba dejase salir a Edmundo bajo la promesa de que volveria a las diez de la mañana, hora en que estaria ahí el juez del crímen.

—Ahora, señor, dijo el alférez a Edmundo, yo no tengo responsabilidad alguna, i Vd. queda en libertad.

—Hace Vd. mal, señor oficial, le dijo Valentin; ahora es cuando debia Vd. meterlo a un calabozo i cargarlo de cadenas para dar una prueba de su celo por el servicio.

El alférez trató de recibir estas palabras como una broma, i se sonrió sin contestar.

—¡Gaznápiro! muñeco forrado en paño! murmuró Valentin alejándose con sus amigos.

CAPÍTULO XV

Revelaciones

En su escritorio, Edmundo halló dos cartas de Susana: una para Matilde i la otra para él.

Decia esta última:

«Edmundo:

«Creo un deber manifestarte mi gratitud por el servicio inmenso que me has hecho trayéndome noticias de mi tierna i desgraciada hermana. Respeto las causas que haya fenido para ocultarme el lugar de su residencia; pero debes comprender que me es bien sensible el ignorarlo. Por esto te ruego que unas tus súplicas a las mias para que cuanto ántes Matilde me hable con toda franqueza.

«Espero que no pasará un dia mas sin que tenga que agradecerte este nuevo i gran favor, tu

SUSANA.»

Edmundo detuvo la vista durante largos minutos sobre aquel *tu* que para él tenia tan elocuente significacion.

Ni una palabra de amor, ni una sola frase de cariño en aquella carta tan querida. ¿Qué importaba? Esas dos letras era todo un poema para su corazon.

El enamorado jóven habria permanecido en vela toda la noche a no acordarse que al dia siguiente debia comparecer a la policía e ir a entregar la carta de Susana a Matilde. Así que, despues de leer por la última vez las líneas que hemos copiado, se fué a acostar.

A la mañana siguiente compareció a la policía; pero su jestion no tuvo resultado alguno. Ambos se acusaban i ninguno tenia pruebas para confirmar su aserto. El juez no halló un culpable a quien condenar, i ámbos salieron en libertad.

A la puerta del cuartel habia un coche que esperaba a Edmundo para trasladarlo a Maipo.

El camino se hizo con rapidez i sin que acaeciese nada de notable. Lo único que llamó un tanto la atencion de Edmundo, fué el encontrar un poco mas acá del rio Maipo un coche herméticamente cerrado.

—Será para preservarse del polvo, pensó el jóven sin hacer mas alto en ello.

Cuando hubo llegado a la hermosa alameda que conducia a la casita de Matilde, Edmundo dejó el coche i entró al bosque de olivos.

Un absoluto silencio reinaba allí. Solo uno que otro pajarillo piaba tristemente, cual si el calor del sol le fatigara.

Edmundo se detuvo un instante para gozar de ese silencio, para oir, bajo esos árboles que no dejaban penetrar un solo rayo de sol, esos ecos vagos que tan elocuentemente hablan al corazon de una persona soñadora.

—¡Susana i yo aquí! se dijo: yo, aunque labrara la tierra para sustentarla: ella esperándome aquí, al mediodía, para enjugar el sudor de mi frente i darme un negro pan con sus manos!... ¡Oh! cuán feliz seria!...

I Edmundo continuó forjándose una vida de campo tan apacible, tan serena, que dos lágrimas rodaron de sus ojos cuando recordó que para él era imposible.

—Sí, se dijo; no veré yo a mi Susana levantarse con la aurora e ir a dar de comer a las aves, que saltarian de placer al verla! No seré yo el que, al ir a subir a mi caballo para recorrer mi heredad, deposite en su frente un beso de amor para despertarla!

Estas reflexiones presentaron bien pronto a la mente del jóven al que creia causa de sus males; i entónces, sin odio ni animadversion, esclamó:

—Ea! no hai que acobardar! Miéntras mi vida sea de alguna utilidad a Susana, conservémosla para ella i para luchar con sus enemigos! Por ahora, veamos a Matilde...

I al decir esto, marchó resueltamente a la casita, cuyas blancas paredes se divisaban al traves del follaje de los árboles.

Las puertas estaban cerradas i nadie habia por ahí.

Edmundo principió a inquietarse, i llamó despacio primero, mas fuerte en seguida i violentamente despues.

Nadie contestó a su llamado.

Dejó pasar algunos minutos i repitió los golpes con mayor fuerza.

El mismo silencio.

—¿Qué habrá sucedido aquí? se preguntó Edmundo, lleno de inquietud.

En aquel momento vió venir hácia él la sirviente que habia visto dos noches ántes.

—¡Ah! se dijo; deben estar en aquella arboleda!

La mujer reconoció en el acto a Edmundo, le saludó i abrió la puerta de las piezas.

—Entre, señor, le dije: lo estaba esperando, pues ya sabia que iba a venir.

—¿Matilde no está aquí? se apresuró a preguntar el jóven.

—Ya le diré todo, señor; pero siéntese: Vd. vendrá cansado.

—Absolutamente, mi señora: lo único que deseo es saber pronto de Matilde.

—¡Ah! de la pobrecita! Bien, yo voi a decir a Vd. todo.

La mujer colocó un pequeño banco frente a Edmundo i se sentó con todo reposo.

—Principiaré, le dijo, por contarle cómo vino aquí la pobre niña.

Mi finado marido fué mayordomo durante muchos años, del señor don Cornelio del Valle, i gracias a su trabajo (porque mi marido, señor, fué hombre trabajador como pocos), juntó unos realitos i compró esta finquita.— Cuando yo me muera, me dijo, tendrás para mantenerte con estos

olivos.» I dicho i hecho, así ha sido, señor; vivo pobremente, pero gracias a Dios no me falta un pan.

—Por favor, señora, le dijo Edmundo, dígame pronto donde está Matilde i su compañero Anjel!

—Allá voi, señor. La pobre niña me ha dicho que con Vd. puedo tener entera confianza, i por esto voi a contarle todo: despues de Vd., nadie mas lo sabrá, porque yo soi mujer de guardar hasta la muerte un secreto. Pues bien, señor: yo he querido mucho a la familia de don Cornelio, i sobre todo a la niña Matilde, porque ha de saber Vd. que es mi hija de leche, pues yo le dí de mamar dos meses cuando estaba criando a Miguelito, un hijo que se me murió, señor. Bueno: yo, como le digo, he querido mucho a Matildita, i de cuando en cuando, iba a la casa de don Cornelio, donde me estaba dos o tres dias, para ver a la niña. Hará cosa de mes i medio que fuí, i encontré a la pobrecita de mi alma, pálida i flaquita que daba compasion. ¿Qué tienes, hijita, le pregunté, que te estás marchitando como un arbolito sin regar?—Nada, Colasa, me contestó, Porque ha de saber Vd., señor, que yo me llamo Nicolasa Rios, para servir a su merced. Como decia ella me contestó que nada, pero ví que se le llenaban de lágrimas; hasta rebosar, sus lindos ojos en que yo me miraba como en un espejo.—«Tate! me dije en mis adentros: la pobrecita padece de amor, i es necesario curarla, porque si no, con sus quince años i todo, «tuerce bien pronto la esquina.» No le dije nada mas en el dia, pero me llevé observándola. ¡Ai, señor! casi se me partia el corazon al verla suspirar, ella que hasta entónces no habia sabido mas que reir!

Siempre que yo iba a la casa, Matildita me hacia poner una cama en su pieza para regalonear conmigo. Yo la desnudaba, la besaba, le hacia cariño como cuando era niñita, i entónces la echaba a la cama.—«Vaya, me decia ella cada vez: ¿a qué ahora no me puedes levantar? Mira que ya estoi mui grande i tú te estás poniendo mui vieja.»—¡Bah! le decia yo: vas a ver, hijita, que no estoi tan vieja ni tú tan mujer como crees! I rodeaba su cuerpecito, i ella para ganarme, me hacia cosquillas, pero yo la echaba a la cama, le daba un par de palmadas, i la tapaba diciéndole: Vaya, chiquilla, duérmete de una vez.—«No quiero, me decia ella, haciéndose la regalona i agarrándome de las manos: siéntate a mi cabecera i cuéntame un cuento para dormir.»

Entónces yo me sentaba, i ella con sus redonditos i blancos brazos fuera de la ropa para retenerme i que no me fuera, me obligaba a contarle algunos cuentos.

¡Ai, señor! qué gusto me daba mirarla así, i ver cómo el anjelito a quien yo habia dado de mamar, se cambiaba en toda una mujercita mas linda que el ánjel San Miguel! Bueno: yo principiaba a contarle cuentos, i ella al poquito rato, cerraba los ojos i se quedaba dormida, ni mas ni ménos que cuando yo le cantaba el *arrurrú* meciéndola en mis brazos. Entónces, señor, bien quedito, yo me levantaba, i al ver su carita de luna, i algunas veces una pequeña parte de su blanco pecho que principiaba a ponerse como un pimpollo, no podia ménos de darle un beso, i despues de taparla, me iba a acostar.

Al dia siguiente era lo bueno: si ella despertaba primero, saltaba a mi cama, así en camisa—¿por qué iba a

tener vergüenza a su *mama* que la habia criado?—i entónces me palmeaba i me decia: «Levántate, vieja dormilona! ¿no ves como te estás poniendo tan vieja que no puedes madrugar?—¡Ai, señor! no sé que cosa tan buena sentia yo en el corazon en esos momentos, al verla tan bonita i tan inocente como una paloma!

¡Pero ya todo eso se acabó! murmuró Nicolasa lanzando un fuerte suspiro, i no será la hija de mi madre la que vuelva a gozar con esas glorias! Pues bien, señor; como le iba diciendo, esa vez que la encontré triste, no le dije nada en el dia i esperé la noche i que estuviéramos solas. Matildita era siempre la primera en buscarme con sus travesuras i cariños; pero esa noche, nada; i, por el contrario, como que trataba de no darme la cara. Vamos, le dije yo: ¿tan orgullosa se está poniendo mi hijita que no hace caso de su *mama?* I al decirle esto, la abracé i ella se puso a llorar. ¡Por la Vírjen del Pilar, mi santa patrona! esclamé yo, sintiendo que el corazon se me daba dos vueltas en el pecho i que un nudo grande como el puño me cerraba la garganta. ¿Qué tienes, hijita de mi alma? Por qué lloras, por Dios? le pregunté.—¡Ai! me respondió con esa su vocecita, capaz de deshacer las piedras: ¡ai, Colasa; soi mui desgraciada!... I rompió a llorar, señor, con tal amargura de corazon, como yo lloré cuando se me murió mi Eustaquio!... ¡Ai! no quisiera acordarme, señor, de esos momentos!...

Nicolasa enjugó con la falda de su vestido de percal dos lágrimas que habian saltado a su ojos.

¡Mas bien que no le cuente, señor, todo lo que habla-

mos esa noche! agregó la mujer. Tanto fué lo que la dije, tanto lo lloré con ella por sus dolores, que la pobrecita me abrió su corazon i me confesó que estaba en cinta, pero sin decirme quién era el que amaba, ni por qué no se casaba con él. Al fin, señor, ella me dijo que estaba dispuesta a huir de la casa, pues se moriria de vergüenza si su padre llegaba a conocer su estado.

—No en vano me has confiado tus penas, le dije: ahí están mis pobres *ranchos*, donde nadie sabrá jamas tu falta. Vamos, no llores, mas, que aquí está tu *mama* para favorecerte, i arreglemos lo que hai que hacer para que nos vamos.

A la pobrecita, señor, debió abrírsele el corazon, porque me abrazó i me dió las gracias llorando.

En aquella noche, señor, no arreglamos nada, porque ella me dijo que no podia tomar ninguna determinacion hasta la mañana siguiente. Al otro dia se fué a misa, i cuando volvió, acordamos que ella se vendria a pasar aquí su enfermedad, para lo cual le dí todas las señas de mi casa, que por el olivar, no hai quien no la conozca en Maipo.

Al fin, señor, en una tarde—hace de eso unos diez u once dias—se me apareció aquí, i anegada en llanto, me echó los brazos al cuello diciéndome:

—¡Mi Colasa!... mi *mamita* querida!... Aquí me tienes... No tengo en el mundo mas apoyo que el tuyo!...

—¡Mejor! le dije yo, sin atinar, con la pena, a darle otros consuelos: mejor! así te voi a querer mas...!

—Pero, replicó ella, es que no vengo sola!... ¿No consentirás que me acompañe... él...

—¿Quién? habla hijita mia: ya sabes que nada puedo negarte!

Entónces me estrechó mas fuertemente, i allegando sus labios a mi oido, me dijo:

—Es él... el padre de mi hijo!... ¡Por Dios, Colasa! no le niegues un asilo, pues se moriria de pena!...

—Yo no tengo entrañas de fiera, señor, agregó la mujer dirijiéndose a Edmundo, i casi, casi—le confieso la verdad—tuve gusto de que vinieran los dos!

—¡Mis *ranchos* i mi corazon son tuyos, Matildita, le dije: haz lo que quieras con ellos!

Me dió un beso en una mejilla i fué al olivar, donde se habia quedado el caballero. ¡Pobrecito! se acercó a mí todo turbado, con las lágrimas en los ojos, i tomándome las dos manos entre las suyas, me dijo con una voz que no la olvidaré jamas:

—¡Señora! Dios sabe cuán grande es el servicio que Vd. nos hace! Yo le juro que viviremos con Matilde como si fuéramos hermanos!...

I yo juraria, señor, agregó Nicolasa, que han cumplido esa promesa. El se llama Anjel, ¿no es así? Pues bien, el nombre dice lo que es:—un ánjel del cielo! Qué parejita, señor, hacen los dos con la niña de mis ojos!... A cual mas bueno, a cual mas dulce en su trato! Pero los pobrecitos son mui desgraciados, i yo, por no manifestarles curiosidad, no he querido preguntarles qué obstáculos tienen para casarse: lo cierto es que debe ser mui grande, cuando ellos dicen que no se casarán jamas!...

—Perdone que le interrumpa, señora, le dijo Edmundo;

pero usted comprenderá que estoi ansioso por saber de esos jóvenes.

—¡Ah! sí, ya voi a llegar ahí, señor! Pues bien: anteanoche, cuando usted estuvo aquí, Matildita me dijo:

—Oye, mi buena Colasa: ese caballero que has visto, es el que debe casarse con mi hermana. Es un noble jóven, i podemos confiarnos de él. Un presentimiento que no sé a qué atribuir, me dice que yo no lo volveré a ver aquí mañana, que es cuando él ha quedado de volver. Si esto sucede, mi buena Colasa, díle de mi parte que oculte a mi hermana la nueva desgracia que puede sucederme, que trate de engañarla, de hacerla creer que yo estoi buena; pero que aun no es tiempo de que le comunique el lugar en que me encuentro. Díle que si le pido esto, es porque si muero al dar a luz a mi hijo, habré evitado al ménos que mi padre conozca mi falta! Sobre todo, recomiéndale el secreto mas absoluto!...

Esto me dijo Matildita, señor, i el caballerito que la escuchaba, agregó:

—No es bastante eso: será bueno que yo le escriba una carta.

I, diciendo i haciendo, se puso a escribir i me entregó una carta i un librito.

—Esto es, me dijo, para el caso de que yo no esté aquí cuando venga ese caballero.

Al mismo tiempo, Nicolasa sacaba una carta i un pequeño libro de momorias de su seno, i los pasó a Edmundo.

CAPITULO XVI

Carta de Anjel A Edmundo

EÑOR i amigo de todo mi aprecio:

«El temor de que se sorprenda, de un rato a otro, el lugar de mi retiro, nos hace estar sobresaltados i tomar algunas providencias por lo que nos pudiera acontecer.

«Para que Vd. se penetre mas de nuestra situacion, le ruego lea esas memorias, escritas bajo la inspiracion de mi conciencia i trazadas con la intencion de que me sirvieran como un recuerdo. Por ellas comprenderá Vd. que nada, si no es un terrible castigo, puedo esperar desde el momento en que caiga bajo la férula de mis superiores. Matilde quedará sola i abandonada, si es que los que se hagan

cargo de castigar mi crímen, no toman tambien a su cargo el perseguirla. Estoi convencido de que mis superiores harán cuanto esté de su parte para ocultar a todas las miradas mi falta, a fin de que no caiga sobre ellos una mancha; pero como sé que en estos casos son inexorables, temo que lleguen a ser crueles con Matilde i no respeten ni su juventud ni su desgracia.

Por lo que hace a mí, conozco ya de antemano el sitio que ocuparé: una pieza oscura, sin aire i sin luz, oculta a todas las miradas, inaccesible a todos, a mis hermanos, a mis compañeros, a mis amigos.

Nada de esto me arredraria; ningun castigo abatiria mi valor, si tuviera la seguridad de que a Matilde la dejarian en paz, aquí, en este pobre albergue que la Providencia nos ha deparado. Pero, vuelvo a repetirlo: no querrán que mi crímen se divulgue, i para impedirlo, tratarán de impedir a Matilde que hable.

Así, mi única recomendacion es que usted trate de socorrer i amparar a Matilde; i si, cuando usted vuelva, no nos encuentra aquí, será porque nos han separado. De mi suerte no se preocupe, pues ya sabe que no será mui terrible; en cambio, busque, indague el sitio a que hayan trasladado a Matilde, i trate de arrancarla de las manos de los que para ella se habrán convertido en enemigos implacables.

Dios premie sus servicios, miéntras yo tengo ocasion de manifestarle mi inmenso reconocimiento.

ANJEL.»

«P. D.—Soi de la opinion de Matilde: no conviene que don Cornelio, ni Susana, ni nadie conozca lo que usted sabe; así, confiamos en su honorabilidad para que no lo divulgue, pues abrigamos la esperanza de que sea ignorado por todos lo que hace mas grave i vergonzosa la mancha que Matilde llevará en su frente.»

—¡I bien! dijo Edmundo a Nicolasa. ¿Qué ha sucedido al fin?

—¡Ah! señor, yo no lo sé!... Esta mañana fuí a comprar algunas cosas para la comida, i cuando volvia, encontré un coche allí, en la alameda, cerca a los olivos. Ví que subia a él un caballero bajito, con anteojos azules, vestido de negro, i corrí donde él, porque el corazon me avisó que algo grave sucedia. Pero, ántes de llegar, el caballero cerró la puerta i gritó al cochero, diciéndole que tirase a escape. Yo corrí tras del coche, gritando al cochero para que se detuviera, i al fin, allá donde acaba la alameda i se sale al camino real, vino a pararse. Abrieron la puerta i el caballero chiquito se bajó dando la mano a Matildita, que lloraba amargamente. Yo corrí donde ella i la abracé.

—Vamos! le dijo el de los anteojos con tono áspero como una carda; vamos, jóven, diga Vd. a esa mujer lo que tiene que decirla.

—Vaya! yo lo haré por Vd., agregó el chiquitin. I volviéndose a mí, me dijo:

—Buena mujer: la señorita Matilde se va porque así conviene mas a su situacion, i te encarga encarecidamente no divulgues a nadie, absolutamente a nadie, que ella ha

estado aquí. Yo soi un amigo que vengo a salvarla; pero si tú comunicas algo a don Cornelio del Valle o a otra persona, la pierdes para siempre: así, no hai mas que callar, si quieres que nada le suceda.

—¿Es cierto que se va por su gusto, Matildita? le pregunté.

—Conteste Vd. sí o nó, le dijo el caballero de los anteojos.

—Sí, Colasa, contestó la alma mia, sollozando.

—Vamos, vamos pronto, dijo él.

—¿I es cierto, volví a preguntarle yo, que Vd. no quiere que le diga nada a don Cornelio ni a doña Susana?

—Sí, es cierto; no les comuniques nada.

—¡Ya he dicho que vamos pronto! dijo el caballero, cada rato mas impaciente.

¡Adios, pues, Colasa!... esclamó ella abrazándome. Yo volveré cuando pueda!

I, acercándose a mi oido, de manera que no la oyese el caballero de los anteojos, me dijo:

—Díle a Edmundo que me busque!

No tuvo mas tiempo, porque el vejete de los anteojos la tomó de un brazo i esclamó:

Vamos! Dígame Vd. si quiere quedarse para que no perdamos el tiempo.

La pobrecita se desprendió de mis brazos llorando mas lágrimas que las que lloró Santa Maria Magdalena al pié de la cruz, i el caballero la arrastró al coche cuya puerta cerró de golpe.

Yo me quedé sin saber lo que habia pasado por mí, i...

—Dígame Vd., le interrumpió Edmundo, ¿qué clase de coche es en el que se han llevado a Matilde?

—Un coche grande, mui cerrado por todas partes: el cochero es un hombre flaco, con manta verde i sombrero plomo, de paño.

—¡El es! esclamó Edmundo. El coche que encontré en el camino!.....

I pensando que podria alcanzarlo ántes de llegar a Santiago, si tuviera un buen caballo de que disponer, preguntó a Colasa:

—¿No será fácil encontrar por aquí algun caballo, ya sea alquilado o comprado?

—Es mui dificil, señor! Esta jente no es capaz de hacer un servicio.

—Se les pagará bien, lo que pidan!

—Buscaremos, señor.

—¡Ah! se haria mui tarde, puesto que no hai ninguna seguridad!...¿Nada mas tiene que comunicarme de parte de Matilde ni de Anjel?

—Nada mas, señor. No han tenido tiempo para decirme otra cosa.

—Bien, señora, le dijo Edmundo: cumpla Vd. el encargo de Matilde, que yo trataré de volver pronto por acá a traerle noticias de ella.

El jóven se dirijió a tomar su coche, i una vez en el, dijo al conductor:

—¡Mata los caballos, pero llévame pronto a Santiago!

—¡Pícaros! agregó: ahora veo cuál ha sido la causa porque me hicieron llevar a la policía!

CAPÍTULO XVII

La obediencia en los claustros

Ya en Santiago, i despues de practicar algunas dilijencias, Edmundo, deseoso de conocer las ideas del joven Ricardo de Valle, a quien no veia desde algun tiempo atras, se trasladó al lugar en que se hallaba.

Lo primero que hirió su vista fué un templo en construccion, murallas que principiaban a elevarse, pilas de materiales reunidas aquí o allá, trabajadores que descansaban de sus árduas tareas devorando un negro pan i una porcion de frejoles que sus mujeres les servian en pequeñas tazas de barro, en que ellas comian tambien, compartien-

do con su marido la única cuchara de madera que les habia sido posible obtener. Sentadas en el suelo, algunas con un niño en los brazos, otras con un perrillo que esperaba las migajas que les arrojaran sus pobres amos, conversaban tranquilamente, no del porvenir, porque mui rara vez piensan en él; no del presente, porque teniendo un bocado que llevar a sus labios, eso les basta; no tampoco del pasado, pues no se acuerdan de él: hablaban de Juan, Domingo i Petronila, que habian sido llevados a la cárcel por tal o cual delito, por tal o cual crímen, por este o aquel contratiempo. Hablaban de ellos sin compadecerlos, sin admiracion, sin que el castigo les sirviera de ejemplo, sin que la pena que habia caido sobre aquellos les sirviera de leccion. Al cabo de pocos dias, esa misma noche, ¿no irian a hacerles compañía, sin gran sentimiento, sin rubor, i estarian un mes, dos, seis meses o un año bajo el peso de la lei, sin que muchos de ellos se hicieran mejores o peores?

I la mujer, que dia a dia recorre la mitad de una inmensa poblacion, llevando un niño i un canasto en el brazo izquierdo, una olla i una cuchara en la mano derecha para ir a comer junto con el marido, para partir en iguales partes el burdo pan que por tres centavos ha tomado en el bodegon; esa pobre mujer, ¿no recibirá en pago mañana, esa misma noche tal vez, una bofetada que dejará amoratada durante quince dias, la mejilla que un momento ántes habia estendido para ser acariciada?... ¿Al dia siguiente irá a la *obra*, llevará a su cruel marido el alimento que ella ha preparado con sus manos?—Sí, irá como ayer, irá como siempre, i, como siempre, partirá su pan, le servirá su racion i comerá con él, usando alterna-

tivamente la misma cuchara de pobre madera. Cuando mas, mostrándole su mejilla ensangrentada, le dirá: «Mira cómo me pusiste ayer.» I él, sin mirarla siquiera, o mirándola apénas, le contestará: «¡*Si sois* tan odiosa!»

La paz queda hecha.

El brutal marido hirió a la mujer en la mejilla, i ese golpe no llegó al corazon.

La indiferente mujer sintió el dolor en la mejilla: ¿porqué lo habia de sentir tambien en el corazon?

¡Pobres séres! murmuró Edmundo contemplando el cuadro que tenia a la vista: sobrios, esforzados, pacientes, cargan el fardo de la vida sin quejarse, lo conducen a su destino sin murmurar, i se creen tan felices como los que ha ennoblecido la civilizacion!

El jóven atravesó por entre los diversos grupos que llenaban una plazoleta, i entró a un edificio que habia a la derecha.

La fachada era pobre i humilde, i las paredes blanqueadas con cal: una mampara de madera pintada de plomo cortaba por mitad el pasadizo e impedia ver el interior.

Edmundo tiró de un cordel que hizo sonar una pequeña campana.

Casi al instante se abrió una ventanilla i apareció el semblante agradable i risueño de un jóven completamente afeitado que vestia una saya talar.

—¿Qué desea Vd., señor? preguntó con miliflua voz, con pronunciacion extranjera, con suavidad infinita.

—Quiero hablar con Ricardo del Valle.

—¡Ah! la hora no es a propósito. Estamos en retiro.

Edmundo hizo un jesto de impaciencia.

—Pero, dijo el complaciente jóven, voi a hablar con el superior...No es posible que Vd. pierda su viaje!...

I, con gran dilijencia, echó mano a un manojo de llaves que, junto con un pequeño crucifijo i un grueso rosario, pendia de su cintura. Sonriendo siempre, obsequioso, atento, abrió la puerta e hizo entrar al visitante a una sala que habia a tres pasos de la mampara, la cual volvió a cerrar con llave.

—Tenga Vd. la amabilidad de esperar aquí: no tardaré un instante.

Se va; pero ya en la puerta i como una cosa secundaria, pregunta:

—Su nombre, señor, para decirlo a nuestro superior.

—Edmundo Cortés.

—Mil gracias, señor. Voi al instante!

El jóven se aleja con pasos rápidos i silenciosos: mas ruido forman las llaves i su rosario al azotar al crucifijo, que el que hacen sus piés calzados con zapatos sin tacon.

Edmundo dió una rápida mirada a la pieza en que se hallaba.

Una pobre pero limpia estera cubria el pavimento: doce sillas con asiento de junco rodeaban las paredes, de las cuales colgaban, entre otros, dos grandes cuadros cuyo significado se leía en un óvalo de fondo blanco dibujado en uno de los ángulos del lienzo. El aire de pobreza, pero de una pobreza dilijente, aseada, previsora, que reinaba en esa sala, correspondia al aspecto esterior del edificio. Desde la puerta se veia un claustro de regulares dimenciones, cuidadosamente plantado de árboles i de flores que rodeaban una cruz que se levantaba en el centro.

Patios, corredores, jardin, todo estaba esmeradamente aseado i sacudido: ni un papel, ni una hoja, ni una partícula de polvo en ninguna parte.

El jóven volvió acompañado de otro que, como él, estaba completamente afeitado i cargaba un vestido talar, sobre el cual sonaban también un crucifijo i un rosario, ménos las llaves.

Saludó a Edmundo con gran cortesía, i díjole que lo que solicitaba era casi imposible, pues a esa hora no se podia turbar el silencio i la quietud del claustro.

—Casi! replicó Edmundo; luego puedo obtenerlo si vuestra paternidad lo quiere.

—Solo en un caso urjente, o que el padre del jóven lo necesitase, dijo el recien llegado. A mas, yo no soi el superior, i aunque provisoriamente hago sus veces, no tengo autorizacion para estralimitar mis facultades.

—¿I si fuera un caso urjente, R. P.? I si yo viniese de parte de la familia de Ricardo?

—Seria necesario juzgar.....apreciar esa urjencia..... pues las reglas son mui severas a este respecto.

Edmundo principió a impacientarse; pero el padre habia hablado con tal suavidad, con tal dulzura, que hubo de moderar sus impresiones.

—El caso es, dijo, urjente o no, segun se le mire. Yo profeso un gran afecto a Ricardo i a toda su familia, con quien me unen los lazos de una estrecha amistad: hace mucho tiempo que no veo a este jóven, porque vivo en el campo i no tengo tiempo en dia u hora determinada para venir aquí; así es que deseaba aprovechar estos momentos

para darme esa satisfaccion. Pero si no se puede violar las reglas establecidas, me iré.

—¡Oh! señor! en obsequio suyo, faltaré a esas reglas: no es posible que Vd. se marche descontento con nosotros. Haré que venga el hermano Ricardo un instante, unos cinco minutos. Le recomendaré que no haga ruido i que no lo cuente a sus compañeros. Sírvase Vd. esperar un momento, unos cuantos segundos: entreténgase inter tanto en ver estos hermosos cuadros que representan a nuestro glorioso padre San Ignacio i a nuestro padre San Francisco Javier...

El padre se alejó saludando afectuosamente a Edmundo.

¡Oh! dijo éste. Con la amabilidad, con la dulzura, con la complacencia que tienen estos hombres, se atraen el cariño i las simpatías de todo el mundo. ¿Quién los trata que no quede encantado? Qué penitente llega a sus piés que no se aleje complacido?

No tardó en aparecer Ricardo.

Era un jóven de unos 18 años, demasiado alto para su edad. Su semblante pálido, sus ojos de mirada fria, apagada, así como cierto aire de arrobamiento, de insensatez, revelaban que en aquel corazon todo afecto se habia estinguido, toda aspiracion se habia sofocado. Al ver a Edmundo, su fisonomía permaneció impasible i del mismo modo le tendió la mano, diciéndole:

—Cómo le va, Edmundo.

A su voz no le dió siquiera el acento interrogativo que correspondia a la frase.

Edmundo lo hizo sentarse a su lado, i recordando que

no tenia mucho tiempo para hablar con él, le dijo en el acto:

—Ricardo: he venido para tratar contigo un asunto mui sério, i espero que me escuches atentamente i me respondas con franqueza. ¿Piensas profesar?

—No es otro mi deseo.

—¿I has consultado detenidamente tu carácter i tus inclinaciones, has estudiado sin pasion las tendencias de la órden en que entras, la vida que se te espera, la clase de mision a que serás destinado?

—Conozco que tengo una verdadera vocacion, dijo Ricardo.

—¿I cómo puedes conocerlo? A tu edad, las pasiones no despiertan, el corazon permanece mudo i tranquilo, i la naturaleza silenciosa i callada. Ligarse eternamente cuando no se conoce el valor de la libertad; comprometer el porvenir por lo que sentimos en el presente, en un presente que puede compararse a la mañana de un dia de verano en que no se esperimenta ni frio ni calor, i que, por lo mismo, se puede, sin fatiga ni cansancio, cargar un capote de abrigadoras pieles, que no podrá llevarse del mismo modo en el mediodía, cuando el sol lanza perpendicularmente sus rayos sobre nuestra cabeza. A mas, Ricardo, hai otras consideraciones que el hombre debe meditar. La sociedad no se ha hecho para que cada hombre solo piense en sí: es necesario que sacrifique una parte de sus goces en bien de los demas. Este deber es mas sagrado aun cuando se trata de la familia: en este caso, nuestra obligacion no se limita a que sacrifiquemos los goces: llega mas allá, casi a lo que

nos es necesario. El hombre que se dedica al claustro, solo piensa en conquistarse la bienaventuranza, siendo útil en el mismo sentido a los demas, es cierto, pero rara vez este deseo se halla exento de egoismo. Tú no puedes disponer así de tu vida, de tu porvenir, porque tu porvenir i tu vida pertenecen a tu familia. Tu padre es ya de avanzada edad i tus hermanas demasiado jóvenes. ¿Que harán éstas el dia en que aquel les falte si tú no estas a su lado para cuidar de ellas?

—Dios no se olvida ni de las avecillas, dijo Ricardo.

—Sí; tienes razon; no se olvida de ponerles aquí o allá un grano para su alimento. Susana i Matilde no se moririan de hambre tampoco: pero ¿sucederia lo mismo en la parte moral, en lo que concierne a su felicidad para el porvenir?

Edmundo no pudo continuar porque el hermano portero vino a advertir a Ricardo que se habian cumplido los cinco minutos.

—Pero déjenos Vd. un momento mas, dijo Edmundo. Tengo que hablar a Ricardo de cosas que le interesan.

El hermano portero bajó la vista sonriéndose, hizo sonar las llaves que tenia entre la manos i no contestó ni sí ni nó.

—Es imposible! dijo Ricardo: no se me han concedido mas que cinco minutos.

I acto contínuo, pasó la mano al jóven i agregó:

—Adios, Edmundo.

—Pero díme, al ménos, cuando podré verte, cuando podré hablar contigo, le dijo Edmundo.

—Los domingos, de doce a una.

Dió vuelta la espalda sin querer oir mas, i se alejó ríjido, con pasos mesurados, como un autómata.

—Pobre Ricardo! murmuró Edmundo: es un hombre perdido!

Cuando salió a la plazuela, a pesar de que iba mui embebido en sus pensamientos, no pudo ménos de notar el empeño i la animacion estraordinaria con que trabajaban los peones.

—¿Por qué se afanan de esa manera estos pobres? preguntó a una mujer que habia cerca a la puerta.

—Porque el mayordomo, señor, contestó ella, les ha ofrecido media arroba de chicha si dejan limpia la plazuela en lo que queda de dia.

Edmundo contó el número de peones, i habituado a calcular lo que éstos pueden trabajar sin forzarlos, vió que aquella tarea no podia ser hecha en ménos de dos dias.

—¡Qué barbaridad! se dijo. Esos pobres van a matarse! I despues de ese trabajo tan rudo, recibirán una cantidad de licor, que en vez de robustecerlos, para mas de uno será causa bastante para que continúe bebiendo toda la noche, ¿I quién es el mayordomo? preguntó a la misma mujer.

—Un caballerito, señor, que anda por ahí, en medio de los peones.

Edmundo se alejó murmurando para sí:

—Por mas que el trabajo sea para un templo, para una casa dedicada al Señor, es un robo que se hace a estos miserables.

CAPÍTULO XVIII

Distribucion de papeles

EDMUNDO, Vicente i Valentin, reunidos en la casa del primero, hablaron lo que sigue:

—Procuremos acordar, dijo Edmundo, lo que haremos mañana.

—Tú, Valentin, buscarás un coche que sea suave i lo alquilarás por dos dias. No necesitamos cochero, pues tenemos a José, mi sirviente. A la oracion te situarás con José i el coche en la plazuela de las Rosas, hasta que yo llegue ahí.

—¿Eso es todo? preguntó Valentin al ver que Edmundo se detenia.

—Nada mas por lo que hace a tí. Tú, Vicente, agregó

Edmundo dirijiéndose a su otro amigo, buscarás otro coche i mui de madrugada te dirijirás en él a Maipo....

—¿A casa de Ritita? preguntó Valentin interrumpiendo a su amigo.

Vicente se puso colorado i frunció el seño.

Edmundo disimuló una sonrisa i continuó:

—Te dirijirás a Maipo, a una casita que llaman del olivar i que está cerca de la casa de...

—De Ritita concluyó Valentin.

—Eso es, continuó Edmundo. Ahí vive una señora Nicolasa Rios. Le dirás que si quiere acompañar a Matilde, se venga en el mismo coche contigo. Si te manifiesta alguna desconfianza, agregas que vas de parte mia, de parte del jóven que le prometió volver pronto llevándole noticias de Matilde. Creo que podrás estar de vuelta a las cuatro o cinco de la tarde, i a esa hora me encontrarás aquí.

—¿I no podrá, preguntó Valentin, miéntras descansan los caballos, ir a visitar a Ritita?

—Eso lo dejo a su eleccion, contestó Edmundo sonriéndose.

—Estamos hablando seriamente, Valentin, dijo Vicente un poco amostazado.

—¿Acaso yo digo cosas que no son sérias?

—Vamos, aun tengo otra comision que encargarte dijo Edmundo a Valentin.

—Díla, pues estaba pensando que no tenia en qué matar el dia.

—A la hora que puedas, irás al convento de *** i preguntarás por el padre Anjel.

—Démoslo por hecho. ¿I qué mas?

—Te contestarán que no está ahí, que anda qué sé yo dónde.

—Si sabes lo que me han de contestar, haz de cuenta que he ido i aprovecha mi tiempo en otra cosa.

—Aguarda, aun no he concluido. Te preguntarán para qué lo necesitas...

—I yo les diré que esos son asuntos mios, ¿no es así?

—Bien, pero con otras palabras mas suaves. En el caso mui remoto que te dijesen que está ahí i te permitieran hablar con él—se entiende que a solas,—le dirás que vas de mi parte i que si tiene algo que prevenirme, lo haga por escrito i contigo. Que respecto a lo que me confió, nada tema, pues no hai ningun peligro.

—I que el mensajero, agregaré, no entiende ni una palabra de lo que sucede, ni por qué tenemos por aliado a un jesuita cuando tenemos por enemigos a los jesuitas.

—Ya sabras todo, Valentin, dijo Edmundo. Por ahora hai cosas que no puedo divulgar.

—Ni que yo quiero saber, hijo. ¿Por qué haces caso de mis chanzas? no sabes que yo hablo cuanto se me viene a los labios?

—Por lo cual, dijo Vicente, convendria ponerte un candado.

—Eso no, amiguito, que no soi San Ramon; i si me pusieran llave como a él seguramente que me anulaban, aun cuando me encomendase a Santa Rita, abogada de imposibles.

Vicente se mordió los labios i no replicó.

—Ahora, dijo Edmundo, diré a Vds. de lo que se trata. He sabido de una manera fidedigna, que en la calle de

las Rosas está Matilde del Valle, en casa de una señora de gran respetabilidad por la fama de virtud de que goza. Segun informes exactos que he recojido, esa señora va tarde i mañana a la iglesia, i solo queda en la casa una vieja sirviente i un muchacho como de quince años. Para apoderarnos de Matilde, necesitamos entrar a la casa, i para esto, esperar que la señora haya salido. La hora mas oportuna es a la caida de la noche, pues por esa calle no hai tanto tráfico como en la mañana. Por ahora, la mayor dificultad que encuentro es la de hacerme abrir la puerta de calle que permanece siempre sólidamente atrancada.

—Eso es lo mas sencillo del mundo, dijo Valentin cualquier pretesto...

—Te equivocas, interrumpió Edmundo. La sirviente o el muchacho que acuda a nuestro llamado, preguntarán quiénes somos, qué queremos i solo se resolveran a abrir cuando les hayamos dado algunas seguridades o algunas contestaciones que les satisfagan.

—Eso déjalo de mi cuenta, repuso Valentin. Yo me manejaré de cierta manera que abrirán en el acto.

—Fíjate, le advirtió Edmundo, que del primer paso depende tal vez el éxito de nuestra empresa, i que seria mui sensible que fracasara por no precaver los menores obstáculos. En fin, de aquí a mañana combinaremos algo que sea seguro. José, por otra parte, ha de traerme pronto algunos informes, i en vista de ellos, obraremos. Las noticias que tengo respecto a las maquinaciones de nuestros enemigos, me demuestran que trabajan con actividad i ardor. Como he dicho a Vds., Matilde, que se hallaba en Maipo por motivos que no puedo revelar, me dió una car-

ta para Susana i yo la puse en sus manos. Al dia siguiente, despues del incidente de policía, volví a Maipo i supe que Matilde habia sido ya trasladada a otra parte. Gracias a la prontitud con que regresé i a que el coche ocupado por Matilde era de una forma poco comun, pude seguir sus huellas hasta saber que mi protejida habia sido llevada a la calle de las Rosas.

—¿I no la habrán sacado de ahí? preguntó Valentin.

—Nó, contestó Edmundo; desde ese momento coloqué frente a la casa, en la pieza de un zapatero, a un hombre en quien tengo absoluta confianza. Por él he sabido, a mas de otras cosas, que el tal Lorenzo Gaspari, que se dice ajente de negocios, tiene amistad con la dueño de casa, lo que me ha hecho creer que ese hombre es el que se ha apoderado de Matilde.

—¿Quién será ese Lorenzo Gaspari? preguntó Vicente.

—Un ajente laico de los jesuitas, contestó Edmundo; o mas bien dicho, uno de esos *jesuitas de levita corta*, como llaman a los afiliados en la órden que no son sacerdotes.

En ese momento se presentó José, el criado de confianza de Edmundo.

—¿Qué hai de nuevo José? le preguntó el jóven.

—El padre Basilio ha llegado, señor, segun dicen, anoche. Pero nadie lo ha visto llegar.

—¿I cómo se sabe que está aquí?

—Porque esta mañana, a las ocho, ha ido a ver a don Cornelio del Valle, con quien ha permanecido hasta las diez. A esa hora salió i se dirijió a la calle del Estado, a una tienda de imájenes, i estuvo ahí algunos momentos.

La persona que lo seguia, entró tambien a la tienda con el pretesto de comprar una estampa, i alcanzó a oir que el padre decia:

—Digo a Vd. que ese Valentin nos dará mucho que hacer.

—¡Diablo! ¿seré yo ese? preguntó el nombrado.

José continuó:

—Al ver que entraba un desconocido, el padre Basilio se calló, lo miró fijamente un instante i dijo al dueño de la tienda:

—Despache Vd. a ese hombre.

El comerciante obedeció, i miéntras mostraba al comprador algunas imájenes, el padre Basilio escribió con lápiz algunas líneas i las pasó al comerciante, diciéndole:

—Ahí quedan mis encargos.

Diciendo esto, se alejó en el acto i nuestro hombre trató de seguirlo; pero el comerciante, que ya habia leido el papel del padre Basilio, le gritó:

—Venga, amigo: lo necesito un momento.

—No me gustan los santos, señor, contestó nuestro comisionado tratando de ganar la puerta.

Pero el comerciante saltó el mostrador, corrió tras él, i tomándolo de un brazo, lo hizo entrar.

—¿I por qué se va Vd. tan lijero? le dijo A ver, déjeme contar las imájenes que he sacado i despues se irá Vd.

—¿Cree Vd. que le haya robado alguna?

—Yo no digo eso: pero como se va Vd. asi no mas... tan lijero...

—Me voi porque tengo prisa, señor, i Vd. no tiene por qué sujetarme.

—A ver, es solo un momento, dijo el comerciante. Permítame Vd. Una imájen de Mercedes...dos del Carmen i siete de varias...Eso es, estan las diez. ¿Pero no le gustan, amigo, estas imájenes? Mírelas Vd.: en todo Chile no hai iguales.

—¿Puedo irme? preguntó el comprador conociendo que el comerciante queria embromarlo.

—Vd. perdone, amigo: lo que yo deseo es que Vd. no deje de *trocar* una de éstas imájenes.....Vea Vd.....son espléndidas...

Nuestro comisionado, señor, dió vuelta la espalda al comerciante i salió a la calle, pero ya el padre Basilio habia desaparecido.

—Eso es! dijo Edmundo: se queria hacerle perder la pista. El padre conoció que lo seguian i ha burlado la vijilancia de nuestro hombre.

—Todavía hai otra cosa mas rara, señor, dijo el criado.

—Díla, José.

—Don Lorenzo Gaspari cerró ayer su escritorio como a las cuatro de la tarde i se dirijió al convento de***. Desde esa hora hasta este momento, no ha salido, pues el que lo vijila trasnochó en la puerta del convento. Sin embargo, hoi a las once del dia, don Lorenzo llegaba a su escritorio.

—Eso es imposible! dijo Edmundo: habrá salido por otra puerta o en algun momento de distraccion del que lo vijilaba.

—El espía asegura que nó, señor, pues dice que pasó toda la noche conversando con el encargado de vijilar al padre Basilio.

—¿I quién ha visto, entonces, a Gaspari que llegaba a su escritorio a las once del dia de hoi?

—Yo mismo, señor, pues como sabia que don Lorenzo no habia salido del convento, quise ver quién abria el escritorio. A mas, señor, sospecho que a don Cornelio le hacen traccion.

—Por qué?

—Vd juzgará, señor. Al poco rato de entrar don Lorenzo a su escritorio, llegó una mujer mui tapada, con el manto hasta los ojos. Aunque no pude saber quien era, por su modo de andar, por su cuerpo, ví que aquella señora me era conocida i me acerqué al escritorio. Cuando salió, tomó para la alameda i yo la seguí; pero como no podia adivinar quién era, me acerqué a ella i le pisé el ruedo del vestido hasta *desapretinárselo*.

—¡Ah, bruto! me dijo volviéndose al instante i olvidándose, con la rabia, de taparse la cara.

—¡Ah! perdone! me dijo al conocerme. Creí que era otro!

Yo me disculpé de mi torpeza lo mejor que pude i ella trató de hacerme consentir en que salia de San Francisco, lo que yo aparenté creer a pesar de que la iglesia estaba cerrada desde las diez.

—¡I bien, le dijo Edmundo, sonriéndose, al ver que José no habia nombrado aun a la que de un modo tan injenioso habia conocido. I bien, ¿quién era ella?

—Cierto, señor! esclamó José. Era *ña* Maria, la sirviente de la señorita Susana.

—¡Ah! esclamó Edmundo, i se quedó por largo rato pensativo.

Luego preguntó:

—¿No fué ella la que recibió ayer la carta que llevaste para Susana?

—Sí, señor; i aunque yo quise, como le dije, hablar con la señorita i entregarle la carta en sus manos, no lo hice porque *ña* Maria salió a decirme de parte de la señorita, que se la mandara.

—I ella misma, dijo Edmundo, es decir, Maria, te dijo que Susana no contestaba porque no tenia tiempo. ¿No es así?

—Exactamente, señor.

—¡No hai que dudarlo! esclamó Edmundo. Esa mujer es una espía i es mui probable que Susana no haya recibido mis cartas. ¿Qué hacer para saberlo?

José se alejó viendo que ya no se le necesitaba.

—Anda tú a la casa, dijo Valentin. Una cosa como esta justifica tal determinacion.

—No puedo hacerlo, repuso Edmundo. Lee esa carta que recibí de don Carnelio.

Valentin leyó en voz alta:

«Edmundo:

«Has venido a mi casa a la hora en que sabes no me encuentro en ella. No he querido preguntar a mi hija el motivo de tu visita, ni quiero tampoco saberlo de tí, pues cuando a un padre se oculta lo que tiene derecho a saber, no debe tratar de conocerlo de los mismos que burlan su confianza o tratan de esquivarse de él.

«Lamento mucho, Edmundo, que me des causa para ha-

blarte de este modo i para recordarte los deberes que parece has olvidado respecto a tí i respecto a mí.

CORNELIO DEL VALLE.»

—¿I qué contestaste a esto? preguntó Valentin.

—Que en pocos dias mas, podria manifestarle lo que me habia llevado a su casa; que por el momento no podia hacerlo; i en fin, que le prometia no volver hasta el dia en que él mismo me llamase. Mas como necesitaba dar a Susana noticias de Matilde, le escribí ayer una carta, que es la que llevó José. En ella le decia, simplemente, que Matilde habia sido trasladada a otra parte i que yo habia descubierto, pero que aun no podia comunicárselo a ella, i concluia prometiéndole que a mas tardar, mañana, tendria noticias de Matilde.—¿Cómo saber si Susana ha recibido esa carta?

—Yo iré, dijo Valentin, i procuraré hablar con ella. ¿A qué horas está ahí don Cornelio?

—En media hora mas, estará sola Susana.

—Magnífico, dijo Valentin. Díme lo que he de decirla.

—Pero ¿cómo vas a manejarte para hablar con ella?

—Eso es cuenta mia: déjalo a mi cuidado. Procura, sí, darme o decirme algo para que ella tenga confianza en mí, i no perdamos tiempo.

—Será necesario que finjas un pretesto urjente para que Susana pueda salir a recibirte, i al mismo tiempo otro para que si don Cornelio sabe que has estado ahí...

—Ya todo está previsto, interrumpió Valentin. No te

preocupes por nada. Dime lo que hai que hacer i *santas pascuas.*

Edmundo meditó un instante.

—Nó, dijo al fin. No conviene que tú vayas. En estos asuntos de familia i tratándose de cosas sumamente delicadas, los interesados temen la publicidad. Susana podia creer que he revelado secretos que no me pertenecen, i no tendria la suficiente confianza para comunicarse contigo. Será necesario que yo la vea, pero no en su casa: esperaré que salga, que vaya a la iglesia...A mas, ya mañana podré darle algunas noticias ciertas de su hermana. Esperemos, mejor: esperemos!

José volvió a entrar a la pieza.

—Señor, dijo a Edmundo. Ahí está el jardinero de la casa del señor del Valle, i dice que necesita hablar con Vd. al instante.

—Hazlo entrar, dijo Edmundo en estremo complacido. La Providencia viene en mi ayuda, agregó dirijiéndose a sus amigos.

No tardó en presentarse un viejo como de cincuenta años, honrado servidor que desde su juventud habia estado en la casa de don Cornelio.

—Qué hai, mi buen Anselmo, le dijo Edmundo. ¿Cómo está tu salud?

—Para que su merced la mande, a Dios gracias. I su merced ¿está alentadito? Está bueno su merced?

—Perfectamente, Anselmo. I don Cornelio i Susana ¿cómo estan?

—Todos alentaditos, su merced, a Dios gracias. Por aquí me mandaba la señorita dónde su merced á dejarle una

cartita, i a que le dijiera de su parte, que no mandaba a *ña* Maria porque en este instante habia salido i la cosa era mui urjente...

—A ver la carta, dijo Edmundo parándose vivamente i acercándose al viejo, el cual con todo reposo la sacaba de su sombrero.

Con la misma impaciencia, el jóven la desplegó i leyó:

«Edmundo:

«Si aun no has partido al lugar que te indiqué esta mañana, hazlo inmediatamente i trata de apoderarte del manuscrito. Acaba de estar aquí frai Basilio i ha pedido a mi padre una carta para el administrador de la hacienda con el objeto de ir a pasar allá algunos dias. No sé por qué temo que su objeto sea apoderarse de esos papeles que, como te digo en mi carta de esta mañana, contiene revelaciones tan terribles, que mi madre no encontró conveniente confiarlas ni aun a mi padre.—Corre, Edmundo, a la hacienda, que yo no tendré tranquilidad mientras no me digas que está en tu poder ese manuscrito, que un culpable olvido de mi parte pone ahora en peligro de caer en las manos de los que ménos deben conocerlo.

Tu

SUSANA»

Edmundo se quedó por un instante confundido; pero luego adivinó gran parte de lo que sucedia.

Sin perder mas tiempo en reflexiones inútiles, se acercó a una mesa i escribió con rapidez:

«Susana:

«María te traiciona, i la carta a que te refieres no ha llegado a mi poder. Así, ignoro todo, i solo espero tus nuevas órdenes para cumplirlas. Díme brevemente de lo que se trata, que yo estaré pronto a partir.

Tu

EDMUNDO.»

—Pronto, Anselmo! lleve Vd. lo mas lijero que pueda esta carta a Susana; i a fin de que la contestacion no tarde, José irá con Vd. para traerla.

José i Anselmo partieron.

Edmundo pasó la carta a sus amigos diciéndoles:

—Impónganse de ella miéntras yo escribo.

Valentin tomó la carta i Edmundo se sentó nuevamente a la mesa.

Hé aquí lo que escribió:

«Matilde:

Es necesario que Vd. confie tanto como en mí, en el dador de ésta. Asuntos relativos a Susana me impiden ir personalmente en su auxilio; pero mi amigo Valentin está encargado de conducir a Vd. a mi fundo, donde podrá estar completamente tranquila en compañía de la buena Nicolasa. Le ruego, pues, aproveche esta ocasion de librarse de las manos de sus enemigos, a quienes yo no pierdo de

vista. Tal vez en pocas horas mas estaré yo tambien a su lado.

Inter tanto, valor i confianza!

Su fiel amigo

EDMUNDO.»

—Esta carta, dijo el jóven a Valentin, te servirá en el caso de que yo no haya vuelto mañana para acompañarte en la empresa de sacar a Matilde de la casa en que se halla i que José te indicará. Oye lo que creo conveniente hacer para llegar hasta Matilde:—apénas abran la puerta de calle, entras tú i José al zaguan i preguntas terminantemente por ella. Como es mui probable que te digan que no está ahí, ocurre a las dádivas de dinero para que te confiesen la verdad; i si aun así no consigues nada, solo te queda el recurso de apelar a la violencia. Tapas la boca con un pañuelo al chiquillo o a la mujer que acuda a abrir, i tú i José rejistran la casa pieza por pieza. Una vez Matilde en el coche, la llevas hasta San Bernardo, donde pueden pasar la noche en casa de aquella buena viejita que tú conoces. A la mañana siguiente, mui de madrugada, te dirijes con ella a Maipo, a la casa de los olivos que habia indicado a Vicente, i ahí tomas en el mismo coche a la señora que ha de acompañar a Matilde hasta mi fundo, donde me esperan hasta que yo llegue. El alojamiento en San Bernardo será solo en el caso de que Matilde esté mui fatigada con el viaje i no pueda llegar a Maipo, lo que seria mucho mas acertado.

—¿De manera que mi comision queda abolida? preguntó Vicente.

Sí, contestó Valentin ántes que lo hiciera Edmundo; tú te cruzarás de brazos i mirarás al cielo a tu sabor.

—No tal, dijo Edmundo. Vicente, en vez de ir a Maipo...

—Lo que será mui sensible para Ritita, dijo Valentin sin poderse contener a pesar de la seriedad conque hablaba Edmundo.

Vicente le lanzó una mirada de reproche i Edmundo continuó:

—En vez de ir a Maipo, te acompañará en la empresa hasta el momento en que Matilde se halle contigo en el coche, i enseguida se vendrá a esperarme aquí. Como no conviene abandonar las otras comisiones de que está encargado José, será necesario que busques un cochero de confianza que te lleve a mi fundo.

—¿I José que hará entre tanto? preguntó Vicente.

—Te comunicará cuanto sepa de notable, i tú tomarás algunas providencias que creas del caso, o, simplemente, anotarás las noticias mientras yo vuelvo. Nada fijo podemos acordar a este respecto, a causa de que no sabemos cuánto tiempo tardaré en cumplir mi comision, pues así como puede ser cosa de unas cuántas horas, puede serlo tambien de muchos dias.

Edmundo hizo algunas otras advertencias a sus amigos mientras llegaba José, i en seguida fué por sí mismo a preparar su caballo.

Terminaba ya esta operacion, cuando se presentó su fiel criado i le entregó una carta de Susana.

«Edmundo, decia: el manuscrito de que es necesario te apoderes, está en la hacienda de las Higueras. El administrador pondrá todo a tu disposicion presentándole esa órden que incluyo. Díle que te muestre la pieza que yo ocupé cuando estuvimos allá. En una especie de alacena que hai en la pared, encontrarás, a la izquierda, sobre la última tabla superior, un cajon pequeño completamente disimulado, pues está embutido en la pared. Ese cajon sale de ahí oprimiendo la pequeña cabeza de un clavo que encontrarás en el ángulo que forma la tabla i el muro. Pues bien: en ese cajon hai un rollo de papeles: esos papeles son la historia i la descripcion de los subterráneos que los jesuitas hicieron bajo la poblacion de Santiago. Pero esto no es todo: esos papeles contienen noticias que comprometen mucho a nuestra familia.—Procura, Edmundo, que no caigan en manos estrañas. La pérdida de un minuto puede ser la pérdida de ellos; así, no te escribo mas. ¡Quién sabe si a esta hora nuestros enemigos corren tambien a apoderarse de eso que para ellos seria un tesoro.

Tu

SUSANA.»

P. D.—Puedes leer el manuscrito cuando lo tengas en tu poder.»

Edmundo echó una gruesa manta sobre sus hombros, colocó un par de pistolas en el arzon de su montura, dió la mano a sus amigos recomendándoles rápidamente que no olvidaran sus instrucciones, i al tiempo de subir a su caballo, les dijo:

—Voi a la hacienda de las Higueras: si no he vuelto mañana a las seis de la tarde, será porque me ha sucedido una desgracia. En este caso, tú i José, dijo a Vicente, irán a buscarme despues de haber cumplido con el encargo que les he hecho. ¡Adios!...

—¡No es prudencia que vayas solo, Edmundo! le dijo Vicente. Yo que soi el que ménos, puedo servirte aquí, te acompañaré.

—Se nos haria mui tarde, dijo Edmundo. Hasta luego!...

I diciendo esto, apoyó las espuelas en los ijares de su caballo, que partió al galope.

CAPÍTULO XIX

Consejos cristianos

omo hemos visto por los informes de José, el padre Basilio habia estado en casa de don Cornelio del Valle desde las ocho hasta las diez de la mañana de ese dia.

Era el padre Basilio pequeño de estatura, delgado, pálido, de mirada penetrante, con una barba terminada en punta i una frente alta, ancha i despejada. En sus labios delgados i descoloridos vagaba a menudo una sonrisa fria, muda, que tanto podia ser de complacencia como de indignacion o dolor.

Este señor fué quien se presentó en casa de don Cornelio a las ocho de la mañana, hora en que el padre de Ma-

tilde habia ya oido dos misas i tomaba *su mate*, que le cebaba su hija Susana.

—*Deo gratias!* dijo el padre Basilio golpeando la puerta de la antesala con la punta de un baston nudoso que llevaba en las manos.

Don Cornelio, al oir aquella voz tan querida, dejó el mate a medio vaciar i corrió a la puerta esclamando:

—¡Su Paternidad aquí! Pase Vd.; no se descubra: estamos solos!... ¡Cuánto celebro verlo, padre mio! dijo estrechando i besando con efusion la mano que el padre le tendia.

—No ménos lo celebro yo, mi querido amigo, dijo éste. Mi primera visita, mi primera dilijencia al llegar, ha sido para Vd.

—¡Oh! gracias, gracias, R. P.: bastante la necesitaba!

Hablando así, se habian acercado al lugar en que estaba Susana, la cual se habia puesto de pié al ver al padre Basilio.

—¡Señorita! esclamó éste dejando la mano de don Cornelio i acercándose a la jóven con muestras de la mayor alegría; señorita Susana! cuánto me alegro de ver a Vd.! ¿Cómo está su salud? La veo pálida, un tanto enflaquecida... ¿está Vd. enferma?

—Nó, señor: estoi completamente buena, contestó la jóven estrechando apénas la mano huesosa del padre Basilio.

—¡Oh! me alegro infinito! Nada hai mas apreciable que la salud.

—I Su Paternidad ¿esta bueno? No le han hecho mal los aires de Valparaiso? le preguntó don Cornelio.

—Por el contrario, mi amigo; estoi perfectamente. Pero Vd. tambien, como la señorita Susana, esta pálido i flaco, amigo mio!.

—¡Ah! esclamó don Cornelio elevando al cielo sus manos en actitud dolorosa. I bajándolas en seguida hasta apoyarlas en su pecho, agregó:

—¡Yo estoi enfermo de aquí, R. P.! Mi enfermedad es del corazon!

—¡Ah! mi pobre amigo! dijo el padre Basilio. ¡Cuánto compadezco a Vd! Pero es necesario valor, resignacion! Si hai males que nos afiijen, dirijamos nuestra mirada al cielo i nos sentiremos consolados!

—Sí, dijo don Cornelio inclinando la cabeza con abatimiento; mucho he pedido a Dios esa resignacion, padre mio; pero se trata de mi hija i no he podido, nó, no he podido apartar de mi corazon el sentimiento de ternura infinita que me une a ella!

—Eso es natural, afirmó el padre Basilio; pero el hombre debe combatir ese cariño escesivo hácia los séres con quien está unido por la carne i por la sangre. Dios en sus inescrutables juicios, ha querido que nuestro espíritu no encuentre jamas en la tierra ni goces, ni satisfacciones completas, para que así aspire siempre al fin para que fué creado. ¡Quién sabe, amigo mio, si Dios lo llama a sí con estos trabajos! No olvide que suele valerse de tales medios para atraerse a sus criaturas, i es por tal causa que el hombre debe dar gracias al cielo por los azotes que del cielo reciba.

Don Cornelio no contestó, por lo cual el padre Basilio continuó:

—Si todos los hombres, amigo mio, reflexionasen con sangre fria en lo que es la vida humana, la mayor parte se apartaria con horror del mundo i de sus placeres. Para unos este conocimiento llega en el último tercio de su vida, cual sucede a Vd.: para otros cuando apénas se despiertan sus ilusiones. En estos casos—lo repito—no hai mas que Dios: feliz el que ocurre a él i le entrega por completo su alma! De esa dicha, amigo mio, goza ya su hijo Ricardo, i en su temprana edad, ha podido comprender donde se halla la verdadera i única felicidad en la tierra. I Vd., señorita, agregó el padre Basilio dirijiéndose a Susana, ¿no ha esperimentado el deseo de huir de este mundo pérfido, lleno de lazos para la virtud, lleno de peligros para el alma, lleno, en fin, de amarguras i decepciones para el corazon.

—Aun no he conocido esos lazos ni esas decepciones, contestó Susana.

—¡Cómo! esclamó el padre Basilio. ¿No las ha conocido Vd. cuando ha estado rodeada por ellas?... No cree Vd. en las decepciones a pesar de haberlas esperimentado?

—Repito a Vd. que no las conozco, dijo Susana.

—¡Dios mio!... Por el interes que Vd. i el señor del Valle me inspiran, será necesario que como amigo, que como hombre lleno de esperiencia, le hable la verdad. Sí, la verdad pura, aun cuando destroce su corazon! ¿Me lo permite Vd., amigo mio? dijo a don Cornelio.

—¡Ah! sí, hable Vd., murmuró el anciano.

El padre Basilio miró un instante con aire compasivo a

Susana; suspiró, i al fin dijo, cruzando los brazos sobre el pecho:

—No ha conocido Vd. los peligros! ¿I cómo puede llamarse el que Vd. haya estado a punto de dar su mano a ese jóven Edmundo Cortés?

Susana hizo un movimiento de impaciencia.

—¿No cree Vd. esto? preguntó el padre Basilio. ¡Ah! es porque Vd. no conoce de ese jóven mas que sus palabras almibaradas i no sabe lo que hai en el fondo de su corazon!

Don Cornelio alzó la cabeza mui admirado.

—¡Conozco a Edmundo, dijo Susana, tanto como me conozco a mí misma!

—Error, hija mia—permítame darle este nombre que mi edad i mi cariño paternal autorizan—error, digo. Vd. no conoce a ese jóven. Vd. ha visto su semblante, que revela lealtad, ha oido sus palabras, que parecen sinceras; pero no sabe, nó, i seria demasiado cruel que lo supiera, que...

—¡Basta! esclamó Sasana sin poder reprimir su indignacion.

I mirando al padre Basilio con cierto desden, le dijo con amargura:

—Creo, padre, que habria mas dignidad en acusar a Edmundo hallándose él presente!

—¿I crée Vd., hija mia, que dentro de poco no podré hacerlo? Crée Vd. que si no fuera por la piedad que Vd. me inspira, no la tomaria en este instante mismo de una mano i la llevaria a presenciar lo que en el acto probaria que mi acusacion no es siquiera una sombra de realidad?

Sí, podria hacerlo; pero eso seria matar a Vd., i por esto, como tarde o temprano ha de saberlo, quiero prepararla a recibir ese golpe que destrozará en un segundo todos sus afectos, todas sus ilusiones, i que le mostrará con incontestable elocuencia, la perfidia, la abominacion de séres que hasta hoi Vd. ha creido solo comparables a los ánjeles.

—¡R. P.! esclamó don Cornelio con voz tímida. Por Dios! si sus relaciones han de hacerme mas desgraciado, omítalas; no quiero saber nada: es ya demasiado con lo que sufro!

—¡Sí; tiene Vd. razon! dijo el padre suspirando. Hai cosas que mas vale ignorarlas, i ojalá pueda Vd. ignorar siempre las que ahora le suceden. Yo, como amigo, vengo a ofrecerle un pequeño rincon al lado mio i de mis hermanos. Ahí, amigo, no hai engaños, i la paz, la quietud, el sociego, la tranquilidad de la conciencia, el olvido del mundo, de todo cuanto martiriza el espíritu i la materia, curan en pocos dias los mas grandes males!

—¡Ah! esclamó don Cornelio. ¡Pero mis hijas!...

—¡Sus hijas! repitió el padre. ¿A qué acordarse de una cuando ella no se acuerda de Vd?

Don Cornelio reprimió un sollozo ante aquel despiadado i brusco recuerdo. El padre Basilio continuó:

—Solo queda a Vd. una hija: la única por quien podia retenerlo el mundo. Pero esta hija lo ama i lo que mas desea es su felicidad: esta hija ve a Vd. desgraciado i no sabe ni tiene cómo curar su dolor! I conociendo que Vd. podia ser feliz, completamente dichoso, ¿seria ella un obstáculo? Al contrario, allanaria las dificultades i quién sabe

si tambien buscaba en el retiro, la felicidad de que goza su hermano i la dicha de que puede gozar Vd! ¿Me engaño, hija mia, al pensar de este modo?

—Sí, R. P., contestó Susana con entereza. Yo no creo en esa felicidad que consiste en matar los sentimientos mas nobles i mas puros del corazon.

—¿A qué sentimientos se refiere Vd., hija mia?

—Al amor de la familia.

—¿Pero acaso se trata de matar esos sentimientos? De ningun modo. Lo que he dicho es que pueden amortiguarse, hacerse de ellos un sentimiento tierno, pero no subyugador. Mas claro: cuando nuestra alma se ha fortificado con el desprendimiento del mundo i con la contemplacion de Dios i de la eternidad, mira las desgracias de la vida como un bien, i en vez de sentir destrozado el corazon, se alegra.

—Creo casi imposible que pueda llegarse a ese estremo, dijo Susana. Conque si yo veo a mi padre desgraciado, ¿me alegraré en vez de sentirlo?

—Sí, hija mia; puede Vd. alegrarse por el bien que de esos trabajos le resulte.

Susana iba a replicar, pero a ese tiempo entró el portero de la casa de don Cornelio.

—Esta carta, dijo, mostrando una que traia en las manos, me han dicho que la entregue en el acto al R. P.

—¡Ah! sí, encargué que me la trajeran aquí, esclamó el padre Basilio.

I volviéndose al anciano, agregó:

—¿Me permite Vd. que la lea?

—Vd. está en su casa, padre mio.

El padre Basilio abrió la carta, se apartó algunos pasos de don Cornelio i comenzó a leer.

Susana aprovechó esos momentos para decir a su padre:

—¿No seria mas conveniente, papá, que el R. P. nos dijese la verdad, nos manifestase sin reserva cuanto nos ha significado?

Don Cornelio suspiró sin resolverse a una i otra cosa.

—Por mi parte, agregó Susana, estoi casi segura de que el padre Basilio ha dado crédito a algunas graves calumnias.

—¡Talvez! murmuró el anciano con aire abatido.

—Ha dicho que Edmundo es un... un infame, poco mas o ménos, i Vd. sabe que no lo es!...

—¡Ah! sí; así lo he creido!...

—¡I yo estoi segura que Edmundo no ha desmerecido la opinion favorable que tenemos de él.

El padre Basilio se dió una palmada en la frente i se quedó largo rato con los ojos cerrados i las manos crispadas, como si lo que acababa de leer fuera un golpe terrible para él.

—¿Ha tenido Vd. algunas noticias desagradables? le preguntó suavemente don Cornelio.

El padre abrió los ojos, volvióse hácia don Cornelio i se quedó mirándolo fijamente, a semejanza de la persona que despierta de un letargo i no se da cuenta aun de lo que sucede a su alrededor.

—¿Comunican a Vd. alguna desgracia? volvió a preguntarle don Cornelio.

—¡Ah! sí, una gran desgracia! Una desgracia que tenia

esperanzas de que no fuera efectiva, pero que ahora se confirma de un modo indudable!

I al decir esto, el padre Basilio comenzó a pasearse con ajitacion, lanzando de cuando en cuando algunas miradas de lástima a don Cornelio.

Por fin, se paró, alzó los ojos al cielo i, como si hablase consigo mismo i se hubiera olvidado de la presencia de los que le escuchaban, murmuró:

—¡Qué se cumpla la voluntad de Dios! No seré yo, al ménos quien destroce su corazon con esta noticia!

Despues, acercándose a Susana, i a don Cornelio, dijo a este último:

—¡Hablemos de otra cosa, amigo mio: ya sabrá Vd. lo que contiene esta carta! ¿Qué ha adelantado en las noticias de ese manuscrito relativo a la fabulosa existencia de los subterráneos que se dicen minan la poblacion?

—¡Nada, R. P! absolutamente nada! contestó don Cornelio.

Susana se puso en estremo encendida al oir aquella pregunta; pero para disimular su turbacion, finjió que se le caia el pañuelo i se inclinó para tomarlo.

—¡Es estraño! dijo el padre Basilio. Tengo datos seguros, fijos, de que la última poseedora de esos papeles fué su esposa! ¿Qué puede haber hecho con ellos? Los destruiria? Los daria a otra persona?

—Como dije al señor Gaspari, contestó don Cornelio, todo lo que oí decir a Domitila en una o dos ocasiones en que se trató de los subterráneos delante de ella, fué: «Si yo hablase, verian si existen o nó.» Pero como esto lo di-

jera sonriéndose, como chanseándose, jamas dí importancia a su dicho.

—I Vd., hija mia, ¿no oyó decir algo sobre este asunto? preguntó el padre Basilio a Susana.

La jóven dudó un momento ántes de responder. Jamas mentia ni aun en las cosas mas insignificantes; así es que se vió obligada a recurrir a una contestacion que la salvaba de mentir i de manifestar lo que sabia.

—Oí lo mismo que acaba de decir a Vd. mi papá, dijo.

—El padre Basilio hizo un jesto de disgusto. No saben Vds., dijo, cuán perjudicial puede ser para nosotros, que ese malhadado manuscrito se estravie i caiga en manos de alguna persona que podia darlo a la imprenta! Pero no sucederá eso, nó: yo descubriré donde está!...

La conversacion cambió de jiro un momento despues.

—Mi amigo Lorenzo Gaspari, dijo el padre Basilio, me he hecho conocer que una nueva desgracia amenaza a Vd.

—¡Ah!... La pérdida de mi hacienda del sur! dijo don Cornelio. Pero no creo se realice. He visto, efectivamente, la escritura de donacion por la cual mi abuelo debia usufructuar esa hacienda miéntras viviese; pero no me cabe duda de que mas tarde compró esa propiedad, pues rejistrando unos viejos libros que poseo, he encontrado tres partidas de dinero pagadas al donatario; i en la última, que es de ocho mil pesos, dice: «Por saldo de los cuarenta mil pesos en que dicho señor me ha vendido la hacienda que poseo con el nombre de *Santa Ines.*»

El jesuita se habia puesto pálido, i solo al cabo de grandes esfuerzos pudo decir:

—¡Si es así, amigo mio, lo... felicito!...

—Lo que falta, dijo don Cornelio, es encontrar la escritura; para conseguirlo, he ofrecido doscientos pesos a un jóven ocupado en los tribunales, i que no ha revisado en los archivos mas que los legajos correspondientes a dos años, a causa de la incuria i desórden que ántes se gastaba en la conservacion de estos documentos.

—Efectivamente! dijo el jesuita, pensativo.

En aquel momento un reloj que habia en la sala dió las diez.

—¡Me voi! esclamó el padre. Tengo dilijencias mui urjentes que hacer.

Se despidió de don Cornelio i de Susana i salió con rapidez.

La carta que el jesuita habia recibido, quedaba tras de la silla en que se habia sentado.

Susana no la vió porque inmediatamente se dirijió a su pieza para escribir a Edmundo.

Don Cornelio tampoco la vió, pues tambien pasó a su escritorio.

CAPÍTULO XX

Segunda visita del Padre Basilio

REEMOS necesario que el lector conozca la carta que Susana escribió a Edmundo i que este no recibió.

Decia así:

«Aunque nada me has contestado aun sobre mi hermana, tengo necesidad de tí para un asunto que solo a tí me atrevo a confiar.

«Hallándose mi madre enferma, me llamó un dia cerca de sí i me dijo:

«Hija mia: tú eres la mayor i la que por tu carácter me inspiras mas confianza para depositar en tí un secreto de familia. Mi padre, es decir, tu abuelo Manuel Lobo, lo depositó en mí, deseoso de que no desapareciese de nuestra

familia el conocimiento de ese secreto que algun dia, tal vez, puede ser útil a nuestros descendientes. ¿No has oido hablar del subterráneo de los jesuitas?

«—Sí, le contesté; pero como de una cosa fabulosa.

«—Nó, me dijo: es cierto que existe, i yo tengo ahí un manuscrito que indica no solo en la parte en que se halla, sino tambien la historia de su construccion i muchas otras cosas de sumo interes. Pues bien, por una de esas casualidades tan comunes en la vida, en el manuscrito se halla tambien la historia de nuestros antepasados, historia triste i terrible a la vez, pues narra las persecuciones que un miembro de mi familia sufrió por los jesuitas, quien de hombre rico i respetado, llegó a ser.... ¡oh! no te lo diré! Cuando tú leas ese manuscrito, lo sabrás i te horrorizarás! Como te digo, una casualidad hizo que llegaran a manos de mi padre esos papeles, que fueron traidos de España por un señor Jorje Ballesteros, a quien yo alcancé a conocer i cuya esposa fué para nosotros una verdadera madre. Tu abuelo, pues, al leer ese manuscrito, encontró que uno de sus antepasados, por la línea materna, figuraba en él. Este descubrimiento lo hizo sufrir infinito, pues, como te digo, ese infelfz llegó a ser el hombre mas vil i despreciable ante los ojos de la sociedad; i para justificarlo, para ver que no ha sido él, ni sus vicios, ni su condicion lo que le redujeron a ese estremo, se necesita leer toda la historia. Mi padre vió que si se descubria la afrenta que pesaba sobre nuestras cabezas, todo el mundo nos señalaria con el dedo i nos despreciaria. Para evitarlo, pensó destruir el manuscrito; pero advirtió que solo allí, en esos mismos papeles, estaba nuestra justificacion. Entónces los

guardó por si algun dia la sociedad echaba en cara a él o a sus descendientes su oríjen, tener una arma poderosa para reivindicar la memoria de sus ascendientes.

«Como tú comprenderás, hija mia, estas cosas no pueden comunicarse a nadie, i yo no las he revelado ni a tu padre. ¿A qué hacerle conocer la mancha indeleble que cayó en la frente de un miembro de mi familia? Pero ahora se acerca mi fin i es necesario que legue a otro lo que yo recibí, i te encargo que hagas otro tanto, ya sea en algunos de tus hermanos, ya en tus hijos, si los tienes, cuando llegue tambien para tí esa hora solemne.»

«En seguida, Edmundo, mi madre me indicó el lugar en que encontraria dicho manuscrito, i despues de algunos dias murió.

«Ahora bien: ese manuscrito ha sido cuidadosamente guardado por mí; i por un esceso de precaucion, me veo ahora en la necesidad de ocuparte.

«Cuando en las recreaciones de este año nos fuimos al fundo de las Higueras, no quise dejar esos papeles en casa i los llevé conmigo. A fin de que mi hermana u otra persona no fuesen a encontrarlos en mi baul, los oculté en un lugar bastante seguro i donde mi madre los habia tenido tambien cada vez que iba a la hacienda. Como nuestra venida fué tan repentina por la enfermedad de Matilde, se me olvidó sacarlos, i hasta hoi deben estar en el sitio en que los dejé.

«Los jesuitas buscan esos papeles i saben ya que están en nuestra familia. Ignoro cómo lo han sabido; pero lo cierto es que el padre Basilio se promete hallarlos pronto. Si esto se realiza, a mas de que será conocida por ellos la

existencia de los subterráneos, la mancha que hai en nuestra familia puede ser divulgada, i no teniendo nosotros cómo justificarnos, podemos considerarnos perdidos para la sociedad.

«Tales temores, Edmundo, me obligan a pedirte que te traslades a las Higueras i trates de recojer dicho manuscrito. Te autorizo para que lo leas, pues eso podrá servirte para conocer un tanto mas a los hombres con quienes luchas.»

.....

Despues de lo copiado, seguian las mismas instrucciones que hemos visto en la carta llevada por José.

Susana plegó esta carta i llamó a Maria, que era la sirviente que gozaba de toda su confianza.

—Anda a casa de Edmundo, mi Maria, le dijo la jóven, i entrégale esta carta. Ve pronto, porque es urjente.

Maria, en vez de ir a casa de Edmundo, fué al escritorio de don Lorenzo Gaspari.

Ocupábase éste en recorrer la correspondencia recibida por la mañana; pero al ver a Maria, hizo a un lado todos sus papeles i dijo a la criada:

—¿Qué te trae por aquí, hija mia?

—La señorita me ha dado una carta para don Edmundo Cortés, contestó ella.

—¡Una carta! ¿A ver? ¡Dámela pronto, hija mia!

—Es que viene pegada, señor, i la señorita me dice que es urjente.

—Tanto mas razon para verla: la abriremos con cuidado:

Maria puso en manos de Gaspari la carta i éste dividió

la oblea con sumo cuidado empleando la fina hoja de un pequeño cortaplumas.

El ajente de negocios dió un salto sobre la silla cuando llegó a la parte en que Susana hablaba de los subterráneos.

—¡Dios nos proteje! se dijo. Sí, Dios nos proteje! i continuó leyendo con creciente avidez.

Apénas terminó, se levantó, i volviéndose a María, la dijo:

—Gracias, hija mia, por tu celo! Bien pronto tendrás un valioso premio por tus servicios! Puedes retirarte i volver mañana, en estos dias!... Por ahora tengo que hacer...

—¿I la carta? preguntó Maria. ¿No la pega otra vez para llevarla?

—Ah! nó, de ningun modo! Esta carta no debe ser recibida por Edmundo.

—¿I qué le digo a la señorita cuando me pregunte por la contestacion?

—Le dirás que Edmundo te contestó que pronto cumpliria sus deseos.

María hubo de conformarse con esta determinacion i se alejó.

Don Lorenzo Gaspari guardó apresuradamente unos papeles en los cajones de su mesa, se echó la carta de Susana al bolsillo, i un momento despues, cerró su escritorio i se alejó con pasos precipitados.

Media hora despues llegaba nuevamente el padre Basilio a casa de don Cornelio del Valle.

—Mi amigo, le dijo: no sé dónde tengo la cabeza. De-

Edmundo se

nántes venia a pedir a Vd. un favor i se me olvidó completamente.

—Mande Vd. R. P., contestó don Cornelio. Ya sabe Vd. que yo i cuanto poseo esta a su disposicion.

—¡Oh! gracias, mi amigo; gracias infinitas! Se trata de una cosa mui sencilla! Cuando estuvimos dando mision en la hacienda de Vd., dejé pendiente un asunto de conciencia i prometí volver para terminarlo. Mis diversas ocupaciones han sido un obstáculo poderoso hasta hoi para impedirme cumplir mi palabra: así es que deseo aprovechar dos dias que tengo de libertad para ir a consolar esa pobre alma aflijida. El favor que espero de Vd., amigo mio, es que me dé una ordencita para el administrador de su chacra a fin de que me permita parar en ella uno o dos dias, i a mas, que me atienda en las cosas que puedan ofrecérseme. ¿Será esto posible, amigo mio? no será mucha molestia que le imponga?

—¡De ningun modo, R.P.! Ojalá el servicio que me pide fuera mayor!... Voi a darle en el acto esa órden!

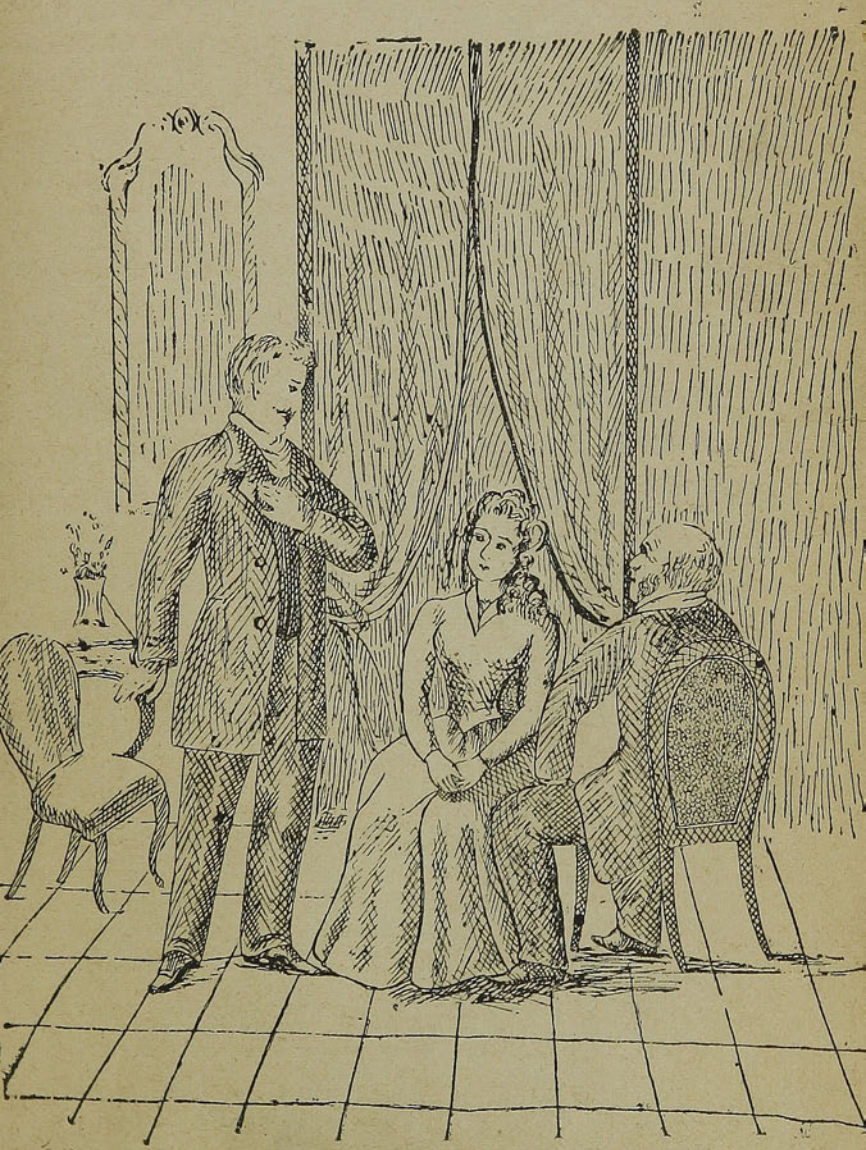
—Gracias, gracias, amigo mio! No esperaba ménos de su bondad! esclamó el padre con profunda gratitud!.

Don Cornelio escribió una carta al administrador de su fundo ordenándole que atendiese, obedeciese i cuidara al padre mas que si fuera él mismo.

Frai Basilio estrechó las manos de don Cornelio con vivo reconocimiento i trató de alejarse acto contínuo.

—¿I cuándo lo tendré de vuelta? le preguntó don Cornelio. ¡Su pobre oveja necesita del pan espiritual!

—¡Ah! tiene Vd. razon!... Bien, prepárece Vd. para pasado mañana! Yo trataré de hacer mi diligencia con rarta i éste a



Edmundo se acercó dos pasos a ella i le dijo.....

pidez a fin de que no pase Vd. mucho tiempo sin ese consuelo.

¡Consuelo que tanto necesito ahora, padre mio! esclamó don Cornelio con abatimiento.

—¡Sí, la relijion es el consuelo de los aflijidos! dijo el padre estrechando la mano de don Cornelio.

—¡Hasta luego, amigo mio!

—Dios guarde a V. P., murmuró don Cornelio.

—Nada sabe aun de la carta, se dijo el padre. Mejor, mejor; así no he tenido que sostener una lucha.

.....

Una hora despues, Susana, que habia visto entrar al padre Basilio, preguntó a su padre el objeto de su venida. Cuando lo supo, fué inmediatamente a su pieza i escribió la carta que mandó a Edmundo con el jardinero por no estar en la casa su criada Maria.

Ya hemos visto lo que sucedió, i cómo Edmundo, no teniendo conocimiento de la carta primera de Susana, se vió obligado a esperar que la jóven le escribiese por tercera vez.

En estas dilijencias pasaron mas de tres horas.

CAPÍTULO XXI

Una carta

PARA Susana—alma noble que no comprendia la bajeza—la traicion de su sirviente era casi increible. ¿Por qué me traiciona? fué lo primero que se preguntó. ¿Qué mal le he hecho yo?

I, al contrario, Susana recordó que para aquella pobre mujer no habia tenido mas que bondades, i que en mas de una ocasion, le habia dispensado servicios que era inmensa ingratitud olvidarlos.

Despues de mandar la carta a Edmundo, Susana permaneció largo rato meditando en los fines que se propondria el padre Basilio al haber colocado cerca de ella a una espía. ¿Era solamente por descubrir el manuscrito que hablaba de los subterráneos? Era con otro objeto mas

funesto para ella i su familia? Todo podia temerse, i Susana se estremeció con secreto terror al pensar en los sucesos desgraciados i misteriosos que venian sucediéndose de algun tiempo a esta parte: Matilde perdida e infeliz; Edmundo separado de la casa de su padre i de su amor; don Cornelio amenazado con la pérdida de sus bienes; i por fin, ella traicionada por Maria, esa mujer a quien creia honrada, adicta i fiel!...

Aceptada como un hecho innegable la traicion de Maria, Susana sintió miedo. ¿De quién podia fiarse en lo sucesivo? I sobre todo, ¿quiénes eran los enemigos a que debia temer i de quienes debia guardarse? Esto se propuso saberlo Susana por boca de la misma Maria.

Hízola venir a su pieza, e indicándole una silla, le dijo con voz afectuosa:

—Siéntate, Maria, i hablemos.

La criada estaba acostumbrada a estas bondadosas familiaridades con que Susana la distinguia de las otras sirvientes, así es que no estrañó ser objeto de ellas en esta ocasion.

La jóven contempló largo rato a Maria, con tristeza i tratando de leer, con su poderosa mirada, en lo mas íntimo de su corazon.

La criada se turbó i trató de dominarse.

—¿Por qué me odias, Maria? Qué te he hecho yo para que trates de hacerme mal?

—¡Yo, señorita! esclamó la criada poniéndose roja. Yo!... balbuceó.

—Sí, tú, Maria, repitió Susana con voz dulce i sentida. Tú que me traicionas... Díme, ¿te he ofendido en alguna

ocasion? Te he hecho algun mal, involuntariamente tal vez sin advertirlo, sin quererlo?... Si es así, perdóname, yo no he querido ofenderte, i Dios sabe que para tí i cuantos comparten conmigo los quehaceres de la casa, he tratado siempre ser, no una *ama* que manda, sino una hermana, una amiga... ¿He olvidado, Maria, respecto a tí, en alguna ocasion, este propósito?

—¡Jamas, señorita! contestó Maria inclinando la cabeza llena de confusion.

—I entónces, interrogó Susana, ¿por qué has querido mi mal?

—Pero yo no lo he querido nunca, señorita, contestó Maria con sinceridad.

—¡Te creo! le dijo la joven. Pero tu conducta, Maria, prueba lo contrario, i yo quiero, para convencerme de que eres siempre la amiga en quien yo he confiado, para saber que tengo cerca de mí una persona que me ama, que me es fiel, yo quiero i te suplico que te vindiques i me hables la verdad. ¿Quieres hacerlo, Maria?

—Pero ¿qué podré decirle, señorita, cuando yo nada sé?

—¡Ah! quieres negarlo! esclamó Susana con mas sentimiento que enojo. ¡Creia que mi tranquilidad, que el bien mio i de mi padre te eran mas queridos!... Bien, Maria, vete! pero sabe que desde hoi no tendrás ya mi confianza!...

La criada se cubrió los ojos con las manos i rompió a llorar.

—Tú lloras, Maria! esclamó Susana corriendo donde ella i apartándole las manos de su semblante. ¡Sí, lloras, agregó; no me habia equivocado!... Tú eres buena i bondado-

sa; i si me has hecho mal, habrás sido engañada, seducida, creyendo, sin duda, que obrabas bien: ¿no es así, Maria?

—¡Creo que sí! murmuró la sirviente. Yo lo he hecho a mi pesar; pero me decian que eso no era malo, i por el contrario, que era necesario a la felicidad de Vd. i de toda su familia!

—¿I qué era necesario a mi felicidad, Maria? le preguntó Susana con creciente bondad.

—Que yo vijilase sus pasos, que .. ¡ah, por Dios!... no me obligue a decírselo!

—I bien! no quiero saberlo, Maria, o mas bien, yo te evitaré que lo digas: te habian encargado que me vijilaras, que espiaras todos mis pasos, que sorprendieras todos mis secretos, i en seguida que los pusieras en conocimiento de una persona. ¿Quién es esa persona, Maria? Quiéres nombrármela?

—Don Lorenzo Gaspari, señorita, contestó Maria entre sollozos.

—El! esclamó Susana.

I se quedó largo rato pensativa, coordinando en su imajinacion diversos hechos que ántes no habia notado creyéndolos de poco interes, pero que ahora, unidos a la revelacion de Maria, daban una luz sobre lo que se podia esperar o temer del señor de los anteojos. ¿Estaría éste en connivencia con el padre Basilio? Susana trató de desechar pronto esta idea, pues su leal corazon se resistia a creer que dos hombres, casi ancianos ya, formasen una liga para atacar a otro anciano i a dos jóvenes que ningun mal les habian hecho. Sin embargo, vino con insistencia a

su mente la idea de que cuanto acontecia estaba en cierto modo ligado a ellos.

—Díme, Maria, preguntó Susana: ¿también llevaste a don Lorenzo Gaspari la carta de mi hermana, esa carta que tanto hemos buscado?

La sirviente volvió a ocultar la cara entre sus manos i lloró con mayor amargura.

—Te perdono, Maria! le dijo Susana, al conocer que no ha sido tu intento el hacernos mal; pero no vuelvas a traicionarme, pues esa seria una ingratitud.

Diciendo esto, Susana se dirijió a la pieza de don Cornelio con el objeto de confesarle todo i poner en su conocimiento cuanto sucedia; mas, al pasar por la antesala, vió una carta tras de las sillas que algunas horas ántes, ella, don Cornelio i el padre Basilio habian ocupado.

Maquinalmente, sin darse cuenta de lo que hacia, tomó la carta i la leyó. Desde las primeras líneas, sus mejillas se pusieron lívidas, i un temblor convulsivo recorrió todos sus miembros. Despues, por un esfuerzo sobrehumano, continuó de un modo febril, impaciente, como quien quiere apurar en un segundo el amargo caliz que está obligado a beber.

Concluida la lectura, Susana sintió que sus fuerzas desfallecian i dejóse caer en un sofá. Mas esta postracion fué momentánea, i bien pronto la jóven se irguió como avergonzándose de aquella debilidad.

Sea que dudase del sentido de lo que habia leido, sea que quisiera examinar con mas calma aquellas líneas que de tal modo la turbaban, Susana volvió a leerlas calmada-

mente, saboreando, si así podemos decirlo, cada una de aquellas palabras que herian mortalmente su corazon.

He aquí lo que la carta decia:

«R. P. F. Basilio.

«Mi respetado padre:

«He recibido la carta de V. P. en que me manifiesta la necesidad que tiene de saber con fijeza lo que ha motivado la desaparicion de la señorita Matilde del Valle, de la casa de su señor padre, el respetable don Cornelio, i al mismo tiempo las causas porque ha llegado a mi casa despues de algunos dias pasados en el campo, en compañía de su raptor.

«Movido por los mismos sentimientos que a Vd. animan, luego que supe la historia de esa desgraciada jóven, pensé ponerla en conocimiento del señor del Valle; pero el no conocerlo, por una parte, i por otra, las súplicas de la señorita Matilde para que no hiciese saber aun a su padre el estado en que se halla, me han obligado a callar. Mas ya que Vd. cree prudente, para evitar mayores males, que esa historia sea conocida del respetable i desgraciado caballero ya nombrado, cumplo a la vez que con los mios, con los deseos de V. P., dándole una noticia exacta, fiel i verídica de lo que la misma señorita Matilde, anegada en un mar de lágrimas, me ha confesado.

«Hé aquí en compendio esa historia:

«Desde la infancia, Matilde i una hermana eran visitadas por un jóven que, segun los deseos del padre de Ma-

tilde, debia casarse con Susana, que es la hermana de la jóven. Esta union, acordada i sancionada por toda la familia, debia verificarse apénas los prometidos llegasen a una edad que les permitiera efectuarla; pero inter tanto, el joven, que es un señor Edmundo Cortés, sintió un gran afecto por Matilde i esta joven no pudo ser insensible a las apasionadas manifestaciones del prometido de su hermana. Los mismos obstáculos morales i materiales que se oponian al amor de Edmundo i Matilde, aumentaron poco a poco la pasion; i entonces, para manifestársela, para saciar esa sed que sienten los enamorados de decirse a cada instante que se quieren, acudieron al disimulo, a un juego lleno de peligros i por lo mismo lleno de encantos. Edmundo se finjia cada dia mas enamorado de su prometida, i de este modo podia con mas libertad entregarse al amor de Matilde. En fin, esta culpable intriga tuvo el desenlace que debia esperarse: Matilde conoció que no podia ocultar mas tiempo sus amores, i a fin de no atraerse las maldiciones de su padre por haber manchado su honor, i las maldiciones de su hermana por haberle robado su amor, huyó de la casa paterna i fué a ocultarse a Maipo, en la casa de una pobre mujer que habia sido su nodriza. Una vez allí, Edmundo cambió de nombre, i tanto con esta precaucion como la de venir a menudo a casa de don Cornelio, consiguió ahuyentar las sospechas que sobre él podian recaer. Instruido tambien por este medio de las dilijencias que don Cornelio i sus amigos practicaban para

hallar el paradero de Matilde, podia con mas facilidad burlar las pesquisas o apartar el peligro.

«Un dia notó Edmundo que era espiado, i que un hombre del pueblo que lo seguia desde Santiago, habia descubierto su escondite. Dándole oro i abrumándolo con mil súplicas, el desconocido le confesó que lo espiaba por órden del señor Gaspari. Edmundo finjió una historia para que el hombre contase a dicho señor en vez de lo que habia visto, i bien pagado lo despachó. No contento con esto, trató de trasladar a Matilde a otra parte; pero la jóven estaba enferma i se resolvió a ir a casa de don Cornelio para saber ahí lo que podia temer.

«Pasaron tres dias i Edmundo no volvió. Matilde se hallaba sumamente alarmada, i no pudiendo resistir mas tiempo a su inquietud, venia a Santiago, cuando se presentó a ella el señor Lorenzo Gaspari. Este caballero, instruido por V. P., segun dijo a la jóven, le manifestó que Edmundo la engañaba, i trataba de abandonarla i deshonrar para siempre su nómbre uniéndose con su hermana. Le habló con tal conviccion, le dió tales pruebas, que la desgraciada hubo de creer en la perfidia del que hasta entónces consideraba como un hombre honrado. Herida Matilde en el corazon, pensó, en el primer arrebato de su dolor, pensó repito, correr a echarse a los piés de su padre i confesarle todo. El señor Gaspari se ofreció para acompañarla; mas en estas circunstancias se presentó Edmundo. Hubo una escena de lágrimas, de protestas, de

juramentos, que concluyó por la vuelta a Santiago del señor Lorenzo Gaspari, i por una promesa que Edmundo hizo a Matilde. Díjole que en ese mismo dia iba a implorar de don Cornelio que le concediese su mano, para lo cual necesitaba que Matilde escribiera una carta a Susana. Esa carta no debia revelar ni la situacion, ni el estado, ni el sitio, en que estaba Matilde: debia solo tratar de conmoverla, de inclinarla al perdon. La desgraciada jóven aceptó i obedeció a su seductor, quien volvió a Santiago con la carta, quedando de regresar a Maipo en el mismo dia. Pero pasaron dos, tres, i Edmundo no cumplió su promesa. Matilde, medio loca, se trasladó a Santiago i fué a ver a la única persona que se le habia ofrecido para socorrerla. Esa persona es don Lorenzo Gaspari, el cual, sin saber qué partido tomar, la trajo a su casa ayer, rogándome la diese un asilo miéntras llegaba V. P. de Valparaiso, que, como amigo mas íntimo, sabria lo que debia hacerse en tan crítico caso.

«La desgraciada Matilde me ha confesado cuanto dejo espuesto, rogándome la aconseje i le diga lo que debe hacer. Yo no he sabido qué decirla, pues veo que cualquier paso que se dé en las actuales circunstancias, traeria consecuencias funestas. Así, la carta de Vd., en que me pide una narracion circuntanciada de cuanto yo sepa, con el fin, segun Vd. dice, de servirse de ella como de una prueba en caso que crea conveniente manifestar desde luego al señor don Cornelio lo que sucede, me alivia de un gran peso.

«Creo inútil decir a Vd. que cuente con mi mas absoluta discrecion, con mi casa i con mis servicios si son necesarios: ya Vd. sabe que cuanto me pertenece está a sus ordenes.

«Saluda a V. P. este S. H. i S. S. Q. B. S. M.

SAMUEL LEDESMA.»

«P. D.—Esta carta, segun los deseos de V. P., la remito a la casa de don Cornelio del Valle a fin de que, si le parece oportuno, la manifieste a dicho señor.»

Como se comprenderá, la lectura de estas líneas fué como una hoja de acero a herir el corazon de Susana. Pronto a su dolor infinito se agregó otro sufrimiento. ¡Su hermana engañada, deshonrada, infeliz!... Engañada i deshonrada por Edmundo!... Desde aquel instante, ella, Susana, se lo cedia por completo!... No queria su felicidad a costa de la de su tierna hermana! Edmundo seria el esposo de Matilde, i ella ocultaria de tal modo su dolor que todo el mundo la creeria feliz!... ¿Pero querria Edmundo cumplir ese deber? Querria Matilde dar su mano de esposa al hombre que habia querido deshonrarla i envilecerla?...

¡Edmundo un infame!... ¡Mentira!... Era esa una calumnia horrible, atroz!...

Susana se levantó del sofá con la vista animada, el corazon palpitante.

¿Cómo habia podido creer en aquella inícua calumnia?

Cómo habia podido creer a Edmundo, a Edmundo cuyo corazon i nobleza conocia, capaz de accion tan infame?

Susana se avergonzó de su debilidad, i mentalmente pidió perdon al hombre que habia hecho dueño de su corazon, de haber dudado de él.

—Debo comunicarlo todo a mi padre, se dijo recobrando su enerjía. No es propio que tenga secretos para él.

CAPÍTULO XXII

El amor de un padre

Segun ha podido conocerse, el carácter de don Cornelio del Valle era apocado, débil i aprensivo. El amor de sus hijos i el cumplimiento de los preceptos relijiosos formaban todos sus goces, sin conocer, sin querer otros fuera de ahí. Alma sencilla, honrada por instinto, para él la vida no era otra cosa que una mision que debia llenar, sin apartarse un ápice del sendero que sus padres, tan honrados i relijiosos como él, le habian señalado.

Hasta el dia, o mas bien dicho, hasta unos pocos dias ántes del momento en que principia nuestra historia, la existencia de don Cornelio se habia deslizado dulce i tran-

quilamente, como el arroyo que sin obstáculo marcha por un lecho de menuda arena. I así como era de tranquilo i feliz su pasado, así veia de dichoso i apasible su porvenir.

Pero de repente el horizonte se habia cubierto de negras nubes que llevaban entre sus pliegues la tempestad, i don Cornelio, al choque del primer dolor, inclinaba la frente abatido. Es verdad que habia sido herido en el corazon i que el golpe era mortal para él, que vivia de los inocentes i puros goces que brinda el hogar.

Matilde, la pequeña i mimada paloma que cada noche veia en sus sueños como una sonrisa de Dios: Matilde, la tierna i alegre niña que cada dia venia a depositar en su frente un ósculo cariñoso i jugueton: Matilde, en fin, su hija menor, el objeto de todas sus complacencias, de todas sus alegrías, ya no estaba a su lado para acariciarlo, ya no acudia cantando i sonriendo cuando él la llamaba para contemplarla.

¿Dónde estaba? Por qué no estaba ahí?

Estas preguntas, mil veces repetidas con el corazon preñado de amargura, quedaban siempre sin respuesta, i don Cornelio, sin embargo, se las hacia sin cesar, con esa obstinacion i esa vaga esperanza que solo un padre puede comprender.

Hallábase don Cornelio entregado a estas tristes ideas, cuando su hija Susana se presentó a él.

Al verla, una leve sonrisa entreabrió sus labios e hizo seña a la jóven de que se sentara a su lado.

Para don Cornelio, en la situacion en que se hallaba su espíritu, la presencia de Susana era siempre un motivo de placer. Sin que él pudiera esplicar lo que sentia, el carác-

ter enérjico i valeroso de su hija comunicaba a su corazon cierta animacion o conformidad que mitigaba sus dolores.

Así, apénas la jóven se hubo sentado, don Cornelio la tomó de una mano, i estrechándola suavemente entre las suyas, la dijo:

—¿Qué carta es esa, hija mia?

—Una que ha perdido el padre Basilio, o que ha dejado de intento para que sea leida por nosotros.

—¡Susana! esclamó don Cornelio, alarmado.

—Perdóneme, padre mio, agregó la jóven con resolucion. Esta carta me ha herido de tal modo, que no puedo ménos que acusar a su autor de cruel i desapiadado...

—¡Susana, hija mia, ve lo que dices! esclamó don Cornelio cada vez mas aterrorizado.

—Me refiero al autor de esta carta, padre mio, no al padre Basilio a quien parece dirijida, pues si él mismo fuera el autor, a pesar del respeto que como sacerdote i anciano me merece, no encontraria palabras bastante duras para censurarlo.

—I tú, Susana, ¿has leido esa carta, a pesar de no estar dirijida a tí?

—La he leido, papá, sin advertirlo, sin saber lo que hacia, i confieso a Vd. que me pesa tanto haberlo hecho, que daria una parte de mi vida por no conocer su significado.

—Bien, hija mia; ese sentimiento te honra. Guarda para tí lo que esas líneas te hayan revelado, que yo entregaré al padre su carta sin tocarla...

—Al contrario, le interrumpió Susana: es necesario que Vd. se imponga de ella...

—¿Estás loca?

—En esa carta se habla de nosotros...

Don Cornelio hizo un jesto enérjico para hacer callar a su hija, la cual agregó al punto:

—De nosotros i de Matilde...

—¡De Matilde! esclamó el anciano parándose i queriendo arrebatar de manos de Susana la carta que ésta mantenia abierta sobre sus rodillas.

—A ver, agregó el amante padre; a ver, yo quiero saber de mi hija, i si esa carta dice algo de ella, yo debo conocerla!

—Pero óigame Vd. un momento, dijo Susana reteniendo por un estremo el papel que don Cornelio tiraba por el otro. Es necesario que me oiga antes de leer.

—¡Que te oiga! ¿No dices que en esa carta se habla de mi hija, de mi Matilde? A ver, dámela! yo debo leerla, yo necesito leerla! Para un padre no hai nada vedado cuando se trata de su hija! ¿Me entiendes, Susana? Yo debo leer esa carta: dámela, suéltala, porque si nó, la romperemos!...

La jóven soltó el papel i don Cornelio lo llevó con avidez a sus ojos.

—¡Por favor, le dijo Susana impidiéndole que leyese; por favor, papá óigame Vd. ántes de imponerse del contenido de esas líneas!

—¡Habla! pero pronto, Susana: yo quiero saber de mi hija, esclamó don Cornelio entre despechado e impaciente.

—Esa carta, dijo Susana, estoi segura de que es una calumnia...

—¿I quién se atreveria a calumniar a mi hija? preguntó don Cornelio.

—No lo sé, papá; pero el corazon me dice que la mayor parte de lo que ahí se refiere es falso.

Don Cornelio trató nuevamente de leer, mas Susana se lo impidió agregando:

—Es indispensable que Vd. sepa todo lo que ocurre, papá, ántes de que se imponga de esa carta.

—¡Ah!... Vaya, habla! díme lo que quieras, dijo don Cornelio disumulando mal su despecho.

—Hace algunos dias, agregó la jóven, vino Edmundo para traerme una carta de Matilde.

—¡I no me lo habias dicho i me veias morir! esclamó don Cornelio, con severidad i amargura.

—No me era posible hacerlo, padre mio, porque mi hermana me pedia, por el mismo amor que a Vd. profesa que no le dijese nada aun.

—¡Me ama i no quiere que yo sepa de ella esclamó el anciano con visible dolor.

—Me dice que es tan desgraciada, que teme tanto que Vd. no le perdone su falta...

—¿Dónde está esa carta, Susana? preguntó don Cornelio con vehemencia. ¿Dónde tienes la carta de mi hija?

—¡Tranquilícese por Dios! padre mio, le dijo la jóven. Es necesario que se arme de valor, que me escuche con calma.

—¡Que te escuche con calma, Susana, tratándose de mi hija que es desgraciada, de mi hija que duda que yo la perdone!... ¿I has podido tú permanecer callada, sin decirme donde está para correr hácia ella? Vamos, dímelo en el acto. ¡No quiero,—¿me entiendes?—no quiero saber nada; lo que quiero es verla, hablarla, abrazarla... ¿Me

oyes, Susana? Quiero ir donde mi hija! Yo te mando que me digas donde está!...

—¡Papá!... cálmese Vd., por Dios! esclamó Susana al ver el grado de exaltacion en que se hallaba el anciano.

—¡Que me calme! repitió éste con voz sorda.

I haciendo un esfuerzo supremo para reprimirse, agregó con esa tranquilidad forzada, con esa indiferencia finjida del que sofoca los poderosos ímpetus del corazon.

—¡I bien!... Ya estoi calmado! ¿Me ves?... ¡Pero vamos donde mi hija!

Cruzó los brazos al decir esto con actitud desesperada, i miró a la jóven de un modo suplicante e indignado a la vez.

Susana comprendió que era necesario destruir de un golpe, en la mente de su padre, la idea de que podia ver tan pronto a su hija.

—Yo no sé, papá, le dijo, dónde está Matilde.

—¡No lo sabes!... Pero me has dicho que te ha escrito!... Muéstrame esa carta! Te digo que quiero ver esa carta, Susana! ¿Te atreverás a desobedecerme, a desobedecer a tu padre?

—¡La carta de Matilde me ha sido robada, papá!...

—¡Mentira!... ¡Eres tú la que no quieres que la vea! Eres tú la que quieres martirizarme!...

—¡Papá! gritó la jóven echando los brazos al cuello del anciano i sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas, no por la ofensa que habia recibido, sino porque vió en ella cuánto sufria su padre.

Don Cornelio se estremeció al contacto de aquel ser querido, i comprendió que el dolor estraviaba su razon.

—¡Perdóname, ánjel mio!... murmuró con v z temblorosa. ¡No sé lo que pasa por mí!...

I al decir esto, oprimió contra su pecho el semblante de su hija.

Hubo un momento de silencio.

Ese silencio no puede pintarlo la pluma.

Susana apartó al fin el semblante del pecho de su padre i éste vió en sus juveniles mejillas el surco húmedo que habian dejado sus lágrimas.

Por entre la nevada patilla de don Cornelio, Susana vió tambien las señales del llanto.

Padre e hija volvieron a abrazarse.

Este segundo abrazo calmó sus espíritus, i don Cornelio pudo oir la narracion exacta i circunstanciada de cuanto su hija tenia que comunicarle.

Preparado así, la lectura de la carta dirijida al padre Basilio solo produjo en él crueles dudas.

—Buscaré en el acto a ese señor Samuel Ledezma, dijo don Cornelio separándose de su hija.

Las grandes emociones son inmarables.

CAPÍTULO XXIII

Ver i creer

«Ils n'avaint même jamais quitté la France. Enfermés dans de mystérieuses retraites, transformés en prêtres séculiers, ou dissimulés sous les noms de Paccanaristes et de Pères de la Foi, désobéissant en même temps au roi et au pape, á la loi civile et á la loi ecclésiastique, ils avaient attendu la fin des orages multiples acumulés sur leurs têtes...»

Les jésuites devant la loi francaise, por Castagnary, cap. III, páj, 25.

Traduccion.—«Jamas habian dejado la Francia. Ocultos en misteriosos retiros, transformados en sacerdotes seculares, o disimulados bajo los nombres de Paccanaristas i de Padres de la Fé, desobedeciendo al mismo tiempo al rei i al Papa, a la lei civil i a la lei eclesiástica, habian esperado el fin de las múltiples tempestades acumuladas sobre sus cabezas....»

La hacienda a que Edmundo se dirijia para cumplir los deseos de Susana, estaba situada hácia el norte de la capital, a orillas del camino real de Santiago a San Felipe. Como no distase mas

de ocho o diez leguas, el jóven creia llegar a las Higueras antes de las ocho de la noche.

Al oscurecer, encontrábase ya como a dos leguas de dicho fundo, cuando oyó distintamente, a un lado del camino, el ruido que formaba un caballo al correr. La espesura de un bosque de algarrobos i espinos i la poca luz del crepúsculo de la tarde, impidieron a Edmundo ver al que manejaba el caballo.

Sin atribuir demasiada importancia a esto, limitóse el jóven a apresurar un poco la marcha i a cerciorarse que sus pistolas estaban bien cargadas.

Trascurrió como un cuarto de hora sin que acaeciese la menor novedad; pero de repente oyó a pocos pasos de él una voz lastimera que decia:

—¡Socorro! Favorézcanme!... Socorro!...

Edmundo se precipitó al lugar en que se oia la voz, i aunque la claridad era ya mui indecisa, pudo ver, atado a un árbol cerca del camino, a un hombre como de cuarenta años.

—¿Qué le sucede a usted? le preguntó el jóven.

—¡Favorézcame, señor!... Unos bandidos me sacaron de mi casa, que está allí, a unas cien varas, i me amarraron a este algarrobo para tener libertad de ir donde mis hijas, que han quedado solas i desamparadas! ¡Por favor, señor, desáteme luego!

Edmundo se bajó en el acto de su caballo i deshizo los nudos de un grueso cordel con que el desconocido tenia atadas las manos i los piés.

—¡Dios se lo pague, caballero! dijo éste cuando se vió

libre. Ahora, aun cuando esos dos hombres me maten, porque ellos son dos i yo uno, i ellos jóvenes i yo viejo, tendré el gusto, siquiera, de morir al lado de mis hijas!... ¡Si yo tuviera un caballo, podria llegar a tiempo!

—¿No dice que su casa solo dista unas cien varas? preguntó Edmundo.

—Una cosa así, señor; pero con lo que he estado amarrado, casi no puedo andar.

I el hombre, al decir esto, dió algunos pasos tambaleándose, como el enfermo que tras de largos dias de cama, trata de probar el vigor de sus debilitados miembros.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCIÓN CHILENA CHILE

—Suba Vd. a la grupa de mi caballo, le dijo Edmundo, i yo le acompañaré.

El hombre se habia apoderado de la soga con que le habian atado, i dando gracias a Edmundo por su caritativa accion, montó en las ancas del caballo.

—¿Por dónde debemos caminar? preguntó Edmundo.

—Por aquí, señor, por este sendero que corta el bosque. ¡Quiera Dios que lleguemos a tiempo!

Edmundo, colocándose en el lugar de aquel desdichado, comprendió que su mayor deseo seria llegar cuanto ántes a su casa; así que puso su caballo al galope, sin preguntarle nada mas.

El sendero era tortuoso i angosto, i apénas entraron a él, la escasa luz que iluminaba el camino, desapareció bajo el follaje de los árboles.

—Ya hemos recorrido mas de dos cuadras, dijo Edmundo al cabo de un rato.

—Es que para entrar a caballo, señor, hai que dar una

vuelta; pero pasado ese *quillai* que se divisa allí, hai que volver.

Edmundo no vió el *quillai*, tal vez por la oscuridad, pero continuó avanzando.

Habrian recorrido ya otras dos cuadras, cuando el jóven detuvo su caballo, temiendo caer en una emboscada.

—¿Cuál es el *quillai?* preguntó.

Pero no bien habia dicho esto, cuando sintió caer mas abajo de su pecho un lazo con nudo corredizo, que le estrechó ambos brazos a la vez.

—¡Sosegadito, caballero! le dijo el hombre que iba a la grupa. Si usted no me obliga a ello, no le tocaré un pelo.

Edmundo lanzó un grito de rabia i trató de desembarazarse de la cuerda que le oprimia los brazos; pero el desconocido la habia apretado i asegurado de tal modo, que el jóven apénas tenia movimiento en las manos, aunque sin poder levantarlas. No obstante, trabajó con todas sus fuerzas, i durante dos minutos sostuvo con el traidor una lucha silenciosa i terrible.

El caballo se encabritó, levantó las patas delanteras i, sintiendo sueltas las bridas, echó a correr, espantado.

Edmundo, oprimido por los brazos i por la zoga con que le habia atado el desconocido, no pudo mantenerse en la montura i cayó arrastrando a aquel en su caida.

—¡Mellado, aquí!... gritó el hombre, tratando de impedir a Edmundo que se levantase. Pero éste, con la caida, habia logrado sacar un brazo, i gracias a sus fuerzas, sostenia al bandido en el suelo.

Edmundo se desprendió con facilidad del otro brazo, i desde ese instante el bandido se creyó perdido.

—¡Mellado! Mellado!... Socorro!... gritó con todas las fuerzas de sus pulmenes.

—¡Allá voi! dijo una voz como a cincuenta pasos de distancia.

El jóven comprendió que estaba perdido si no se desembarazaba pronto de aquel hombre, pues seria atacado por dos a la vez.

En aquel momento el bandido habia logrado enderezarse, i Edmundo advirtió que trataba de sacar un puñal que cargaba a la cintura.

Ya no habia tiempo que perder: por entre el follaje de los árboles se oian los pasos del hombre que acudia a los gritos del bandido.

El jóven dió a éste un fuerte empellon que le hizo azotar con violencia la cabeza en el tronco de un arbol, i se apartó de él con rapidez, en direccion opuesta a la en que sentia los pasos del tal Mellado.

Como su marcha era interrumpida a cada paso por las ramas de espino o algarrobo que le herian la cara i las manos, i le desgarraban la ropa, trató de ganar el angosto sendero que terminaba en el camino real. No tardó en conseguirlo, i al cabo de diez minutos, se halló en el mismo sitio en que tan hábilmente se habia abusado de su credulidad.

Sin perder tiempo en inútiles vacilaciones, el jóven siguió a pié su camino, pues creyó inútil i espuesto buscar su caballo.

La noche habia caido por completo i Edmundo sentíase fatigado por la lucha. Ademas, en la cara i en las manos tenia varias heridas.

Pero todo eso era bien poco tratándose de cumplir los deseos de Susana, i Edmundo marchó con valor i tan aprisa como se lo permitia su estado.

Serian las nueve i media de la noche cuando el jóven pudo llegar a la hacienda de las Higueras.

Previendo que el padre Basilio ya estaria ahí i se habria apoderado del manuscrito a que se referia Susana, el jóven trató de comunicarse con el administrador de la hacienda sin llamar la atencion del jesuita.

La casa habitada por el administrador se hallaba como a cuarenta pasos de la que ocupabadon Cornelio i su familia cuando iban a la hacienda; así es que Edmundo pudo ir a tocar la puerta que daba al camino, sin que el ruido se oyera en las otras habitaciones.

Despues de las preguntas i contestaciones de estilo, Edmundo fué introducido a una piececita pequeña que servia de escritorio al administrador.

—¿Qué ha sucedido a Vd., señor don Edmundo, que llega a pié i todo ensangrentado? preguntó al jóven.

—Han tratado de saltearme, contestó éste; pero ya contaré a Vd. mas tarde esa historia. Por ahora, lo que urje es otra cosa. Dígame Vd: ¿ha venido el padre Basilio?

—Sí, señor, llegó aquí a puestas de sol.

—¿Dónde está?

—En las casas del patron.

—¿Qué ha hecho luego que llegó?

—Visitó toda la casa i me dijo que dejara en su poder las llaves. En seguida se ha encerrado, despues de pedirme dos panes i un pedazo de queso, diciéndome que eso bastaba para su comida.

—¡Todo se ha perdido! esclamó Edmundo con despecho.

El administrador miró al jóven con sorpresa.

—Dígame, don Ruperto, agregó el jóven: ¿quiére Vd. hacer un gran servicio a sus patrones?

—¡I Vd. me lo pregunta, señor! dijo aquel por toda contestacion.

—Es que se trata de un gran servicio, de impedir a toda costa que el padre Basilio saque de aquí unos papeles que yo vengo comisionado para llevar.

—Pero el padre, señor, trae órdenes terminantes del patron!

—Don Cornelio ha sido engañado, sorprendido, i cuando sepa de lo que se trata, no sabrá como agradecer a Vd. el que le haya desobedecido.

El administrador hizo un movimiento para manifestar que nada comprendia.

—A mas, agregó Edmundo, yo tambien traigo órdenes para Vd., sino le bastan mis palabras.

—No es eso, señor; pero se trata de algo que yo no comprendo, que no sé cómo entender. ¿Dice Vd. que el padre ha engañado al patron?

—Sí, lo ha engañado, i trata de apoderarse de unos secretos de familia que perjudicarán inmensamente a don Cornelio.

—Pero ¿cómo el mismo patron me dice que atienda i obedezca al padre en todo cuanto me ordene?

—Porque él no sabia de lo que se trataba, ni habrá sabido tal vez el objeto con que el padre venia.

El administrador cada vez entendia ménos.

Edmundo creyó necesario darle algunas esplicaciones i

presentarle la carta de Susana a fin de hacerle entender el asunto.

—¡I bien, le preguntó, al ver que se habia quedado perplejo i nada le contestaba. ¿Ha comprendido Vd. la urjencia que hai de que el padre Basilio no se apodere de esos papeles?

—Sí, señor; pero entre una órden de la señorita i otra del patron, yo debo obedecer la última, aunque se *caiga el mundo.*

—¿De manera que consentirá Vd. que el padre Basilio se haga dueño de documentos que pueden ser la ruina o el deshonor de don Cornelio?

—Yo no sé, señor, lo que él haga en la casa. Mi patron me dice que le obedezca i yo no tengo otra cosa que hacer.

Edmundo se pasó la mano por la frente para dominarse.

—Oiga, don Ruperto, le dijo con voz persuasiva i que revelaba la mayor ansiedad. Yo sé que Vd. es un hombre honrado i que no sabe mentir. Apelo a su honradez para que me conteste.

—Hable Vd., señor, dijo el administrador, sin atinar con lo que iria a decirle Edmundo.

—¿No es cierto que don Cornelio jamas ha desaprobado una órden de su hija Susana.

—Sí, señor.

—No le consta a Vd. que, por el contrario, ha ordenado que se obedezca a su hija como a él mismo?

—Sí, señor, contestó el administrador inclinando un tanto la cabeza porque conoció que perdia terreno.

—Mas aun, agregó Edmundo: ¿no recuerda Vd. que haya sucedido casos en que habiendo Susana dado una

órden, i don Cornelio, sin saberlo, dado otra del todo contraria, despues ha dicho éste que debia haberse obedecido la de su hija, pues él, por sus años, ya no tiene mucho acierto en sus disposiciones?

El administrador bajó la vista i no contestó.

—Vamos, don Ruperto, le dijo Edmundo. He apelado a su lealtad i quiero que me responda.

—¡I bien, sí... Todo eso es cierto! dijo aquel.

—¿Por qué entónces teme Vd. que don Cornelio se disguste?

--Porque aquí se trata, señor, de un sacerdote.

—¿I qué vamos a hacer nosotros al sacerdote? Si él se ha apoderado de esos papeles, se los pediré i tendrá que dármelos: si no los ha tomado del lugar en que están, no hai necesidad ni de que yo cambie una palabra con él.

Pero ¿i si los ha tomado, señor, i no quiere entregarlos a Vd?

—Permaneceremos ámbos encerrados en la misma pieza mientras Vd. manda a Santiago i viene don Cornelio.

El administrador retrocedió dos pasos?

—Pero ¿no dice la señorita que ella ha tenido ocultos del patron esos papeles? No seria ponerla en un conflicto?

—Entre Susana i don Cornelio no cabe esa situacion. Si la hija ha ocultado del padre esos secretos, ha sido solamente por cumplir la voluntad de su madre; pero tratándose ahora de impedir que un estraño los sorprenda, todo misterio debe desaparecer.

—Es cierto, dijo el administrador con aire pensativo. Pero yo no comprendo, no podré creer que el padre Basilio sea capaz de actos de esa naturaleza.

—¿No ha oido decir Vd. mil veces que algunos jesuitas, bajo el velo de la relijion u ocultándose con un manto de hipocresía, despojan a los huérfanos i a las viudas de su dinero, i...

—¡Basta, señor! esclamó don Ruperto, visiblemente alarmado. Todo eso i mucho mas se dice, pero yo no quiero creerlo ni saberlo! A mas, señor, el padre Basilio no es jesuita: es *padre de la buena enseñanza.*

—¡Hola! dijo Edmundo. ¿Con qué así se hace llamar? Veo que estos hombres son hoi lo mismo que han sido en otra época. Sepa Vd., don Ruperto, que los jesuitas, cuando son espulsados de un pueblo o de una nacion, i no pueden volver a ella con su nombre de jesuitas, toman otro que les sirve de máscara o de salvo conducto. (1)

—Así será, señor; pero yo necesitaria verlo para creerlo.

---

(1) Para probar esto, basta dar una mirada a las nuevas órdenes que se han establecido entre nosotros de pocos años a esta parte. Nos limitaremos a las de la capital para no estendernos demasiado, pues en varias provincias hai tambien, segun se nos ha comunicado, algunas otras.

Principiaremos por San Ignacio, que es el único que abiertamente se confiesa pertenencia de los jesuitas. Este espacioso convento, situado en el riñon de la capital, tiene, segun creemos, dos manzanas mas o ménos de terreno, i un soberbio templo de tres naves, construido de cal i ladrillo. La rapidez i suntuosidad con que fué levantado, es una prueba elocuente de los recursos que una sociedad bien organizada, puede proporcionarse en poco tiempo. Los sacerdotes de este convento se llaman *Padres de San Ignacio.*

Despues de esta iglesia o comunidad, mencionaremos el convento de Belen, situado en la calle de Galvez, a la orilla sur del canal de San Miguel. Hasta ahora poco fué ese un corral con unos pocos edificios ruinosos i desaseados, i una pobre capilla que apénas era

conocida por los habitantes del barrio. Entregada siempre a clérigos o sacerdotes pobres que buscaban siquiera un techo miserable en que albergarse, nos consta que sus entradas por limosnas, etc., eran tan exiguas, que no bastaban para la existencia modesta de un solo sacerdote. Esa capilla vieja i desaseada, esos edificios ruinosos i miserables, han sido dados a los jesuitas; i hoi, como si poseyeran una *varita de virtud*, de las de MIL I UNA NOCHES, el solar está convertido en claustros i jardines, la capilla limpia i aseada, i en pocos meses mas, estará terminado un soberbio i majestuoso templo de cal i ladrillo, de tres espaciosas naves i dos elegantes torres. Los sacerdotes de este nuevo convento se llaman *Padres de Belen* por el pueblo, i ellos se dan el nombre de *Padres del Inmaculado Corazon de María*.

Una tercera i nueva comunidad ocupa la iglesia i claustro que ha sido conocida con el nombre de San Borja. Modesta casi ruinosa ántes de ser colocada en las activas manos que la han transformano en una de las mas elegantes i pintorescas iglesias de la capital, por su situacion, en lo mas poblado de la calle de las Delicias, está llamada a ser con el tiempo un claustro de primer órden. Los sacerdotes que cuidan i habitan ese pequeño pero valioso i pintoresco claustro, no se llaman *Jesuitas* sino *Padres Lazaristas*.

En la misma calle de las Delicias, mas al poniente (hácia donde el valor de la propiedad aumenta de dia en dia), se halla el gran colejio donde se educan o por lo ménos, adquieren los principios de su educacion casi la mayor parte de los niños pudientes de la capital. Este colejio, que en el presente año ha derribado su vetusta fachada para sustituirla por otra arrogante i valiosa, se ha creido, i aun se cree por algunos, que no pertenece a los jesuitas, pues sus directores no han aceptado ni dádose otro nombre que el de *Padres franceses*. Pero si los *Padres franceses* no son jesuitas, la educacion que dan a los niños se parece tanto a la que dan los últimos, como una gota de agua se parece otra. Creemos inútil dar una idea de esa valiosa propiedad, adquirida, edificada i elevada al rango de palacio en tan pocos años; basta ver sus construcciones i estension.

Debido a la jenerosidad de los señores Ugarte, dueños de la poblacion que lleva este nombre, cerca a la Estacion de los ferroca-

rriles, se ha levantado en dos manzanas de terreno que ellos obsequiaron, un nuevo templo i un nuevo claustro. De apariencia modesta en su esterior por su pobre campanario, la iglesia, no obstante es de tres naves i bastante espaciosa. Situada en un barrio que recien se forma i habitados por jente pobre en su jeneralidad, es admirable como los sacerdotes que habitan ese claustro, pueden, no solo mantenerse, sino alhajar poco a poco el templo i construir nuevos altares. En pocos años mas, el claustro que en la actualidad enriquecen con nuevos edificios, será—no lo dudamos—uno de los mas valiosos i de mas porvenir.

Los sacerdotes que lo habitan, se llaman *Padres Redentoristas*; i a la iglesia, han dado el nombre de *San Alfonso* (santo de la Compañía.)

Se nos ha dicho que muchas otras iglesias i capillas están entregadas a sacerdotes jesuitas; pero no lo sabemos con fijeza ni hemos tratado de averiguarlo. Si alguno de los cinco conventos que hemos mencionado, no pertenece a dicha órden, estamos prontos a confesar nuestro error; pero aun cuando hubiéramos de cercenar uno o dos, no podemos ménos de hacer notar que en pocos años se han establecido nuevas órdenes relijiosas i edificado soberbios templos, que están a cargo de sacerdotes estranjeros, miéntras que ha habido que cerrar claustros que ántes eran ocupados por sacerdotes chilenos. Citaremos tan solo el convento de San Miguel, convertido en pesebreras i en conventillo de lavanderas por no tener sacerdotes de la órden de Mercedes que lo habitaran, i el colejio de San Agustin que, hasta pocos meses a esta parte, ha servido de curato en vez del de San Lázaro.

Segun lo hemos notado, los Padres de San Ignacio, los Padres de Belen, los Padres Lazaristas i los Padres Redentoristas cargan mas o menos un mismo traje,—ropa negra talar i sombrero de teja o redondo, de felpa.

Con respecto a los Padres franceses, cargan tambien el mismo traje, con cortísima diferencia, si la hai, i lo único en que difieren es en el traje con que visten a los legos: que consiste en un largo i ridículo leviton i un sombrerito bajo, redondo i viejo siempre. Consignamos esta observacion como una simple curiosidad, pues mas adelante tal vez tendremos tiempo de ver que los jesuitas pueden

usar cualquier traje, segun las circunstancias i el pais en que se encuentren.

Tambien haremos notar una coincidencia, casual sin duda, que viene a justificar la mucha prevision que se dice tienen los jesuitas para elejir locales para edificar. Los cinco templos que hemos mencionado, se hallan al sur de la poblacion, que, segun se ve por el valor creciente i rápido que adquieren esos terrenos son ya i serán mucho mas con el tiempo, los predilectos de la capital.

CAPITULO XXIV

El sacrificio de una madre

IMPACIENTE Edmundo al pensar que frai Basilio tendria ya en su poder el manuscrito de Susana, quiso cortar la cuestion que sostenia con don Ruperto, a quien dijo:

—En otra ocasion probaré a Vd. que lo que le he dicho es una verdad innegable; por ahora, lo mas urjente para mí es cerciorarme de si están o no en su lugar los documentos que he venido a buscar. Creo que Vd. no se opondrá a que vaya a la pieza de Susana.

—Necesitaríamos esperar la licencia del R. P., contestó con acento decidido el administrador.

—¿Pero Vd. está loco? interrogó el jóven con profunda admiracion. ¿Acaso Vd. no comprende que se trata de cosas importantes i que el padre Basilio ménos que otro alguno, debe penetrarlas?

El administrador se mordia el labio inferior de una manera convulsiva, i hallábase al parecer fuertemente impresionado.

—¡Vd. traiciona a sus patrones! esclamó Edmundo exasperado.

—¡Yo! dijo Ruperto crispando los puños i mirando al jóven con los ojos inyectados de sangre. ¡Yo traiciono a mi patron!... ¡Falso! repitió con voz ronca por la ira. ¡Falso! agregó en seguida con acento desesperado i como si respondiera a un grito de su conciencia mas bien que a las palabras de Edmundo. ¡Falso! yo no le traiciono!... yo le obedezco i nada mas! repitió, tratando de alejarse del jóven.

—¡Sí, Vd. lo traiciona! le dijo Edmundo. Vd., Ruperto, que durante tantos años ha sido para don Cornelio un amigo fiel, hoi se cambia en su enemigo. Si yo no supiera que en el fondo de su conciencia hai una voz que le dice que obra mal, me callaria; pero sé que mañana, que ahora mismo, si don Cornelio se presentase a Vd. para interrogarlo, Vd. que dice que no debe sino obedecer sus órdenes, no se atreveria a levantar la vista ante él para repetírselo!... Porque Vd. comprende, Vd. adivina que no debe obedecerle!... ¿Necesitaré recordarle, don Ruperto, las veces en que Vd., guiado por ese instinto de la amistad i del cariño que profesa a la familia que tantos bienes le ha hecho, las veces en que, repito, Vd. ha procedido en contradic-

cion a órdenes recibidas? Qué dirá Vd. a don Cornelio cuando éste le diga: tú eres la causa de mis males?...

—¡Nó! esclamó el administrador con voz sofocada: nó, él no puede decirme eso, i si lo dice, yo le presentaré esta carta en que ordena obedezca ciegamente al padre Basilio! Léala Vd., señor; me manda que le obedezca, i es lo que yo hago!

Don Ruperto pasó a Edmundo, con ademan i jesto desesperado, una carta que sacó de un bolsillo de su chaqueta.

—¡Esa carta no servirá mas que para sellar los labios del que la ha escrito, dijo el jóven apartándola con el reves de su mano; pero de ningun modo para acallar en Vd. el grito que se levanta del fondo de su corazon, ni ménos aun para apagar la duda en la mente del noble anciano que es engañado!

—¿Duda de qué, señor? De quién puede dudar? preguntó el administrador con voz anhelante.

—Digo mal, dijo Edmundo, don Cornelio no dudará, sino que tendrá la certidumbre de que ha perdido para siempre al servidor i al amigo en quién él habia depositado toda su confianza!

—¡Pero ese no seré yo, señor!... Yo no perderé jamas el aprecio i la confianza que con tantos años de buenos i leales servicios he adquirido!...

—¿I crée Vd., don Ruperto, que cuando yo, para disculparme de no haber cumplido con lo que se me habia encargado, manifieste cuanto ha sucedido entre nosotros, don Cornelio creerá que Vd. ha procedido siguiendo los

impulsos de su corazon? Vamos! dejemos esto, i si de nada sirven mis palabras, volveré a Santiago en el acto!

Edmundo se dirijió a la puerta.

—¡Nó, Vd. no se irá así no mas! dijo el administrador. Es necesario que lo sepa todo!... Venga, venga Vd.; acompáñeme i despues haga lo que quiera!...

Al decir esto, don Ruperto tomó al jóven de un brazo de una manera febril, i apoderándose de la vela con la otra mano, se dirijió hácia el patio. Pero al salir, la luz estuvo al estinguirse, azotada por el aire, i el administrador soltó a Edmundo diciéndole miéntras volvia al interior:

—Espéreme Vd. un momento: voi a traer un farol.

Diez minutos despues, ámbos se internaban en una arboleda que rondeaba las casas principales de la hacienda, al cabo de una larga marcha por entre duraznos, damascos i guindos, el administrador se detuvo frente a una puertecita pequeña, cerrada con un grueso candado.

—Vamos a entrar por aquí, dijo don Ruperto a Edmundo, a las bodegas, pues como le he dicho, el padre Basilio ha cerrado las puertas principales i me ha ordenado que no se le incomode en toda la noche.

—Pero las bodegas, dijo Edmundo, que conocia palmo a palmo la distribucion de los edificios, están mui léjos de las habitaciones. ¿A qué vamos a las primeras?

—Pronto lo sabrá Vd., señor, contestó el administrador con voz sombría.

Penetraron en un estenso patio, recorrieron un largo corredor i llegaron por fin a una puerta que, como la primera, estaba asegurada con un candado.

Al lado de ella habia un grueso palo, sostenido por dos postes, que servia de escaño.

El administrador colocó el farol en el suelo i dijo a Edmundo:

—Sentémonos aquí un momento.

El jóven, sin adivinar lo que se proponia don Ruperto, obedeció.

El administrador se colocó a su lado i, durante un momento, permaneció callado.

—Voi a depositar en Vd., dijo al fin, un terrible secreto, para que me disculpe si llega el caso en que se me acuse de traidor. Voi a contarle una parte de la historia de mis antepasados, pues creo que debe estar íntimamente relacionada con esos papeles que Vd. busca i que tanto interes tiene de poseer frai Basilio. Mi padre, como Vd. sabe, llamóse Nazario Ruiz, i descendia en línea recta de una familia del mismo apellido que existió en Santiago a principios del siglo XVIII, o lo que es lo mismo, allá por los años de 1701 a 1710.

Aunque es la historia de mas de un siglo la que voi a contar a Vd., seré breve, pues me limitaré a narrarle lo que acaeció en esa época i lo que acaeció a mi padre pocos años há.

Don Santiago Ruiz de la Roca Blanca—tal era el nombre de uno de mis projenitores—tenia treinta a treinta i cinco años, vivia en la capital i poseia una regular fortuna. Soltero, con algunos títulos de nobleza, gallardo de presencia i magnánimo de corazon, el señor de la Roca era uno de los jóvenes mas bien recibidos en los salones de la

capital. Sea por indiferencia propia de su carácter o de su educacion, sea por instinto, don Santiago se alejaba cuanto era posible de las cuestiones relijiosas, que en aquella época, mas que hoi, preocupaban todos los ánimos. Como Vd. sabrá por la historia i por la tradicion, los padres jesuitas en ese tiempo, es decir a principios del siglo XVIII, eran los dueños i, como tales, los señores de casi todo Chile. Su influencia en las cosas del gobierdo civil i eclesiástico, en el comercio i en la opinion pública, en la enseñanza i aun en la alta i baja del mercado, i en la paz o disturbios de los hogares, era casi absoluta. Dominaban desde el desierto de Atacama hasta la frontera por sus propiedades, así como dominaban, por su influencia, desde desde el gobernador hasta el esclavo. El que era amigo de los jesuitas, tenia conquistada la mayor parte de su felicidad; i para ser amigo de ellos, bastaba servirles o donarles una casa, una finca, una propiedad.

Don Santiago Ruiz habia mirado con entera indiferencia a los jesuitas: ni les servia, ni les adulaba, ni asistia a sus funciones de iglesia, ni—lo que era peor aun—jamas habia contribuido con un real al sostenimiento de sus iglesias, de sus colejios, de sus misiones.

En estas circunstancias, efectuóse un cambio de gobierno, i cuando se celebraba con corrida de toros, juegos de caña i alcancías, la llegada del nuevo gobernador, don Santiago fué llamado a tomar parte en los últimos por ser uno de los mancebos más diestros en el manejo del caballo. Vencedor en la lid, tuvo la honra de ser llamado e invitado a comer por el nuevo gobernador. A esa comida asistian en primer lugar los provinciales i comendadores

de todas las órdenes, los obispos i todas las personas constituidas en dignidad. Los jesuitas ocupaban un lugar preferente, por mas que ellos aparentaban ocupar siempre los mas modestos i retirados.

Tocaba a su fin el banquete, i como sucede siempre, el vino habia desatado mas de una lengua que al principio estaba muda e inmóbil bajo el paladar. Habian brindado todos, i solo el superior de los jesuitas, que por una casualidad, estaba colocado junto a don Santiago Ruiz, no lo habia hecho.

—I el R. P., dijo el gobernador, ¿por qué no se ha dignado decir algo?

Disculpóse el superior con la poca costumbre de hablar en esos casos, con su poco talento para hacerse escuchar con placer por tan ilustrada concurrencia, i concluyó por decir que lo haria solo por complacencia i porque en su órden, los menores deseos de las autoridades, cuando ellos en nada atacaban el bien de la relijion i del culto, eran mirados como órdenes que debian cumplirse al instante.

Brindó el reverendo, como todos, por la felicidad del gobernador, por la de los monarcas, por la de los que lo rodeaban, i concluyó, mas o ménos, con estas palabras, que desde esa época se han trasmitido en nuestra familia como el oríjen de grandes acontecimientos:

«Nosotros, dijo, los que no tenemos otra mision que ayudar a los gobiernos en la grande obra de rejenerar a los pueblos por medio de la ilustracion i de la enseñanza de la verdad, hacemos votos por que cada cual, en la medida de sus fuerzas, contribuya al fin que nuestro digno man-

datario se propone. Por mi parte, i en nombre de la órden que indignamente represento, prometo una cooperacion decidida, i aunque los últimos en valimiento i en significacion, seremos los primeros en emprender i en trabajar.»

Los aplausos que recibió el padre fueron ensordecedores, i don Santiago fué uno de los primeros en aplaudir i el que, como mas atrevido, se propuso contestar.

—Recojo, dijo, esa oferta en nombre de mi patria; i como la creo sincera, confío en que pronto veremos trabajar a la poderosa Compañía de Jesus en el progreso del pais. Demasiado rica ya para continuar ocupándose de su porvenir, yo seria uno de los primeros en mirar con dolor que sus hechos en lo sucesivo pudieran confirmar la acusacion que el pueblo, con injusticia tal vez, principia a hacerles...

Aquí llegaba don Santiago en su brindis, cuando fué interrumpido por varios *chit! chit!* que le dirijeron algunos amigos de una manera disimulada.

—Comprendo, dijo él, que mi franqueza, si no se considera como la advertencia del amigo desinteresado i leal, puede tomarse como un reproche a la sociedad de Jesus; pero Dios es testigo de que, porque deseo el bien de la Compañía, hago conocer al R. P. que si llevan adelante sus conquistas temporales, todo puede perderse de un momento a otro...

Fué interrumpido nuevamente, pero no por aplausos, sino por algunas palabras de desaprobacion. El padre jesuita, no obstante, le dió las gracias con calor, le estrechó la mano i le dijo que desde ese dia, contara con su aprecio i el de toda la órden.

Trabóse una amistad franca i leal por parte de don San-

tiago, pero no así de parte del jesuita. Despues de varias e inútiles tentativas que hizo éste para atraerse al jóven de una manera absoluta, es decir, para ejercer sobre él ese dominio que avasalla i abate i hace que los que lo soportan no tengan ni voluntad, ni iniciativa, ni conciencia propia renunció a su tarea i, al parecer, dejó enfriarse la amistad.

Casi al mismo tiempo, don Santiago vió debilitarse tambien, al rededor de sí, todos los afectos, i que al aprecio i la distincion que todos le manifestaban, se sucedia la indiferencia, el alejamiento i la reserva. Demasiado orgulloso para inquirir la causa del estraño proceder de sus amigos, contestó con el desden a la frialdad, i con la mas soberana altivez a la indiferencia.

Un solo afecto permaneció inalterable para él: un solo corazon sintió aumentarse su amor para con aquel que todos desdeñaban. Ese corazon pertenecia a una modesta jóven, viuda i hermosa, a quien don Santiago, en una hora de felicidad para él, habia librado de la ignomia i del deshonor.

Oiga Vd. esta historia, i su corazon se conmoverá.

Delfina Benavente—tal era el nombre de la jóven viuda —tenia solo 17 años cuando contrajo matrimonio con un militar español que, seis meses despues, murió en una de las muchas sublevaciones de los indios. Delfina quedó en cinta i con tan pocos recursos, que dos años despues, vióse reducida a la miseria. Su pobreza, no obstante, estaba compensada con su hermosura, que así como aquella era estremada, ésta era casi escesiva.

Habia por ese mismo tiempo en Santiago un señor don

Belisario de Miramar, hombre de cuarenta a cincuenta años, mui rico, mui piadoso segun la opinion de todo el mundo, que daba limosna todos los sábados, que protejia a todas las viudas i desvalidos, que comulgaba en la Iglesia de la Compañía, tres veces por semana, i que, en fin, tenia por confesor al padre frai Estanislao Vedelini, jesuita italiano que gozaba de gran renombre por su santidad.

A aquel señor se dirijió Delfina en demanda de un bocado de pan para su hijo.

La ponderada caridad de don Belisario Miramar no se desmintió en esta ocasion. Delfina fué atendida, i desde ese dia, su casa se llenó de un todo, pues el señor de Miramar no dejaba pasar un dia sin prever, sin adivinar sus necesidades o deseos para ir él mismo a satisfacerlos. Aquella era mucha caridad, i tocó el estremo opuesto al poco tiempo de practicada.

Delfina comenzó a comprender lo que podian costarle aquellas atenciones.

Don Belisario comenzó a manifestar el precio que ponia a sus desinteresados servicios.

Desde ese momento, el bien recibido no tenia valor como accion, pero lo tenia como hecho.

Delfina rehusó la caridad que doraba tanto egoismo, i cerró su puerta al que habia dejado de ser su protector.

—Delfina, le dijo don Belisario al retirarse: el dia en que quieras una vida llena de abundancia, la tendrás en cambio de tu amor.

La hermosa jóven sintió llenarse de lágrimas sus ojos ante aquel insulto, i dió vuelta la espalda para no ver al mónstruo que así pisoteaba su dignidad.

—Trabajaré, dijo con esa fé sublime de la virtud que cree vencidos todos los imposibles; trabajaré i ganaré el pan para mi hijo i para mí!

Pero el pobre no siempre puede trabajar.

—Aquí están mis manos, mi voluntad, mi intelijencia, esclama desesperado: ocupad mi honradez, mi laboriosidad, en cambio de una migaja para mis labios, de un calzado para mis piés, de un jiron de tela para cubrir mis desnudez. Tomad de mí todo, ménos mi honor; tomad mis fuerzas, mas no mi conciencia ni mi rectitud!

A esa oferta se contesta en mil ocasiones con la injuria, i el pobre, o muerde con desesperacion el pan amargo que le proporciona la venta de su pundonor, o baja a la tumba roido por el hambre i la decepcion.

Delfina agotó su paciencia en una larga lucha de seis meses... ¡Seis meses! cuán poco parecen al nombrarlos! Seis meses son ciento ochenta dias, i ciento ochenta dias son cuatro mil trescientas veinte horas, que se han pasado en una lucha constante, tenaz, con mil ideas terribles que minan el alma, i con mil necesidades materiales que desgastan i aniquilan el cuerpo i perturban el corazon! ¡Ciento ochenta dias, unos sin pan, otros con un mendrugo que ha arrojado con desprecio la opulencia! ¡Ciento ochenta noches, las mas sin lumbre ni luz, i todas heladas como el hálito de la muerte, silenciosas como un sepulcro, i negras i sombrías como la desesperacion!...

¡I cuán largas son las horas en que se sufre!

Delfina no halló trabajo, pero en cambio encontró a mu-

chos que le dijeron que ella no necesitaba trabajar. Pidió un real como limosna, i le ofrecieron una carga de plata como premio.

—¡Moriré de hambre! se dijo, cerrando su puerta al deshonor.

Pero el niño, el hijo de sus entrañas, no estaba aun en edad de aceptar tambien ese sacrificio.

—Mamita, le dijo un dia: tengo hambre!!...

Delfina estrechó contra su seno enflaquecido, el pálido semblante de su hijo i lloró lágrimas de hiel sobre su rubia cabellera.

Calló un instante el niño; pero luego volvió a esclamar:

—Mamita, ¡tengo hambre!!.....

Aquella voz resonó en los oidos de la madre como resuena el golpe del martillo que clava las tablas que encierran para siempre en el ataud los restos de un sér querido.

—¡Hijo de mi alma! esclamó Delfina: no tengo nada, nada, absolutamente nada que darte!...

I lo estrechó nuevamente contra su seno, i lo besó con delirio sobre la frente i sobre las mejillas...

El niño hizo *cucharitas* i bien pronto rompió a llorar.

—¡Lloras de hambre! esclamó Delfina, i yo, tu madre, no quiero sacrificarme por tí!..... ¡Aguarda, voi a darte que comer; pero será mi vida!

Tomó una pluma, escribió una cuantas líneas, fué a la vecindad i pidió por favor que le prestaran, por un momento, un muchacho para mandar el papel a casa de don Belisario.

Cuando volvió al lado de su hijo, cayó de rodillas, alzó las manos i la vista al cielo i esclamó:

—¡Piedad para mi hijo, señor!...

El dolor ahogó su voz, i un sollozo que hizo estremecer su pecho, se escapó de sus labios.

CAPÍTULO XXV

Consecuencias del crimen

El administrador se detuvo un momento como para recojer sus recuerdos, i al fin agregó:

—Don Belisario de Miramar recibió el papel de Delfina en circunstancias de hallarse en la puerta de su casa i cuando se acercaba a ella don Santiago Ruiz de la Roca Blanca, que iba a ver al primero para arreglar un asunto que mas tarde sabrá Vd.

El señor de Miramar leyó el papel rápidamente, lo guardó en un bolsillo de su paletó i acto contínuo se dirijió a casa de Delfina.

Don Santiago, que lo necesitaba con urjencia, lo siguió;

pero marchaba tan de prisa, que no le era posible alcanzarlo.

Sea por olvido de don Belisario, sea por esa providencia que tantas veces salva al inocente i castiga al criminal, dicho señor, al sacar el pañuelo del bolsillo en que habia guardado el papel de la viuda desgraciada, no se apercibió que lo perdia i continuó su marcha con precipitacion.

El señor Ruiz vió caer el papel, lo cojió, i hé aquí lo que leyó:

«Señor don Belisario de Miramar.

«Caballero:

«Mi hijo se muere de hambre, i ante esa idea, mi honor, mi vida i hasta mi alma, si fuera preciso, la sacrificaria. Estoi dispuesta a todo: venga Vd. i tome mi honor; pero déme pronto un pan para mi hijo!...

DELFINA BENAVENTE.»

Al leer esto, don Santiago comprendió de lo que se trataba i apresuró el paso para alcanzar al hombre infame que así asediaba a la virtud.

Por fin, Miramar llamó a la puerta de la casa de Delfina, i como todo criminal, se detuvo un momento i miró a su alrededor, temiendo sin duda ser observado.

—¡Oigame Vd. un momento! le dijo don Santiago, salvando los pocos pasos que le separaban de Miramar.

—¿Qué se le ofrece a Vd? preguntó éste, mui contrariado i con cierto temor.

—Necesito que Vd. me acompañe a la calle próxima,

que es bastante sola, para decirle algo que sin duda no agradaria a Vd. si fuera oido por los vecinos de esta casa.

—Yo no conozco a Vd., caballero, dijo Miramar, creyendo eludir así el mal rato que presentia.

—Pero yo conozco a Vd. demasiado, señor de Miramar. Vd. es un hombre cuya virtud, cuya piedad, cuyo corazon, son conocidos de cuantos habitan la capital. Vd. da limosnas los sábados, asiste a todas las iglesias, pertenece a todas las hermandades, i es, en fin, el padre de los pobres. ¿No es así?

—I bien, ¿qué tenemos con todo eso? preguntó don Belisario, que trataba a toda costa de ahuyentar el miedo que le infundia el acento irónico de don Santiago.

—¿Qué tenemos con eso? repitió éste. Va Vd. a saberlo, caballero. Como un persona tan virtuosa es imposible que sea un infame; como un hombre que está todo el dia en la iglesia es imposible que sea un hipócrita; como Vd., en fin, es el dechado de virtudes que todos citan, el ejemplo que todos señalan, el hombre cuya santidad todos veneran, yo creo que se le calumnia por algunos enemigos. pues se dice...

—¿I qué se dice? preguntó Miramar con voz anhelante.

—¿Quiere Vd. que se lo diga aquí?

—Tiene Vd. razon: marchemos, alejémonos un poco, dijo el infame, que temió ver denunciados algunos de sus crímenes.

Se dirijieron a una calle próxima, que era bastante sola.

- Aquí; hablemos aquí, dijo Miramar. ¿Qué dicen de mí, caballero?

—Aun no estamos en un lugar a propósito para hablar:

tenga Vd. la bonda de seguirme, i entraremos a mi casa, que se halla a dos cuadras.

—Es que .. es que... dijo Miramar sin poder disculparse con alguna razon que fuera de peso.

—¿Teme Vd. algo? le preguntó Ruiz.

—De ningun modo, caballero. Es que... es que allí me esperan.

—¡Oh! volverá Vd. pronto. Es indispensable que Vd. conozca lo que se dice de su honorabilidad, para que se vindique.

Don Belisario creyó prudente no escusarse ni manifestar los vivos temores que le asaltaban, a fin de atraerse la voluntad de don Santiago. Así, marchó a su lado i bien pronto llegaron a la casa que habitaba el último.

—Tenga Vd. la bondad de esperarme un instante, le dijo Ruiz, dejándolo en la antesala, mientras él se dirijia a su escritorio.

Llamó, cuando estuvo ahí a una sirviente i escribió con rapidez la carta que sigue:

«Señora doña Delfina Benavente:

«Una persona que admira su virtud i desea pagar una deuda sagrada, le suplica acepte esa pequeña dádiva para su hijo, i cuente mensualmente con una suma igual. No trate de conocer a quien hace esto, pues le haria Vd. pasar un mal rato.»

Don Santiago dió esa carta i tres onzas de oro a la sirviente, le indicó la casa de Delfina i, recomendándole

guardase un absoluto silencio al entregar la carta i el dinero, volvió al lado de don Belisario.

—Ahora me tiene Vd. a sus órdenes, dijo a éste i podré ocuparme de sus asuntos.

—Gracias, caballero: doi a Vd. las gracias, dijo Miramar con gran urbanidad.

—Voi a narrar a Vd., dijo don Santiago, en pocas palabras, una corta historia. En uno de los mas pobres barrios que rodean la capital, existia, no há mucho tiempo, una pobre i desvalida anciana cuyo único apoyo en el mundo era una hija que habia cumplido los diez i seis años. La anciana era ciega i habia perdido la vista de tanto trabajar para sostener a su hija, pues ésta, dotada de una belleza sorprendente, habria sucumbido por los mil lazos que tendian a su candor, si la mano protectora de la madre no hubiese defendido su virtud. Ciega, enferma i anciana, la pobre madre, cuando llegó el dia en que la luz no reflejó en sus pupilas, llamó a su hija a su lado i le dijo:

—¡Mi Elena, mi hija idolatrada, ven, acércate, que estoi ciega, i ya mis ojos no te verán mas!

Una lágrima rodó de aquellos párpados enrojecidos por el insomnio, i las pupilas opacas i marchitas oscilaron en sus órbitas como buscando aquí o allá la luz que les faltaba para animarlas.

La jóven Elena se acercó a su madre i lloró con ella largo rato.

—Hija mia, le dijo la anciana: quedo ciega por conservarte tan pura como has nacido, i porque la sola idea de que nuestra pobreza fuera la causa de tu perdicion, me

hacia estremecer. Oye, i no olvides lo que voi a decirte: tú puedes trabajar i con eso mantenerte; pero de ningun modo alcanzarian tus ganancias para las dos. Yo pediré una limosna para mí, i viviremos sostenidas por tu trabajo i por la caridad.

Elena creyó que sus fuerzas bastarian para todo i, desde ese dia, se dedicó al trabajo con abnegacion, con alegría, pues así pensaba pagar en parte los desvelos i cuidados que con ella habia tenido su anciana madre.

Su buena voluntad, su constante dedicacion, habrian, en cierto modo, suplido a la mezquindad que puede ganar una mujer que trabaja, si la pobre anciana no hubiese contraido otras enfermedades cuya asistencia imponia gastos serios para las fuerzas de Elena.

No obstante, la jóven los afrontó al principio apelando a sus vestidos, a sus pobres alhajas, a sus muebles, a cuanto podia darle un poco de dinero. Vendió todo sin que su madre lo supiera, i a fin de no aflijirla, le hacia creer que con el fruto de su trabajo, que era mui bien remunerado, tenia para todo. Pero este santo engaño debia ser al fin descubierto. La anciana se levantó un dia del lecho, i tentando aquí i allá, ora donde habia una mesa, ora donde se guardaban los trajes de su hija o los objetos de mas valor, no encontró otra cosa que el vacío, la nada.

¡La nada, i ella enferma, anciana, inútil! ¡La miseria, i Elena hermosa!...

—¿Vd. comprende, señor de Miramar, dijo don Santiago interrumpiendo su narracion i dirijiéndose a don Belisario; Vd. comprende lo que una madre que idolatra a su única i hermosa hija, puede sentir en ese caso?

El viejo escuchaba en silencio, sin atreverse a alzar la vista hasta encontrar la de su interlocutor, i solo contestó con un movimiento de cabeza que no era ni afirmativo ni negativo.

—Pues bien, continuó aquel, Vd., cuyo corazon compasivo debe sentir mas que otro alguno la lástima que inspira una situacion semejante, será el primero, no lo dudo, en maldecir al infame que, burlándose de ese dolor, que hollando ese hogar, llevó la muerte i la desesperacion donde se cobijaba la desgracia i la virtud.

La desgraciada madre, continuó don Santiago, no dijo una sola palabra a su hija, pues comprendió que si ella le habia ocultado su mísera situacion, era por no hacerla sufrir; i como para una hija amante, el sufrimiento de la madre aumenta sus propios dolores, quiso mas bien ocultar a su hija lo que ella sentia.

Sin embargo, vió que era necesario tentar algun recurso, i valiéndose de una vecina, hizo llamar a un señor cuya bondad, jenerosidad i caridad (que es casi lo mismo) eran bien conocidas i por todos ponderadas.

La pobre ciega manifestó su precaria situacion al hombre caritativo, que no tardó en acudir, i éste remedió con laudable desprendimiento las mas apremiantes necesidades.

El trabajo de Elena i un pequeño i caritativo auxilio bastaban para salvar a esos dos séres que el trabajo i la miseria no habian sido bastantes para abatir.

La anciana creyó salvada a su hija.

La hija creyó asegurada la subsistencia de su madre.

Pero ésta continuó enferma i fué necesario proporcionarle dieta, médico i medicinas.

Durante un mes no faltó para esas cosas. La caridad lo llenaba todo; i las personas que recibian tales beneficios, miraban como a su ánjel protector al hombre que las socorria.

La anciana era tan feliz cuanto puede serlo una madre ciega i enferma.

Elena era tan dichosa cuanto puede serlo una hija que dedica el dia i la noche a atender a su madre enferma.

Mas esa felicidad debia concluir: esa dicha debia terminar.

El benefactor concibió una pasion loca por Elena; pero no queriendo hacerla su esposa por móviles que no trato de calificar, pensó en hacerla su querida.

La resistencia de la jóven exacerbó sus deseos.

Pasaron varios dias,—dias de lucha, de heróico sufrir.

El tigre sitiaba por hambre a su presa.

La inocente i candorosa jóven esperaba del cielo, como último refujio, un consuelo.

Inter tanto, la enferma se empeoraba: no habia dieta, no habia medicamentos, no habia protector.

Para que los grandes crímenes se realicen, es necesario que la Providencia aparte su vista del mundo; sin eso no se efectuarian jamas.

Elena imploró i esperó en vano.

Desesperada, loca, transido el corazon por el dolor, dió a su madre lo último: lo mas sagrado que podia darle:—su honor.

La pobre ciega recuperó un poco de bienestar sin saber a qué costa lo recuperaba.

Sus ojos de madre no se habrian engañado si aun fueran capaces de mirar; pero, negros como los abismos de la noche, no eran ya la luz ni el reflejo del alma.

Pasó el tiempo: en casa de la ciega no habia hambre; pero en el corazon de Elena habia un terrible dolor.

Llegó un dia en que aquel drama debia tener un desenlace.

Era la noche, la hora en que la ciega, recojida desde temprano en su lecho, por sus enfermedades, llamaba a Elena cerca de sí, i haciéndola sentar a su lado, le tomaba las manos, i permanecian así largas horas hasta que el sueño adormecia sus párpados.

En aquellos momentos, la pobre madre hablaba a su hija de Dios, de la virtud, de la alegría que esperimenta el corazon que no tiene nada que reprocharse, i concluia diciéndole:

—Tú serás feliz, mi Elena: Dios premiará tu virtud, tu candor, dándote un esposo que te ame e hijos que te bendigan....

Elena callaba o reprimia sus sollozos.

—¿Lo dudas? le preguntaba la ciega. ¡Eso sucederá al fin, mi Elena: eres hermosa, tu corazon es el de un ánjel, ¿por qué, conservándote pura, no has de encontrar un marido que te idolatre?

Llegó un dia, como he dicho, en que la infeliz ciega llamó a su hija, pero ésta no le contestó.

—Estará ocupada aun, se dijo. Dejémosla tranquila.

Pasó como un cuarto de hora i creyó oir un sollozo sofocado.

—¡Elena! gritó la ciega. ¡Elena, hija mia, ¿estás por ahí?

Un nuevo sollozo, pero mas sofocado, mas doloroso, llegó a oidos de la ciega.

—Serán mis sentidos que se engañan, se dijo, reprimiéndo hasta la respiracion para escuchar.

Trascurrieron largos i penosos minutos.

—¡Elena! volvió a gritar la ciega con ese tono que es a la vez un llamado i una interrogacion.

El llanto, los sollozos amargos que oyó entónces, no le dejaron la menor duda.

¡Era Elena la que lloraba: era Elena la que sollozaba: era Elena, su hija Elena, la que no le respondia!

Tomó un pañuelo i lo echó sobre sus hombros; i sin acordarse de su enfermedad, sin saber lo que hacia, bajóse del lecho, i anhelante, media loca, rodeada por las dobles tinieblas de la noche i de la ceguedad, marchó hácia el punto en que habia oido sollozar a su hija.

—¡Mi Elena, mi Elena! esclamó, el corazon palpitante por el temor.

Hubo un instante de absoluto silencio.

La madre trataba de conocer el sitio en que se hallaba la hija.

La hija escuchaba, dudando que su madre hubiera abandonado el lecho.

Pero un instante despues, un ¡ai! sofocado de Elena vino a poner término al silencio.

Madre e hija se juntaron al fin, en medio de la oscuridad, en medio del mas cruel dolor.

La confidencia, la confesion que escuchó la pobre ciega en aquella noche terrible, no es para narrada.

Aquella infeliz mujer, privada de la vista tanto tiempo há, enferma, sumida en la mas cruel miseria, en varias ocasiones no habia desplegado sus labios—húmedos mil veces por las lágrimas, pálidos i temblorosos por el hambre en otras—mas que para bendecir al cielo i pedirle conformidad. Pero cuando supo que su hija iba a ser madre, cuando conoció la infamia del que hasta ese momento habia bendecido como su protector, los mismos labios que, pacientes i resignados, alababan al cielo, lanzaron maldiciones contra el seductor.

—Ese hombre, señor don Belisario de Miramar, agregó don Santiago con voz solemne, ese hombre, si no está abandonado por la mano de Dios, debe haber sentido en aquella hora un remordimiento terrible!...

Don Belisario no levantó la vista del suelo.

El señor de la Roca Blanca continuó:

—Apurado por la madre hasta las heces el cáliz del dolor, así enferma, ciega, descalza, medio desnuda, apoyándose en la pared para no caer, sintiendo en el corazon i en la cabeza un volcan, sacando fuerzas de su estrema debilidad, tentando aquí i allá, muriéndose, en una palabra, salió a la calle, fué donde una amiga i pidió socorro. ¡Socorro para su hija!.....

.....

Al venir el dia, la ciega estaba al espirar, i a esa hora, tambien veia la luz otro sér.

Elena no podia acudir al lado de su madre: entónces hizo ésta que le pasaran a su nieto para abrazarlo.

Pero no bien rozó con sus labios, helados por el hálito de la muerte, aquellas mejillas húmedas con el llanto de la madre, cuando la desgraciada ciega exhaló el último suspiro.

Así estinguíase una vida que fué toda virtud, toda resignacion, en el instante mismo en que nacia otra que habia principiado con el crímen!

CAPITULO XXVI

Un nuevo lazo

AUNQUE la narracion anterior habia principiado a interesar vivamente a Edmundo, no pudo reprimir su impaciencia i dijo al administrador.

—Perdóneme, don Ruperto, si le interrumpo i si trato de saber la estension de la historia que me cuenta. Como le he dicho al llegar, la pérdida de una hora, de un momento, talvez puede ser perjudicialísimo a don Cornelio. Por otra parte, no sé qué relacion tengan esos sucesos con el objeto que aquí me trae.

—La relacion, señor, dijo el administrador, que existe

entre una i otra cosa, es íntima, i lamento que Vd. no tenga tiempo para oirme. A mas, yo necesito manifestar a Vd. la causa justísima que me obliga a no contrariar los planes del padre Basilio.

—¿Aun cuando esos planes sean en contra de don Cornelio? le preguntó Edmundo.

—Sí, señor, aunque fuesen en contra mia.

—¡Pero Vd. no sabe, o no quiere comprender, don Ruperto, que compromete la reputacion, la fortuna, la vida talvez de sus patrones!...

—Lo que yo sabia, señor, desde hace mucho tiempo, es que llegaria el caso en que debia obedecer, aun cuando perdiera la vida!...

—¿I qué obligacion tiene Vd. de obedecer al padre Basilio?

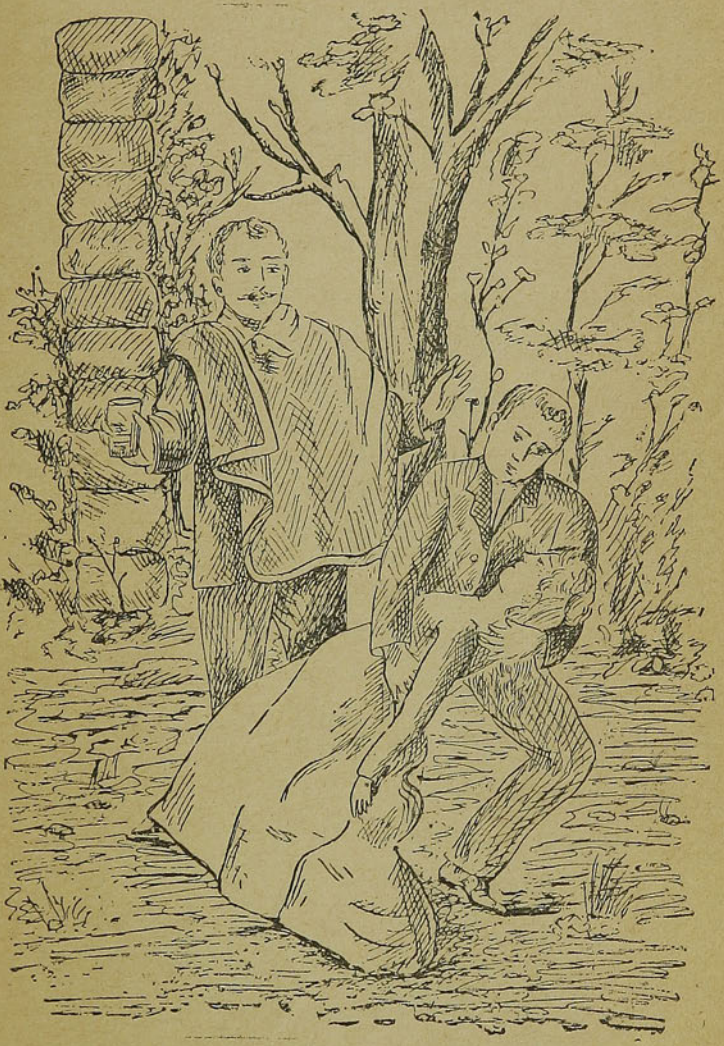
—¡Una obligacion sagrada, imprescindible!...

—¡Ah! esclamó Edmundo exasperado. ¡Vd. se ha vendido a ese hombre!

—¡No me insulte, señor! dijo el administrador levantándose vivamente. ¡No me insulte, por Dios, porque puedo olvidar que Vd. es amigo de don Cornelio!...

—¿I qué otra cosa quiere Vd. que crea, replicó Edmundo levantándose a su vez, de un hombre que sabe que su patron va ha ser robado i él en vez de impedirlo, sirve de ayuda?

—¡Sí; tiene Vd. razon!... dijo don Ruperto. Pero yo tambien la tengo, yo tambien podria manifestar a Vd. que



¡Vuelva en sí, Matilde! ¿Qué es lo que siente?.....

no puedo, que no debo hacer otra cosa! Mas, para convencerlo, para que me hiciese justicia, seria necesario que escuchara hasta el fin la historia que he principiado a contarle! Pero ya que no es posible, venga Vd., entremos a esta bodega i ahí le mostraré un objeto que le revelará una parte de la verdad!

—I mientras yo pierdo el tiempo en esto, dijo Edmundo, el padre Basilio se habrá apoderado del manuscrito, lo leerá i tal vez huya con él!... Nó, yo no debo perder un minuto mas!...

—¿Qué piensa hacer Vd?

—Ir a la pieza de Susana, ver si está el manuscrito en el lugar indicado, i si no está, pedírselo al padre Basilio.

El administrador meditó un momento.

—¡Oiga, señor, dijo al fin, como quien toma una decidida determinacion: entremos un instante a la bodega, i si despues de ver lo que voi a mostrarle i de oir una corta esplicacion, Vd. sostiene que yo debo impedir que el padre Basilio se lleve esos papeles, prometo a Vd. bajo mi palabra, que no los llevará.

—Sea! dijo Edmundo, que deseaba cortar cuanto ántes la cuestion.

El administrador abrió la puerta i avanzó hácia el interior.

Edmundo lo siguió con curiosidad.

Se hallaba en una vasta i oscura bodega, rodeada de grandes toneles.

—Tenemos que bajar a la bodega subterránea, dijo el

administrador, parándose en el centro de la pieza e inclinándose para levantar la hoja de una puerta que daba acceso a la escala.

—Bajemos, dijo Edmundo.

El administrador, alumbrándose con el farol, empezó a bajar por una ancha escalera de piedra i Edmundo marchó en pos.

Llegaba ya don Ruperto al último escalon, i Edmundo al antepenúltimo, cuando la puerta que daba entrada a la escala, se cerró con estrépito.

El administrador arrojó un grito i soltó el farol, con lo cual la vela se apagó i quedaron a oscuras.

Edmundo no halló de pronto qué pensar; pero, reponiéndose al instante, preguntó:

—¿Qué es lo que ha sucedido? Parece que han cerrado la puerta que acabamos de levantar?

—Así lo creo, señor, dijo el administrador. Será necesario ver. Pero ántes, encenderemos la vela: yo debo tener por aquí algunos útiles.

Edmundo, apénas pasó su sorpresa, temió caer en un nuevo lazo, i en vez de escuchar al administrador, volvió a subir rápidamente la escala.

No se habia engañado: la puerta estaba cerrada, i cuantos esfuerzos hizo para levantarla, fueron inútiles.

—¡Don Ruperto! dijo entónces. ¿Quién puede haber venido a cerrar esta puerta?

Esperó un momento i no obtuvo la menor contestacion.

—¡Este infame se ha burlado de mí! esclamó el jóven. Pero él tendrá que salir por aquí: ya nos arreglaremos!

I al decir esto, se colocó en los escalones mas próximos a la puerta i esperó.

CAPITULO XXVII

Una visita inesperada

MEDIA hora despues de los sucesos narrados en el capítulo anterior, Ruperto, el administrador del fundo de las Higueras, decia al padre Basilio, que se hallaba en las piezas de don Cornelio.

—Por esta vez, señor, necesito huir, esconderme: no tendré valor—lo confieso—para presentarme a la vista de don Cornelio. Como Vd. lo sabe, ha sido para mí un amigo, casi un hermano, i el traicionarle me es tan sensible, que daria la mitad de mi vida por no hacerlo.

—¿Persiste Vd. en creer que ha traicionado a su pa-

tron? preguntó el padre fijando en el administrador sus ojos de color indefinible.

—Sí, señor, contestó éste. Aunque ignoro la importancia de los papeles que Vd. debe haber encontrado en la pieza de la señorita Susana, creo que debe ser mucha cuando Vd., para conservarlos, me ha obligado a...

—Terminemos, don Ruperto! interrumpió el padre Basilio, acompañando sus palabras de un jesto de impaciencia. Ya he dicho a Vd. que no he hallade esos papeles i que la causa para proceder como lo hago, es mui diversa de la que Vd. se imajina. Si Vd. se halla arrepentido, agregó con esa sonrisa fria, indefinible, que de ordinario vagaba en sus labios delgados i descoloridos; si Vd. se halla arrepentido dígamelo, i será esceptuado al punto de todas sus obligaciones.

—Vd. sabe, señor, que no puedo volver atras, dijo don Ruperto suspirando.

—Lo que sé, replicó el padre mirando fijamente al administrador, lo que sé es que Vd., tarde o temprano nos traicionará. Si llega ese caso, don Ruperto. Vd. tendrá que arrepentirse.

—Ya es mui tarde para volver atras replicó éste, bajando la vista.

El padre Basilio alzó los hombros en señal de indiferencia.

—Estamos perdiendo el tiempo, dijo el padre. ¿Quiere Vd., sí o nó, cumplir las órdenes que tengo que darle?

—Las cumpliré, señor.

—Bien: Edmundo permanecerá en la bodega hasta que Vd. reciba nuevas órdenes. Si Ud. teme que pueda sa-

lirse, o que álguien se aperciba de que está ahí, lo hará atar a fin de que no golpee las puertas i con el ruido llame la atencion. Vd. me responde, don Ruperto, del sijilo i de la seguridad de ese preso. Mañana, apénas amanezca, me hará Vd. ensillar mi caballo; i si viene don Cornelio, cumplirá Vd. con las órdenes que le he dado. A mas ..

El padre Basilio se interrumpió i escuchó un instante:

—¿Parece que he oido llamar a la puerta que dá al camino? preguntó.

—Sí, señor. I en este momento siento entrar un coche al patio.

—¡Un coche! ¿Quién puede venir en coche? interrogó el padre.

—¡Es el patron!... ¡Es don Cornelio: he oido su voz! esclamó el administrador poniéndose lívido i dando una mirada de angustia a su alrededor.

—¡Don Cornelio! repitió el padre, un tanto contrariado.

Pero al instante se dominó, i dirijiéndose al administrador:

—Salga Vd. por esta puerta i escóndase, le dijo. Yo arreglaré las cosas de tal modo que Vd. no tenga necesidad de presentarse a don Cornelio.

El administrador salió por una puerta que daba a los patios interiores, al mismo tiempo que en una pieza próxima se oia la voz de don Cornelio, que preguntaba:

—¿Dónde está el R. P?

—Aquí, señor; en esa pieza donde hai luz, contestó el que lo guiaba.

El padre Basilio, apénas cerró la puerta por que habia salido don Ruperto, tomó un pequeño breviario i, sentán-

dose cerca de la mesa, en que ardian dos velas, finjió que rezaba con toda tranquilidad.

El señor del Valle dió unos lijeros golpes a la puerta.

—Adelante! dijo el padre colocando su mano derecha sobre las cejas a manera de pantalla.

—¿Quién es? agregó estirando el cuello como para ver mejor.

—Soi yo, R. P., Cornelio del Valle, contestó éste avanzando en la pieza.

—¡Vd. por acá, amigo mio!... Entre Vd! cuánto celebro verlo!

I al decir esto, cerró su breviario poniendo ántes una señal en la pájina que tenia abierta, i se acercó a don Cornelio, cuyas manos estrechó con efusion.

—¡Oh! sentémonos, amigo mio! .. Pero Vd. trae las manos heladas, yertas!... ¡Qué imprudencia, amigo mio, hacer este viaje a estas horas, con su edad, con su salud quebrantada!... ¡Oh!...

Don Cornelio se habia dejado caer en un sofá tapizado con tela de crin, i al quitarse el sombrero, por su frente rodaron gruesas gotas de sudor.

El semblante del anciano estaba cadavérico, su mirada abatida i sin brillo i sus manos temblaban lijeramente.

—¡Ah!... ¡Cuánto sufro!... murmuró don Cornelio, enjugando con un pañuelo de seda el sudor que corria por su frente, tan blanca i tan helada como el mármol.

—¡Vd. sufre, amigo mio!... dijo el padre Basilio, sentándose a su lado i mirándolo con insistencia, como si quisiera adivinar lo que pasaba en su corazon. ¿Qué le sucede? qué nueva desgracia ha herido su corazon?

Don Cornelio sacó una carta de un bolsillo de su paletó, i pasándola al padre, le dijo:

—¡Dígame Vd., por Dios, qué hai de verdad en esto!...

Frai Basilio tomó la carta con prontitud, se acercó a la luz i, apénas habia desplegado el papel, esclamó:

—¡Ah!... ¿Qué he hecho yo?...

Acto contínuo dejó la carta sobre la mesa i comenzó a tentar uno por uno los bolsillos de su traje.

—¡Sí! esclamó al fin. ¡Es la misma!... ¿Cómo he podido perderla?

Don Cornelio lo miraba con avidez.

—¡Sí, agregó el padre, yo queria haber ocultado a Vd. este nuevo golpe, amigo mio, pero ..

—¿Conque todo es cierto? preguntó el desgraciado anciano levantándose i aproximándose a la mesa. ¿Conque todo lo que dice esa carta es cierto?

I su mirada, incierta i apagada un momento ántes, brilló encendida por el dolor. I su frente, pálida i fria cuando aun la duda dejaba una leve esperanza en el corazon, tornóse cadavérica al ver confirmado su infortunio.

El Padre Basilio no contestó.

Como si el dolor de su amigo le conmoviera, bajó la vista i se apoyó con desaliento en la mesa.

—¿Con qué es cierto, repitió el anciano con voz trémula, que mi hija está deshonrada? ¿Con que es cierto que Edmundo, que Edmundo, un hijo casi, el hombre a quien yo creia tan honrado i tan leal, me ha traicionado?... Ah!... dígamelo Vd!... ¡Dígamelo Vd. para creerlo!...

—¡Valor, amigo mio!... Dijo el padre Basilio.

—¡Valor! repitió don Cornelio con acento sarcástico. ¡Valor, cuando uno se ve traicionado por el hombre que ama como a un hijo!... ¿Sabe Vd., R. P., quién es Edmundo para mí?.... Hijo de un amigo con quien me unió la amistad mas íntima, él ha sido mas querido que mis propios hijos!... Fuí yo quien dirijí sus pasos, quien le enseñé a modular las primeras palabras i quien le ha dado a conocer, despues de la muerte de mi amigo, los deberes del hombre honrado; i quien, en fin, le ha dicho: «Mi Edmundo: soi mui feliz cuando pienso en que al bajar al sepulcro, quedarás tú para velar por mis hijas.»... I él, el hipócrita, estrechando mi mano, como Judas al vender a su Maestro, mil veces me ha repetido frases como esta: «¡Gracias, padre mio! yo no desmentiré jamas la confianza que Vd. ha depositado en mí!»... ¿I es ese hombre, es Edmundo el que así me paga?

Don Cornelio comenzó a pasearse con ajitacion por la pieza.

El padre Basilio guardaba silencio. En sus labios, donde ordinariamente vagaba una sonrisa helada, desdeñosa, que ya hemos dicho, aparecia un leve jesto que, unido a la contraccion de sus cejas, semejaba la espresion que revela el remordimiento.

El señor del Valle acercóse nuevamente al padre Vivanco.

—En fin! esclamó: mi mal no tiene remedio! I puesto que Vd. sabe dónde está mi hija, espero que me lo indique para correr donde ella!

—¡Pero su hija, amigo mio, quiere ocultarse de Vd!

—¡Si, dijo don Cornelio; pero es porque ella ignora que

yo no le haré el mas leve reproche! ¿Acaso un padre puede aumentar el dolor de su hija desgraciada?... ¡Oh! dígame Vd. dónde está, i cuando ella vea que mis lágrimas i mis sollozos se unen a los suyos, cuando vea que su padre es el primero en disculpar su falta, porque conoce su inocencia, entónces lamentará no haber corrido a echarse desde luego en mis brazos.

—Sí; Vd. tiene razon, dijo el padre.

—¿Iremos entónces donde mi hija? Podré verla pronto, ahora mismo?

—Sí; no hai inconveniente.

—¡Gracias!... Gracias, R. P! esclamó don Cornelio. Yo trataré de que Matilde no se ruborice por su falta, i huiré con ella al campo, donde mi amor i el de su hermana la hagan olvidar sus dolores! ¿I cuándo, a qué hora podremos ir?

—Apénas amanezca, amigo mio, volveremos a Santiago.

Don Cornelio consultó su reloj.

Eran las dos de la mañana.

CAPITULO XXVIII

El espionaje justificado

Hubo un largo rato de silencio.

Don Cornelio, un tanto tranquilo con la promesa de que pronto podria estrechar entre sus brazos a Matilde, quedó por un momento como anonadado. En su mente, al mismo tiempo que se anidaba la idea consoladora de ver, de hallar a su hija perdida, ajitábanse tambien los mas contradictorios pensamientos.

Necesitaríamos de muchas pájinas si quisiéramos pintar lo que pasaba en aquel corazon, sacudido en todas direcciones por el dolor, como el árbol que soporta el empuje de un terrible huracan. Baste con decir que don Cornelio sentia tan lento i abrumador el paso del tiempo, que los

minutos de esa noche fueron para él tan largos como la eternidad.

Su imajinacion, que vagaba en el mar inmenso de sus meditaciones, como vagan las ideas en el cerebro de un insano, llegó por fin a fijarse en un asunto que hasta entónces habia olvidado. Al recordarlo, se levantó del sofá que ocupaba, i acercándose al padre Vivanco, que permanecia mudo i meditabundo:

—¡Perdóneme, señor, le dijo, que haga a Vd. una confesion i me atreva a interrogarlo; pero se juntan para mi mal, tales desgracias, que me veo en la precision de conjurarlas! ¿Qué noticias ha tenido Vd. de ese manuscrito que habia encargado a don Lorenzo Gaspari?

—Ninguna, contestó el padre Basilio.

—Pues yo tengo ahora datos ciertos que comunicarle, dijo don Cornelio, mirando fijamente a su interlocutor por si sorprendia en él algo que confirmase lo que le habia dicho Susana.

—¿Es posible? preguntó el padre con viva alegria. ¿I qué es lo que sabe Vd?

—Sé que ese manuscrito existe.

—¿Dónde? quién lo tiene? preguntó el reverendo con creciente interes.

—Ese manuscrito está aquí, en este fundo.

—¿Es posible? I podremos obtenerlo?

—Perdóneme si le hablo con tal franqueza, dijo don Cornelio: pero ya he dicho a Vd. que es necesaria. Se me ha aseverado que Vd. ha venido aquí para recojerlo.

—¿Yo? yo? repitió el padre con tal acento de admiracion, que don Cornelio vió disiparse todas sus dudas.

—Sí, Vd., señor. Hé aquí lo que me sucede, o mas bien, lo que sucede en casa. Susana recibió de su madre ese manuscrito, en que, segun me dice, hai una historia que podia deshonrar a los que descienden de una familia que en ella figura. Cuando Susana se apercibió de que Vd. buscaba esos papeles, temerosa de que se estraviasen, suplicó en una carta a... (lo diré de una vez) a Edmundo Cortés, que viniese a recojerlos del lugar en que ella, por un esceso de precaucion, los habia guardado. Esta falta de confianza de Susana en mí, que era a quien ella naturalmente se habia de haber dirijido, nació de una recomendacion importuna que mi esposa le hizo al morir. La carta de Susana, segun ésta cree, no ha sido recibida por Edmundo sino por don Lorenzo Gaspari. ¿Qué hai de verdad en esto, padre mio? Dígame Vd. cuanto sepa: yo daré entero crédito a sus palabras.

—¡Ah, mi amigo! esclamó el padre Vivanco. Tranquilícese Vd. i oiga lo que voi a comunicarle. Sentémonos: nuestra conversacion debe ser larga.

Don Cornelio obedeció.

El padre se colocó a su lado i, con voz solemne, dijo:

—Principiaré, amigo mio, por decir a Vd. que cuanto le ha dicho su apreciable hija es cierto.

—¡Cómo! esclamó don Cornelio. ¿Es cierto que Vd. o don Lorenzo Gaspari han influido en el ánimo de Maria para que ésta les manifieste cuanto sucede en mi casa?

—Sí, es cierto.

—¿I qué Vd. ha querido apoderarse de ese manuscrito de mi hija?

—Antes de contestar a esa pregunta, es necesario que

Vd. me oiga. Desde hace mucho tiempo, amigo mio, veia cernerse la tempestad sobre su cabeza i me ocupaba ocultamente de conjurarla. Habria querido evitar a Vd. hasta el menor sufrimiento, pero no he podido conseguirlo: mi viaje a Valparaiso, en parte, ha sido la causa.

Voi a contar a Vd., en pocas palabras, lo sucedido hasta hoi, agregó el padre.

De una manera que no puedo revelar a Vd., supe que su hija Matilde era víctima de una desgracia irreparable; i como yo, por la confianza que Vd. me ha dispensado, estaba al cabo de sus proyectos con respecto a su otra hija i al jóven Edmundo Cortés, quise penetrar el misterio que habia en la desgracia que le amenazaba. Para conseguirlo, pensé acudir a la señorita Susana; pero desechó esta idea al recordar el alejamiento o desconfianza que he creido notar en ella hácia mí.

—Eso es propio de su carácter, dijo don Cornelio. Susana respeta a Vd.; pero es poco espansiva i de ordinario se la creeria llena de orgullo i presunciones.

—Talvez sea así, replicó el padre Vivanco; pero la principal causa del alejamiento de su hija es la idea funesta que se ha formado de nuestra sociedad por el odio que nos profesa el jóven Cortés. En fin, sea por lo que fuere, lo cierto es que yo creí mas conveniente tocar otro recurso, i acudí a Maria, la fiel i honrada sirviente que Vd. tiene en su casa. El cariño que por Vds. siente esa mujer, i la cautela con que he procedido a fin de no dejarla comprender la verdadera causa de la inspeccion que trataba de establecer en casa de Vd., me dieron satisfactorio resultado, i al cabo de poco tiempo, pude convencerme de la mas des-

consoladora realidad. En estas circunstancias i cuando me preparaba a manifestar a Vd. lo que sucedia en su hogar, se efectuó la fuga de Matilde. Rodeada del mas profundo misterio, me fué imposible, de pronto, saber su paradero i descubrir al autor del atentado. Don Lorenzo Gaspari, nuestro fiel amigo, comisionado por Vd. para ayudarle en las averiguaciones del caso, se puso de acuerdo conmigo i comenzamos entónces una cruzada que bien pronto nos dió el resultado apetecido. Siguiendo los pasos del jóven Edmundo Cortés, llegamos a saber que Matilde estaba en Maipo, en casa de la que fué su nodriza. Para dar a Vd. tan funesta noticia, era necesario prepararlo, ir descorriendo poco a poco el velo con que se ocultaba el autor de tan infame engaño. Pero mi viaje repentino a Valparaiso no me dió tiempo para hacerlo, i entónces comisioné a nuestro amigo Gaspari para que él continuase la obra por mi empezada. Es así como han podido verificarse los acontecimientos de que Vd. tiene noticia por esa carta que perdí en su casa i que yo no pensaba hacerle conocer tan pronto.

Con respecto a los manuscritos de que me habla, i a la carta que Vd. dice a escrito a Cortés la señorita Susana, aun no he tenido conocimiento de ella. Don Lorenzo debe haberla recibido i tenerla en su poder tal como llegó a sus manos, pues le he recomendado no abra ninguna carta sin consultarme. Mañana, cuando lleguemos a la capital, pondré en manos de Vd. esa carta, i la misma señorita, su hija, se convencerá de que no ha sido abierta i que, por lo tanto, nadie se ha impuesto de su contenido. Esa, amigo

mio, será mi mejor justificacion, i Vd. se convencerá de que al venir aquí, no he tenido otro objeto que cumplir con un caso de conciencia. Por lo que hace al manuscrito, que Vd. me dice está en esta casa, i el cual cree Vd. sea el que yo buscaba con tanto empeño, renuncio desde hoi a él, i como sé que en sus pájinas hai algo que denigra a nuestra órden, le pido en nombre de nuestra amistad, que cuando llegue a sus manos, lo queme. ¿A qué conservar esos papeles que no conviene sean conocidos por nadie? Tal es, en resúmen, amigo mio, lo que he hecho i lo que he pretendido. Si mi accion es mala, si los medios empleados, no son de su aprobacion, perdóneme: se lo suplico de todo corazon. Yo he creido demasiado inocente vijilar los pasos de su familia, pues sé que nada hai en ella vituperable i que todas sus acciones pueden mirarse a la luz del mas claro dia. Me refiero a Vd. i a su hija Susana, pues por lo que hace a Matilde, su inocencia, su inmaculado candor es lo que la ha perdido. Ella, ignorante de la perfidia de algunos hombres, ignorante de los resultados de un acto de olvido de sí misma, ha caido como el niño que tropieza en un obstáculo que ha enredado sus piés.

Ahora que ya Vd. está impuesto de lo que he hecho, réstame tan solo pedir para mí, si he obrado mal, i para los demas que a Vd. lo han herido, el mas ámplio perdon. ¿No me concederá Vd. ese servicio, amigo mio?

—¡Oh! Vd. es mi mejor amigo, R, P., esclamó don Cornelio, i soi yo quien debe pedirle perdon por haber dudado un instante de Vd!... Voi a buscar ese manuscrito, i aquí, en presencia de Vd., lo reduciré a cenizas sin leerlo!

—¡Gracias, amigo mio, gracias! dijo el padre con efusion: ese ha sido mi único deseo de encontrarlo!

Don Cornelio tomó una vela de las que iluminaban la pieza i se dirijió con ella a las otras habitaciones.

El padre lo miró alejarse, i la sonrisa fria, desdeñosa, que siempre vagaba en sus labios, apareció en ellos acompañada de una mirada de triunfo.

—¡Oh! murmuró golpeándose el pecho con orgullo. ¿Quién podrá quitármelo ahora?

CAPITULO XIX

Consejos de amigo

Don Cornelio tardó poco en volver.

—¿No le trae Vd.? preguntó el padre con gran interes.

—¡No está! contestó el anciano colocando la vela en la mesa i mirando al reverendo con desaliento.

—¿Es posible? i qué se ha hecho? quién lo ha tomado?

—Lo ignoro, padre mio!

—¡Pero eso no puede suceder! ¿Lo ha buscado Vd. con cuidado? En qué parte estaba?

—En la pieza de Susana, en un cajon que, para abrirlo era necesario saber un secreto.

—¡Ah! qué desgracia! esclamó el padre Vivanco. ¿Pero quien puede haberlo tomado de ahí? No hai otra persona que supiera su existencia?

—Al único que se lo ha comunicado Susana ayer mismo, es a Edmundo.

—Pero ¿no me dijo Vd. que esa carta habia sido entregada a don Lorenzo Gaspari?

—La primera, sí; pero mas tarde volvió a escribirle i esa nueva carta llegó a manos de Edmundo.

—¡Entonces, amigo mio, él debe tener el manuscrito!

—Pero no ha venido, dijo don Cornelio; yo he preguntado al llegar, i me han dicho que no está aquí.

—¿Preguntó Vd. al administrador?

—Nó, padre mio: aun no lo he visto.

—Aguarde Vd. un instante: acaba de entrar a la huerta, donde me pareció oir un ruido estraño.

Diciendo esto, el padre Vivanco se dirijió al patio interior de la casa.

—¿Pero dónde va Vd., R. P? La noche está mui fria i el sereno puede hacerle mal...

—No tenga Vd. cuidado: voi a llamarlo.

I sin esperar nuevas objeciones, salió con rapidez cerrando la puerta tras sí.

Pocos minutos despues, se reunia con don Ruperto i le habló con rapidez.

En seguida volvió a las habitaciones diciendo:

—No me he atrevido a pasar al segundo patio porque la noche está mui fria i mui oscura. Tal vez don Ruperto no tarde en venir i será mejor que esperemos. Inter tanto, permítame Vd. escribir unas cuantas líneas: son unos

apuntes para que no se me olvide lo que debo hacer en Santiago.

– Bien, R. P.; Vd. está en su casa.

«A las diez de la mañana, escribió el padre, estaremos en esa con don Cornelio. Edmundo habrá estado anoche. Matilde no estará desde el amanecer.

«Orden a G. sobre el asunto de Maipo; que lo active.

«Orden a Maria, la criada, para que vea a Gaspari a las once. Que salga aquella de la casa para no volver.

†. †. †.»

Concluido esto, plegó el papel i, notando que don Cornelio estaba con la cara entre las manos, absorto en sus meditaciones, lo pegó con una oblea i puso el siguiente sobrescrito:

«A don Samuel Ledezma, Cañadilla, frente al Cármen.

Mui urjente.»

En aquel momento entró don Ruperto:

El anciano le tendió la mano i, despues de saludarlo con cariño, le preguntó:

—Quién ha venido hoi?

—El señor Cortés.

—¿A que hora?

—Casi a puestas de sol.

—¿Qué hizo aquí?

—Me presentó una órden de la señorita Susana para que lo introdujera en su pieza.

—¿Sabes lo que hizo en ella?

—Nó, señor; me dijo que lo dejara solo un momento i luego salió.

—¿Viste si sacó algo al salir?

—Llevaba un rollo de papeles.

—¿Entónces volvió en el acto para Santiago?

—Sí, señor.

—A mi llegada, dijo don Cornelio, pregunté al mayordomo si habia estado aquí Edmundo, i me dijo que no.

—Ni él ni nadie lo ha visto, señor, pues entró por mi casa diciéndome que no queria que se supiese que habia estado aquí.

El padre Vivanco se habia parado i se paseaba lentamente por la pieza.

—¿Mucho ántes de mi llegada fué cuando estuvo ese jóven? preguntó a don Ruperto terciando en la conversacion.

—Mui pocos minutos ántes, contestó éste.

—Pues bien, Ruperto, le dijo don Cornelio: en lo sucesivo, no le permitirás a Edmundo poner un pié en esta casa.

—Cumpliré, su órden, señor.

—Ahora, agregó el señor del Valle, ve que muden caballos a mi carruaje i que esté listo al amanecer.

Don Ruperto habia salido ya a la otra pieza, cuando el padre Vivanco pareció recordar algo i lo llamó.

—Oiga Vd., le dijo. Como debo volver con mi amigo para Santiago, no mande llamar a la persona que le habia indicado: lo dejaremos para otro dia.

El administrador se alejó despues de recibir algo que el reverendo le pasó disimuladamente.

Si don Cornelio no hubiese estado tan embebido en sus preocupaciones, habria notado en la voz, en el semblante, en la actitud de don Ruperto, algo de estraño.

—¡Qué desgracia! esclamó el padre Vivanco. ¡En las manos en que han caido esos papeles.

—Edmundo no será capaz de hacer un mal uso de ellos, dijo don Cornelio, que a pesar de todo, reconocia aun la caballerosidad del jóven.

—¡Quiéralo Dios! murmuró el padre.

—No lo dude Vd., dijo el anciano. A esta hora, el manuscrito debe estar en manos de Susana.

—¡Ah, mi amigo! qué buena opinion tiene Vd. aun de ese jóven!

—Sí, lo confieso, dijo don Cornelio con amargura: no puedo creer, no puedo convencerme que Edmundo me traicione. Hai una voz íntima que me habla en su favor, i en este mismo instante, si se presentara a mí i lo oyera desmentir cuanto se le inculpa, le creeria! Ha sido tan leal, tan honrado; ha procedido siempre con tanta delicadeza!... ¿Cómo puede ahora haberse convertido en un miserable?

—Las criaturas cambian de un rato a otro, dijo el padre con acento sentencioso.

—Sí, es cierto, replicó el anciano; pero poco há en la noche que le cerré las puertas de mi casa, su voz, su emocion, su franqueza, su noble conducta para ofrecerme sus servicios, su lealtad para desligar a Susana del juramento

amor que los unia, ¿era todo una farsa, una ficcion? Puede el hombre llevar a tal grado su disimulo? Ha podido Edmundo llegar a tal grado de maldad?... ¡Ah! nó, nó: eso es imposible!...

—Sin embargo, todas las apariencias están en su contra, observó Vivanco.

—¡Sí, todas!... Pero para convencerme, necesitaré que Matilde, que mi misma hija lo acuse!

—Es ella, segun hemos visto, quien lo acusa.

—¡Ah!... sí, sí! Pero es imposible!..... Esto me llevará al sepulcro si se confirma!.... ¡Edmundo! mi hija!. .. ¡Ah! nó!...

I don Cornelio ocultó la cara entre las manos como para desechar aquellas ideas que despedazaban su corazon.

—¡Valor, amigo mio! Esos sinsabores tendrán su premio i le servirán de esperiencia i desengaño. El mundo no da otra cosa que dolores, i éstos sirven a menudo para que dirijamos nuestra vista al cielo. Si Vd. oyera mis consejos, yo le diria:—Huya Vd. de ese lodazal: una alma honrada como la suya, un corazon que, inflamado por el amor divino, probaria con anticipacion los goces de los predestinados, no debe estar entre jente cuyo trato no proporciona mas que disgustos i sinsabores. Su edad i su virtud no son para la vida del mundo: Vd. debe buscar la paz, esa paz del alma que nos hace atravesar este valle de lágrimas como si nuestra planta se posara en una senda cubierta de rosas. ¿Qué proporciona a Vd., el mundo amigo mio? De qué le sirven esos bienes de fortuna que en vez de satisfacciones, le causan cuidados? Puede con ellos apartar las desgracias que le agobian? ¡Cuánto mas feliz

seria Vd. retirado de todas esas atenciones, libre de todas las perfidias, exento de toda clase de cuidados! ¿Puede haber vida mas suave i deliciosa que aquella que solo se consagra a Dios? Oh! Vd. no ha mirado aun detenidamente dónde podia encontrar la dicha! Piénselo ahora que la desgracia lo visita, i con un esfuerzo, con un pequeño acto de su voluntad, salve la barrera que lo aleja de su felicidad presente i futura!

—¡Son mis hijos, padre mio, los que me detienen! ¿Qué harian ellos? Muchas veces, pensando en esa vida que Vd. me pinta i yo presiento, formé el propósito de casar pronto a Susana i dejar con ella a Matilde para ir a reunirme con mi hijo Ricardo. Pero ya Vd. ve lo que me sucede. ¿Qué puedo hacer ahora? Si Edmundo me ha traicionado, al ménos lavará la mancha dando su mano a Matilde!... Pero, ¿i Susana? Ella no podrá ser la compañera de su hermana i del hombre que la ha engañado.

—Tiene Vd. razon. Pero, ¿no cree Vd. que la señorita Susana, cuando en fuerza de los hechos se convenza de su infortunio, aspirará tambien la paz i el olvido de ese mundo en que ha visto marchitarse todas sus ilusiones?

—¡Ah! si eso sucede, padre mio, Vd. me dará un rincon al lado suyo i allí concluiré mis dias!

—¡Eso sucederá, amigo mio! Dios lo llama a sí i yo tendré la gloria de haber contribuido a su salvacion!

Don Ruperto se presentó a decir que los caballos estaban enganchados: la luz de la aurora principiaba ya a aparecer.

CAPÍTULO XXX

Descepciones de un padre

MEDIA hora despues don Cornelio i el padre Basilio subian al carruaje i se ponian en marcha para Santiago.

Era esa hora en que la naturaleza despierta i en que las aves i los animales, despues del pesado letargo en que los ha sumido la noche, adoran la aparicion de la luz como a su único Dios.

Los campos de Chile, no cantados aun por ningun poeta, vistos al asomar de la aurora, preséntanse al que los contempla como un verjel inmenso henchido de feracidad: —las montañas cargadas con el peso de los añosos espinos

i del corpulento *quillai*; los valles tan verdes como la esmeralda i surcados por arroyos de cristal; los huertos i sembrados que salpican de flores i de frutos las veredas de los caminos; los viñedos de robustos troncos i enormes cabezas cuyas vides semejan la melena enmarañada de un patagon; los bosques, los rios, las llanuras, todo ese conjunto espléndido que brota de un suelo vigoroso, inculto i vírjen en unas partes, apénas trabajado i cultivado en otras... ¡oh! es algo que el sentimiento i la inspiracion mas elevados podrian apénas pintar!

Don Cornelio se sumerjió en el fondo del coche sin siquiera dar una mirada a los campos que recorria.

Las galas de la naturaleza se cubren de negro crespon cuando sentimos herida el alma. Es inútil que las aves canten, que los arroyos murmuren, que las flores exhalen sus perfumes i las plantas luzcan su gallardia, si nuestros oidos no escuchan, si nuestro olfato no siente, si nuestros ojos no ven...

Es que los sentidos, atentos a las vibraciones íntimas que forma el dolor, rechazan toda sensacion esterior.

Don Cornelio i el reverendo; ocupados cada uno en sus meditaciones, no se hallaban dispuestos a contemplar los panoramas que, sin interrupcion, aparecian a su vista. El primero, cargado con el enorme peso de su infortunio, solo tenia ánimos para luchar con él; i el segundo, ocupado en varios proyectos de cuya realizacion pendia el éxito de una grande empresa, no podia perder aquellos instantes en estériles contemplaciones.

De esa manera, indiferentes a cuanto pasaba a su alrededor, sin desplegar los labios para dirijirse una sola pa-

bra, marcharon durante cuatro horas i llegaron a la Cadilla de Santiago un poco despues de las diez.

—Aquí es! dijo el padre Vivanco, indicando al cochero a casita de pobre apariencia, levantada en la vereda uesta a la que ocupa el monasterio del Cármen.

—¿Es aquí donde encontraremos a Matilde? preguntó n Cornelio con voz anhelante.

—Sí, amigo mio: este es el pobre, pero honrado asilo ue le habíamos destinado. Bajemos.

Don Cornelio se oprimió el corazon i miró al cielo como ándole las gracias con anticipacion por el bien que le disensaba.

—¡Un momento aun, padre mio! dijo al reverendo. La mocion me ahoga. Si es posible, agregó, que no haya adie quien nos vea: que le digan a mi hija ántes... sí, ntes, que ya está perdonada!...

—Vd. concluirá por matarse, amigo mío, le dijo el pare con cierta severidad, si no procura moderar ese amor ácia la familia. Recuerde Vd. la ofensa que hace a Dios! ajemos...

—¡Ah! no puedo, padre mio; no puedo arrancar del razon el amor que tengo a mis hijos!... ¿No es Dios uien ha colocado en mí ese amor? Cómo puedo ofenderlo ntiéndolo por los séres que me deben la vida?

—Solo a Dios debemos amar con el alma i el corazon, i ó a las criaturas que Él nos ha dado por compañeras, ijo el padre con voz sentenciosa.

—Sí, lo sé; pero ese amor no escluye al otro, padre mio!

—¡El eterno argumento que Vd. opone a mis amonesaciones! Dígame: ¿ha pensado, ha ofrecido Vd. a Dios sus

sufrimientos? Los ha recibido con placer? Besaria Vd. con reconocimiento la mano que así lo hiere? Si puede contestarme afirmativamente... hágalo!

Don Cornelio inclinó la frente despues de mirar al cielo.

—Bajemos! repitió por tercera vez el padre uniendo su dicho a la accion.

El señor del Valle hizo un esfuerzo i, para bajar, tuvo que apoyarse en la mano que el padre le alargaba.

—Sea Vd. hombre, le dijo éste, i pórtese con la severidad que debe manifestar un padre que ha sido burlado i ofendido.

—¡Imposible! murmuró don Cornelio marchando trabajosamente hácia la casa. Mi hija es mas desgraciada que criminal!

—De esa induljencia le pedirá estrecha cuenta Dios.

—El me perdone si lo ofendo; pero ¿no es a una mujer desdichada i arrepentida a quien vamos a encontrar? Contésteme, padre mio: ¿no es mui desdichada mi pobre hija?

—Pronto lo apreciará Vd. por sí mismo, contestó frai Basilio.

Habian entrado a la casa, i despues de atravesar un pequeño patio, llegaron a un pasadizo en cuya puerta dió el reverendo tres sonoros golpes.

Acudió una sirviente i el padre le preguntó:

—¿Está en casa don Samuel Ledezma?

—Sí, señor; pase Vd. a esperarlo.

I abrió la puerta de un pequeño saloncito con ventana al primer patio i puertas al segundo i al pasadizo.

Don Cornelio sentíase cada vez mas desfallecido. A medida que se acercaba el momento en que creia ver a su hija, su valor se disipaba. Deseaba verla, pero al mismo tiempo se estremecia a la idea de las profundas huellas que el dolor habria impreso en aquel semblante poco há tan risueño i tan juvenil. ¿Cómo se presentaria su hija a él? Anegada en llanto como la Magdalena? Temblorosa i desesperada por el temor? No seria mas sensible para su hija que él la recibiese con bondad? No seria conveniente emplear un poco de severidad para no despertar en ella ese dolor amargo del remordimiento, que causa el ofender a quien en vez de reproches, prodiga ternuras? Pero podria él ser severo con aquella hija a quien tanto amaba i a quien él disculpaba con antelacion? I podria hacerlo viéndola llorosa, pálida, desfallecida, pidiéndole consuelo buscando su proteccion, demandándole cariño?

Don Cornelio se interrogaba a sí mismo i ninguna respuesta le satisfacia.

Próximo a realizarse el deseo que tanto habia aspirado, miraba aquella hora como una de las mas solemnes de su vida. Aquel hogar, tranquilo al parecer, donde su hija se hallaba acojida, le infundia cierto respeto mezclado de ternura, i complacíase en adivinar cuál de aquellos asientos habria ella ocupado, cuál de aquellas piezas le habria servido para llorar, para acordarse de él, para albergarla. Miraba el pobre anciano todos los objetos por si veia alguno que a su hija hubiese pertenecido; escuchaba anhelante la voz de algunas personas que hablaban en el interior de la casa, por si oia la voz plateada i armoniosa de Matilde.

¡Qué acento tan triste habria adquirido con el dolor aquella voz arrulladora que tanto le deleitaba!

Don Cornelio no pudo reprimir un sollozo.

¡Cálmese, domínese Vd! le dijo el padre Vivanco. Hé ahí el dueño de la casa que se acerca!

Entró un caballero alto, de madura edad, de ojos i mejillas hundidas, frente ancha pero arrugada, barba nevada i nariz aguileña. Su mirada viva, así como la ajilidad de sus movimientos, revelaban en él la enerjía i virilidad de la juventud.

Saludó a don Cornelio con una vénia i estrechó la mano que frai Basilio le tendia, haciendo lo mismo, con esquisita urbanidad, con el primero cuando el padre lo hubo presentado.

—Mi señor Ledezma, le dijo el padre Vivanco apénas terminó la ceremonia de la presentacion. El hecho solo de la visita del señor del Valle, revelará a Vd. el objeto de nuestra visita. Mi amigo quiere trasladar su hija a su casa, i si no hai incoveniente, desearia que Vd. le permitiera hablar con ella un momento, a solas.

—¡A! R. P.!... esclamó don Samuel Ledezma: cuánto siento no complacer al señor! pero ..

—¿Qué ha sucedido? preguntó don Cornelio con voz alarmada.

—Yo deploro... yo siento infinito... Pero Vd. comprenderá, señor del Valle, que no ha estado en mi mano evitarlo: yo creia... Mas no se alarme Vd., señor; ella parecerá, yo no lo dudo. Las jóvenes son así, les cuesta creer en la perfidia de los que aman...

Don Cornelio se habia levantado a las primeras palabras, pero tuvo que apoyarse en una silla para no caer.

—¿Mi hija no está aquí, entónces? preguntó con voz anhelante, alterada por la duda.

—Nó, señor; desde esta mañana ha desaparecido, contestó don Samuel.

El anciano sintió que sus fuerzas le abandonaban i que un sudor helado, como el de la muerte, corria por sus sienes.

—¡Ha desaparecido! repitió con desaliento i cayendo en la silla en que se apoyaba.

Por un momento perdió la conciencia de sí mismo: pensó en nada i en todo: pasó por su imajinacion un conjunto tal de recuerdos, de emociones, de sucesos que ninguna relacion tenian con su presente, que él mismo se alarmó.

—¿Qué es esto, qué es esto? se decia. ¡Mi hija!... Edmundo .. yo!... Vamos! yo debo soñar! ¿I Matilde?

I aunque trataba de forzar su mente para que se fijara en una sola idea, i aunque trataba de grabar en su memoria el pensamiento de su infortunio, veia pasar una multitud inmensa, infinita, interminable, de ideas estrañas, de recuerdos perdidos en el pasado, de hechos olvidados mucho tiempo há por su memoria.

Sus juegos de niño, su madre que lo adormecia con algunos cantares, un baño que se habia dado en el rio i en el cual estuvo al ahogarse...

I estos sucesos, que de una manera informe, abrumadora, pesada i angustiosa se unian con su presente, hacian en don Cornelio el mismo efecto que una de esas pesadillas en que la voz se anuda en la garganta, las ideas se

chocan i confunden en el cerebro, i los deseos se contradicen en el corazon.

Pero luego esperimentó una reaccion, i así como el que, sorprendido de repente por algo que paraliza el curso de sus ideas, busca en seguida la causa i la analiza con calma i atencion, así él quiso conocer todos los detalles de su infortunio para ver las esperanzas que debia abrigar para el porvenir.

El padre Basilio acudió tambien a consolarlo.

—Valor, amigo mio! le dijo. ¿A qué abatirse de esa manera? A qué lamentar tanto la pérdida de esa jóven que paga su amor con tamaña ingratitud? Descanse Vd. en mí; yo le prometo que bien pronto la encontraremos i entónces será para no volverla a perder, pues ella habrá podido convencerse de que el hombre a quien sigue no merece su sacrificio. Como ha dicho mui bien el señor Ledezma, a las jóvenes les cuesta convencerse de la perfidia de los que aman, i es necesario dejarlas que adquieran esa dolorosa esperiencia para que vivan precavidas en el porvenir.

Don Cornelio meneó la cabeza en sentido negativo.

Una voz secreta, esa voz que habla al corazon de los padres que aman a sus hijos con ternura, parecia decirle:

—«Tu hija ha caido como cae el ciego al abismo que no conoce: pero una vez en él, ni una mancha de lodo ha salpicado su candor. Tu hija es desgraciada, pero no culpable: no creas a los que la denigran!»

Sin embargo, a la prueba evidente de los hechos, a esa lójica fria i desapiadada del padre Basilio, don Cornelio no tenia nada que oponer.

—¿Lo duda Vd? preguntó el primero al ver el jesto negativo del anciano.

—Sí, dijo éste; mi hija no es capaz de eso!

—¡Oh! esclamó el padre Vivanco. Vd. no sabe entónces adónde suele arrastrar el amor! ¿No sabe que se olvida todo—honor, deberes, dignidad, amor de la familia—cuando se ha concebido una pasion funesta i poderosa? I a qué no conduce un amor contrariado, un amor que tiene que vencer mil obstáculos i que ha principiado sacrificando el cariño fraternal!

—¡Por piedad, padre mio, dijo don Cornelio; no me recuerde Vd. esos pormenores!

—Es que yo deseo curar a Vd. de ese amor fatal, i para conseguirlo, es necesario presentarle desnuda la realidad. Vd. se pierde con su amor i es deber mio salvarlo. Así, aun cuando tuviera que soportar la dura prueba de perder su amistad, miéntras Vd. me la conceda, al ménos, no dejaré de cumplir con mi deber. Si no lo hiciera, el remordimiento me atormentaria despues, Vd. mismo tendria que lamentar mi cobardia. En otras ocasiones, como sé que el hombre es falible, me limitaría a darle mi opinion; pero ahora se trata de su felicidad, que para mí es tan apetecida: se trata de salvar a Vd. la vída, i ante esta consideracion, nada habrá que me detenga. Es ahora cuando quiero dar a Vd. una prueba de mi cariño, obrando, a su pesar, en el sentido que creo conveniente a su felicidad; i si no consigo mi objeto, i, por el contrario, conquisto su enemistad, lamentaré que mi trabajo, que mi vida entera, si es preciso, no hayan bastado para proporcionarle su dicha!

—Gracias, gracias, padre mio! dijo don Cornelio, lleno de gratitud al ver la animacion i acento de verdad con que el padre habia acompañado sus palabras. ¡Estoi convencido de su amistad, agregó, i nadie podrá hacerme cambiar de parecer!

—¡Quién sabe, amigo mio! Yo tengo i tendré por enemigos a todos cuantos deparen a Vd. algun mal!

CAPITULO XXXI

Un recuerdo de ternura

A instancias del padre Basilio, don Samuel Ledezma narró con mil detalles la historia de la permanencia de Matilde en su casa, i la manera como, en esa misma mañana, despues de haber hablado la jóven con Edmundo Cortés, habia desaparecido. Para corroborar sus palabras i no omitir nada, llevó a don Cornelio a una piecesita del primer patio, diciéndole que en ella habia estado Matilde.

Si un resto de duda hubiera quedado al anciano, habria desaparecido al instante al ver sobre una mesa la pequeña cajita con incrustaciones de madre-perla que ya hemos mencionado en capítulos anteriores.

—Esta cajita, dijo don Samuel pasándosela a don Cornelio, es lo único que ha quedado aquí de ella.

El amante padre la recibió sin decir una palabra, i las lágrimas que a fuerza de valor habia ocultado, aparecieron nuevamente en sus pupilas.

Aquella cajita era un regalo que habia hecho a su hija en un dia mui lejano i feliz.

Matilde, con toda la alegria de la infancia, con esa locura encantadora de los primeros años, le habia pagado su obsequio con tantas i repetidas caricias, que el pobre padre recordaba ahora esos instantes como los mas felices de su vida.

A no contenerlo la presencia de don Samuel, habria besado aquella reliquia,—testimonio de una dicha que habia desaparecido para no volver.

Antes de salir de la pieza, miró detenida i dolorosamente los muebles, el lecho, todos los objetos que habia en ella, deseoso de encontrar algo que le hablase de su hija desgraciada: por un instante acarició en su mente la idea de que Matilde estaria allí, bajo los cobertores del lecho, i que de un momento a otro saldria para precipitarse en sus brazos. Pero este deseo, como tantos otros, no debia realizarse, i don Cornelio abandonó la casa sin mas de su hija que la hermosa cajita que él la habia regalado.

El padre Basilio lo acompañó hasta la puerta.

—¿Qué piensa hacer Vd. ahora, amigo mio? le preguntó.

—Voi a buscar a Edmundo, contestó el anciano. Es necesario que esto tenga un pronto término.

—¿I si no lo encuentra?

—Lo buscaré por todas partes.

—Debe haber tomado muchas precauciones para no ser hallado.

—Iré a Maipo, a casa de la nodriza de Matilde, i de ahí, si no lo encuentro, pasaré a la hacienda que él posee mas al sur.

—Temo que sus dilijencias, amigo mio, sean infructuosas.

—Si lo son, dijo don Cornelio, al menos habré ocupado el tiempo en algo. La inaccion me mataria.

—Por mi parte, replicó el padre Vivanco, yo no omitiré dilijencias con el mismo fin. ¡Valor i resignacion, amigo mio!

Don Cornelio dió órden al cochero para que lo condujera a casa de Edmundo.

Pero las puertas estaban cerradas i nadie acudió a los golpes que el anciano hizo dar en ellas.

Regresó a su casa e hizo llamar a Susana.

CAPITULO XXXII

Confidencias

«I dijo David a Nathán: Pequé contra el Señor. I Nathán respondió a David: El señor también ha trasladado tu pecado: no morirás.»
«La Sagrada Biblia —Los reyes, lib- II, cap- XII- v- 13-»

NTES de ver lo que habia sucedido a Edmundo en la bodega del fundo de las Higueras, narraremos al lector la conversacion que habia sostenido con Anjel, el jóven que acompañaba a Matilde en Maipo.

Como hemos dicho, Anjel invitó a Edmundo para ir a otras piezas mientras Matilde escribia a su hermana.

La noche habia cerrado por completo i la oscuridad era profunda.

Anjel marchó adelante para indicar a Edmundo el ca-

mino, i ámbos se dirijieron a un punto en que el follaje de grandes árboles hacia mas densa la oscuridad.

—Tómese Vd. de mi brazo, le dijo Anjel, pues las ramas de los árboles o la desigualdad del terreno podrian hacerle algun mal.

Edmundo obedeció, i marcharon en silencio hasta llegar a una pequeña choza enteramente cubierta por frondosos nogales.

Una vez allí, Anjel abrió una puertecita que estaba solo entornada, i entrando a la pieza encendió una vela de sebo.

El cuartito era pequeño, i su ajuar tan pobre i miserable, que mas bien no nos ocuparemos de él.

Anjel pareció asaltado por una súbita idea, pues apagó la luz con un soplo, i volviendo al lado de Edmundo:

—Si Vd. quiere, dijo, hablaremos aquí, en la oscuridad: hai confidencias que no pueden hacerse a la luz, i palabras que no pueden pronunciarse sino entre tinieblas. Aquí hai un banco; sentémonos en él.

—Para mí es casi penoso, le dijo Edmundo, que Vd. quiera hacerme depositario de sus secretos. ¿Por qué no ocupa Vd. mi amistad sin hacerme partícipe de la suya, hasta que me conozca, hasta que me haya hecho acreedor a ella?

—¡Nó! replicó Anjel. Ya he dicho a Vd. que lo conozco, que sé cuales son sus sentimientos. Ademas, desde el primer instante he sentido por Vd. una profunda simpatia, i el corazon me dice que con Vd. nada tengo que temer. Por otra parte, segun me ha dicho Matilde, Vd. pertene-

cerá bien pronto a su familia, i es necesario que sepa lo que ha acontecido en ella.

—Vd. se equivoca, le dijo Edmundo con cierto despecho; yo no podré pertenecer a la familia de los Valles.

—¿Acaso por la desgracia de Matilde? preguntó Anjel, alarmado.

—¡De ningun modo! Ya que Vd. tiene tanta confianza en mí, yo haria mui mal en no tenerla en Vd. Don Corneilio del Valle me niega la mano de su hija Susana por irrelijioso i hereje!

—¡Vd. irrelijioso i hereje! esclamó Anjel.

—Sí; me creen irrelijioso, replicó Edmundo, porque cuando veo que todo progresa, que todo marcha a la perfeccion i al engrandecimiento, quisiera tambien que nuestras creencias se modificaran, que nuestra doctrina se depurara, i que el hombre adquiriera—pues ya es tiempo—libertad para pensar, libertad para adorar a Dios!

—¡Pero no será solamente eso! le dijo Anjel. Vd. negará algunos dogmas, atacará a la iglesia o será sectario de otra doctrina.

—Eso es lo que siempre se cree, dijo Edmundo. Si uno ataca los abusos, se le dice que ataca los dogmas; si alza la voz contra el sacerdocio, se le dice que condena a la iglesia; i si investiga la verdad, se le llama un renegado, un hereje o un sectario de Lucifer. Pero dejemos esto: no puedo pensar en los males que se han causado a la relijion con el pretesto de engrandecerla, sin que mil reflexiones penosas asalten mi mente. Hablemos de Vds., si asi lo quiere: mas tarde tendrá Vd. tiempo de conocer cuales son mis ideas a este respecto.

—Sí, hablemos, murmuró Anjel; pero ántes le diré que yo tambien participo de alguna de sus ideas; i aunque no sé aun la estension que hayan abarcado sus raciocinios, por mi parte, i de un modo innato en mi corazon, han jerminado ciertas ideas que me ha sido imposible desterrar. Mas, no es esta ocasion para que hablemos de tal materia; otra vez, si tenemos tiempo, lo haremos. Por ahora, permítame preguntarle si ha renunciado Vd. definitivamente a la mano de la señorita Susana.

—Me han hecho renunciar, contestó Edmundo. Pero no hablaria a Vd. con franqueza, si no le dijese que alimento una vaga esperanza. Susana no es fanática: Susana participa de mis ideas; i aunque jamas me acordará su mano sin la voluntad de su padre, quédame la satisfaccion, al ménos, de que en el fondo de su alma, acepta i hace justicia a mi modo de pensar.

—Así, le dijo Anjel, su separacion de la casa tal vez no sea sino temporal.

—¡Solo Dios lo sabe! contestó Edmundo.

—¡Ah! cuánto siento ese contratiempo! murmuró Anjel como hablando consigo mismo. Vd. podria habernos hecho un inmenso bien, si le fuese posible hablar con don Cornelio i, sobre todo, con Susana.

—Puedo hacerlo si es necesario, contestó el jóven.

—¡Es mui difícil ahora! Para que Vd. nos favoreciese, o mas bien, para que favoreciese a Matilde, seria necesario que procediera con tino, que preparase el terreno en una o muchas visitas. ¡Ah! Vd. no sabe aun cuál es nuestra situacion!

—La adivino, dijo Edmundo, pensando evitar así a su interlocutor la vergüenza de una confidencia.

¿Me conoce Vd? Sabe Vd. quién soi? preguntó el jóven con voz anhelante.

—Nó, contestó Edmundo: ignoro quien sea Vd.

—¡Ah! esclamó el jóven sumamente decepcionado. Cuando Vd. sepa quién soi, cuando vea cuál es la mancha que he arrojado sobre la pura e inmaculada frente de esa niña, nos compadecerá, i quién sabe si llegará a odiarme i a maldecirme!

Edmundo habia pensado que aquel jóven seria tal vez un hijo de familia, pero luego, al oir la amargura con que se espresaba, i la importancia que daba a su falta, creyó que se encerraria algun misterio. ¿Cuál podia ser éste? Las mil conjeturas que en un corto instante concibió su imajinacion, le parecieron imposibles. Ahí no habia la simple union de dos jóvenes, uno de los cuales o los dos han burlado la vijilancia paterna: ahí, entre esos dos seres destinados a amarse, habia sin duda algun obstáculo insuperable, un imposible que los separaba eternamente. Para creer esto, Edmundo recordó que ni el uno ni el otro al hablar del porvenir, lo veian color de rosa. Al contrario, se hablaba de sacrificio, de expiacion, de martirio, de una vida entera consagrada a la lucha i a la abnegacion. ¿Por qué era esto, siendo jóvenes los dos, estando unidos? Estas i otras consideraciones, hechas con la rapidez del pensamiento, fueron causa de que Edmundo desease al fin conocer la verdadera situacion de los jóvenes.

—Vd. exajera, sin duda, le dijo a Anjel. Yo no comprendo la causa para que Vds. vean tan negro el porvenir.

—¡Ah! es que Vd. no sabe, replicó Anjel, que nosotros no podíamos, no debíamos habernos amado!

El rudo gañan, continuó, cuyo corazon apénas comprende el amor; el tigre, que ruje en el bosque i vive solo i aislado por sus instintos feroces; el pequeño insecto, que muere herido por nuestra planta, todos tienen derecho a apropiarse un corazon ajeno, dando el suyo en cambio; pero nosotros, hombres que por nuestra educacion, estamos llamados a saber mas que otro cualquiera lo que es el amor; hombres dotados como los demas, de un cuerpo i de un corazon con necesidades i aspiraciones, debemos ser maldecidos si la naturaleza nos vence en la lucha. ¡Ah! yo acato, caballero, los inescrustables juicios del Eterno; yo me humillo ante su sabiduría infinita! pero siento aquí, en lo íntimo del corazon, una voz que me dice que esa no ha sido su lei, ni que Él ha querido someter a tal prueba a sus criaturas! Si mi juicio es absurdo, si es fruto de mis pasiones rebeldes, pido a Dios me perdone; pero si es cierto que marchamos en el error, si el fruto que se cosecha fuera mas abundante destruyendo esa lei, yo le pido tambien que ilumine a los que la dictan, para que cuanto ántes se emprenda una reforma radical.

¿Necesitaré decir a Vd. ahora por qué vemos tan negro nuestro porvenir? ¡Pero aun es mas triste nuestra situacion!... Matilde debe ser madre!

—¡Ah! esclamó Edmundo con admiracion.

—Sí, agregó Anjel; i no seré yo, nó, quien vea a ese sér!..... Mañana u otro dia, esta noche talvez, seré sacado de aquí a viva fuerza, arrastrado a una prision i condenado a una cárcel, a un encierro terrible, donde no ten-

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

dré por compañeros a hombres criminales como yo, i que, como yo, expien una falta, sino a seres que maldecirán mi flaqueza, que me enrrostrarán con sarcasmos mi debilidad, i que dia a dia me señalarán con el dedo como a la causa única de cuantos males o contratiempos les sobrevengan. ¿Cuál será mi situacion cuando llegue ese momento? Cómo dejar aquí, sola, sin recurso alguno, a esa pobre niña? Quién la asistirá? Quién se condolerá de su triste estado?..... ¡Ah! I todo eso—se lo juro a Vd. por mi alma—todo eso, tan horrible, tan grave, que será el escándalo de cuantos lo sepan, todo mi crímen, en una palabra, no será—estoi seguro de ello—mas que una falta leve ante los ojos de Dios. Nó porque el hecho deje de ser un crímen, sino por la inconsciencia, por la falta de voluntad i—casi me atreveria a decir—por la inocencia con que fué llevado a término. A mas, sepa Vd., para que desde luego nos disculpe, para que desde ahora nos compadezca, que a pesar de hallarnos reunidos, a pesar de amarnos tanto cuanto pueden amarse dos corazones en que está intacta la vida, vivimos como hermanos; i desde ese instante brevísimo, fugaz como el rayo, que solo dejó en nosotros la impresion de un sueño, no hemos manchado nuestra alma ni con el mas leve soplo de impureza. Caimos como el ciego que no se apercibe del precipicio; como el niño que se envenena tomando una bebida que ha encontrado agradable a su paladar; pero aun a éste puede quedarle el recuerdo de haberla saboreado, miéntras que a nosotros solo nos queda el remordimiento en el corazon!

Anjel calló un instante: se conocia que el cáliz estaba

lleno de hiel. Pero luego, cambiando de tono i dando a su voz esa inflexion solemne i respetuosa del que con fé profunda se dirije al Eterno:

—¡Dios que oye mi voz i conoce mi conciencia, esclamó, recibirá mi sacrificio i las torturas que tengo que sufrir!... Miéntras tanto, agregó dirijiéndose a Edmundo, mis súplicas han sido oidas, i Vd., señor Cortés, llega para socorrernos. Mi vida i la de Matilde están en sus manos: de Vd. solo dependemos en lo sucesivo. Por ahora no me interrogue, no quiera saber mas; yo pondré en sus manos un pequeño cuaderno que le dará a conocer por completo nuestra situacion. Esas pájinas, escritas cuando principió a desaparecer la paz inefable que habia en mi corazon, estaban destinadas a no ser vistas mas que por Dios, ante el cual las escribí. Es mi vida a grandes rasgos; son mis remordimientos los que ahí he copiado. Conozca Vd. mi conciencia, mi modo de pensar, i si despues de esto me considera digno de su amistad, vuelva i tiéndame su mano; mas si no me cree acreedor a ella, no me niegue por esto su proteccion!

—No necesito saber mas que lo que Vd. me ha comunicado, respondió Edmundo, para ofrecerle mi amistad i mis servicios. Así, es inútil que Vd. me dé esos apuntes íntimos, en que el hombre suele fotografiar, si así puedo decir, los mas ocultos hechos de su vida.

—Quiero que Vd. los lea, dijo Anjel; ahí encontrará ideas que si las manifestara a otros, harian mi eterna desventura. Por otra parte.....

Anjel se interrumpió i guardó silencio un instante.

—¿Ha oido Vd.? preguntó.

—Sí, contestó Edmundo; he oido como si hubieran pisado la rama seca de un árbol.

—Lo mismo yo, dijo Anjel.

—¿Hai alguna persona que haya podido escucharnos? preguntó Edmundo.

—Solo una sirviente: vamos a las piezas de Matilde para ver si está ahí.

Los jóvenes se dirijeron a las otras habitaciones.

La sirviente—una rolliza i vieja campesina—tomaba *su* mate al lado de un brasero, en una pieza contigua a la de Matilde. Su tranquilidad revelaba que no se habia movido de aquel sitio.

Los jóvenes creyeron que el ruido seria producido por alguna rata o una ave nocturna, i no pensaron mas en ello.

Matilde habia concluido de escribir a su hermana, i Edmundo se dispuso a partir.

—Miéntras no acordemos, dijo a los jóvenes, lo que debemos hacer, ni don Cornelio ni nadie sabrá la residencia de Vds. Supongo que Vd., hermanita, no dirá a Susana dónde se encuentra.

—No solo le oculto eso, sino que le suplico no pregunte a Vd. nada, contestó la joven.

Edmundo partió prometiéndole volver apénas Susana contestase.

Anjel, por un olvido, no dió al jóven el librito que le habia dicho, i que, como hemos visto, Edmundo recibió despues junto con la carta que le entregó Nicolasa.

Daremos a continuacion lo que el cuaderno contenia.

CAPITULO XXXIII

Memorias de Anjel [1]

«*¿Qué es la teolojia?*»—Hai una ciencia que solo tiene por objeto cosas incomprensibles—Al reves de todas las otras, ella no se ocupa sino de lo que no puede caer bajo los sentidos- Hobbes la llama *el reinado de las tinieblas*- Es un pais en que todo sigue leyes opuestas a las que los hombres están en actitud de conocer en el mundo que habitan- En esta rejion maravillosa, la luz no es mas que tinieblas; la evidencia se hace dudosa o falsa; el imposible se hace creible; la razon es un guia infiel, i el buen sentido se cambia en delirio. Esta ciencia se llama *teolojia*, i esta teolojia es un insulto a la razon humana-»

«*El buen sentido del Cura Meslier.*»— Edicion hecha en Valparaiso por la imprenta de «El Deber», cap-, II. páj- 25-»

Por primera vez siento en mí un malestar profundo, i por primera vez, tambien, sorprendo a mi alma llena de vagas aspiraciones.

Al dar una mirada a mi pasado, tan tranquilo, tan fe-

---

(1) Nota—El presente ca pítulo no tiene relacion con la novela. Dirijido a presentar los abusos o defectos que ardientemente deseamos ver reformados, su objeto es que nazca en algunos, siquiera, el deseo de llevarlos a cabo.

liz, siento como un vago presentimiento de que no ha de ser lo mismo mi porvenir.

¿De qué nace este temor? es efecto de la edad i de que llego ya a esa hora de la vida en que otro espacio se abre a nuestras miradas, en que un nuevo horizonte se presenta a nuestra vista? He leido que tal sucede al hombre cuando pasa de la infancia a la pubertad, o de ésta a la juventud.

Pero he leido que su corazon se ensancha que su alma se dilata, que su vida se multiplica, i que allí donde posa su mirada, allí encuentra alegria, satisfaccion, placeres que hasta entónces no conocia. En mí sucede lo contrario; se diria que un negro crespon, envolviendo mi alma por completo, hace que todo aparezca luctuoso ante mi vista entristecida.

* * *

Hoi ha llegado a mis manos el libro que enseña a dirijir las almas de los hombres. Es un hermoso volúmen, i ha sido escrito por uno de los mas ilustres i venerados santos de la iglesia (1).

(1) La *Teolojía Moral* de San Alfonso María de Ligorio sirvió en Chile, hasta hace algunos años de texto de estudio en los seminarios i conventos, por ser una de las mas pulcras i severas. Hoi se estudia en el *Seminario Conciliar* la de Gury, que es, mas o ménos, un compendio de la de San Alfonso. Pero ya sea en ésta, escrita por un santo; ya en la de Gousset, reputado por un gran teólogo; ya en la de Gury, que es la adoptada, encontramos siempre los te-

Hace una hora que está sobre mi mesa, i aun no me atrevo a abrirlo. ¿Por qué? Hé aquí la razon:

Mi maestro, hombre venerable por sus años, su piedad i su ilustracion, me llamó hoi i me dijo:

—Hijo mio: ha llegado el momento en que es necesario te dediques al estudio de la teolojia para que completes tu aprendizaje i seas útil a tus hermanos. Al poner en tus manos el libro que ha de mostrarte a los hombres en su horrible desnudez, no cumpliria con un deber de padre—i de padre espiritual—si no te señalara los escollos en que puede chocar i aun naufragar tu corazon. A otros, hijo mio, solo les he recomendado cierta prudencia; pero a tí necesito decirte algo mas. Yo, que he sido tu padre espiritual, conozco tu alma mas que tú mismo; i aunque siempre he tratado de que conserves intacto el candor i la pureza de tu infancia, hoi—créemelo—desearia que supieses algo siquiera de lo que es la vida del hombre. Tú no conoces el mundo sino por los estudios de jeografia; i encerrado en este claustro desde la infancia, no has podido ni aun imajinarte el imperio que tienen las pasiones. La austeridad, la oracion a que te has inclinado, la ignorancia completa en que has vivido de todo lo que no sea el culto, los estudios, i el alabar a Dios, todo eso ha podido con-

---

rribles, los nauseabundos cuadros de la relajacion mas refinada;—cuadros que el jóven debe estudiar, debe contemplar, para saber distinguir el pecado grave o el leve.

Los que acusan de inmoral algunas obras, nombren alguna mas obscena, mas inmoral que el texto en que los sacerdotes estudian el modo de dirijir las conciencias!...

servar dormidas las naturales inclinaciones de tu corazon. Pero mientras mas tardio es el despertar, mas impetuosa es la corriente que nos arrastra a la perdicion. Créeme, hijo mio: si me fuera posible, jamas te permitiria poner los ojos en las pájinas que componen ese libro. Así, quien sabe si llegarias a la última hora, ignorante pero puro, i sin haber manchado con lodo las blancas alas del pudor. Al reves de lo que pasa en la familia, donde se deja que la práctica i el tiempo enseñen al hombre lo bajo, lo innoble i lo miserable, aqui se hace conocer por el estudio. Los primeros consiguen así ignorar, en muchos casos, lo que, sabiéndolo, habria sido un peligro para ellos; pero nosotros debemos saberlo todo, para poder escudriñar los pecados i desenterrar la mala semilla que la ignorancia, o la inocencia tal vez, han dejado jerminar en el corazon.

—Pero si lo han hecho inocentemente, le objeté yo, no han pecado.

—El que inocente peca, hijo mio, inocentemente se condena.

—¡Oh! esclamé yo, sin atreverme a rebatir esa máxima, que me pareció un absurdo.

—Sí, continuó mi maestro: Santa Teresa de Jesus, uno de los doctores que reconoce la iglesia, lo ha dicho i debemos creerlo. Así, hijo mio, ántes de leer esa obra, encomienda tu espíritu a Dios i pídele conserve tu pureza i te libre de la tentacion.

*
* *

Me levanto de la cama, donde he permanecido tres semanas. ¡Me dicen que he tenido delirios, que me han sangrado, que ha sido necesario atarme!

He estado loco.

Principiaré por anotar aquí, para que me sirva de un recuerdo eterno, lo que ha sido causa de mi enfermedad.

Deseoso de conservar intacta la pureza de mi alma, pedí a mi superior que, si no era contrario a la órden, me permitiese no estudiar la Teolojía moral.

—Padre Anjel, me dijo con severidad: es la primera vez que Vd, resiste las órdenes de sus superiores, i que viola, por tanto, nuestras constituciones. Vd. sabe que en nuestra órden se prescribe la obediencia absoluta, obediencia que no admite siquiera el que un inferior comente las órdenes que ha recibido de su superior (1). «Haced de

(1) «Su principal voto (de los jesuitas) es obedecer *per omnia in omnibus* a su jeneral i superior... Las palabras de este *cuarto voto* son estrañas i horribles, porque llegan a decir; —*In illo Christum velut præsentem agnoscant.* Si Jesucristo mandase que fuesen a matar, seria necesario hacerlo.» *Retrato de la Compañía de Jesus*, obra publicada en portugues en 1762, con licencia del Tribunal de la Inquisicion i del Ordinario de Lisboa. Véase la traduccion de José A Torres, páj. 33.

Reforzaremos mas aun nuestras citas sobre la obediencia ciega, absoluta, irreflexiva.

El padre Rivadeneira, dice: «Llámase *obediencia ciega* cuando el que obedece no usa de la luz de su propio entendimiento para examinar i juzgar si es bueno o malo, útil o inútil lo que se le manda, sino que con toda simplicidad i como a ciegas, se abraza con lo que le mandan i cree que es justo . »

En las constituciones, cap. I. 6.ª, núm. 1.º. San Ignacio dice; que

tu cuerpo un cadáver,» hé ahí la regla mas sábia de nuestro fundador, para mantener el prestijio i hacer grande nuestra órden. Gracias a esta lei, observada sin interrupcion por mas de tres siglos, nuestra sociedad ha podido subsistir, engrandeciéndose siempre, elevándose sobre las demas, a pesar de las persecuciones i de las envidias de que ha sido objeto.—*¡Tanquam ac cadaver!* no lo olvideis! Os dispenso de un castigo por vuestra desobediencia, solo por ser la primera vez que delinquis. Habeis sido hasta hoi un verdadero i buen jesuita; os he citado siempre cómo un modelo de mansedumbre entre vuestros hermanos, i lamento que ahora me deis esa prueba de que ya en vos principia a nacer el orgullo.

—Protesto a V. P., le dije, que solo me ha movido a hacer esta súplica el deseo de huir los peligros que un sacerdote encuentra en el confesonario.

—Tanto peor, padre Anjel: a vuestra desobediencia se une la cobardia. ¡Un sacerdote, un jesuita, sobre todo, huyendo del peligro! (1) ¡Privándose de ejercer la caridad, de

---

debe hacerse cuanto ordene el superior «figurándonos que lo que él mande, es Dios quien lo quiere i lo manda.»

Podríamos llenar muchas pájinas con citas sacadas de los Ejercicios espirituales, de las obras de Ravignan, etc., pero tememos cansar al lector.

(1) Hé aquí lo que encontramos en el MANUAL DE LOS CONFESORES, por J. Gaume, canónigo de la glesia de Nevers. Tercera edicion, hecha en Madrid en 1850. cap. II. tomo I, páj. 216, núm. 140: «Por otro lado ¿abandonareis este útil ministerio (el de confesor) por razones espirituales, es decir, por el temor de encargar vuestra conciencia i la de otros, so pretesto que no teneis las cua-

ser tal vez en alguna ocasion útil a la órden por medio del confesonario! ¿De dónde habeis sacado esos temores?

Yo guardé silencio un instante. Decir que habian nacido de los consejos de mi maestro, era comprometerlo; pero en aquel instante recordé que violaba nuestra constitucion si no lo delataba. Sus consejos habian sido paternales, eran en estremo inocentes i bondadosos; pero adolecian—solo en ese instante lo comprendí—de cierta rebelion, de cierta disconformidad entre su parecer i el aceptado en la órden. Tenia, pues, la obligacion de acusarlo, de poner en conocimiento de nuestro superior, no solo lo que me habia dicho, sino aun lo que yo habia creido comprender en en sus palabras.

Por primera vez, yo tambien, encontré algo de indignidad en aquella práctica. Hasta entónces habia delatado a mis compañeros de estudio, sin remordimiento, casi con alegria, porque estaba persuadido de que cumplia con una obligacion; pero ahora, tratándose de un maestro, de ese anciano a quien amaba i respetaba, estuve casi tentado a no cumplir con aquella imprescindible obligacion. No obstante, el poder de la costumbre el temor de pecar, pudieron mas que aquel respetuoso afecto, i narré al superior, punto por punto, la conversacion que habia tenido con mi maestro (1)

---

lidades requeridas i que habeis conocido que cometeis muchas faltas, o so color que este ministerio es un manantial de tentaciones para vos, o que os impide velar mejor por vos mismo?»

(1) En los arts: IX i X, tít, II, páj. 70 de las Constituciones, dice: «que todo jesuita debe alegrarse de que sus faltas i defectos, i

Lo hizo llamar i, a mi presencia, le dijo:

—Padre Cornejo: ¿Vd. encuentra peligrosa para un sacerdote la lectura de nuestra santa teolojía? Cree Vd. que sea un peligro el confesonario?

—Para una alma inmaculada, sí, R. P., contestó el anciano.

—Es decir que para Vd., para mí i para todos los sacerdotes que hemos estudiado ahí los crímenes de la humanidad, ¿no ha sido un peligro porque nuestras almas no eran inmaculadas?

—No he querido decir eso, R. P. Creo, o mas bien dicho temo que para el padre Anjel sea un peligro, porque la pureza de su corazon es infinita.

—¡Oh! qué temores, padre Cornejo, tan impropios de un maestro de teolojía! ¿Sabe Vd. por qué, a su edad, le asaltan esos temores? Porque las cenizas aun no apagadas de la juventud, de cuando en cuando se encienden i amenazan abrazarlo! El que ha dominado sus pasiones, el que ha sabido poner un freno de acero a su cuerpo rebelde i sensual, ese no teme caer ni tropezar en el mas pequeño escollo! Lamento que en una cabeza donde brillan las canas, haya todavia temores que apénas serian tolerables en la juventud! I sobre todo, lo que mas lamento, es que

---

en jeneral, cuanto se observe en él, sea revelado a sus superiores por el primero que le observe, i que todos deben vijilarse i delatarse recíprocamente.» *T. de Castilla.* PERSECUCIONES POLÍTICAS I RELIJIOSAS, t. IV, cap. IV, páj. 40, part. VII.

Cuando llegue el caso de hablar nuevamente sobre la delacion, daremos nuevas citas.

V. P. me dé motivos para reprenderlo i recordarle el respeto que debemos tener por todo lo que constituye nuestras leyes... Censurar la teolojía es censurar al santo que la escribió, a los papas que la han recomendado, i sobre todo, a nuestros jenerales que la han mandado adoptar sin quitarle ni añadirle una coma. Ese es demasiado orgullo, padre Cornejo, i para que Dios se lo perdone, Vd. confesará ahora, en el refectorio, su falta!—Valla Vd. con Dios!

El anciano salió humildemente de la celda, i esa misma tarde, de rodillas en medio del vasto refectorio, confesó en voz alta que habia pecado contra la humildad i murmurado contra las prácticas de la órden.

—Vd., padre Anjel, agregó el provincial, principie sus estudios; i si su corazon se subleva, será porque aun no ha sabido dominarlo! Hago una escepcion en no imponer a Vd. un castigo por su desobediencia, teniendo en vista que es la primera vez que delinque. Pero en lo sucesivo, recuerde Vd. que en nuestra órden nadie se pertenece así mismo i que no ha de tener mas voluntad que la de sus superiores! Cuando Vd. sea como la blanda cera, que se amolda sin esfuerzo a las menores formas que se le imprimen, entónces i solo entónces habrá llegado al grado de perfeccion a que deben llegar todos los relijiosos de nuestra sociedad! *¡Tanquan ac cadaver!* «Haced de tu cuerpo un cadáver!» Un cadáver inerte, frio, sin voluntad, muerto para el mundo, para la sociedad i para sí mismo, pero nó para la Compañía ni para obedecer las órdenes de nuestro jeneral o de los superiores que lo representan.—Vaya Vd. con Dios, padre Anjel, i que no tenga yo el

sentimiento de tenerle que recordar la santa obediencia!

Salí de la celda con el corazon oprimido, creyendo en lo íntimo de mi alma no haber incurrido en una falta al solicitar humildemente que se me permitiera no dedicarme a un ministerio que temia fuese perjudicial a mi alma; pero el superior me decia que habia faltado, i yo debia creerle, pues él debia conocer mejor que yo mismo los sentimientos mas secretos del corazon. ¡Se me ordenaba que estudiase, porque ello convenia a la órden! Tenian justicia: ántes que en mi salvacion, debia pensar en el engrandecimiento de la sociedad! Pero aunque creí justo esto, no pude apartar de mi conciencia algo como un remordimiento por haber sido la causa de la humillacion de ese pobre anciano, que al mostrarme los peligros que habia para mi alma en el conocimiento de lo que ojalá siempre hubiera ignorado, no hacia mas que ceder al cariño paternal que yo le inspiraba. Durante mucho tiempo, temeroso de ser la causa de un mal parecido para alguno de nuestros hermanos, no hablé con nadie, no levanté la vista del suelo a fin de no ver ni oir algo que me hallara en la obligacion de comunicar a nuestro superior. No obstante, yo habia sido mil veces agasajado por ser uno de los mas estrictos en el cumplimiento de esta regla! Mis ojos i mis oidos habian sido hasta entónces los mas severos vijilantes de mis hermanos!

Se me habia repetido sin cesar que esa era la prueba mas brillante que podia dar del amor a la órden!

Abrí, por fin, el libro que tanto ansiaba recorrer i cuyas pájinas en aquel momento me hacian temblar! El prólogo no hizo mas que aumentar mis temores. El santo

probaba la necesidad de que un sacerdote viera con claridad en ese abismo de relajacion, i sostenia que aunque el pudor se alarmara, era necesario descender a ese lodazal por amor a Dios i a sus criaturas!

Las primeras pájinas no tenian nada de alarmante. Recorriendo los preceptos del decálogo, el santo autor, con una esperiencia admirable, enumera, comenta, raciocina sobre todos los crímenes, sobre todas las culpas, dando reglas infalibles para que el confesor distinga la culpa grave de la leve. Lo que causó una verdadera admiracion en mí, fué el encontrar a cada paso una serie de consejos, de máximas i de ejemplos que el confesor debia emplear para esclarecer, para arrancar al penitente una confesion completa i circunstanciada de su culpa.

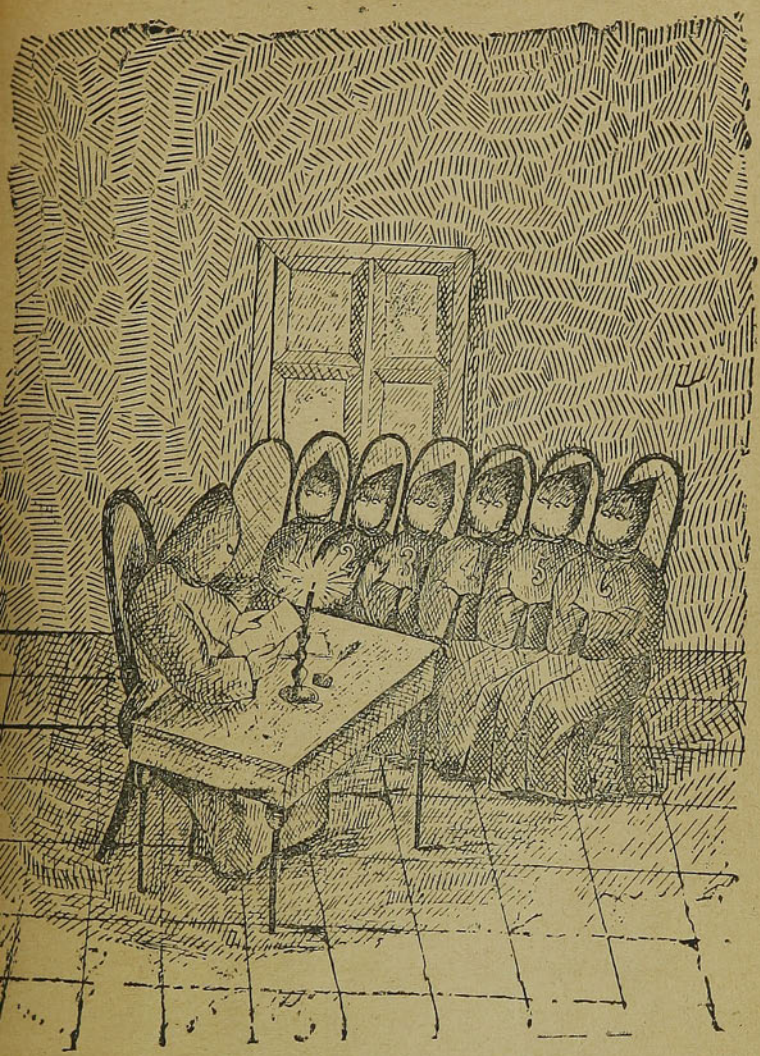
¡Esto era enteramente nuevo para mí! Yo, en mi inesperiencia, me habia formado la idea de que cuando llegase a mis plantas un hombre cargado con un pesado fardo de culpas, no aumentaria su peso obligándole a una esplicacion vergonzosa; i, por el contrario, trataria de hacerle liviana i sencilla su confesion, mostrándome ajeno a la curiosidad e indiferente para escrutar, para descubrir las circunstancias, ordinariamente ruborosas, que anteceden o preceden al crímen! Pero nó: estaba engañado! El sacerdote como el médico, provisto de sus armas, es necesario que abra, que rejistre, que sonde la herida, aun cuando ésta mane sangre, aun cuando el paciente dé gritos de dolor! ¿Será esto a fin de que el penitente se acuerde cuán cara le ha costado su falta i esto le sirva de esperiencia para no caer? Creo que nó: el hombre cae en sus imperfecciones arrastrado a menudo por cierta fatalidad; i si en

vez de darle un báculo para que se apoye i levante, se le pone, por el contrario, un obstáculo, permanecerá en el lodo i se encenagará en él!

La lectura de la Teolojía moral produjo en mí una especie de vértigo, como el que, colocado en una pendiente, anda al principio, corre en seguida, salta i se precipita despues. Leí, leí con empeño, con obstinacion, con creciente avidez. Cada línea, cada pájina, cada capítulo, levantaba en mí ideas desconocidas, deseos estraños, pensamientos que destruian mi tranquilidad i disipaban mi inocencia, como se disipa la débil nubecilla al soplo del vendaval.

¡Honradez, virtud, inocencia! yo que os creia tan comunes en la humanidad, ¿es cierto que apénas existis? Por qué se repiten tan a menudo frases como estas: Tal vicio, tal pasion es mas comun de lo que se cree? Por qué se nos ordena sondear esas almas cuya pureza se refleja en la limpieza de la mirada, en el purpurino color de las mejillas, en el sonrosado tinte de los labios? Es necesario, es justo, es santo, que llevemos hasta ahí, hasta el fondo de muchos corazones inocentes, una mirada indagatoria, que si a un sér puede instruir en el conocimiento de un vicio, a mil otros solo servirá de advertencia, de peligro para su candor?

Mi corazon estaba hasta entónces completamente dormido: mis pasiones, esos ímpetus de la carne que trastornan el cerebro i embriagan los sentidos, permanecian calladas i tranquilas como el lago rodeado de un muro que lo favorece del huracan. El muro que me protejia era mi inocencia inmaculada, mi ignorancia completa de lo que consti-



Inmóviles, sentados i con los brazos cruzados sobre el
echo.....

tuia la union de los séres. Tal o cual vaga nocion de lo que era la mujer, tal o cual idea incierta de las funciones de la reproduccion, no habian sido bastantes para turbar la calma de mi espíritu i abrirme de par en par las puertas de la vida.

¡La Teolojía moral en su sesto i nono mandamiento, vino a ser para mí la luz! ¿Confesaré aquí, en estas memorias destinadas a servirme de recuerdo i remordimiento, lo que sentí, lo que sufrí con tal lectura? Sí, debo anotarlo: consecuencia de mis pasiones indomadas, como lo cree nuestro provincial, o aspiracion que se desenvolvió en mi sér al contacto de la edad i del conocimiento de lo que ignoraba, mi despertar fué terrible.

Era la tarde cuando llegué a esas pájinas reveladoras de cuanto crímen puede concebir la imajinacion mas depravada, i sin acordarme del tiempo, de la asistencia al refectorio, de las obligaciones impuestas por nuestro reglamento, leí con insistencia, sin descanso, devorando aquellas pájinas como el hambriento devora un trozo de pan. Mil palabras cuyo significado no conocia, pero cuyo alcance adivinaba; mil frases que me mostraban los trasportes, las embriagueces a que conducia el amor, sublevaron en mí tales deseos, que creí volverme loco o que mi corazon i mis sienes iban a estallar.

Con la mente estraviada, las mejillas ardorosas, el paladar seco i ardiente, temblándome las manos, latiéndome el corazon, corrí de un lado a otro de mi pieza, buscando aquí i allá, en mis recuerdos de infancia, en mis emociones de adolescente, una forma definida, un cuadro natural

de eso..... de eso que conocia ahora por lúbricas i clarísimas descripciones. No hallando nada que saciase mi curiosidad, pasaron vagos, informes ante mi vista, mil i un cuadro voluptuosos, mil i una historia de amor i desenfreno, de esas que habia leido casi sin comprender, en los libros santos que adornaban mi modesta biblioteca. *El cantar de los cantares* en la santa Biblia (1); la casta Susana

---

(1) Como tal vez haya quien dude que en la sagrada Biblia se encuentren pájinas que pueden ser un peligro para la inocencia, vamos a reproducir aquí algunos de los versículos de que se compone EL CANTAR DE LOS CANTARES, que segun la interpretacion de los teólogos, es un símbolo de los amores entre Jesucristo i la Iglesia.

Advertimos para tranquilidad de los timoratos, que copiamos estas líneas de LA BIBLIA VULGATA LATINA, «traducida i anotada conforme al sentido de los santos padres i expositores católicos, por el ilustrísimo señor don Felipe Scio de San Miguel».—fuente la mas pura i única que la iglesia acepta, i de la cual no es permitido quitar ni una coma. Veamos en el tomo III, páj. 675, cap. I:

«I. Béseme él con el beso de su boca, porque mejores son tus pechos que el vino.»

¡Pero nó, no continuemos! Por puros i santos que sean estos *cantares*, nuestra pluma se ha detenido, tal vez porque, habituada a lo ruin, no puede trazar lo elevado!

Hemos leido, tal vez por la vijésima vez, las 38 planas que componen esos cantares: hemos leido lenta i desapasionadamente sus versículos i sus notas, i por la centésima vez nos hemos preguntado, si es nuestra insuficiencia lo que no nos hace encontrar nada de divino en esas líneas tan humanas.

Como siempre, la voz íntima de la conciencia nos ha dicho: Ahí, como en muchas otras cosas, la mano del hombre ha empequeñecido lo grande; la intervencion de las pasiones ha destruido lo divino; i de lo sublime, de lo escelso de lo infinito, ha hecho lo mísero, lo humano i lo limitado.

defendiendo su honor (1); Tamar ultrajada por su hermano (2); David el santo seduciendo a Betsabé (3); Absalon manchando con oprobio eterno, en una plaza pública, a las diez mujeres de su padre David (4): estas i otras muchas historias que ántes habia leido casi sin comprender, tuvieron entónces para mí todo el interes que inspira el ver retratada una escena que nos es conocida.

Será imposible que describa el trastorno, la locura, si así puedo llamarla, que se apoderó de mí. Subyugado el pensamiento por ideas voluptuosas, cada sentido reclama su goce en el festin de la naturaleza cuando ésta cede a la imperiosa necesidad de la reproduccion.

Como un avaro que busca, que escarba, que remueve la tierra donde cree hallar un tesoro, así yo hojeé mis libros en busca de un vergonzoso alimento para mis pasiones sobre escitadas. ¡Queria apagar el fuego de mis venas dándole mas pábulo con mis ojos!..... Queria salvarme de un peligro agregándole un nuevo obstáculo!.....

---

(1) Como estas historias se hacen un poco cansadas en la Biblia i pueden leerse mas fácilmente en otros lugares, indicaremos al lector una de las mejores fuentes. Véase la Historia de Susana, en el COMPENDIO DE LA HISTORIA DE LA RELIJION, sacado de los libros santos, por el licenciado don Santiago José García Mazo, edicion de 1852, Paris, pajs. 50 i siguientes del tomo II.

(2) La misma historia, tomo I, páj. 377 i siguientes.

(3) Id. id id. I. páj. 369 i siguientes.

(4) Id. id id. I, páj. 388 i siguientes.

Como la Biblia, esta historia es la mas fiel i la mejor aceptada por la Iglesia. En su carátula dice: «Para leer desde la niñez hasta la vejez»

¡El autor de estas pájinas no la dará a leer a sus hijas!

Tal fué lo que en mi demencia, en mi sed de hartarme por un momento con ese manjar prohibido, me arrastró hasta dar una mirada profana i avara a esa Eva llena de seduccion en su desnudez, que la Biblia ostenta en su primera pájina como para advertir a los lectores que ahí, en ese libro santo, hasta lo mas impuro se purifica (1).

Talvez sea así; pero en una naturaleza ardiente, basta una chispa para producir el incendio; i la chispa que hai ahí, es una mujer bella en sus formas, hechicera en su actitud, i que con la mayor inocencia (tal vez por no haber pecado), muestra dos senos intactos i vigorosos suspendidos a su pecho, como muestra el limonero suspendido entre sus hojas su dorado i sabroso fruto.

---

(1) De las 40 láminas que adornan la edicion citada, mas de 10 podria echar al fuego una persona timorata si no las viese colocadas en la Biblia.

Los hombres de conciencia, los que no ceden a las influencias del fanatismo, confesarán con nosotros la verdad de estas reflexiones. ¿Quién no ha visto en las iglesias, ora esos querubines semidesnudos, ora esas imájenes cuyos trajes, cuyos semblantes, o espresion deleitan los sentidos?

A los que nos censuren porque hemos llevado nuestras miradas a estos defectos, a estos vicios, vicios nacidos del deseo de atraer la devocion i de engrandecer el culto, les repetiremos que no confundan nuestros propósitos ni traten de disfrazar nuestras intenciones. Atacamos todo lo que en nuestra conciencia creemos malo, pernicioso o inútil: atacamos lo superfluo, lo que está tan distante de las doctrinas de Jesucristo, que si se comparan con imparcialidad muchas de las practicas de hoi con las que él instituyó, se verian enteramente cambiadas o destruidas. Una vez por todas repetiremos: respetamos la doctrina, pero no los abusos.

La inocente niña que ve levantarse en su pecho albas eminencias—indicio inequívoco del importante rol que le depara la naturaleza,—¿no sentirá, como yo a la vista de Eva, el deseo de ser estrechada por los brazos desnudos i vigorosos de Adan?

¡Muchas i muchos habran bebido en esa fuente santa el primer sorbo de veneno para el corazon! Muchos i muchas, arrastradas, como yo, por el vértigo de un deseo indomable, habrán cojido allí el primer manojo de esa yerba que destila bálsamo para unos i tósigo para los demas!..... ¿Qué importa? Los cuadros profanos, las narraciones o historias que tengan un viso de inmoralidad, se han condenado i se condenan, con mucha razon, como obras perjudiciales al pudor; pero ahí, en la obra inspirada por Dios, se aceptan i toleran las historias vergonzosas, como se toleran i se aceptan en el templo de Dios mil imájenes que pueden servir de tentacion.

*
* *

Por mi parte, i a la lectura de la Teolojía moral i de otras obras para dirijir las conciencias, debí, no solo perder para siempre la virjinidad del alma, sino tambien el que se exacerbaran a tal punto mis pasiones en aquella noche horrible, que perdí la cabeza i mi cerebro se trastornó (1).

---

(1) Al hablar de esta materia, habiamos pensado probar con numerosísimas citas, que estamos mui léjos de aproximarnos a la realidad, cuando manifestamos el lodo que cubre las pájinas de los libros de moral; pero hemos retrocedido horrorizados al recorrerlas, i

Al dia siguiente me encontraron tirado en la cama, con la saya desgarrada, la ropa del lecho en desórden, la mirada ardiente i estraviada, i preso de la mas voraz calentura i de un obstinado delirio. Yo nada sé: estuve verdaderamente loco.

Solo ahora despues, analizando lo que he sentido en esos dias, puedo darme cuenta de la terrible lucha que sostuvo mi conciencia con la atraccion que me arrastraba hácia las pasiones. En esa lucha, mi corazon ha esperimentado todos los delirios, todos los ímpetus, todos los desfallecimientos que siguen o preceden a un amor estraordinario. Llámolo *estraordinario*, porque solo yo i los que, como yo, se encuentran ligados por un voto, pueden sentirlo igual. Amor que jermina, que hierve en el pecho

---

solo insinuaremos aquí los títulos de algunas de las obras que hemos consultado, por si el lector quiere conocerlas.

Una de ellas es el DIRECTORIO MORAL, del R. P. Fr. Francisco Echarri, de la órden de San Francisco, obra en dos tomos, edicion de 1805. En el 1.º se trata desde la páj. 439 hasta la 498, del sacramento del matrimonio; i desde la pájina 310 hasta la 341, del *Confesor solicitante*, la mayor parte de lo cual está en latin, «por no ofender, dice, los oidos del casto lector.» Luego los hombres a quiénes está destinado ese libro ¿no son castos? En el 2.º tomo, desde la páj. 125 hasta la 143, se habla del 6.º precepto del decálogo, i se recorre la escala de los crímenes desde el pensamiento impuro hasta el pecado íncubo.

Otra obra de moral que hemos leido, es DOCTRINAS PRÁCTICAS, por él V. P. Pedro de Calatayud, jesuita. La edicion que poseemos consta de 8 tomos en 4.º mayor, impresa en Madrid en 1797. La vida del autor ocupa 48 pájinas, i toda ella es un tejido de portentosos milagros i de innumerables conversiones. A mas de hablar estensamente sobre las mismas materias que trata Echarrí, se es-

sin encontrar el objeto a que se dedica; amor que perturba la razon i enardece la sangre, pero que comprende no puede ser ofrecido ni aceptado; amor que se manifiesta melancólico i resignado un momento, triste i fastidioso en otros, i desesperante i amargo en los mas. Amor que si se vence, que si se despoja de toda idea mundanal, sube al cielo como la negra nube que lleva en su seno el rayo que pronto ha de estallar. Sí, porque cuando el espíritu no encuentra las emociones que la naturaleza le ha im-

---

tiende largamente sobre el demonio íncubo: i en el tit. 3.º coloca gran número de proposiciones que resuelve con la mayor seriedad. Mas divertido, por cuanto no es tan inmoral, es el tomo 2.º, en el tratado VII, en que habla de las brujas que vuelan untándose varias partes del cuerpo, que el autor, con gran seriedad, tambien enumera. En el tomo V vuelve aun a tratar estas vergonzosas materias, i en la páj. 170 dice: «Yo no podré hablaros ni sanaros del vicio de la lujuria, si no es que esta lengua en que descansa cada dia el cuerpo del Señor; i con que os anuncio su lei, la manche en cierto modo refiriendo vuestras torpes aficiones.»—Esto es demasiado elocuente para que nosotros agreguemos una palabra mas.

A fin de no estendernos en esta nota, solo agregaremos el Manual de los Confesores, en 2 yolúmenes, por J. Gaume, canónigo, edicion de 1850 hecha en Madrid, i que como las anteriores, brilla por su *pulcritud i honestidad*.

Por fin, si algun sacerdote lee estas líneas i quiere hacerse de un libro útil i sin el veneno de los otros que hemos mencionado, busque el Director de las almas por el V. P. Pedro Juan Pinamonti de la Compañia de Jesus. Esta obrita, aunque pequeña, tal vez le sea mas útil que las otras, como tambien puede serle el Tratado Theolojico Mistico-Moral, en que se esplica la bula de Benedicto XIV, sobre el confesor estraordinario de las monjas, impreso en Madrid, 1789.

puesto como necesarias, busca en Dios, en la contemplacion, en la penitencia, goces que solo por un instante pueden entretenerlo, pero que bien pronto se tornan insípidos, monótonos i abrumadores.

I bien! yo he probado i pruebo aun un vacío inmenso en el alma, i cuando trato de apartar las imájenes que asaltan mi mente, las ahuyento, es verdad, pero siento el corazon tan aflijido cual lo siente el viajero que solo por un deber se aparta de la patria querida!

CAPITULO XXXIV

Unos censuran lo que otros aplauden

Las memorias de Anjel continuaban así:

*
* *

Una nueva vida fué la mia desde el momento en que huyeron para siempre la virjinidad i pureza de mi alma. Hasta entónces mi existencia habia sido el pequeño arroyuelo que se desliza suave i tranquilamente en un lecho de menuda arena; pero desde ese dia fué el torrente que choca contra un dique, el huracan que se estrella contra una montaña de granito, la ola que ataca una peña jigan-

tesca que detiene su impulso... Mis primeros años fueron el sueño tranquilo del niño, la sonrisa inefable de la madre, i los que siguieron debian parecerse al sueño del guerrero que duerme con el arma al brazo, temeroso de ver ante sí al enemigo. Sí, como el guerrero victorioso que dia a dia conquista una bandera, un palmo de terreno, una nueva victoria, pero que teme en una hora, en un minuto de descuido, perder cuanto ha ganado en largos dias de combate i de lucha!

La naturaleza se rinde al fin a la voluntad; pero su rendimiento es como el del leon que no ha podido destrozar la jaula que le aprisiona: inclina la cabeza resignado, pero no vencido; así como la naturaleza se duerme fatigada, pero nunca destruida.

A la lucha constante, encarnizada, sucedió el combate lento, intermitente, cual los fuegos de una nave que ve escasear sus municiones. I a este combate débil siguió el silencio, la quietud, la muerte.

¿Habia vencido mis pasiones? Habia matado en mí al hombre para que solo viviera en mí el espíritu? Tal lo creí yo al ménos.

No obstante, sentí que mi existencia languidecia i que en mi alma resonaba a toda hora un canto lúgubre i triste como el plañir de las campanas en un dia de luto universal.

—Yo conquisto el cielo, me decia: yo cumplo mi mision, yo tendré un premio; ¿qué mas quiero?

I me parecia ver un arbolillo plantado en el desierto, que a pesar de mil cuidados, marchitábase, entristecía i moria.

—¿Por qué mueres? le preguntaba. ¿No tienes agua que humedece tus raices, tierra que robustece tu tronco, rayos de sol que dan vida a tus hojas?

—Sí, me contestaba. ¡Pero estoi solo!... ¿Quién se acojerá bajo mi sombra? quién cojerá mi fruto?.... ¡Mas vale morir!...

I yo asemejaba mi vida a ese arbolillo, i por mas que me decia: yo predicaré, yo confesaré, yo convertiré, yo seré útil a mis hermanos, una voz secreta parecia decirme:

—¡Eso es poco!...

Por fin, mi decaimiento tuvo un término, i las emociones que vagaban en torno de mi corazon, se fijaron en un objeto.

Entre los libros místicos que leí, ninguno agradó mas a mi imajinacion desfallecida, que LAS GLORIAS DE MARIA, escritas por San Alfonso Maria de Ligorio.

El amor de Maria—de esa mujer sublime que llevó en su seno a todo un Dios; de esa reina de cielos i tierra que con su presencia alegra a la misma Trinidad; de esa vírjen pura i sin mancilla, simbolo de toda virtud, ejemplo de toda santidad, modelo de toda perfeccion, ánjel de paz que aplaca las iras del «tremendo juez,» madre cariñosa que acoje al desgraciado; sér, en fin, que reune en sí tantas i tantas perfecciones, que mas de un devoto la ha colocado mas alta que el mismo Dios (1);—el amor de Maria, repito, no tardó en ocupar por completo mi corazon.

---

(1) En la obra ya mencionada, encontramos mil ejemplos en que se dice que sin la devocion de Maria, no puede haber salvacion; i aparte de muchos otros puntos, solo citaremos los *ejemplos* de las

Aquel amor llenaba en cierto modo todas mis aspiraciones, i la lectura de ese libro encendió mi alma en deseos vehementísimos de conservar sin mancilla el corazon donde estaba grabada la imájen de esa mujer, mas bella i hermosa que el sol, i cuyas perfecciones físicas i morales soprepujaban al sueño de todo poeta, a las imájenes mas acabadas que podia concebir un idealista.

La descripcion de tantas maravillas, la repeticion de tantos coloquios, la enumeracion demasiado mundana de tantas gracias, de tantos encantos, de tantas seducciones como reunia la madre del Salvador, formaron en mi corazon un amor semi-relijioso, semi-mundano, lleno de trasportes i de ilusiones (1).

Ocupado de esa manera mi espíritu, me sentí feliz.

En estas circunstancias, fuí uno de los elejidos para ve-

---

pájinas 125 i 148 de la edicion de Paris de 1850, en que se manifiesta que un jóven i un salteador que al hacer pacto con el diablo, renegaron de Jesucristo i de los sacramentos, mas no de María, ésta los salvó devolviendo a uno sus riquezas i tomando al otro de un brazo cuando lo llevaban al patíbulo, por lo cuál se le concedió la vida i la libertad.

De lamentar es tambien que en esta obra se hayan colocado tantos ejemplos inmorales, pues su lectura puede ser peligrosa para una tierna e inocente doncella.

(1) Hé aquí lo que se lee en la pájina 518 i siguientes... «Si se pone a miraros vuestro devoto hijo Alberto Magno, le parece que todas las gracias i todas las dotes, que se hallan en las mas célebres matronas de la antigua lei, fueron todas i con mayor ventaja en voz reunidas: la boca de oro, de oro de Sara, que, con vuestra sonrisa dais la alegria al cielo i a la tierra. el tierno i dulce mirar de la fecunda Lia, con el cual ablandó Dios el endurecido pecho: el

nir a Chile, pais que mil veces habia deseado conocer: tanto oia hablar de su clima benéfico, de la riqueza de su

---

rostro brillante de la bellísima Raquel. oscureciendo el sol con vuestra hermosura: la gracia i el donaire de la discreta Abigail, con el que desarmais la cólera de Dios irritado: la vivacidad i la fortaleza de la valerosa Judith, que con vuestra grandeza i vuestras gracias avasallais suavemente las almas mas fieras e indómitas.—En fin, soberana princesa, del océano inmenso de vuestra hermosura, salieron como rios la belleza i la gracia de todas las criaturas. El mar aprendió á eslabonar sus ondas i ondular sus móviles i puros cristales, de los cabellos de oro de vuestra cabeza, que vagos i rizados os ondean sobre las espaldas i el ebúrneo cuello. Las fuentes cristalinas i sus límpidos lagos aprendieron su bello reposo de la serenidad de vuestra frente, i de vuestro plácido semblante. El íris, cuando está en lo mas vivo de sus colores, tomó con gran cuidado de vuestras cejas su gracioso i arqueado brillo para despedir mejor los dardos de su bellísima lumbre. La estrella Diana i el jentil Héspero son centellas de vuestros brillantes ojos Los almos lirios i las rosas purpúreas robaron sus colores de vuestras mejillas. La púrpura i el coral suspiraron de envidia por vuestros labios. La leche mas sabrosa i la miel mas suave fluyen destiladas de vuestra dulcísima boca. El jazmin oloroso i la fragante rosa de Damasco robaron de vuestro aliento sus olores. El cedro mas elevado i el mas bello i derecho cipres se tiene por feliz cuando puede retratar vuestro enhiesto i elevado cuello; i la palma, envidiosa de vuestro esbelto talle, procuró imitarlo.» —¡Basta!

El novelista para hacer seductora una de sus heroínas, el escultor para grabar en el mármol la imájen que vaga en su mente, el pintor para copiar en la tela la sílfide que turba su sueño, ya saben donde pueden inspirárse. Si necesitan una imájen mas acabada, una descripcion mas atrevida, ocurran al CANTAR DE LOS CANTARES de la sagrada Biblia, única parte donde se ha tocado con la pluma lo que el escritor mas libre no ha osado ni mencionar.

suelo i, sobre todo, de los bienes que reportaria nuestra órden si fuera admitida en él.

Yo, como padre jóven, no iniciado aun en los altos secretos de la compañia, no he conocido la mision de que venia encargado nuestro superior. Lo que si he podido penetrar es que él debe realizar grandes empresas concernientes al bien de la órden en el presente i en el porvenir.

Se nos dió por superior al padre Basilio Vivanco, hombre de gran talento, irreprochable por su virtud i con un carácter propio para atraerse todas las simpatias. En la edad en que el descanso se hace una necesidad, es activo, laborioso, infatigable, i se diria que tiene el don de doble vista, pues todo lo prevé, todo lo adivina i está en todas partes a la vez, llenando esta falta, oponiendo esa valla al mal, o conquistando aquel dificultoso bien. Orador inmejorable, sabe hablar al pueblo en su dialecto, al noble en su estilo i a las mujeres al corazon. Celosísimo de la órden, tiene la ambicion de engrandecerla, de hacer que sea en todas partes la primera i que ofusque a todas las demas. Esta ambicion, temo mucho sea la causa de que no consiga su intento, pues su fanatismo puede conducirlo a los exajerados hechos que mas de una vez hemos tenido que lamentar.

* * *

Siendo inútil apuntar en estas pájinas lo que no se relaciona íntimamente con mis sucesos futuros, dejo a la memoria el recuerdo de mis goces durante el viaje.

Llegados a la capital de Chile, desde el primer dia pude comprender cuanta justicia tenian mis superiores para desear establecerse en ella. Las demostraciones de ardiente simpatía que recibimos de la aristocracia; la acojida benévola i entusiasta de que fuimos objeto; las comodidades, obsequios i atenciones con que se nos rodeó desde el instante en que pisamos este suelo bendecido por Dios, son augurios consoladores i que prometen un brillante porvenir a nuestra órden.

Yo—el mas jóven de todos mis compañeros, aunque privado por esto de los cargos confiados a la esperiencia que proporciona la edad—fuí comisionado el primero para hablar en público. Se me dieron ocho dias i la materia del discurso, que debia versar sobre la *necesidad de mantener el esplendor de la relijion.*

En ocho dias no tenia tiempo ni aun para escribir lo necesario; así es que me limité a trazar lijeros apuntes que me sirvieran de guia en mi improvisacion. Mi superior, aunque temeroso de que la falta de costumbre fuera motivo de un fracaso, me concedió licencia, despues de leer mis apuntes, para que fuera al púlpito. Era aquel un compromiso que habia contraido mi superior, obligado por ciertas consideraciones; i al elejirme para cumplirlo, habia tenido en vista que, como el mas jóven de todos, tendria mas facilidad, en aquel corto plazo, para aprender mi recitacion.

Para disculpar de antemano mis faltas, se hizo conocer que el discurso seria improvisado, lo cual sirvió para aumentar mas la curiosidad i el deseo de conocer al sacerdo-

te recien llegado que se estrenaba de aquella manera tan atrevida.

Habia instantes en que un vago terror me aflijia, pues al querrer coordinar mis pensamientos en un discurso seguido i ordenado, huian de mi mente aun los trozos que sabia de memoria. No obstante, cierta confianza en mi mismo me hacia, en otras ocasiones, esperar con ansias el dia en que, por primera vez, iba a probar las emociones de hablar ante un público que debia censurar o aplaudir en silencio.

Llegó, por fin, el deseado i temido momento. La iglesia era estrecha para contener la jente, i el llegar al púlpito, despues de recibir la bendicion del que oficiaba la misa, que era mi provincial, fué motivo de un largo i penoso trabajo.

Los murmullos que recojian mis oidos al pasar por entre aquella multitud de mantones i basquiñas saturados con variados perfumes; las miradas que chocaban con la mia al solicitar un pequeño espacio para colocar mi pié; el calor sofocante que reinaba en el templo, debido a la inmensa cantidad de luces i a la acumulacion de tantas personas; la atmósfera pesada, enervadora, que se respiraba en aquel recinto, lleno del humo del incienso i de las exhalaciones de esas mil esencias con que la mujer surte su tocador; todo esto, i algo que no sé definir, me impresionó de tal modo, que al llegar al púlpito, me sentí desfallecido. A ser posible, habria apartado de mí ese momento supremo; pero ya no era tiempo de volver atras, i subí la escala temblando i conmovido.

Desde el momento en que me levanté para dar princi-

pio al sermon; desde que vi fijos en mí millares de ojos cuya brillantez revelaba la impaciencia i la curiosidad; desde que se apagó como por encanto el ruido confuso que reina siempre donde hai una multitud; desde, que en fin, fué necesario pronunciar la primera palabra, yo no supe lo que pasó por mí. Sé que hablé durante media hora sin turbarme i sin tropiezo; se que olvidé completamente lo poco que habia estudiado de memoria, i que apartándome del asunto que se me habia indicado, me lancé tras las ideas que en ese instante vinieron a mi imajinacion; pero si al concluir, se me hubiera pedido que repitiera una sola frase, me habria sido imposible hacerlo.

Al salir de la iglesia, recibí mil felicitaciones que hicieron calmar mis temores; pero una hora despues, tuve que comparecer ante el provincial, el cual con dureza i sumamente airado, me dijo:

—¿Qué ha hecho Vd. padre Anjel? Por qué ha cambiado el tema de su discurso? De dónde, de quién ha recibido Vd las ideas que ha emitido?

—¡Perdóneme! V. P., le dije; yo no sé lo que he dicho. El temor, la emocion que esperimenté ante ese gran auditorio fué tal, que olvidé cuanto habia aprendido i solo pude decir lo que en ese momento se me ocurrió.

—¿Luego Vd. quiere hacernos creer que su discurso ha sido improvisado?

—Aun ahora, le contesté, no sé lo que he dicho.

El provincial me reprendió con dureza durante media hora i concluyó por decirme:

—¿Sabe Vd. lo que nos traerá su sermon?—Nos van a

creer innovadores: el clero i las órdenes regulares nos acusarán de envidiosos, i los mismos laicos habrán tomado nota de sus palabras para darnos con ellas en el rostro en un cercano porvenir.

Yo me callé, porque ignoraba lo que habia dicho, i un sentimiento profundo no me dejó cerrar los ojos en la noche de aquel dia memorable.

A la mañana siguiente, llamaron a mi puerta i entró a mi pieza el padre Rauzan, de la órden de***, que desde nuestra llegada, habia sido para mí un amigo, un maestro, uno de aquellos séres con quienes desde el primer momento se simpatiza i se adquiere una gran confianza.

El padre Rauzan tendria 60 años i era venerado i amado por cuantos lo conocian. A una virtud sólida, a un carácter dulce i amable, reunia el prestijio que da la ciencia i el saber. A pesar de su edad, parecia conservar en toda su fuerza la virilidad física i la intelectual; i las venerables canas que brillaban en su cabeza, imprimíanle cierto aire lleno de nobleza i majestad.

Al verlo, sentí que mis mejillas se tiñeron de rubor, pues al instante creí que vendria a censurar mi malhadado sermon. I era tal la veneracion que me infundia aquel anciano, tal el aprecio que me atraia hacia él, que una sola palabra de reproche en sus labios habria sido mas sencible para mí que la áspera reprimenda del provincial.

No obstante, me tranquilicé un poco al ver en sus labios la misma afable sonrisa que tanta confianza inspiraba a los que la dirijia; i al estrechar su mano, se disiparon del todo mis temores, principalmente cuando oí que me decia:

—Vengo a felicitarte, hijo mio, por tu sermon de ayer.

No te enorgullezcas con tu primer triunfo, porque él te traerá—no lo dudo—mas disgustos que satisfacciones.

Tan inesperadas palabras me hicieron mirar al anciano con admiracion, i solo al cabo de un instante, pude preguntarle:

—¿Es posible que V. P. me felicite?

—¡Sí, hijo mio, i de todo corazon! He venido a decirte lo que, sin tus palabras de ayer, no me habria atrevido. Pero ahora te conozco mas a fondo i sé que mis consejos i reflexiones te servirán de mucho en el porvenir.

—¡Yo no sé lo que he dicho ayer! esclamé. Mi superior me ha reprendido, pues dice que mi discurso traerá males a la órden.

—¡Sí, afirmó el padre Rauzan: le traerá esos males que llamaré *materiales*, i que segun mi opinion, debian llamarse *bienes*. ¿Dices, hijo mio, que no recuerdas tu improvisacion de ayer? Héla aquí, estractada en parte, pero con bastante fidelidad. La da un diario que alaba tu sermon como lo he alabado yo i todos los que miran el bien de la iglesia bajo un punto de vista diverso del que lo mira la jeneralidad.

Oye lo que dice este diario.

«Ayer, atraidos como todos, por la viva curiosidad de oir el primer sermon que debia predicar el padre Anjel, de la Compañía de Jesus, nos trasladamos a la iglesia de S.***

«La concurrencia era numerosísima i las naves del templo se hallaban materialmente atestadas con lo mas escojido de Santiago. Nada diremos de los adornos, ni de la suntuosidad con que se habia alhajado a la iglesia: como

siempre, el oro, las sedas, las flores, han hecho el principal papel; i a no ver en los altares las imájenes de los santos, se creeria entrar a un salon decorado para una fiesta, al entrar a la casa del Señor. Tal es, al ménos, la impresion que causan en nosotros los espejos i maceteros las banderas i colgaduras, las flores de esmalte i de brillo, las coronas i ramilletes, los servicios de oro i plata, los trajes recamados de piedras valiosas, los altares cargados de cuadros, de valiosos blandones, de innumerables cosas que atraen la vista i hacen, por lo tanto, que se pierda el respeto i la devocion. Pero ya lo hemos dicho: no es de «esa pompa mundana,» como tan propiamente la ha llamado el mismo orador de que nos vamos a ocupar, de lo que tratamos de dar cuenta al lector: es del sermon, que hará eco—estamos seguros de ello—durante mucho tiempo.

«El padre Anjel se conquistó la simpatia de su auditorio desde el primer momonto. Mui jóven, pues aun no tendrá 26 años, posee una figura simpática i un metal de voz suave i sonoro a la vez, quien sin esfuerzo llena las espaciosas naves del templo.

«Su mímica es natural, modesta, sin esas exajeraciones de jestos i de ademanes que tan mal efecto causan en el púlpito.

«La emocion de su voz al principio del discurso; la lentitud i temor con que pronunció las primeras frases; su injénua confesion de que no sabia cómo cumplir lo que se habia propuesto, i que si Dios no le inspiraba lo que debia decir, tendria que abandonar el púlpito, defraudando las esperanzas que en él se habian puesto; esa confesion franca, repetimos, nacida en fuerza de las circunstancias i no

escrita de antemano en un papel, fué un motivo mas de simpatia que se granjeó de cuantos le escuchaban.

«Anunció que iba a hablar «sobre la necesidad de mantener el esplendor en la relijion;» pero no bien adujo algunas cortas razones, cuando se detuvo i esclamó:

—«¿De qué esplendor he hablado? Del esplendor que dió al culto el sensual Salomon cubriendo las paredes i el pavimento del templo del Señor con el mismo metal con que fabricó tronos para él i sus concubinas?... He hablado del esplendor con que desde la Edad Media se rodea la relijion mas excelsa del universo, como si necesitara de galas para cubrir una vergonzosa desnudez?... Si tal dije, perdonadme! La relijion de Cristo lleva su esplendor en sí misma. Pura, divina, brilla con su propia luz, i cuanto el hombre haga para engrandecerla apelando a las cosas humanas, es inútil i, mas que inútil, perjudicial!

«Os he hablado de Salomon, porque él fué quien llevó mas léjos que otro alguno la vanidad, i quien dedicó al culto del Señor el oro manchado con la sangre i las lágrimas de millares de víctimas. Desde ese dia, hasta la venida de Jesucristo, el culto se vició con las pompas mundanales, i fué preciso que el Maestro repitiera mil veces las máximas de su sencilla moral, i echara con un látigo a los traficantes del templo, para que se restableciera, por un poco de tiempo, la moral sencilla pero sublime, que tiene por pompa la pureza del alma i por templo la elevacion de los sentimientos morales» (1),

---

(1) Este capítulo, en parte, ha sido escrito bajo la impresion producida por la lectura de la obra «El Maldito» por el abate***.

El padre Rauzan cesó de leer para decirme:

—Bien, hijo mio: has formuludo ante un público inmenso, las ideas que yo, mas cobarde, me habia contentado con encerrar en mi cerebro. En la aplicacion del oro, de las galas, de la ostentacion para el culto divino, no se hace otra cosa que caer en una de las muchas contradicciones que hai en nuestra relijion. Se aconseja la modestia, i entre los mismos que la aconsejan reina el orgullo: se anatematiza el fausto, i en el templo se reune lo de mas valor: se prohibe el uso de las galas en los trajes de los hombres o de las mujeres, i se arrebatan esas mismas galas para vestir las imájenes i los ministros del altar! Finalmente, se ha prescrito el uso del aceite i de la cera para alumbrar el tabernáculo porque esas materias se consideran puras, i en cambio, se echa mano del oro para los usos mas sagrados. I el oro, hijo mio, es el precio de la infamia, i puede suceder mui bien que el mismo oro que se emplea en fabricar una custodia, esté manchado con la sangre del crímen o haya sido mil veces el precio de un contrato de lupanar. Pero dejemos esto, i sigamos la lectura del estracto de tu sermon.

Dice así:

«Despues de esto, el predicador habló, con esa elocuencia que comunica a la palabra una profunda conviccion, de la grandeza del culto, que tiene por base la adoracion íntima al Supremo Creador; del alejamiento de los católicos de la iglesia, de la indiferencia sobre relijion que invade al universo, i de la necesidad de purificar i engrandecer las creencias para hacerlas adquirir la preponderan-

cia sobre las otras relijiones. En seguida como una consecuencia natural del decaimiento en que se halla la relijion de Jesucristo, habló de los enemigos que ha tenido la iglesia, i en vez de condenarlos, como lo hace la jeneralidad de los predicadores, los compadeció en un bello i patético discurso, del cual daremos las frases que mas se grabaron en nuestra memoria.

«I vosotros, dijo, los que atacais la institucion mas escelsa del universo, por los defectos que veis surjir de la debilidad humana; vosotros los que, al ver un pobre i remendado sudario, creeis que el cuerpo que cubre es deforme i miserable; vosotros, en fin, ya os llameis mahometanos, protestantes o judíos, detened un momento vuestras miradas en el fondo de nuestras creencias i vereis allí, bajo la capa que las disfraza, la abnegacion, la pureza, la fuente de todo bien!..... Las ideas del siglo, ideas que han materializado hasta lo espiritual, i que pueden compararse al torrente que envuelve entre sus bulliciosos torbellinos, ya la mies que cubre los campos, ya los árboles que pueblan los bosques, ya, en fin, las rocas suspendidas en las montañas, para juntarlas todas en un desordenado laberinto; esas ideas, repito, desaparecerán en breve cuando los hombres vean debilitarse en ellos la vida llena de goces i aspiraciones que proporciona la fe en unas creencias santas, i sientan en cambio, el abatimiento i la desolacion que causan la duda i la falta del amor. Sí, la falta del amor, porque ésta es la base en que descansa la felicidad humana; i el que no ama al Omnipotente con el respeto i admiracion que merecen sus obras, es para sí i para todos los demas como la roca aislada, de que todos

huyen, que se levanta en el fondo del mar. Cuando se haya realizado esa esperanza, será cuando el mahometano ennoblezca sus creencias, cuando los judíos se convenzan de su error, cuando los politeistas reunan en un solo objeto su adoracion, i cuando el cristianismo sustituya a las galas, la humildad; a los altares de mármol, la fe; a los templos fastuosos de granito, el templo del amor levantado con la caridad del corazon. Cuando el cristianismo, repito, se vista con las galas de su propia grandeza i arroje el antifaz ridículo con que el fanatismo exaltado ha encubierto su semblante, entónces feticistas o budistas, jentiles o ateos, atraidos por el esplendor de la verdad, vendrán a formar con nosotros un solo rebaño, una sola iglesia, una sola i gran comunion!.....»

«El predicador—continuaba el diario—se estendió aun con creciente elevacion de lenguaje, con propias i bellísimas imájenes, pintando, ora las alternativas de grandeza i decadencia por que ha pasado la iglesia, ora probando con la historia que esas alternativas han nacido siempre de la falsa interpretacion o errónea aplicacion que se ha dado a la moral, que tuvo por maestro i ejemplo vivo al que murió en el Gólgota clavado en una cruz!.....

«Sentimos no tener espacio para reproducir completo el bellísimo discurso que oimos ayer; pero ya que esto no es posible, felicitamos de todo corazon al padre Anjel i a su órden, augurando a esta última que obtendrá el nombre de *rejeneradora del catolicismo*, si las ideas emitidas por el predicador, son el fruto de la ensenanza que ella da a sus sacerdotes.»

—I bien, hijo mio, agregó el padre Rauzan, cesando de

leer: estas felicitaciones serán por el momento el único premio que obtendrás por tu valerosa manifestacion: en cambio, sufrirás mas de un reproche de los que creen que el órden actual es el mas lójico i razonable. Si en tu alma arde ese fuego sagrado que dió brio a los apóstoles i fe i resignacion a los mártires, sigue adelante, hijo mio, i serás uno de los primeros en levantar la bandera de la rejeneracion católica. El camino que tienes ante tí i en el cual has dado ayer el primer paso, está lleno de espinas i de obstáculos: sufre el dolor que te causen las primeras i vence con ánimo decidido los segundos. Que no te arredren los ataques de los fanáticos, las inculpasiones apasionadas de los que obran por el interes: a los primeros compadécelos, a los segundos desprécialos. En todas las circunstancias, pon la mano en tu corazon, i si tu conciencia está tranquila, si crees haber obrado el bien, ríete de los anatemas i de los cargos que hagan pesar sobre tí. Lo que siento, hijo mio, es que pertenezcas a la Compañía de Jesus, cuyos principios i cuyas tendencias se hallan en abierta contradiccion con los tuyos.

—Hasta hoi, dije al padre Rauzan, he marchado en la Compañía perfectamente i no he tenido lugar para ver la diferencia que haya entre ellas i las otras órdenes.

—¡Oh! esclamó el padre. La diferencia es infinita: hai muchas cosas en la órden de los jesuitas, que ojalá fueran imitadas por las otras órdenes: una de ellas es el trabajo, la actividad, el concurso de cada cual para la obra comun; eso es grande, benéfico i, por muchas razones, de una grande utilidad, no solo para el bien material sino aun

para el espiritual de la órden. Pero en cambio de esas ventajas, hai muchas desventajas que seria mui largo enumerar. Tu, hijo mio, las conocerás mas tarde i tal vez llegues a desear el no haberlas conocido...

—Voi a retirarme, agregó el padre Rauzan; pero ántes, te repetiré, hijo mio, que si tienes valor para ser el apóstol de las doctrinas que has enunciado ayer, continúes propagándolas; mas, si no te sientes con fuerzas para soportar los ultrajes i persecuciones de que serás objeto, detente, pues mas tarde podrian obligarte a retroceder.

—¡Eso sería imposible! le dije. ¿Cómo podrian hacer que desmintiera lo que he espuesto ante el público?

—Hai muchos ejemplos, hijo mio, de esas retractaciones forzadas. Por desgracia, no han podido probarse de una manera incontestable, así que a los opresores les queda la puerta franca para decir que los calumnian.

El padre Rauzan agregó aun algunos consejos para mi gobierno en el porvenir, i se alejó estrechándome las manos con afecto.»

CAPITULO XXXV

La caida

«...Huye las conversaciones de personas díscolas i mundanas, i en particular de mujeres; ni aun te fies de espirituales- San Ignacio decia: que de tratar con frecuencia a mujeres aun espirituales, nace, o llama que arde, o humo que tizna la fama- Ni te fies de las parientas- San Felipe te avisa, que el demonio sabrá decir *mujer*, i no hermana; i que en la guerra de la carne, los poltrones que huyen son los vencedores-»

JESUS AL CORAZON DEL SACERDOTE SECULAR I REGULAR, obra traducida por el M- R- P- Frai Manuel Rovira, ex-provincial de Trinitarios Calzados etc.—Impresa en Madrid en 1789; cap- X- part- 64 i 65-

LAS memorias de Anjel continuaban de esta manera:

* * *

Nuestro superior me llamó un dia a su aposento para decirme.

—Mañana llegará a su confesonario una jóven cuya

virtud e inocencia la encaminan directamente al cielo. Para no malograr esa virtud i que las tentaciones del mundo hagan cambiar de un rato para otro las inclinaciones que siente, es necesario que Vd. procure hacerla dirijir sus miradas hácia un claustro, como el único lugar en que puede conservar la pureza de su alma i conquistar con seguridad la vida eterna. Ademas, advierto a Vd. que nuestra órden recibirá un gran beneficio con que esa niña profese, pues su padre, que es el señor Cornelio del Valle, cederá todos sus bienes a nuestra Compañía en el momento mismo en que no tenga que velar por sus hijas. No tengo necesidad de recomendar a Vd. lo que debe hacer, tratándose de conquistar una alma para la gloria i un valioso legado para nuestra órden.

Al dia siguiente acudió la anunciada.

Hai almas que Dios ha creado tan puras e inocentes, que su existencia puede compararse a la de las avecillas.

Matilde del Valle era la nube diáfana que rodea a la luna, el límpido cristal que deja ver cuanto encierra, el arroyo transparente que permite contar las menudas arenas de su lecho; era, en fin, el alma de un niño de cinco años encerrada en el cuerpo de una jóven de dieziseis.

¡Qué atractivo, qué admiracion, qué envidia tan santa sentí al recibir las confidencias injénuas de aquella jóven inmaculada! Me parecia, al cerrar los ojos para concentrar mas mi atencion i oir aquella voz juvenil, sin perder la mas mínima de sus modulaciones armoniosas, me parecia, repito, que los ánjeles la rodeaban i sonreian al verla humillada i confundida, ella que podia ser la complacencia de los querubines!

Blandamente nuestras almas se unieron para emprender juntas la conquista del cielo, i de esa union mística, pura, que tenia algo de divina, formamos un ideal que ocupaba gratamente todos los instantes de nuestra vida.

*
* *

Pasó dulce i desapercibido el tiempo, i llegó un dia en que mi superior me dijo que íbamos a dar misiones en los campos.

Despues de recorrer varios pueblos llevando el consuelo i la esperanza a los pecadores, llegamos a la hacienda de las Higueras, donde debíamos terminar nuestras tareas con una mision.

Don Cornelio i sus dos hijas estaban allí.

Nuestra mision fué fecundísima, i los nueve dias de confesiones i ejercicios espirituales habrian cansado a otros que, como nosotros, no hubiesen estado habituados a las fatigas de los viajes i de las predicaciones.

El último dia de la mision, i la víspera del en que debíamos regresar a Santiago, don Cornelio quiso agasajarnos i celebrar con un banquete el fin de las misiones.

Se convidó a varios hacendados vecinos, i en la tarde nos sentamos a una mesa cargada de esquisitas viandas i de jenerosos licores.

La jente del campo, sea por costumbre, sea por su robusta organizacion, es mas fuerte para resistir los efectos del licor que la de las ciudades. Como en ellos esos efectos son lentos i poco sensibles, de ordinario no creen en la delicadeza de los demas i son exijentes hasta el cansancio

para que los que les acompañan, coman i beban a la par con ellos.

Don Cornelio i mi superior, Susana i Matilde, todos los demas convidados i yo mismo, no pudimos ménos de sentir hácia el fin de la comida, esa alegría, ese aumento de vida, ese deseo de espansion que se esperimenta con las pláticas animadas de una tertulia de confianza i con los vapores que eleva hasta nuestro cerebro el licor.

Nos levantamos de la mesa al ponerse el sol, i cada cual se fué a su pieza.

Media hora despues, sentí que mi frente se abrasaba, i me dirijí a una sala con balcones hácia el mediodía. El corazon i las sienes me latian con violencia: mi paladar estaba seco. Necesitaba aire, soledad, quietud...

Desde esa hora, no puedo decir sino vagamente lo que pasó por mí.

Así como de un sueño no queda por lo regular mas que una idea informe, heterojénea, así quedó para mí un recuerdo confuso e inacabado de lo que hice i de lo que esperimenté.

Voi a trazar en líneas la fantasía que vaga en mi imajinacion: voi a copiar en caractéres las emociones de esas horas que harán la felicidad i la desventura de mi vida.

Como escribo para mí, nada mas que para mí, yo adivinaré lo que la pluma no puede trazar i lo que las palabras no pueden esplicar.

*
* *

Desde la tarde, algunas negras nuvecillas se levantaban hácia el mar.

Ráfagas de viento sacudian los árboles recien cubiertos por la primavera, de alegre verdor.

Las avecillas, con su esquisito instinto, se habian refujiado desde temprano en sus nidos a medio construir.

Pasaba el viento, i el cielo permanecia azul, i la naturaleza volvia a callar.

¡Pero aun no era mas que el espirar del crepúsculo!

Una nueva ráfaga de viento que suspiró en los valles, que jimió en los árboles i que rujió en las rocas, trajo la noche tras de si.

Las nubes lanzáronse entónces en el espacio.

Un negro manto se estendió por el firmamento.

Corrió tremendo el huracan.

Los hombres se refujiaron en sus aposentos, las bestias se escondieron en sus guaridas, i el universo quedó solo para recibir la tempestad.

Tempestad de primavera, adios con que se despedia el invierno, llegaba rápida como el rayo que traia en su seno, imponente como el huracan que bramaba en sus labios.

Un hombre gozaba con la tempestad: la contemplaba.

De pié en una ventana, con la frente desnuda i ardiente, con los labios secos i contraidos, con la mirada fija i centellante, veia ajitarse las nubes, sentia silvar el frio aquilon, i se decia: ¡Aqui, aquí en este pecho tambien ruje una tempestad!

La noche avanzaba, lenta, terrible, majestuosa.

La tormenta crecia... crecia sin cesar.

El rayo iluminó la tierra, i el trueno hizo oir su estridente voz.

Pronto al rayo siguió el rayo, i al trueno pavoroso el trueno ensordecedor.

Pronto tambien llovió i granizó.

La naturaleza tenia el corazon preñado de lágrimas i las arrojó a torrentes sobre la tierra.

—¡Llora, llora! decia el hombre que contemplaba inmóbil la tormenta; apoyado de codos en un balcon.

I como si las nubes obedeciesen a aquella voz, llovia a raudales sobre la tierra.

—¡Rujid, tronad! decia al trueno i al huracan.

I como si el trueno i el huracan obedeciesen al mandato de aquella voz, tronaba i rujia sobre su ardorosa cabeza.

*
* *

Seria la media noche...

¿Dormia o velaba?

El rayo iluminó con luz fugaz i amarillenta la sala.

¿Dormia o velaba?...

Una figura vaporosa, esbelta, aérea, se diseñó vagamente a la luz amarillenta del rayo, tras del hombre que contemplaba la tempestad.

Al mismo tiempo, una voz dulcísima murmuró:

—¡Tengo miedo! ..

La oscuridad se hizo absoluta.

Una voz—la voz de la conciencia—habló al que contemplaba la lluvia, i le dijo:

—¡No te acerques a la tempestad!...

—¿Es que a mí puede hacerme algun mal?

—¡Ah, sí aléjate: no te acerques a la que tambien llega a contemplar la tempestad!

—¡Tengo miedo!... Tengo sed!... ¿Dónde estoi? preguntó ella.

La voz era dulcísima, el acento apasionado..

Tronaba, llovia, granizaba en el esterior.

La voz de la conciencia murmuró:

—¡El rayo va a estallar! ¿Oyes cómo palpita en el pecho el corazon?

¡Ven!... ven!... Tengo miedo! murmuró dulcemente la otra voz.

—¡Miedo tú, estando yo aquí!... Ven!... ¡Pero nó!... El rayo mata; destruye, aniquila!... Aléjate!

Una nueva voz—la de la tentacion—hizo oir un eco dulce, enervante, armonioso, apasionado...

—¡El rayo estalla i desaparece! dijo. Brilla, alumbra i consuela un instante i deja despues el recuerdo!... Ella i tú aquí!... La lluvia, el granizo, el rayo i el trueno allá!... ¡Tempestad de una noche, tormenta de primavera que huye con la luz del sol!... Ven!... La tormenta huirá con la alborada, a esa hora huirá ella tambien!... Las nubes i el huracan se dirán adios al ver la radiosa presencia del sol, i a esa hora os direis vosotros adios!...

—¡Ah!... el pecho se dilata!... La mente se confunde!... La imajinacion no quiere ver el porvenir!... Espera!...

—¡Ven!... En medio de tu vida árida, ten un recuerdo

fecundo!... En medio de tu soledad, ten un recuerdo que te acompañe!...

—¡Ilusion!

—¡Nó, elocuente realidad!...

La tormenta crecia... crecia sin cesar.

El rayo iluminó la esbelta, la aérea, la hermosa figura que habia aparecido tras del hombre que contemplaba la tempestad.

Sus ojos brillantes i adormecidos.

Sus labios húmedos i rojos.

Su cabellera flotante i reluciente.

¡Su traje blanco i vaporoso!...

El trueno estalló en el espacio.

—¡Ah!... tengo miedo!

Ajenos labios acallaron la dulce voz .....

¡Raro i terrible placer! El trueno bramaba, el huracan mujia, la lluvia inundaba! La naturaleza entera se estremecia!

¿Dormia o velaba?

¡Vértigo tenebroso, delirio del alma i de los sentidos, locura llena de estravagancias conmovedoras, deleite lleno de supremas delicias, sueño preñado de ardientes realidades, frenesí con trasportes de ventura, olvido que se ha de recordar eternamente, desvío, en fin, que lleva al cielo un instante para precipitarnos de allí en el infierno eterno de la desesperacion!.....

La tempestad decreció.

La lluvia, el trueno i el rayo fueron amenguando lentamente.

Solo de tarde en tarde se oyó el fragor lento i cansado

del trueno: solo débiles i vacilantes lucieron las últimas chispas del rayo.

La lluvia caia menuda i silenciosa sobre la tierra!

—¡Aun es de noche! No me dejes! ....

—¡Ah! nó! ¿Qué hemos hecho?... ¡Apartémonos!...

—¡Nó! aun brama el huracan! El trueno resuena tambien en la atmósfera!

Suceden el silencio, la quietud, la indecision.

La atmósfera se habia descargado de su electricidad: la tierra habia recibido la lluvia fecundante.

¡La tempestad habia pasado!

¿Dormia o velaba?

—¡Me voi..... ¡Adios!.....

—¿Para siempre? para siempre?

—¡Sí; para siempre adios!

I la figura vaporosa, aérea, esbelta. que se diseñó vagamente a la luz amarillenta del rayo, tras del hombre que contemplaba la tempestad, se alejó vaga, vaporosa, aérea, diseñándose vagamente tambien a la blanquecina luz de la aurora!

¿Dormia?..... ¡Nó: velaba! !!

.....

***

Apénas la luz del dia fué la suficiente para distinguir el camino, subimos al coche que debia conducirnos a Santiago.

Todos dormian en casa de don Cornelio.

Me arrebujé en el fondo del coche, cerré los ojos para no ver la luz, i el vehículo se puso en movimiento.

¡Yo era un idiota! Queria fijar mis recuerdos sobre un punto cualquiera de mi vida, i un momento despues me sorprendia pensando, ora en escenas de la niñez, ora en incidencias de mi juventud, ora en las emociones de la noche de tempestad!

Al cabo de una hora de marcha, cansado de pensar en todo i en nada, abrí los ojos para ver las bellezas del camino.

El cielo tenia un azul purísimo, el musgo de los prados un verde deslumbrador, las cristalinas gotas de la lluvia brillaban como perlas en las hojas de los árboles, i aquí i allá se veia árboles corpulentos, desgajados por el rayo o arrancados de raiz por el huracan. Sin embargo, todo se presentaba pálido i triste a mis miradas, i mudo i monótono a mi corazon.

El coche marchaba con lentitud, pues las ruedas se cargaban de lodo.

¡De lodo tan negro como el que yo llevaba en el corazon!

* * *

Desde aquel dia, sentí en mi alma un vacío i una soledad como la que esperimenta el náufrago hácia la mitad de la noche perdido en alta mar. Lloré tanto mi caida i la mancha arrojada sobre la inocente paloma que un sonambulismo o una enajenacion habia acercado a mí, que no sé cómo no se deshizo en lágrimas mi corazon.

¡Oh! desde aquel dia, pasaron ciento i veinte sin que a mis oidos llegara esa voz dulce i armoniosa que tanto me hrbia acostumbrado a oir!

—¿Dónde está? preguntaba a las avecillas que, indolentes a mi dolor, venian a gorjear cerca de mí. ¡Decidme si me maldice!... Decidme si llora como yo!...

¡Ah! qué dias tan amargos, tan intranquilos, tan terribles para mí!... ¿Cómo no muere el hombre cuando sufre como yo sufrí?

Por fin una noche oí la voz que tanto aspiraba oir.

¡Ah, Dios mio!... Aquella voz era trémula, balbuciente, i mis oidos quedaron atónitos al escuchar entre sollozos la mas terrible, la mas inesperada revelacion!

Antes sufria; pero desde ese momento, mi sufrir se cambió en desesperacion.

—¡Señor, decia una i mil veces, ya arrastrándome en el suelo, presa de un delirio, ya de rodillas i con las manos levantadas en actitud de implorar; Señor, voz cuyo poder no tiene límites, vos que habeis criado de la nada todo un universo, ¿por qué no anulais esa existencia que principia, por qué no haceis que lo hecho se convierta en un sueño, en una ilusion?...

Pero las leyes inmutables de la creacion deben cumplirse, i desde el grano de arena que arrastra el viento, hasta ese sol que jira en el espacio, todo, todo obedece al impulso que en el principio le imprimiera una mano omnipotente i sábia.

*
* *

Todo lo que antecede fué leido por Edmundo el mismo dia en que entregó a Susana la carta de Matilde; i aunque las memorias continuaban aun, el jóven no pudo entender lo demas por estar escrito con unos signos que para él eran desconocidos.

Por nuestra parte, aplazaremos tambien el conocimiento de esas pájinas i continuaremos nuestra relacion.

CAPÍTULO XXXVI

Un nuevo ajente de policia

En la tarde del mismo dia en que don Cornelio volvió a su casa, entristecido por no haber hallado a su hija Matilde, los amigos de Edmundo se dirijian a la calle de las Rosas para cumplir con los encargos que éste les habia hecho ántes de partir.

José, el sirviente de Edmundo, indicó a Vicente i Valentin la casa en que debia estar Matilde, i fué a situarse con el coche frente a la iglesia de las Rosas.

A fin de no llamar la atencion, los jóvenes se colocaron en la esquina mas próxima para ver desde allí cuando saliera la señora.

—Parémonos aquí, dijo Valentin, i sin mirar directa-

mente a la casa. no la perdamos de vista un instante. ¿Con que te parece bien mi traje? agregó:

—Ni bien ni mal, replicó Vicente; no concibo para qué te hayas puesto capa con tanto calor como hace.

—Ménos concebirás para qué cargo ésto bajo la capa, dijo el primero desembozándose i mostrando a Vicente una espada i una gorra de militar.

—¿I qué vas hacer con eso?

—Ya lo verás en un cuarto de hora mas. Miéntras tanto, hablemos de otra cosa.—¿Estás preparado para ir a buscar a Edmundo apénas terminemos este asunto?

—Sí; dejé listo mi caballo.

—¿Vas solo?

—Pienso que me acompañe mi sirviente.

—Lamento que esta comision me impida ir: quién sabe si Edmundo necesita un socorro mas grande que el que puedes prestarle tú solo. Ádemas, para tí puede ser espuesto el viaje en la noche.

—No lo creas: esos caminos son mui tranquilos i solo trafica por ellos jente honrada.

—Sí, mui honrada miéntras no saltea, replicó Valentin.

Creo que convendria, agregó, que a la señorita Matilde la trasladáramos a otra parte, aquí en la misma ciudad, i fuéramos los dos a buscar a Edmundo.

—Nó, Valentin: es necesario que cumplamos al pié de la letra las instrucciones que recibimos ayer. Por mí, nada temas: ¿quién querria hacerme algun mal?

¡Quién! esclamó el jóven riéndose. ¡Pareres niño, Vicente! Siempre crees tú que los hombres son unos santos. Lo que temo mas que todo, es que nos desorganicemos,

¡Enterrémoslo con los muertos!...

que cada cual ande por su lado sin saber lo que deba hacer. En fin, el mal no tiene remedio, i es mejor conformarse. ¿Qué piensas hacer tú para buscar a Edmundo?

—Ir directamente a las Higueras, preguntar por él, i si no está ahí, indagar el punto a que se haya dirijido, i seguir adelante o volver segun sean las noticias que obtenga.

—Bien, dijo Valentin. Si hablas luego con Edmundo, díle que trate de relevarme pronto de mi puesto.

—¿No te gusta la comision que has recibido?

—¡Vaya si me gusta!... Hacer un viaje con una hermosa jóven i servirla a ella i a un amigo!..... Es el caso, Vicente, que de un rato para otro, me encuentro metido en un berenjenal que ni el diablo que lo entienda. En fin, ya lo sabrás despues.

—¿Es cosa séria?

—Puede serlo; pero ya te contaré: ahora no podria, porque me faltan muchos datos i estoi mui preocupado.

—Ya lo habia conocido, dijo Vicente: te he visto mui serio.

—Vamos, dijo Valentin; hé ahí que la señora sale. No mires para la casa i finje que escuchas atentamente mi conversacion. ¡Eso es!... ¡Diablo!... la señora le pone llave a la puerta!... ¿Cómo entraremos?... ¡Ah!.., se agacha frente al desaguadero... debe ser para pasar la llave a los de adentro, o bien para dejarla en un sitio en que ella pueda encontrarla a la vuelta. ¿Viste como miró para todos lados a ver si era observada?

—Sí, dijo Vicente; la llave debe ser mui grande i no quiere ir con ese peso a la iglesia.

La señora que los jóvenes observaban, se levantó bien pronto i se dirijió hácia el oriente.

—Ahora, dijo Valentin, te esplicaré lo que pienso hacer. Apénas se oscurezca un poco mas, cambiaré mi sombrero por esta gorra militar, i *en nombre de la lei*, haré abrir la puerta. Tú quedarás vijilando a la persona que, salga, mientras yo busco en el interior a la jóven.

—¿No crees que sea compromitente eso de asumir el papel de ajente o de oficial de policía? preguntó Vicente.

—Tan compromitente es el de presentarnos de un modo o de otro; así, es necesario ocurrir al mas espedito. Lo que siento es no tener otro traje para tí; pero tanto da; yo cuidaré de hacer sonar mi espada de manera que crean que tú tambien tienes; o mas bien, tú te pones la capa i haces el papel de jefe.

—Nó, le dijo Vicente; yo podria comprometer el éxito sin haber estudiado mi papel. Vale mas que seas tú el jefe.

—Convenido: déjaremos que pasen esas señoras e iremos de una vez.

Ambos jóvenes se dirijieron, un momento despues, a una de esas casas de que aun queda uno que otro ejemplo en la capital como para mostrarnos con su ancha i sólida puerta de calle, con su espacioso e inmenso patio, con sus largos i cómodos corredores, la vida holgada, llena de aire i de luz, que gozaban nuestros antepasados.

Valentin se cercioró de que la calle estaba desierta i buscó en el pequeño albañal la llave que, segun su creencia, debia haber colocado allí la señora. Su suposicion era

exacta, i no tardó en sacar una llave enorme, que sin aguardar mas tiempo, introdujo i dió vuelta en la cerradura. Pero la puerta resistió, aun despues de haberle quitado el pestillo; así es que Valentin se vió obligado a llamar. Inter acudian, se quitó su sombrero de paño, lo guardó en un bolsillo i se colocó la gorra de militar.

Pasado un minuto, se oyó en el interier una voz cascada—voz de vieja que gasta a toda hora su mal humor—que decia:

—¿Quién es? Quién llama tan fuerte?

—Yo, abuelita, dijo Valentin, cediendo, a pesar de las circunstancias, a su carácter festivo.

—¡Abuelita! gruñó la vieja. ¿Quién es *yo?*

—Un oficial de policia, mi señora, que necesita que Vd. le abra la puerta en el acto, dijo Valentin, haciendo sonar las anillas de su espada.

—¡Santos cielos! esclamó la vieja con voz alarmada.

Calló un instante i luego agregó:

—Vd. dispense, mi señor, pero la *amita* no está en casa i ella anda con la llave.

—Ya lo sé, mi señora, replicó Valentin; pero yo he traido la llave, que me fué dada por su amita para que pudiese entrar.

I al mismo tiempo que decia esto, daba vuelta la llave en la cerradura para afirmar su dicho, así como habia hecho sonar su espada para confirmar su anuncio anterior.

—Pero... murmuró la vieja, como dudando... yo tengo órden de no dejar que entre nadie aquí...

—Pues si Vd. no abre pronto, mi señora, dijo Valentin, echaré la puerta abajo.

—Eso nó, señor; ya voi a abrirle, puesto que Vd. trae la llave... Aguarde un poquito...

—Bien; pero que no sea mucho, mi señora, porque tengo poca paciencia.

Valentin, riéndose, hizo un jesto a Vicente al mismo tiempo que meneaba la espada para hacerla sonar.

Entre tanto, en el interior quitaban una gruesa tranca i abrian una de las hojas de la puerta.

Valentin, seguido de Vicente, entró en el acto al zaguan.

—Mi señora, dijo el primero a una vieja rechoncha, de pelo enmarañado, color aceitunado, i cuyo tipo en jeneral revelaba su oríjen araucano; mi señora, si Vd. no quiere pasar un mal rato i que la llevemos a la cárcel, debe obedecernos sin replicar.

—Pero ¿que es lo que hai, señor?

—Hai, mi señora, que Vd. me va a indicar en el acto, dónde está la señorita Matilde del Valle.

La vieja miró con desconfianza a los jóvenes.

—Advierto a Vd., dijo Valentin, que su señora tendrá que estar presa miéntras Vd. no cumpla con lo que ella, por mi intermedio, le ordena.

—¡La amita presa! esclamó la vieja.

—Sí, dijo Valentin, haciendo sonar las anillas de su espada. Apénas salió de aquí, un compañero le intimó la órden de prision, i ella misma me ha dado la llave para que venga a cumplir con...

—¿Le ha dado la llave? preguntó la vieja con creciente desconfianza.

Valentin pensó en el acto, que la sirviente sabia el lugar en que la señora dejaba la llave, i dijo:

—Me la dió, nó; pero sí me indicó el lugar en que podia encontrarla, i por eso es que he podido sacar el pestillo ántes que Vd. acudiera.

—¡Ah! hizo la vieja, como fluctuando entre la duda i el convencimiento.

Valentin vió que era necesario apremiarla.

—Vamos, señora, le dijo: o Vd. se conforma con lo que le he dicho, o procedemos segun las órdenes que traimos. En este caso, mando al sarjento que me acompaña, que amarre a Vd. de piés i manos i le ponga una mordaza miéntras yo voi a rejistrar la casa. Vd. elejirá, señora, lo que crea mas conveniente.

I volviéndose a Vicente:

—¿Trajo Vd. cordeles para atar a la señora? le preguntó.

Vicente, con su carácter noble, enemigo de las ficciones, aun en los casos mas insignificantes, no contestó i se limitó a murmurar, miéntras hacia ademan de tocarse los bolsillos:

—Creo... yo .. Me parece ..

—¡No ha traido Vd. cordeles! le dijo Valentin, disgutado. ¡Malo, sarjento, que Vd. sufra esos olvidos! Pero aquí hai dos pañuelos que pueden suplir para que ate las manos i hago enmudecer la boca a esta buena señora...

I al decir esto, hizo ademan de sacar algo de sus bolsillos,

—Pero, mi amito, dijo la vieja llegándose a Valentin i tratando de impedirle que sacara los pañuelos; yo no le he

dicho que me opongo ... ..Por el contrario..... i puesto que la amita le ha dado la llave .....

—Sí, pues, señora, i tambien me dijo que Vd. me indicaria dónde está esa señorita Matilde, la cual debe ir con nosotros para que su señora pueda volver a su casa.

—¿De manera qué.....

—Vea, sarjento, dijo Valentin dirijiéndose a su amigo: esta señora nos está haciendo perder tiempo....

—Nó, mi señor, dijo la vieja; pero es que Vd. no sabe cuántas recomendaciones, cuántos encargos me ha hecho la amita.....

—Eso no me importa nada, señora: yo necesito ver a la jóven que le he indicado; i si Vd. no quiere indicarme la pieza en que se halla, yo iré a buscarla.

—Voi, señor, dijo la vieja; sígame Vd. i lo llevaré adonde ella está...

Al decir esto, la mujer se dirijió al interior de la casa Valentin hizo seña a Vicente para que les siguiera.

—¡Dios mio! yo no sé lo que pasa!... Yo no sé qué debo hacer!..., decia la vieja miéntras caminaba.

Atravesaron un segundo patio, i en el zaguanete que comunicaba con el tercero, la vieja se detuvo frente a una puerta que abrió con una llave que sacó de sus bolsillos.

—Aquí está, señor, esa niña: aquí la tiene Vd., dijo la vieja.

—Bien, mi señora: pero Vd. se apartará de aquí un instante. Sarjento, agregó dirijiéndose a Vicente, conduzca Vd. a esta señora a ese corredor i espérenme ahí.

I Valentin indicó a su amigo un corredor que habia al frente del sitio en que estaban.

La vieja, despues de dudar un instante, marchó con Vicente al sitio designado.

Una vela de sebo alumbraba la pieza en cuya puerta se hallaba Valentin, i allá, en un ángulo, medio recostada en un sofá de alto respaldo i forrado en tela de crin, se veia vagamente el hermoso semblante de Matilde.

Valentin entró resueltamente a la habitacion, i despues de saludar con una vénia respetuosa a la jóven, que al ver a un desconocido, se incorporó vivamente, dijo a Matilde:

—Señorita, vengo por encargo de Edmundo Cortés a sacar a Vd. de esta casa que pertenece a sus enemigos. Aunque ignoro completamente lo que motiva su situacion, me atrevo a pedir a Vd. que tenga plena confianza en mí, pues si Edmundo no viene, es por hallarse ocupado en otras dilijencias de sumo interes. Para que Vd. dé entero crédito a mis palabras, sírvase leer esta carta de Edmundo.

Matilde tomó la carta i la recorrió brevemente.

—Debo advertir a Vd., agregó Valentin, que el poder llegar hasta aquí me ha costado el representar un papel lleno de peligros, i que si no aprovechamos esta ocasion, es mui difícil que vuelva a presentarse otra.

—¿Vd. es amigo de Edmundo? preguntó la jóven, mas bien por darse tiempo de meditar que por oir confirmar lo que ya ella presentia.

—Sí, señorita; respondió Valentin: tengo el orgullo de ser el amigo mas íntimo de Edmundo.

—Siendo así, Vd. debe saber donde está.

—Sí, señorita; ha ido a la hacienda de las Higueras a cumplir una comision mui delicada.

—Pero yo no sé qué hacer, dijo Matilde.... ¿Cómo salir así no mas.... tan pronto, sin seguridad....

—Sin seguridad, nó, agregó corrijiéndose; pero a esta hora.... I esa señora que me tiene aquí, ¿qué ha dicho? permite que me aleje?

Valentin contó brevemente a la jóven lo que habia hecho para llegar hasta allí, i le hizo ver el peligro que corria si no tomaba una pronta determinacion.

—Gracias, caballero, le dijo Matilde; seguiré a Vd. en el acto i le deberé mi libertad, porque aquí me tienen prisionera i me han hecho sufrir demasiado!...

—Entónces, señorita, partamos al instante.

Matilde echó sobre sus hombros un pañuelo de lana, guardó en el bolsillo de su vestido unos papeles que tenia sobre la mesa, i aunque llena de inquietud, dirijió una corta pero fervorosa oracion a la Reina de los cielos i se dispuso a partir.

La carta de Edmundo i, mas que todo, el cruel encierro en que se la tenia, le habrian dado ánimos para seguir a cualquiera persona que le hubiera prometido salvarla.

Como la noche habia entrado por completo, Valentin tomó la vela que iluminaba la pieza, a fin de alumbrar el camino a Matilde.

—El jóven que me acompaña i que en este instante vijila a la sirviente, dijo Valentin al oido de Matilde, es tambien un amigo de Edmundo i mio. Yo lo trato como a mi inferior para hacer mas bien el papel que hemos representado.

—¡Cuántos sacrificios han hecho Vds. por mí! dijo Matilde con voz agradecida.

—¡Al contrario, replicó Valentin sonriéndose; nuestro amigo Edmundo nos ha hecho un favor en ocuparnos en esto.

Calló, porque en aquel instante llegaban cerca de Vicente i de la vieja.

—¿De manera que esta señorita se va? preguntó la última.

—Va por un momento, contestó Valentin, pues sin eso su señora no podria volver esta noche a la casa.

—¡Santos cielos! i qué cosas se ven, por Dios! murmuró la vieja.

—Sarjento, dijo Valentin: vaya Vd. corriendo i haga acercar el coche para que suba esta señorita.

Vicente se habia quedado mirando de hito en hito a Matilde; i al ver su semblante pálido, su mirada lánguida, su cabellera profusa i ondeada, que parecia acariciar sus mejillas i su cuello; al ver aquella espresion dulce i conmovedora i aquel aire delicado, lleno de ese *no sé qué* de tierno i atrayente que hai en la actitud, en la sonrisa, en los ademanes de algunas mujeres, cuya belleza física revela sentimientos elevados, mil perfecciones morales; al ver todo esto, repetimos, Vicente sintió una gran simpatía, una infinita ternura por la jóven.

Aquellas emociones, formadas en un segundo, estuvieron al traicionar a Vicente, pues por una atraccion inesplicable, acercábase ya a Matilde para hablarla de igual a igual—lo que no habria sido propio en su calidad de sarjento,—cuando Valentin le ordenó fuese por el coche.

Traido por la voz de su amigo a la realidad de su situa-

cion, suspiró como al que arrancan de improviso de un sueño halagador, e inclinando la cabeza, salió a la calle.

Un minuto despues, Matilde i Valentin en la testera, Vicente en el vidrio i José en el pescante del coche, se dirijian hácia abajo de la calle de las Rosas.

Pero no bien habian subido, i aun ántes que José cerrara la portezuela, la vieja llamó a un muchacho de la cas, e indicándole el coche:

—Súbete ahí, mulatillo, en la trasera, le dijo, i sigue ese coche hasta donde vaya.

CAPÍTULO XXXVII

El anónimo

Por encargo de Valentin, José azotó los caballos i en pocos minutos llegaron a la calle de las Delicias, despues de haber recorrido la de las Cenizas.

En aquel punto, Vicente i Valentin bajaron del coche para separarse i acordar lo que debian hacer.

—Yo, dijo el último, no tengo mas que seguir mi camino hasta San Bernardo, donde pasaremos la noche; así que veamos lo que debes hacer tú.

—Tambien tengo mi itinerario trazado, dijo Vicente. Me pondré en marcha inmediatamente para las Higueras.

—Sí, es lo que conviene hacer, replicó Valentin; pero

la hora es mala i...:. ¿Quieres que cambiemos de papeles?

—¿Por qué causa?

—Porque yo querria encargarme de buscar a Edmundo. Conozco mas que tú el camino i creo que podria, con mejor éxito, practicar las dilijencias del caso.

—No es esa la causa, Valentin.

—¿I cuál es, si me haces el favor?

—El que temes que haya algunos peligros en el viaje i quieres arrostrarlos tú.

—¡Buh! esclamó Valentin aparentando indiferencia. No habia pensado en eso; pero ya que lo adviertes, veo que hai una razon mas para que yo vaya, no porque sea mas valiente o mas fuerte que tú, sino porque tengo mas malicia i soi mas desconfiado. Tú, hijo, crees que todos son unos santos i eres mui fácil de engañar. A mas, te confesaré que el cuidar una dama delicada i hermosa como la que hemos sacado de esa prision de nueva data, se aviene mui mal con mi carácter, miéntras que tú eres para eso «como mandado hacer a las monjas». Vamos, ¿te decides?

—Oye, Valentin, le dijo Vicente con seriedad: casi todo lo que me has dicho son invenciones tuyas. No dudo que desempeñarias mejor que yo la comision de buscar a Edmundo; pero no seré, nó, el que deje para tí un peligro o un trabajo que pueda arrostrar yo.

—Pero, hijo, no mires por ese lado el asunto. Se trata solamente de que cada cual haga lo que mas le agrada. Puesto que no lo quieres, «santas pascuas,» i... al avío! como dicen los marineros.

—Si supiera que hablas con entera sinceridad, replicó Vicente, aun tendria una razon mui poderosa que darte.

—¿Cuál? le preguntó Valentin al ver que se detenia.

—Prométeme que no te burlarás.

—¿Qué no has notado que estoi mas sério que el Señor de Mayo?

—Es que bien merece que te rias de mis temores.

—A ver: manifiéstalos pronto a fin que no perdamos mas tiempo.

—Yo no podria, dijo Vicente bajando la voz, yo no podria ver una segunda vez a esa jóven sin tener que sufrir.

—¿Por qué?

—No lo sé; pero me ha enamorado...

Valentin reprimió una carcajada.

—No te rias, le dijo Vicente; la mirada, la actitud, el aire melancólico de esa niña, me han impresionado vivamente.

—Vamos, vamos, ya veo que tenias razon para temer que me riese, le dijo Valentin. ¿I qué te dirá Ritita cuando sepa que ha bastado la mirada de otra mujer para que la olvides?

—Tú sabes que eso es una broma, contestó Vicente. Pero dejemos esto i vamos cada uno por su lado a cumplir los encargos de nuestro amigo. ¿Está ahí el cochero que debe ocupar el lugar de José?

—Sí, ya está en el pescante. Por última vez, Vicente, te pido que ocupes mi lugar i que yo iré a ocupar el tuyo.

—Nó, nó, i cien veces nó!

—Entónces, hasta luego. Hazte acompañar de uno o dos mozos, carga un buen par de pistolas i déjate de consideraciones. No olvides que yo quedo aguardándoles con impaciencia.

—Pierde cuidado, que mañana, talvez, los alcanzaremos en el camino. Por mi parte, te recomiendo cuides mucho a esa señorita .. ¡Parece tan triste!...

—Bien, adios! i que al pasar por Maipo, cuando vuelvas, se disipen tus nuevas emociones.

Los dos jóvenes se estrecharon la mano, i miéntras Valentin volvia al coche, Vicente llamó a José i se dirijió con él hácia la calle de las Claras.

—Temo mucho, dijo Valentin a Mafilde, que suceda algo a este buen amigo, i queria disuadirlo de hacer el viaje.

—¿I no lo ha conseguido Vd.? preguntó la jóven con interés.

—Se ha mantenido firme en su propósito.

—¡Buen Valentin! pensaba al mismo tiempo Vicente. Como ve que la travesía de aquí a las Higueras es peligrosa a esta hora, deseaba hacerla él! Pero habria sido una imprudencia; pues si le sucedia algo, le haria mucha falta a Edmundo, miéntras que yo no valgo tanto como él!

—¿Para dónde tiro, patron? preguntó el nuevo cochero a Valentin.

—Para San Bernardo, por la calle vieja de San Diego.

El coche se puso en movimiento.

El muchacho que se habia subido tras de la testera del carruaje, ya no estaba ahí.

Dejemos a Matilde i Valentin, i volvamos a encontrar a Vicente.

Como hemos dicho, se dirijió a la calle de las Claras, que—se recordará—era en la que vivia Edmundo.

Durante el camino, manifestó a José su determinacion

de ir a las Higueras, i el fiel criado le dijo que lo acompañaria.

—¿I cómo dejas aquí las comisiones que te ha encargado Edmundo? le preguntó el jóven.

—Nada tengo que hacer ahora en la noche, contestó el criado. Ya sé que el padre Basilio está en su casa; que don Lorenzo Gaspari ha partido al campo i que don Cornelio del Valle ha ido a Maipo. Hasta mañana no tengo de qué ocuparme; así que puedo ir con Vd.

—Sea, dijo Vicente, porque a la verdad yo no sé mui bien el camino.

—Entónces, señor, voi a ensillar los caballos..... ¡Ah! se me olvidaba decirle que hoi, como a las tres de la tarde, me entregaron una carta para Vd.

—¿La tienes ahí?

—Nó, señor; la dejé en la mesa del patron.

Un cuarto de hora despues, i miéntras José ensillaba los caballos, como habia dicho, Vicente leia la carta siguiente:

«Señor don Vicente Jimenez.

Presente.

«Caballero:

«Aunque es costumbre despreciar los anónimos como calumniosos, le ruego lea la presente hasta el fin, i se convencerá de que ha sido dictada por el respeto i la simpatía que sabe infundir en todos un corazon leal i honrado como el suyo.

«Por motivos que no es del caso mencionar, hace tiempo que sigo los pasos de una persona que ha sabido captarse el aprecio de Vd. i de otros muchos, con tal apariencia de honradez i de buena fé, que para convencerse de su infamia, es necesario observar paciente i disimuladamente su conducta.

«Me propongo probar con hechos irrecusables, mas que con palabras, que Vd. es traicionado i el juguete o hazmereir de quien Vd. mas confia.

«Recuerde Vd. los hechos siguientes:

«Vd. amaba a Rosita B**, linda i coqueta jóven que con sus dieziseis primaveras, trastornaba la cabeza hasta de los que contaban ochenta inviernos. Durante algun tiempo, Vd. gozó en silencio del placer de verse correspondido; pero en un dia de espansion comunicó a un amigo la parte de dicha que le habia cabido obtener.—¿Qué dijo a Vd. ese amigo cuando conoció a la que Vd. amaba?—Trató de que la abandonara ponderando hasta la calumnia la liviandad de la jóven. Mas, como Vd. no hiciera caso, puso en práctica las bastardas intenciones que habia concebido, i, de la noche a la mañana, Rosita desapareció de Santiago. ¿Por qué no pudo Vd. encontrar a su buen amigo durante dos meses? Le ha esplicado a Vd., de una manera satisfactoria, de qué se ocupó en ese tiempo?... ¡Dos meses de placer al lado de una bella jóven qûe se ha robado al amigo, no se mencionan sino de una manera mui vaga i contradictoria!...

«En época no mui lejana, Vd. tuvo una gran pérdida que le obligó a ceder a sus acreedores cuanto poseia. Reunidos todos en su casa, Vd. les presentó una lista de sus bienes

sin reservarse otra cosa que su cama. Pero, pocos dias ántes, habia recibido Vd. cuatro mil pesos que debia entregarlos a una huerfanita a quien sus padres no podian reconocer. Ese depósito confiado a su honradez, no podia ser divulgado sin comprometer la reputacion honorable de dos nobles familias; así que Vd. no podia ni debia tratar de esclarecer la procedencia de esa suma. ¿A quién confió Vd. que poseia ese dinero?... ¿Cómo supieron sus acreedores hasta el lugar en que los habia colocado, para exijirle cancelara los saldos que les restaba?

«Despues de ese terrible golpe, i encontrándose Vd. en la necesidad de ocupar un destino para subsistir, se dirijió al ministro N. N., quien por haber tenido gran estimacion a su padre, quedó de darle la administracion principal del estanco i correos de la provincia de C*** ¿A quién habló Vd. de su entrevista con el ministro? Por qué éste se negó, algunos dias despues, a darle el destino que le habia prometido, i se limitó a decirle que «para otra vez lo tendria mui presente, que sentia mucho,» i otras frases como éstas, que todo ministro parece recibir junto con la cartera para hálagar a los mil pretendientes?... ¡Ah!... Si Vd. supiera a quien i a que debe esa repulsa del ministro!...

«Por hoi basta: continuaremos recordando a Vd. otros hechos que le probarán estamos bien instruidos.

«Entre tanto, observe i guarde silencio, si quiere llegar pronto a un amargo pero necesario convencimiento.»

Vicente arrojó la carta sobre la mesa i esclamó:

—¡Esta es una infamia!... Aquí, aunque no lo nombran, es a Edmundo a quien se refieren!... Sí, a él, pues a él ha

sido el único a quien he comunicado lo que ahí mencionan!... I bien! I si él ha sido el único depositario de mis secretos, ¿cómo es que se saben?...

I el jóven se levantó i principió a pasearse con ajitacion.

—¡Imposible! se decia. Enteramente imposible que Edmundo me haya traicionado!... Sin embargo... ¿Cómo es esto que hai otro que todo lo sabe, con tal minuciosidad que no parece sino que hubiera leido en mi corazon?... A quién confié yo que amaba a Rosita B**? A quién, fuera de Edmundo?—¡A nadie!... De Valentin me guardé por su jenio vivo i chancero, i en ningun otro tengo confianza para hacerlo. ¿I el asunto del dinero?... ¡Oh! esto es mas misterioso i estoi seguro de que solo Edmundo lo sabia, pues a él me confié, sin revelarle el nombre de los padres de la niña, para que me indicara lo que debia hacer con ese depósito sagrado!... ¿Pero qué interes podia tener Edmundo en que yo pasara por este terrible dilema: o ir a la cárcel, o echar mano de ese dinero ajeno?... Que en el asunto de Rosita tenga parte, es admisible, porque la jóven era hermosa i puede haberlo enamorado; pero en el negocio de mis acreedores, seria necesario que me odiase, que hubiera querido tomar de mí una venganza miserable!... ¡Nó; Edmundo es incapaz de eso, i, por el contrario, ¿no fué él el primero en quererme dar los cuatro mil pesos? No me exijió hasta el estremo de resentirse porque no le aceptaba? No quiso compartir conmigo su modesta fortuna? I que sus ofrecimientos fueron sinceros, yo no puedo dudarlo!... Sin embargo...

I Vicente volvia a formular en su mente mil inculpaciones que se desprendian de los hechos relatados, para

un momento despues rebatirlos con otros mil argumentos cuya evidencia era incuestionable.

En estas circunstancias, presentóse José a decirle que los caballos estaban ensillados.

Vicente, en estremo preocupado con sus ideas, se habia olvidado de todo.

—Díme, José, preguntó al criado; ¿qué pensarias tú de un amigo al ver divulgado un secreto que sólo a él habias confiado?

—Que ese amigo, señor, no era bueno.

—Pero, ¿i si estabas tú íntimamente convencido de que él no podia traicionarte?

—¡Desde que no me habia guardado el secreto. . . dijo José, completando con un jesto i un movimiento de hombros su pensamiento.

—Desde que no te habia guardado el secreto, repuso Vicente, ya no le mirarias como ántes, ¿no es eso lo que quieres decir?

—Sí, señor.

Vicente dió una vuelta por la pieza i volvió en seguida al lado de José.

—¿Dudarias tú entónces de ese amigo, por mas que en muchas ocasiones te hubiera dado grandes pruebas de su amistad?

—Creeria, señor, que habia tenido *su rato de*... no sé como decirlo: pero como uno suele hablar así,... distraido... sin fijarse, i puede decir cosas que le hagan un mal a otro. . . .

—¡Sí!... esclamó Vicente, contento de hallar una disculpa para Edmundo; sí, tiene razon José; solo así puede

suceder que una persona de carácter noble i honrado, haga un mal, sin pensarlo, al amigo que deposita en él toda su confianza.

Vicente volvió a sus meditaciones.

—Con respecto al dinero, se dijo, está bien: puede haber sucedido lo que dice José. Pero, ¿i esto de la Rosita?... Aunque no pasaria de una *colejialada*, como se dice vulgarmente, sin embargo, me haria mui mal efecto en Edmundo. Él, tan serio, tan delicado en todos sus actos, tan franco en todas sus acciones... Nó, es imposible! como es imposible tambien que él haya metido la mano para que el ministro faltara a su promesa...

—¿Vamos pronto, señor, a las Higueras? preguntó José, al ver que Vicente continuaba paseándose tan abstraido.

—¡A las Higueras!...repitió el jóven deteniéndose i mirando al criado con admiracion. ¡Ah!... tienes razon!... ¿Ya están los caballos?

—Sí, señor.

—Bién: ¿viste si las pistolas están cargadas?

—Sí, señor; todo está listo allá en el patio.

Vicente tomó la carta que habia dejado sobre la mesa i, allegándola a la llama de la vela, murmuró:

—Así deben tratarse las calumnias...

—Sin embargo... agregó al ver estinguirse la luz, tal vez habria sido mejor conservarla!...

CAPITULO XXXVIII

Valentin

A la mañana siguiente, a eso de las nueve, Vicente volvia de las Higueras creyendo que Edmundo habria llegado a Santiago miéntras ellos iban a buscarlo.

Al trote mas largo de su caballo, se dirijia el jóven por el centro de una hermosa alameda, en que mil avecillas, de vistosos plumajes, entonaban esos alegres cantos que tanto deleitan al que vive en las ciudades.

José marchaba a cinco o seis pasos de distancia, cansado de dirijir al jóven varias preguntas que no habian sido contestadas.

Indiferentes a cuanto les rodeaba, ámbos solo se ocupaban de sus pensamientos; así que no vieron un nuevo ji-

nete que marchaba a su encuentro espoleando a su cabalgadura de tal manera que causara lástima a cualquier otro que no fuera él.

Cuando llegaron casi a encontrarse, el desconocido puso su caballo al traves, cerrando el paso a Vicente.

—¡Vamos!.. ¿Ya no me conocen? preguntó el primero.

—¡Valentin!... esclamó Vicente en el colmo de la admiracion. ¡I en ese caballo...! I con ese traje! agregó mirando a su amigo de piés a cabeza...

—¿I Edmundo? preguntó Valentin sin contestar al jóven.

—Ha vuelto a Santiago, segun me ha dicho el administrador de las Higueras. Pero ¿por qué te encuentras aquí i con ese disfraz?

—Cosas del oficio: ya te contaré.

—Pero...¿i tu compañera?... ¿Dónde la has dejado? Qué es lo que te ha sucedido?

—¡Una bicoca!,.. *Me han jugado la talquina*: eso es todo. ¿Dices que Edmundo debe estar en Santiago?

—Supongo que sí.

—Pues supones una cosa que no es así: yo vengo de su casa i nadie le ha visto ni la sombra.—José, agregó dirijiéndose al criado: ¿traes un trago de aguardiente en las alforjas o en las pistoleras? ¡He pasado una noche maldita!...

—¡No traigo ni agua, señor, contestó el sirviente.

—¡Tanto peor para mi estómago! dijo Valentin.

—Pero es necesario que me digas por qué estás con ese traje i todo enlodado, repuso Vicente.

—¿Hallas que no me asienta este bonete de maulino,

este *chamanto* que ya se lleva el viento, i estos calzones de bayeta? preguntó Valentin riéndose.

—Lo que hallo, replicó Vicente, es que no puedo esplicarme por qué estás aquí i con este traje sucio i remendado, i cabalgando un animal que corre parejas con el traje.

—I de la montura ¿no dices nada?... Mira: es soberbia: cuatro cueros *al natural* i una enjalma capaz de deslomar a un caballo de guayacan.

—¿I por qué todo eso, al fin?

—¡Oh! voi a decírtelo; pero ántes deja que me baje de este infeliz, que no se qué pecado habrá cometido cuando tan caro la está pagando hoi. ¿Quieres estudiar anatomía cabalgar? Puedes observar uno a uno todos sus músculos, contar las costillas i coyunturas, i luego si quieres observar las venas i la circulacion de la sangre, no tienes mas que levantar esos pellejitos en que ha descansado mi pobre humanidad,

—¡Pero, Valentin, tú no hablarás seriamente jamas! esclamó Vicente. Me ves que ardo de curiosidad por saber lo que te ha sucedido, i tú no dejas de chancearte!

—I mas bien, hijo, que no tomemos ciertas cosas por el lado sério!... ¡Qué diablos!... Yo te aseguro que no hai motivo para estar alegre; pero como no es posible que nosotros, que hemos pasado ya de los cinco años, nos pongamos a llorar, vale mas que riamos.

Valentin se habia bajado de su escuálido caballo i fué a sentarse a la orilla del camino en una piedra. Vicente lo imitó i José se hizo cargo de los caballos.

—¡Por san Crispin! esclamó el primero haciendo un jesto de malestar. ¡Casi no puedo sentarme en bajo!...

—¿Estás mui cansado? le preguntó Vicente con solicitud.

—Sí, algo hai de eso tambien. Voi a principiar la *historia de mi noche*. Te contaré todo brevemente, a fin de que no perdamos el tiempo.

Anoche, como sabes, el cochero que subió en el óvalo de la Alameda en vez de José, ignoraba el lugar a que nos tenia que llevar, i tranquilo yo por esta parte, cerré perfectamente los vidrios para que no le diera el aire a mi delicada i hermosa compañera... ¿Te fijaste en la mirada tan suave i amorosa de la que fué mi compañera?

—Sí, contestó Vicente: aun me parece verla.

—I a mí todavia me parece oirla, replicó Valentin. ¡Qué voz, Vicente!... Si parece una lira tocada por un serafin! si es que los serafines toquen lira.—Pues bien; el coche rodó durante una hora sin contratiempo i nosotros empleamos esos 60 minutos en hablar de Edmundo i de otras cosas insignificantes. De repente siento el galope de dos caballos i una voz imperiosa que grita:

—¡Alto ese coche!....

El badulaque que dirijia los caballos, se paró en el acto i pronto llegaron a la portezuela del coche dos hombres que me parecieron de policia.

—¡Necesitamos ver quién va aquí! dijo la misma voz que nos habia hecho hacer alto.

Abrí la portezuela de la derecha, a pesar de las súplicas i de las lágrimas de la señorita Matilde, i pregunté:

—¿Con qué derecho viene Vd. a detener este coche?

—Con el derecho que me da la lei, contestó el que ya dos veces habia hablado.

Pero al hacerlo esta vez, conocí en el acto al muñeco aquel a quien yo deseaba retorcer el pescuezo en la noche que retuvo a Edmundo en el cuartel de policia.

Al recordar esto i conocer a mi hombre, traté de saltarle al cuello para cumplir los deseos que tuve en esa noche; pero calculé mal la distancia i, enredándome en un estribo del coche, dí con mi humanidad en el suelo. Todo eso habria sido nada si el caballo del oficialillo no se espanta i me da un par de coces que me dejaron durmiendo como un liron.

—¿Estás herido, entónces? le preguntó Vicente.

—Un poco machucado no mas, pues debo tener la cabeza a prueba de uña de caballo cuando ese maldito rocin no me mató.

—¿I tu compañera? I la señorita Matilde? Qué hizo o qué decia?

—Yo no sé lo que dijo ni lo que hizo o lo que de ella hicieron, pues no he vuelto en mí sino despues de la media noche.

—¿De manera que no sabes de ella?

—¡Qué voi a saber de ella si no he sabido de mí! Cuando recordé, mis dientes castañeteaban i no parecia sino que unos con otros querian despedazarse; i como el lecho en que habia descansado no era de plumas, tenia el cuerpo mui dolorido. A fuerza de palparme, de concentrar mis ideas, pude al fin darme cuenta de lo que me sucedia; i si no conocí el lugar en que me hallaba, al ménos noté que no habia pasado la noche en mi dormitorio. Lo que desde luego llamó mi atencion, fué el traje que cargaba: en

vez de mi sombrero de pita me habian puesto un gorro de maulino; en lugar de mi paletó i chaleco, esta chaqueta de pana; i mis botas i pantalones habian sidos reemplazados por estos zapatos de mendocino i estos calzones de bayeta. La cosa habria sido mui divertida si el fuerte dolor de la cabeza i el frio de la noche no me hubiesen molestado. Pero como todo tiene su término en esta vida, llegó la aurora, como dicen los poetas, i con ella el fin de mis trabajos. Me hallaba en un camino público, i a mi derecha, a unas cuantas cuadras, corria un rio. Por el momento era mucho avanzar con ese descubrimiento, i eché a andar hácia el poniente al ver el surco que las ruedas i los animales habian dejado en el camino.

Bien pronto me alcanzaron unos arrieros, a quienes pregunté sí ese camino conducia a Santiago, i bajo la contestacion afirmativa de ellos, continué mi marcha. El rio no era otro que el Mapocho, i el camino, el que conduce a las Condes.

¿Cómo me habian conducido allí desde el camino de San Bernardo? Quién me habia despojado de mis vestidos i puéstome en cambio los que cargo? Preguntas son estas que no he podido contestarme i que, aunque las repita mil veces, siempre sucederá lo mismo.

Ahora bien: mas allá de las *Cajitas de Agua* vive un pobre viejo i su familia, a quienes se ha socorrido en casa i a quienes me dirijí para que me proporcionasen un caballo en que llegar a la ciudad. Paso en silencio la risa i admiracion que causó mi traje, el cual lo atribuyeron a una humorada propia de mi carácter. Sin desengañarlos sobre esto, acepté el único caballo que habia en la casa, i, un

momento despues, cabalgaba en él tan fiero como don Quijote en su recinante.

Para no ser conocido de las personas que encontrara a mi paso, me até la cara con un pañuelo que me prestaron junto con el caballo, i calándome hasta los ojos el bonete, entré al pueblo. Aquí fueron las risas a mi paso: los niños me tiraban cáscaras de frutas, los carreteros pinchaban las ancas de mi bucéfalo con sus picanas, los vendedores me lanzaban frases que habrian sacado de paciencia a un santo, i todos, en fin, empeñábanse en manifestarme que mi presencia les causaba placer. Para coronar la fiesta, cuando lograba que mi caballo abandonase la marcha, era para tomar un trotecito tan corto i tan marcado en sus compases, que me hacia saltar linda i sistemáticamente de las orejas a la cola. Viendo esto, me resigné a marchar como él queria; pero sucedió entónces que no habia casa a que no quisiera entrar, ni boca-calle donde no quisiera torcer, ni carga de pasto o de frutas que pasara a su lado que no se parase a oler. Castigábalo sin piedad, gastando mas paciencia en hacerlo que él en sufrirlo; pero sacudia las orejas cuando mi chicote le iba por la cabeza, o levantaba la cola, o una pata para marchar en tres, cuando le castigaba por atras; i volvia, minutos despues, a pararse cuando algo apetitoso llegaba a su olfato o a subir a las veredas para entrarse a las casas, en que, por supuesto, no era esperado.

Por fin llegué a casa de Edmundo, i no encontrándolo, me dirijí a la mia. Pero aquí me esperaba un nuevo contratiempo. Matías, mi criado, se habia mandado a pasear, i la casa estaba cerrada con llave. ¿Cómo permanecer en

la calle con este traje? Cómo ir a casa de algun amigo en este caballo?—A las Higueras! me dije: por lo ménos encontraré en el camino a Edmundo i él podrá proporcionarme algo mas decente con que volver a la ciudad. Creo que debo advertirte, hijo, que me he encontrado con los brazos atados para proporcionarme otra ropa i otro caballo, por la razon mui sencilla de que no me dejaron un solo medio.

—I ahora, ¿qué hacemos? preguntó Vicente. Debemos buscar a Edmundo i a esa jóven sin perder tiempo: ¿cómo nos arreglamos?

—Que vaya José a Santiago i me traiga ropa i un caballo: eso es lo que mas urje por el momento. Miéntras vuelve, acordaremos lo que mas convenga hacer.

José partió algunos momentos despues con las instrucciones necesarias para traer al jóven lo que necesitaba, i Valentin quitó el freno i las cinchas a su caballo.

—¿Qué vas a hacer? le preguntó Vicente.

—Voi a echar a este caballo a uno de esos potreros.

—¿I qué harás despues para pillarlo?

—Nada: lo dejo ahí para toda su vida, que no será larga, i en cambio devolveré uno de los mios al buen hombre que me lo franqueó.

CAPÍTULO XXXIX

El ajente i sus negocios

La oficina que servia a don Lorenzo Gaspari para atender sus negocios, i de que ya hemos dado cuenta en capítulos anteriores, era visitada diariamente por innumerables personas. Consistia esto en que Gaspari tenia muchas relaciones, i sus servicios como ajente no se limitaban a tal o cual negocio, sino que abarcaban todas las transacciones comerciales, desde la mas ínfima por su valor i su clase hasta la mas elevada.

Gaspari servia de banquero a las viudas i a los huérfanos; de *corredor de comercio* a los capitalistas; de consigna-

tario a los hacendados; de ajente a las casas de comercio de Valparaiso, Nueva York, etc.; de cambista, de corresponsal, de prestamista, de cuanto, en fin, el comercio i la industria han establecido para facilitar la espedicion en sus cambios respectivos.

A mas, si un hacendado, si un comerciante, si un empleado, tenia una urjencia repentina de dinero, el ajente de negocios se lo proporcionaba en el acto, pero eso sí que cuando se trataba de un negocio seguro i con una ganancia de un cincuenta por ciento. En este caso, el señor Gaspari estaba siempre encargado por un tercero de hacer esas transacciones; i al estender los contratos, se dejaba *el nombre en blanco*, lo que no obstaba para que si habia necesidad de una ejecucion apareciera *en negro*. I tan negro debia aparecer a los deudores, que cuando sabian con quien tenian que habérselas, mas de uno estuvo al darse un balazo antes que jestionar con él.

Ese temor nacia de la crueldad del cobrador, pues no habia ejemplo de que aquel hombre hubiese dado jamas tres dias de espera al infeliz que caia en sus manos. Llamábanlo por esto el *Tirano*, nombre que se habia jeneralizado de tal manera, que él mismo parecia aceptarlo sin repugnancia, tal vez en fuerza de oirlo como una recomendacion en boca de aquellos a quienes prestaba sus servicios.

Hai caractéres tan raros en la vida, que el estudio de la fisiolojía será siempre una ciencia tan oscura como la medicina; i el tipo del hombre de que nos ocupamos, es uno de aquellos que presentan mil contrastes inesplicables. En su destino de cobrador, era cruel e intransijente hasta la barbarie; i de tal manera se habia acostumbrado a su re-

pugnante oficio, que lo desempeñaba maquinalmente, sin que las lágrimas, ni los ruegos, ni las amenazas, ni los cuadros mas conmovedores de la miseria pudieran jamas conmoverlo: en cambio, aquel hombre, que parecia no tener idea de la compasion, amaba hasta el exceso a una hija, i no podia haber un enfermo o un muerto en su familia sin que él regara el lecho o la tumba con sus lágrimas.

Esta anomalia i otras de que mas tarde nos ocuparemos, formaban el carácter del hombre que vamos a poner en escena desde el instante en que entra a la oficina de don Lorenzo Gaspari.

Con respecto a su fisonomía i su talante, era pequeño de estatura, subido de hombros, de ceño adusto, *agrio*, siempre con las cejas contraidas, la mirada interrogativa i amenazante, los labios entreabiertos i como sonriendo con malicia i desden. Usaba el pelo corto, la patilla i el bigote afeitados, i una caña de Indias en la mano a guisa de baston. I decimos *a guisa*, porque jamas se apoyaba en él, i solo le servia para llevarlo bajo del brazo.—Su traje consistia en un paletó largo, un tanto sucio i raido, un sombrero de paño, manchado por el sudor, una corbata enorme, que daba dos vueltas a su cuello i cubria en seguida parte de su camisa, rara vez limpia; i finalmente, en unos pantalones cuyo color primitivo no era posible adivinar, que caian sobre unas botas mui lustradas i mas limpias que la camisa, pero que el zapatero habia remendado por la cuarta o la quinta vez.

No se crea por esto que el Tirano era avaro o ganaba poco en su profesion: al contrario, sus entradas le habrian permitido vestír con lujo i aun usar coche, si hubiera vi-

vido en esta época en que hasta los verduleros son *arrastrados en coche* por sus lacayos, o en que éstos son *arrastrados en coche* por sus amos, segun la última moda importada por la. . . elegancia. Pera nuestro hombre tenia gastos enormes, que a su tiempo esplicaremos, i todo el dinero que ganaba—dinero que representaba un caudal inmenso de lágrimas i maldiciones de cuantos oprimia,—era poco para sufragarlos. Así, por economía i por hábito, su traje era siempre malo i, por falta de tiempo i desaseo lo mantenia sucio i descuidado.

Tal era el Tirano en su parte física i moral, pintado a grandes rasgos i sin entrar en detalles que el curso de esta historia nos dará a conocer.

En el momento que escojemos para presentarlo, entraba a la oficina de don Lorenzo Gaspari, i sacándose el sombrero con gran maestría, adquirida por la costumbre, lo colocó bajo del brazo, junto con el baston.

—A las órdenes de Vd., señor Gaspari, dijo cuando hubo avanzado algunos pasos en el interior de la pieza.

—I yo a las de Vd., mi señor Leonidas Alvaro. Tenga Vd. la bondad de sentarse.

El Tirano ocupó una silla que le indicaba Gaspari i esperó ríjido, inmóvil, mirando interrogativamente al ajente.

—Lo he llamado, dijo éste, porque es necesario prolongar el término que Vd. haya concedido al deudor que le indiqué ántes de ayer.

—¡Cómo! ¿i por qué? preguntó el Tirano, mas admirado que si le hubieran dicho que se iba a concluir el mundo.

—Porque así conviene a mis intereses, respondió Gaspari.

—¿Sí? interrogó el cobrador; pero no a las mios.

—Le abonaré a Vd. su comision lo mismo que si se hubiera efectuado el pago, sin perjuicio de que Vd. lleve a efecto el cobro mas tarde.

—No es eso, señor Gaspari: este documento está vencido i debe ser cobrado i pagado.

El Tirano no comprendia que se pudiera prorogar el plazo a un deudor moroso. Para él, estinguido el tiempo no habia ningun motivo justo, ninguna razon tan poderosa que valiera lo que este axioma, que él habia consagrado:

—*Toda deuda debe pagarse.*

—Por eso digo a Vd., replicó Gaspari, que mas tarde efectuará el cobro, pues por ahora no conviene a mis intereses. ¿Qué pasos habia dado Vd. en ese sentido?

—Los pasos de estilo: fuí a la casa del jóven i, como no lo encontrara, le dejé una de las cartitas impresas en que se pone la fecha, el nombre i la cantidad, i en que solo hai esta advertencia: «Si en cuarenta i ocho horas Vd. no ha satisfecho su compromiso, será ejecutado.»

—I bien, dijo Gaspari, será necesario que Vd. le escriba otra carta en que le manifieste que el plazo se proroga indefinidamente.

—No sé escribir esa clase de cartas, contestó el tirano.

—Yo la escribiré i Vd. la firma, replicó Gaspari, tomando una pluma acto continuo.

—Por primera vez en mi vida, murmuró el tirano, cuando Gaspari le pasó la carta para que la firmase, voi a po-

ner mi nombre al pié de un escrito semejante. Si Vd. lo hiciera otra vez, señor Gaspari, no le cobraria jamas ningun documento.

El ajente de negocios se sonrió con complacencia i dijo al cobrador:

—Ya tomará Vd. la revancha, amigo mio, pues no creo que el señor Castro pague ántes que llegue el caso de ejecutarlo nuevamente.

—Sí, lo sé, dijo el señor Leonídas, pues don Valentin no tiene otra cosa que su empleo; pero eso mismo debia contenerlo para no ser tan pródigo... En fin, puesto que Vd. lo quiere, sea.

—Inter llega el dia en en que Vd. lleve adelante la ejecucion de don Valentin Castro, dijo Gaspari, voi a darle otros documentos: estos no tendrán *esperas*.

—Como no debia tenerlas el otro, refunfuñó Alvaro.

Don Lorenzo entregó al cobrador dos pliegos de papel: le dió algunas instrucciones que en nada interesan a la historia que narramos, i don Leonídas Alvaro—álias el Tirano—se alejó.

Un momento despues entró a la oficina el alférez de policía que estaba de guardia en la noche que Edmundo fué llevado al cuartel.

—Dios guarde a Vd., señor Gaspari, dijo al ajente quitándose su quepí e inclinándose ante él de una manera ceremoniosa.

—¡Oh mi querido Luis! esclamó don Lorenzo con alegría: lo esperaba con impaciencia. ¿Cómo ha salido Vd. en la comision que le confié anoche?

—Perfectamente, señor: creo que Vd. quedará satisfecho.

—Veamos; cuénteme Vd. lo que ha sucedido, dijo el ajente invitando al jóven, con un ademan, a que se sentara a su lado.

—Anoche, dijo el alférez, alcancé el coche en el camino de San Bernardo, i despues de dar al cochero la órden de que se detuviera, el señor Castro quiso acometer conmigo; pero sea que se enredara en algo al saltar del coche, sea que con lo que mi caballo se retiró no tuvo en qué apoyarse, lo cierto es que cayó entre las patas del animal i éste lo pisó o lo pateó, pues sentí un grito, i cuando me bajé para ver lo que habia sucedido, estaba el jóven enteramente privado de sus sentidos.

—¿I ella? preguntó don Lorenzo con avidez.

—La jóven, al sentir el golpe i el grito, se desmayó, i en ese estado la hemos conducido a la casa que Vd. me designó.

—¿I qué hizo Vd. con él?

—Como no volvia en sí, temí que el golpe fuera mortal i lo hice trasladar en el mismo coche al camino de las Condes. Una vez ahí, lo colocamos en la orilla del camino i ¡como estaba casi seguro de que no amaneceria, mandé que lo desnudaran i le pusieran un ropa ordinaria.

—¿Para que se creyera que habia sido salteado? preguntó Gaspari.

—Nó, señor; para que las investigaciones no fueran tan minuciosas.

—No comprendo a Vd., dijo el ajente.

—Voi a esplicarle mi idea. Cuando se encuentra un ca-

dáver, la policía lo recoje i hace algunas dilijencias para averiguar de quién es. De ordinario, si es un pobre diablo, las investigaciones se reducen a hacerlo ver de la tropa i a pedir datos en la vecindad del sitio en que fué encontrado; i si con tales dilijencias no se saca nada en limpio, el cadáver se manda al hospital i de ahí al cementerio, i todo queda concluido. Mas, si el cadáver hallado pertenece a un caballero, o carga, por lo ménos, traje de tal, jamas queda sin averiguarse quien ha sido, etc...

—Bien, bien, dijo Gaspari: ha hecho Vd. mui bien. ¿I no ha sabido si ha muerto?

—Nó, señor; esta mañana mandé al sarjento que me acompañó en la empresa, que fuera hasta el sitio mismo en que lo dejamos, i ha vuelto sin adquirir la menor noticia, lo que me hace suponer que tal vez vive i lo han recojido los vecinos.

—Conviene indagar hoi mismo lo que haya sobre esto; dijo Gaspari.

—Bien, señor: no pasará el dia sin que sepamos lo que ha sido de él.

—¿I por qué no lo dejó Vd. en el mismo camino de San Bernardo?

—Porque pensé que si se divulgaba su muerte, las personas que supieran que él habia ido para ese punto, podrian acudir a ver el cadáver, miéntras que con esa precaucion se evitaba al ménos una probabilidad de ser descubierto.

—Bien, bien, replicó Gaspari con aire de complacencia; continúe Vd. sirviéndome de esa manera, querido Luis, i pronto pondrá dos presillas en su kepi.

—Todo lo que soi lo debo a Vd., señor, i mal haria en no servirlo con todo placer.

—Vd. ocupará un puesto brillante, Luis: yo se lo prometo a Vd.

—Gracias, señor: me haré digno de merecerlo.

—¿I no hai algunas novedades que merezcan ser conocidas?

—Por hoi nó, señor. Los últimos sucesos fueron los que di a conocer a Vd. ayer.

Este diálogo fué interrumpido por una mujer, que puso en manos del ajente una carta, carta que éste abrió i leyó en el acto.

«Señor don Lorenzo Gaspari.

«Querido amigo:

«Matilde, por el largo viaje en coche i por las emociones que probó anoche, ha dado a luz, ántes de tiempo, un niño que, segun opina el médico, puede vivir por ser sietemesino. Lo anuncio a Vd. para que determine lo que crea mas acertado.

«La jóven queda mui alentada.

«Su amiga i fiel servidora,

MANUELA N.»

La lectura de aquella carta debió contrariar mucho, sin duda, los planes de don Lorenzo, porque arrugó el ceño, se mordió los labios i permaneció durante largo rato pensativo. Pero luego su semblante volvió a su estado normal,

i mientras por sus labios vagaba una sonrisa, esclamó en su interior:

—¡I bien!...precipitaremos los acontecimientos! ..

Despidió a la criada, recomendó al alférez de policía que activase las dilijencias para saber de Valentin, i ya se preparaba a escribir, cuando entró a la oficina un nuevo personaje que saludó a Gaspari con tanto respeto i comedimiento como lo habia hecho el alférez.

—¡Mi amigo don Marcos Lay! dijo el ajente tendiendo la diestra al que llegaba. En este momento iba a escribir a Vd.

—Celebro llegar a tiempo, mi señor don Lorenzo, de evitar a Vd. una molestia. ¿Puedo ser útil a Vd. en algo?

—Sí, amigo mio: pero antes impóngame Vd. del resultado de su comision.

—Tengo el gusto de participarle que hemos obtenido un buen resultado.

—Ya lo esperaba, dijo Gaspari. Pero siéntese Vd., pues tenemos que hablar.

El nombrado Marcos Lay era un caballero de regular estatura, de mejillas coloradas, ojos grandes i vivos, nariz un tanto amoratada en su parte inferior, labios gruesos i colorados, que vestia con decencia, i que a primera vista, infundia una favorable impresion, pues su semblante en jeneral respiraba cierta franqueza, o mas bien, cierto aire de honradez que inclinaba a su favor.

Lay se acomodó lo mejor que pudo en la silla que le ofrecia Gaspari, i despues de dejar el sombrero al alcance de su mano, cruzó los brazos sobre el estómago, demasiado abultado para no revelar hábitos de intemperancia en

la bebida, i miró a Gaspari como si esperase ser interrogado.

—I bien, le dijo éste; cuénteme Vd. lo que se ha avanzado.

—Principiaré por la *casa de las ánimas*, mi señor don Lorenzo, dijo Lay. Antes de ayer fuí a ver a su dueño, el cual, disimulando mui mal su regocijo, convino en el acto en vendérmela i me pidió por ella tres mil quinientos pesos. Pero cuando supo que yo estaba instruido en el asunto de las ánimas i le hice ver que si entraba en el negocio sería solo movido por un bajo precio, disminuyó hasta que quedamos en mil quinientos...

—Perdone que le interrumpa, don Marcos, pues tengo dilijencias urjentísimas que efectuar, le dijo Gaspari. ¿Ha visto Vd. a los dueños de todas las propiedades que hai en esa manzana?

—Sí, señor, a todos; i todos sin escepcion alguna, están dispuestos a vender.

¿A cuánto asciende el monto total?

—A catorce mil noventa pesos, con cuya cantidad no se paga ni la cuarta parte del valor de los edificios.

—Bien, compraremos; i ántes que haya alguno que se arrepienta, dé Vd. los pasos necesarios para que se estiendan las escrituras correspondientes mañana diré a Vd. el nombre del comprador.

—¿A qué hora debo venir, señor Gaspari?

—Entre once i doce: a esa hora tambien comunicaré a Vd. lo que hai que hacer.

—¿En el negocio de las casas? preguntó don Marcos.

—No, en otro asunto de mayor interes.

—Mui bien, señor Gaspari: acudiré sin falta. Pero ántes de retirarme deseaba manifestar a Vd...

—¿Alguna cosa concerniente a los asuntos que le tengo encomendados?

—Sí, señor; pero no precisamente sobre ellos, sino que se relacionan con ellos.... es decir, que me interesan, que...

—Ya le he dicho a Vd. que no tengo tiempo, señor don Márcos; para otra ocasion, cuando se realice la compra de esas casas i, sobre todo cuando haya efectuado las dilijencias que voi a encomendarle....

—Mui bien, señor Gaspari; pero es el caso que hai necesidades imprescindibles, absolutas, impostergables, que nos quitan hasta nuestra perspicacia, si no podemos llenarlas a tiempo. Vea Vd: ¿quiere que le haga algunas relaciones, una pequeña enumeracion de...

—Es inútil, contestó Gaspari, haciendo ademan de tomar su sombrero.

—¡Cómo inútil, señor Gaspari! esclamó don Márcos. ¿Es inútil que yo tenga necesidades que satisfacer i que Vd. las conozca para que las remedie?

—Sí, inútil, puesto que por ahora, no estoi dispuesto a satisfacerlas, contestó don Lorenzo.

—¡Me gusta su lójica! esclamó don Márcos. ¿Es decir que yo debo estar dispuesto siempre a servir a Vd. como una máquina, sujeta a su capricho i a su voluntad, sin mas que porque Vd. me da una que otra vez i cuando le agrada unas cuantas monedas?... Vamos! si Vd. me obliga a hablar hoi, le diré, mi señor Gaspari, mil cosas que hace tiempo rebosan en mi pecho!

Don Márcos, al decir esto, se habia puesto colorado, i

—¡Aun es de noche! No me dejes!.....
—¡Ah! nó! Qué hemos hecho?.....¡Apartémonos!..

en sus ojos, que brillaban como dos ascuas, era fácil adivinar la ira que se habia apoderado de él.

Al contrario, el ajente de negocios se puso pálido, i la sonrisa fria, desdeñosa, que siempre vagaba en sus labios, adquirió cierta espresion de sarcasmo, de soberano desden, o mas propiamente, del disgusto que causa a un superior altivo i orgulloso el que su súbdito se rebele cuando lo creia mas humillado.

—¿I qué es lo que Vd. me diria? preguntó don Lorenzo con acento i sonrisa insultante.

Don Márcos pareció hacer un esfuerzo para dominarse; pero luego, al notar el aire semi-burlon de su interlocutor, hizo un jesto como de quien se decide a arriesgar el todo por el todo, i esclamó con voz breve, indignada, llena de amargura:

—Lo que yo le diria, señor Gaspari, es que al fin la copa se llena, i que el mas paciente, el mas sufrido, el que siempre ha callado, devorando en lo íntimo del alma, bajo el velo de una sonrisa de complacencia, las torturas que le causa, no un superior—pues Vd. no puede serlo mio—sino un hombre que tiene sobre mí la superioridad del dinero, la superioridad del que paga i del que recibe, la superioridad nula, maldecida, del que tiene repleta la bolsa pero vacio el cerebro; la superioridad, en fin, del que.....

—¡Terminemos! dijo don Lorenzo parándose con un jesto de impaciencia.

—Sí, terminemos! repitió don Márcos, que de rojo que estaba ántes, se habia puesto amoratado. ¡Terminemos, señor Gaspari! pero que no sea ántes de haberle dicho, una

vez siquiera en mi vida, cuanto siento en el corazon! Terminemos!..... Sí; pero despues que le haya dicho que Vd. me ha perdido, que Vd. me ha convertido en un sér despreciable, no tanto a los ojos de los demas, como a las miradas que yo doi en el fondo de mí mismo!.....

—¿Acaso porque le he dado ocupaciones en que gane lo necesario para su vida? preguntó Gaspari, que poco a poco parecia interesarse en la discusion.

—Sí, por eso; porque las comisiones que Vd. me ha confiado, son desdorosas, i ni una vez siquiera he podido llevar a mis labios un pan adquirido con su dinero, sin tener que anegarlo con el licor para ahogar los remordimientos!

—Si tal hubiera sabido, le dijo Gaspari, habria encomendado a otro ménos susceptible mis comisiones. En lo sucesivo, tendré presente sus remordimientos.

—¡Qué me importa ya el porvenir! esclamó con amargura don Márcos. He llegado al abismo, i aunque quiera volver atrás, ya no puedo: Vd. lo sabe, señor Gaspari; i porque lo sabe, porque no ignora que estoi unido, encadenado a Vd. i condenado a servirlo, es por lo que abusa i me tiraniza. Vd. comprende que el dia en que yo le falte, perderá, si no el mejor, al ménos el mas útil de sus ajentes, i que no encontrará el que pueda reemplazarme. Sin embargo, se creeria todo lo contrario al ver la mala voluntad que tiene para remunerar mis servicios.....

—Servicios que Vd. llama desdorosos i reprensibles, observó Gaspari.

¡I bien! mas razon para pagarlos. El asesino que hiere por interes de un tercero, tiene derecho a hacerse pagar

su crímen i no hai pecado en dar o recibir lo que se ha ofrecido (1). Vd. ocupa mi sagacidad para descubrir lo que le interesa; ocupa mi pluma para herir o ridiculizar al que le causa o puede hacerle algun mal; Vd. dispone de mi intelijencia, de mi voluntad, de mis fuerzas físicas i morales, de mi vida entera, en fin; i cuando le pido lo necesario para conservar esa vida a Vd. dedicada; para tener la tranquilidad necesaria a fin de que la intelijencia discurra, de que la enerjía no se agote, de que el ánimo i la voluntad no falten, Vd. me lo niega o aplaza de tal modo el satisfacerlas, que mas de una vez he deseado arrojar a sus pies el precio ingrato de mi conciencia i de mi honor!.....

---

(1) Citaríamos aquí con gusto las brillantes pájinas de Pascal, de su carta octava, si no temiésemos desviar un tanto al lector del argumento de nuestra historia. Pero ya que tratamos de los bienes adquiridos por medios ilegales, copiaremos unas cuantas líneas que manifestarán los argumentos i la clase de ejemplos que los teólogos han colocado en sus libros de moral.—Filiucio, teólogo jesuita, en su tratado 31, cap. IX, núm. 231, dice: «*Occultæ fornicariæ debetur pretium in conscientia, et multo majore ratione, quam publicæ Copia enim quam occulta facit mulier sui corporis, multo plus valet quam ea quam publica facit meretrix; nec ulla est lex positiva quæ reddat eam incapacem pretii. Idem dicendum de pretio promisso virgini, conjugatæ, mœchali, et cuicumque alii. Est enim omnium eadem ratio.*»

Conocemos el respeto que se debe al pudor i a la inocencia, i mas que todo, a la moral, para no traducir lo que antecede. Si alguno de nuestros lectores quiere bajar al abismo lúbrico, espantoso, a que hemos descendido nosotros buscando las opiniones, las máximas, las prescripciones de los teólogos, le aconsejamos no lo haga

—¡De su honor! repitió don Lorenzo con un jesto desdeñoso. ¿Soi yo, acaso, el que arrastro su honor en el lodo de una taberna, o el que lo arrojo en los brazos de esa jente de *mal vivir*?

—Nó, replicó don Márcos; soi yo el que busco ahí, en la crápula, entre cuatro paredes tiznadas por el humo i un meson manchado con el licor, un rato de olvido, un rato de venganza que tomo de mí mismo!..... Soi yo, yo solo el que sepulto voluntariamente la cabeza entre los brazos de esas cuyas caricias es un sarcasmo i cuyo lecho es el sepulcro en que se pierden para siempre la dignidad i las emociones mas puras de una alma juvenil. ¿Porque

---

i arroje al fuego esas pájinas por mas que en la portada lea un título cristiano i el nombre de un autor venerado.

La lectura de esas obras ofusca i maravilla; i al marchar en ese lodazal que el hombre mas pervertido no se habria siquiera figurado, el alma se entristece e involuntariamente saltan a la imajinacion estas preguntas: ¿Para qué sirven estas terribles revelaciones? Qué avanza el sacerdote con conocerlas, cuando en millares de casos las habria ignorado siempre? Por qué la materia mas delicada, mas peligrosa, la que no debia siquiera mencionarse es la primera que se toca, la que mas se profundiza, la que con mas detencion se examina, la que con mas *deplante* se comenta, la que con ménos pudor se discute, la que, en fin, ocupa i a ocupado a tantos grandes hombres, cuyo tiempo empleado en cualquiera otra cosa les habria sido mas provechoso i ménos perjudicial?—¡Ah! .. lo diremos? Es que involuntaria, inocente e inconscientemente tal vez el hombre se ve arrastrado hácia aquello que le es mas vedado.

De aquí han nacido los mil ejemplos, las mil historias funestas que ilustran las obras mas sérias i encaminadas a producir el bien, i que sin esas manchas serian un valioso título para acordar una orona a sus autores.

ahí, don Lorenzo, en la taberna i en el lupanar, el corazon que sufre, encuentra un lenitivo,—lenitivo acre i nauseabundo como el tósigo con que se curan algunas enfermedades, pero, al fin, remedio que adormece, que aletarga, que reanima un instante con una especie de escitacion febril, igual a la del tísico que, tras un dia de abatimiento i postracion, siente bullir ardorosas i reanimadas las pocas gotas de sangre que circulan en sus venas!..... I es despues de haber arrojado unas cuantas monedas sobre las tablas de un meson, en cambio de un brebaje cualquiera que escite los sentidos, cuando estoi mas dispuesto para trabajar: es tras de esas horas de orjía, de ardiente deleite, de voluptuoso desenfreno, i cuando queda en el corazon el remordimiento, la hiel, el hastío, la rabia con todos i con uno mismo, cuando mi pluma destila la sátira mordaz, la burla sangrienta, la injuria que llaman de *buen tono* porque va encubierta con el halago, i las mas veces revestida con el ridículo o una chistosa calumnia!..... I Vd. lo sabe esto: Vd. ha podido notarlo; i por eso, cada vez que neceeita uno de esos artículos envenenados que hacen reir al público a espensas del infeliz a que se dirijen, Vd. me arroja unos cuantos escudos dos o tres dias ántes, diciéndome: «Tenemos que escribir, amigo mio!»... Recibo el precio adelantado siempre que se trata de escribir; pero no se me da una migaja, siquiera, cuando se me ocupa en otros asuntos! Esto no es justo, o mas bien dicho, es intolerable: i desde hoi, señor Gaspari, si no se compensa mi trabajo como es debido, haga cuenta que no existo!.....

Don Márcos se paró al decir esto, i tomó su sombrero para marcharse.

El ajente de negocios lo miraba con socarronería, no creyendo que se atreviera a independizarse.

—¡Adios, señor Gaspari, dijo don Márcos: hemos hablado la última palabra!.....

—Como Vd. guste, contestó el ajente.

—Está bien, agregó don Márcos dirijiéndose resueltamente a la puerta.

Don Lorenzo lo dejó marcharse; pero no bien habia salido a la calle, se dijo:

—¡Será capaz de no volver e irse a prestar sus servicios a nuestros enemigos!..... Por ahora, al ménos, este hombre me es indispensable!...

Acto continuo, salió tras él, lo llamó i cuando don Márcos entró nuevamente a la pieza:

—Oiga, amigo mio, le dijo, i no olvide lo que voi a decirle. Vd. se ha espresado con alguna injusticia, debida tal vez al estado aflictivo en que se halla, i yo no he querido contradecir a Vd. esperando que la calma i la reflexion le manifiesten que está engañado. No niego que los recursos pecuniarios que hasta hoi he proporcionado a Vd., son pocos; pero que quiere Vd.! los negocios estan malos i se necesita hacer economías. En cambio, abrigo la esperanza de que esas economías me darán bien pronto cómo asegurar el porvenir de mis amigos i cómo manifestarles de una manera positiva, que sus trabajos i privaciones no han sido infructuosos. Para llegar a ese resultado, para no desorganizar los grandes planes que tengo entre manos, son necesaria dos cosas: primera, trabajar con activi-

dad i teson; i segunda, una economía sistemada i prudente. ¿Qué importa un par de meses de privaciones si con ello se asegura todo un porvenir de holgura?..... Vamos, no tengo tiempo de hablar a Vd. con mas detencion; pero cuando Vd. vuelva por acá, le manifestaré una parte de mis proyectos para que Ud., como yo, comprenda lo que puede importarnos un poco de mortificacion. Por ahora, lleve Vd. ese dinero para que atienda a sus necesidades mar urjentes, i dentro de tres dias vuelva Vd. por una cantidad seis veces mayor.

Don Márcos miró rápidamente el dinero que el ajente de negocios ponia en sus manos i contó cinco onzas de oro, que, multiplicadas por seis, le daban quinientos diez i siete pesos cincuenta centavos en espectativa.

—¿Cuál será la comision que éste hombre me va a confiar, se dijo, cuando así me paga?

Un minuto despues don Márcos se habia alejado i Gaspari se puso a escribir con pasmosa rapidez.

CAPÍTULO XL

Ambiciones de un viejo

La escena que vamos a describir, tenia lugar en casa de don Cornelio del Valle, algunos dias despues de la conferencia que el ajente de negocio,s don Lorenzo Gaspari, sostuvo con don Márcos Lay.

Don Cornelio estaba mas pálido, mas abatido que ántes: se diria que sus pesares habian minado tanto su existencia, como si desde que sufria hubieran trascurrido veinte años. Su mirada era triste, incierta, i cuando la dirijia a su hija Susana, que ocupaba un asiento frente a él, mesa de por medio, i en la cual ámbos se apoyaban, su frente parecia contraerse por un nuevo i mas agudo dolor.

Era que el amante padre veia con íntimo pesar los estragos que en Susana principiaban a causar los sufrimientos. Tanto o mas pálida que él, la jóven habia enflaquecido notablemente; i a pesar de que por hábito i por aseo, jamas dejaba de ataviarse con gusto, aunque sencillamente, era mui fácil ver en sus mejillas—marchitas como la flor en medio de un dia de verano, i en su sonrisa, mas triste que el canto del ave del paraiso -la honda melancolía que trabajaba su corazon. No obstante, jamas nacia de sus labios un suspiro o una queja, i al contrario, siempre habia en ellos una palabra de esperanza o consuelo para su anciano i abatido padre. No dejaba éste de comprender i admirar la nobleza i valentía de su hija al verla sofocar sus dolores para acudir a mitigar los que él sentia, i esa misma jenerosidad, ese mismo amor, reagravaban su martirio.

El momento en que los presentamos, habia sido anhelosamente esperado por Susana, i motivo de grandes dudas i muchas preparaciones por parte de don Cornelio.

Desde el dia en que el anciano volvió al lado de Susana, despues de haber estado en la Cañadilla, en casa de don Samuel Ledezma, no habia querido confiar a su hija el resultado de varias dilijencias efectuadas para hallar el sitio en que se ocultaba Matilde i convencerse de la inocencia o culpabilidad de Edmundo.

—No me preguntes nada, hija mia, le habia dicho el anciano, hasta que yo crea prudente revelarte lo que haya avanzado en mis investigaciones. Interesado tanto o mas que tú misma en conocer la verdad, no descansaré un dia ni una hora hasta conseguirlo. Así, procura no sufrir, procura olvidar ese amor que de todos modos es imposible

para tí, i si me amas tanto como lo creo, trata de no abatir tu salud. Piensa, hija mia, que tu amor es el único que me queda sobre la tierra, i que si tú me faltaras, perderia la vida bajo el peso del dolor.

Susana desde entónces, trató de obedecer a su padre i quiso arrancar de su alma el amor inmenso que sentia por Edmundo; pero sus esfuerzos solo sirvieron para mantener mas viva e indeleble la imájen que estaba acostumbrada a ver, con los ojos del recuerdo i de la imajinacion, grabada en su mente de mujer enamorada. Luchó, no obstante, con enerjía: combatió su tristeza apelando a cuantos recursos le sujeria su inventiva; i en esas horas de soledad, de aislamiento, en que el alma vive del recuerdo del pasado, o trata de penetrar los secretos del porvenir; en esas horas en que se siente un blando deleite, mecida la imajinacion al compas de hermosos o tristes cantares; en esas horas, repetimos, de llanto mudo i silencioso, en que el alma de todo sér busca, en una armonía lejana, el eco que se hermane al eco, la voz que conteste a su voz, la caricia arrulladora que corresponda a su ambicion; en esas horas, en fin, en que vemos pálido el horizonte, triste i amenguada la luz, vaga e incierta la dicha, i en que una lágrima salta a los párpados, un suspiro levanta el pecho i una frase, un ¡ai! tremula en los labios; en esas horas, Susana del Valle sintió mas de una vez la postracion, el abatimiento del que ve perdida para siempre la esperanza casi convertida en realidad, de una dicha cercana e infinita; i así como el náufrago, despues de luchar desesperadamente con las olas que lo alejan de la playa en que está la vida, cansado i exhausto de fuerzas, se deja al fin lle-

var por la corriente, así la jóven abandonábase por instantes a esa espansion muda pero terrible de un dolor que por largo tiempo se ha reprimido... Pero luego, volviendo en sí de ese marasmo, ocasionado por la realidad de su infortunio, alzaba la frente que un momento ántes abatiera, i con el valor de la mártir que afronta el martirio, con la resignacion del cristiano que acepta una expiacion:

—¡Yo necesito vivir para que mi padre viva! se decia. ¿No me ha dicho él que yo soi su único consuelo?...

I entónces la valerosa i abnegada jóven enjugaba sus lágrimas, i serena, risueño el semblante, amorosa la voz, corria al lado de su padre i le prodigaba tales i tan dulces caricias, que el anciano sentia dilatarse su corazon....

Así habian pasado los dias hasta el momento en que don Cornelio, frente a su hija, a quien habia llamado para levantar el velo que cubria, segun él, uno de los mas desconsoladores desengaños, se hallaba perplejo aun, i sin saber como principiar.

Por fin, deseoso de cumplir cuanto ántes con la obligacion que se habia impuesto le dijo:

—Ha llegado el momento, hija mia, en que vas a conocer el resultado de mis dilijencias. Te recomiendo que desde luego prepares tu ánimo para recibir noticias que han de entristecerte, porque arrancarán de tu corazon, como las han arrancado del mio, las últimas dudas, que eran tambien nuestras últimas esperanzas.

—Estoi preparada a todo, padre mio, dijo Susana; así no tema Vd. el confiarme lo que haya descubierto.

—Es bien poco, hija mia, lo que he avanzado; pero mas me valiera, tal vez, permanecer tan ignorante como al

principio, pues así, al menos, no seria tan cruel mi dolor! ¡Pero esta será la voluntad de Dios, i es necesario resignarse!... Principiaré por decirte, que el mismo dia que estuve en casa de ese señor Samuel Ledezma, donde encontré la cajita que habia regalado a Matilde me dirijí a la casa de Edmundo con el fin de poner en su conocimiento cuanto me habian revelado, i que si era inocente, se vindicara. Pero no lo encontré, i por su criado, supe que habia salido el dia anterior i aun no habia vuelto. Si su ausencia, como tú lo presumias, era motivada por el viaje a las Higueras, a la hora en que yo fuí a su casa debia haber vuelto, tanto mas, cuanto que debia entregarte el manuscrito que le habias encargado. Con la esperanza de que llegara de un rato a otro, le dejé una carta i lo esperé aquí hasta el siguiente dia. Ya sabes que hasta hoi no se ha presentado! Al ver desvanecerse mi esperanza, me dirijí a Maipo, a la quinta de Nicolasa, con el objeto de saber por ella algo que confirmara o desvaneciera mis temores. ¡Desgraciadamente debia efectuarse lo primero!

Nicolasa no estaba allí; pero en su lugar, encontré otra mujer que habia visto a Matilde i a Edmundo algunos dias ántes.

—¿Ella los conocia? preguntó Susana, sin poder dominar una poderosa emocion.

—Nó; pero las indicaciones que dió de sus fisonomias, hasta de los trajes que cargaban el dia en que ella los vió, no me ha dejado lugar a dudas. Por otra parte, Nicolasa, al dejarla allí para que le cuidara su habitacion, le dijo:

—Voi por un poco de tiempo a acompañar una hijita de leche que necesita de mis cuidados.

No satisfecho aun, continuó don Cornelio, me dirijí a la hacienda de Edmundo, por si estaba allá. Me presenté de improviso e hice que el mayordomo me abriese todas las puertas; pero mi viaje fué tan inútil como habia sido el que hice a Maipo.

A pesar de esto, abrigaba la esperanza de ver a Edmundo de un rato a otro i de que podria justificarse de los graves cargos de que es acusado; mas cuando regresé aquí i supe que no habia vuelto a su casa i que nadie lo habia visto desde ese dia, la débil esperanza principió a desvanecerse.

Como ya te he dicho, Susana, el padre Basilio se justificó de tal modo de las sospechas que sobre él habíamos tenido, que habria sido una injusticia dudar de su confesion...

—Sin embargo, observó la jóven, él le prometió que devolveria intacta la carta que yo habia dirijido a Edmundo i que fué entregada por Maria a don Lorenzo Gaspari, i hasta hoi no lo ha hecho.

—Te equivocas, hija mia: esa carta está aquí, repuso don Cornelio, i se conoce que no ha sido abierta.

El bondadoso anciano sacó una carta de su bolsillo i la pasó a su hija.

Susana la examinó detenidamente, i al ver que la oblea estaba intacta, trató de probar si se podria leer sin despegarla.

—¿No es verdad que no ha sido abierta ni puede haber sido leida? preguntó don Cornelio.

—Así parece, padre mio, contestó Susana, ni aun el papel está ajado.

—Pues bien, eso te probará que el padre Basilio ha dicho la verdad i que Edmundo tiene en su poder el manuscrito. ¿Por qué no te lo ha remitido?... La única causa, hija mia, por doloroso que sea el decirlo, es que él habrá sabido que su infamia estaba descubierta, i ha querido a toda costa evitar el presentarse a nosotros.

—¿I no puede haberle sucedido alguna desgracia al volver de las Higueras? observó Susana.

—Sí, es posible, contestó don Cornelio; pero tú sabes, hija mia, que cuando se comete un asesinato o un salteo en cualquiera parte que sea, luego se sabe, i yo he mandado que se hagan las mas minuciosas investigaciones en todo el camino, i nadie tiene conocimiento del menor suceso desgraciado. La desaparicion de Edmundo, por otra parte, está acompañada de otras consideraciones que es necesario tomar en cuenta. En primer lugar, que tambien ha desaparecido Matilde; en seguida, que él, que rara vez pasa una semana sin ir a su fundo, hace ya, segun me dijo su mayordomo, mas de un mes que no le ven por allá. luego, si no es él quien tiene a Matilde, ¿cómo dió con ella para traerte esa carta? por qué no han querido revelarte ni ella ni él el lugar en que se hallaba? por qué, en fin, la misma Matilde se manifiesta tan desesperada i oculta su falta? Por qué, agregaré, parece que trata de preparar tu ánimo ántes de revelarte su situacion?

Susana no halló qué replicar. Aunque no podia admitir la traicion de Edmundo, ella misma no sabia cómo esplicarse que en tanto dia no le hubiera dado cuenta de la comision que le habia encargado.

Don Cornelio continuó:

—En pocos momentos mas, hija mia, sabremos algo positivo, pues don Lorenzo Gaspari ha quedado de venir a comunicarme el resultado de sus últimas investigaciones.

—Mucho sentiré, dijo Susana, que él haya adelantado mas que Vd.

—¿Por qué?

—Porque ese señor Gaspari, padre mio, me inspira una aversion involuntaria i no puedo verlo sin un secreto horror. Desde que él vino a esta casa, la desgracia nos persigue, i sea casualidad, sea otra cosa que no me atrevo a mencionar, cada vez que viene es para comunicarnos alguna nueva que nos hace sufrir.

—Tienes razon, dijo don Cornelio; le ha tocado ser siempre el mensajero de mis sinsabores; pero no podemos acusarlo de que él sea la causa: al contrario, me ha dado mil pruebas de desprendimiento i de cariño, i tal vez por él consiga no perder mi hacienda del sur.

—¿Se ha encontrado la escritura que Vd. hacia buscar?

—Aun no, hija mia; pero nos queda un mes, i durante este tiempo, la hallaremos. El señor Gaspari ha prometido ayudarnos, o comisionar para eso una persona intelijente.

En ese momento se presentó un criado i anunció al ajente de negocios.

—Que éntre, dijo don Cornelio.

I volviéndose a Susana, agregó:

—Valor, hija mia, para recibir las noticias que este amigo pueda traernos.

Don Lorenzo entró a la sala i saludó a la anciana i a la jóven de la manera mas atenta i afectuosa. En seguida ocupó una silla que don Cornelio colocó a su lado, i

despues de algunas frases cambiadas entre los tres i que en nada interesan al lector, el ajente acomodó sus anteojos como para mirar mejor a sus interlocutores, i dijo:

—Vengo, mi señor don Cornelio, a cumplir con lo que prometí a Vd. ayer. Le confieso que me es bien penoso destruir en su corazon los últimos restos de su esperanza; pero ya que el mal no tiene remedio. es necesario afrontarlo desde luego.

Prometí a Vd., agregó Gaspari, que pediria a nuestro comun amigo el R. P. Vivanco una prueba irrecusable de mi aserto, i hoi esa prueba la traigo aquí.

—¿I qué prueba es esa? preguntó don Cornelio sin poder dominar un vivo temor.

—La prueba de que ese jóven Edmundo Cortés ha sido el que sacó a la señorita Matilde de casa de don Samuel Ledezma. Vea Vd. esta carta, mi señor don Cornelio.

El anciano tomó el papel que el jóven le pasaba i leyó la carta que Edmundo habia escrito a Matilde, en que la decia que tuviera completa confianza en Valentin i huyera con él mientras por su parte, iba a efectuar una diligencia que le habia encomendado Susana.

—¡Ah! sí; esto es indudable!...esclamó don Cornelio con amargura. Lee, hija mia; lee esa carta, agregó, pasándola a Susana.

La jóven la recorrió brevemente i dijo:

—Es cierto que esa letra es de Edmundo; pero ¿cómo se esplican las contradicciones que hai entre esta carta i la que el señor Samuel Ledezma escribió al padre Vivanco?

—¿Qué contradicciones encuentra Vd., señorita? pre-

guntó el ajente acompañando sus palabras con esa sonrisa semi-desdeñosa i semi-burlona que regularmente entreabria sus labios.

—En la carta del señor Ledezma, contestó Susana, se dice que Matilde ha huido del lado de Edmundo; convencida de su perfidia, i en esta se ve, al contrario, que debe reinar entre ellos la mas grande armonía desde que Edmundo llega a confiar a un tercero la mision de trasladarla a otro lugar i salvarla de sus enemigos. ¿Cuáles son por otra parte, los enemigos de Matilde?

—Creo conocerlos, señorita Susana, contestó Gaspari. Los enemigos a que alude ese jóven, somos nosotros: nosotros que hemos seguido sus pasos i que hemos podido descubrir su deslealtad. Respeto a las contradicciones que Vd. encuentra entre esta carta i la que recibió del R. P., le diré que no existen. Los enamorados, señorita—permítame que le hable con esta franqueza,—proceden todos de la misma suerte. Un instante se encuentran quejosos el uno del otro i un instante despues se idolatran. Sobre todo, cuando hai celos, esas escenas se repiten diariamente. La misma carta de don Samuel Ledezma, segun me ha dicho el padre Vivanco, es una confirmacion de lo que sostengo. ¿No se habla en ella de que la señorita Matilde deseaba romper sus relaciones con don Edmundo, pero que éste hallaba medios de hacerse perdonar? No habrá sucedido igual cosa esta última vez? Pero hai algo mas elocuente que esas suposiciones, i es que la señorita Matilde ha desaparecido, i junto con ella, o mas bien, al mismo tiempo que ella, el señor Edmundo Cortés. Así que, aun cuando no tuviéramos esa carta, que es una prueba irre-

cusable, bastaria para convencerse de la realidad, el dar una mirada imparcial a los hechos que el señor don Cornelio conoce tan bien como yo.

—I esa carta. preguntó Susana, ¿cómo ha venido a sus manos?

—Señorita, contestó Gaspari con voz grave i acentuando una a una sus palabras como para darles mayor peso; señorita, si me fuera posible revelar a Vd. hasta los mas insignificantes detalles de lo que se ha hecho para llegar a obtener el conocimiento pleno de lo sucedido, lo haria con el mayor placer; pero hai secretos que no me pertenecen i algunas cosas que solo he sabido por el padre Vivanco, sin tener conocimiento de la manera cómo se han efectuado. La desconfianza que Vd. me manifiesta, no crea que me hiere: la encuentro natural, casi justa, porque adivino lo que pasa en su corazon i veo que un alma grande i noble como la suya, no puede comprender esas acciones bajas i repugnantes que tan frecuentes son en la sociedad. ¿I qué cree Vd, que me mueve a ocuparme de estos asuntos? Mas que la amistad i el cariño que profeso al señor del Valle, la indignacion que me causa un proceder lleno de vileza i cobardía.

Una sonrisa casi imperceptible, pero que no pasó desapercibida para Gaspari, entreabrió los labios de Susana.

—¿Vd. lo duda, señorita? interrogó el ajente. Perdóneme si le digo que su duda es injusta i que me causa mucho sentimiento. Apelo a su propia conciencia, a sus recuerdos, para que me diga si ha visto en mí algo que me haga acreedor a su desconfianza. ¿Qué interes tendria yo, por otra parte, en que Vd. sufra? A mi edad, señorita i, sobre

todo, en mi condicion de hombre solo, estranjero, ocupado noche i dia en los negocios, que absorven todas mis ideas, sumido en los cálculos del comercio que mas de una vez dejan un total desconsolador, he tenido una ambicion, un deseo, una especie de capricho poderoso que la sola idea de satisfacerlo me ha hecho sonreir. Un pobre viejo como yo, señorita Susana, que vive aislado, triste, sin ver jamas cerca de sí un semblante querido que con una sonrisa aumente su dicha si está contento, o con una mirada de aprecio calme su dolor si es desgraciado, un sér así, lo repetiré, suele esperimentar la necesidad de tener a una persona a quien amar, para que todo no sea árida prosa en las pájinas de su vida. Pues bien, hoi que veo ya un obstáculo invencible i que, por última vez, acaso, hablaré con Vd., le confieso que ese capricho como lo he llamado, que esa necesidad como es mas propio designarla, era la de hacerme querer por Vd.

Don Cornelio miró a Gaspari con admiracion.

Susana se preguntó:

—¿Estará loco este caballero?

El ajente de negocios, dando a su voz una entonacion mas solemne, a sus ademanes mas calor, continuó:

—Sí, señorita Susana: amar a Vd. como a una hija, como a una hermana querida que perdí, i saber que Vd. me miraba con el cariño que se tiene al amigo fiel, con el aprecio que se siente por un tio, por un deudo, por una persona cualquiera con tal que se tenga simpatías por él, hé ahí mi deseo, mi ambicion.

Susana iba a contestar, pero Gaspari no le dió tiempo, pues agregó:

—Voi a anticiparme a contestar lo que Vd. puede decirme, señorita Susana. Pero ántes permítame manifestarle la causa principal del cariño que he sentido por Vd.

Para esto, necesito dar una mirada a los dias felices de mi vida, a la época en que un porvenir tranquilo i dichoso se desarrollaba ante mi vista. ¡Ah!.... qué léjos están, sin embargo, esas horas venturosas! ..

La voz de don Lorenzo habia ido dulcificándose poco a poco, i vino a rematar en un suspiro.

Guardó silencio un instante, como si evocara recuerdos melancólicos, i agregó:

—A los veinte años de mi existencia, perdí a mi madre i quedé huérfano i sin mas compañía que la de una hermana que aun no cumplia los diezinueve años. Felizmente, nos amábamos tanto cuanto pueden amarse dos hermanos, i desde el dia de nuestra orfandad, todo el amor que teníamos a nuestra madre, pasó a aumentar el que uno por otro sentíamos. Temerosos de que un cariño estraño pudiera separarnos tarde o temprano, nos juramos permanecer solteros, i así sucedió durante cinco años, que fué el corto tiempo que Dios quiso conservarla a mis cuidados i a mi amor!...

—¿Murió? preguntó don Cornelio.

—Sí, amigo mio: una cruel enfermedad la arrebató de mis brazos dejándome solo, enteramente solo en el mundo! Estuve al volverme loco, i para que esto no sucediese, me sacaron de mi patria, que mas bien que tal, la consideré como al sepulcro inmenso en que habia desaparecido cuanto era caro a mi corazon. Desde entónces, me entregué a la vida ajitada del comercio i busqué en el trabajo

asíduo, árduo, fatigoso, un olvido de mi pesar. Al cabo de muchos años, llegué a creer que mi corazon habia muerto para todas las emociones, tan silencioso e indiferente lo sentia! Pero no era así: el recuerdo de esa dulce jóven no se habia estinguido: permanecia oculto, medio sofocado por el trabajo incesante que daba a mi intelijencia i a mi cuerpo.

En estas circunstancias fuí presentado a Vd., amigo mio, continuó Gaspari dirijiéndose a don Cornelio; i por una de esas simpatías que se sienten, pero que no se esplican, me ví arrastrado a su amistad como hasta entónces no lo habia sido. En breve tambien, i cuando conocí a Vd., señorita Susana; cuando comencé a ver en Vd. el mismo carácter, las mismas ideas, el mismo jenio i aun casi la misma voz de mi hermana; cuando ví que su semblante, su gallardía, su cuerpo airoso i jentil eran un retrato fiel del sér que amé, no fué ya simpatía la que sentí por Vd.: fué un cariño tierno, respetuoso i tan escesivo como el que tuve a mi hermana!

Gaspari calló un instante i miró fugazmente a sus interlocutores para ver el efecto que habria hecho en ellos su discurso.

Don Cornelio miraba al ajente con creciente admiracion.

Susana no podia disimular su incredulidad.

—Despues de haber manifestado a Vds. la causa de mi cariño, el móvil o la base, si así puedo llamarla, que han tenido mis afecciones, continuó Gaspari, voi a contestar a una pregunta que Vds., i particularmente la señorita Susana, debe hacerse desde que principié esta confesion.

¿Por qué, se preguntarán Vds., si la señorita Susana es la causa principal de las simpatias que siento por toda la familia, he permanecido hasta hoi tan alejado de la casa? por qué en las tardías ocasiones que he venido me he mostrado tan indiferente? ¡Voi a decirlo, i quiera Dios que mis sinceras palabras sean creidas!...

Don Lorenzo guardó silencio mientras arreglaba sus anteojos, que, con los movimientos para dar mas animacion a sus palabras, habian descendido un tanto de su nariz. Luego, comunicando a su voz ese acento conmovido, lleno de la amargura que siente el que se ve precisado a manifestar su honradez cuando se le acusa injustamente, agregó:

—Conozco demasiado los males que puede causar la maledicencia, i cuanto conviene evitarla; por esto he sido prudente i circunspecto. ¿Qué habrian dicho los noveleros, los que andan a casa del ridículo, de las novedades, cuando hubiesen notado que un viejo como yo, frecuentaba una casa i dirijia sus atenciones, o manifestaba su cariño a una jóven que podia ser su hija? Habrian dicho: ¿la ama como un padre a su hija, como un hermano a su hermana, como un amigo a su amiga?... No, habrian ridiculizado mis afecciones, habrian comentado de mil maneras mis continuadas visitas i habrian concluido por formar el ludibrio de un sentimiento que es grande i noble por su orijen, i todo dignidad i elevacion por su pureza. I aquí entra tambien otro capricho, otro deseo cuya realizacion estaba llena de encantos...

Gaspari se detuvo como si dudase manifestar del todo

su pensamiento; pero luego, acompañando sus palabras de una mímica espresiva:

—¡Lo diré todo, continuó, ya que ha llegado la ocasion de tener que justificar mi lealtad!... ¿Saben Vds. lo que deseaba mas ardientemente?—Que se me presentaran oportunidades para probar que era un amigo fiel i desinteresado, i entonces, cuando mi rectitud fuera un hecho conocido, cuando los servicios prestados me dieran derecho para que se me acordase alguna gratitud, cuando, en fin, Vds. mismos no supieran como esplicarse mi abnegacion, mi empeño para servirlos, mi jenerosidad i mi desinteres, entonces i solo entonces decirles:—«Ha llegado el ansiado momento, amigos mios, en que debo decirles el precio de cuanto he hecho por Vds.: yo, que la mayor parte de mi vida he pasado solo, perdido en los afanes del comercio, ajitado por las emociones del cambio i del lucro, llevado de un lado a otro por las especulaciones i por el trabajo, estoi cansado, abatido, hastiado de la soledad, i deseo con vehemencia pasar mi vejez bajo un techo hospitalario, donde pueda encontrar afectos sinceros i desinteresados que me hagan conocer el bienestar i la quietud que en época remota, probé durante un cortísimo tiempo. Ese afecto i ese techo hospitalario para mis últimos dias, he creido encontrarlos con Vds. He acumulado una pequeña fortuna sin mas deseo que satisfacer un capricho, uno de esos caprichos que, en la vejez, son un dulce consuelo, una inmensa satisfaccion, i espero que vosotros me permitireis, para cumplirlo, dividir en dos partes la pequeña fortuna que poseo i ocupar cada una de ellas en un regalo de

bodas para el dia en que las señoritas Matilde i Susana del Valle sean conducidas al altar!...

—¡Oh! agregó Gaspari con acento conmovido: si Vds. supieran cuántos momentos he gastado formándome la ilusion de que disfrutaba ya de esa vida apacible! que de veces he distribuido las horas del dia, empleando las unas en ir con mi amigo a la iglesia o a un honesto paseo, i las otras en gozar de esa intimidad franca del hogar, que dilata el corazon i prolonga la vida!... Para Vds., que disfrutan de ese bien, es desconocido tal vez el precio de esos goces puros que tienen por base la simpatía o el amor; pero para mí—pobre viejo que esperimento la necesidad de un apoyo moral, que veo en torno mio la soledad, el aislamiento, la indiferencia, en la época en que el corazon reclama con mas imperio un cambio de afecciones i en que el instinto de relacion se hace tan necesario como el aire que respiramos;—para mí, repito, la sola idea de realizar ese sueño formaba ya una dicha anticipada!... I hoi mismo, agregó Gaspari con creciente emocion, hoi mismo que veo disiparse esa esperanza, quisiera aun a costa de la mayor parte de mi vida, volver a alimentarla.

—¡Pero, don Lorenzo, le dijo el padre de Susana, ¿por qué no me habia manifestado tiempo ha su deseo? Temia Vd. que yo me negase a recibirlo?

—Nó, amigo mio, contestó Gaspari: jamas he creido una cosa igual; pero ¿con qué derecho, con qué clase de títulos lo hacia?

—Eso es tener mui poca confianza, le dijo don Cornelio.

—Eso es querer darse mayores satisfacciones, replicó

Gaspari. Si yo trabajaba para conquistarme el corazon de Vds., era porque así, conociendo que se correspondia a mi cariño, habria tenido mas confianza, mas libertad, i sobre todo, me habria proporcionado esa satisfaccion íntima del que sirve al amigo, al compañero, al hombre a quien ha brindado i de quien ha recibido mil pruebas de sincera amistad..... ¡Pero dejemos esto, amigo mio: ya nos hemos ocupado mucho de mis aspiraciones, ocupémonos ahora de los asuntos de Vd.!

—No será ántes, dijo don Cornelio, de que Vd. me prometa que desde hoi mirará mi casa como suya.....

—¡Oh, mi buen amigo! esclamó Gaspari con voz conmovida: Vd. no sabe cuán feliz me habria hecho esa oferta un dia ántes!.... Pero hoi, hoi que se duda de mí, no puedo aceptarla!.....

—Nuestra duda, dijo Susana, nace de la situacion estraña, de los hechos inesplicables que nos suceden.

—I bien, dijo Gaspari: miéntras esa situacion estraña no se defina, miéntras esos hechos inesplicables no se aclaren, quedo en tela de juicio i obligado a vindicarme, a manifestar mi inocencia i mi buena intencion.

—Nosotros no hemos dudado de su buena intencion, dijo don Cornelio; pero, sí, no hemos podido esplicarnos lo que sucede.

—¡Ah! es tan sencillo, por desgracia, lo que sucede! esclamó Gaspari; i si hoi mismo se presentara a Vds. la señorita Matilde, ella les esplicaria el rol que me ha tocado desempeñar a su lado i les diria que yo he sido el único que ha procurado consolarla, el único que ha tratado servirla!..... El mismo don Edmundo, si conserva un ras-

tro de delicadeza, les diria cuántos consejos, cuántas súplicas le hice en ese dia en que nos encontramos en Maipo!. . .

—Todo eso, dijo Susana, no podemos dudarlo desde que Vd. lo afirma. Pero ¿cómo se esplica que María, mi sirviente, estuviera traicionándome para comunicar a Vd. cuanto secreto sorprendia? Por qué ha desaparecido de casa de un momento a otro i cuando habia prometido serme fiel?

—Eso, señorita Susana, ha sido obra del padre Vivanco: yo he servido como de instrumento, de intermediario, i créame que mas de una vez manifesté al padre Basilio la repugnancia con que ejercia esa especie de espionaje. Pero él me decia: *El fin justifica los medios*, i si no echamos mano de este recurso para librar a nuestro amigo don Cornelio i a su noble hijita Susana del mal que les amenaza, tendremos que lamentar una nueva desgracia. Respecto a la desaparicion de María, francamente que yo no sé a qué atribuirla. ¿Ha temido la pobre mujer que en lo sucesivo se le negara la confianza que se le habia dado? Es de presumirlo así, visto el sentimiento que, segun he sabido por el señor del Valle, manifestó cuando Vd. la amenazó con retirarle su confianza... ¡Ah, señorita Susana! si Vd., por bien suyo i mio, por el bien de don Cornelio i de su tierna hermana, quisiera que hicieramos los dos una alianza para combatir el infortunio, pero una alianza franca, sincera, en que ámbos procediésemos con entera lealtad, comunicándonos nuestros propósitos, nuestros deseos, los menores pasos que diéramos en el sentido de llegar pronto a un desenlace satisfactorio, yo creo que consiguiríamos un espléndido resultado!... Vd., como mas

jóven, como mas interesada, tal vez, en el éxito; como mujer, en fin, que está dotada de un tacto mas esquisito, de una imajinacion mas despejada, de un corazon mas sensible, seria el jefe, la cabeza que dirijiera, i yo la máquina, el instrumento que ejecutara!... Con una alianza así—noble en su propósito i en su oríjen, santa por el fin que persigue—¿a quién podríamos temer?

—Por mi parte, dijo Susana, todo lo que aspiro es que mi hermana sea dichosa.

—¿I puede realizarse ese deseo sin que Vd. sacrifique su propio corazon?

—Hace tiempo, contestó la jóven que he olvidado mis dolores i que solo siento los de Matilde.

—¡Oh! esclamó Gaspari, su sacrificio no será estéril, señorita; mas, para que produzca los resultados que Vd. apetece, no basta el buen deseo: es necesario llevar el desprendimiento hasta la abnegacion.

—¿I qué puedo o debo hacer yo? preguntó la jóven disimulando sus penosas emociones.

—Su rol, señorita Susana, es bien doloroso, bien difícil, casi imposible; pero se trata de contestar con el desden, aunque sea aparente, al insulto vil que se ha hecho a su...

—No califique de vil, señor Gaspari, la falta de mi hermana, dijo la jóven interrumpiendo al ajente.

—Llamo vil, señorita, la conducta del que, burlándose de la virtud, engañando a la inocencia, haciendo un escarnio de los deberes sagrados que el hombre debe respetar, ha venido a herir de un solo i aleve golpe tres corazones que solo tenian cariño i bondades para él.

—Así que sea, replicó Susana, yo no podré oir jamas

con indiferencia que se denigre al que desde la infancia he conocido noble i honrado.

—Ese sentimiento, señorita, la enaltece ¡pero no es bastante para deshacer lo hecho, para borrar lo que ha sucedido!

—Aunque llegue el dia en que tenga la evidencia ante la vista, contestó Susana, no acusaré a Edmundo ni a mi hermana.

—¡Todavia duda Vd.! esclamó Gaspari

—¿Dudo? interrogó Susana como hablando consigo misma. ¡Sí! dijo tras de una breve pausa: dudo i creo que dudaria aun cuando el mismo Edmundo viniera a confesarme su falta! Hai algo que me dice que todo no es sino una apariencia, una dolorosa equivocacion; i si llegase el momento en que me fuera preciso renunciar a esa vaga esperanza, me creeria infeliz!...Así, señor Gaspari, si Vd. verdaderamente se interesa por mi bien, no me obligue a confesar que he estado engañada.

—Pero, señorita, ¿a qué alimenta Vd. una ilusion? a qué consentir lo que bien pronto ha de desvanecerse como el humo? No es mejor que prepare su corazon para el dia en que Vd. misma, obligada por las circunstancias, tenga que interponer su influencia para que don Edmundo cumpla con el deber que un estravío ha echado sobre sus hombros? ¡Piense en que tal vez haya que implorar del culpable, que trate de encubrir su falta!...

—¡Eso nó! esclamó don Cornelio sintiendo arder su noble sangre de caballero. ¡Eso nó, don Lorenzo!... Porque ni yo ni mi hija sabremos pronunciar esas palabras!... Si Edmundo olvida hasta tal punto su delicadeza que espere

que nosotros le compelamos a que lave su crímen del único modo que puede lavarlo; si tal espera, repito, le escupiré la cara como a un villano i dejaré que mi hija llore su caida, pero no la deshonra de ser la esposa de un miserable!

—Sí, valdria mas eso, dijo Gaspari; pero yo confío en que de un momento a otro, don Edmundo escribirá a Vd. pidiéndole perdon i solicitando su beneplácito para realizar lo que tiempo ha debia haber efectuado. ¿No espera Vd., señorita Susana, que lo hará así?

—Yo no quiero ni pensar en el porvenir, señor Gaspari, dijo Susana. Ahora que veo acumuladas tantas pruebas en contra de Edmundo, me limitaré a esperar los acontecimientos, porque si bien es cierto que seria un inmenso consuelo para mí que Edmundo al ménos resultara inocente, tambien lo es que no me siento inclinada a desear la union de mi hermana con quien no podrá hacerla dichosa.

—¿Por qué razon, señorita? preguntó Gaspari con interes.

—Porque Edmundo, contestó Susana, si ha descendido hasta querer engañarme i burlarse de mi padre i de mi hermana, será porque su corazon ha cambiado completamente. ¿Qué podria esperar la pobre Matilde de él?

—Tiene Vd. justicia, dijo el ajente. Por el lado que se mire este asunto, no se le encuentra una buena solucion. Si la señorita Matilde se casa con don Edmundo, no podrá jamas ser feliz: primero, porque será para ella un martirio de todos los instantes el recordar que Vd. sufre por su causa; i segundo, porque él no será lo bastante noble para dedicar su vida entera a hacer la dicha de una

pobre jóven a quien solo se ha unido por la obligacion, despues de satisfacer un capricho.

Ni Susana ni don Cornelio contestaron.

Gaspari continuó hablando del remordimiento, de la vergüenza, de todo cuanto sufriria Matilde si se la obligaba a volver al hogar, a vivir con su hermana, i pintó con frases espresivas i conmovedoras la situacion de esa pobre jóven, que se consideraria aislada i sola aun en medio de su familia.

Don Cornelio suspiró al ver el cuadro que el ajente diseñaba con verdadera exactitud, i deseando ántes que todo, la felicidad de su hija, preguntó al ajente:

—¿I qué me aconseja Vd., amigo mio, que haga para que Matilde no sea tan desgraciada?

—¡Ah! no veo por el momento mas que un medio... Pero es casi impracticable, i yo mismo creo que no tendria valor para hacerlo, contestó Gaspari, con indecision.

Meditó un instante, como si vacilara entre manifestar o no su pensamiento.

—I bien, agregó: no hai mas que este recurso; i un padre que desea el bien de su hija aun a costa de su propia felicidad, es lo único que puede hacer. Mi opinion, amigo mio, es que Vd. no debe ver tan pronto a su hija. Si se casa, que viva con su esposo algun tiempo ántes de presentarse a Vd., i si no se casa.....

El ajente se detuvo aparentando indecision.

—¿I si no se casa? preguntó don Cornelio con avidez.

—¡Ah!... si eso sucede, dijo Gaspari, ningun lugar convenia mas a la señorita Matilde que un monasterio. Quien ve tronchadas sus ilusiones apénas han nacido en el cora-

zon; quien ve escarnecida su fe por el mismo que la alimentó; quien nada espera del porvenir, si no es el recuerdo amargo i desabrido de los desengaños, ¿qué lugar mejor para buscar la paz, la quietud i el olvido? Si los que no tienen nada terrible o doloroso que lamentar en su pasado encuentran allí dulces e inefables satisfacciones, ¿cuál las encontrará el que va con el alma herida, con el corazon despedazado? La relijion, amigo mio, es el bálsamo que cura los mas grandes dolores, i el último, i tambien el único refujio que encuentran algunos séres desgraciados. ¿Cree Vd. que yo no he dado mil veces una mirada codiciosa a esos hogares bendecidos por Dios? Sí: cuando me he visto solo, cuando he contemplado fria i desapasionadamente lo que es el mundo, lo que es la vida, lo que son los hombres, he mirado con amor, con respeto, con cierta envidia, esos asilos de la juventud que ha llorado o de la vejez que, desengañada por una esperiencia dolorosa, busca i halla allí el reposo i la paz!

Esta vez, como anteriormente, Susana i don Cornelio guardaron silencio.

Ambos, heridos por el infortunio, sentian ese vacío, esa intranquilidad, ese desfallecimiento moral que en ciertas épocas de la vida, arrastra al hombre hácia el deseo de buscar en la tumba el descanso que en otra parte cree no encontrar.

I entre una tumba i un claustro, no hai mas que una corta diferencia.

En la primera se sepulta el cuerpo: en el segundo el espíritu con el cuerpo.

Don Lorenzo se levantó para irse.

—Amigo mio, dijo, piense Vd. bien lo que le he dicho. Por mi parte, no está distante —créalo—el dia en que Vd. me verá cambiar mi oficina de negocios por una pobre pero tranquila celda. Vd. me irá a ver allí i envidiará mi resolucion.—Adios! yo volveré apénas obtenga algunas noticias o avance algo en mis investigaciones.

.....

Algunos minutos despues, don Cornelio decia a Susana:

—¿No crees, hija mia, que seríamos mas felices si buscáramos en el retiro i en el amor esclusivo de Dios un olvido o un remedio para nuestros actuales sinsabores?... Yo—te lo confieso—me siento morir de amilanamiento, de una especie de consuncion o melancolía, que solo creo podria curarla léjos del mundo que de tal modo me ha herido en el último tercio de mi vida!

—¡Esperemos, papá, dijo Susana: esperemos el desenlace de lo que nos pasa, o que Matilde, al ménos, quede feliz, i entónces será tiempo de pensar en nosotros!

—¿Entrarias tú, Susana, a un monasterio?

—Jamas he sentido esos deseos; pero ahora ..si se confirma cuanto tememos, ¿qué haria yo en el mundo?

La amargura, el desconsuelo, la postracion de ánimo que sentia don Cornelio, principiaba tambien a sentirlos Susana.

CAPÍTULO XLI

Astucia contra astucia

OLVEREMOS a encontrar a Vicente i Valentin, a quienes hemos dejado en el camino de las Higueras.

Mientras José, el sirviente de Edmundo, regresaba de Santiago con la ropa i el caballo que necesitaba Valentin, los dos amigos hablaron largamente de lo que les convenia hacer, i al cabo de mucho discutir, acordar i modificar, convinieron en que cambiarian de comisiones; es decir, que Vicente volveria a Santiago i se dedicaria a buscar a Matilde, i Valentin continuaria hasta las Higueras para buscar a Edmundo. Por lo que hace a José, acompañaria

siempre al primero a fin de no desatender las comisiones que le habia confiado a Edmundo.

Los dos amigos se separaron quedando de juntarse apénas alguno consiguiera algo en sus investigaciones.

Valentin se puso en marcha para la hacienda, i a eso de las tres de la tarde, se desmontaba frente a una pequeña choza que distaba solo unas cuantas cuadras de *las casas* de la hacienda, i en que vivian un labriego con su mujer.

Allí, dió algun dinero a la dueño de casa para que le preparase una lijera comida, i mientras tanto, él entabló conversacion con el marido.

Disimuladamente, i hablando ya de una cosa, ya de otra, se impuso de mil minuciosidades que le dieron a conocer el réjimen del fundo, las personas que habia en él, las horas de trabajo, etc.

Como el copiar a la letra esa conversacion ocuparia muchas pájinas, vamos a dar a conocer aquellos puntos que mas íntimamente se relacionan con nuestra historia, omitiendo las evoluciones, las preguntas i observaciones inútiles que hacia Valentin para no despertar la desconfianza del campesino i llegase a conocer lo que deseaba.

—¿Desde cuándo, amigo mio, preguntó Valentin, me dijo Vd. que no venia a la hacienda el caballero?.... Cómo dijo Vd. que se llamaba?

—Don Cornelio del Valle, señor.

—Eso es: el señor del Valle. ¿Desde cuándo no venia?

—Desde tiempo de fiuta, señor.

—¿I Vd. dice que vino anoche, a eso de las doce o la una, i que se fué esta mañana mui temprano?

—Sí, señor: *apénas Dios echó sus luces*, contestó el campesino.

—Seguramente el administrador lo mandaria llamar con urjencia.... alguna sementera que está en peligro, alguna desgracia que ha sucedido en el fundo.

—Nó, señor, nada: el trigo *está que es bendicion*, la engorda como una flor, i que yo sepa, *niuna* desgracia hai en la hacienda. Lo que hemos creido, señor, es que el patron habrá necesitado de repente al *curita*, i se lo vino a llevar.

—¿A qué *curita?* preguntó Valentin.

—Al *padrecito*, señor, que en el verano estuvo aquí dando misiones.

—¡Hola! Tambien tuvieron misiones, ¿eh?

—Sí, señor.... ¡I qué *bendicion*, señor, de curita, predicar tan bien! Si no se le quedó *niuna* que no hiciera llorar!

—¿Es clérigo o padre ese curita?

—Dicen que no es ni clérigo ni padre, señor; dicen que es *jesusita*.

Valentin se mordió los labios para disimular la risa que le causó la inocente sencillez del campesino.

—Aunque hai otros, continuó éste, que dicen que no es *jesusita*, sino..... *padre de la buena bonanza..... o templanza*, no sé mui bien, señor.

—Padre de la buena enseñanza, le dijo Valentin, riéndose.

—Eso *mesmito*. ¡I que bien enseña, señor!...

—¿Vive aquí en la hacienda ese padrecito?

—¡Qué! Nó, señor!... Si solo vino ayer, tambien a puestas de sol.

—¿Vendria a dar misiones?

—¡Quién sabe, señor! Solo el administrador debe saber a lo que vino.

El caballero dueño de la hacienda debe ser mui valiente cuando se ha atrevido a venir a la medianoche, dijo Valentin.

—Nó, señor: es un caballero *harto bueno*, pero que no tiene corazon para hacerle un mal al prójimo.

—Decia eso, agregó Valentin, porque creo que Vd. dijo que habia venido solo.

—Solo nó, señor; vino con el cochero.

Valentin dejó pasar un rato i habló de cosas indiferentes. Despues de preguntar a la mujer si estaria luego la comida, dijo al campesino:

—¿Este señor del Valle tiene hijos?

—Sí, señor; dos hijas que son un primor, i un hijo que dicen está estudiando para *curita*.

—¡Aguarde Vd.!... Creo haber oido decir que un jóven Cortés, que tiene una hacienda por el sur, estaba para casarse con una niña del Valle. ¿Será alguna hija del caballero?

—Sí, señor: la mayorcita, que es como un sol, i monta a caballo, i madruga, i es tan *corriente* como si no fuera de la *ciuá*.

—¿Conoce Vd. tambien al jóven Cortés?

—Sí, señor; es harto *buen mozo* i dicen que a pesar de que tiene unas manos como de niña, i un corazon como el que mejor, es hombre de muchos puños i de mucho coraje. ¡I lo bien, señor, que se sienta a caballo! I los caballos que *manija!* si parecen una tuna!

—¿No vendria anoche con el señor del Valle ese jóven?

—A que no lo *veimos* por aquí, señor, desde que se fueron las señoritas.

Valentin se dijo:

—El administrador a dicho a Vicente que Edmundo estuvo aquí un momento ayer en la tarde, i que pronto volvió a Santiago. ¿Cómo este hombre que está a orillas del camino, no lo ha visto? Veamos, veamos: aquí hai algo.

—Pues ayer, agregó en voz alta, pero con cierta indiferencia, pues ayer, conversando con un amigo que, a su vez, lo es de ese jóven Cortés, me dijo no sé por qué ocurrencia, que éste habia venido a las Higueras. ¿No es así como se llama este fundo?

—Sí, señor; pero yo le aseguro que no ha venido, pues esta mañana, «sin ir mas léjos,» estuve hablando de él con el administrador por un caballo que hai en la hacienda, que es lo mas bueno para hacer pareja con uno del caballerito, i le pregunté al señor don Ruperto si no lo habia visto, i me dijo que nó, desde que estuvieron las señoritas.

—¿Quién es don Ruperto? preguntó Valentin.

—El administrador, señor.

—¿I es el administrador quien le dijo a Vd. esta mañana, que no habia visto a ese jóven Cortés?

—Sí, señor: el mismo.

—¡Aquí hai algo! se dijo Valentin!... ¿Por qué oculta el administrador que ha venido Edmundo?

Hizo algunas otras preguntas al campesino, i como vie se que ya no podia sacar mas de él, despues de comer su-

bió a su caballo i se dirijió a *las casas* de la hacienda, que, como hemos dicho, distaban solo unas pocas cuadras.

Sus averiguaciones le habian suministrado una atrevida idea, e íbala a poner en práctica desde luego.

Cuando llegó, los peones se recojian de su trabajo i el administrador daba algunas órdenes en voz alta para que guardaran las herramientas, esas rudas pero nobles i necesarias palancas que sirven para el engrandecimiento de los pueblos.

Valentin se desmontó de su caballo i se dirijió resueltamente a saludar al administrador.

—¿Es Vd. el señor Ruperto Ruiz? le preguntó.

—Sí, caballero: ¿qué se le ofrece a Vd?

—Tengo que hablar reservadamente con Vd.

El administrador le hizo pasar a la misma pieza en que habia recibido a Edmundo.

—Estoi a sus órdenes, caballero, dijo don Ruperto.

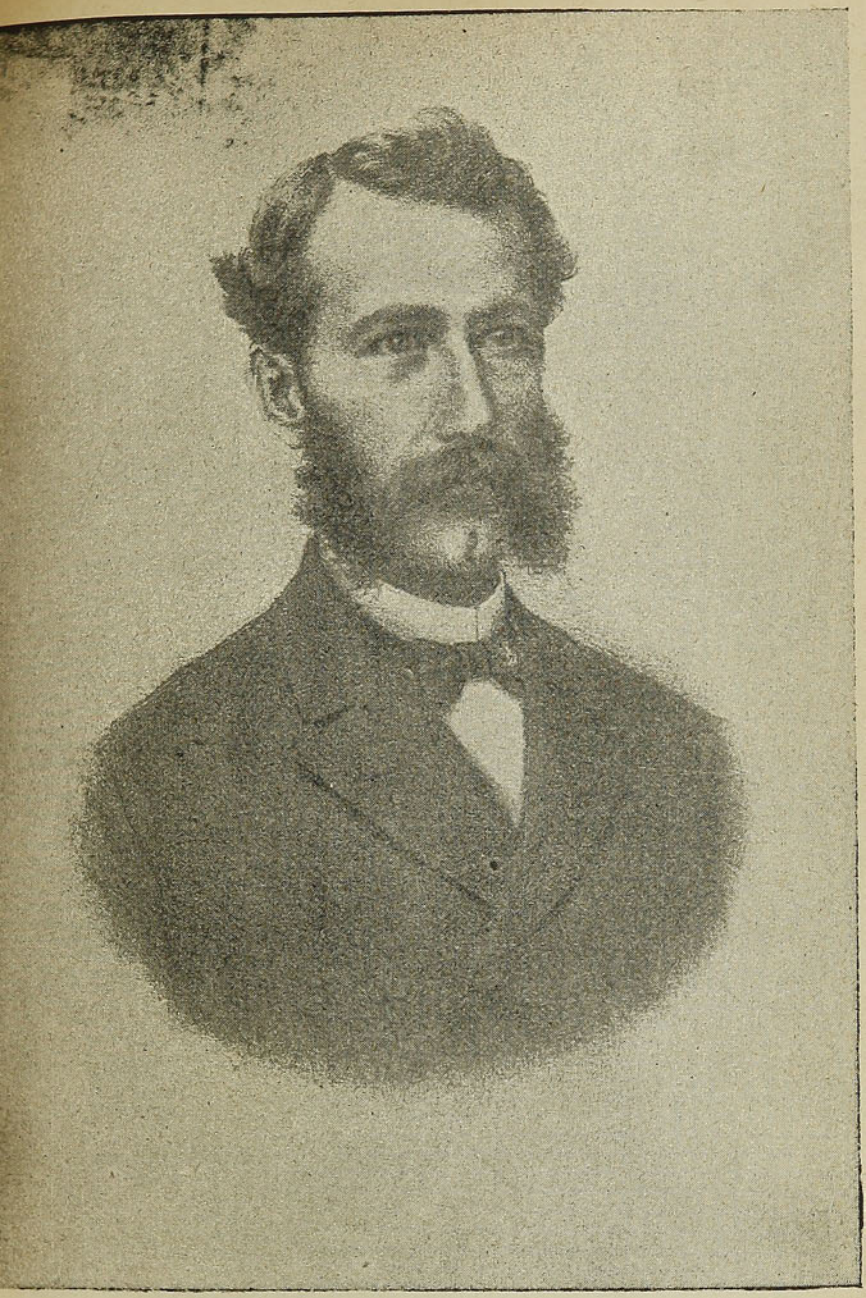
—Vengo encargado de una comision, dijo Valentin: pero como no habia tiempo ni oportunidad para proporcionarme otra clase de justificativos, solo he recibido algunas indicaciones verbales.

—Bien, caballero: ¿de qué se trata? preguntó el administrador al ver que Valentin no proseguia.

—Se trata de Edmundo Cortés, respondió el jóven a todo evento i mirando fijamente a don Ruperto.

—¡Ah! hizo éste, sin poder evitar que sus mejillas enrojecieran i en su semblante apareciese cierto aire de alarma.

—Sí, de Edmundo Cortés, que ha estado aquí ayer en la tarde, agregó Valentin.



Ramon Pacheco

—Bien, señor: ¿i qué desea Vd? preguntó nuevamente el administrador.

—¡El todo por el todo! se dijo Valentin.

—Deseo, agregó en voz alta, que Vd. me indique dónde está.

—¡Que yo le indique dónde está! repitió don Ruperto con creciente turbacion i a cada instante mas alarmado. ¿I quién le ha dicho a Vd. que yo puedo decirle eso? preguntó.

Valentin pensó en el acto:

—Si digo que don Cornelio i no adivino, quedo en descubierto: mas vale abarcar a los dos.

—Me lo ha dicho, dijo con grande aplomo, una persona que estuvo aquí anoche...

—¡Ah! hizo el administrador. Pero...

Vaciló un instante.

—¿Pero quién es? preguntó al fin.

Valentin miró con recelo a un lado i otro como si temiera ser oido.

—No tema Vd. nada, le dijo don Ruperto: estamos completamente solos.

—Es que las paredes tienen oidos, como se dice vulgarmente, contestó Valentin en voz baja i con gran misterio.

—Ya he dicho a Vd. que no tiene nada que temer, replicó el administrador.

—Si es así, agregó Valentin, le diré que esa persona se ha ido esta mañana de aquí...

—Pero.... yo no sé.... ¿Quién es Vd., señor?

—¿Qué le importa mi nombre? Para el asunto de que vengo encargado, tanto debe dar a Vd. saberlo como no saberlo.

—Sí; pero..... Vd. comprende que anoche pueden haber estado aquí varias personas que se hayan ido esta mañana.

—Pero no todas tendrian que ver en el asunto de Edmundo, objetó Valentin.

—Es cierto: mas no veo los motivos que Vd. tenga para escusarse de hablar con franqueza i decirme lo que desea.

Valentin, con la viveza de imajinacion de que estaba dotado, comprendió que el administrador desconfiaba; i esa misma desconfianza le probó que algo sucedia o habia sucedido a Edmundo. Tal idea avivó mas su deseo de descubrir la verdad; pero como llegar a ese resultado era casi imposible careciendo de datos fijos con que provocar la confianza de don Ruperto, Valentin se propuso no salir del terreno en que se habia colocado.

—Creo haberlo dicho ya a Vd., contestó el jóven adotando cierto tono de voz en armonia con el desagrado que aparentaba.

—Sí, replicó el administrador Vd. me ha dicho que a nombre de una persona que no ha querido mencionar, viene a preguntarme dónde está don Edmundo Cortes. Yo a mi vez le pregunto: ¿quién es esa persona que ha dicho a Vd. que yo puedo darle tal noticia?

—¡Me sorprende su pregunta! dijo Valentin.

—I a mí me sorprende su sorpresa, repuso el administrador. Vd. es víctima, caballero, de algun error, i debia

desde un principio haber comenzado por manifestarme sin misterio el objeto de su visita, o mas bien, la persona que lo manda.

Miéntras el administrador decia lo que antecede, Valentin pensaba:

—Edmundo dijo que solo en el caso de que le sucediera una desgracia no volveria a Santiago al dia siguiente. No ha vuelto ni nos ha avisado una palabra, luego algo grave le pasa. El administrador ha dicho a Vicente que Edmundo estuvo aquí i se fué: al campesino, que no lo ha visto desde mucho tiempo: a mí, ni que lo ha visto, ni que no lo ha visto. ¿Por qué estas mentiras i estas reservas? Qué mas tenia que contestarme desde un principio lo mismo que dijo a Vicente?.....¡Hum! esto huele a intriga, i a grande intriga, sobre todo habiendo estado aquí el padre Basilio! ¿No es mui posible que este i el administrador le hayan jugado una mala pasada a mi amigo?

Estas fundadas suposiciones de Valentin lo hicieron afirmarse mas i mas en la idea de que el administrador sabia el lugar en que se hallaba Edmundo i que algunos graves motivos tenia para ocultarlo.

Hechas estas reflexiones en mucho menos tiempo del que nosotros hemos empleado en trascribirlas, el jóven se dijo:

—Arriesguemos el todo por el todo.

I en voz alta agregó:

—Puesto que necesita, para comunicarme el lugar en que está Edmundo, que le diga quién me ha mandado donde Vd., le contestaré que es el padre Basilio.

—¡Ah! hizo el administrador.

I al ver la mirada investigadora que Valentin fijaba en él, no pudo impedir que sus mejillas tomaran un vivo color de carmin.

—¡He dado en el centro de la cuestion! esclamó Valentin en su interior. I a fin de desterrar la duda que aun veia retratarse en el semblante de don Ruperto:

—Si hubiera creido, agregó, que Vd. desconfiaba tanto de mis palabras, le habria dado desde un principio otras pruebas. Le habria dicho que Edmundo estuvo aquí anoche o ayer al oscurecer: le habria dicho tambien, que el padre Basilio pasó aquí la noche i que don Cornelio llegó a eso de las doce o de las dos: por fin, que los dos últimos volvieron a Santiago al amanecer. ¿Está Vd. satisfecho ahora?

—¡Oh! sí! pero el padre debia haberme escrito, haber dado a Vd. algunas indicaciones...dijo don Ruperto, aceptando de hecho su relacion con el padre, i al mismo tiempo que no era estraño al asunto que trataban.

—¿I sabe Vd., preguntó Valentin, los inconvenientes que haya tenido para hacerlo? No sabe Vd. que hai situaciones en que apénas se puede pronunciar una palabra?

—Es cierto, pero...murmuró don Ruperto.

—Pero estamos perdiendo lastimosamente el tiempo, caballero, dijo Valentin. Yo tengo urjencia de ver a Edmundo o volver Santiago; así dígame Vd. si me indica o no el lugar en que se halla.

—Sí, señor; voi a indicarlo a Vd., contestó el administrador levantándose.

Valentin lo imitó.

—Dígame Vd., dijo el administrador, tomando una vela

que encendió con lentitud, como si estuviera vivamente preocupado.

Despues, cediendo de súbito a un pensamiento de desconfianza, se volvió a Valentin.

—¿El nombre de Vd., caballero? le preguntó.

—Alberto Menares, contestó el jóven al instante.

—Bien, sígame Vd., agregó el administrador.

Salieron al patio, donde lucian aun los últimos rayos del crepúsculo, i el administrador se dirijió a las habitaciones en que habian estado don Cornelio i el jesuita.

Llegaban ya a ellas, cuando se oyó en el camino la carrera de un caballo, i algunos momentos despues entró al patio un jinete que, sin desmontarse, preguntó por don Ruperto Ruiz.

—Yo soi, dijo éste.

El recien llegado le pasó una carta, que el administrador acercó a la luz para ver el sobrescrito.

Valentin notó que don Ruperto palidecia, i dió una furtiva mirada por sobre los hombros de éste, para ver la cubierta, que tenia los siguientes caractéres:

V ! ⅛ $ III—$ ff III. «I! IIIX $

†.†.†.

El administrador abrió la carta despues de apartarse un tanto de Valentin, i la recorrió lentamente, pues toda ella, aunque corta, estaba escrita en cifra.

La daremos íntegra, colocando al pié de cada línea su traduccion.

V!$III —$§ III«I!IIIX$ III“.
Señor Don Ruperto Ruiz.

V! ?* V*(.—$ II«! ?* ..*III)?*—$ I*III* :*V
Se ha sabido que ha marchado para las

?.¡“!III*Vr)$§ !: .§X!§X$ —! ¿*„$III!)!III *
Higueras, con el intento de favorecer a

!—..“§—$r “§,$„!§ ...*·*—$ „*:!§X.§)*VXIII$r
Edmundo, un jóven llamado Valentin Castro

..$IIII!§$r ¿:*)$r —! ...III*—* „·„*r .)“* V*!*(.-
moreno, flaco, de mirada viva, i cuya sagaci-

—*— . *VX“)·* :$?*)!§ ..“. X!.. (:!h “VX!— V!-
dad i astucia lo hacen mui temible. Usted se-

III*I III!VI$§V*(:! V. !VX! —!V)“(III! * !-—..“§-
rá responsable si éste descubre a Edmun-

—$h f„·„·:*§·* . $(!—.§)·*g
do. ¡Vijilancia i obediencia!

†.†.†.

El administrador se quedó por largo rato perplejo al ver que su simplicidad para creer a Valentin lo colocaba en una difícil situacion.

—Aunque este jóven, pensó, me ha dicho que se llama Alberto Menares, es mui probable que sea a él, i no a otro al que se refiere esta carta; al ménos su color moreno i su mirada viva, no dejan lugar a dudarlo.

Meditó un instante aun, i despues de ordenar al mozo

que le habia entregado la carta, que le aguardase un momento, dijo a Valentin:

—Vamos, caballero.

I marchó adelante.

CAPÍTULO XLII

Lo que se alcanza con un poco de resolucion

Don Ruperto i Valentin entraron a las habitade don Cornelio, i el primero indicó a aquel una pieza regularmente amueblada que servia de dormitorio a don Cornelio cuando la familia estaba en la hacienda.

Valentin dió una mirada recelosa a su alrededor ántes de entrar; i no lo efectuó sino cuando el administrador lo hubo hecho primero.

—Tome Vd. asiento, caballero, dijo don Ruperto, indicando al jóven un sofá que habia frente a la puerta, mién-

tras él se acercaba a una mesa i encendia una lámpara de aceite.

La pieza no tenia mas que una puerta i una ventana.

Valentin no quiso quedar mui léjos de la puerta i permaneció distante del sofá.

—¿Es para indicarme dónde está Edmundo, preguntó el jóven. para lo que Vd. me trae aquí?

Nó, caballero; para hacerlo venir a él aquí.

—¿Luego está en la casa? preguntó irreflexivamente Valentin.

Pero comprendiendo, demasiado tarde ya, que su pregunta lo denunciaba, quiso componerla agregando:

—¿I por qué no me lleva Vd. donde está él?

—Porque me ha encargado que no introduzca a nadie a la pieza que ocupa, contestó el administrador terminando de acomodar la lámpara.

Valentin lo miró fijamente, pero no le fué posible descubrir en su semblante nada que le diera motivos para sospechar.

El administrador se volvió al jóven i le dijo:

—¿Quiere Vd. esperarme un momento miéntras voi a avisarle?

Valentin dudó un instante, pero creyendo que era llevar demasiado léjos su desconfianza, hizo una seña de asentimiento.

El administrador, sin dejar la vela, salió i Valentin pudo oir el ruido de sus pasos que poco a poco fué estinguiéndose.

—¡Es raro, se dijo el jóven, que Edmundo esté aquí! ¿Qué hace? En qué se ocupa? Por qué no ha mandado

avisarnos que nada le sucede?... Por qué... ¡Diablo!... porque yo no lo sé, esa es la mejor razon. I esta ventana, agregó, ¿dará a un patio? Veámoslo: siempre es conveniente conocer el terreno que uno pisa.

Se acercó a la ventana i abrió lentamente, para no hacer ruido, los postigos inferiores.

—¡Hola! esclamó, i qué buenos barrotes tiene!

En aquel instante, i cuando Valentin se acercaba a los hierros para ver mejor, oyó un lijero chirrido a su espalda.

Volvió en el acto la cabeza, i al ver que alguien cerraba la puerta, se precipitó a ella con el fin de impedirlo. Pero llegó tarde, pues la puerta que tenia los tiradores hácia afuera, fué asegurada con llave i luego con un cerrojo.

—¡Ira de Dios! esclamó Valentin, tirando a todas sus fuerzas el pestillo. ¡Ira de Dios! me han engañado como a un niño de pecho!

Forcejeó durante un momento, i como viese que nada sacaba con magullarse las manos:

—¿No merecia yo, por bruto, se dijo, que me dieran cincuenta palos?... ¡Ira de Dios! (ya hemos dicho que este era el voto favorito de Valentin cuando estaba indignado.) ¡Ira de Dios! Si lo hubieran hecho con Vicente, me habria burlado de él! Me han engañado!... Me encierran como a un colejial!... Está gracioso!...

I Valentin dió una vuelta por la pieza buscando algo con que abrir la puerta.

—¡Pues tanto peor para ellos! agregó. No quedará aquí «títere con cabeza!»

Al decir esto, tomó una silla por el respaldo, i como quien golpea con una hacha, dió con ella en la puerta.

—¡Al otro! dijo, volviendo a enarbolarla i a estrellarla contra la puerta.

Con este nuevo choque, la silla se hizo trizas.

—¡Vamos a otra! murmuró Valentin con voz ronca por la ira.

Pero no bien la habia tomado, la arrojó contra el pavimento murmurando:

—¡Esto es una tontera!...

Comenzó a pasearse con precipitacion i murmurando de cuando en cuando algunos votos.

—¡Vamos, calma, calma! se dijo al fin. ¿Por qué me encierran?—Porque busco a Edmundo, eso es claro. ¿Qué quieren hacer conmigo? Eso no está mui claro, pero de fijo que no será para darme dulces... ¡Ah, bribon! si te pillara, aunque eres gordito, ya verias si mis manos son de lana!... ¿Pero puede concebirse esto de que me hayan hecho caer en una trampa? ¡Ira de Dios! yo saldré de aquí aunque sea pegándole fuego a la casa!

Valentin continuó paseándose i reflexionando. Examinó la ventana; probó nuevamente de forzar la cerradura de la puerta, i convenciéndose de que todo cuanto hiciese seria inútil, se dijo:

—He oido decir que los presos suelen evadirse por los tejados, o los ladrones entrar por ellos: ¿no podria yo hacer otro tanto?

Miró la altura del techo, en seguida los objetos de que podia disponer para que le sirvieran de escala i acto contínuo comenzó a trabajar.

Sobre un armario que desempeñaba las funciones de ro-

pero, colocó una mesa; sobre ésta, un cajon, i por fin, una silla.

—Ahora, se dijo, con mis cortaplumas corto las amarras de los *colihues*; i una vez sueltos, nada mas fácil que quebrarlos. ¡Arriba. Valentin!... ¡Que este pícaro no se ria mucho tiempo de su jugada!

El jóven trepó sobre la silla i comenzó su operacion con ardor.

Para no detenernos en descripciones inútiles, solo diremos que con gran trabajo i lastimándose mas de una vez las manos, logró quebrar los *colihues* de una parte del techo, una vez practicada esta operacion, el barro i las tejas cayeron por sí mismas, dejando un pequeño agujero por el cual Valentin calculó que podia caber su cuerpo. Una vez conseguido, bajó de la escala improvisada i tomó las sábanas que cubrian el lecho de don Cornelio.

—Estas, dijo, para hacer cuerdas i descolgarme. Ahora, un palo, o algo bien duro, por si encuentro a mano al tal don Ruperto!

No hallando otra cosa mas a propósito, tomó una pata de la silla que habia quebrado

—Aunque no es tan dura ni pesada, dijo, como seria necesario para romper en mil pedazos la cabeza de ese zorro viejo, sin embargo *no le aseguro la ganancia.*

Armado con el palo i las sábanas, volvió a subir a la silla i de ahí se izó al tejado con gran facilidad.

La noche estaba mui oscura, i Valentin, ántes de poder distinguir los objetos, tuvo que permanecer largo rato esperando que su vista se habituara a la oscuridad. Cuando

lo hubo conseguido, comenzó a marchar por el tejado en busca de un sitio distante del patio para bajarse.

Despues de varias peripecias, de observar aquí i allá, de tomar todas las precauciones para no hacerse daño en el descenso, se descolgó, por fin, en un huerto i, escalando murallas, logró salir al camino.

Hallábase fatigado, exhausto de fuerzas, casi incapaz para andar: tanto habia trabajado en su huida. La noche, por otra parte, estaba mui avanzada, i Valentin, no resolviéndose a dejar su caballo ni a emprender a pié la marcha para Santiago, se apoyó en la puerta de calle por que algunas horas ántes habia entrado, i esperó allí la venida del dia.

Aun la luz no disipaba en el oriente las sombras de la noche, cuando el jóven oyó que álguien se acercaba a la puerta. Aplicó el oido i conoció la voz de don Ruperto, que parecia hablar con cierta cautela a otro que solo contestaba con monosílabos.

—¡Pícaro! esclamó mentalmente el jóven. ¡Si sales un momento siquiera, vas a saber *cuántas son cinco!*

En aquel instante oyó el ruido que hacian en el interior quitando algunas trancas, i se acercó a la pared para no llamar tan pronto la atencion.

Abrieron la puerta de par en par, i entónces Valentin pudo oir distintamente el siguiente diálogo:

—Ya te he dicho que es necesario que vuelvas, si es posible, ántes de las doce, decia don Ruperto.

—¿I si no encuentro al señor Gaspari en su oficina? preguntó el otro.

—Te dirijirás a la calle del Mapocho, a la casa donde

fuiste en vez pasada, i presentando esa carta, te indicarán la parte en que puedes encontrarlo.

Don Ruperto salió al camino alumbrándose con una linterna, i el otro, que por su traje, parecia sirviente, sacó tirando un caballo, i despues de echarle las riendas al cuello, montó en él.

Valentin permanecia inmóvil, i gracias a la oscuridad i a que don Ruperto estaba en el lado opuesto de la puerta, no reparó en él.

—Pronto debe aclarar, dijo el administrador; así, aprieta el paso para que llegues temprano a Santiago.

El que habia montado a caballo se acomodó en la montura i se alejó al galope.

Don Ruperto volvió a entrar al patio i dejó la puerta solo entornada, por acercarse la hora en que debian llegar los trabajadores.

Valentin se habia dicho:

—Si ataco o me presento a este badulaque, él está en su casa, i con llamar a dos o tres peones, hace lo que se le antoja conmigo. ¡Prudencia i paciencia!... Ya llegará el dia de las venganzas! Por ahora, lo que mas conviene es tener prudencia, pues no hai que dudar que a Edmundo le sucede alguna cosa séria; i si yo me comprometo sin esperanzas de buen resultado, no haré otra cosa que privarlo del único auxilio que tal vez pudiera tener.

Notando por entre los intersticios de las tablas que el administrador se encerraba en sus piezas, el jóven empujó suavemente la puerta i se deslizó en el patio.

Al frente del camino daba un corredor, i en un estre-

mo de éste habia un pequeño cuarto destinado a depósito de herramientas de labranza.

Valentin avanzó resueltamente hasta el corredor, i despues de examinar lo que habia en él, se dirijia al cuarto que hemos mencionado, cuando oyó a pocos pasos un sonoro ronquido. Acercóse andando en puntillas i pudo ver que un hombre dormia tirado en unos cuantos cueros, apénas cubierto con un pedazo de manta.

—Si tratara de ganar a este hombre, pensó, tal vez podria traerme mi caballo... Pero nó; esperemos un poco mas.

El crepúsculo iba tiñendo poco a poco de un color amarillento las nevadas cumbres de los Andes.

Aquí i allá se oia el canto del gallo i los primeros gorjeos de las diucas u otras avecillas.

Valentin, aunque cansado por el trabajo i las dos malas noches en que no habia podido dormir, hallaba eternos los minutos que tenia que pasar sometido a la inaccion.

Dudaba entre lanzarse a pié para Santiago o buscar por sí mismo su caballo, cuando sintió que abrian una puerta en el estremo opuesto del corredor. Acto contínuo, el jóven se ocultó en el cuarto de las herramientas i, un instante despues, oyó una voz bronca i soñolienta que gritaba:

—¡Eh, Pacomio; levántate, hombre, que ya es tarde!

El hombre que dormia en el corredor, dió un último i mas sonoro ronquido, se desperezó, bostezó ruidosamente i concluyó por levantarse, operacion que no le quitó mucho tiempo, pues no hizo otra cosa que echar sobre sus hombros, despues de haber entrado la cabeza por la boca, la manta que le servia de cobertor.

—¿Te levantaste, hombre? preguntó el mismo que habia hablado ántes.

—Sí, señor: allá voi, contestó Pacomio.

Enrolló las pieles que le servian de colchon i se acercó al que lo habia interpelado.

—Anda, le dijo éste i ensíllame el caballo *picaso*, pues tengo que ir al potrero de la engorda; i tú te quedarás aquí para que entregues las herramientas, pues don Ruperto ha tenido que despachar una carta para Santiago i se acaba de acostar.

Valentin procuraba no perder una sílaba de cuanto se hablaba.

Pasó como un cuarto de hora, al fin del cual el jóven oyó pasos, demasiado marcados por el ruido que hacian unas grandes espuelas, que se dirijian del estremo del corredor al medio del patio. Luego oyó tambien algunas recomendacionos que hacia a Pacomio el que Valentin, mui acertadamente, habia creido que seria mayordomo.

El patio volvió a quedar en silencio.

La luz de la aurora iluminaba ya la tierra con su dulce claridad.

Valentin sacó la cabeza i vió que Pacomio se dirijia a la puerta que daba al camino.

—Si me quedo aquí, pensó el jóven, bien pronto vendrán a sacar las herramientas i me descubren.

Acto continuo, salió del cuarto i, sin hacer ruido, corrió a una especie de callejon, por donde habia sentido alejarse al mayordomo.

Pacomio se habia apoyado en el marco de la puerta i ilbaba una cancion pastoril.

Valentin, una vez fuera del cuarto, cuidó de ver si no era observado; i en seguida, de cerciorarse adónde conducia el callejon. Con gran placer, vió que era la arteria principal de la hacienda i que pasaba a pocas varas de las casas principales, con las que estaba comunicado por una sólida puerta. Allá, a la distancia, divisó la silueta del mayordomo, que se alejaba al trote mas largo de su caballo.

—Vamos! se dijo; un poco de aplomo i de valor lo hace todo!... Si yo supiera adonde está mi caballo, nada mas fácil que subir a él, i despues veríamos quien era capaz de bajarme; pero no lo sé i es necesario tentar otro recurso. Adelante, pues!

Diciendo esto, el joven volvió sobre sus pasos, i cuando llegó a un punto desde donde podia ser visto por Pacomio, tosió ruidosamente.

Al hacer esto, tenia en vista llamar la atencion del sirviente para que viera que salia del callejon i creyese así que venia de la casa de don Cornelio.

Pacomio dió vuelta la cara al sentir la tos, i Valentin continuó avanzando donde él.

—¿Vd. es un tal Pacomio, amigo mio? le preguntó con arrogancia.

—Sí, señor, contestó el labriego sacándose el sombrero con respeto.

—Bien: el mayordomo que acaba de ir a los potreros de engorda, me dijo que le ordenara a Vd. que me ensille inmediatamente mi caballo.

—¿Vd. es el caballerito que llegó anoche?

—El mismo en carne i hueso, amigo mio. ¿I está por aquí cerca mi caballo?

—Sí, señor; en el potrerillo de los *quilos*.

—Como si Vd. me dijera en la Meca, contestó Valentin. Pero puesto que Vd. dice que está cerca, volverá luego, ¿no es así?

—Voi allá, señor, contestó Pacomio.

I se dirijió hácia la derecha con ese paso tardo, pesado i perezoso de la jente de campo.

—¡Hum! hizo Valentin: mas lijero camina un buei, i cuando este cangrejo traiga el caballo, habrá vuelto el mayordomo o levantádose el tal Ruperto.

—¡Oiga, amigo! le dijo a Pacomio. Cuando a mí me sirven lijerito, yo correspondo así...

I le mostró un peso de los que en aquella época se llamaban *fuertes* porque valian ocho reales i medio.

—Voi, señor; voi, dijo el labriego, apresurando el paso de tal modo que satisfizo por completo a Valentin.

Un cuarto de hora despues Pacomio se habia desempeñado con tanta ajilidad, que Valentin se hallaba a caballo i listo para partir.

—Lo que se levante el administrador, amigo mio, dijo a Pacomio, hágale Vd. presente que no he podido esperarlo; pero dígale que bien pronto volveré i entónces arreglaremos la cuentecita.—Adios, amigo Pacomio: pueda ser que nos veamos en otra ocasion.

El labriego, que daba vuelta entre sus manos con infinito placer el peso que le habia regalado Valentin, se des-

hizo en agradecimientos i cumplidos miéntras el jóven se alejaba con rapidez.

CAPÍTULO XLIII

«Donde las dan las toman»

Será fácil comprender lo que sentia Valentin al ver el mal éxito que habia obtenido en su empresa. Formando i desbaratando proyectos, coordinando planes que un momento despues desechaba, indignándose un momento para reirse en seguida, nuestro jóven volvió a Santiago con la intencion de ponerse de acuerdo con Vicente.

Caminaba distraido en estos pensamientos, cuando vió a un jinete que se dirijia en direccion opuesta a la que él llevaba. El color del caballo i de la manta del desconocido, la hora en que lo encontraba i la precipitacion de su

marcha fueron para Valentin una advertencia i un recuerdo.

Conoció al mozo que don Ruperto habia mandado a Santiago en esa misma mañana i al instante pensó en *hacerle una jugada*, como él decia, para desquitarse en algo de las magulladuras que llevaba en las manos, como un recuerdo de su evasion.

Dejó que el mozo se aproximara mas a él, i le dijo:

—¡Eh, amigo! ¿Cómo le fué a Vd?

El criado detuvo su caballo i miró a Valentin con estrañeza.

—Le pregunto, amigo, que cómo le fué a Vd. repitió.

—¿I quién es Vd., señor? preguntó el mozo.

—Quieres saber quien soi yo para contestarme, hombre? Vaya, está gracioso!...Yo te pregunto a mi vez si hallaste en Santiago a don Lorenzo Gaspari.

El mozo miró con creciente desconfianza a Valentin.

—¿Que no me conoces? le preguntó éste.

—Nó, señor.

—¿No me viste que llegué anoche a las Higueras i estuve hablando con don Ruperto?

—Creo que sí, señor; pero como ya estaba oscuro.....

—Sí, ya no se veia mucho. ¡I bien! ¿traes contestacion de don Lorenzo?

—Sí, señor.

—¿Lo encontraste en la oficina o en la otra parte donde ya habias estado ántes?

—Estaba en la oficina, señor.

—Bien: dame la carta, pues yo la iba a buscar viendo lo que tardabas en volver.

El mozo hizo un jesto de indecision.

—El patron, dijo, me tiene encargado que no entregue a nadie estas cartas si no a él mismo.

—Ya lo sé, hombre; me lo dijo don Ruperto hablando de tu honradez i de lo bueno que eres para confiarte algunos secretos. I previendo que te habias de negar a entregarme la carta, me indicó lo que ya te he dicho, i a mas otras cosas que tú i él solamente conocen.

—¿Como qué cosas, señor? preguntó el mozo.

—Por ejemplo, que saliste de las Higueras ántes de aclarar; que el mismo don Ruperto salió a acompañarte hasta la puerta alumbrándose con un farolito o linterna; i por fin, que te hizo mas o menos estas recomendaciones: que hicieras lo posible por volver ántes de las doce; que si no encontrabas a don Lorenzo Gaspari en la oficina, fueras a la calle del Mapocho i mostraras la carta que llevabas, i allí te indicarian a donde podias encontrarlo. ¿Quieres otra prueba aun? Al tiempo de salir te dijo lo siguiente: «Pronto debe aclarar; así, aprieta el paso para que llegue temprano a Santiago.» —¿No es así?

—¡Todo es ciertito, señor! contestó el mozo.

I sacando una carta de sus bolsillos, la pasó a Valentin,

—Tómela, pues, señor; i el caballero Gaspari me dijo de palabra, para el patron, que no se descuidase con el asuntito que ya él sabe.

—¡Ah! hizo Valentin. Ya sé que asuntito es ese! Bien amigo: continúe Vd. su viaje i le dice a don Ruperto que «donde las dan las toman».

El mozo miró con admiracion a Valentin.

—Ya él sabe que quiere decir eso, continuó el jóven.

Adios, amigo: ya no hai necesidad de que canse Vd. su caballo para llegar temprano a las Higueras, pues el apuro era por mí.—Adios!

—Adios, señor, repitió el mozo un tanto arrepentido de haber entregado tan fácilmente la misiva que se le habia confiado.

Valentin puso su caballo a todo galope i, cuando se alejó bastante, abrió la carta que le habia entregado el mozo.

—¡Diablos! esclamó: ¿qué es esto? Una porcion de rayas, de puntos, de quebrados; signos interrogativos, admirativos i mil otros que no conozco. ¿Qué diablo es esto?... ¡Ira de Dios!.....I yo que creía encontrar aquí mil revelaciones i ahora me encuentro con mil confuciones!..... Esto debe ser lo que llaman escribir en cifras. ¿Pero qué cifra es esta?...A ver: una rayita, un signo de pesos i otro que parece interrogante inicial. ¿Qué dirá aquí?

Valentin meditó largo rato i al fin esclamó:

—¡Al diablo con los signos i con el tal Ruperto! ¡Badulaque! me la ha jugado por segunda vez!

Estuvo al arrojar el papel al camino, pero recordó que en la noche ántes, cuando el administrador recibió una carta, habia creido ver el sobrescrito de una manera estraña, pero que él habia atribuido a la distancia i a la mala letra.

—¡Esta carta debe valer un tesoro! dijo Valentin, pero un tesoro cuando la entienda, pues por lo que hace al momento, no vale una nuez vana. No importa: la guardaré, i Vicente, que es hombre de paciencia probada, me ayudará a descifrarla. Vean al tal don Ruperto que parece un gaz-

nápiro, i sin embargo, se entiende con el ajente por medio de signos!

Desde ese momento, Valentin apuró la marcha de su caballo a fin de reunirse pronto a Vicente. Mas su deseo no debia realizarse: Vicente no habia llegado a sus habitaciones desde el dia anterior i nadie sabia de él.

Despues de haber buscado a su amigo en cuantas partes creia poderlo encontrar, Valentin llegó a su casa resuelto a no comer ni dormir miéntras no hallase la clave para descifrar la carta de Gaspari.

Su criado le entregó una esquela que le habian dejado en la tarde del dia anterior.

Solo contenia estas líneas:

«Señor Don Valentin Castro:

Por un sentimiento de humanidad, prorogo el plazo de cuarenta i ocho horas que habia dado a Vd. para la cancelacion de su deuda.»

LEONIDAS ALVARO.»

—¡El Tirano con sentimientos humanitarios! esclamó Valentin. ¡Señales del juicio!... ¿I bien? qué avanzo con eso? Quedo en la mismísima situacion! ¿De dónde saco el dinero hoi o mañana, dentro de un mes o de un año? ¡No hai mas recurso que la cárcel o el bolsillo de Edmundo! ¡Qué hacerle! tendremos que acudir al último, pues de todos modos él pagaria apénas me viese en chirona, i yo no habria sacado otra cosa que pasar por la vergüenza de

estar en la cárcel sin que esto impidiera el sacrificio de Edmundo! ¿I cuánto será el plazo que se me concede? Ayer espiraban las cuarenta i ocho horas, i aunque me habia resuelto a esperar lo que viniera, no me desagrada esta próroga. Todo no ha de ser calamidades! Vamos a otra cosa! ¿Dónde estará Vicente? Lo tendrán, como quisieron hacerlo conmigo, encerrado en algun dormitorio? ¡Pues de seguro que mi pobre amigo se quedaba en él sin hacer ninguna dilijencia para escapar! I esto, no porque le falte valor i en ciertos casos inventiva, sino porque se diria lo de siempre: «¿Qué mal les hecho yo?» ¡Pobre Vicente! Si no parece esta noche, tendré que principiar a buscarlo, i héme aquí buscando a tres! Por lo que hace a la señorita Matilde, es cosa sencillísima saber donde está, pues no habria mas que pescar al oficialillo de policía i obligarlo a confesar la verdad. ¡Todo está mui bueno; pero, entre tanto, yo he desatendido mas de lo regular mis ocupaciones, i será bueno que en lugar de calentarme la cabeza en descifrar la endiablada carta dirijida a don Ruperto, dedique un par de horas al cumplimiento de mis deberes.—«Quien tiene tienda que atienda, i si no, que la venda,» dice con mucha justicia el adajio; i como yo no me hallo en el caso de vender, o lo que es lo mismo, de dejar mis ocupaciones, debo atenderlas: no hai que darle vuelta.

Valentin cambió de traje, pues el que tenia puesto estaba mui empolvado i algo roto por su ascension i descenso al tejado; i despues de liar con una pequeña venda las magulladuras de sus manos, iba ya a salir cuando se presentó José, el sirviente de Edmundo.

—¡Hola! esclamó el jóven. ¿Qué hai de nuevo, José? Qué sabes de Edmundo, de Vicente i de la señorita Matilde?

—Ni una palabra de ninguno, señor.

—¡Cómo! ¿Ni aun de Vicente? No acordamos que tú lo acompañarias en todas sus dilijencias?

—Sí, señor; pero anoche el caballero recibió una carta que pareció hacerle mucha impresion, i acto contínuo se apartó de mí, diciéndome que luego volveria.

—¿I bien? preguntó Valentin.

—Hasta ahora no ha vuelto, señor, i yo no sé adonde haya ido.

—I tú ¿qué has hecho? qué sabes de nuevo?

—Lo único que sé es que el señor don Cornelio está mui irritado con el patron, i que don Lorenzo Gaspari va tres o cuatro veces al dia a casa del primero. Por lo que hace al padre Basilio, ha vuelto a desaparecer i dicen que ha ido al sur. Ahora, señor, me sucede una cosa mui rara: Cuando llegué a la casa i me dijeron que su merced habia estado a buscarme i me habia dejado dicho que lo viniese a ver en cuanto volviera, entré a mi pieza para sacar un pañuelo i encontré en mi baul un envoltorio. Lo abrí, i ¡si supiera Vd. lo que encontré!

—¡Cómo si lo supiera!..... dijo Valentin. ¡Claro que lo sabré si tú me lo dices!

—Sí, señor; voi a decírselo. El envoltorio era de unos pañuelos blancos, mui bordados, i de unas cuantas alhajas.

—¿Alhajas? i de qué clase? preguntó Valentin.

—Parecen de oro i mui buenas, señor. Hai un collar, una pulsera, un par de pendientes i dos o tres anillos.

—¿I qué hicíste tú con eso?

—¡Qué habia de hacer, señor! Cuando los ví, tuve muchísimo susto, i cerré inmediatamente el baul i me vine donde su merced.

Valentin se quedó meditando un instante.

—¿Quién ha estado contigo? preguntó a José.

—Nadie, señor: solo ayer en la tarde fué un caballero a verme, diciéndome que le habian dicho que yo era un hombre mui bueno i mui honrado i que estaba resuelto a pagarme el doble de lo que ganaba si queria servirle a él. Pero para decirme esto, señor, empleó mas de una hora, pues anduvo con mil rodeos i lisonjas i haciéndome muchas ofertas. A mas, de cuando en cuando, me hacia algunas preguntas sobre el patron, i como yo siempre le contestaba con un «no sé,» como él me lo ha encargado, concluyó por decirme que si queria librar al patron de un gran peligro, tuviera confianza en él. A esto, señor, yo le contesté que no podria tener esa confianza desde que habia principiado por aconsejarme que lo abandonara.

—Bien, hijo, me dijo entónces: veo que no me han engañado al recomendarme tu honradez. Te confesaré la verdad: todas las propuestas que te he hecho, todo cuanto te he dicho, ha sido para probarte i para ver si verdaderamente querias al señor Cortés. Convencido ahora de tu lealtad, veo que podré contar contigo para salvar a don Edmundo. Yo volveré, hijo, en dos o tres dias mas i entónces te comunicaré grandes secretos. Desde luego sabe que tu patron tiene poderosos enemigos i que por ahora se halla en poder de ellos.

Diciendo esto se fué sin querer decirme una palabra mas.

—¿Qué clase de caballero es ese? preguntó Valentin.

—Un caballero barrigudo, colorado, gordo, con la nariz color de remolacha, i que tiene aires de hombre mui bueno.

—¡Hum! hizo Valentin. ¡Cuidado con esos señores de nariz de remolacha! ¿I no dejaste solo en tu pieza al barrigudo?

—Nó, señor; lo recibí en las piezas del patron.

—I despues ¿no ha ido nadie?

—Absolutamente nadie, señor; i cuando he salido, todas las puertas han quedado con llave.

—Bien, José; voi a decirte lo que debes hacer en el acto. Vete a la casa, tomas esas alhajas i las llevas al comandante de policía, a quien le dirás lo que te sucede, pero sin entrar a esplicarle las cosas que se relacionan con Edmundo. Esto por lo que respecta a las alhajas; i si el señor de nariz de remolacha se presenta otra vez a tí, lo recibes mui bien, le das conversacion i procuras que te manifieste sus pretensiones. Cuando lo haya hecho, lo tomas de las dos orejas, se las sacudes hasta arrancárselas, i dándole con la punta del pié donde mas le duela, lo plantas en la calle. ¿Me entiendes?

—Sí, señor; pero ese caballero parece mui bueno i honrado, i si fuera cierto que se interesa por el patron, yo haria mal en maltratarlo.

—¡Qué, hombre, le dijo Valentin; eso es un error! Los pícaros se hacen santos para engañar. ¡Nada de consideraciones! Si no quieres arrancarle las orejas, hazlo con la

nariz i le harás un verdadero favor, pues así tal vez le saldria otra que no fuera de remolacha.

Algunos minutos despues, Valentin i José se apartaban, este último para ir a tomar las alhajas i llevarlas al comandante de policía.

Pero no bien habia llegado a la casa de Edmundo, cuando de una esquina inmediata se destacaron dos hombres con traje de soldados, i tomándolo de un brazo le dijeron:

—¡Vd. va preso, amigo!

—¿I por qué? preguntó José con viva alarma.

—Ya lo sabrá Vd. en el cuartel.

—Pero... yo no he hecho nada; yo...

—¡I bien! si no ha hecho Vd. nada, saldrá pronto en libertad.

José trató de resistir i hacer valer su inocencia; pero no consiguiéndolo, se resignó a marchar a la cárcel.

CAPÍTULO XLIV

Vicente en campaña

VICENTE Jimenez habia principiado sus trabajos con empeño.

Como ya hemos manifestado, la peregrina belleza de Matilde habia impresionado vivamente el sensible corazon de nuestro jóven; así que se dedicó a buscarla movido por el doble deseo de servir a Edmundo i de proporcionarse la ocasion de verla una segunda vez. Estas circunstancias avivaron talvez su imajinacion i lo hicieron dar, desde el principio, acertadísimos pasos.

Dirijióse a la casa donde habian alquilado el coche i allí preguntó por el cochero; pero éste, segun le dijeron, no habia asistido al trabajo.

Léjos de desanimarse por esto, indagó, hasta averiguar

el nombre i la residencia del cochero i sin pérdida de tiempo fué a buscarlo a su casa.

El carácter de Vicente no era mui apropósito para estas empresas: incapaz de valerse de medios que creia ilegales, solo pensaba emplear la persuasion i el dinero para obtener las revelaciones que tanto le interesaban. A mas, carecia de la malicia, de la viveza de imajinacion que tenia Valentin, i en ningun caso habria empleado una mentira para sorprender una verdad. No obstante, el jóven se prometia un buen éxito si lograba encontrar al cochero i si podia hablarle como lo habia pensado.

Despues de algunos pasos i viajes inútiles, Vicente vió realizado su primer deseo. El cochero acababa de entrar a una taberna con dos amigos o colegas i, sentándose a una mesa, habia pedido con arrogancia *una cuarta de licor*.

—¡Malo¡ se dijo el jóven; si este hombre se embriaga, nada voi a sacar de él.

Aunque le repugnó permanecer en aquella habitacion inmunda, manchada por la crápula i el contacto de tantos séres desmoralizados i viciosos, fué a ocupar otra mesa frente a la que el cochero i sus amigos habian tomado.

—¿Qué le sirvo, patronsito? le preguntó un mozo acercándose a él.

—Lo que tú quieras, contestó Vicente. Pero ántes, aproxímate a ese hombre que está ahí—e indicó al cochero— i díle que me oiga unas cuantas palabras que pueden convenirle.

El mozo cumplió la órden, i un momento despues, el cochero acudia al llamado de Vicente.

—¿Me conoces? le preguntó éste.

—Creo haberlo visto, señor; pero no recuerdo dónde ni cuándo.

—Yo te diré dónde; pero ántes quiero saber si podré contar contigo para un asunto que me interesa. Te prevengo que te pagaré bien i que nada tienes tu que temer.

—¿I qué hai que hacer, señor?

—Bien poca cosa: nada mas que decirme la verdad sobre lo que voi a preguntarte.

—Si es por eso, señor, yo no miento nunca.

El mozo se acercó a la mesa a ese tiempo i puso sobre ella una botella i un vaso.

—¿Qué licor es ese? preguntó Vicente.

—Valdepeñas, del mas fino, patroncito.

—Bien, trae otro vaso.

El mozo se alejó mirando de soslayo al cochero i como quien dice: ¡Vaya con la suerte!

Vicente, que deseaba ganarse el aprecio de su interlocutor, lo invitó a sentarse i le sirvió un poco de vino, que aquel bebió sin hacerse repetir la invitacion.

—¿I qué es lo que deseaba preguntarme su merced? interrogó el cochero despues de saborear el Valdepeñas.

—Si sabes adonde condujeron anoche una niña que iba para San Bernardo en compañia de un jóven.

—¡Ah! esclamó el cochero poniéndose colorado. Yo no se nada de eso, señor: nada, absolutamente nada!

—Sin embargo, tú fuiste el que anoche tomó en el óvalo de la Cañada, a dos pasajeros que se dirijian a San Bernardo.

—Si, señor; pero yo no he sabido que fué de ellos.

—Eso no es verdad, le dijo Vicente. Vamos, aquí tienes media onza si contestas a lo que voi a preguntarte.

El cochero dió una mirada avara a la moneda de oro que le mostraba Vicente, e hizo un jesto de duda.

—¿Aceptas mi oferta? le preguntó el jóven.

—Es que yo no sé lo que Vd. quiera preguntarme, contestó el cochero, pugnando entre el deseo de ganar los ocho pesos cinco reales i el temor de comprometerse.

—Lo único que deseo saber, es adonde condujiste a la ó ven que habia en el coche, cuando el que la acompañaba quedó aturdido por el golpe.

—¿Luego su merced sabe?... preguntó el cochero.

—Lo sé todo, hijo; pero no adonde llevaron a esa señorita.

El cochero pensó en el acto:

—Este caballero debe estar enamorado o debe ser el marido de la niña... Eso es! debe ser marido; i el otro, el que iba para San Bernardo, se la llevaria robada... De todos modos debe tener mucho interes en hallarla, i en lugar de media onza, bien podia darme una i tal vez dos. El oficialito me amenazó con una tunda de palos si decia algo de lo que habia visto; pero con encargar a este caballerito, que tiene cara de *mui verdadero*, que me guarde el secreto, puedo ganarme una buena propina... Vamos, no hai que ser leso para su conveniencia!...

—Yo podria, señor, decirle algo sobre eso, agregó en voz alta; pero es el caso que me comprometo, i que... por tan poco...

—¡Ah! ¿quiéres mas, entonces?

—No solo eso, si no que Vd. me habia de prometer que

guardaria el secreto, que no me comprometeria, pues puede costarme mui caro decir lo que sé.

—Bien, contestó Vicente: con respecto al secreto, te doi mi palabra que lo guardaré; i por lo que hace al dinero, aquí tienes otra media onza...

El cochero dudó aun, mas por la esperanza de sacar otra onza que porque vacilase en revelar el paradero de Matilde.

—Cuando uno se compromete, dijo, con ese aire del que manifiesta a su pesar lo que desea, debe ser por algo que valga la pena...

—I bien, replicó Vicente: ¿cuánto quieres que te dé?

—¡Aquí es la mia!... pensó el cochero. I acto continuo agregó en voz alta:

—Lo ménos, señor, por que me resolveria a comprometerme, seria por unas cinco onzas.

—¿Estas loco? interrogó Vicente.

—Es que Vd. no sabe, señor, a lo que me espongo. El oficial de policía que nos tomó presos, me lleva a la cárcel en cuanto sepa que no he guardado el secreto que me encargó.

—¿I cómo puede saberlo, preguntó Vicente, desde que yo no se lo diré a nadie?

—En cuanto sepan que Vd. ha ido a ver a la señorita, ¿a quién otro pueden echarle la culpa?

—Dirán que yo he seguido sus pasos o cualquiera otra cosa. En fin: yo soi de una sola palabra: te doi tres onzas si me llevas en el acto a la casa en que está la jóven.

El cochero vaciló aun.

—¿Aceptas, sí o nó? preguntó Vicente incomodándose ya de aquella discusion.

—Serán cuatro onzas, señor, replicó el cochero.

El jóven se levantó, tomo el dinero que habia colocado en la mesa, i guardándolo, dijo:

—Hemos concluido entonces: no soi rico para botar la plata.

Al oir esto el cochero:

—Vea, señor, dijo; iré por las tres onzas, pero su merced me ha de prometer no decirlo a nadie.

—Ya eso está dicho, dijo Vicente.

—Entonces vamos, señor, replicó el cochero.

I acercándose a los compañeros con que habia entrado a la taberna, les dijo:

—Espérenme aquí, porque voi a ganar un buen *corte*.

Se alejaron i durante el camino, Vicente trató de instruirse de cómo habian llevado a Valentin al camino de las Condes, i de lo que el oficial habia hecho para cambiarle traje i conducirlo.

El cochero no trepidó en comunicarle cuanto sabia, halagado por la idea de recibir una cantidad de dinero que jamas habia visto reunida en sus manos, i contó a Vicente lo que nosotros daremos en resúmen para que lo sepa el lector.

—El oficial, dijo el cochero, cuando oyó un grito que dió el caballero al caer, me hizo sacar el farol del coche i alumbrar con él. Entonces vimos que el caballero habia quedado como muerto, i que el caballo le habia dado una patada en la cabeza. La señorita, cuando oyó decir que habia muerto (porque el sarjento que acompañaba al oficial

así lo creyó), i cuando lo vió tirado en el suelo i sin movimiento, quiso precipitarse del coche; pero el oficial la empujó al interior i cerró la portezuela.

—¡Qué bárbaro! esclamó Vicente con indignacion, al recordar la delicadeza de Matilde.

El cochero continuó:

—Cuando el oficial se hubo cerciorado de que el caballero no estaba muerto, llamó a un lado al sarjento i estuvo hablando con él largo rato, en secreto. Despues subieron al aturdido al coche i oí decir que la señorita estaba desmayada.

—¿No le hicieron nada para que volviera en sí? preguntó Vicente.

—Al contrario, señor; el oficial dijo que se alegraba, porque así se evitarian llantos i lamentaciones.

Vicente se sentia cada rato mas indignado, pensando en lo que habrian hecho sufrir a Matilde i en las consecuencias que podia tener para ella aquel tratamiento inhumano.

—¿I despues? preguntó al cochero.

—Me hicieron subir al pescante, contestó éste, i me ordenaron volver a Santiago. El oficial entró tambien al coche despues de atar el caballo en una de las portezuelas, i el sarjento volvió a la ciudad a todo galope. Cuando llegamos al pueblo, el oficial me dió órden de tirar para la calle de Maestranza, i allí, en una casa que hai en la primera cuadra, bajamos, entre él i yo, a la señorita.

—¿I el sarjento? preguntó Vicente.

—Todavia no se juntaba con nosotros. Solo al cabo de

un rato i cuando íbamos por las *Cajitas de Agua*, nos alcanzó.

—¿Hallaste lo que te encargué? le preguntó el oficial.

—Sí, mi alférez, contestó él.

Seguimos marchando tajamares arriba por el camino de las Condes, hasta llegar frente a la Dehesa, i allí me hicieron parar. El oficial i el sarjento tomaron en brazos al caballero i siguieron caminando, ordenándome que no me moviera de donde estaba.

Pasó cerca de una hora, tal vez, ántes que volvieran, i les oí decir que habian dejado al enfermo en una casa para que lo curaran.

—¿Cuándo debias volver tú de San Bernardo? me preguntó el oficial.

—Tal vez mañana, señor, le contesté.

—Bueno, dijo entónces él: te voi a llevar a mi casa hasta mañana, para que digas a tu patron que llegas de San Bernardo i no tengas necesidad de contarle nada de lo que ha sucedido.

—Es que segun el trato que habia hecho con el patron ese caballero, le dije yo, ni el mismo patron sabia adonde debíamos ir, pues el caballerito alquiló el coche por dos dias.

El cochero esplicó detalladamente a Vicente cuanto habia pasado entre él i el alférez, i como éste lo amenazó si revelaba a álguien la menor cosa de cuanto habia visto u oido

Hablando así, llegaron a la calle de la Maestranza, i el cochero indicó a Vicente una casa medio ruinosa, pero

grande i al parecer cómoda, diciéndole que allí habian dejado a Matilde.

—Bien amigo, le dijo Vicente. No dudo de sus palabras i voi a darle las tres onzas ofrecidas. Pero le advierto que si me engaña, le costaria mui caro su mentira.

El cochero aseguró con su alma i con su vida que decia la verdad i Vicente lo despachó.

CAPÍTULO XLV

Vicente i Gaspari

Antes de resolverse a tomar una determinacion, Vicente se dijo:

—Si voi a la casa i pregunto por la señorita Matilde, es seguro que me dirán que no está ahí, i tal vez que ni la conocen. ¿Qué hago para llegar hasta donde ella?

El jóven meditó largo rato sin hallar ningun medio para acercarse a la hija de don Cornelio, i viendo que podia llamar la atencion de los transeuntes si permanecia mucho rato allí, se tetiró a la que hoi se conoce con el nombre de calle de las Delicias, i que en ese tiempo aun

carecia de los árboles que le dieron el nombre de Alameda.

La gran acequia que ahora corre al lado norte en esa parte, dividia la calle en dos, i algunos sauces llorones, plantados sin órden, i cuyas raices se humedecian en las turbias aguas, comunicaban cierto aspecto campestre al sitio que es hoi uno de los mas amenos de la capital por su vecindad al Santa Lucía, ese peñon que el jenio i el entusiasmo de un activo i laborioso mandatario ha cubierto de estatuas, monumentos i jardines.

Vicente se dirijió a los sauces i se sentó en un banco que los vecinos de ese sitio habian colocado bajo del follaje para pasar las calorosas tardes del verano, murmurando de sus semejantes como murmuraba el agua que corria a sus piés.

Era ya la tarde, i los últimos rayos del sol herian las nevadas cumbres de los Andes, cuando Vicente se colocó en el banco, desde el cual podia ver la puerta de calle de la casa en que le habian dicho que estaba Matilde.

Por mas que trabajaba su imajinacion para hallar un medio que le permitiera acercarse a Matilde i sacarla de aquella casa, nada se le ocurria que fuera posible efectuarlo con probabilidades de buen éxito.

—¡No hai duda! se dijo al fin. Soi un bárbaro que no sirvo para nada! Si Valentin estuviera aquí, ya se le habrian ocurrido mil pretestos, mil medios, miéntras yo me estoi con los brazos cruzados sin hallar qué hacer.

Vicente pensaba ya en retirarse para ir a buscar a Valentin a las Higueras, cuando vió dirijirse a la calle de la Maestranza dos caballeros que hablaban con animacion.

El uno cargaba anteojos azules, era flaco i pequeño, i Vicente conoció en el acto a don Lorenzo Gaspari. El otro era gordo, abultado de abdómen i cuya nariz hinchada i amoratada en la punta, estaba en armonía con sus mejillas coloradas i lustrosas. A este último, Vicente no lo conocia; pero el lector habrá adivinado que no era otro que don Márcos Lay.

—¡No hai duda! se dijo Vicente. En esa casa está la señorita Matilde, cuando anda por aquí el ajente de negocios.

Don Lorenzo, llegando a la esquina de la calle de la Maestranza, se detuvo, i Vicente vió que indicaba a Lay la casa que él observaba. En seguida, el ajente se apartó del primero, i miéntras éste marchaba hácia fuera de la calle, es decir, hácia la casa varias veces mencionada, don Lorenzo volvió para alejarse por la misma calle que habia venido.

Aunque el follaje de los sauces cubria en gran parte a Vicente, el ajente lo divisó, i acto continuo se dirijió resueltamente hácia el jóven, i saludándolo con una vénia le preguntó:

—¿Sabe Vd., señor, dónde vive por aquí una señora Enriqueta Velez de Recasen?

—Lo ignoro, caballero, contestó Vicente con sequedad.

—¿Vd. es vecino de por acá? volvió a preguntar Gaspari.

—Nó, contestó el jóven, fastidiándose de tener que hablar con un hombre cuya mala fe conocia.

—¡Lo siento infinito! esclamó el ajente. Vine a indicar a un médico la casa de una amiga donde hai una enferma,

i habia querido aprovechar mi viaje para hacer otra diligencia.

—¿Hai una enferma en esa casa? preguntó vivamente el jóven, alarmado al pensar en Matilde.

—Sí, señor; una jóven, contestó el ajente, observando la impresion que su noticia causaba en Vicente.

—¿Es alguna enferma de gravedad? volvió a preguntar éste.

—Tal vez; eso dependerá de la tranquilidad, de la conducta que observe con ella una persona de quien depende... ¿Me permite Vd. sentarme un momento? agregó Gaspari.

—Con mucho gusto, contestó el jóven, que vió en la compañía del ajente una posibilidad de obtener noticias de Matilde.

—Gusta Vd. un cigarro? preguntó Gaspari presentando a Vicente una hermosa tabaquera de paja.

—Mil gracias, no fumo.

—Es Vd. mui feliz: yo soi vicioso hasta el esceso. ¿Conoce Vd. a la señora de esa casa que le he indicado?

—¿De cuál? preguntó a su vez Vicente, deseoso de traer la conversacion al terreno que deseaba. ¿De la casa en que Vd. dice que hai una enferma?

—Sí, caballero: de esa cuya puerta divisamos desde aquí.

—No conozco a nadie.

—Yo la conozco, dijo Gaspari; i aunque no puedo llamarla amiga, reina entre nosotros esa simpatía que nace de servicios que se prestan o se reciben.

—¿La enferma es hija de la señora? preguntó Vicente.

—¡Ah! nó. La enferma es una pobre jóven, mui desgraciada, que anda fuera de la casa paterna por cuestiones de amor.

—¿Es posible? interrogó Vicente.

—¡Cosas del mundo, caballero, i que suceden todos los dias! Lo que sí que pocas veces se reunen tantas circunstancias desgraciadas como las que se han reunido ahora para martirizar a esa jóven.

—¿El padre la ha arrojado de la casa?

—Eso seria bien poco. Todos los males le vienen a la pobrecita de la persona a quien ama. ¡Hai hombres tan perversos en la vida!

—¿I esa jóven no tiene quien la favorezca, quien obligue al que la hace desgraciada, a hacerla feliz?

—¡Ah! son tan pocos los que se cuidan de los males ajenos! I sin exajeracion, caballero, yo no he conocido persona mas noble, mas digna de lástima que esa desdichada niña. Su seductor la engañó de la manera mas infame, i hoi mismo, cuando debia estar a su lado para consolarla i conocer el fruto de sus amores, la ha abandonado i la deja sola, espuesta a morir de vergüenza i desesperacion.

Por las sienes de Vicente corrieron gruesas gotas de sudor. ¿Era de Matilde de quien hablaba el ajente de negocios? Era ella la engañada, la enferma, la que podia morir de vergüenza i dolor? Quién la habia engañado? Quién era tan inhumano que así se conducia con aquella jóven tan hermosa i al parecer tan digna de consideracion?

Sin comprenderlo él mismo, Vicente sentia por Matilde, desde la primera i única vez que la habia visto, una

de esas simpatías profundas que si no son ya un amor, al ménos no falta para ello mas que un paso, que en amor se da con una mirada, con un momento de conversacion.

Vicente, olvidando que Edmundo habia señalado a Gaspari como a su principal enemigo; olvidándose de todo ante el deseo de saber con certeza la suerte que corria Matilde, obedeció a una súbita inspiracion i preguntó:

—Dígame, caballero, por favor, ¿es una señorita Matilde del Valle la que está enferma?

Don Lorenzo dió un salto sobre el asiento.

—¡Cómo! esclamó. ¿La conoce Vd.? Sabe Vd.?.....

Se detuvo para mirar con mui bien finjida alarma al jóven, i volvió a preguntarle:

—¿Conoce Vd, a la señorita Matilde?

—Sí, caballero, contestó Vicente. La conozco, i desearia saber sí es ella a quien Vd. se refiere.....

—¡Ah! esclamó Gaspari. ¿Qué he hecho yo? ¡Por eso es malo hablar inconsideradamente!.....

—No tema Vd. nada por mi, le dijo Vicente: doi a Vd. mi palabra de honor que nadie sabrá lo que Vd. me ha dicho i lo que tenga a bien comunicarme!.....

—¡Oh! gracias, caballero: acepto su palabra i confio en que la cumplirá. Mi indiscrecion, mi falta de prudencia, nace de lo que me ha condolido ver a esa jóven desgraciada!

—I el señor del Valle, preguntó Vicente, ¿cómo es que deja a su hija que sufra?

—¡Ah! caballero!..... Es que Vd. no sabe cuántas intrigas hai en esto..... Perdóneme: yo no debo agregar una palabra mas, desde que Vd. la conoce, desde que Vd. sabe, tal vez, poco mas o ménos, lo que sucede..... sobre

todo, caballero, i por lo que es mas censurable mi conducta, yo no sé con quien tengo el gusto de hablar.

—Con Vicente Jimenez, contestó el jóven.

—Celebro conocer a Vd., caballero; yo soi Lorenzo Gaspari, ajente de negocios, un pobre viejo que solo desea tener amigos como Vd. a quien servir.

—Gracias, señor, contestó Vicente. Por mi parte, celebro tambien que esta circunstancia nos haya reunido, pues a mas de que ya conocia a Vd. de nombre i de vista, si Vd. quisiera prestarme un gran servicio no sabria cómo manifestarle mi gratitud.

—Estoi pronto, señor Jimenez, a servir a Vd. en lo que pueda; así, manifiésteme Vd. sus deseos con entera confianza.

—Se trata, señor, de la jóven Matilde del Valle.

—¡Ah! hizo Gaspari. ¿Tiene Vd. algun interes en saber, en.....

—Le diré a Vd., le contestó Vicente, que si estoi aquí, es por ella.

El ajente miró asombrado al jóven.

—¿La ama Vd.? preguntó en seguida.

—Nó, contestó Vicente; solo la he visto un instante, pero tengo otro interes tal vez mayor.

—¿Quiere Vd. verla? preguntó Gaspari.

—Sí, señor: verla, hablar con ella, decirle lo que.....

Vicente se interrumpió, porque en aquel instante advirtió que si don Lorenzo era tal cual se lo habian pintado —un hombre hipócrita, intrigante, vendido en cuerpo i alma a los jesuitas,—a nadie ménos que a él debia haberse confiado. Pero ya era demasiado tarde para volver

atras, i si queria obtener del ajente algunas revelaciones, debia principiar por manifestarle una confianza absoluta.

—¿Decirle qué? interrogó don Lorenzo. ¿Puedo saberlo?

Vicente vaciló.

—I bien, le confesaré todo a Vd., caballero, dijo al fin. Estoi encargado por un amigo para socorrer, para sacar a la señorita Matilde de esa casa i conducirla a un lugar seguro, tranquilo, donde puede permanecer el tiempo que sea necesario miéntras se arreglan ciertos inconvenientes que ignoro.

—¿Es posible? interrogó Gaspari con viva alegría. ¿Es posible que la señorita Matilde tenga alguna persona que se interese por su bien? ¡Oh! si es así, no es tan desgraciada como yo creia! ¿I quién es ese noble amigo de Vd? quién es, para bendecirlo i ponerme de su parte i ayudarlo en cuanto mis fuerzas alcancen?

—Es Edmundo Cortés, contestó Vicente sin trepidar.

—¡El!... ¡Don Edmundo Cortés!... ¡Don Edmundo Cortés, su amigo, el que quiere socorrer i amparar a esa niña!..... ¿Es posible? No está Vd. equivocado, caballero? preguntó el ajente con grande admiracion.

—Nó, señor; es Edmundo quien tiene grande interes en auxiliarla. ¿Qué encuentra Vd. de estraño en ello?

—¡Ah, Dios mio! Si Vd. supiera!... Pero nó, yo no debo ahora decirle una palabra! Vd. amigo de don Edmundo i yo comunicándole mi sentimiento por la situacion de esa jóven desgraciada!...

—¿I qué tiene eso de malo? preguntó Vicente.

—¡Oh!... mucho, caballero: mas de lo que Vd. puede imajinar... Pero aquí hai algo que no me esplico, que no

comprendo!... Don Edmundo Cortés tratando de favorecer a Matilde!... Oh! .. ¿sería posible?

—Vuelvo a preguntar a Vd. qué encuentra de estraño, dijo Vicente, desde que Edmundo ha sido un amigo fiel de la familia de esa señorita, i ahora solo se ocupa de ampararla!

—¡Qué encuentro de estraño! repitió el ajente. ¿Luego Vd. no sabe lo que sucede? Luego Vd. no sabe, caballero, que yo i don Edmundo Cortés nos miramos como enemigos nada mas que por la situacion en que se halla esa desgraciada jóven.

—Sé que Edmundo mira a Vd. mal, dijo Vicente, i casi he penetrado la causa.

—Entónces, replicó Gaspari, si Vd. ha penetrado la causa, sabrá que miéntras yo tiendo mi mano al oprimido, miéntras yo trato de hacer triunfar la virtud i la inocencia, él...

—El ¿qué? interrogó Vicente con voz anhelante.

—El... ¡oh!... no puedo, no debo decirlo a Vd!... A Vd. que es su amigo, a Vd. que, sin duda, se tiene formada de él una alta idea!...

—¡Idea que Edmundo merece! dijo Vicente con voz agresiva.

—Para que Vd. me creyera, para que Vd. comprendiera la verdad, continuó Gaspari, como si no hubiese oido la interrupcion del jóven, seria necesario que la misma víctima, anegada en un mar de lágrimas como la he visto yo, con la voz entrecortada por los sollozos como la he oido

yo, dijese a Vd.: «Aquel es mi verdugo, aquel mi seductor!»

—¡Miente, miente Vd.! esclamó Vicente parándose i acercándose al ajente con los puños crispados i la mirada centellante.

Don Lorenzo cruzó los brazos i miró al jóven con aire triste, compasivo, miéntras una sonrisa amarga entreabria sus labios.

—¡Por desgracia no miento, caballero!... esclamó con voz dolorosa i pausada. ¡Nómbreme Vd. al padre del hijo de Matilde!... Dígame per qué don Edmundo Cortés ha sido alejado de la casa de don Cornelio del Valle!

—Por intrigas del padre Basilio, dijo Vicente. Eso lo sé.

Don Lorenzo se sonrió mirando compasivamente al jóven.

—¿Se lo ha dicho a Vd. el mismo señor del Valle? le preguntó.

—Me lo ha dicho Edmundo, i Edmundo no miente.

Una nueva sonrisa del ajente de negocios casi exasperó a Vicente.

—Creo que no debemos continuar esta conversacion, caballero, dijo Gaspari. Vd. i yo hemos sido demasiado imprudentes en comunicarnos lo que debiéramos haber guardado mas oculto, i ahora nuestro mejor arrepentimiento será apartarnos cada uno por su lado i con sus propias creencias.

—¡Es que a Edmundo se le calumnia! esclamó Vicente; i la prueba que hai de ello es que la señorita Matilde se ha prestado gustosísima a seguir a un amigo de Edmundo

cuando aquel se presentó en su nombre para conducirla a un lugar mas seguro.

—¡Oh! esclamó Gaspari sin dejar de sonreir. ¿Sabe Vd. por qué fué eso? Porque la jóven, que se hallaba próxima a ser madre, tuvo un rato de felicidad al creer que el hombre a quien amaba, podria volver sobre sus pasos. Porque él así se lo prometió, i porque, en fin, para ella, tan jóven, tan inocente, tan pudorosa, era mui terrible la idea de pasar su alumbramiento en una casa estraña, entre jente desconocida!

El ajente de negocios se levantó al decir esto, i haciendo una vénia ceremoniosa a Vicente, agregó:

—Si algun dia, caballero, cambia Vd. de opinion i quiere favorecer verdaderamente a Matilde, vea a este pobre viejo, que le ayudará en ese sentido con todas sus fuerzas.

—Adios, caballero: perdone mis indiscreciones, i si ve pronto a don Edmundo, dígale que me encontrará eternamente en su camino, miéntras no cumpla con el deber que pesa sobre su conciencia.

El ajente se alejó con pasos tranquilos i mesurados.

CAPÍTULO XLVI

El jefe de taller.

ICENTE permaneció largo rato sin darse cuenta de lo que le sucedia.

¿Qué era de Edmundo? Dónde estaba para ir a comunicarle lo que se decia de él, para que desvaneciese con su presencia las calumnias que se propalaban en contra de su honor? Cómo llegaria hasta Matilde para que ésta le dijese, con una palabra siquiera, si era cierto que Edmundo la habia abandonado? Pero nó, esto era falso! Si podia ser posible que Edmundo hubiera abusado de la inocencia de esa jóven, no lo era que tratase de abandonarla desde que él mismo habia comisionado a Valentin para que la condujera al fundo que poseia en el sur.

Esta última reflexion, al mismo tiempo que desvaneció en la mente del jóven una de las inculpaciones que hacian a Edmundo, le causó cierta tristeza.

El hecho de querer llevar a Matilde a su fundo, ¿no era una prueba elocuentísima de la intimidad que existia entre ellos? Por otra parte, ¿cómo esplicar, si no era por la falta de Edmundo, que don Cornelio del Valle lo hubiese alejado de su casa? cómo el que Edmundo mantuviese relaciones con Susana, si aquel habia seducido a Matilde?

—¡Acabaria por volverme loco, esclamó Vicente, si continúo pensando en esto!... Voi a buscar a Valentin i él sabrá descifrar, mas pronto que yo, este enigma!...

Se dirijió a su casa para tomar allí un caballo i marchar a las Higueras, donde creia encontrar a su amigo; pero al llegar le entregaron una carta que le acababan de traer de Melipilla, en que lo llámaban con mucha urjencia porque una tia estaba mui enferma.

—Iré i volveré bien pronto, dijo el jóven a José, que lo esperaba hacia un instante para saber si habia avanzado algo en sus investigaciones.

—¿Volverá Vd. esta noche? preguntó el criado.

—No; pero sí creo que lo haré mañana mui temprano, pues voi fuera de Santiago.

José no se atrevió a preguntar mas, i Vicente, vivamente preocupado con lo que le sucedia, no advirtió tampoco decirle donde iba, siendo esta la causa por que el buen criado no pudo decir a Valentin adonde se habia dirijido Vicente.

Estos sucesos, como debe recordarlo el lector, tenian lugar en el mismo dia en que Valentin se presentó a don

Ruperto i en que éste lo encerró en el dormitorio de don Cornelio miéntras daba cuenta a Gaspari.

Para mas claridad, fijaremos la situacion de algunos de nuestros personajes, en ese dia i en el siguiente, que es adonde hemos llegado en nuestra narracion.

Miéntras que Vicente adquiria por el cochero la noticia del lugar en que estaba Matilde Valentin estaba en las Higueras; y precisamente a la caída de la tarde, cuando éste era engañado por don Ruperto y encerrado en la pieza de que salió la misma noche, Vicente recibió la carta que lo hizo ir a Melipilla.

Ahora bien, y como lo hemos visto en capítulos anteriores, Valentin volvió de las Higueras al amanecer del siguente dia, i en el camino sorprendió al emisario de Gaspari, a quien le quitó la carta dirijida a don Ruperto. Ya en su casa, le fué entregada una esquela en que el Tirano le decía que prorogaba el plazo plazo para el pago, i despues de ésto, supo por José que Vicente no habia llegado a su casa desde el dia anterior, i luego el asunto de las alhajas.

Réstanos decir, para mayor claridad, que Valentin habia llegado a Santiago como a la una de la tarde, i que serían las cuatro cuando José fué a darle parte de lo que le sucedía. Media hora despues, el criado era conducido a la cárcel.

Continuaremos nuestra narracion despues de haber hecho estas advertencias.

Don Lorenzo Gaspari llegaba a su oficina esa misma tarde, a eso de las seis, i encontró a un mozo que hacia pocos momentos le habia traido una carta del administrador de las Higueras.

El ajente abrió la puerta con precipitacion, encendió una lámpara i leyó:

«Señor presidente:

«El jóven Valentin Castro, que como anuncié Vd. a esta mañana, estaba encerrado en una pieza, se ha fugado por el techo, i al volver a Santiago, encontró al mozo que traia su correspondencia, de la cual se apoderó engañándolo.

«Como ignoro las recomendaciones o instrucciones que Vd. me diera en ella, me apsesuro a comunicárselo para que Vd. tome las medidas que crea convenientes.

«No escribo esta en cifra porque no tengo tiempo, i como Vd. sabe, tardo mucho en consultar los signos.

«Don Ed. continúa en el lugar que ya he indicado. Me cuesta gran trabajo mantenerlo ahí, i si fuera posible, seria de desear que terminara pronto esa prision.

Mande Vd. a este S. A. i S. S. Q. B. S. M.

XII.»

Don Lorenzo estrujó la carta entre sus manos i murmuró con voz sorda:

—¡Este imbécil de Ruperto compromete todos mis planes!.

I tomando una pluma, trazó en signos iguales a los que ya hemos copiado, las siguentes líneas, que traducidas decian así:

«Edmundo continuará en el mismo lugar. Se proveerá en breve.—Valentin Castro, es probable, tratará de vol-

ver; si tal sucede, Vd. allará medios para que permanezca por allá algunos dias.

†. †. †.»

Entregó al mozo esta carta diciéndole;

—Vuelva Vd. en el acto a las Higueras i entregue ese papel al administrador.

—Eso es imposible, señor, replicó aquel, pues el caballo se ha *cortado* por lo lijero que he venido.

Don Lorenzo volvió a la mesa i escribió en una tirita de papel:

«Para el servicio de la S****entregue Vd. un caballo.»

†. †. †.»

Plegó el papel y puso en el sobre:

«*Chimba, Posada del Aguila.*

†. †. †.»

—Ve i cambia de caballo, dijo simplemente al mozo dándole la órden.

Cuando el mozo hubo partido, se acercó nuevamente a la mesa i escribió:

«Señor Don Leonídas Alvaro.

Amigo:

Mañana, a primera hora, saque Vd. *órden de arraigo* contra Valentin Castro mientras practica la ejecucion, que debe ser rápida, sin tregua. Si fuera posible, que se termine mañana mismo.

Su amigo

GASPARI.

P. D.—Le adjunto esa carta para que el juez decrete el arraigo a cualquera hora que Vd. lo pida.»

La carta a que se referia el ajente de negocios, estaba escrita en una clase de cifra que no posible presentar con carateres de imprenta, por lo cual nos limitaremos a traducirla:

Presidencia de la S****

«Dé Vd. al portador, en el acto, una órden de arraigo por deudas contra don Valentin Castro.

†. †. †.»

Plegó i lacró esta carta i la guardó junto con la anterior en un bolsillo de su paletó.

En seguida apagó la luz, puso llave a su oficina i con pasos rápidos se dirijió a casa del maestro Colás, el viejo zapatero que ya conoce el lector.

Habia entrado la noche i el viejo trabajaba en su banquillo alegremente entonando una cancioncilla popular. Al ver a Gaspari, dejó sus herramientas i se levantó saludando al ajente con vivas muestras de respeto.

—Buenas noches, dijo este, cerrando la puerta que daba a la calle. ¿Ha visto al Tiburon?

—Si, señor; está adentro

—¿I Canuto?

—Tambien con el.

—Llámelos en el acto.

Colás fué a la pieza inmediata, tomó un cuerno o bocina, i dirijiéndose al interior de su pequeña casa, lo hizo sonar dos veces de una manera distinta i dejando pasar un

queño intervalo de tiempo. Hecho esto volvió a la pieza
que lo esperaba Gaspari.

—¿Has visto al ex-teniente de policía Raimundo Bal-
arce?

—Si, señor: estuvo aqui a contarme que lo habian des-
ituido porque en la noche aquella en que anduvo persi-
uiendo a las ánimas, lo encontraron botado en la calle i
l comandante creyó que estaba ebrio.

Gaspari se sonrió de una manera maligna.

—¿I se le ha quitado el deseo de perseguir a las
nimas.

—Todavía no, señor. Estuvo aquí para suplicarme que
e dijera la verdad de lo que sucedia, i me contó que si
e habia desmayado, era porque no pudo resistir la im-
resion que le causó el repentino ataque de los enmasca-
ados.

—¿I pretende continuar en sus investigaciones?

—El hombre está mui abatido con la pérdida de su em-
pleo, pues dice que tiene ocho hijos i no contaba con otra
osa para mantenerlos.

—Eso le servirá de leccion para que en la sucesivo no
se entrometa en asuntos ajenos, dijo Gaspari.

En aquel momento se presentó Canuto Bobadilla, el
flaco i raro personaje que hemos presentado al principio
de nuestra historia.

Al ver a Gaspari, se inclinó doblando la cintura dos o
tres veces, i diciéndole:

—¡Beso a Vd. los pies, señor Gaspari! Beso a Vd. los
piés!.....

El ajente contestó con una venia a los ceremoniosos saludos de Canuto, i le preguntó:

—¿Has visto a Gregorio?

—Sí, señor; desde que se relevó del empleo que Vd. le habia señalado, lo he visto mui amenudo, es decir, cada dia; o mas bien dicho.....

—¿Lo has visto hoi? interrumpió Gaspari.

—¿Hoi? Si, señor: en la mañana, es decir, como a las dos de la tarde, o poco mas o menos, lo vi, i.....

—¿Te dijo algo de la persona que vijila?

—Si me dijo, señor: pero no para que se lo dijera a Vd., sino que lo dijo así... como conversando, como...

—¿Quiéres hablar sin rodeos, hombre de Dios? esclamó Gaspari exasperándose.

—I bien, señor! es el caso que yo iba.....

—¡Al infierno irias! esclamó nuevamente Gaspari.

—¿Al infierno, señor? preguntó Bobadilla con candidez. ¡Ni Dios lo permita!... Iba a la plaza, señor, a buscar gansos para aprovechar el tiempo, i.....

—¡Colás! dijo Gaspari dirijiéndose al zapatero. Oiga Vd. lo que tenga que comunicarme este bárbaro, pues acabaria por volverme loco con su estupidez.

El ajente de negocios se apartó un tanto de Bobadilla al mismo tiempo que entraba a la pieza un hombre alto, de semblante cadavérico, largo de brazos i con unas manos inmensas, pálidas i huesosas.

Al ver a Gaspari, se quitó el sombrero i lo saludó con respeto.

—Ven, le dijo éste, dirijiéndose a un estremo de la pieza.

El desconocido lo siguió.

Para que el lector se forme una idea aproximada del aspecto i carácter del hombre que presentamos en escena, sin entrar por nuestra parte en largas i pesadas descripciones, le diremos que padecia de Ténia, esa terrible enfermedad que vulgarmente se llama *lombriz-solitaria*. Para aquel hombre, su placer, su gloria, su delirio, era el comer. Comer siempre, a toda hora, a cada instante; engullir manjares o el burdo alimento del peon; devorar noche i dia, no importaba qué, hé ahí su anhelo su ilusion dorada. Pero como era pobre i no tenia para saciar su hambre; como los recursos que podia proporcionarse jamás alcanzaban para alimentar su estómago—hoguera que pedia combustible sin cesar,—aquel hombre era infeliz, i en ciertos momentos era capaz de cometer un crímen, sin remordimiento i sin horror, con tal de obtener un algo que llevar a sus labios trémulos, marchitos i helados por el hambre.

La jente del pueblo le habia dado el nombre de Tiburon.

Gaspari socorria, en cambio de algunos servicios, a ese desgraciado. Pero le socorria miserablemente, no dándole sino una migaja, como el cazador que da a su perro perdiguero un pequeño trozo de la pieza para avivar su apetito i tenerlo siempre dispuesto a trabajar.

En aquel dia, el Tiburon no habia comido mas que la racion ordinaria de cualquier otro hombre.

Estaba lánguido, rabioso, desesperado. Habria clavado sus dientes, aguzados por el continuo ejercicio en si mis-

mo, si sus miembros hubieran tenido un poco de carne, si por sus venas hubiera sentido correr un poco de sangre.

La idea de que Gaspari podia darle dinero para matar su hambre, no lo hizo sonreir ni alegrarse; le hizo dar chasquidos con el paladar.

Gaspari habló largo rato en secreto con aquel hombre i concluyó por poner en sus manos algunas monedas.

—Hasta mañana a las nueve de la noche, le dijo al despedirse.

—Si, hasta despues de cenar, contestó el Tiburon alejándose con rapidez.

—I al fin, preguntó don Lorenzo al maestro Colás ¿qué dice Canuto?

—Que Gregorio le contó que habia llegada don Valentin Castro.

Si, eso es, que habia llegado, dijo Bobadilla; pero que habia vuelto a salir, es decir que habia ido.....

—Está bien: todo lo sé, interrumpió Gaspari.

I dirijiéndose a Bobadilla:

—Toma esa carta, le dijo, i llévala a don Leonídas Alvaro, diciéndole que, como siempre, la carta que le adjunto debe ser entregada sin decir la procedencia.

—Mui bien, señor Gaspari. I si el señor Tirano—digo mal—i si el señor Leonídas no está, ¿no le entrego la carta, es decir, no se la dejo, ni el recado tampoco?

—Le dejarás una i otra cosa a la hija.

—Mui bien señor Gaspari voi en el acto. ¡A los pies de Vd! Mui buenas noches, maestro Colás!

Bobadilla se alejó despues de hacer mil jenuflecciones frente a don Lorenzo.

—Si este imbécil, dijo el ajente, no fuera tan fiel i honrado, seria intolerable.

I cambiando acto continuo de ideas, agregó:

—Mañana, Colás, tiene lugar la ceremonia de exorcizar los espíritus maléficos que habitan esta manzana; así que, desde mui temprano, se agolpará la jente en estos alrededores. Gregorio, Bobadilla i el Tiburon ocuparán desde temprano sus puestos, i apenas oigan los cánticos sagrados con que se dará pompa i solemnidad a la procesion, ejecutaran lo han hecho otras veces; pero recomiéndeles Vd. que formen una bulla mayor que la de costumbre, i que i vayan disminuyéndola a medida que la procesion avance i éntre a la *casa de las ánimas*. En seguida, que se retiren poco a poco hasta llegar al sitio de esta casa, donde cesarán de gritar i hacer ruido. ¿Me ha comprendido Vd.?

—Sí, señor; pierda Vd. cuidado, que todo se hará conforme a sus deseos.

—En pocos dias mas, Colás, recibirá Vd. el premio de sus servicios. Estoi contento de su lealtad, i la realizacion de lo que pretendíamos se ha efectuado a medida de mis deseos.

—¿Toda la manzana pertenece ya a Vd., señor? preguntó tímidamente el zapatero.

—A mí nó, Colás; ya he dicho a Vd. que represento a una sociedad que hará con el tiempo, cuando sea reconocida, bienes inmensos al pais. Por ahora tiene que vivir oculta, fraccionada, apoyándose en los mismos que mas tarde han de pedirle su apoyo. Si eso se realiza pronto, Vd. tendrá lugar a ver grandes transformaciones,—transformaciones en la sociedad, en la moral, en todo, porque

la influencia de ella se hará sentir desde el palacio del opulento hasta la choza del humilde labrador. Pero para que tal cosa se realice, Colás, necesitamos preparar el terreno i preparar la base en que descansará ese monumento colosal.

Gaspari indicó a Colás una silla que habia próxima a la que él ocupara un momento ántes, i le dijo:

—Siéntese i oiga con atencion lo que voi a decirle.

El zapatero tomó asiento con timidez, i miró a Gaspari con sorpresa.

—Colás, dijo éste: el brillante porvenir que diviso para esa sociedad i para Chile está en via de llegar. Unos cuantos pasos mas, un empuje vigoroso a los obstáculos que detienen su marcha, i el triunfo será nuestro!... Ese empuje, sin embargo, solo puede darse despues de haber trabajado tenaz i pacientemente, como la hormiga que grano a grano, acopia el alimento para un largo tiempo. Vencer ese obstáculo, es obra de nosotros, de unos cuantos hombres que, como Vd., tengan voluntad, paciencia e intelijencia. Al haberlo hecho depositario de algunos de nuestros secretos, es porque he reconocido en Vd. muchas cualidades recomendables, siendo una de las principales su desprendimiento i el haber comprendido nuestros propósitos. Ese desprendimiento va a ser premiado, i de humilde zapatero *remendon*, pasará Vd. a jefe de taller.

Colás miró con creciente sorpresa al ajente de negocios.

—Sí, dijo éste: mañana se rematará en la calle del Puente una tienda de zapatería que Vd. tomará en un solo lote. Pero como en todo caso es necesario salvar las apariencias i dar al público maldiciente i juzgador una especi

de satisfaccion de nuestros actos, mañana mismo tambien firmará Vd. una escritura de venta por esta propiedad.

—¿I qué podrán darme por esto, señor? preguntó Colás.

—A esa pregunta, repuso Gaspari, le contestaré con otra: ¿en cuánto aprecia Vd. su casa?

—¡Psh! hizo el zapatero: ¿qué puede valer esto, señor, cuando está que ya se cae i es una ratonera?

—I bien, dijo Gaspari; apréciela Vd. como tal.

—El maestro Colás se quedó un momento pensativo, i al fin dijo:

—Si me dieran trescientos pesos, quedaria mui contento.

—La tienda de zapatería que se rematará mañana, dijo Gaspari, está avaluada en novecientos pesos.....

¡Ah! esclamó Colás con acento pesaroso.

El ajente de negocios sacó una pequeña bolsa de seda al traves de cuyas mallas se veia brillar el oro, i pasándola al zapatero:

—Tome Vd., le dijo: aquí hai cien onzas que hacen la cantidad de mil setecientos veinticinco pesos. La escritura de venta la estenderá Vd. a mi favor por solo mil pesos, a fin de no despertar algunas sospechas entre las personas que conozcan la pequeñez de esta casa.

Colás habia tomado la bolsa, i despues de darle dos vueltas entre las manos, se habia quedado mirando alelado al ajente.

—¡Pero esto es mucho dinero! dijo al fin.

—Es el necesario, repuso el ajente, para que Vd. trabaje, medre i pueda, en una esfera superior, seguir prestándonos los servicios que le encomendemos. Yo sé que

Vd. es sobrio, honrado i trabajador, i que el dinero que ahora pongo en sus manos, no será perdido, sino por el contrario, aumentado. I como Vd. no tiene familia i tarde o temprano ha de morir, creo que nadie será su heredero sino la misma sociedad que lo ha protejido i que lo contará desde hoi como uno de sus hijos.

—¡Oh sí, señor! esclamó el viejo enternecido. Si, señor: la sociedad puede contar siempre conmigo, pues yo no podré olvidar que a Vd. deberé la felicidad en los últimos dias de mi vida!

—No a mí, Colás, repuso el ajente: todo cuanto yo hago es en nombre de esa sociedad que Vd. ha indicado, i a la cual consagro por completo mi existencia.—¡Oh! agregó Gaspari, si yo contara con muchas personas que como Vd., comprendiesen los móviles que impulsan nuestras acciones, el fin santo que perseguimos con nuestros trabajos, la obra de diez años, de medio siglo, se veria terminada en uno; pero ademas de los obstáculos material que se oponen a nuestros designios, necesitamos sostener una lucha constante con las preocupaciones de la sociedad i con los ataques de nuestros numerosos enemigos. Para triunfar, Colás, ántes que de todo, se necesita oro. Con él se puede trastornar el mundo i llegar a la realizacion de las mas atrevidas empresas.

El zapatero, que soportaba en sus manos el peso de las cien onzas que le habia dado el ajente, se quedó por un instante pensativo.

—Si es así, señor, dijo a Gaspari, ¿por qué no deja Vd. este dinero para ayuda de la grande empresa que persigue?

Don Lorenzo se sonrió.

—No es con cien onzas, amigo mio, con lo que podremos realizarla. Como el labrador, nosotros arrojamos un grano a la tierra para recojerlo despues centuplicado. Esas cien onzas colocadas en manos de Vd., ¿no podrán convertirse en mil o diez mil al cabo de dos o tres años? I aun cuando esto no sucediese, pagamos una deuda remunerando a Vd. sus servicios. El nuevo rol que Vd. va a desempeñar es mas árduo i delicado: los hombres con que Vd. va a relacionarse, no serán ya el estúpido Canuto ni el infeliz Tiburon; Vd. tendrá a sus órdenes muchos obreros, i la naturaleza misma de su nuevo negocio, le hará contraer relaciones en el comercio, en el hogar i en todas partes. Procure Vd. sacar partido sobre esa posicion, i como siempre, observe e indague, que tarde o temprano esos conocimientos son un poderoso auxiliar para los trabajos que emprendemos. A fin de que pueda comunicarse con las personas que ocupan el mismo lugar que Vd., cuando llegue el caso, es necesario que aprenda este nuevo alfabeto.

Gaspari pasó al zapatero un papel con varios signos que correspondian al abecedario i puntuacion, i que no eran otros que los mismos que hemos visto empleados en la correspondencia entre Gaspari i don Ruperto.

—Estos son mas difíciles, dijo Colás despues de examinarlos.

—Sí, son los signos empleados por los miembros que pertenecen al segundo grado, contestó Gaspari. Mas tarde, cuando Vd. sea probado en esta nueva posicion i pase al tercer lugar, conocerá otros mas sencillos para retenerlos, pero mas difíciles para interpretarlos.

—¿I hai muchos grados, señor, en la compañía?

—Pocos, Colás; pero los últimos es mui difícil alcanzarlos. Eso sí que el que llega a ellos, bien puede reirse de los reyes i emperadores.

—¿Tanto es su poder? interrogó el zapatero con admiracion.

—¡Oh!... es inmenso! contestó Gaspari con cierto orgullo.

Despues de esto, el ajente de negocios dió algunas instrucciones al zapatero sobre lo que debia hacer al dia siguiente, i se retiró.

CAPÍTULO XLVII

Dos que bien se merecen.

Dos dias despues de los sucesos que hemos narrado, llegaba a la casa de Edmundo Cortés un hombre como de cuarenta años, montado en un gran caballo i vestido con el traje peculiar del hombre de campo.

José, el fiel sirviente de Edmundo, salió a recibirlo con vivas muestras de alegría, i tras la invitacion para que se apease, lo hizo entrar a su pieza diciéndole:

—¡Llega como llovido del cielo, *ño* Venancio!

—¡Cuánto lo celebro! contestó el nombrado, con ese tono de voz reposada, calmoso, que adquieren algunas personas por el hábito de no hablar sino cuando es mui necesario.

—¿I qué es del patron? preguntó en seguida, ántes que José hubiera replicado.

—¡Ah! esclamó éste; ya Vd. sabrá todo, *ño* Venancio. Siéntese, i hablemos.

El campesino, que era mayordomo en el fundo que poseia Edmundo, ocupó una silla i miró interrogativamente a José.

—El patron, agregó éste, se ha perdido.

—¡Cómo perdido! ¿qué llama Vd. perdido? preguntó Venancio.

—¡Ahí es nada!... Hacen ya unos cuantos dias que no parece i que nadie puede dar con él!...

—Pero Vd. no sabe, *ño* José, ¿dónde está?

—Ni yo ni nadie; ni don Valentin, que creia encontrarlo en unas cuantas horas.

—¿Quién es ese don Valentin? preguntó el campesino. ¿Es ese caballerito tan alegre i divertido que solia ir con el patron a la hacienda?

—El mismo. Cuando el patron fué para las Higueras i no volvió, don Valentin fué tambien a buscarlo, i no encontrándolo, se volvió al otro dia, pero segun dijo, con la intencion de ir al siguiente, pues creia que al patron lo tenian allá.

—¿Quién lo tenia allá? preguntó el mayordomo.

—Don Valentin no me lo ha dicho, pero segun infiero, le echa la culpa al administrador, porque lo he oido decir varias veces: «Ese tal Ruperto es un pícaro de siete suelas.»

—I tiene cara de mui buen hombre, observó Venancio.

—Así es, «pero uno vé caras i no corazones». Aunque

don Valentin es mui desconfiado, i tal vez por lo mismo que quiere tanto al patron i ahora lo cree en peligro, se le figura que todos son sus enemigos. Sin ir mas léjos, me ha dicho que le arranque las orejas a un caballero que se interesa mucho por el patron, i que el único defecto que tiene es que su nariz parece remolacha.

—¿I ese caballero es amigo del patron?

—Yo creo que sí, *ño* Venancio. Lo cierto es que yo tengo completa seguridad en lo que él me ha dicho i me ha prometido hoi.

—¿Le ha prometido algo acerca del patron?

—Sí, que él lo va a traer mañana, sin falta alguna, pues ya sabe dónde está.

—¿I qué ha dicho don Valentin al saber eso?

—Me dijo que yo era un inocente, i que si él viera al señor de la nariz colorada, le apretaba el pescuezo hasta hacerlo decir por qué se andaba metiendo en asuntos que a él no le importaban.

—I don Valentin, preguntó el campesino, no volvió a ir a las Higueras como lo habia deseado?

—Nó, *ño* Venancio, pues dice que le ha sido imposible a causa de que no puede salir de Santiago. El pobre caballero está desesperado, i me ha hecho ir en estos dias de un lado a otro buscando al patron.

—Pues si ha ido a las Higueras, dijo el mayordomo, i don Valentin cree que está allá, no hai mas que ir otra vez. Yo lo necesito mucho: el dinero se me ha concluido para socorrer a los peones; no puedo vender trigos ni nada porque no me ha dado órden, i lo que nunca ha sucedido, hace ya mas de un mes que no va ni me escribe.

Así, *ño* José, si Vd. quiere acompañarme, nos iremos hoi mismo a buscarlo; i si maliciamos que el patron está ahí i que lo tienen encerrado u otra cosa, le prendimos fuego a las casas por las cuatro esquinas.

—Yo creo que seria mejor esperar hasta mañana, dijo José, pues ese caballero ha prometido traerlo.

—¿I si no lo trae, *ño* José? i si todo es falso, como lo cree don Valentin?

—Mañana podíamos desengañarnos.

—No pienso yo lo mismo. ¿Quiere esplicarme, ántes de todo, lo que sucede? Porque a la verdad, yo estoi tan a oscuras como en la medianoche.

José contó al mayordomo cuanto sabia i cuanto adivinaba, que aunque no era mucho, sirvió para que el campesino columbrase una parte de la verdad.

De esa historia solo copiaremos la parte que es desconocida para el lector.

—Cuando me llevaron preso, dijo José, comprendí al instante que era el asunto de las alhajas, i vi que el único que podia salvarme era don Valentin. Temiendo que una vez encerrado no me fuera posible mandarlo llamar, me valí de un conocido que pasaba a ese tiempo para que fuera a decirle que me llevaban a la cárcel. Felizmente, el señor comandante me conoce mas que a sus manos i es mui amigo del patron i de don Valentin, así que al poco rato de llegar, i en cuanto don Valentin habló con él i se ofreció a afianzarme, me pusieron en libertad.

—¿I quedó así no mas el asunto? preguntó el campesino.

—Nó, al dia siguiente comparecí ante el juez, el cual

habia recibido una carta sin firma donde se le decia que el robo de las alhajas habia sido efectuado en la mañana del dia anterior; i yo probé que a esa hora me hallaba sumamente léjos.

—¿I de quién eran esas joyas?

—De una señora que vive en esta casa, i la cual fué una de las primeras tambien en decir que no creia que yo hubiese sido el ladron. Me he librado, pues, por un gran milagro, o tal vez porque los que desean que yo esté preso, no sabian que tenia tantos recursos para librarme.

Este conocimiento acabó de afirmar a Venancio en la idea de que era necesario partir acto continuo para las Higueras i cerciorarse de cualquier modo, si estaba o no allí Edmundo.

José participó al fin de la misma opinion, i preparaban ya sus caballos para el viaje, cuando se presentó Valentin.

—¿Dónde vas? preguntó al criado.

—A las Higueras, señor, con *ño* Venancio, que acaba de llegar.

—¡Hola! ¿Está aquí el buen Venancito?

El nombrado se acercaba a ese tiempo con el sombrero en la mano i saludó al jóven con respeto i cariño a la vez.

—¡Celebro verte, Venancito! le dijo Valentin. ¿I cómo ha quedado la familia?

—Toda para que su merced la mande, señor, contestó el campesino.

—¡Oh! eso es mucho ofrecer, Venancito, pues la Mariquita pasa ya, segun creo, de los quince, sin llegar a los dieziocho. ¿I qué te ha traido por acá?

—Necesito ver al patron, señor.

—¡Hum! mas fácil seria que vieses a Dios por ahora. Pero felizmente llegas mui a tiempo, pues acabo de saber donde está.

—¿Sí, señor? i a dónde? preguntó José.

—En las Higueras, encerrado en una bodega de licores i tal vez amarrado de piés i manos como un cordero listo para que lo degüellen.

—¿Es posible? preguntaron José i Venancio a la vez.

—Tan posible como que yo me he de morir, contestó Valentin. Así, amiguitos, ya que yo no puedo moverme de Santiago, Vds. partirán inmediatamente para las Higueras i harán que el pícaro del administrador les entregue a Edmundo.

—¿I que haremos para eso? preguntó José.

—Una cosa mui sencilla. Llaman al administrador aparte, i entre los dos le ponen por grillos sus mismos calzones i le dan una vuelta de azotes divida en tres partes. Una por José, otra por Venancito i la tercera por mi. En esta última cargan la mano hasta que corra la sangre i hasta que el los lleve a la bodega en que tiene encerrado a Edmundo. Es el único modo de proceder con ese badulaque.

—Pero don Ruperto, señor, dijo José, nos conoce a los dos i apena nos vea comprenderá a lo que vamos.

—Tienes razon: entónces será menester que acudan a otro medio. Indaguen la situacion de la bodega, i penetren a ella descolgándose por los tejados. Esa operacion es mui sencilla, i yo conozco uno que ha hecho otra mas dificil

cual es de romper por abajo un techo i salirse de una pieza en que lo tenian encerrado.

—Seria espuesta, señor, una cosa igual, i el administrador estaba en su derecho para darnos de balazos.

—¡Bah! hizo Valentin; para eso se elije la noche, i en la noche mas ven los de arriba que los de abajo. En fin, arreglense Vds. para partir en el acto, que yo los alcanzaré en una media hora mas, aunque despues se me venga el mundo encima.

—¿Luego irá Vd. tambien a las Higueras?

—Si, iré a toda costa, ahora que sé con fijeza que Edmundo está ahí—Adios o mas bien dicho hasta luego?

Valentin se alejó.

De la calle de las Claras, se dirijió a la de San Antonio, la cual recorrió hasta llegar a la de las Monjitas. Una vez ahí, anduvo unas veinte varas hácia la plaza i se detuvo frente a una casita con las paredes pintadas de verde i cuyo aseo esterior correspondia al interior.

¡Ea!... se dijo el joven. Bien duro es el paso que voi a dar; pero si no lo hago Edmundo tendrá mucho que sufrir.

Concluido este monólogo, se acercó a la puerta i dió tres golpes en ella.

Acto contínuo, por una ventana sin reja, llena con maceteros de camelias i claveles, asomó la cabeza una joven rubia, blanca, con grandes ojos azules, i cuyo semblante lleno de gracia i de juventud, hacia un maravilloso efecto entre las jentiles i lozanas flores que como un marco rodeaban sus frescas mejillas.

—¡Adelante! dijo a Valentín con voz vibrante i tono resuelto que tenia un algo de loco i jugueton.

Nuestro joven, como habrá podido conocerse no era de caracter tímido, i al ver a la joven, avanzó con desembazo ínter se decia:

—¡Vean al tirano lo que tiene en su casa! Si esta *preciosura* fuera la cobradora ¡por los manes de mi abuelo que querria deberle toda mi vida!... Parece que le agrada que yo desafie con los mios esos ojos de turqueza, o mas bien, de cielo a la caida de la tarde!...Diablo! creo que me he vuelto poeta.

Cuando llegó a pocos pasos de la joven, Valentin la saludó con esa elegancia i desenvoltura de la persona bien educada que se dirije a una niña hermosa, i cuyas miradas, un si es no es atrevidas, revelan que un pequeño avance puede ser bien recibido con tal que se revista de ciertas formas agradables i de buen tono.

—¿El señor Leonidas Alvaro? preguntó Valentin, devorando con su mirada el picaresco semblante de la jóven.

—¿Qué tiene, caballero? preguntó ella disimulando mal una sonrisa burlesca.

Valentin se mordió los labios i comprendió que tenia que habérselas con un carácter igual al suyo.

--Deseo saber si está en casa, agregó él.

—¿En la casa *de Ud?* lo ignoro, señor, contestó la jóven, riéndose esta vez sin tratar de disimular su ironía, i acentuando la frase *de Ud.* que ella maliciosamente recalcaba.

Por esta vez, Valentin sintió que las mejillas le ardian; pero recobrándose al punto, se dijo:

—¡Ya sé cómo debo manejarme contigo!

Acto contínuo, i en tono de chanza, agregó:

—Dispense si me he equivocado, señorita: quise preguntar a Vd. si el señor Leonídas estaba aquí; pero desde que entré a esta casa, me sentí tan conplacido, que involuntariamente me creí habitando en ella.

Miró Valentin con tal atrevimiento a la jóven, dió tanta animacion i acento de verdad a sus palabras aun en medio de su acento chancero, que tocó a la jóven, en esta vez, el sonrojarse.

—No está, caballero, contestó ella formalizándose.

—¿Tendria Vd. la bondad de decirme a qué hora llegará?

—Dentro de una media hora, tal vez. Si Vd. quiere dejarle dicho algo o decirme su nombre...

—Con mucho gusto, señorita. Tenga Vd. la bondad de decirle que Valentin Castro ha venido a buscarlo.

—Mui bien, contestó secamente la jóven inclinando la cabeza en actitud de saludarlo como para dar por terminado el diálogo.

—¿Podré volver, señorita, en una media hora mas? preguntó Valentin, que no queria separarse tan pronto de la jóven.

—Vd. está en *su* casa, caballero, contestó ella, acentuando nuevamente la palabra que subrayamos, i sonriendo maliciosamente.

Pero Valentin estaba preparado, i esta segunda ironía no lo cojió de improviso, así que replicó en el acto:

—Tomo sus palabras, señorita, como una consoladora esperanza para el porvenir.

Diciendo esto, se inclinó ante ella i se marchó.

La última frase habia sido tal vez demasiado atrevida,

i el mismo Valentin casi se arrepintió de haberla lanzado cuando recordó el objeto que lo llevaba a esa casa. Sin embargo, alzó los hombros, i miéntras se alejaba, murmuró:

—¡Qué diablos! a lo hecho, pecho; i si la niña se enoja, yo no tengo la culpa, pues ella *le buscó cuesco a la breva*... ¿Será hija del Tirano?—¡No es creible: él es un ogro, un tiburon, un cara de vinagre, miéntras que ella parece un demonillo tentador, travieso, alegre como una carcajada, graciosa como una sonrisa, simpática como... ¿cómo qué?... como la misma simpatía!.. Si no fuera porque soi deudor, creo que me enamoraria de la hija... ¿hija?—nó... de la pupila? de la sobrina?... Eso es; de la sobrina, porque un hombre feo, con cara de diablo como el Tirano, puede tener sobrinas hermosas i picaruelas como ella! ¿Qué haríamos ella i yo enamorados?.... ¡Diablo!.... seria cosa de ver! ¡Qué de escenas picantes!... Nos amaríamos como por travesura, como jugando, i así entre juego i travesura... Vamos, pensemos en otra cosa!

El lector podrá formarse una idea de lo que pasaba en la imajinacion de la jóven solo despues que le demos unas lijeras noticias de ella.

CAPÍTULO XLVIII

El leon domado

GRISELDA Alvaro, hija de Leonidas Alvaro, habia cumplido los dieziseis años.

La vida de la mujer se ha comparado siempre a la de las flores. Aquellas como éstas, tienen una época en que su belleza adquiere todo el brillo, en que su lozania está en todo su vigor, en que sus perfumes llegan a la intensidad que enerva i que embriaga deleitando.

Griselda era el boton de rosa que un rayo de sol acaba de entreabrir.

Fresco, lozano, vigoroso, levantábase sobre su tallo lleno de jentil gallardia.

Blanca i rubia, con las mejillas i los labios sonrosados,

con la frente alta i altiva, con la mirada poderosa i medio velada por crespas i negras pestañas, con el talle airoso i cimbrador, Griselda se atraia las miradas de cuantos pasaban por su ventana, en la cual ella cantaba tarde i mañana como canta el jilguerillo, como trina el melodioso ruiseñor.

Realzaba su natural belleza el aire picaresco con que acompañaba todas sus palabras i movimientos, i la eterna sonrisa que entreabria sus labios color de grana.

Su carácter es ya mas difícil de pintar: niña mimada desde la cuna, que jamas habia recibido la menor reprension, a quien siempre se habia satisfecho con esceso sus caprichos, a quien se habia celebrado como gracias sus faltillas de niña, sus pequeñas maldades de jóven, era voluntariosa, exijente, i a no ser porque estaba dotada de un carácter lleno de sensibilidad, que la hacia cambiarse a menudo en dulce, halagadora i complaciente, despues de haber sido cruel i altiva; a no ser por eso, repetimos, Griselda se habria hecho intolerable: Criada en la molicie i en el lujo, se habia habituado de tal manera a gastar, que sus pequeñas i blancas manos eran dos torrentes de oro que se desparramaban sin órden ni precaucion. Roperos, cómodas, baules, estaban henchidos de trajes que no habia usado, de vestidos que jamas se habia puesto, de alhajas que apénas una o dos veces la habian adornado.

Elegante hasta la impertinencia, nunca en sus vaporosas faldas se vió una lijera mancha. Aseada, enemiga de cuanto produce un mal efecto a la vista, su retrete, su tocador, su salon, eran pequeños nidos en que se habia acumulado cuanto hai de precioso i de seductor.

Aquella jóven era el polo opuesto, en muchas cosas, de su padre.

El Tirano era descuidado para vestir, i a no obligarlo su hija a cambiar de camisa, habria pasado con una ocho dias o mas...

Como somos enemigos de hacer largas descripciones sobre los caractéres, maneras, etc., de los personajes que presentamos, entraremos de lleno en la narracion de algunas escenas que puedan dar a conocer mejor que nuestras esplicaciones, el verdadero carácter de Griselda i de don Leonidas Alvaro.

Media hora despues que se habia retirado Valentin, llegó el padre de la jóven, i como estrañase no oir su voz, se dirijió apresuradamente a la pieza que ella ocupaba.

Don Leonidas usaba el mismo traje con que lo hemos presentado por primera vez en la oficina de Gaspari, i cargaba bajo el brazo su inseparable baston.

Aquel hombre de mirada dura, de semblante adusto, de sonrisa cruel i desdeñosa, se despojó, si así podemos esplicarnos, del aire desagradable de su fisonomia al poner los pies en el umbral de la pieza de su hija. Aquel tigre, que a todos mostraba airado sus colmillos, batia la cola con humildad al acercarse a esa niña de dieziseis años, cuya mirada poderosa i dulce a la vez lo habia fascinado.

Griselda ocupaba el estremo de un sofá tapizado de azul. Su brazo derecho, desnudo hasta el codo, i medio encubierto por el follaje de finísimos i albos encajes, sostenia su cabeza, que parecia inclinarse con el peso de su abundante cabellera.

Griselda estaba pensativa. Sus ojos medio adormecidos vagaban lenta i perezosamente de un punto a otro, como buscando aquí i allá una imájen que se escapaba a sus miradas. La juguetona niña veia desaparecer la alborada de la infancia i sentia los tibios i primeros rayos del sol de la juventud.

Griselda estaba tan abstraida en sus ideas, que no sintió los pasos de don Leonidas cuando entró a la pieza. El viejo se detuvo un momento para contemplar a su sabor la delicada hermosura de la jóven; i al ver aquel cuello erguido, altivo, aristocrático; aquel cuerpo arrogante cuyas formas redondas i voluptuosas se diseñaban bajo el follaje de sus ampulosos i ricos vestidos, sintió ese orgullo del padre o del artista que ve la perfeccion de su obra. Como Griselda estuviese un tanto de espaldas a la puerta por que habia entrado don Leonidas, no vió que este se acercaba de puntillas con el objeto de sorprenderla.

Un momento mas, i el padre daba a la hija uno de esos sustos que tanto agradan a los niños. Pero don Leonidas se detuvo, i en vez de tapar con sus manos los ojos de la jóven como habia pensado hacerlo, se limitó a apoyar la punta de sus dedos en uno de sus hombros.

Griselda dió un salto como tocada por una pila eléctrica i arrojó uno de esos gritos inimitables del que está a mil leguas del lugar a que brusca i repentinamente se le trae. Don Leonídas, a su vez, se asustó del efecto que habia producido su chanza, i al ver que Griselda se habia puesto pálida i que, jadeante, buscaba con dificultad en el fondo de su pecho la respiracion:

—¡Perdóname, hijita! la dijo con gran solicitud estre

chándole las manos i mirándola alarmado. ¿Te he hecho mal? Has tenido miedo?... ¡Perdóname!...

—¡Ah! hizo ella respirando con dificultad, miéntras con su mano derecha se oprimia el pecho, bajo el seno izquierdo. ¡Ah! puedes matarme con esas bromas!... ¿Para qué esto?

—Fué una niñada—lo confieso—dijo don Leonídas con pesar. Pero me perdonas, ¿no es así? Vamos, díme que me perdonas!

—¡Sí, pero no vuelvas a hacerlo otra vez!...

I Griselda suspiró ruidosamente, tratando de recuperar la quietud de su espíritu.

—¿I no me darás un beso en prenda de reconciliacion? le preguntó él.

La jóven alargó el cuello con intencion de apoyar los labios en la frente de su padre; pero al acercarse a él, se apartó vivamente diciéndole:

—¡Ah! nó! por hoi no me acerco a tí!...

—Me guardas rencor? preguntó don Leonídas acariciándola.

—Nó; pero estás mui desaseado...

El cobrador dejó la mano de su hija, que retenia entre las suyas, i sabiendo por esperiencia que ese obstáculo era invencible, dijo injénuamente:

—Tienes razon: hoi estaba mui apurado i no tuve tiempo de cambiarme camisa.

—Como no lo tuviste ayer ni ante ayer.

—Ayer, contestó el Tirano, me precisaba ir temprano a sacar una órden de arraigo para un jóven Valentin Castro, i ántes de ayer.....

—¿Qué es eso de arraigo? preguntó Griselda.

—Una órden del juez para que una persona no abandone la ciudad.

—¿I por qué se hace eso?

Cuando se teme que esa persona pueda huir i burlar los efectos de la lei.

—¿Ese jóven Valentin Castro te debe?

—No a mí, dijo el cobrador; es a don Lorenzo Gaspari.

—Ya sé que tú no tienes plata para prestar, replicó Griselda con ese tono medio enfadado del niño regalon a quién se contraría. ¿I cuánto debe ese jóven? agregó.

—Tres mil pesos.

—¿Tú se los cobras?

—Si, hija mia. ¿I porqué me haces tantas preguntas ahora, cuando nunca quieres ocuparte de mis negocios?

—Si no quieres que te pregunte nada, me callaré. Creia que tu hija bien podia tomarse esas libertades.

—No te enfades, hijita, ni creas que me parece mal que me interrogues; al contrario, porque me agrada es por lo que me llama la atencion.

—Es decir que yo no sirvo mas que para darte que hacer, cuando asi estrañas que ahora te complazca.

—¡Válgame Dios, Griselda! Parece que no estás mui complaciente hoi con tu papá.

¿I cuándo puedo darte gusto yo? Creo que nunca te he visto contento conmigo!.....

La voz de Griselda iba poco a poco aflijiéndose.

—¡Pero hijita! esclamó el Tirano acercándose a la jóven i tomándola de una mano ¿Por qué te entristeces? qué te

e hecho yo? No sabes que te idolatro, que te adoro, que res todo mi amor?

—¡Así dices siempre, contestó la jóven con acento desechado, i sin embargo, no puedo decir ni una palabra que no te moleste!

—¡Tonta! esclamó Alvaro con voz llena de ternura i golpeándole cariñosamente el hombro. Vámos! hagamos as paces i vamos a comer. ¿No convidas a comer a tu iejo papá? Mira que a los postres habrá mas de una coita buena para tí en uno de mis bolsillos!

—A ver, yo quiero verla, dijo Griselda, cambiando ac- o contínuo de semblante i mirando a su padre de una anera sonriente, picaresca i llena de ternura.

—¿Sí? quieres ver, picaruela? Pues no será hasta desues de la comida!..... Vamos, arriba!

—No, señor: no me muevo de aqui si no me muestras so!

—Digo que nó.

—Digo que sí, replicó Griselda tratando de rejistrar los olsillos del paletó de su padre.

—¡Cuidado con tus encajes, que se rompen! esclamó lon Leonidas defendiéndose mal de la agresion de su hija

—¿Qué importa? compraré otros.

—Si, ¿eh? pero te vas a manchar en mi camisa: ¡cuidado!

—¡Qué horror! esclamó Griselda apartándose. ¡Qué una o pueda acercarse a él por temor de mancharse!.....

—Mañana me cambio camisa, Griseldita.

—Yo no te digo una palabra mas; pero no saldré ni a la uerta contigo mientras no compres otro traje.

—Pero éste está bueno aun.

—Si, bueno para la jaboneria.

—Bien, no quiero contradecirte porque te me enojas otra vez. ¿Vamos a comer?

—He dicho que nó, mientras no me muestres eso que me traes.

—Por un abrazo i un beso.

—No, hasta que te mudes camisa i te compres otro traje.

—¿Nó recuerdas que estoi juntándote quinientos pesos para ese collar que tanto deseas?

—Junta para una i otra cosa.

—No se puede, hijita.

—¿Acaso ya no puedes ganar dinero?

—No es eso... Es que los gastos... quiero decir las entradas, son pocas...

—I bien, no me compres el collar: ya no lo quiero.

—Lo tendrás, Griseldita; lo tendrás mañana.

—Te he dicho que no lo quiero.

—Ya veremos cuando lo tengas en las manos.

—Lo tiraré a la calle.

—Bueno, bueno: veremos, veremos mañana. ¿Vamos a comer?

—Dije que nó.

—Pero es que yo quiero que el regalo que traigo te sirva de postres.

—I yo quiero verlo ántes, pues si nó, no como.

—¡Ah! caprichosilla!... esclamó don Leonidas sacando de uno de sus bolsillos una preciosa cajita de caoba.

—Adivina, agregó mostrándola a la jóven.

—Yo no sé adivinar. ¿Es que tu me has enseñado eso? A ver, tráela.

I Griselda arrebató de las manos de su padre la cajita i sacó de ella un lindo abanico de marfil, que era un prodijio de paciencia i constancia a causa de sus numerosos dibujos i finísimos calados.

—¡Precioso! esclamó ella con alegria infantil. ¡Precioso!... Ahora sí que te acompaño a comer! ¿Vamos?

Don Leonidas, el cobrador inexorable, terrible, que infundia terror con solo su presencia, se dejó conducir de la mano, sonriendo, complacido, contento i feliz, por aquella niña de dieziseis años que con sus caprichos jugaba con él como con un niño.

Ya en la mesa, i a los postres, Griselda dijo:

—Hoi vinieron a buscarte.

—¿Quién?

—Un jóven mui vivo i...

Griselda se ruborizó un poco.

—¿I qué? preguntó don Leonidas.

—¿A que no adivinas quién es?

—¡Imposible!... Alguno que viene a pedirme esperas, a embromar.

—Te lo diré entonces. Ese es el jóven Valentin Castro que has nombrado denántes.

—¡Ah! esclamó el Tirano. Ya lo suponia! Vendrá a solicitar un nuevo plazo, alguna concesion. Pero ya mañana tendré en mi poder la órden para conducirlo a la cárcel ahí aprenderá a no ser zonzo para otra ocasion.

Griselda miró con avidez a su padre.

—¿Cómo es la cárcel? le preguntó.

—¡Diantre!... una casa no mui cómoda donde hai muchos cuartos chicos i oscuros en que se encierran a los criminales i a los tramposos.

—¿I es ahí a donde vas a conducir a ese jóven?

—Ya lo creo: ahí van todos los que no pagan.

—¿Por qué has dicho que es zonzo?

CAPITULO XLIX

La deuda de Valentin

Don Leonídas, satisfecho de que su hija estuviese tan contenta i habladora, contestó al punto:

—Porque si no fuera zonzo, no se hallaria ahora en los apuros en que se ve. Suponte, o mas bien, hé aquí la historia de esa deuda: Habia un jóven, cuyo nombre no recuerdo, que era empleado en una casa de comercio de esta ciudad. Tenia el cargo de cajero, i como tal, administraba los fondos de su patron. Un dia asistió a una tertulia en la cual se puso una mesa de juego, i el jóven fué invitado a tomar parte en él. Aunque no queria ni tenia costumbre de jugar, los compromisos lo obligaron, i al cabo de poco rato habia perdido cuanto dinero cargaba en

sus bolsillos. El juego produce un vértigo infernal que arrastra al abismo en un instante. El jóven jugó sobre su palabra i perdió en la noche tres mil pesos, que pagó con vales a la vista, que un dia despues tuvo que cancelar por temor de que fueran presentados a su patron. Pasó como un mes, i el patron del jóven, que supo la pérdida que habia tenido su empleado o echó de menos dinero en la caja, lo llamó un dia para balancear las cuentas. El jóven prometió presentar aquellas arregladas al dia siguiente. Colocado en tan crítica situacion, sin tener quien le franquease el dinero necesario para salvar su responsabilidad, el jóven escribió una carta para su patron, otra para su madre i una tercera para ese jóven Valentin, que era su mas íntimo amigo, i resolvió suicidarse. Esto pasaba a las seis de de la mañana, hora en que el jóven concluyó la carta de su amigo, pidiéndole que por el cariño que a él tenia, protejiese i consolase a su anciana madre.

La Providencia permitió que a esa hora, i cuando el jóven habia cargado con dos balas una pistola, se presentase Valentin, que iba a invitarlo para un corto paseo. Como éste entrase a la pieza sin golpear, sorprendió a su amigo en el acto en que montaba el gatillo de su pistola. Al ver esta accion i el semblante cadavérico del jóven, Valentin adivinó lo que sucedia, i corriendo donde él, le arrebató el arma de las manos.

—¿Qué haces, desgraciado? le dijo.

—Me mato, contestó el jóven, porque prefiero la muerte a vivir sin honor.

Las tres cartas estaban sobre la mesa. Valentin tomó i leyó la suya.

Comprendió que aquello no tenia mas que una de estas dos soluciones: pagar, o levantarse la tapa de los sesos de un pistoletazo. Así, no dijo una palabra a su amigo para disuadirlo de su propósito.

—¿A qué horas le preguntó, necesitas ese dinero?

—A las once de la mañana a mas tardar.

—Júrame que no atentarás contra tu vida hasta las diez i media.

El jóven vaciló.

—Yo no podré atender a tu madre si mueres le dijo Valentin: ya sabes que mi carácter es tan alocado.

—¿Tienes tu ese dinero? le preguntó el jóven.

—Si lo tubiera, hace ya mucho rato que te habria dicho: «No seas tonto, hombre, matarte por una bagatela; vamos a casa i guarda tu pistola para otra ocasion.» Pero como no la tengo, por eso te pido que no te mates hasta las diez i media, si yo no he vuelto a esa hora. ¿Me lo prometes?

—Si; pero no aguardaré ni un minuto mas.

—Convenido. A ver tu reloj: pongámoslos iguales para saber con fijeza la hora en que emprendas el viaje para la otra vida. Yo tengo las seis i cuarto i tu las seis veinte; ponlo por el mio i así me das los cinco minutos de gracia.

El jóven arregló su reloj por el de Valentin con esa calma del que ha tomado una resolucion irrevocable.

—Bien, le dijo el último. Ahora, toma la pistola, i para entretenerte i ayudarte a bien morir, lee una novela de Kock, «*Le cocu*,» por ejemplo.

Aquel jóven, que parecia burlarse de la situacion de su amigo, se alejó lleno de inquietud i sin saber él mismo donde dirijirse. No tenia nadie que le pudiera prestar tan-

ta cantidad de dinero, a no ser un jóven Edmundo Cortes que por desgracia estaba en el campo. El tiempo era mui apremiante: las horas pasaban sin que hubiese adelantado un solo paso. Por fin, se le ocurrió una idea, que aunque era una esperanza remota, quiso tentarla. Recordó que don Lorenzo Gaspari daba plata a interes; i aunque sabia que para esto se necesitaban mil garantías, i él por el momento no podia dárselas, fué donde el. Contra lo que esperaba, el ajente de negocios no le puso ningun obstáculo i le dió dos mil quinientos pesos, firmándole él un pagaré de tres mil. Los dos mil quinientos pesos de Gaspari con quinientos que él poseia, los llevó a su amigo cuando ya no faltaban mas que tres minutos para las diez i media.

—¡Héme aquí! esclamó dejando sobre la mesa el oro. Ya no hai necesidad de hacer viajes aéreos. Para otra ocasion, hijo, avísame con mas anticipacion, pues si hubiera recibido tu carta despues que te hubieras destapado los sesos, maldito lo que te hubieran servido esos patacones de oro. Ahora, dame un abrazo i a trabajar.

El jóven saltó al cuello i no pudo contener sus lágrimas.

—¡Vamos, hombre-chiquillo, le dijo Valentin; denántes cuando te ibas a matar, estabas mui contento i ahora porque no te matas te pones a llorar! Hasta luego; mañana iremos a dar un paseo por el Resbalon.

El Tirano interrumpió su narracion i esclamó:

—¡Cómo. Griseldita! ¿i tú tambien lloras?... Vamos, ¿qué tienes? qué te sucede?

—Nada contestó la jóven enjugando dos lágrimas que se deslizaban silenciosas por sus mejillas sonrozadas. Na-

da, papá, repitió. Cuéntame, cuéntame, todo eso que está mui bonito.!

—¡Pero no llores, hijita!... ¿Acaso te da pena esa historia?

—Al contrario, me conmueve por la nobleza i jenerosidad de ese jóven

—¡Bah! hizo una lesura, replicó el Tirano. El jóven cajero quedó mui bien con su patron, pero dos meses despues, i cuando menos se pensaba, cayó muerto i Valentin quedó con la deuda. Talvez a él no le ha causado mucha inquietud ese compromiso, porque como no tiene con qué pagar, ha creido que don Lorenzo no lo haria llevar a la cárcel; pero aquí ha estado su herror, pues si el ajente le franqueó ese dinero sin fianza ni garantia, solo fué porque sabia que era amigo de ese señor Edmundo Cortés, el cual es rico, i no ha de consentir que su amigo esté en la cárcel por esa pequeña cantidad.

—¿I es a ese jóven que hizo tan noble accion a quien vas a llevar a la cárcel?

—Al mismo, hijita, para que otra vez piense mas lo que hace i no se ponga a salvar a hombres que botan la plata ajena en el juego.

—¿I cuánto tiempo están en la cárcel los que no pueden pagar?

—Seis meses.

Griselda se quedó pensativa.

A ese tiempo, una sirviente vino a anunciar a Valentin Castro.

El Tirano se sonrió.

Griselda palideció levemente.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILENA
CHILE

CAPÍTULO L

Inflexibilidad del Tiranó

ABALLERO, decia Valentin al Tirano un momento despues; caballero: el objeto de mi visita es el siguiente: Para cancelar a Ud. el pagaré que tiene en su poder, necesito indispensablemente salir de Santiago por esta noche. He venido a advertírselo porque sé que se ha colocado un espía que vijile mis pasos, i el cual tiene órden para prenderme en cuanto salga de los límites de la poblacion. Tengo un amigo que pagará en el acto por mí; pero para verlo, para hablar con él, necesito salir, como le he dicho, por esta noche.

—Vd. comprenderá, caballero, dijo el Tirano—que habia revestido su semblante de ese aspecto frio i glacial que era natural en él cuando hablaba con cualquiera otra

persona que no fuera su hija;—Vd. comprenderá, caballero, que yo no puedo hacer nada en eso. El juez ha mandado a Vd. que no salga de la poblacion, i si no le obedece, yo no tengo que hacer con ello.

—Pero el juez, dijo Valentin, puede ignorar que yo he quebrantado mi clausura si Vd. no se lo hace saber. Se trata de una noche, de una sola noche que debo pasar fuera. Mas seguridades daré a Vd. aun: que ese hombre que sigue mis pasos i todos los que Vd. quiera, me acompañen al lugar donde voi; yo les pagaré su trabajo i les proporcionaré caballos i cuanto necesiten.

El Tirano alzó los hombros como quien dice: «Para mí todo eso es indiferente.»

—¿No quiere acceder Vd. a lo que le pido? preguntó Valentin.

—Ya he dicho a Vd., contestó don Leonidas, que yo no tengo otra cosa que hacer sino seguir el curso de la ejecucion. Si Vd. me trae el dinero, la suspendo; si no, la sigo. La cosa es mui sencilla i mui natural.

—Para traer a Vd. el dinero, replicó Valentin, necesito ver a ese amigo.

—¿I por qué no manda Vd. donde él?

—Porque seria inútil, porque solo yo podria llegar hasta él en la situacion en que se encuentra.

El Tirano se rió meneando la cabeza con sorna.

Valentin se levantó rojo de indignacion.

—¡A ningun hombre, le dijo con voz agresiva, permitiré que dude de mis palabras i que me haga la injuria de significarme que miento!

—Yo no significo a Vd. nada, caballero, contestó el co-

brador; me rio porque tengo ganas i nada mas. Así, caballero, para poderme reir a mi sabor, vaya Vd. con Dios!

El tono burlesco i la sonrisa desdeñosa i atrevida con que el Tirano acompañó estas palabras, acabaron de exasperar a Valentin, que estuvo a punto de estrujar entre sus manos al que así se mofaba de él. Pero se contuvo al ver las consecuencias que podia traerle una accion semejante, i tomando su sombrero, se alejó con el peor humor del mundo.

—¡Yo tengo la culpa! se dijo. ¿Cómo he podido creer que este badulaque me hiciese la mas pequeña concesion? ¡Ira de Dios! si algun dia nos encontramos frente a frente despues que le haya pagado, ya verá «cuántas son cinco!»

Llegaba al umbral de la puerta cuando su imajinacion se vió asaltada por un recuerdo.

—¡Diablo! esclamó. I no he visto a la Tiranita! tal vez ella habria sido mas condescendiente, mas... ¡Oh! hé ahí una venganza que seria mui dulce i que ni Satanas tomaria como pecado!... ¡Es tan hermosa, tan *picante*, tan tentadora! I qué mirada!... Si hubo un momento en que creí me derretia ni mas ni ménos que un pedazo de nieve puesta a los rayos del sol!...

Valentin se detuvo un momento en la puerta i miró al interior con la esperanza de ver a Griselda.

—¡Al diablo el Tirano i la Tiranita! se dijo. Vamos pensando en ir a salvar hoi mismo a Edmundo!

A distancia de quince o veinte pesos habia un hombre montado a caballo, que al ver a Valentin dirijirse a la plaza, lo siguió.

El jóven marchó sin detenerse en ninguna parte hasta llegar a su casa, i ántes de entrar, miró hácia atras para ver si era espiado.

—¡Bueno! esclamó. Ya veremos si tú eres hombre para mi, i tu caballo es caballo para el mio!

Llamó a Matias, su sirviente, i le ordenó que le ensillara su caballo, recomendándole que apretara bastante la montura, miéntras que él se ponia una *manta*, se calzaba las espuelas i cargaba un par de pistolas.

Media hora despues estaba listo, i avisado por Matías de que el hombre que lo seguia se hallaba hácia la izquierda, aplicó las espuelas a los hijares de su caballo i salió a escape, tomando la derecha.

—¡Qué me alcance quien pueda! esclamó atravesando una parte de la poblacion a todo el correr de su vigoroso caballo.

Cuando el espía que vijilaba al jóven vino a darse cuenta de lo que sucedia, ya aquel le habia aventajado mas de una cuadra.

¡Se me vá! esclamó.

I azotando su caballo a dos manos, se lanzó tras de Valentin.....

En casa de don Leonídas, inter tanto, pasaba lo siguiente:

Griselda, tras una puerta que comunicaba su dormitorio con el escritorio de su padre, habia escuchado toda la conversacion que éste habia sostenido con Valentin.

No podríamos pintar con exactitud lo que pasaba en el corazon de la jóven. En aquel momento, lo que la habia

compelido a escuchar era solamente una viva curiosidad; pero al oir la peticion de Valentin i la ruda negativa de su padre, no pudo ménos de ponerse de parte del primero i de encontrar cruel la conducta del segundo.

Se ha dicho—no recordamos por qué autor o autora—que en la mujer, la curiosidad es el principio del amor. No creemos mui verdadero este axioma. La curiosidad es curiosidad, i cuando mas puede ser principio del *desco*. El amor, el verdadero amor, ese sentimiento sublime que eleva nuestra alma hasta Dios, brota puro i espontáneo del corazon, teniendo por base la simpatía. Atribuir a curiosidad el oríjen de la sensacion mas noble del corazon, es hacer mui poco honor a la mujer.

Griselda tuvo curiosidad de conocer lo que solisitaba Valentin, porque ya otra clase de sentimientos nacian en su pecho; i cuando el jóven con voz airada i amenazante habia dicho a don Leonídas:—«A ningun hombre permitiré que dude de mis palabras i que me haga la injuria de significarme que miento!» cuando oyó esto, ella tambien sintió que su sangre ardia, que su orgullo se sublevaba, comprendió lo que era la dignidad herida i cómo el hombre puede llegar a batirse por un mentís.

Valentin ganaba mucho terreno en el corazon de Griselda. Aparecia grande i noble al lado de su padre, que aparecia pequeño i miserable.

Griselda se avergonzó de su oríjen.

Sintió cierta aversion por su padre.

Apartóse de la puerta, se encerró en su pieza i lloró.

¿Por qué?

Ella misma no lo sabia!

Era la primera llama del amor que se escapaba de su pecho!

CAPÍTULO LI

Lo que puede la avaricia

Don Leonidas, apénas se alejó Valentin, fué a reunirse con su hija; pero tuvo que esperar largo rato ántes que ella le abriese la puerta.

—Vamos, hijita, ¿no quieres que te lleve a pasear? le preguntó don Leonidas desde afuera.

—Sí, le contestó ella. Pero miéntras yo me preparo, ve a mudarte camisa.

—¡Hum! hizo don Leonidas. Ya es la tarde i no merece la pena... Pero puesto que tú lo quieres, voi!...

El cobrador fué a cumplir los deseos de su hija, miéntras ésta humedecia con agua fresca sus ojos, un tanto enrojecidos por las lágrimas. Mas como aun así no lograse disimular las huellas del llanto, cubrió su semblante con un

tupido velo que recojió graciosamente sobre su rubia cabellera.

Griselda de aquel modo aparecia mas bella, mas seductora. Por entre los finos calados del velo se veian mas lacres i húmedos sus lábios, mas brillantes i poderosas las pupilas de sus ojos.

El color de sus cabellos resaltaba vivamente bajo el negro velo, como resalta el oro en una alhaja esmaltada.

Don Leonidas, con su caña de Indias debajo del brazo, con sus zapatos mui lustrados, limpia la camisa, se presentó a su hija.

—¡Hola! esclamó al verla. Bien, mui bien te viene el velo, hijita, pero mas lucen descubiertas tus mejillas de rosa.

Griselda concluia de ponerse unos guantes de seda color de cielo, i despues de rociar con esencia de jazmines un bordado i finísimo pañuelo de batista:

—Vamos, dijo a su padre.

—¿I adónde vamos? preguntó éste cuando hubieron llegado a la puerta.

—A la cárcel, contestó Griselda resueltamente.

—¿Estás loca, hijita? interrogó don Leonidas deteniéndose.

—¡Quiero conocer la cárcel! contestó la jóven.

—¡Pero hai ahí toda clase de jente—asesinos, ladrones, estafadores, tramposos, hombres de mala vida!—esclamó el cobrador. ¿Qué vamos a hacer ahí?

—¡Quiero conocer la cárcel! repitió Griselda con tono decidido.

—¡Eso no es posible, hijita!... ¿Qué dirian de tí?

—Que he ido a visitar la cárcel... ¿Qué mas pueden decir?

—Sin embargo, no es lójico .. No seria bien visto...

—¡I bien, iré yo sola entonces! replicó la jóven con voz enfadada.

—¡Tú sola! ¿Qué dices?... ¡Tú sola!.... Vaya con el capricho!

—¡Siempre llamas caprichos mis deseos! dijo Griselda con ese tono de voz entre airado i sentido que tanto conocia don Leonídas como precursor de lágrimas i quejas eternas.

—¡No te enfades, Griseldita: iremos; sí, iremos; pero te digo que no hai nada que ver ahí. Un patio rodeado de celdas pequeñas, oscuras, con mal olor; hombres sucios, mui sucios, que dan asco....

El Tirano apelaba a esa exajeracion creyendo quitar con ella los deseos de su hija; pero con gran sorpresa de él, aquella replicó:

—¡Yo quiero ver todo eso!

Don Leonídas no se atrevió a replicar, pues se esponia a un grande enojo.

—Vamos, pues, dijo. Pero estoi seguro de que te vas a arrepentir.

Griselda marchó resueltamente hácia la plaza. Sus pasos eran breves i nerviosos: su mirada brillaba: todos sus movimientos tenian algo de enérjicos, de resueltos, de varoniles.

No cambió una solo palabra con su padre en el trayecto de su casa a la plaza.

La cárcel ocupaba el mismo edificio que ocupa hoi.

En el centro de la ciudad, en el centro del movimiento, en el centro de la libertad, la prision, el castigo, la falta de libertad, de aire i de luz.

La cárcel en ese sitio es como un feo lunar en la alba mejilla de una dama.

¡Las lágrimas, el rechinar de los cerrojos, el crujimiento de las cadenas, las maldiciones al destino, las quejas de la inocencia, las amenazas del bandido, junto a las armonías de la música, a las risas de los afortunados, a los sueños de ventura, a los proyectos de dicha para el porvenir!... ¡Aquí la blasfemia, i ahí, codeándose con ella, la bendicion! Aquí los árboles, las flores, las fuentes que murmuran, i ahí, a un paso, el calabozo oscuro, inmundo, insoportable, donde resuenan los murmullos del mas amargo dolor!...

Griselda, por primera vez, se fijó en aquel contraste; pero en vez de acobardarla, se sintió mas animada.

Llegaron.

Don Leonídas habló con el alcaide de la cárcel, que era su amigo.—Cobradores i alcaides tienen que ser necesariamente amigos: están formados de una misma pasta.

—Es para cumplir un capricho de mi hija, agregó sonriéndose, cuando hubo manifestado el objeto de su visita.

El alcaide saludó i sonrió a Griselda. Aquella sonrisa era la primera que en muchos dias entreabria sus lábios. La última habia sido al ver llorar a un pobre jóven que inocente fué arrastrado a la cárcel.

El Tirano i el alcaide eran dignos de ser amigos. Este último tomó un manojo de llaves que se distinguian unas

de otras por un número. Cada uno de esos números representaba a un hombre.

En la reja, apiñados, con los semblantes metidos entre los helados barrotes de hierro, habia una porcion de desgraciados que distraian sus pesares contemplando a los paseantes, a los vendedores, a los que gozaban de libertad.

—¡A un lado! esclamó el alcaide miéntras escojia del manojo una llave que cerraba la reja.

Los infelices, mansos como corderos, se apartaron (1).

El alcaide, el Tirano i Gricelda entraron.

Uno de los presos, de rostro patibulario, de traje raido, de mejillas hundidas por el hambre, estiró su mano huesosa i descarnada al pasar Gricelda serca de él.

—¡Atras!... gritó el alcaide amenazando al infeliz con el manojo de llaves.

Gricelda sacó unas monedas de uno saquito de seda que pendia de su cintura i las dejó caer en las manos de aquel hombre. Al ver esto diez manos se estendieron ávidas hácia la jóven.

—¡Atras, atras!... gritó el alcaide enfurecido. ¡Atras, perros hambrientos!...

—¡Déjelos Vd.! esclamó Gricelda con enerjía pero trémula su voz.

---

(1) Solo de pocos años a esta parte se ha colocado una mampara de madera que cubre la reja divisoria entre el pasadiso i el patio Recordamos haber pasado largos minutos, en nuestra infancia, contemplando con dolor el triste cuadro de una multitud de hombres medio desnudos, que se apiñaban en la reja para gozar de un aire mas puro i del espectáculo de ver a otros libres i felices.

E interponiéndose entre el alcaide i los presos, repartió a estos últimos cuanto dinero le quedaba. ¡Mas de uno puso la mano dos veces i lanzó una carcajada al ver que había engañado a la jóven!

—¡Vamos, vamos! decia don Leonidas. Si te pones a dar a todos, no acabaras nunca!

Griselda se allaba poderosamente impresionada. Marchó al lado de su padre sintiendo que sus fuerzas principiaban a abandonarla. No obstante, quiso apurar la copa hasta las heces.

Aquí i allá, sentados en el suelo unos, en un banco otros, tristes i pensativos estos, alegres e indiferentes aquellos, en el patio se veia multitud de hombres de todas edades i condiciones.

En el segundo patio, separado del primero por una sólida reja, un jóven como de veintiseis años, al ver a don Leonídas, le mostró los puños cerrados en actitud amenazante i desesperada.

—¿Por qué te amenaza ese jóven? preguntó Gricelda

—Porque hacen cinco meses que lo tengo aquí i aun no puede pagar, contestó el Tirano sonriéndose.

Al ver aquel rostro pálido, enflaquecido, marchito, la jóven se estremeció.

En aquel instante, un anciano como de sesenta años, con la barba i el pelo luengos, de mejillas hundidas, con los ojos preñados de lágrimas que bien pronto rodaron por entre su barba encanecida, se precipitó a los pies del Tirano, i con las manos puestas en actitud suplicante, esclamó:

—¡Señor!... devuélvame Vd. la libertad!... ¿qué será de mi mujer, de mis hijos, sin mi? Qué saca Vd. con tenerme

aquí? ¡No tendré nunca, nó: nunca tendré con qué pagarle ni quién pague por mi!... Por piedad, señor, no me tenga mas tiempo aquí!...

—Eso debia Vd. haber mirado antes de pedir el dinero! contestó el tirano tratando de alejarse.

—¡Levántese Vd!. decia al mismo tiempo el alcaide con voz enfurecida. ¡Eso le pasa para que no sea tramposo!...

—¡Tramposo! repitió el anciano. ¡Ah! nó, yo no he podido pagar¡... No era posible que dejara morir de hambre a mis hijos!

El Tirano quiso volver la espalda al infeliz i alejarse, pero, Gricelda con los ojos preñados de lágrimas, con la voz breve i trémula por la emocion lo retuvo de un brazo i con acento imperioso le preguntó:

—¿Cuánto te debe este hombre?

—¡Dos cientos pesos!

Griselda echó mano a su saquito, que los primeros presos habian vaciado, i no encontrando nada en él, se sacó precipitadamente una pulsera de oro maciso i cuajada de pedrería que rodeaba su albo i torneado brazo, i pasándola al anciano, le dijo con voz conmovida:

—Tome Vd.! Mande vender esa alhaja i pague su deuda. Costó cuarenta onzas.

—¿Qué haces, Griseldita? esclamó el Tirano precipitándose de un salto para arrebatar la pulsera que el anciano habia recibido sin darse cuenta aun de lo que le sucedia.

—¡Doi lo que es mio! esclamó la jóven con acento airado i sujetando de las muñecas a su padre.

—¡Pero eso no es posible! esclamó el cobrador. ¡Esa pulsera que me costó cuarenta onzas!...

—¡Enjugo las lágrimas con el dinero que es el precio de las lágrimas!... dijo Griselda. ¡Vamos! no quiero permanecer mas tiempo aquí... Me ahogaria!

El Tirano quiso aun replicar, pero la jóven no le dió tiempo diciéndole:

—¡Si no me complaces en esto, me entraré a las monjas!

Aquella amenaza surtia siempre un efecto instantáneo. Para aquel hombre cruel, sin corazon, la idea de no tener a su hija cerca de sí, lo hacia estremecer.

—¡Vamos! vamos! murmuró con hosca voz, pensando, inter tanto, que iria a su casa por el documento del viejo i lo obligaria a devolverle la pulsera de su hija sin mas que darle un nuevo plazo para el pago.

Pero como si su intencion hubiese sido adivinada por Griselda, apénas llegaron, ésta le dijo:

—Dame el documento de ese pobre anciano.

—No lo tengo aquí, contestó el Tirano con voz sombría.

Griselda miró con ira a su padre.

—¡I bien, esclamó, si no me das ese documento cancelado, venderé todas mis alhajas i daré su producto a ese infeliz!

I acto contínuo se dirijió resueltamente a sus piezas.

Don Leonídas no pudo soportar por mas tiempo su rabia; i lanzándose donde su hija, la tomó de un brazo i la remeció con furia diciéndole:

—¿Qué vas a hacer? Qué te has figurado? Yo no quiero que hagas eso!...

—¡Hiéreme! esclamó Griselda arrancando de un tiron

el velo que cubria su semblante i mirando a su padre pálida de indignacion i coraje.

Sus finos labios temblaban: de sus ojos, blandos i dulces de ordinario, saltaba una chispa de desden, de audacia; de desprecio.

¡Hiéreme!... ¡Castígame!... replicó con aire de desafío i acercándose mas a don Leonídas.

—¡Acabarás por exasperarme, por hacer que olvide que eres mi hija! esclamó don Leonídas. ¡Tú abusas de mi bondad! de mi amor; pero esto es necesario que tenga un término!... Desde hoi te trataré como mereces!

—¡I yo a tí como a un ..

La última palabra tremuló en los labios de la jóven, pero se contuvo.

—¿Qué dices? esclamó el cobrador sintiendo que perdia la cabeza en fuerza de la ira.

¡Ah! esclamó Griselda con soberano desprecio e hiriente amargura. ¡Déjame!... Tú no eres mi padre!...

I al decir esto, sacudió con violencia su brazo para desasirse de las manos de don Leonídas.

—¿I quién soi entónces? preguntó el cobrador volviéndola a asir. ¡Díme qué soi...

—¡Un hombre cruel, inhumano, sin corazon, avaro.....

—¡Calla, Griselda, si no quieres que te castigue! esclamó el Tirano, ronco por el furor.

—¡Sí, un avaro a quien desprecio! repitió la jóven.

Don Leonídas, ciego de cólera, levantó su mano i la dejó caer con todas las fuerzas de su brazo en los labios de su hija.

—¡Pícara! le dijo.

Griselda lanzó un grito i llevóse las manos a la cara.

Por entre sus blancos i torneados dedos corrieron algunas gotas de sangre.

El dolor, el sentimiento, las profundas i prolongadas emociones que habia sufrido en aquella tarde, la hicieron desmayarse i caer de espaldas en la pieza.

—¡La he muerto! esclamó el Tirano!

I desesperado, medio loco, corrió a su pieza para buscar una arma con que suicidarse.

CAPÍTULO LII.

Una historia del pasado

A la misma hora en que Valentin, burlando la vijilancia de su espía, se alejaba de Santiago, don Lorenzo Gaspari, acompañado de don Márcos Lay, se dirijia por la Alameda hácia la calle de la Maestranza.

El ajente, como siempre, cargaba sus anteojos azules i hablaba al señor de la nariz colorada con grande animacion.

—El hecho en sí, le decia, no tiene nada de malo; i aun cuando a primera vista aparezca repugnante, como Vd. lo ha llamado, está mui léjos de serlo. Analicemos sus consecuencias, veamos sus resultados, i si éstos son buenos, forzosamente deben ser buenos tambien los medios que se emplean. ¿Cuál es la situacion de Matilde i de toda su fa

milia? La primera debe considerarse deshonrada para siempre, i el porvenir que se le espera no puede ser mas negro i desconsolador. Por la misma causa, su padre i su hermana tendrán que soportar la humillante murmuracion de cuantos conozcan la mancha que ha caido sobre ellos. ¿Cómo evitar todo esto? Cómo evitar el sonrojo a esa noble familia, i cómo hacer un poco feliz siquiera a la jóven madre que ve a su hijo destinado a bajar la vista en fuerza del peso de la falta de su madre? No hai, don Márcos, mas que un medio: dar un padre a ese niño: dar un esposo a esa jóven desgraciada. Con esò se cubre como con un velo el pasado i se lleva la felicidad, la quietud, la dicha, al hogar que está condenado a ver eternamente el llanto, la vergüenza i el dolor. El deseo de que Vd. cumpla bien la comision que le he confiado, me hace procurar el convencimiento dé Vd., porque trato de que se penetre de esta solemne verdad: No hacemos un mal, i por el contrario, ejercitamos la caridad haciendo un inmenso bien.

—Creo mui difícil, contestó don Márcos, llegar a creer que sea laudable una cosa que encuentro punible.

—Eso es porque Vd. está empeñado en mirar los hechos por el lado falso. Dígame, don Marcos, ¿se llama cruel al cirujano que corta un miembro a un enfermo cuya vida peligra. Acaso los dolores que se le causan no son para su bien? Sufre en ese instante, es verdad; ¡pero cuánto no gana despues! Esta es una comparacion exactísima. Aquí el enfermo es Edmundo: él es el único que puede sufrir algo, no mucho. ¿Cuál es el mal que se le hace? El darle a Matilde, en vez de Susana, por esposa. Matilde es casi mas bella que Susana: es jóven, es un ánjel que tiene

cuanto bueno puede tener una criatura. Edmundo i ella se aman, no con ese cariño de la carne, es verdad; pero basta la simpatía para que entre dos personas jóvenes, bellas i buenas, prenda esa clase de amor. Me dirá Vd. que todo estaria mui bueno si esa union se efectuara voluntariamente por ámbas partes. Seria mejor, lo confieso; pero ya que no es posible, es necesario apelar a medios que produzcan ese resultado. A mas, tengo esperanza de que el mismo Edmundo sea quien venga a solicitar de Matilde que lo acepte por esposo; para arribar a tal resultado, es necesario que Vd. cumpla fielmente con la mision que le he confiado.

—Hasta hoi, dijo don Márcos, jamas he tratado de investigar las causas que pueden mover a Vd. a éstas o aquellas maquinaciones: ¿podria ahora, sin pasar por indiscreto, preguntarle cómo descubriendo a don Edmundo la mayor parte de los hilos que lo han enredado, se podrá llegar a un resultado favorable a las pretenciones de Vd?

—Voi a decírselo, don Márcos; i en esto verá no solo una muestra de la confianza que Vd. me inspira, sino tambien el deseo de que Vd. se penetre de mis ideas i sea en lo sucesivo, como me lo ha prometido, uno de los mas adictos i fieles coadyuvadores de mis empresas. La situacion en que Edmundo Cortés se haya colocado, es insostenible. No queda mas recurso que darle la libertad o la muerte.

—¡Oh! hizo Lay con horror.

—Sí, agregó Gaspari: la libertad o la muerte! Pero la sangre me causa horror: detesto ese medio de apartar de

nuestro camino a los enemigos; i cada vez que de uno de ellos puedo hacer un aliado, un amigo, me complazco de mi triunfo. El ejemplo mas reciente es lo que me ha sucedido con Vd. En dias pasados, cuando Vd. quiso romper conmigo por un puñado mas o ménos de dinero, tuve intencion de aceptar ese rompimiento i declararme su enemigo; pero cuando en nuestra segunda entrevista nos esplicamos con franqueza i logré convencerlo del error en que Vd. se hallaba, celebré mas ese resultado que si hubiera tomado de Vd. una venganza conforme a mis deseos. Con Edmundo Cortés quiero hacer otro tanto. Hoi es mi enemigo; nada que salga de mí aceptaria él con confianza; i aun cuando mis intenciones sean hacerlo feliz, él me cree empeñado en hacer su desgracia. ¿Qué debo hacer entónces? buscar otra persona que se finja mi enemigo para provocar así la confianza de Edmundo i atraerlo al terreno que a él i a mí nos conviene.

—¿I si Edmundo descubre mas tarde esa superchería? preguntó Lay.

—Seré yo mismo, o la fuerza misma de los acontecimientos, quien se lo descubra, contestó Gaspari. Esos engaños, amigo Lay, pueden llamarse santos, cuando son dirijidos a producir un bien. En la Compañía, al ménos, se ha echado mano de ellos desde su fundacion.

.....

En este lugar de nuestra obra pensábamos dar cabida a una nota que justificara el aserto anterior; pero el estractar una historia que tenemos anotada con este objeto en la *Biblioteca del Pueblo*, traducida del frances por un ex-jesuita, seria hacerla perder la mayor parte de su in-

teres. Preferimos, por tanto, darla en el cuerpo de la obra, a continuacion, en la creencia de que será leida tal vez con mas gusto por ser rigorosamente histórica.

Despues de describir el autor de la obra citada una procesion establecida por San Ignacio i compuesta de las mas hermosas cortesanas romanas, de los novicios que recien habia conquistado Loyola, i en que el autor deja mui mal parados a los cardenales i clero de aquella época, continúa así desde la pájina 46 i siguientes:

«Terminaba la procesion con las estrechas hileras de los nuevamente iniciados en la Compañía de Jesus, vestidos de novicios.

«Pero cuando los pendones llegaron frente a la estatua, (de Pasquino) se vieron precisados a pararse. Allí una masa compacta, impenetrable, inmóbil formando un medio círculo, obstruia el camino a la procesion, por cuyo motivo salió un hombre del grupo de los profesos i fué a informarse de lo que detenia la marcha. Cuando estuvo en medio del círculo formado con estudio delante de la estatua de Pasquino, se halló frente a frente con un vigoroso habitante de la otra parte del Tíber, a quien parece que la multitud habia delegado para dar al jeneral de los jesuitas la esplicacion que pedia.

—«Reverendo padre, dijo el habitante de la otra parte del Tíber al jesuita admirado: ántes de salir de aquí ¿no quereis enteraros de un corto mensaje de nuestro magnífico Pasquino, que se dirije a vos? Tomad, añadió presentándole la sátira, mirad, si os place i vereis.....

«Loyola, despues de una rápida ojeada, que interrogó a la vez lo contenido en la sátira i la fisonomía de la multi

tud, interrumpió al habitante de allende el Tíber, que permanecia delante de él con aire de indiferencia burlesca.

—«Antonio, le contestó, Antonio, tú tambien debes observar; mira por acá (i le señalaba las filas de la procesion mujeril): ¿no ves a una pobre criatura a quien tu indolencia, tus desórdenes quizás, entregaron al desenfreno, a la prostitucion, i a quien mis consejos, mis oraciones, mi mano que Jesus i la Virgen se han dignado bendecir, han arrancado por fin del devorador abismo?.....Sí! mira, Antonio!.....

«A medida que el jesuita pronunciaba tales palabras, dichas con voz imponente i que con destreza dejaba sentir la emocion del hombre honrado bajo la censura pública del reformador, el semblante del vigoroso Antonio se habia cambiado gradualmente; pues de indiferente i burlesco se habia vuelto de repente atento e inquieto, luego sombrío i tambien amenazador. Desistiendo Antonio de impedir la marcha a Loyola, dió algunos pasos i fijó la vista ya siniestra, en las filas de la procecion mujeril. Acaba de oirse en ellas un grito ahogado, i entónces se vió una jóven que caia desmayada en brazos de algunas compañeras suyas. Libre Ignacio de aquel habitante de allende el Tíber, i creyendo qne podria aprovechar la distraccion con tanta sagacidad buscada, dió a la procesion la señal para que siguese adelante; mas la multitud que husmeaba el viento de algun drama popular, no quiso hacer calle; al contrario, estrechó el círculo formado en torno de Antonio, de la jóven desmayada i de las mujeres que sostenian a aquella procurando volverla en si. Ese grupo rodeado de tal ma-

nera, formaba un punto céntrico hácia el cual rielaban mil miradas ardientes i curiosas.

«Mientras tanto Antonio—pescador de la ribera izquierda del Tíber, mui conocido en Roma por su fuerza i por su valor,— pálido, con los dientes apretados, i apoyando sus crispados puños contra su ancho i curtido pecho, cubierto a medias por una camisa de lana colorada i azul, permanecia inmóvil junto a la jóven desmayada, sin apartar de ella la vista. Esa jóven era una criatura admirable. Su vestido cortado con toda maestría, pintaba los contornos divinos de un cuerpo ájil i delicado, i de un pecho virjinal. Aquel vestido de raso blanco estaba bordado con ramilletes de rosas, cuyas flores i ramajes tenian las tintas de la naturaleza; i ya sea malicia del acaso, ya cálculos de voluptuosidad, dos de aquellos ramilletes se habrian a lo alto de la cintura. Los lindos cabellos de la jóven arrollados en suaves sartas de perlas, eran de un negro brillante; sin embargo, segun pudo juzgarse cuando por fin levantó los párpados delicadamente matizados de un azúl bajo, sus ojos tenian el color i el brillo de un záfiro humedecido por el rocío. En el instante en que volvió a abrirlos pudo oir una voz que murmuraba su nombre entre la multitud, luego otra, veinte otras, cien otras: «Onorina, decian, Onorina, la hermosa habitante de la otra parte del Tíber»……

«Onorina era la hija de Antonio, el pescador, i hasta la edad de dieziseis años habia sido la alegria i el orgullo de su padre. En vano los patricios de Roma, jóvenes o ancianos, bellos o ricos, iban a pasar i a rondar por delante de la casita en que vivian Antonio i su hija, cerca de la puerta de San Francisco. Mucho tiempo pasó sin que Onorina

respondiese a las apasionadas declaraciones de los unos, o a las infames proposiciones de los otros; i si lo hizo fué contestando a las primeras palabras con una carcajada mui franca, o por medio de un alegre estribillo, manifestado con un gorjeo tan claro como el de la alondra. Una tarde, empero, la hermosa ribereña del Tíber salió de casa de su padre para no volver a ella jamás.

«Antonio, que hubiera dudado casi tan pronto del poder de los santos como de la virtud de Onorina, seguro por otra parte del amor de su hija, por largo tiempo no pudo dar crédito a una fuga voluntaria; i cuando despues de inútiles pesquisas, de muchos dias i de largas noches de espera i de dolor, debió renunciar por fin a la esperanza de volver a ver a su hija en su casa, prefirió dar crédito a la muerte que no a la caida de su ánjel escapado. En vano obsequiosos amigos queriendo disipar el error de Antonio (por lástima que les causaba, segun decian), le contaron que hácia la época de la desaparicion de Onorina, habian visto entrar en la casita del pescador, i siempre cuando la muchacha estaba sola, a un lindo jóven vestido con el traje negro de los miembros de una nueva órden relijiosa, la cual empezaba a llamar la atencion en Roma. En vano añadieron tambien que ese hombre no habia vuelto a aparecer desde que Antonio quedó solo en la pobre cabaña, privada desde entónces de su esplendor de juventud i de alegría. El pescador impuso silencio a los que hablaban así, i para poner fin a ese asunto declaró que estaba tan persuadido de la muerte de su hija, que propondria un desafío a muerte a cualquiera de sus vecinos o amigos a quienes oyese dudar de ello, pues con la muerte

de uno de los combatientes, se obtenía al ménos el resultado de que el vencido conociera si era o no fundada su creencia.

«Fué, pues, preciso callar, porque todos conocian la fuerza i brio del pescador, i aun desde entónces evitaron pronunciar el nombre de Onorina, la hermosa ribereña. El padre no hablaba nunca de su hija, pues hasta parecia haber olvidado que la hubiese tenido: solamente se le sorprendió a veces de noche, parado delante de la fachada brillantemente iluminada de alguna rica quinta o de la casa de algun grande donde habia fiesta, fijando su mirada ardiente i escudriñadora en el fondo de aquel santuario de locos placeres, i siguiendo con atencion anciosa i sombría el paso, a traves de las ventanas encendidas o en los fragantes terraplenes, de cada pareja llevada en el torbellino de la danza en alas de la voluptuosidad... ¡Padre infeliz! habia hecho que los demas callasen las afrentosas sospechas; pero él las oia gritar siempre en su desolado corazon!... No hablaba de su hija, de su Onorina, pero continuamente pensaba en ella; ¡quizas para matarla; quería, empero, volverla a ver!...

«Lo consigue por fin; pero ¡cuán desgraciadamente! En medio de mujeres cuyo actual arrepentimiento descubre las faltas pasadas que ve en ella. La que en otro tiempo fué su orgullo es ahora su deshonra; i de aquí en adelante ya no podrá hacer callar las voces que han pronunciado en alta voz el nombre de Onorina, la hermosa ribereña.

—«Onorina, Onorina, la hermosa ribereña!... I al pronunciar a su vez estas palabras con voz estraña, que hace

estremecer i volver en sí a la jóven, Antonio desliza con lentitud su mano a la navaja, su fiel compañera.

«Padre, padre mio!... murmura con voz apagada la jóven arrodillándose a los piés del pescador.

«Onorina, Onorina, la hermosa ribereña! repite Antonio con sonrisa convulsiva i espantosa, inclina despues lentamente su rostro hácia el de su hija, a quien parece no reconocer.

«Un gran silencio reina en la multitud conmovida; óyese solamente la voz entrecortada del pescador, que con el acento de la locura, continúa gritando: Onorina, Onorina, la hermosa ribereña!... Oyese despues un inmenso suspiro que, como hipando, se exhala de mil pechos oprimidos; i es que por encima de la encorvada cabeza de Onorina se ha visto lucir una llama siniestra; pero entre el pecho de la víctima resignada i el cuchillo de Antonio se ha estendido una mano que ha desarmado al terrible pescador. El hombre que acaba de interponerse así entre Antonio i su hija, ha levantado i sostiene a ésta con su brazo izquierdo, circuyendo el flexible talle de Onorina miéntras pone la mano derecha en el puño de su espada. Ese hombre es jóven i bello, i parece un estranjero de alta alcurnia.

«Entónces una voz que se levanta murmura el nombre de aquel mozo, que es un jóven baron aleman que hace algunos años habita en Roma, i que despues de haberse afiliado en la Compañía de Jesus, dejó el lúgubre traje de jesuita para volver a tomar el elegante del caballero. Desde esta nueva metamórfosis, en Roma solo se habla de las locuras del jóven i noble aleman, de los festines que da, e las queridas que toma o abandona.

«Un rayo de odio i de venganza iluminó en aquel instante la locura del padre de Onorina. El pescador piensa, adivina, que el hombre puesto en su presencia es el seductor de su hija; que á él debe pedir cuenta de su perdida tranquilidad. Aquellos dos hombres se miran i se comprenden.

«Antonio, sin otra arma que sus robustos brazos, se adelanta hácia el jóven, el cual saca su espada gritando al pescador que se detenga; mas éste solo se para cuando la punta de la espada penetra ya en su carne: en seguida, por un movimiento lento, pero continuado, se acerca a su adversario, que entónces quiere retroceder, no siéndole ya posible a causa de una muralla impenetrable que el pueblo formaba a sus espaldas. El jóven aleman grita otra vez al pescador que no adelante un paso mas; pero Antonio con los ojos iluminados por un brillo salvaje, continúa adelante, sin mirar que la espada dirijida contra su pecho va clavándose en él poco a poco. Se adelanta, sigue siempre adelante; sus dos fuertes manos pueden al fin asir la garganta de su desatinado enemigo...

«Debilitóse de repente el terrible apreton. Antonio levantó los brazos i ajitándolos con ademan insensato prorrumpe en una espantosa carcajada, repitiendo otra vez con apagado acento: Onorina, Onorina, la hermosa ribereña! Luego se turba i con toda su alta talla cae de bruces hundiendo en su pecho la espada de su contrario, que le ha entrado hasta el puño.

«Todo esto pasó con la rapidez del rayo.

«Cuando el pueblo vió caer al pescador, dejó oir uno de

esos sordos clamores que presajian el asolamiento, pero el hombre que dirijia la procesion, al ver finalmente el paso libre, da la señal de marcha entonando el himno *Veni Criator Spiritus!* que repiten cuantos le siguen, hombres i mujeres. El mismo pueblo, despues de un instante de perplejidad, une su voz a los que cantan el himno de invocacion.

«En aquel momento, un oficial de la policia del Papa se adelanta hácia el asesino, que permanecia inmóbil delante de su sangrienta víctima, i tocándole la espalda, le dijo que quedaba arrestado.

—«Yo reclamó este hombre como perteneciente a la órden de que soi jeneral, respondió Ignacio interviniendo a su vez.

—«¿No ha abandonado este hombre la Compañia de Jesus, padre mio?

—«Sí; pero la Compañia no abandona a este hombre! Yo responderé de él ante la justicia del soberano Pontífice. Idos, pues!...

«Inclinóse el oficial de policia en señal de aquiescencia i se retiró. Mas como la actitud del pueblo era aun algo amenazadora, el jeneral de los jesuitas hizo seña al hombre que llevaba el pendon de la Vírjen, i aquel puso en manos del asesino el estandarte, cuya santa sombra protejió su cabeza.

«La procesion salió de la plaza de Pasquino, en la cual no quedó luego sino el cadáver de Antonio, i a los dos lados del mismo una desventurada loca i un anciano vestido de eclesiástico. La loca era Onorina la hermosa ribereña.

«El anciano se llamaba el padre Postel, de quien espli-

caremos mas adelante el papel que representó en el drama del jesuitismo naciente»..... .....

....

Aunque la historia que hemos copiado, no es una prueba de los engaños de que han solido echar mano algunos jesuitas fanáticos para atraerse sectarios, hemos creido conveniente posponerla a la que sigue, por figurar en aquella, aunque al final, el hombre que llevó hasta el ridículo su fanatismo i supercherías.

Hé aquí como continúa la historia a que nos referimos, en la pájina 58 i siguientes:

«Segun hemos dicho ántes, cuando la procesion guiada por Ignacio salió de la plazuela de Pasquino, en que acababa de ejecutarse tan terrible drama, cerca del cadáver de Antonio el pescador, solo quedaron su hija, la pobre Onorina enloquecida, i un hombre vestido de eclesiástico. Aquel hombre alto, flaco, huesoso, con la frente llena de arrugas i la cabeza llena de canas, apénas tenia cuarenta años, aunque pareciese sexajenario. Le han pintado como uno de los sabios mas célebres de la época: talento vivo i penetrante al cual nada escapaba, jenio vasto que lo abarcaba todo, sabia el latin, el griego, el hebreo, el siriaco, el caldeo, todas las lenguas muertas; i en cuanto a las vivas, segun dicen, se hallaba en disposicion de dar la vuelta al mundo sin necesidad de intérprete. Gran canonista, famoso teólogo, metafísico profundo, la *ciencia hermética* habia abierto al poder de aquella mano sus mas impenetrables arcanos. Tambien sabia leer de corrido en ese espléndido libro que Dios tiene abierto al rededor de nuesro globo i en el cual cada letra es un astro centellante.

«Ese hombre se llamaba Guillermo Postel. Nacido en un pueblecillo de Normandía, a su mérito solamente debió el nombramiento de profesor real en la Universidad de Paris. Francisco I i su hermana la reina de Navarra, le apreciaban mucho, i a menudo le llamaban a su corte para consultarle. Ignacio deseó granjearse el afecto de semejante hombre, i éste se hizo su discípulo, i fué a encontrarle a Roma. Mas adelante la capital del mundo cristiano oyó hablar de una nueva relijion, o al menos de una forma nueva de la antigua relijion de Cristo, la cual solo se dirijia a las mujeres i les anunciaba un Mesías de su sexo, de quien el padre Postel se hacia precursor. Mezclando con destreza a una jerga mística llena de jaculatorias apasionadas i de santos ardores ideas de emancipacion i de libertad, a corta diferencia como las emitidas en nuestros últimos tiempos por los sansimonianos con respecto a la mujer, el padre Postel tuvo mui pronto gran multitud de partidarios. El san Juan Bautista de las mujeres decia que la venida de Jesucristo solo habia puesto la mira en la redencion de los hombres; pero que pronto se veria aparecer una Redentora de las mujeres.

«Era pública la impaciencia con que aguardaban a esa Redentora; mas el Papa se veia en mil apuros, i ocupado en Lutero, en el Concilio, en la disputa de Francisco I i de Cárlos V, tenia otras cosas en que pensar ántes que en esa nueva creencia, la cual, sin embargo, amenazaba arrebatarle la mitad de su trono pontificio.

«Es de advertir que el padre Postel predicaba el advenimiento del Mesías femenino, no en el desierto, sino en un antiguo templo de Vesta, inmediato a la iglesia de San

Teodoro, situado en el terreno del antiguo Foro romano.

«Allá condujo a Onorina, loca, pero de una locura pacífica. Al alejarse del cadáver de su padre, la infeliz muchacha imprimió un beso en su yerta frente, diciendo: «Hasta mui luego, padre mio»... despues siguió sin resistencia al padre Postel, que la guiaba. De noche unos amigos del difunto pescador fueron por el cadáver i lo enterraron en el cementerio de la parroquia de Santa Maria, a la otra parte del Tiber.

«Entre tanto el padre Postel hacia entrar a Onorina en el templo de Vesta, cuyo monumento ya no era mas que ruinas; pero habian desembarazado el interior i en aquella hora una crecida multitud de mujeres de todas clases i edades se encontraba reunida en la oscuridad, porque alli no penetraba ninguna luz de afuera, i solo hácia uno de los estremos de la vasta sala circular, con columnas mas o menos descantilladas por la mano del tiempo, columbrábase una especie de nicho abierto en el espesor de la pared, i de donde se esparcian brillantes resplandores debilitados a duras penas por una gran cortina de raso ricamente bordada. El fuego sagrado de las vestales que solo podia apagarse junto con la antorcha de su vida, segun dicen, lo conservaban las sacerdotisas en ese nicho ahora iluminado, i hácia el cual se dirijian todas las miradas. El padre Postel despues de haber recibido los silenciosos saludos de la asamblea, que parecia estar con impaciencia, subió a un pedestal i pronunció en estilo místico un discurso que pareció ajitar violentamente a su nervioso auditorio.

—«Hermanas mias, dijo al concluir: la Redentora que aguardais, la mujer prometida que debe salvar a las mu-

jeres, va por fin a descubrirse. De rodillas, hermanas creyentes!... de rodillas, miradla!...

«En aquel mismo instante oyóse en lontananza una solemne música; los vapores de un incienso esquisito i penetrante subieron hacia la bóbeda oscura, i cayendo de repente el gran velo de raso puesto delante del nicho encendido, dejó ver a una mujer vestida con un holgado traje blanco a la antigua usanza.

«Parecíase aquella mujer a las grandiosas vírjenes que salian del admirable pincel de Ticiano: su magnífico busto sostenia una cabeza espresiva, adornada solamente por cabellos negros, largos i hermosos, no trenzados, sino tan solo arrollados i cayendo sobre unas espaldas blancas i redondas. Aquella mujer parecia de treinta años, con los brazos desnudos e igualmente los piés, que se descubrian entre el calzado de unas sandalias antiguas: en una de sus manos tenia un lirio con el cual saludó a la reunion, i en seguida habló. Su voz fuerte, pero armoniosa i penetrante, hizo estremecer desde el principio a todas aquellas entusiastas que la escuchaban... Las anunció una nueva era para la mujer, una era de manumision i felicidad.

«El auditorio, pasmado, persuadido, estasiado, llegado a los últimos límites de la exaltacion, cuando de repente unos alguaciles invadieron el templo de Vesta, hicieron bajar con bastante brutalidad de su nicho a la Redentora, a quien prendieron junto con el padre Postel i algunas de las mas entusiastas entre sus partidarias... De esta manera ejecutaban una órden del Tribunal de la Inquisicion Ignacio se guardó bien de abogar por el padre Postel: mui al contrario, pregonó en alta voz que ya no pertenecia

a los suyos, i en efecto le echó de la Compañia, al menos en apariencia, pues Pasquier asegura que algunos años despues de este suceso, vió a Postel en Paris, en la casa profesa de los jesuitas, en donde murió de unos cien años. No se oyó hablar mas de la Redentora de las mujeres, que era una veneciana llamada doña Juana.

«Algunos han creido que Postel fué espulsado de la Compañia por haber manifestado pretensiones de hacerse elejir jefe; pero nosotros convenimos con los que han visto en Guillermo Postel un instrumento de que se sirvió Ignacio para sondear el espíritu público, llamar la atencion sobre él i su órden, captar la imajinacion de las mujeres i que dejó romper cuando le fué inútil i peligroso.

«Onorina, la hermosa ribereña, murió loca en el monasterio de Santa Marta; i su seductor vivió honrado bajo la sombra protectora de la bandera que por fin pudo enarbolar Loyola con la aprobacion del Padre Santo»....

.....

Despues de leído lo que antecede, en que se ve que la farsa se ha llevado hasta ridiculizar lo que el cristiano tiene de mas venerable—el recuerdo de la redencion,—se convencerá el lector de que cuando dirijimos algun cargo a la Compañia de Jesus, nos quedamos siempre atras de lo que sin exajerar podríamos decir.

Continuaremos nuestra narracion desde el punto en que la hemos interrumpido.

Gaspari, despues de afirmar que en la Compañia de Jesus se habia echado mano siempre del engaño cuando con él podia obtenerse algun bien, agregó:

—I los beneficios que Matilde i la familia reportarian,

no son los únicos que se obtendran con lo que pretendemos. Hai un interes mayor, mucho mayor en todo esto i ante el cual el verdadero sacrificio de toda una familia seria nada ¿Qué valen las lágrimas de uno, de diez individuos, cuando se trata de conquistar un bien para la humanidad, de echar las bases de un edificio cuya cúpula tocará al cielo? El que se detiene en pequeñeces, el que no destrosa con la planta los menudos obstáculos que embarazan su camino, ese no pasará de la vulgaridad, ni su obra tendrá las proporciones jigantescas que puede darle el jenio atrevido i emprendedor. ¿Que diríamos de un jeneral que quiere conquistar un reino si se detuviese a medir las lágrimas que iba a costar su empresa? Napoleon el grande seria tal si hubiese mirado la sangre que a torrentes vertió su espada conquistadora? ¡Convénzase, amigo mio, de que la lei que rije al mundo es la que impone el mas fuerte al mas débil; i ya sea aquel superior en inteligencia, en fuerzas o en arrojos, su triunfo sobre el cobarde, sobre el torpe o pusilánime, es un triunfo lejítimo e incuestionable! Mi divisa es llegar a ser verdaderamente útil a la sociedad a que pertenezco: mi ambicion es colocarla en el rango que le corresponde; i si Dios me ayuda, no serán, nó, esas pequeñeces las que me detengan!

—¿I por qué hasta hoi, señor Gaspari, la Compañía de Jesus no se establece de una manera difinitiva? Por qué apenas cuenta con esa casa que no tiene ni el nombre, ni la capacidad, ni el rango del mas pobre de los conventos? Yo no he sabido cómo considerarlo: si colejio, no he visto en él un plan de enseñanza, un cuerpo de profesores, un número regular de alumnos; si claustro, no hai una comu

nidad, ni un réjimen mas o ménos estricto, mas o ménos espectable para los seglares. ¿Qué es, por fin, la casa de los Jesuitas?

—Vd. lo ha dicho, contestó Gaspari: es una *casa*. Lanzada de Chile la Compañia de Jesus a fines del siglo pasado, para todo el mundo dejó de existir; pero habia demasiados intereses que atender, para que se abandonase asi no mas un suelo que tantos bienes nos habia dispensado. La Orden salió de Chile: todos los sacerdotes empuñaron su báculo i marcharon humildes al lugar a que se les arrojaba; pero aquí i allá, ocultos, ignorados, perdidos entre la multitud, quedaban hombres fieles que debian conservar el aprecio i la memoria de los que, si habian recibido bienes, tambien los habian dispensado (1). El infame Cárlos III, que quiso popularizar su nombre dando un golpe de muerte a la compañía, no previó que al arrancar el árbol, no podia recojer la semilla. I esa semilla, amigo Lay, fecundada desde su oríjen por la sabiduría de nuestros jenerales i de nuestra institucion, brota siempre en los mismos puntos donde se ha querido destruirla. En Chile

(1) Traducimos de LES JESUITES DEVANT LA LOI FRANÇAIS por Castagnary, 2.ª edicion, cap. V, páj. 35 i 36: «Los jesuitas lo comprendieron i se presentaron desde luego como humildes profesores ocupados de la educacion privada. ¿Quién habria creido que eran jesuitas? Vivian aisladamente, disimulando con cuidado su cualidad. Favorecidos por las altas clases, crecieron rápidamente en número i en riquezas. En 1821 poseian varios establecimientos en provincias i habian echado a las puertas de Paris en Montrouge, las bases de su silla central.»

no ha dejado de existir la Compañía de Jesus (1). Pequeña, casi nula despues de la injusta espulsion, su existencia podia compararse al musgo, que solo espera un rayo de sol para cambiarse en yerbecilla. Ese rayo de sol recien aparece, i por esto el microscópico musgo se levanta lenta pero sólidamente arraigado, i deja ver la primera i aun no bien abierta hoja que brota de su tallo. Mañana avanzará un paso: el dia venidero dos: se detendrá un mes, un año si es preciso; pero su marcha será firme i su elevacion descansará en una base sólida, que ningun poder será capaz de abatir. La casa en que se reunen, esa especie de colejio, que es a la vez claustro e instituto, es por ahora todo lo que se necesita. ¿No habeis visto que lentamente se levanta un templo i se echan los simientos de unas pocas habitaciones? La caridad, el cariño, son los que hacen eso. Ven a los sacerdotes mal alojados i les proporcionan buenas habitaciones: ven pobre i pequeña la capilla, raidos i es-

---

(1) En la misma obra citada, páj. 24, cap. III, encontramos lo siguiente:

«Apenas fué promulgado el Concordato, los jesuitas aparecieron de improviso sobre varios puntos del territorio. Se habria dicho que eran una de esas vejetaciones espontáneas que una abundante lluvia hace brotar.

«La sorpresa fué jeneral. ¡Cómo! Aun existian jesuitas! Un decreto del Parlamento, promulgado cerca de cuarenta años antes, los habia arrojado del reino (22 febrero 1664); una bula pontificia, que remontaba a treinta años, los habia suprimido en todo el catolicismo (21 de julio 1773); durante doce años consecutivos, la revolucion habia paseado el arado sobre las ruinas de las comunidades relijiosas, i los jesuitas existian siempre!»

casos los ornamentos, i los fieles se apresuran a construir un templo, a ofrecer valiosos paramentos sacerdotales. De esta manera, la obra, ya sea ésta convento, templo o seminario, no es de los jesuitas: es la obra de los fieles consagrada i dedicada a los jesuitas! Los maldicientes, nuestros enemigos, encuentran así, a cada paso, quien nos defienda i quien diga: «Ese valioso templo, ese soberbio edificio, ese grandioso atavío, son obras espontáneas de nuestra voluntad i no fruto de la avaricia de esos santos varones, como vosotros lo creeis.»

CAPITULO LIII

«El fin justifica los medios»

ASPARI i don Marcos Lay interrumpieron su conversacion al llegar a la casa en que estaba Matilde del Valle.

Antes de entrar a las habitaciones, el ajente de negocios habló un momento al oido de Lay, i éste hizo una seña de aquiescencia. En seguida se dirijieron a una pieza de la derecha i tocaron una puerta que estaba solo entornada.

—¡Adelante! dijo una voz atiplada.

El ajente empujó la puerta i penetró en una pieza amueblada con un sofá de alto respaldo, dos mesas de arrimo con grandes espejos i una docena de sillas tapizadas con tela de crin.

En el sofá, ocupada en tomar el mate que una muchacha le servia, habia una señora como de cincuenta i seis años, i cuyo semblante pálido, demacrado, huesoso, lleno de arrugas, estaba medio encubierto por una cofia de lana, que despues de tapar completamente su pelo canoso i enralecido, servia como de marco a sus mejillas lívidas i descarnadas.

—¡Mi señora doña Manuela! dijo don Lorenzo con tono declamatorio. ¿Cómo está su salud? Qué tal dia ha pasado hoi?

—¡Ah! esclamó la señora con voz aflijida i mirando al cielo con compuncion al mismo tiempo que alargaba su mano huesosa al ajente: ¡ah; mi señor Gaspari!...Cada dia peor!... Anoche no he dormido una pestañada i hoi no me ha sido posible pasar un bocado!...

La muchacha que cebaba el mate se sonrió al oir la afirmacion de su señora, pues ella que la habia servido en la mesa, habíala visto probar mas de un bocado.

Don Márcos saludó a su vez a la señora, aunque con ménos familiaridad que Gaspari, i ambos ocuparon los asientos que aquella les indicó.

Sin dar mucha importancia a la enfermedad de doña Manuela, el ajente le dijo en seguida:

—¿Cómo sigue Matilde, mi señora?

—¡Ah! lo mismo que yo!... esclamó la señora.

Debemos advertir que doña Manuela tenia una de esas enfermedades de hábito, de aprension, que consisten en creerse eternamente enfermo, i en que las personas que tal sienten, se consideran víctimas de todo mal. Ellas no comen, no duermen, i se acostumbran de tal modo a que-

jarse de sus dolencias imajinarias, que ninguna persona puede decir ante ellas que ha tenido un dolor, una enfermedad cualquiera, sin que ellas esclamen al punto: «¡Lo mismo que yo!»—Hemos conocido varias personas atacadas de esta enfermedad, i algunas han bajado pronto al sepulcro, víctimas de la aprension,

—¡Cómo lo mismo que Vd! esclamó Gaspari. ¿Acaso Vd?...

—¡Ah!... Iba a decir, mi señor Gasparí, que, como yo, esa pobrecita lo pasa llorando, i temo mucho que le resulte algun grave mal!

—¿Vd. tambien llora? preguntó el ajente, que estaba de buen humor i queria divertirse un rato.

—¡Ah! ya no me quedan lágrimas, amigo mio! He sufrido tanto en mi vida!.....

—¿Es decir que Matilde sigue peor?

—Peor nó, amigo mio: está mucho mejor, i el chiquito parece está mui bueno, mui alentadito. ¡Quién como él!

—¿Ha hablado Vd. a Matilde en el sentido que le indiqué?

—¡Ah! sí, señor Gaspari: le hablé como Vd. me lo dijo, pero desde las primeras palabras en que traté de prepararla, de provocar su confianza, se encerró en el mas profundo silencio i me dijo no contestaria a una sola de mis preguntas.

—¿De manera que Vd. no ha podido avanzar nada?

—Mui poco, al ménos. Cuando vi que no obtenia respuestas por bien, halagándola, le dije:—Si te he molestado, hija mia, es por tu bien i el de tu hijito, pues queria

ponerme de acuerdo contigo para salvarlo de un grave mal que se le espera.

—¿A quién? me preguntó entonces. ¿A mi hijo se le espera un grave mal?

—Sí, hija mia, si tú no te hayas dispuesta a evitarlo.

—¡Pero, Dios mio! esclamó anegada en llanto. ¿Qué mal quieren hacerle a esta criatura? Qué les he hecho yo para que no me dejen tranquila, para que no me permitan volver a la casa de mis padres? ¡Querian que a nadie revelase quién es el padre de mi hijo i se los he jurado!.....

¿Qué mas quieren ahora?

—Se me ha dicho, hija mia, le contesté, que tratan de hacer tu felicidad i la de toda tu familia dándote por esposo a don Edmundo Cortés.

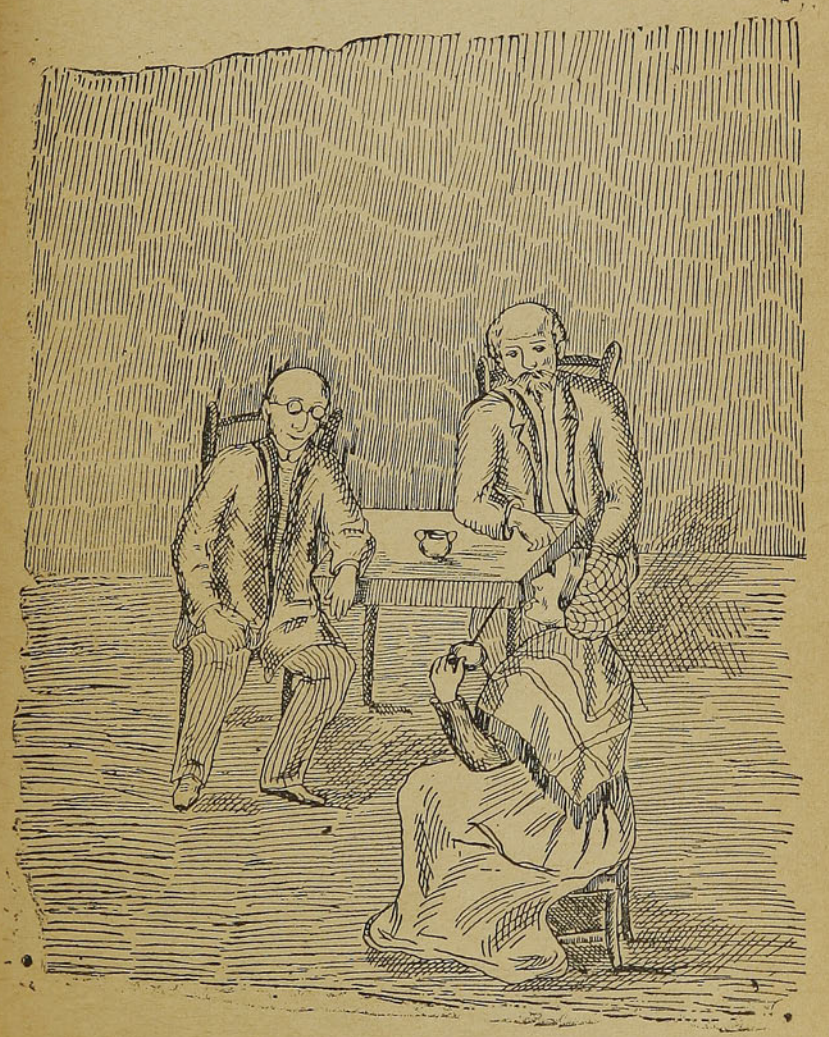
—¡A Edmundo! esclamó. Al marido, al prometido de Susana!.....Jamas!

—¡Pero es el mismo, segun me han dicho, quien voluntariamente desea tu mano: es él quien quiere ser tu esposo porque te ama desde tiempo atras.

—¡Sí, contestó ella; me ama como a una hermana! Pero con quien él debe unirse es con Susana! ¿Cómo puede haber cambiado de idea? Cómo puede querer ahora unirse conmigo?.....¡Conmigo!.....¡Ah¡ nó, jamas!.....

—Tu misma situcion, hija mia, le dije yo, debe moverlo a eso. Me han dicho que es de un carácter noble, elevado, i que mira a tu familia como si fuera la de él mismo. ¿Qué tiene de estraño, siendo eso así, que quiera encubrir con su nombre la mancha que tu falta ha arrojado sobre el honor de los Valles?

—¿I Susana? preguntó ella sin dejar de llorar. ¿Cómo



¿Es decir que Matilde sigue peor?

podria conformarse Susana con renunciar al amor de Edmundo, a quien tanto ama?

—Tu hermana, hija mia, le contesté, sacrificará con gusto su amor tratándose de tu felicidad i de la honra de ella misma i de toda la familia.

—Ah! esclamó: yo no aceptaré jamas ese sacrificio! Preferiré morir!

—Tendrás que renunciar a tu hijo!

—Nunca! moriré con él!.....

—Cuando vi la resolucion, la enerjía con que esa niña me contestaba, agregó doña Manuela, no quise insistir i me aparté de ella.

—¿I despues no ha vuelto Vd. a hablarle? preguntó Gaspari.

—Ah! nó, amigo mio: me sentí mui enferma, i a mas no habia cumplido con mis devociones de mediodía.

—¿Me permite Vd. pasar a verla?

—Vd. está en su casa, señor Gaspari.

El ajente de negocios abrió una puerta que unia la pieza con las demas habitaciones, i despues de pasar por un dormitorio, una salita en que habia un altar i multitud de imájenes, abrió una puerta bastante sólida que estaba asegurada con un cerrojo, i entró a una pieza pobremente amueblada.

Aquella pieza tenia una ventana i otra puerta que daban a un patio, pero que, como la abierta por Gaspari, estaba cerrada con un grueso cerrojo.

La luz que entraba por la ventana, daba de lleno en el semblante pálido i enflaquecido de Matilde del Valle.

Hai personas a quienes una enfermedad, si no las embellece, al ménos les da cierto aire melancólico que atrae e inclina en su favor. La palidez en las mejillas, la languidez en la mirada, la tristeza en la sonrisa, el aire de sufrimiento i de cristiana resignacion que se retrata en sus semblantes, las hace mas simpáticas, mas atrayentes, mas seductoras.

Matilde vestia de negro.

Su abundante i rizada cabellera, despues de orlar sus mejillas i su garganta, caia hasta el ruedo de su vestido velando los redondos contornos de su cuerpo,—gallardo i jentil pocos dias ántes, mas desarrollado i voluptuoso en aquel momento. Sentada en un sofá, con sus pequeños piés apoyados en un banquillo, daba uno de sus albos senos, desarrollados de improviso por la maternidad, a una pequeña criatura que mecia blandamente en su regazo.

La jóven madre miraba de hito en hito a ese pequeño sér, alma de su alma, vida de su vida, i al recordar que él era la causa de su infortunio, el vallado que desde aquel dia detendria su marcha hácia la felicidad; al verlo semejante al tierno polluelo que aun no puede valerse por sí solo, Matilde lo amaba mas, mucho mas que si hubiera nacido bajo los favorables auspicios que ha decretado la sociedad. I ¡soberano poder del amor maternal!... En medio de su desventura, condenada a la vergüenza i a la execracion, sin un nombre que dar a su hijo, sola, prisionera, perseguida, habia, sin embargo, momentos en que su corazon se dilataba, en que un santo orgullo reanimaba su abatido valor.

Para la mujer feliz, un hijo es un placer, una entreten-

cion mas: para la desgraciada, un consuelo, una dulce esperanza, una constante satisfaccion.

Matilde enjugaba sus lágrimas al primer vajido de su hijo i cambiaba sus sollozos en un canto arrullador apénas el pequeñuelo manifestaba la mas mínima desazon.

A fin de estar sola, sola con su hijo el mayor tiempo posible; a fin de acariciarlo, de mirarlo a su sabor, habia abandonado el lecho aun ántes de hallarse alentada, para evitar así las atenciones de la jente estraña que la rodeaba. ¡I cuánto habia sufrido Matilde con esas personas! La historia de aquellos dias de persecucion ocupará una de las mas tristes pájinas de nuestro romance. Por ahora, veamos aun lo que se la esperaba.

Matilde, al sentir que descorrian el cerrojo que cerraba la puerta de su prision, cubrió inmediatamente su albo i redondo seno con un pañuelo, i echó sobre la cabeza del niño las gruesas i pesadas bandas que formaban sus cabellos.

Gaspari entró i saludó a la jóven con una vénia ceremoniosa, miéntras en sus labios aparecia una sonrisa helada, insultante, que en aquel sitio donde se albergaba el dolor, tomaba todas las apariencias de la crueldad.

Matilde, por un movimiento involuntario, estrechó a su hijo cemo si tratara de defenderlo.

El ajente avanzó hasta ocupar el otro estremo del sofá.

—¿Cómo está su salud, señorita Matilde? preguntó a la jóven.

—Buena, señor: gracias, contestó ella, sin poder dominar cierto vago terror.

—Lo celebro, replicó Gaspari, pues siendo así, podremos hablar hoi sin temer malos resultados.

Se acomodó en el sofá de manera que le fuese fácil mirar de frente a Matilde, i despues de arreglar sus anteojos, dijo con voz lenta, a fin de que sus palabras fueran oidas i bien interpretadas:

—Señorita Matilde: ha llegado el momento en que es necesario terminar este órden de cosas i en que debe Vd. decidir de la suerte futura de su hijo, de la suya i de la de su padre i de su hermana. Voi a hablar a Vd. como amigo antiguo de su familia i como encargado del jefe de una persona íntimamente relacionada con Vd. Es decir, voi a manifestarle sin rodeos, con entera franqueza, lo que se pretende, lo que hai necesidad de hacer.

Este exordio, a que Gaspari dió cierta solemnidad, llenó de pavor a Matilde, que no pudo contestar ni con una palabra al ajente.

—Hasta hoi, agregó este, Vd. ha mirado su falta bajo el punto de vista que directamente le atañe, i no por las consecuencias que puede acarrear a la otra parte. Vd. es hija de familia i Anjel tambien lo es, con la diferencia de que la familia de Vd., señorita Matilde, se compone de dos o tres personas, miéntras que la de él sube a veinte, a cincuenta mil. Si Vd. quiere por un momento mirar con imparcialidad lo sucedido; si Vd. se coloca en el lugar de los que componen la familia de Anjel, principiará a comprender que la falta de Vds .no es una falta comun, vulgar, de todos los dias, que a nadie admira, que a bien pocos compromete, sino el hecho sorprendente que levanta tormentas i puede producir terribles consecuencias! En la so-

ciedad, no hai familia que no tenga una mancha, así que bien poco importa una mas; pero en la sociedad a que Anjel pertenece, no sucede lo mismo. Allá, en el mundo, las faltas del amor se perdonan, casi se celebran; pero acá en la Orden, esa clase de faltas, sobre todo, no han caido sino mui de tarde en tarde; i si por algo puede enorgullecerse, si por algo puede manifestarse completamente superior a las otras órdenes, es por eso! Ahora bien: Vd. sabe, que la Orden de los jesuitas aun no está establecida i que solo da los primeros pasos para obtenerlo. Vd. sabe que aquí, como en todas partes, cuenta con enemigos, i que el único medio de vencerlos o por lo ménos de hacer que guarden silencio, es desmentir sus acusaciones con una conducta ejemplar. ¿I que arma mas poderosa podria dárseles ahora que este escándalo en una de las mas pudientes familias de la capital? Creo inútil detenerme a manifestar a Vd. los funestos resultados que acarrearia a la sociedad, no digo que el público conociera, sino que sospechase la existencia de ese crímen fatal! Si Vd. mira desapasionadamente el hecho i examina los resultados fijos, seguros, invariables que ha de traer, encontrará justo lo que se pretende, lo que se desea, lo que se llevará a efecto si Vd. opone resistencia a nuestros deseos o trata de evadirse de nuestra vijilancia.

—¿Qué mas quieren de mí, por Dios? interrogó Matilde. ¿No les he jurado ya que no revelaré a nadie, ni aun a mi padre ni a mi hermana, el nombre del padre de mi hijo?

—¿I qué vale eso? preguntó Gaspari, sonriéndose siempre. ¿Qué garantía es para nosotros el juramento de Vd?

Mañana llega Vd. a su casa con un hijo; su padre la interroga, le nombra a una i otra persona a quienes Vd. disculpa, le señala estos o aquellos individuos a quienes Vd. exonera, por supuesto, de la falta, hasta que por fin le nombran al verdadero culpable. Vd. no puede decir que es él porque lo ha jurado; pero se calla, llora, suplica que no se la interrogue i concluye por dar a conocer así la verdad. Esto en el caso de que no se le haga creer a Vd. que su juramento no es obligatorio por haber sido arrancado a la fuerza, o que Vd. misma no lo viole voluntariamente!

—Eso jamas! esclamó Matilde. Si mi primer juramento no satisface a Vd., le haré otro, en la forma que Vd. me indique!..... Pero déjenme tranquila, déjenme volver a la casa de mi padre, donde ocuparé el último, el mas ínfimo lugar si es preciso, pero viviré tranquila, ignorada, dedicando mi existencia al cuidado de mi hijo!

—No se trata de juramento, señorita Matilde! contestó Gaspari con sonrisa burlona. Se necesita algo mas: o cubrir de tal modo su falta que aun Vd. misma si quisiera acusarnos no lo pudiera, o bien destruir la prueba material, visible, que hai de esa falta!

—¿Qué dice Vd.? esclamó Matilde, comprendiendo a medias el alcance de las palabras de Gaspari.

—Hablaré a Vd. sin rodeos, como se lo he prometido, contestó el ajente. Para que esa gran familia que he mencionado quede segura de un silencio eterno; para que Vd. misma no pueda en ningun tiempo alzar su voz contra uno de sus miembros, no hai mas que dos caminos que

seguir: o dar un padre al hijo de Vd., o arrebatarlo de sus brazos para tenerlo en rehenes de su secreto!

Matilde se puso tan blanca como el mármol, i un temblor convulsivo recorrió todos sus miembros.

—Arrebatarme mi hijo! murmuró, estrechándolo a su seno. Ah! nó, primero la vida!.....

—Sí, continuó Gaspari: darle un padre; i no un padre cualquiera, sino una persona honorable, empeñada en guardar, por su mismo honor, el mas absoluto silencio!... Con este paso se conseguirá fijar la atencion del público i quitarle el pretesto de indagar, de comentar, de querer descubrir el oríjen de ese niño. Para esto, nadie mas a propósito que Edmundo Cortés. El ha visitado la casa de Vd. desde la infancia: él ha sido tratado con cariño i familiaridad por toda la familia, i mas de una persona conoce el proyecto de enlace entre él i la señorita Susana... ¿Qué dirán cuando sepan que ese enlace se ha efectuado con Vd. i no con ella? Harán algunos comentarios, hablarán dos o tres dias de ello i concluirán por olvidarlo.

Matilde meneó la cabeza sin atreverse a replicar.

—¿No acepta Vd. mi propuesta? le preguntó Gaspari.

—Jamas causaré yo la desgracia de mi hermana, contestó Matilde.

—¿I cree Vd. que no la ha causado ya con su falta?

La jóven se cubrió la cara i, llorando, dijo:

—Dios sabe que no he tenido intencion, que no sé lo que pasó por mí!

—Eso es lo que dicen todas! esclamó Gaspari. Tienden lazos a la virtud i despues se dicen víctimas inocentes, engañadas, seducidas!.....

—Vd. me insulta, don Lorenzo, replicó Matilde con dolorosa indignacion, porque me ve sola, sin tener quien hable por mí!..... Pero dia llegará en que yo vea a mi padre!

El ajente de negocios lanzó una carcajada.

—¡Su padre!..... esclamó con acento burlon. ¿Quiere Vd. ver a su padre?..... Quiere Vd. oir de sus labios las quejas justísimas que le arranca su falta vergonzosa? Lo quiere Vd? Dígamelo, i en el acto la conduzco yo mismo donde él! Si Vd., despues de manchar con oprobio eterno la frente de ese noble anciano; despues de tronchar para siempre el porvenir de su hermana, de esa hermana todo bondad, todo cariño, todo ternura para Vd.; si despues de eso, repito, Vd. tiene coraje, Vd. se siente con valor para presentarse a los que así ha insultado, a los que así ha ofendido, dígamelo i yo mismo la llevaré!... Pero si su padre alza las manos para maldecirla, no me culpe Vd. a mí!...

Matilde lloró con infinita amargura, i durante un momento no se oyó en la habitacion otro ruido que el de sus sollozos sofocados.

—Al fin, le pregunto don Lorenzo, ¿qué resuelve Vd? Aceptará la mano de Cortés si éste se la propone?

—¡Nó, nunca!..... contestó Matilde.

—Entónces, replicó el ajente, sepa Vd. que ese niño que ahora estrecha entre sus brazos, le será quitado.

—¡Ah! piedad, señor!..... No me arrebate Vd. el único consuelo que tengo en la vida!.... esclamó la jóven con aire suplicante.

—¡Piedad pide Vd! replicó él. ¿Aun quiere que se ten-

gan con Vd. mas miramientos? Sabe Vd. cuál habria sido su suerte si el padre Basilio i yo no apreciáramos tanto a su familia?—Vd. habria dejado de existir, como el único medio de evitar el deshonor de la Orden i aun el de su familia! (1)

—Seria preferible la muerte, dijo Matilde, a este martirio lento, terrible, que acabará con mi vida i dejará a mi hijo en poder de Vds!

Gaspari se sonrió.

—Su hijo, señorita Matilde, no pertenece a Vd. desde

---

(1) Copiamos de la Biblioteca del Pueblo, cap. III, páj. 109: «Si una mujer de baja condicion se jacta de haber dormido con un relijioso, éste puede matarla, dice Caramuelfaud, aunque sea cierto».

I mas adelante: «Es permitido a un relijioso matar a un calumniador que amenace imputar grandes crímenes a él o a su relijion, etc.» ¿I de qué obra se creerá que hemos sacado esta cita? De la obra de un jesuita, cuya autoridad es respetada entre los buenos padres*

El jesuita Amieus ha dejado atras a Escobar en lo siguiente:

«Un relijioso, dice, puede i debe matar al hombre capaz de dañar a él o a su relijion, con solo creer que este hombre abriga tal intento.»

Diremos, para que se vea nuestra lealtad, que estas máximas teolójicas deben haber caido mucho há en desuso, pues no es creible que en el grado de ilustracion que se da hoi a los sacerdotes, se sustenten semejantes barbaridades. A mas, estas teorias con otras muchas que omitimos por decencia, como ser la que encontramos en la páj. 60 del *Nuevo Código de los jesuitas*, por Enriquez, jesuita portugues, en su *Suma de Teolojia Moral*, Venecia, 1600, deben haber sido incluidas en la gran cantidad de proposiciones que han condenado diversos papas.

(*) *Amieus, de jus et jure dist, 36. see 5.*

hoi. Se lo advierto para que su separacion de él no le sea tan sensible.

Diciendo esto, Gaspari dió vuelta la espalda i se alejó, dejando a Matilde presa de la mayor inquietud.

CAPÍTULO LIV

Un protector

MEDIA hora despues, la puerta de la prision de Matilde se abria de nuevo i entraba don Márcos Lay.

Apénas la jóven lo vió, se acercó a él diciéndole:

—¡Al fin llega Vd.!... He pasado horas terribles esperándolo!...

—¡Chit! hizo Lay llevando el índice de su derecha a los labios i haciendo un enérjico jesto para indicar a la jóven que podia ser oida.

—¿Qué nueva desgracia le amenaza a Vd.? le preguntó en seguida en voz baja i llevándola de una mano al sofá.

Matilde le contó las intimaciones de Gaspari interrumpiendo a cada paso su relato para enjugar las lágrimas que se desprendian de sus párpados.

—Ya lo sabia, dijo Lay. Pero Vd., segun veo, no conoce el alcance que tiene esa combinacion. No se trata solamente de ocultar el desvío de un miembro de la Orden, sino de confirmar con los hechos lo que el padre Basilio i don Lorenzo Gaspari han dicho a su papá i a su hermanita Susana.

—¿Luego mi padre cree que Edmundo...

—Cree que don Edmundo ha seducido a Vd. i la tiene oculta en alguna parte.

—Pero ¿cómo puede creer una cosa semejante?

—Porque se han reunido tales coincidencias i se ha dado tal jiro a este asunto, que seria imposible no creerlo....

—¡Ah! esclamó Matilde. ¡Cuánto sufrirá Susana i mi padre!...

—Tal vez no tanto, señorita, como si supieran la verdad, porque así, al ménos, esperan que el señor Cortés se case con Vd. i se arregle todo de una manera satisfactoria.

—Pero será necesario desengañarlos, dijo Matilde, aun cuando el desengaño sea para ellos doloroso. De todas maneras, Susana se alegrará i quién sabe si mi padre tambien.

—Yo habia pensado, dijo don Márcos, escribir al señor del Valle una carta dándole noticia del lugar en que Vd. se halla i comunicándole la situacion en que Vd. se encuentra; pero iba ya hacerlo, cuando Gaspari se presentó a mí diciéndome:

—¿En qué estado se halla la enferma? Podrá resistir, sin grave peligro, una emocion violenta?

—¿Qué clase de emocion? le pregunté.

—Se trata, me dijo, de separarla de su hijo.

I entónces me contó cuanto Vd. ya sabe, poniéndome al corriente de sus proyectos i diciéndome que todo esto lo hacia por el bien de Vd. i de su familia i por el del padre de su hijo. A esto le hice algunas objeciones que él me rebatió—lo confieso—con tal conviccion, que me sentí inclinado a su proyecto i dispuesto a secundarlo.

—¿Luego Vd. tambien cree que debo acceder, que debo consentir?

—¿I que hace Ud. si no acepta? Yo seria el primero en aconsejarle que desistiese si viera en ello algo de malo. Pero aquí a nadie se va a sacrificar.....

—¡Cómo a nadie, señor! ¿I Susana? I Edmundo?

—Es un pequeño sacrificio. Don Edmundo, en vez de tener por esposa a su hermanita, la tendrá a Vd, ¿I no seria Vd. capaz de hacer su felicidad? La señorita Susana, al renunciar al hombre que ama, se sacrificaria por Vd., i eso mismo haria dulce su sacrificio. I luego ella es jóven, hermosa, i en poco tiempo encontraria otro hombre que la amase i aquien ella amaria tanto o mas que lo que ama a don Edmundo. ¿Qué hai de malo en todo esto?

—Lo que hai, senor Lay, replicó Matilde con mas amar gura que enojo, lo que hai aparte de muchas otras cosas es que seria una infamia calumniar a Edmundo i obligarlo, quién sabe con qué intrigas, a admitirme como esposa! Yo no consentiré en eso jamás! Para mi, mujer desgraciada que un momento de estravío ha sepultado para siempre

en el infortunio, no queda otro porvenir que cuidar de mi hijo!..... Si Vd., como tan jenerosamente me lo ha prometido, está dispuesto a hacer algo por mi, le ruego no me hable mas de esa infamia i procure sí sacarme de esta prision! Yo iré a la casa de mi padre, me echaré a sus piés i le pediré que me permita retirarme al campo, a una de sus haciendas, dondé podré vivir sola i dedicada al cuidado de mi hijo. Ese es todo mi deseo, esa mi única ambicion!

Don Márcos pareció reflexionar.

—Tiene Vd. justicia, dijo al fin, con aire pensativo. Me habia dejado seducir por las palabras del señor Gaspari i por que creia que de ese modo podia Vd. ser mas feliz! Mi carácter es así: mui fácil de convencer... Bien, señorita: comprendo ahora que lo que se pretende es malo, innoble, por mas que lo que se tenga en vista sea bueno. Puesto nuevamente de su parte es necesario conjurar el peligro i ver un modo para que no la separen de su hijo.

—Si Vd. me hiciese el favor de escribir a mi padre, dijo Matilde, o hacer llegar a sus manos una carta mia creo que él lo allanaria todo.

—Si, será lo mejor que podemos hacer, dijo Lay. Sin embargo, si fuera posible huir, abandonar esta casa, seria mejor, mucho mas espedito el camino...

—¿Pero no ha dicho Vd. que doña Manuela no sale un momento de la casa?

—Así es: cuando estaba en la calle de las Rosas, iba tarde i mañana a la iglesia; pero ahora ha suspendido esa piadosa práctica por órden del padre Basilio. No obstante, tentaremos algunos recursos, i ya que en mi tienen plena confianza, no la desperdiciemos. Voi a retirarme a fin de

que no les llame la atencion el largo rato que he permanecido aquí. Parece que Vd. tiene un poco de fiebre. ¿Me permite observar su pulso? La leche podia resentirse i el niñito se enfermaria.

—Eso es! esclamó Lay despues de tomar el pulso a Matilde: hai fiebre i mucha debilidad. Voi a dejar a Vd. una bebida, de la cual tomará dos cucharadas ahora i a las ocho de la noche. Mañana volveré i traeré a Vd. lo necesario para que escriba.

—Mil gracias señor Lay!... Confio en Vd. como en mi único apoyo!...

—Pierda Vd. cuidado, que no me dejaré convencer otra vez por Gaspari.—Hasta mañana, Señorita: confie Vd. en mi i todo se arreglará!...

Matilde estrechó con gratitud la mano que Lay le tendia i se acercó al lecho donde tenia a su pequeño hijo, que en aquel momento despertaba.

Don Márcos, despues de cerrar con cerrojo la puerta de la pieza, atravesó las otras habitaciones i llegó a la sala en que hemos presentado a la señora Manuela.

—Todo es inútil, dijo el primero a la segunda. A pesar de que disimuladamente quise entrar a manifestarle mi opinion i aconsejarla, estuvo a punto de desconfiar de mí, por lo que renuncié a querer persuadirla.

—¡Qué se cumpla la voluntad de Dios!... esclamó la señora. Si yo no hubiese estado tan enferma, habria hecho otra tentativa; pero supóngase, señor Lay, que la cabeza se me da vuelta de repente, i los oidos me hacen *chiliiin!*

—¿I para dónde se le da vuelta, mi señora?

—Digo que parece así porque quedo a oscuras i...

—Mui bien, señora; yo voi a retirarme...

—¿Le parece a Vd. mui bien, señor Márcos, que quede a oscuras? interrumpió la señora.

—Al contrario, mui mal, *misiá* Manuela. Dije eso, para interrumpir nuestra conversacion, porque tengo urjencia de irme. ¿Indicó a Vd. el señor Gaspari lo que habia que hacer caso que yo no obtuviera nada?

—Sí, señor; me dejó una bebida, de la cual hai que darle dos cucharadas esta noche, ántes de la nueve.

—Mui bien, repitió Lay: éntónces nada tengo que hacer aquí.

—¡Ah, señor don Márcos, no ser Vd. médico de veras!

Lay se sonrió, dió la mano a la señora i se alejó.

.....

En aquella noche, un cuarto de hora despues de haber tomado la bebida, Matilde no pudo resistir un poderoso sueño i se durmió.

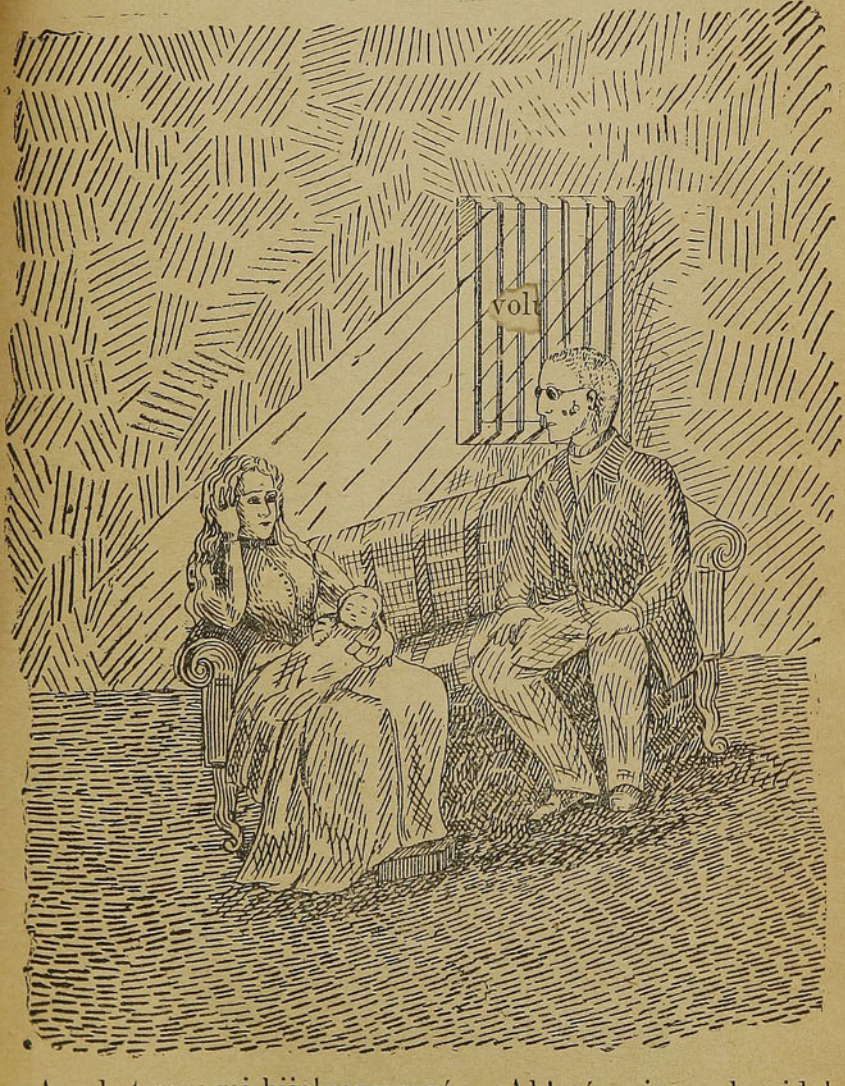
No obstante, como estaba sobresaltada con las amenazas de Gaspari, sostuvo una larga lucha con el sueño, i cuando éste la venció, fué para quedar en una especie de letargo o sopor en que una parte de sus sentidos velaba miéntras la otra cedia a un poder superior a su voluntad.

En este estado, Matilde creyó soñar.

Oyó que corrian el cerrojo de la puerta de su prision, i luego, que álguien con pasos cautelosos se dirijia hácia su lecho. Matilde trató de incorporarse, de hablar, pero no pudo.

Una luz tenue—la luz de la luna que entraba por la ventana—alumbraba a medias el aposento.

Matilde, aun en medio de su sueño, sintió la necesidad



¡Arrebatarme mi hijo! murmuró... ¡Ah! nó, primero la vida!...

de sacudir su sopor, de despertar del todo; pero fueron inútiles sus esfuerzos i lo único que consiguió fué entreabir un tantito sus párpados.

Los pasos seguian acercándose a ella.

Mas que sueño, lo que Matilde sentia era una absoluta postracion de fuerzas, un decaimiento, una debilidad invencible en todos sus miembros.

Llegó por fin el momento en que Matilde creyó ver ante sí el semblante flaco, cadavérico i huesoso de un hombre. Concentrando toda su vida en sus miradas, la jóven vió que aquel hombre comia, con una ansia inesplicable, un gran trozo de pan negro i endurecido.

—Yo debo soñar! se decia la jóven tratando al mismo tiempo de ejercer algun acto de su voluntad sobre la materia. Pero aquella materia estaba inerte, completamente rebelde a la voluntad, i aunque Matilde hizo los esfuerzos mas poderosos, mas desesperados, no consiguió ahuyentar su postracion!

Entónces la jóven sintió una desesperacion profunda, un dolor inmenso, i lágrimas ardientes, mas amargas que el acíbar, brotaron de su corazon.

—¡Yo no duermo! se decia. ¡Nó, no duermo!... Veo a ese hombre horrible inclinado sobre mí!... Siento sus manos heladas como las de un cadáver, que apartan mis brazos del cuerpo de mi hijo!... Sí, de mi hijo!... De mi hijo que llora, que me lo arrebatan i a quien ese hombre se lleva!... Pero nó: esto debe ser una pesadilla!.... ¿Cómo no despierto? cómo no me levanto, cómo no puedo gritar?...

Dios mio!... Ya ese monstruo desaparece, cierra la puerta tras sí i mi hijo llora, llora siempre!....

Matilde sollozaba, gruesas lágrimas corrian por sus mejillas i, de cuando en cuando, un estremecimiento nervioso hacia saltar su cuerpo, que un instante despues volvia a quedar inmóbil.

Lentamente, su llanto fué enjugándose, sus sollozos fueron estinguiéndose, i Matilde cedió al fin a un sueño ajitado pero profundo que apagó por completo su sensibilidad.

A la mañana siguiente despertó, miró a uno i otro lado, buscó a su hijo por todas partes, i como no lo hallase, precipitóse del lecho, corrió a la puerta i, golpeándola con ambas manos, gritó:

—Mi hijo!... Dadme mi hijo!

Su voz resonó de un modo lúgubre en la habitacion, i Matilde, medio loca, perdida, estraviada, quiso suicidarse i azotó la frente contra el marco de la puerta.

La violencia del golpe la hizo caer sin sentidos.

CAPÍTULO LV.

Ilusiones que despierta una carta

PARA llevar de la manera mas ordenada posible nuestra narracion, retrocederemos en ella hasta el momento en que Vicente Jimenez recibió una carta de Melipilla en que le anunciaban que una tia suya se hallaba mui enferma.

Aquella tia era para Vicente su ídolo, todo su amor, por ser el último tronco que quedaba del árbol jenealójico de su familia; así que la noticia de su enfermedad lo desazonó i le hizo abandonar en el acto toda otra ocupacion para dirijirse donde ella.

Por la cercanía de Melipilla a Santiago, creyó Vicente que podria volver en aquella misma noche, o en la maña-

na del dia siguiente; de modo que por esta causa no dijo a José adonde se dirijia.

Sin detenerse un momento en el camino, llegó al pueblo a eso de las diez de la noche, hora en que todos los habitantes se hallaban recojidos.

Cerca a la plaza, en una de esas quintas de campo con gran patio, inmensos corredores, espaciosas bodegas, i bajas pero dilatadas i cómodas habitaciones, moraba la tia de Vicente.

La puerta—una puerta inmensa de dos hojas que jiraban en gruesos maderos metidos en trozos de nogal perforados en el centro—estaba cerrada i sólidamente atrancada.

Vicente se acercó a ella i, con el estremo de las riendas, que terminaban en una gruesa i sólida chicotera, dió quince o veinte sonores golpes.

Oyóse entonces en el interior una jauría de perros que, despues de gruñir, se lanzaron furiosos a la puerta dando tales ladridos, que casi ensordecieron a Vicente.

— Quietos! les dijo el jóven. Calla Alí, Barcino, Mustafá, Tigre,—i siguió la enumeracion de tantos nombres, que habrian bastado para formar un calendario canino.

Algunos de los nombrados conocieron sin duda la voz de Vicente, pues al punto cambiaron sus ladridos por esa especie de jemido con que el intelijente bruto espresa su cariño o su afeccion.

Para no detenernos en descripciones inútiles, diremos tan solo que al cabo de mucho rato i despues de correr i quitar trancas, de hacer callar a media docena de perros que se mantenian hostiles, la puerta se abrió i pudo Vicente penetrar en la casa de su tia.

Como esta señora no está llamada a desempeñar ningun papel en nuestra historia, pasaremos por alto la conversacion que sostuvo con Vicente i diremos únicamente que gozaba de la mejor salud, siendo falsa la noticia de su enfermedad.

— Es raro! dijo Vicente. ¿Qué habran tenido en vista para hacer esto? Quién será ese tal Britos que firma a nombre de Vd.?

—No hai ningun Britos en todo el pueblo, le dijo la señora. Ese nombre es tan supuesto como mi enfermedad.

Despues de esto, la tia regañó al sobrino porque hacia tanto tiempo que no venia a verla, i Vicente se disculpó lo mejor que pudo.

A eso de las once de la noche, el jóven se recojió a la pieza que le habian preparado, resuelto a volver a Santiago apenas amaneciera.

Cerró la puerta, e iba ya a desnudarse, cuando vió una carta que habia sobre el lecho.

Estaba dirijida a él, i al ver la letra del sobrescrito, lanzó una esclamacion de sorpresa.

— Letra de la Rosita B***! esclamó al mismo tiempo que abria la carta con precipitacion.

Acercóse mas a la luz i leyó:

«Mi Vicente, mi chinito idolatrado: ¿perdonas a tu negra, a tu Rosita? Eres tan bueno i yo he sufrido tanto!... ¿No es cierto que me quieres aun?... Oye! Me dicen que cada dia estoi mas hermosa! Yo no lo se: espero que tu me lo digas para creerlo! Si supieras cuánto he llorado! Por ti, solo por ti he llorado! Eras tan cariñoso, tan amable, tan bueno con tu Rosita, con tu negrita! ¿Recuerdas?

Yo tambien era cariñosa, te volvia loco con mis locuras, con mis caricias!... ¿Por qué me dejaste?... Ah! perdóna, fuí yo, si; yo la que te dejé, la que creí en lo que me dijeron, la que fué barbaramente engañada!... Tú lo sabras todo, chinito mío! Yo te lo diré todo, si como lo espero, vienes a dar un abrazo, un beso, a tu antigua amiguita! Vendras, ¿no es cierto? Te quiero tanto!... Seré tan cariñosa, tan... Oh! ¿cómo decírtelo? Ya veras cuando te tenga aquí, a mi lado, en mis brazos! Me vuelvo loca de gusto cuando pienso que mañana, a esta misma hora oiré tu voz, veré tus ojos, sentiré tus brazos que rodean mi cintura! ¿Sabes que estoi mas delgada? Te contaré: en dias pasados se me perdió el cinturon i ceñí mi bata con una de las hermosas ligas que tu me regalaste!... ¿Te acuerdas?.....

Tu temias que me quedaran estrechas... Vendrás..... ¿No es cierto?

«Te espero mañana, a la entrada de la noche, a la hora que en Santiago llegabas como un ladronzuelo en puntillas, i yo te saltaba al cuello i... ¿Te acuerdas? Qué hermoso estarás tú tambien! Pero no me ganarás, nó, caballerito mio!... Te esperaré ataviada como una reina i... no quiero decirte mas!—Hasta mañana, ¿nó?...

TU NEGRA, TU BOTON DE ROSITA.»

«P. D.—¿Te acuerdas que me decias que yo no era Rosa, ni Rosita, sino capullo, boton de miniatura? Pícaro! cómo sabias volverme loca!—Hasta mañana otra vez!

OTRA.—Cuidadito con decir a tu tia que vas a pasar la

noche con tu Rosita! ¿No es cierto que sí?—Hasta mañana otra vez. Ahora sí que no te escribo mas!

OTRA POSTDATA.—Qué loca soi! ¿no es cierto? Pero tú así me adoras! ¿no es cierto otra vez? Mira, mañana despues de la oracion, anda a pasearte a la plaza i yo mandaré una chinita que te traiga de la mano, si quieres, a mi lado!... Cuántas cosas que van a admirarte te voi a contar!... I sobre todo, qué de cariños vas a recibir de tu... ¿cómo te diré? De tu perrita...¿Recuerdas? tambien tú eras el que me decias así!—Hasta mañana, hasta mañana; ¿nó?»

Vicente se quedó un largo rato mirando aquella estraña carta. Sus mejillas se habian encendido, su ceño estaba arrugado i despues de leerla una segunda vez, la arrojó sobre la cama con despecho i comenzó a pasearse con ajitacion.

—La misma de siempre! murmuraba. Loca, traviesa, un diablillo capaz de hacer salir de tino a un santo! ¿Pero por qué está aquí? Qué hace? qué ha hecho?—No es mui difícil adivinar qué ha hecho!... Pícara! la ahogaré entre mis manos!... I dice que está mas hermosa!... Debe ser cierto, si su conducta, si su proceder de este tiempo no la ha marchitado!

Vicente crispó los puños e hizo rechinar los dientes de rabia.

—¿Quién habrá sido su o sus amantes? se preguntó

El nombre de Edmundo pasó fugaz como el rayo por la imajinacion del jóven.

—Nó, se dijo; esa ha sido una calumnia. Rosa me dice que la han engañado, que..... ¿Pero debo creer cuanto ella me diga? ¡Pícara!... Me engañó, me abandonó, cuando yo vivia mas confiado en su amor! ¿Merece que la vea otra vez, que vaya donde ella? Donde ella, que pocas horas ántes de burlarse de mi buena fe, me juraba un amor eterno?

Vicente se paseaba cada vez con mayor ajitacion.

—I siento aquí, aquí aun, en mis labios, los labios de esa mujer! esclamó con cierto despecho. Lo siento como si fuera ayer, en este instante, cuando ella me ha acariciado!.....

La imajinacion recorre, en ciertos momentos de la vida, con una velocidad sorprendente, una larga época, un largo período de la vida; i al mismo tiempo que asiste a todas las escenas, que ve retratarse todas las imájenes, siente renacer intactas todas las emociones. Cual la máquina del fotógrafo que reconcentra en un punto hasta los mas lejanos horizontes sin que se pierda el mas mínimo detalle, así nuestra memoria, que es el espejo del alma, nos presenta en conjunto el pasado.

Vicente no recordó sino que sintió reales i palpitantes las horas de placer que habia pasado cerca de Rosa. Aquellas horas no podrian borrarse jamas de su mente, porque hai emociones tan imperecederas, que acompañan al hombre hasta la tumba, i quién sabe si mas allá....

La carta de Rosa—carta de loca para todo el que no conociese a la que la habia escrito—tenia para Vicente una influencia poderosísima. Aquellas líneas mezcladas de candor i de malicia, de inocencia i relajacion, de vicio i de virtud, de sentimentalismo i de indiferencia; aquel amor

ya ardiente i volcánico como sereno i modesto; ya voluptuoso hasta el delirio, como púdico hasta la exajeracion, retrataban fielmente el carácter de Rosa. I aquel contraste era el mayor encanto que Vicente habia encontrado en su querida. La infidelidad de ésta, el haberlo abandonado sin causa, sin un pretesto siquiera, i sobre todo, la idea de que para él Rosa estaba perdida para siempre, habian podido curarlo en breve del vértigo, de la atraccion que lo arrastraba hácia ella. Pero ahora, que veia alzarse nuevamente la copa que ya él habia saboreado; que miraba cercano el momento en que podia vengar el tiempo perdido, no fué dueño de dominar sus aspiraciones, por mas que horribles celos lo mortificaran.

Le fué imposible dormir.

El deseo de aclarar pronto aquel misterio, de saber cuanto ántes lo que Rosita debia revelarle, era mas que suficiente causa para ahuyentar el sueño de sus párpados.

¿Qué la diria? Le echaria en cara, con jesto i acento desdeñoso, su mal proceder? La anonadaria con su desprecio, con su indiferencia? La castigaria con no ir, con no acudir a la cita?—Nó, eso seria malo: Rosa podia creer que ni aun habia recibido su carta. I a mas, era necesario que él la viese, que él se vengara, despreciándola, del abandono en que ella lo habia dejado.

Su resolucion, empero, dulcificábase poco a poco a medida que recordaba la hermosura de Rosita, i cuando ménos lo advertia, se hallaba pensando en cosas enteramente opuestas al desden e indiferencia que poco ántes se proponia aparentar.

Entregado a estos pensamientos, escitada su imajinacion con mil recuerdos abrasadores, Vicente no pensó ni aun en desnudarse, i apénas la luz del dia penetró en su aposento, salió a recibir en su frente acalorada el fresco aire de la mañana.

A pesar de que conocia el pueblo palmo a palmo, sintió vivísimos deseos de recorrerlo, i salió a pié, con un bastoncillo en la mano, aparentando indiferencia, o mas bien, tratando de engañarse a sí mismo diciéndose que solo le movia el deseo de hacer ejercicio.

—¿Por qué camino tan lijero? se preguntó al notar que marchaba con un paso nada en armonía con su aparente tranquilidad.

Un momento despues se dijo:

—Yo no debia haber salido tan temprano, pues en todas partes están durmiendo aun. ¿I bien? agregó: ¿qué me importa eso a mí? No he salido con el objeto de hacer ejercicio?

I a pesar de estas reflexiones, contrariábale ver las puertas i ventanas cerradas i no encontrar por las calles, o asomados a la puerta, a todos los habitantes de Melipilla.

—¡Esta jente, murmuró despechado, se acuesta a un tiempo con las gallinas i se levanta tarde como un tunante!

A fin de hacer la hora en que el comercio i las casas abren sus puertas, se dirijió a casa de un amigo, que era madrugador.

Cambiadas con él las felicitaciones i cumplidos de estilo, le preguntó:

—¿I qué jente nueva tenemos en Melipilla?

—Ninguna que yo sepa.

—Me ha llamado la atencion, dijo Vicente, una casita pintada de verde, con antepecho i recien refaccionada. ¿Quién vive en ella?

—Aun no se sabe. Esa casita fué alquilada por seis meses, que pagó adelantados el caballero que la tomó, i desde el dia siguiente se contrató trabajadores para asearla i poñerla como la has visto. De eso hace unos ocho dias a lo mas, i ya antes de ayer se ha visto llegar muchos i buenos muebles, tan buenos, que se dice que en Melipilla no los hai iguales.

—¿I todavía no está habitada?

—Anoche han visto llegar un coche que parecia venir de Santiago, i bajaron de él dos o tres señoras. Los vecinos trataron de averiguar el nombre de las que llegaban, pero ni el cochero, ni las sirvientes de la casa quisieron decirlo.

Vicente se despidió al poco rato de su amigo i fué a pasar por la casita pintada de verde.

La puerta estaba ya abierta, i Vicente, aun a riesgo de pasar por mal educado, se detuvo largo rato frente a ella.

Grandes cortinajes de enredaderas i madreselvas sombreaban un ancho corredor con vista al oriente, i un estenso jardin a cuyo estremo se veia un cenador formado por lilas, jazmines i flores de la pasion, daban a la casa un aspecto agradable i seductivo.

Vicente miraba todo aquello sin darse cuenta del por qué le encantaba, cuando salió de la casa una sirviente jóven, mui aseada, que al pasar frente al jóven, lanzóle una provocativa mirada.

—Oye, morenita, le dijo Vicente: ¿quién vive en esta casa?

—La señora Pilar Montealba de Balcarce.

—Ah! es casada!..... murmuró Vicente.

—Yo no lo se, caballero, replicó la muchacha riéndose i alejándose.

Vicente suspiró.

Dos imájenes se presentaron a su mente.

La una dulce, suave, melancólica, grata como la brisa que acaricia nuestra frente al despertar de la aurora: la otra ardiente, voluptuosa, llena de promesas delirantes.

Bajo el cenador habia un sofá de madera.

Vicente vió, por una ilusion de su fantasía, vió, repetimos, una mujer, un ánjel, de semblante pálido i hermoso, con un pequeño niño sentado sobre sus rodillas. Aquella mujer tenia el semblante ovalado, las mejillas blancas i lijeramente sonrosadas, luenga la cabellera, abundante i destrenzada; vestia púdica i sencillamente i una sonrisa inefable entreabria sus labios finos i sonrosados. El niño o niña (en esto no se detuvo la fantasía de Vicente) tendria a lo mas dos años, era blanco i rubio i tenia las manecitas puestas en actitud de rezar.

—Así veria a Matilde si yo.....

Vicente se detuvo i suspiró.

Era un bien, un sueño irrealizable!

De repente, aquel cuadro de sencilla i tierna poesia desapareció de su imajinacion.

El cenador se tapizó de flores: el banco era un lecho de flores.

Sobre aquel lecho habia una mujer: una mujer jóven i

hermosa como el ideal de un adolescente, suelta la cabellera, flotante i vaporoso el traje de linon i muselina de la India, humedos i entreabiertos los labios, desnudos los brazos i sus pequeños pies, medio velados los blancos i redondos senos, provocativa i lánguida la mirada, voluptuosa i llena de molicie la actitud, anhelante la respiracion...

Vicente se alejó.

Aquella fantasia podia realizarse. Bastaba que Rosita pudiera ocupar el cenador.

CAPITULO LVI

Rosita B***

Era la tarde.

Los últimos rayos del sol teñian de rojo algunas tenues nubecillas que un momento ántes se estendian cual vaporosa gasa hácia el mar.

La tarde es triste, monótona, en los pequeños pueblos. Ordinariamente reina un silencio absoluto, solo turbado por la voz del bronce, que convida a los cristianos a la oracion.

Vicente estaba intranquilo, medio sofocado por el calor de la tarde i por la ajitacion de su espíritu. Admirábase que aun brillara como una lámina de plata bruñida, la blanca sábana que corona los Andes i que aun la luz ti-

ñera de púrpura el poniente. ¡Habia sido tan largo el dia para él! Habia formado tantos i tan contradictorios proyectos para aquella noche, que él mismo tenia curiosidad de saber cuál podria realizar!

Pero debemos decirlo en obsequio de la verdad: la resolucion mas firme, mas meditada que habia tomado Vicente, era la de echar en cara a Rosita, con amargura, con duro lenguaje, su negro e ingrato proceder! I si ella se disculpaba, si ella lloraba, si ella le pedia perdon, ¿podria él negárselo? ¡Ver llorar esa criatura a quien hasta entónces no habia visto mas que reir, seria satisfactorio i conmovedor a la vez! ¿Como no perdonarla? Rosita se presentaria a él ruborizada, temblorosa, i tal vez caeria de rodillas a sus piés!...¿Cómo no levantarla? ¡Apareceria tan bella en aquella humilde actitud!...

Vicente se fué a la plaza cuando aun las estrellas no aparecian en la bóveda azúl.

El tiempo marchó lento, perezo, interminable. La oscuridad llegó tardía e incompleta, porque la luna, en su cuarto creciente, iluminó débilmente la tierra.

Vicente se paseaba, iba de un punto a otro, encendia i arrojaba sin concluir sus cigarros. El otras veces agradable i aromático humo sabia a hiel en su paladar.

Efecto del ejercicio, tal vez, su frente ardia: causa de cansancio, sin duda, su corazon palpitaba violentamente.

A medida que avanzaba la noche, los propósitos de Vicente iban haciendose mas humanos. Seria mucho exijir de Rosita que se arrodillara, que pidiera anegada en lágrimas su perdon. No seria bastante ver ruborizadas sus mejillas i tímida la mirada? No bastaria oir trémula su dul-

Matilde no pudo resistir un poderoso sueño i se durmió...

ce i armoniosa voz ¡Despues de todo, él no tenia derecho para ser mui exijente con ella! ¿No era libre? no podia amar a cualquier otro?

Sintió unos lijeros pasos a su espalda i se volvió.

—¿Es Vd. el señor Vicente Jimenez? le preguntó recatadamente una jóven del pueblo que vestia con decencia i limpieza.

—El mismo, amiguita, contestó él sintiendo palpitar con violencia su corazon.

—¿Quiere Vd. ver a la señora...

—Rosita? se anticipó a preguntar Vicente.

—Si, señor.

—Vamos, vamos, dijo Vicente, tratando de marchar por el camino que trajera la jóven.

—Bien, sígame Vd., dijo ella.

—Pobre Rosita! pensó Vicente. I yo que temia que quisiera burlarse de mi! Será necesario que no sea mui tirano con ella!

Un cuarto de hora despues, la sirvienta repetia.

—Sígame Vd!

E iba a entrar a la casa pintada de verde.

Vicente la tomó de un brazo i la detuvo.

—Pero aquí no está Rosita! le dijo. Aquí vive la señora Pilar Montealba de Balcarcel...

—Sígame Vd. no mas, contestó la jóven entrando al pasadizo.

Vicente avanzó maquinalmente.

El aire de aquella morada estaba embalsamado con el perfume de las flores, a esto atribuyó Vicente los fuertes

latidos de su corazon i cierto desvanecimiento que sentia en la cabeza.

La criada abrió una puerta i entró a una espaciosa sala tapizada de azul. Hermosas colgaduras caian desde el techo ocultando los huecos de las puertas i ventanas: mesas con blanco mármol i cargadas de valiosos dijes sostenian dos grndes pebeteros con pié de plata, de cuyo metal era tambien una alta lámpara de aceite que descansaba en la mesa del centro. Las sillas i los sofáes estaban tapizados con rico damasco de seda, i varios cuadros i grandes espejos con marcos de cristal colgaban de las paredes.

Vicente se detuvo. ¿Soñaba? Era a él a quien esperaban en aquella casa?

¿Era Rosita, su Rosita de otro tiempo, la que allí lo esperaba?

—Sígame Vd., dijo la criada por tercera vez, avanzando hácia otra puerta que estaba entornada.

La abrió i Vicente se detuvo en el umbral.

Se hallaba en un gabinete que podia tomarse como pieza de tocador.

Dos lámparas de cristal de roca iluminaban un juego de muebles dorados i tapizados con raso blanco. Dos enormes espejos con lunas de Venecia, colocados el uno frente del otro, reflejaban un peinador lleno de multitud de útiles trabajados con primor. Al frente de una ventana, cuyo marco interior ocultaban albísimas colgaduras de muselina sujetas por una cornisa dorada, habia una Vénus de mármol en la actitud de colocar sobre su ondeante cabellera una corona de flores.

La criada abrió una tercera puerta; pero en vez de entrar, dijo a Vicente:

—¡Pase Vd!

El jóven no se daba cuenta de lo que sentia.

Avanzó hasta la nueva sala, i la sirviente que lo habia conducido, cerró la puerta, sin hacer ruido, tras él.

La sala a que Vicente habia entrado era un dormitorio, cuyo menaje examinó de una sola ojeada.

Desde aquel momento, los muebles, los adornos, los valiosos objetos de lujo i fantasia, no tenian ningun atractivo para él.

Habia visto a Rosita.

Reclinada en un sofá, la jóven dormia o finjia dormir. Desde la puerta, el golpe de vista era espléndido.

Rosa tendria veintidos años, edad en que la hermosura de la mujer participa a la vez de todos los atractivos de los quince años i de la perfeccion que adquieren las formas con un desarrollo acabado. Como hemos dicho, la jóven estaba recostada en un sofá tapizado con damasco rojo, en el que resaltaba, como un ampo de nieve en medio de vívidos arreboles, su vaporoso traje blanco. Su cabellera negra como el ébano, peinada una parte i suelta la otra, caia sobre su garganta despues de hacer resaltar la blancura de sus mejillas, levemente sonrosadas en el centro. Sus párpados, adornados con tupidas i largas pestañas tan negras i lustrosas como su cabello, estaban coronados por dos cejas arqueadas i perfectas i del mismo color de su pelo. Finalmente, sus labios, medio entreabiertos, eran lacres i hacian el efecto de un boton de rosa recien abierto colocado en un trozo de porcelana.

Vicente avanzó hácia la jóven atraido por un poder irresistible, subyugado por una fascinacion inesplicable. A medida que se acercaba, la belleza, los atractivos de Rosa, se hacian mas poderosos, mas remarcables. No eran solo la blancura de la piel, la perfeccion en las formas, lo que constituia la hermosura de Rosita: tenia ese algo que la pluma no sabe traducir i que solo el pincel de un grande artista llega en un momento de inspiracion a copiar.

Hai mujeres cuyas facciones, cuyo cuerpo, cuyo todo no es hermoso ni armónico, i que tienen, sin embargo, un no sé qué de atrayente, de voluptuoso, de arrebatador. Cuando en la mujer, ese *no se qué*—frase que la impotencia de espresar con exactitud lo que queremos, ha hecho tan comun—cuando ese no se qué se reune a la belleza i perfeccion de sus formas i a la simpatia que despierta su carácter dulce i agradable, se le llama entónces *una mujer irresistible.*

A Rosa, en el momento que la presentamos, podia con toda justicia aplicársele ese calificativo. Medio recojida en el sofá, perdido el cuerpo entre una bruma vaporosa de gasa, con uno de sus pequeños piés lijeramente apoyado en la alfombra miéntras el otro descansaba en la tela del sofá, esa postura le daba un aspecto de molicie o de enervante languidez al mismo tiempo que hacia resaltar las ondulantes líneas de sus caderas. Sea por descuido, sea por coquetería, la parte del vestido que debia cubrir el pié que descansaba en el sofá, se habia suspendido lo necesario para dejar ver, no solo un zapatito primoroso, sino tambien el nacimiento de una pierna cuyo vigoroso contorno hacia suponer que Rosita podia, como lo habia escrito a Vicente, usar sus ligas como cinturon. Pero esto

no fué lo que mas encantó a Vicente, lo que le hizo olvidar todos sus propósitos.

El vestido de Rosa le cubria hasta el cuello; pero tenia uno de esos escotes que llaman de *pechera* i que consiste en dejar descubierta la garganta i una parte del pecho por medio de dos hojas del vestido que vienen a juntarse formando un ángulo agudo. A mas, las mangas destinadas a cubrir sus brazos eran tan amplias i la tela tan leve i sutil, que aquellos aparecian semi-velados hasta los hombros i dejaban ver un pequeño hoyuelo en el codo, efecto de la redonda ondulacion de los contornos del brazo. Por la postura que la jóven tenia i merced al escote que hemos descrito, una pequeña parte de sus senos, heridos por la luz de una lámpara colocada al frente, aparecian en toda su tentadora desnudez. Se diria que eran una de esas redondas i nevadas eminencias que se divisa allá en la cumbre de los Andes, cuando las hieren los primeros rayos del sol; o bien la última i tornátil línea que aparece de la luna cúando se sepulta en el mar, entre los blancos e impalpables copos de nubecillas que se levantan al amanecer.

Vicente se estremeció. El corazon queria romperle el pecho con sus latidos.

Fascinado, ebrio de amor, inclinóse i apoyó sus labios en las purpúreas mejillas de la jóven, la cual, dando un grito de sorpresa, saltó del sofá poniéndose acto continuo de pié.

Ya así, pudo verse su talle diminuto, su cuerpo airoso, arrogante i jentil, i sobre todo, sus ojos cuyas negras i brillantes pupilas parecian destinadas a producir un in-

cendio en el corazon de aquellos a quienes se dirijieran.

No bien Rosa se hubo puesto de pié cuando abalanzándose al cuello de Vicente:

—¡Ah!... eras tú! Mi negro, mi regalon! le dijo. Déjame abrazarte! una vez por el susto que me has hecho pasar i mil otras por el tiempo que te he esperado!

I diciendo esto, lo estrechó contra su pecho, cuya morbidez palpó Vicente al contacto del suyo.

—¿I tú no me abrazas? No quieres ya a tu Rosita, a tu perrita linda, a tu negra preciosa? I bien, sentémonos entónces, si te place! Nos hemos abrazado tanto en otra ocasion! ¿No es cierto?

I aquella criatura, que habia dicho todo esto sin dejar tiempo a Vicente para darse cuenta de lo que le sucedia, lo tomó de una mano i lo arrastró al sofá.

—¿Me hallas hermosa? agregó, miéntras tiraba las ampulosas faldas de su vestido sobre el sofá, ántes de sentarse. ¿Te acuerdas que ántes me decías que me vistiera siempre de blanco porque así se veian mas negros mis ojos, mas negros mis cabellos, mas negro, en fin, todo lo negro que tengo? Pero háblame, hombre!... ¿Es que te has puesto mudo desde que no nos vemos? Seria una lástima! pero aun así te amaria, i yo hablaria por tí i por mí. ¿Sabes que estas mas moreno? Pero así te hallo hermoso: el hombre debe ser moreno, de mal jesto, así como estás tú ahora.—¿A ver? enséñame a hacer un enojado....

I diciendo esto, Rosa tomó con ámbas manos el rostro de Vicente i lo atrajo hácia el suyo.

—¿Me dejarás hablar al fin? le dijo éste con voz que se esforzaba por hacer séria.

—Pues si no deseo otra cosa!... Pero no me hables con ese tono ronco que parece trombon... Ya sabes que me gusta una voz dulce, arrulladora...

—Despues de lo sucedido! esclamó Vicente.

—¿A qué recordar lo sucedido? Ya eso pasó. ¿Es que tú eres rencoroso? Yo no te querria así: te tendria miedo i sabes que no gusto de eso. ¿Me quieres?

Rosa se apoyó en un hombro de Vicente hasta tocar con su mejilla una de las del jóven.

—Oh! esclamó. Tus mejillas queman!... ¿Por qué eso?

—Hai situaciones en que la sangre mas helada hierve en las venas, contestó Vicente. ¿Crees que para mí ha podido ser indiferente tu abandono, tu conducta, i el pensar ahora que has dado tu amor a otro?

—¿Mi amor? Te desafio a que me nombres al que lo haya obtenido, contestó Rosa haciendo un picante jesto de desden.

—¿Puede ser cierto eso? interrogó Vicente sintiendo que se dilataba su corazon con una dulce esperanza.

—¿I por qué nó? No llaman amor eso que oprime o dilata el corazon, que hace pensar constantemente en otra persona, que, segun he oido decir, causa melancolía i a veces pone tontas a las que lo sienten? Pues yo no lo he sentido nunca. ¿A qué ponerse triste? Mas vale estar siempre contentos, alegres: ¿no es mucho mejor?

—Pero tú has amado, Rosa! Al ménos, te has dejado amar, has pertenecido a otros hombres!

—I cómo lo dices!... ¿Estas enojado entónces?

—Habla! contesta a lo que te he preguntado! esclamó

Vicente, que a medida que admiraba la hermosura de Rosa, sentia nacer la rabia de los celos.

—¿I qué me has preguntado? Pero no me mires así!... Tú nunca me has mirado de esa manera!...

—¡Te pregunté si has pertenecido a otro hombre!

—Eso es segun, contestó Rosa haciendo una graciosa mueca con los labios.

¿Segun qué? Habla, Rosa!... Te lo pido por favor!

—¡Rosa! repitió la jóven. Ya van dos veces que me dices *Rosa!* ¿Acaso no soi ya tu Rosita, tu negrita? ¡Ya se ve! como he crecido mas...

—No te burles de mis celos, Rosa! esclamó Vicente exasperándose.

—¡De tus celos; ¿Estás loco? Tienes celos tú? Pero mírame, nadie me ha sacado un pedazo! ¿No me encuentras bella? mas bella ahora que ántes? Así me lo dicen ellos...

—Ellos! ¿Quiénes son esos? preguntó Vicente.

—Son tantos!... Mira: ¿contémoslos? Pero nó; ¿de qué serviria?

—Rosa! esclamó Vicente temblando de furor. ¿Te has propuesto volverme loco, matarme, asesinarme, u obligarme a que te asesine?

—Asesinarte!... Tonto! Si no es con cariños, ¿de qué otra manera podria hacerlo? Quieres que principie?

I Rosa, acercándose mas a Vicente, con la mirada lánguida, con una sonrisa provocativa en los labios, trató de echarle los brazos al cuello.

Vicente sintió que su sienes iban a estallar.

—¡Déjame! le dijo, i se apartó bruscamente de su lado comenzando a pasearse por el aposento.

—¡Es necesario que yo no me acerque mas a esta mujer!... se decia: Será mi perdicion!... Edmundo, mas conocedor que yo del corazon humano, me lo dijo un dia, i yo le contesté lo mismo que le contestaria ahora: Mientras esté a su lado, mientras pueda amarla i hacerme amar por ella, no la dejaré ni la podré olvidar jamas!...

Rosa se recostó en un brazo del sofá i, con la punta de uno de sus pies, comenzó a seguir el compas de una cancion que entonó a media voz.

Vicente no podia sacudir la influencia de la hermosura de la jóven, i en cada vuelta le daba miradas a hurtadillas, complaciéndose en admirar aquel tesoro de perfecciones al mismo tiempo que sentia mas profunda la herida que causaban los celos en su corazon.

—¿Vamos entonces a jugar a los enojados? preguntó Rosa al cabo de algunos instantes.

—¡Ah! esclamó Vicente acercándose a ella. Es necesario que hablemos seriamente, Rosa, ya que tu me has llamado, ya que yo he venido!... ¡Díme! ¿Me amas siempre?

—Ahora no, porque estás enojado i yo no quiero verte asi· ¿No me ves a mi? Estoi contenta, pero acabaria por no estarlo, i entonces hariamos un detestable papel. ¿A qué esa cara tan agria?

—Díme, le dijo Vicente con vehemencia: ¿representas algun papel o es realidad lo que veo? Si es un papel estudiado, eso es cruel i yo no lo merezco, porque para tí no he tenido mas que amor. Al contrario: si en tu corazon reina la calma que demuestras, te diré que ahora te me presentas bajo un aspecto que no te conocía. ¡Cómo!... Te admi-

ra, Rosa, que yo sienta celos! Te admira que me presente a ti pidiéndote cuenta del tiempo que has pasado lejos de mí! ¿Acaso no comprendes lo que siento en este instante en mi corazon? No infieres que sufro con el recuerdo de tu conducta pasada i que tengo derecho, antes de caer nuevamente en tus brazos, para asegurar mi dicha del porvenir? Habia podido curarme de tu amor: te alejaste, i cuando te consideré perdida para siempre, suspiré por tí como se suspira por el ser querido que baja a la tumba! Todo estaba concluido entre nosotros sin que quedara mas que el recuerdo grato de unos cuantos dias de ventura. Pero tu apareces, tu me llamas diciéndome que un engaño te hizo abandonarme i que un arrepentimiento te hace volver! La sola lectura de tu carta me trastorna, porque me recuerda una dicha pasada i me da una esperanza para el porvenir! Vengo a tu lado sediento de amor, pero con el corazon preñado de resentimiento: te veo mas hermosa que nunca, mas tentadora, i cuando creia escuchar de tus labios una disculpa, una frase de pesar, me hablas... ¡Ah!... si, tienes la crueldad de hablarme invitándome a que contemos tus amantes!... I bien, Rosa; da principio: yo quiero apurar hasta las heces del caliz que te has propuesto hacerme beber! Yo quiero—¿lo oyes?—yo quiero conocer a esos hombres que me han robado tu amor! .. No temas que quiera vengar en ellos lo que tu me has hecho sufrir, ni que vaya a pedirles cuenta de haber viciado tu alma i tu corazon! Porque tu, Rosa, no eras la que eres hoi: tu carácter era loco, alegre, lijero, un tanto inclinado a la coqueteria; pero tenias alma, tenias pudor. Unos amores desgraciados que pronto olvidaste por otros amores

mas o ménos pasajeros, mas o ménos triviales, te echaron en mis brazos, en donde varias veces me prometiste permanecer eternamente, i en los cuales—te lo diré—creia yo, al ménos, que podrias rejenerarte! Pero de la noche a la mañana me abandonas sin causa, sin motivo, por satisfacer tal vez un capricho de que tu organizacion es ávida, i hoi, por otro capricho sin duda, me llamas a tu lado. ¿Eres acaso como el niño que hoi arroja un juguete i mañana llora por él? Quieres hacer de mi corazon ese juguete? Si tal intentas, por tí misma te lo ruego que no lo hagas i que nos apartemos ahora, en este instante mismo, para no vernos jamas! Mi carácter es calmoso, paciente, sufridor; pero tambien cuando la medida se llena, cuando se escitan i enardecen mis sentimientos, soi terrible, lo conozco. Tú has querido deslumbrarme con tu hermosura: tú, sabiendo el imperio que han ejercido sobre mí tus hechizos, has querido subyugarme con ellos desde el primer momento. Lo has conseguido, Rosa; i si aun permanezco sereno, si aun puedo contemplarte con aparente tranquilidad, es debido a un esfuerzo sobrehumano que hago sobre mí mismo! Pero ántes que caiga a tus pies olvidándolo todo, aceptándolo todo, deseándolo todo, piensa, por Dios, en los resultados. Yo te amo, yo te quiero para mí, pero para mí solo en el porvenir! En tu carta me dices que has llorado! Díme adónde está la huella de esas lágrimas para adorarla: cuál fué el dia en que la vertiste para bendecirlo!... Rosa, mi Rosa de otro tiempo: háblame, contéstame; soi yo el que te pido ahora que me hables, que me digas lo que sientes!

La jóven habia escuchado a Vicente sin pestañear, sin

que el mas lijero jesto revelase lo que pasaba en su interior.

—Oh! continúa, le dijo ella con voz leve, suave, como si no quisiera turbar con el eco una armonia, un ensueño halagador.

—Que continúe! esclamó Vicente admirado.

—Sí, continúa, repitió ella: quiero oirte hablar así!

—¿Luego me amas? Luego es cierto que vuelves a mis brazos para no dejarme jamas? Dílo, preciosa mia; dílo, i harás mi ventura, mi dicha...

Vicente habia caido a los pies de la jóven i estrechaba su talle entre sus brazos.

Rosa parecia vivamente impresionada i por un momento cerró los párpados cual si se hallara poseida de una muelle languidez. Pero de improviso, rechazó a Vicente i lanzó una esclamacion de sorpresa. Luego, acto contínuo, le echó los brazos al cuello i le dijo:

—Te amo! Pero espérame aquí, en este aposento: yo vendré a verte mañana!

I rápida, lijera, dió un beso en la mejilla al jóven i se deslizó de entre sus brazos.

—¿Dónde vas? le preguntó él.

—Volveré mañana: espérame! repitió ella, que llegaba ya a la puerta.

Vicente salvó de un salto la distancia que los separaba.

—Yo quiero que te quedes! le dijo tratando de retenerla.

—Nó! imposible! replicó ella. Tengo que hacerte grandes revelaciones.

—No las necesito; no quiero saber nada!

—El que me escuches será el precio que pongo a mi amor. Hasta mañana: esa cama está preparada para tí!

—¿I tú, Rosa? I tú?

—Volveré.

La jóven desapareció tras de una puerta, lijera como una sílfide, como desaparecen en el espacio las nubecillas con que juguetea la brisa matinal.

CAPÍTULO LVII.

El plan de Rosita

Resumiremos en un solo capítulo las escenas mas o ménos parecidas que tuvieron lugar durante tres dias consecutivos que Vicente permaneció en la casa pintada de verde.

Sin que lo digamos, se comprenderá que nuestro jóven no pudo en aquella noche dormir, i que a no contenerlo la idea de que estaba en una casa cuyo interior no conocia, mas de una vez habria ido a buscar a Rosa para rogarle que le hiciese compañía.

Al amanecer, la puerta de la pieza se abrió i Rosa se presentó a él.

En vez del finísimo, sutil traje de la noche próxima, cargaba una severa bata de lana que cubria su garganta i sus brazos i dejaba ver apénas la punta de sus pequeños piés.

Era aquel un traje de mañana, holgado, amplio, recojido a la cintura por un grueso cordon de seda, i que puesto sobre las escasas ropas que suele usar la mujer recien abandona el lecho, dejaba ver los llenos contornos del elegante cuerpo de la jóven.

Rosa, vestida asi, parecia tan voluptuosa i provocativa como en la noche anterior.

Vicente se precipitó a ella i trató de recibirla en sus brazos, pero Rosa le tendió la mano diciéndole:

—Eh! amiguito; eso queda para cuando uno ha pasado mucho tiempo sin ver a sus amigos.

—¿No me concedes siquiera ese placer? le preguntó Vicente con tono quejoso.

—Cada cosa a su tiempo. ¿Es que ya no eres metódico, serio, arreglado i sometido siempre a un réjimen? Pues aquí, amiguito, vivirá Vd. sujeto a un plan, digo si Vd. quiere vivir con Rosita; pues si no lo quiere, si sus otros amores lo llaman a Santiago, la puerta está abierta de par en par.

Rosa dijo lo que antecede, sonriéndose, como chanceándose, i se dirijió al mismo sofá que habia ocupado en la noche, llevando de la mano a Vicente.

—¿I cual será ese plan? preguntó éste, devorando con su mirada el bello semblante de Rosa.

—A propósito! esclamó ella: ya hemos olvidado la primera parte, que consiste en saludarnos lo mas afectuosa-

mente posible, informándonos de cómo hemos pasado la noche—¿Cómo la ha pasado Vd. señor Jimenez?

—No te chancees Rosita! La noche para mi ha sido un infierno. Pasarla solo estando tú serca de mí!

—Ese es un consuelo, amiguito mio. ¿Habrias preferido estar léjos de mi, léjos de tu Rosita que tanto te ama?

—El *posesivo* creo que no biene mui bien por ahora, replicó Vicente. ¿Acaso eres mia?

—¿I de quien si nó?

Vicente suspiró. Los celos principiaban a atormentarlo nuevamente.

—No podré nombrarlo, dijo, puesto que tú no has querido decirme lo que me prometiste en tu carta.

—¿I quieres saber tú eso? Para qué? No dices que te hace mal? Me obligarias a trabajar mucho! ¿Podré yo recordar todo, todo, enteramente todo?... Oh! seria mui largo eso; i luego tú, fruncirias el ceño i me mirarias asi... a lo tigre, i no a lo enamorado. Dejemos eso! ¿Si? Yo te quiero: ¿para qué mas?

—I bien! la prueba de ese cariño, la prueba de ese amor, esclamó Vicente sofocando sus celos por una emocion superior.

—La prueba! repitió Rosa. ¿Que te has vuelto juez que todo quieres reducirlo a prueba? Bien podias dispensar de ese trámite a tu Rosita i creerle un poco bajo su palabra. ¿Me has sorprendido alguna vez en una mentirilla?—Nunca! ¿no es cierto? Vamos, voi a decirte mi plan, nuestro plan de vida. Porque tú viviras aquí conmigo un tiempo largo. ¿No?—Unos dias siquera!...¿Tampoco?

—A ver ese plan dijo Vicente.

—A *oir* ese plan, dirás:—Bien, por la mañana, mui temprano, vendré yo todos los dias aquí: si ya estás vestido, entraré a darte los dias acto continuo; si no, golpeo la puerta i espero que te vistas para hacerlo. ¿Te acomoda?

—No mucho: podria ahorrarse esa ceremonia.

—Pero si principiamos por ahorrar la primera, tendremos que suprimir otras muchas. Oye: despues que nos saludemos, tomados de las manos dirijiremos nuestros pasos a un lindo senador que hai al fin del jardin ¿No lo has visto? Por la mañana i en la noche es delicioso! Una vez alli, mi camarera—porque has de saber que tengo camareras...

—Ah! si, veo que tienes muchas cosas que no tenias conmigo, dijo Vicente en tono de reproche.

—Qué quieres! cuestion de dinero! Prosigo: ya en el cenador, mi camarera nos servirá el desayuno i, mientras llega la hora del almuerzo, conversaremos, ¿No te parece? Tendremos tantas cosas que contarnos desde que no nos veíamos! ¿Cuánto tiempo hará de eso? Recuerdas tú? Yo lo he olvidado!... Despues de almorzar, te vendras a tus piezas i yo me iré a las mias. Tú podras leer, dormir, i yo.... Quién sabe lo que haré! Pero el objeto es que no pasemos juntos esas horas de calor. ¿Te acuerdas que en otro tiempo nunca estábamos alegres a esa hora?—Continúo mi plan: cuando se acerque la hora de la comida, iremos a pasear por el jardin, i el señor Jimenez tendrá derecho a colocar algunas flores en la cabellera de su Rosita. Tambien podrá ponerle un clavel por aquí... mas aba-

jo de la garganta. ¿Te acuerdas que siempre tratabas de robarte las flores que yo ponia en ese lugar?

Rosa se detuvo un momento.

—¿En qué estábamos? preguntó.

—En que yo podria colocar un clavel aquí...

—Basta! dijo Rosa deteniendo la mano con que Vicente iba a señalar el punto en que podria colocar un clavel. Basta! ya lo recuerdo. Despues del paseo iremos a comer; despues de comer a pasear nuevamente por el jardin, i en seguida a conversar al cenador. ¿Te agrada? En el cenador estaremos hasta antes que se oscurezca; no me gusta eso de estar a oscuras con un amiguito a quien estimo. I bien: del cenador nos vendremos aquí otra vez, i si no tenemos nada que conversar, tú me leéras unas preciosas novelitas que me regalaron i que aun no conozco ni por los títulos. ¿Está bien asi?—Voi a terminar: despues de la lectura, tomaremos algo, a eleccion, conversaremos media hora i nos iremos cada uno a su pieza para principiar al siguiente dia con saludarnos i todo lo demas. ¿Qué te parece mi distribucion?

Vicente quiso agregar algo al plan de Rosa; pero esta lo desechó: al menos, le dijo, por ahora; i aunque el jóven quiso hacer triunfar su opinion, ella se mantuvo inexorable.

Ya en el cenador algunos momentos despues, Rosa dijo:

—Voi a contarte una historia, ¿Quiéres?

—Debo querer todo lo que tú quieras i nada mas, contestó Vicente con tono despechado.

—¿I qué es malo lo que yo quiero?

—Pero podia ser mejor; tú quieres martirizarme!

—Voi a principiar mi historia, dijo Rosa, sin atender las quejas del jóven.

Erase una niña a quien pondremos por nombre Rosita. Segun los entendidos, es decir, segun los hombres, era bastante buena moza i no tenia mas de quince años. Huérfana desde sus primeros años, vivia al lado de una tia tan vieja como regañona, i tan exijente como castigadora, i con esto se dice todo. Rosita se aburria de aquella vida, que no era de las mejores, i de la noche a la mañana alguien le ofreció, en vez de regaños palabras tiernas; i en vez de castigos, cariños. A mas, ese alguien era jóven i, segun creo no mui feo. Parece inútil decir que Rosita aceptó, i que durante muchos meses—no sé cuantos—su vida fué una verdadera maravilla. El jóven tomó a lo serio el agradar a su compañerita i ésta, que deseaba vengarse de las privaciones que habia pasado con su tia, no puso obstáculos en ser festejada. Creo que en unos pocos meses se gastaron unos cuantos miles de pesos, i como el galan no tenia las minas de Potosí, llegó un dia con la cara mui triste a comunicar a su dama que el monte de azúcar se habia derretido e iba a elevarse uno que se parecia al Calvario. Rosita no tenia pies para andar en la calle de la amargura, i aunque sintió un poco dejar a su primer compañerito, quiso participar de las comodidades que disfrutaba un segundo. De esta manera, abandonando unas veces, abandonada otras, Rosita formó una cadena, no mui larga, hasta el dia en que sucedió lo siguiente:

Era la noche de Navidad: la Alameda de Santiago parecia un paraiso con respecto a flores i a frutas, pero no

así con respecto a los habitantes, pues mas bien podria decirse que aquello era una Babilonia. Rosita se hallaba bajo una carpa, ocupada en comer bizcochos (a los que ha sido mui aficionada) miéntras su compañero se habia empeñado en agotar la existencia de un barril de no sé qué clase de licor. Ademas, la amistad de Rosita con él no era ya de las mas cordiales: hacia tiempo que uno i otro se encontraban algunos defectos i se lo decian con la mayor franqueza del mundo.

Rosita, en aquella noche, quiso oponerse a que su compañero escanciara el barril, i él, que no era mui condescendiente, quiso llevar adelante su capricho. Formóse entónces un altercado que no tenia nada de cariñoso i que casi habia terminado con la ruptura de una silla en la cabeza de Rosita, o bien por quedar contusa la cabeza de ésta a efecto de un silletazo asestado por su dulce compañero.

—Veamos, agregó la jóven: Vd., señor Jimenez, debe saber un poco la continuacion de esa historia. ¿No es cierto? Sígala i yo la terminaré.

—No recordemos mas bien el pasado! dijo Vicente.

—¿Por qué? lo pasado pasado, i sea malo o bueno, ningun bien ni mal nos trae. ¿No es cierto? Vamos, refiéreme la continuacion de la historia.

—La continuacion, dijo Vicente, es que yo intervine en tu favor, i...

—Bah! no sabes tú dar interes a la narracion. Oye: bajo la misma carpa, i por una casualidad tal vez, en la misma mesa que Rosita, habia un jóven alto, bien formado, de arrogante presencia i de caracter osado. Digo *de*

carácter osado porque desde que llegó comenzó a manifestar a Rosita—con sus miradas primero i con sus palabras en seguida—que no le era indiferente. La jóven, por su parte, que, dicho sea de paso, nunca le ha desagrado que la encuentren hermosa i que se lo digan, alentó con sus sonrisas los avances de su compañero de mesa; así que cuando éste la vió amenazada por la silla del bebedor, se precipitó a él i, como era mas fuerte, mas robusto i no tenia mala la cabeza, se la quitó, i en la lucha lo arrojó por el suelo con gran contento de Rosita. Para mayor desgracia del primero, el dueño de la carpa llamó a la policía i lo mandó a la cárcel. ¿Te acuerdas que tú ayudaste un poco tambien? Despues de eso, la amistad entre Rosita B*** i don Vicente Jimenez marchó viento en popa.

—Desde aquí, continuó la jóven, es necesario contar la historia con un poco de mas detencion; i como la época por que va a pasar Rosita es la mas séria de su vida, la narracion será tambien mas formal. Por lo tanto, amiguito, i como ahora no estoi para cosas sérias, la dejaremos para despues.

.....

La tarde i la noche pasaron sin que Rosa volviera a hacer mencion de su historia. Vicente, por su parte, habia cambiado completamente de deseos i solo se ocupaba en perseguir la realizacion del último que habia concebido, importándole ya bien poco satisfacer los primeros.

Sin embargo, i a pesar de los encantos de Rosa i de las esperanzas ya cercanas, ya distantes que ésta le daba, Vicente habló en la tarde de ese dia de volver a Santiago

—Puedes volver cuando gustes, le dijo la jóven. ¿Tengo yo derecho para retenerte a mi lado?

El tono de resentimiento con que Rosa pronunció estas palabras, hizo decir a Vicente:

—¿Te desagrada entónces que me aleje de tí? Me quieres?

—Ya te lo he dicho mil veces: ¿a qué repetirlo eternamente? Se creeria que somos embusteros.

—Me estraña, Rosita, tu conducta. Dices que me quieres: así me lo manifiestas con tus palabras, i sin embargo, te complaces en contrariarme, ¿Por qué esto?

—Porque alguna vez, amiguito mio, he de convertir en hecho una fantasia; porque alguna vez he de gozar un dia, dos, seis, del placer de ver a una persona querida a mi lado, sin matar ese placer, sin destruir esa fantasia, sin agotar esa emocion que se esperimenta con la lucha i ese orgullo que da el vencerse a sí mismo. Por eso es que no he caido loca i delirante en tus brazos, i tambien porque me he propuesto no pertenecerte hasta que esté convencida de tu amor. ¿Crees que tu Rosita no quiere asegurar tu cariño? A mas—te lo diré con franqueza—quiero que sepas primero quien me arrancó de tu lado, quien me arrebató de tus brazos. Le odio i quiero que tú le odies tambien. ¿I sabes la razon mas poderosa de todas? Porque temo que vayas a preferir al amigo i no a tu Rosita!

—¡Al amigo! repitió Vicente palideciendo al recordar el anónimo que habia recibido algunas noches ántes. ¿Qué amigo es ese, Rosita? Dime su nombre por favor!...

—Aun nó: ¿I si tú no me crees? i si me abandonas por él? ¡Eso seria mui sensible para tu Rosita!...

Este diálogo no pasó mas adelante.

Vicente se quedó la segunda noche deseoso de conocer lo que Rosa debia contarle, i tambien porque alimentaba una secreta esperanza de que la jóven suspendiera su inflexible determinacion.

Esto último no sucedió, i respecto a lo primero, hé aquí lo que supo Vicente.

—Voi a contarte con toda seriedad, le dijo Rosa, esta parte de mi vida, porque a la verdad no puede ser contada de otra manera. Tú recordarás aquella época en que, por una mala especulacion, tus intereses se vieron sériamente comprometidos. Recuerdas? Llegaste un dia mui triste i me dijiste: Rosita, estoi casi arruinado i no me es posible continuar dándote las mismas comodidades que te he dado hasta hoi. Te amo; haré los mayores sacrificios porque no te falte lo necesario; pero, sí, no habrá en adelante para lo supérfluo. ¿Serias tan buena que quisieses someterte a las privaciones que te impondrá mi pobreza? —«Contigo pan i cebolla» te contesté yo dándote un abrazo. ¿No recuerdas? Pues bien: la promesa que te hice era sincera i la habria cumplido hasta el último dia de mi vida. Te queria bastante: tu carácter calmoso, serio, así..... medio bonachon... ¿no es cierto?

—Continúa, continúa, le dijo Vicente.

—Bien: tu carácter me agradaba infinito, tal vez por lo mismo que es enteramente opuesto al mio, i habria vivido contigo toda la vida sin querer otro dueño. Porque yo, amiguito—tú lo habrás conocido,—no soi mala por inclinacion, i teniendo para mis gastillos—tú lo sabes—unos doscientos o trescientos pesos mensuales, puedo ser juiciosa

como la que mas. Tú me dirás que soi así... medio coqueta... medio lijera; ¡que quieres! los hombres tienen la culpa! Le dicen tanto a una que es bonita, que vale un tesoro, del cual ellos se muestran tan codiciosos, que al fin, para no ser avaras, es necesario darles una parte...

Rosita se interrumpió.

—¿Qué decia? preguntó al cabo de un instante.

Vicente se mordió los labios con despecho.

—Decias, contestó él, lo que precisamente me ha de mortificar mas.

—¿Qué cosa? No lo recuerdo ya!

—Hablabas de tu induljencia para con los hombres, de tu...

—Ah! ¿I eso te mortifica? Si no hubiera sido así, ¿nos conoceríamos los dos? ¡Tonto! Enójate con el sol porque a todos alumbra! Pero no era eso lo que te preguntaba: yo decia otra cosa ántes. ¿No recuerdas?

—Me haces perder la cabeza con los celos.

—No te curarás nunca de esa enfermedad. Pues bien, aunque con privaciones, yo estaba contenta i ni por la mente me habia pasado la idea de dejarte; pero un dia, a la hora en que tú no estabas, llegó a mi casita un amigo con el cual tenia mui poca confianza. No recuerdo lo que hablamos al principio, pero sí recuerdo que él me hizo estas preguntas:

—¿Estuvo Vicente aquí, anoche?

Se sonrió de una manera maliciosa cuando le dije que nó.

—¿Cree Vd., le pregunté, que yo no digo la verdad?

—Al contrario, me dijo él; me sonrio porque veo confirmada una sospecha.

Traté de averiguar algo mas, pero él no quiso decirme ni una palabra. Luego, hablando de otras cosas, no se cómo rodó la conversacion, que él dijo:

—Desde que Vicente ha cambiado de fortuna, su tiempo es escaso para gozar.

—Para sufrir, dirá Vd., le contesté yo, pues la pobreza creo que no hace gozar mucho que digamos.

—¡Cómo pobreza! me dijo él. ¿No sabe Vd. entónces que hace como un mes que Vicente, no solo recuperó su fortuna, sino que la ha doblado o triplicado?

—Lo que sé, le contesté, un tanto herida por el sentimiento, es que está siempre pobre.

Se sonrió nuevamente, como quien dice: «¡Pobre chica! cómo la engaña el pícaro!»

—Creo inútil, mi buen amiguito, decirte que en aquella visita el amigo de quien hablo se mostró mui galan, me dijo que era mui linda i que yo merecia un trono. Segun él, mi garganta, que dijo era preciosa, debia estar rodeada siempre de perlas i de diamantes; mis dedos cubiertos de anillos; mis brazos con brazaletes, i no debia usar mas que la seda i los mas finos adornos para mis trajes. Se admiró mucho de que yo viviera como oculta i retirada cuando debia pasearme entre las mas elegantes damas de Santiago, a quienes haria rabiar con mi hermosura deslumbradora. Por fin, encontró inesplicable tu conducta de que jamas salieras conmigo, cuando debias tener orgullo en lucir una criatura tan bella como yo. ¿Qué mas te diré? Soñé aquella noche con mil maravillas, i al dia siguiente, cuando

tu llegaste, me encontraste, por primera vez, sin humor para reir ni para cantar. Debes recordarlo: te preguntó como marchaban tus negocios, i cuando me dijiste que mal, hice un jesto que tu notaste. ¿Te acuerdas? Te acercaste a mi i, con un tono un tanto conmovido: me dijiste: ¡Pobre Rosita! Ya comienzas a aburrirte, talvez de la pobreza a que te he sometido; pero ten paciencia, creo que pronto cambiaremos de situacion!—Yo te creí en aquel momento; pero luego se me ocurrió otra idea. ¡Llévame a pasear, te dije, i no nos acordemos de la pobreza! ¿Recuerdas? Tu te negaste i yo no insistí. Por primera vez, aquel dia nos apartamos sin darnos el abrazo de costumbre. Oye, Vicente, i acuérdate siempre de esta reflexion, que aunque hecha por una cabeza alocada como la mia, es mas seria de lo que tu crees. Una mujer—i una mujer a quien se le ha dicho muchas veces que es bonita, i a quien se le quiere mucho, i a quien, por fin, se le dicen todas esas cosas que tanto agradan i enorgullecen—no puede concebir, no puede perdonar que se le ame en la soledad i se le desprecie en público. Yo no te perdoné aquel dia tu negativa i este fué el principio de nuestra separacion. Dos dias despues, el amigo volvió, i esta vez me dijo ya terminantemente, que si él ocupara tu lugar, me presentaria en todas partes con orgullo, i pasearíamos, i tendriamos buena casa, gran menaje, buena mesa i cada ocho dias, si no todos, dariamos soberbios bailes, a los que él convidaria a todos sus amigos. ¡Qué vida tan deliciosa seria la nuestra!..... Iriamos a Valparaiso como quien dice a pasar la luna de miel; todos los dias iriamos a bordo, i los mejores plátanos, las mas hermosas chirimoyas, las mas sazonadas lúcumas, serian

llevadas para mi por los cargadores del puerto. Luego, qué profusion de joyas! qué variedad i riqueza de trajes!..... Oh! aquello seria un paraiso en que él seria el Adan i yo la Eva, pero un Adan i una Eva vestidos!

En esa noche, amiguito, soñé dos veces con esa vida; pero en mi último sueño te vi mui triste a mi lado i esto me hizo desechar esa idea como desechaba los malos pensamientos. Pero en el dia que siguió a esa noche, tu no fuiste a verme, i en cambio fué el nuevo amigo. Que persuavisas, que elocuentes encontraba sus palabras! Sobre todo, sabe dar tal acento de verdad a sus frases, tal conviccion a sus argumentos, que me dejó mui conmovida.

Dos o tres dias despues volvió, i entonces dió el último golpe a mis vacilaciones diciéndome que tu estabas enamorado de otra mujer i por eso poco a poco me ibas abandonando i dejándome de la mano. ¿Recuerdas que tu en esos dias ibas poco a verme porque estabas ocupado, segun me dijiste, en hacer un arreglo con tus acreedores? El nuevo amigo me dijo que todo eso era una fábula i que lo único cierto era lo que él me aseveraba. Hazme justicia, amiguito; yo tambien tuve un poco de celos, pues él llegó a nombrarme la señorita a quien tu amabas i con quien en pocos dias mas debias casarte.

—¿Quién era esa señorita? preguntó Vicente.

—Aguarda: no se si me acuerde..... Ah! ya se: Matilde del Valle.

—Matilde del Valle! esclamó el jóven con profunda admiracion. Pero si ni aun la conocia en ese tiempo!..... ¿Quién es ese amigo, Rosita? Díme pronto su nombre!

—Aun nó. ¿Para qué? Dime: ¿I ahora conoces a esa niña Matilde del Valle?

Si, contestó Vicente.

—¿I es cierto que la quieres, que te vas a casar con ella? Dímelo: te prometo que no me enojo i que no tendré celos.

Vicente se puso mui colorado i murmuró:

—Casarme con ella!..... ¿Quién puede decir semejante cosa?

—¿Quién? ya te lo he dicho.

Eso es una calumnia! esclamó Vicente.

—Te lo creo; pero entónces yo no creí lo mismo, i para vengarme un poco de tu frialdad, seguí a mi nuevo amigo, que de tal, pasó a ser mi amiguito.

—Por ahora, agregó Rosa, daremos por terminada nuestra conversacion i nos despediremos hasta mañana.

—Dime el nombre de ese infame!..... Te lo suplico, Rosa!

—Hasta mañana!..... ¿Me quieres?— Sí? entonces se conformará, amiguito, con mi voluntad.—Adios. Te adoro!.....

I Rosa, lijera, juguetona, dió una leve i cariñosa palmada en la frente del jóven i se alejó dejándolo lleno de furor.

De esta manera, mas o menos, pasaron varios dias.

Vicente estaba en esa situacion de espíritu en que todas nuestras facultades se exaltan en fuerza de aspiraciones contrariadas o de deseos no satisfechos.

Rosa no habia querido revelar el nombre del que habia sucedido a Vicente en su corazon.

—Mas tarde! le decia siempre.

I en vez de apagar el incendio que Vicente sentia en

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

su pecho desde el primer momento en que habia vuelto a su lado, aquella criatura trataba de aumentarlo, presentándose cada dia mas insinuante, mas provocativa i al mismo tiempo mas esquiva i mas enamorada.

Las escenas que habian tenido lugar entre ella i Vicente, escenas de desesperacion, de locura por parte de él, no puede describirlas la pluma, pero sí puede concebirlas la fantástica imajinacion del lector. Baste con decir de nuestra parte, que Vicente, tan calmoso, tan apacible de suyo, estubo a punto, en varias ocasiones, de matar a Rosa i de darse la muerte a sí mismo.

El manso cordero se habia convertido en terrible leon.

Rosa exaltaba su imajinacion i sus celos, ora tentándolo con su conducta incitante, ora aguijoneando su rabia con recuerdos de sus otros amores.

Una tarde, Rosa rocibió un billetito concebido en estos términos:

«Ya es tiempo: debe llegar a ésta ántes de las ocho de la noche.

†. †. †.»

CAPITULO LVIII

El ajente i el Tirano

El dia en que Rosa recibió el billete que hemos copiado, aun no llega para los demas personajes de nuestra escena; así, retrocederemos a la noche en que Valentin se dirijió a las Higueras i don Lorenzo Gaspari estuvo en la calle de la Maestranza.

Como se recordará, José i Venancio, sirviente uno i mayordomo el otro de Edmundo, se adelantaron a Valentin i se dirijieron tambien al fundo de las Higueras, en cuyos alrededores debian esperarlo.

Don Lorenzo Gaspari recibió aviso de que Valentin, burlando la vijilancia de sus guardianes, se dirijia a las Higueras. I ántes le habian dicho que José, acompañado de un campesino, habia tomado el mismo camino.

—¡No hai que dudarlo! se dijo Gaspari; ese demonio de jóven ha descifrado mi carta!..... No queda mas recurso que apelar a don Leonídas para que éste lo haga perseguir.

El ajente de negocios se dirijió apresuradamente a la calle de las Monjitas.

Miéntras llega, diremos lo que habia sucedido en casa del Tirano.

Ya hemos visto que éste, medio loco al ver caer desfallecida a su hija, a quien jamas le habia tocado un cabello, se precipitó a sus piezas en busca de un arma para suicidarse.

Inter tanto, a los gritos de Griselda i de don Leonídas habian acudido las sirvientes, i al ver a la jóven por el suelo e inmóbil i con los labios ensangrentados, formaron una bulla indescriptible.

—Agua! Traigan agua! gritaba una.

—¿Dónde está el patron? Que le avisen al patron! decia otra.

—Está muerta! Llamen a la policía! Que venga la policía! esclamó una tercera.

Don Leonídas oyó que iban a llamar a la policía, i en medio de su desolamiento, de su confusion, comprendió los resultados que podia tener para la misma Griselda aquel hecho. A mas, se le ocurrió que el golpe no habia sido tan recio que pudiera causarle la muerte. Esto le consoló i volvió un tanto la calma a su espíritu.

Corrió al lado de su hija, se hincó a su lado, i viendo que sus sienes latian:

—Pronto! esclamó con voz angustiada. Trasladémosla a su cama!

Las sirvientes asieron a la jóven de los piés unas, de la cintura otras, i don Leonídas, colocando su brazo derecho de manera que sirviera a Griselda como de almohada, la tomó con el izquierdo tratando en lo posible de no m o lestarla.

—Despacito! despacito!... decia a las sirvientes.

Ya en el lecho la jóven, el Tirano dijo a las muchachas:

—Corran, hijas mias!... Corran a buscar un médico!....

Las sirvientes, sorprendidas con aquel tratamiento benigno que jamas habian oido de los labios del Tirano, se apresuraron a salir.

—Agua! agregó el Tirano; tráiganme agua! Pero viendo que ninguna habia oido su mandato, fué él mismo a un lavatorio i, armándose de un paño i de un vaso, volvió al lado de Griselda.

Don Leonidas estaba pálido como un cadáver: gruesas gotas de sudor se desprendian de su frente lívida i contraida por el dolor.

Temblándole las manos, lleno de cruel angustia el corazon, humedeció una punta del paño en el agua i limpió con él las gotas de sangre que enrojecian los labios de la jóven. Cuando hubo visto que aquellos labios, un momento ántes sonrosados i sonrientes, estaban ahora amoratados e hinchados; cuando vió que de ellos manaba una gota de sangre como mana una lágrima de la vid herida por el podador, don Leonidas, el hombre que hacia escarnio del ajeno dolor, que se reia de las lágrimas que hacia verter;

el Tirano, en fin, que nunca se conmovia, que no tenia idea de lo que era sufrir, sintió saltar a sus pupilas gruesas i amargas lágrimas de pesar. Luego, viendo que Griselda permanecia inmóbil, i pareciéndole que su respiracion disminuia poco a poco, se inclinó i, después de contemplarla un instante con delirio, la remeció dulcemente diciéndola:

—Griselda!.... Griselda!.... Hijita mia, despierta por Dios!.... ¿Griselda? No me oyes?.... Vuelve en tí!..... Soi yo, tu padre que te adora!... Pero vuelve en tí, por Dios!... Ya no lo haré mas!... Mira, ¿ves como lloro?..... Oyeme, pues!... Soi yo; yo, hijita!....

I al decir esto, la acariciaba besando su frente i sus mejillas con actitud i jesto delirante. Como viese que la jóven no daba muestras de vida, se apartó un tanto de ella i murmuró:

—I los médicos no vienen!... I me han dejado solo!...

Quiso salir a llamar, a pedir socorro; pero el temor de dejar un momento sola a Griselda la hizo volver a su lado.

Sintió entónces una angustia terrible, una afliccion matadora; i no atraviéndose a acariciar nuevamente a su hija, porque el remordimiento torturaba su corazon, cayó de rodillas i, elevando las manos i la vista al cielo, esclamó:

—Dios mio!... Salva a mi hija i vestiré toda la vida de sayal!...

El amor de padre conmovia las entrañas de la fiera!

El temor de perder a la hija hacia que aquellos labios cambiaran en plegarias las maldiciones que ántes dirijieran al cielo!

El Tirano tuvo una súbita inspiracion.

Levantóse, tomó el vaso de agua i roció con ella el semblante de su hija.

Griselda se estremeció i, abriendo lentamente los párpados, dió una mirada vaga a su alrededor.

—Oh! gracias, Dios mio! esclamó don Leonidas.

I dejando el vaso, se precipitó a los brazos de Griselda diciéndole:

—Perdóname, hijita!..... Ya no lo haré mas!.....

¿Te sientes mejor?..... Te he hecho mucho daño? Dí me que me perdonas! ¿Ves como lloro? Es de pesar, es de dolor por lo que hice contigo!..... Soi un monstruo, ¿no es cierto?... Pero tú eres un ánjel i vas a perdonarme!....

Griselda pareció no darse cuenta, por el momento de lo que le habia sucedido; pero un instante despues, lo recordó todo i, cubriéndose la cara con las manos, rompió en amarguísimo llanto.

Fué entónces cuando el Tirano agotó las frases mas tiernas i conmovedoras; fué entónces cuando lloró tambien con mas amargura que el niño que llora por su madre a quien ha perdido.

—Déjame! le dijo al fin Griselda. Déjame llorar sola! Si viviera mi madre, ella no me trataria así!...

Don Leonídas apeló a todos los estremos, a cuantas reflexiones le sujirió su mente; confesó que era un bárbaro, un hombre que no merecia ser perdonado; prometió que en adelante no tendria mas voluntad que la de ella, no querria otra cosa que lo que ella quisiera, i logró al fin que Griselda lo perdonara.

Un médico que llegó despues i a quien se le dijo que

aquello era efecto de un golpe, ordenó que le aplicaran paños de agua fria a los labios como único medicamento.

Griselda quiso quedar sola i don Leonidas se fué a pasear a su escritorio.

—He sido un bárbaro! se decia el Tirano. ¿Acaso no la he dado gusto siempre en todo? No satisfago sus menores caprichos, i eso forma mi delicia, todo mi placer? Por qué entónces he querido privarla hoi del gusto de regalar sus alhajas? Vamos! Debo confesar que he obrado con demasiada lijereza i mui brutalmente! Sobre todo, que la niña tiene el mismo corazon de su madre, i que así como yo no esperimento el menor gusto en dar mi trabajo a los holgazanes i tramposos, así ella puede tener el gusto contrario!

Don Leonídas hallábase, pues, mui impresionado, cuando vinieron a decirle que don Lorenzo Gaspari lo necesitaba.

—No estoi para nadie en casa! contestó el tirano!

—Es que ya se le ha dicho que Vd. está, le dijo la sirviente; i ademas, el caballero dice que necesita a Vd. con mucha urjencia!

—Que entre entónces!

El ajente de negocios saludó al Tirano i, sin mas ceremonia, le dijo:

—Valentin Castro ha abandonado la ciudad i es necesario reclamar el auxilio de la fuerza pública para traerlo prisionero.

—Se hará mañana, contestó don Leonídas.

—Es necesario hacerlo en el acto, replicó Gaspari. Mañana seria tarde para el objeto que persigo.

—Yo no podré hacerlo ahora, señor don Lorenzo. No tengo tiempo, ni voluntad, ni cabeza para nada!

—Cómo no tiene Vd. tiempo ni voluntad!...

—Sí, no tengo tiempo: mi hija está enferma, mui enferma, i primero ella que todas las cobranzas del mundo! Así, señor Gaspari, si Vd. quiere, llévese su documento: yo no puedo hacer nada!

El ajente conocia por esperiencia que el Tirano era inflexible, i viéndolo pálido, hosco, irritado, creyó mas prudente no insistir.

—Bien, le dijo. Déme Vd. el documento, i sobre todo la órden de arraigo i la de prision si ya las tiene en su poder.

—Esa última nó, dijo el cobrador, pero estará mañana a primera hora. Aquí tiene Vd. el documento i la órden de arraigo. Que lo pase Vd. bien, señor Gaspari!

I sin esperar mas, volvióle la espalda i fué a informarse de cómo estaba Griselda.

El ajente guardó los papeles en su bolsillo i se alejó murmurando del cobrador.

Media hora despues, Luis, el alféres de policia que ya conoce el lector, acompañado de cuatro soldados, salia a todo galope del cuartel i se dirijia a las Higueras.

CAPÍTULO LIX.

Valentin toma la revancha

PARA proceder con órden en nuestra narracion, veremos lo que habia hecho Valentin.

Seguido de cerca (dos o tres cuadras) por el espia que se habia colocado para que vijilara sus pasos, el jóven no temia que lo alcanzaran, pues su caballo era mui corredor; pero previó que si lo fatigaba en una larga carrera, no podria llegar en él a las Higueras. Para evitar esto, apenas salió de la poblacion, i precisamente frente al cementerio, existia en aquella época un polvoriento i tortuoso callejon que servia de arteria a una valiosa chacra demasiado conocida por Valentin. A treinta ó cuarenta pasos del camino principal, principiaba una frondosa i tupida alameda, que al mismo tiempo que servia de muralla

para deslindar el sendero, prestaba fresca sombra en los dias de calor.

Valentin conocia un punto en que la falta de un álamo permitia entrar a caballo a uno de los potreros, i desde luego se resolvió a ocultarse allí para burlar la persecucion de que era objeto.

El plan fué ejecutado con la mayor felicidad. Valentin, llegando al callejon, entró en él, i un minuto despues, sin preocuparse de las ramas que podian azotar su semblante o herir a su caballo, pasó por el portillo que hemos mencionado. En seguida buscó el punto en que el follaje de los álamos estuviese mas tupido i se colocó allí con el objeto de observar a su perseguidor. Este, que habia visto desaparecer a Valentin, redobló la carrera de su caballo i llegó tambien al callejon, por el cual siguió, sin pensar que dejaba atras a su perseguido.

--Ahora, corre, babieca, en mi persecucion hasta que te canses, dijo Valentin, mientras yo tomo tranquilamente el camino que conduce a las Higueras! Cuando vengas a notar que te la he jugado, será cuando llegues a las casas de la chacra i cuando llegues allá, tu caballo se habrá gastado.

El jóven volvió al camino i siguió su marcha tranquilamente, a galope corto, i llegó si mas novedad a las Higueras.

José i Venancio lo esperaban, precisamente en el mismo punto en que Valentin habia averiguado tan diestramente, algunos dias ántes, lo que necesitaba saber.

Valiéndose del sencillo labrador i de los mismos medios que le hemos visto emplear ántes, Valentin logró conocer,

I diciendo esto, Rosa tomó con ambas manos el rostro de Vicente i lo atrajo hacia el suyo.

de una manera aproximada, el sitio en que estaban las bodegas i las dificultades que habia que vencer para llegara ellas.

Esto no lo desanimó i, previendo que podian venir en su seguimiento, se alejó bien pronto de la choza del labrador en compañia de Venancio i de José.

La noche habia entrado hacia rato i el camino estaba iluminado por la luna en creciente.

Valentin hizo adelantarse a Venancio para que examinase las murallas que rodeaban el fundo, con el objeto de ver si encontraba una parte bastante baja que les permitiera entrar a caballo, para ocultar éstos a la vista de los que pudieran llegar al fundo o pasar por el camino.

Venancio no tardó en volver diciendo que como a una cuadra mas allá de *las casas*, habia un pedazo de pirca caída que su caballo saltaria con la mayor facilidad, pero que no sabia si podrian hacer lo mismo los que montaban Valentin i José,

—Haremos la prueba, dijo el primero, i si no saltan, echaremos abajo otro pedazo.

Efectuado lo último, los tres se hallaron en un extenso potrero que, por tener mui pocos árboles, no servia para ocultar los caballos. Al fin, a favor de la luz de la luna, vieron una larga faja de árboles que cortaba en dos un pedazo de terreno situado precisamente a espaldas de las habitaciones de la hacienda. Aquellos árboles, alimentados por un estero que corria a sus piés servian admirablemente a los deseos de Valetin.

Despues de vencer algunas dficultades, dejaron los ca

ballos atados entre la espesura, i armados con sus lazos, puñales i pistolas, se dirijeron a *las casas*, cuyos tejados se diseñaban perfectamente, alumbrados por la luna.

Segun las descripciones que habia hecho el campasino a Valentin, para llegar a las bodegas por el lado norte, habia que atrevesar una arboleda cerrada con altas murallas, luego un patio de depósito de vasijas i otros útiles para la vendimia, i por fin, un callejon que servia para el tráfico de las carretas. El lado sur era el que hemos visto recorrer a Edmundo acompañado de don Ruperto, i el cual daba, no precisamente a la entrada principal de la bodega, sino a un lateral. Aquella entrada estaba defendida por enormes perros, a mas de las puertas que mencionamos al describirlas.

Solo quedaban, pues, a Valentin dos puntos por donde entrar. El primero por la puerta principal, que miraba al camino i a la cual no se podia llegar sin recorrer el patio habitado por don Ruperto i los trabajadores; i el segundo, por los piés, que aunque no habia puerta que diera acceso al interior, presentaba la ventaja de no tener que escalar mas que una tapia que cerraba la viña. Esta última, ademas, podia servir de mucho para ocultarse en el caso de una sorpresa.

Valentin marchó, pues, directamente hácia las murallas que cerraban la viña.

El escalarlas no era tan fácil, pues a mas de ser un tanto elevadas, tenian una barda mui ancha de ramas de es pino cargadas con tierra.

Despues de tentar varios recursos, Valentin mandó a

José que fuera a traer el caballo mas alto de los tres que habian dejado en el estero, i miéntras éste volvia:

—Vamos, dijo a Venancio: nosotros, con nuestros lazos, echaremos abajo un pedazo de esta barda.

La operacion fué sencilla i, cuando José volvió con el caballo, Valentin se subió a él, i parándose en la montura, izóse sobre la muralla con gran facilidad.

—Ahora sube tú, Venancito; i ántes de hacerlo José, que amarre el lazo en la argolla de la cincha, es decir, en el *pehual*, i tire el otro estremo del lazo para acá. Nos servirá para bajarnos i para dejar seguro el caballo.

Practicado cuanto Valentin habia dispuesto, se hallaron en la viña, la cual atravesaron sin tener obstáculos que vencer; i ya al pié de la muralla que formaba parte del edificio de la bodega, se detuvieron a deliberar.

—Si tuviéramos una barreta, dijo Valentin, seria cuestion de una hora abrir un forado; pero como no la hai, es necesario que pensemos en subir al tejado i entrar por él.

—¡Lo creo imposible! dijo José. Las murallas son mui altas.

¡Imposible no, repuso Valentin; pero sí mui difícil i peligroso. A ver, Venancito: ¿alcanzarias tú a lacear aquel palo que sobresale del alero? Si lo consigues, podríamos subir apoyando los piés la especie de escala que forman los adobes que sobresalen de la muralla, miéntras nos izábamos con las manos por medio del lazo.

—Veremos, señor, contestó el mayordomo preparando una lazada que un momento despues arrojó con todas sus

fuerzas en direccion a la viga que le habia indicado Valentin.

¡A la otra! dijo éste al ver que no habia alcanzado. ¡A la otra, Venancito, porque ya la noche se nos va!

Pero los esfuerzos del mayordomo fueron inútiles, pues el palo estaba colocado en una altura a que no podia llegar la lazada. Cansados al fin de ese trabajo estéril, saltaron a un corralon, el cual tuvieron que abandonar inmediatamente porque en un patio vecino comenzó a ladrar una multitud de perros.

—Aun nos queda un recurso que tocar, dijo Valentin, a quien los obstáculos no arredraban. Entre los tres, i trabajando con empeño, podremos hacer una escala en una hora i con ella subir aunque sea hasta la mitad de la altura de la bodega. Ya de ahí, Venancito podria enlazar el palo, con lo cual podemos considerarnos arriba. Vamos al estero a cortar la madera necesaria.

La travesía de la viña, el tiempo que gastaron en subir i bajar las murallas, i mas que todo, el que habian perdido al pié de la bodega, fueron causa de que al llegar al punto en que dejaron sus caballos, la noche estuviera ya al concluir.

Valentin no pudo notarlo sin sentir grande incomodidad, pues comprendió que si lo sorprendia el dia, el éxito de su trabajo era mui dudoso. Calculando el tiempo que emplearian en cortar los árboles, en fabricar la escala, en transportarla a la bodega, i finalmente, en subir, romper el techo i descolgarse al interior, vió que para todo esto, aun sin contratiempo, no necesitaba ménos de tres horas.

—Ya no es tiempo, dijo con despecho, de echar mano

de escalas; pero como no es posible tampoco que nos volvamos a Santiago como hemos venido, o que esperemos la próxima noche para llevar a cabo nuestro intento, arriesgaremos el todo por el todo. A caballo, i en marcha!

José i Venancio obedecieron sin hacer la menor objecion, pues la inventiva del jóven les inspiraba la mas completa confianza.

Pocos momentos despues se hallaban en el camino i frente a la puerta principal de las casas de la hacienda.

—El paso que vamos a dar, dijo Valentin a sus compañeros, es mui atrevido i peligroso, pero es el único que nos queda en las actuales circunstancias. Tú, Venancito, como el mas vigoroso de los tres, te encargarás de atrapar al que se presente a abrirnos la puerta, intimándole ante todo que no chiste. En seguida lo maniataremos i lo amordazaremos, i hénos ya dueños de una parte de la ciudadela que batimos. ¡Ea, lo bueno se pensó i se hizo!

Diciendo esto, Valentin echó pié a tierra i, miéntras José i Venancio le imitaban, se dirijió a la puerta i llamó dando seis o siete golpes en ella.

—Colócate aquí, Venancito, dijo Valentin, i trata de no hacer el menor ruido, pues en cuanto deje todo preparado, tú seras el primero que éntre en accion.

Dejó pasar algunos momentos i volvió a llamar con mas fuerza.

Esta vez, una voz soñolienta preguntó: «¿Quién es?» en el interior.

—Yo, amigo. ¿No es Vd. Pacomio?

—El mismo. ¿I quién es Vd.?

—Yo soi el que di a Vd. un peso, en dias pasados, por

que me ensillara pronto el caballo. ¿No recuerda Vd.? I ahora, si me abriera pronto la puerta, creo que estaria dispuesto a darle dos. ¿Le conviene a Vd.?

—Cómo no, señor; aunque el otro dia el patron estuvo al romperme la cabeza porque le habia ensillado el caballo sin avisarle.

—Es que su patron, amigo, de tanto que me quiere, no halla como tenerme siempre a su lado.

Valentin se acercó al oido de Venancio i le dijo:

—No le eches el guante todavía: tal vez no haya necesidad.

A ese tiempo Pacomio abria ya la puerta, i al ver el grupo que formaban Valentin, Venancio i José i los tres caballos, tuvo algun temor i quiso volver a juntar la puerta. Pero Valentin no le dió tiempo, pues parándose en el umbral, le dijo:

—Amigo Pacomio: ántes de entrar, es necesario que hablemos un poco, pues a Vd. puede convenirle. ¿Quiere Vd. ganar diez pesos?

El mozo miraba con desconfianza a Venancio i a José.

—Los que me acompañan, dijo Valentin, deben ser amigos de Vd. ¿No conoce a José, el criado de Edmundo?

—Ah! es *ño* José! esclamó el mozo.

—Cómo le va, *ño* Pacomio? dijo José terciando en la conversacion, pues comprendió que Valentin trataba de ganarse la confianza del campesino.

Desde aquel momento, Pacomio no tuvo ya el menor recelo i se prestó gustoso a escuchar a Valentin.

—Está don Ruperto? le preguntó éste.

—Si, señor; debe estar durmiendo, pues no hará una hora que se ha acostado.

—I por qué tan tarde?

—Porque se ha llevado con un señor oficial i unos soldados que venian de Santiago.

—Hola! I a que vinieron?

—No se, señor, pero anduvieron con el patron trajinando toda la casa.

—I ya se volvieron a Santiago?

—No, señor; se han alojado aquí. Yo digo que habran sabido de algun malon que nos quieren dar, pues los soldados han quedado haciendo guardia.

—Es posible? I donde estan esos soldados?

—En el patio de las casas del patron hai uno, otro en el callejon por que salió su merced el otro dia, i el tercero en la puerta de la bodega.

—¿Son tres entónces?

—Nó, señor, son cuatro; pero el otro acompaña al oficial.

Valentin se quedó un instante pensativo.

—Todo es inútil, se dijo, i no me conviene estar mas tiempo aquí, pues esos soldados deben buscarme.

I acto continuo agregó en voz alta dirijiéndose a Pacomio:

—Está mui bien, amiguito; i puesto que hace poco rato que don Ruperto se acostó, no lo incomodemos: yo volveré pronto.

—Pero si su merced quisiera esperar, ya luego debe amanecer, observó el campesino, que recordaba la oferta de dinero que el jóven le habia hecho.

—No, mejor volveré, dijo Valentin.—Hasta luego, amigo Pacomio; si Vd. quiere ganar los diez pesos que le habia ofrecido, no diga a don Ruperto que he estado aquí. Está Vd.?

—Cómo no!... si señor.

Valentin, Venancio i José subieron a caballo i tomaron nuevamente camino de Santiago.

—Ira de Dios! murmuraba el primero. Todo se ha conjurado! Pero esta noche, aunque sea prendiendo fuego a la casa, sacaré a Edmundo! Por ahora es necesario que me oculte, pues si me sorprenden, seré llevado a la cárcel sin ceremonia alguna.

La noche principiaba a desaparecer i Valentin se dirijió a las casitas del labriego donde habia estado antes, i a quien pidió que le permitiera pasar el dia oculto en la arboleda, pues no queria volver a Santiago.

I a fin de que no entrara en sospechas, trató de darle a entender que lo traia en esos pasos algunos amorcillos que mantenia con una niña de la hacienda inmediata. El labriego, que sabia ya por esperiencia que Valentin era jeneroso, dióle hospitalidad con gusto i le sirvió admirablemente.

Como tenemos asuntos de tanto interes que dar a conocer al lector, omitiremos la narracion prolija de cuanto hizo Valentin para llevar a cabo su proyecto. Baste con decir que, despues de madurar su plan todo el dia i de proporcionarse dos barretas por medio del campesino, a eso de las nueve de la noche hallábase ya trabajando con ardor en la muralla de la bodega.

Aunque la pared era sólida, dos horas despues los esfuerzos de Venancio i José habian abierto una brecha por la que cómodamente pudieron entrar los tres.

Alumbrándose con una vela, i prontos a defenderse si eran atacados, comenzaron a recorrer la bodega, no sin dejar de cuando en cuando de llamar a Edmundo con voz recatada.

La puerta que daba acceso a la bodega subterránea estaba abierta de par en par.

Valentin dejó ahí a Venancio miéntras él con José bajaron al interior.

Esa bodega era pequeña i Valentin la recorrió en pocos instantes sin encontrar a Edmundo.

Colérico al ver que todo su trabajo habia sido inútil, sin saber lo que haria para hallar a su amigo, volvió a subir a la bodega superior, i despues de recorrerla nuevamente, dijo a Venancio i a José:

—Vámonos: ya Edmundo ha salido o ha sido sacado de aquí.

Sin hablar una palabra mas, tomaron sus caballos i volvieron al camino.

—¿I nos vamos como nos vinimos? preguntó Venancio.

Valentin se sonrió i detuvo su caballo frente a la puerta en que ya habian estado la noche anterior.

—Pronto sabremos donde está Edmundo, dijo. Oigan atentamente lo que hai que hacer.

Valentin les habló un corto instante en voz baja i en seguida se acercó a la puerta i llamó.

No tardó en acudir Pacomio, que en cuanto reconoció a Valentin, abrió en el acto la puerta.

—Quiero hablar, amigo mio, con don Ruperto, le dijo.

—Está durmiendo, señor, pero puedo recordarlo.

—Dígame ántes: ¿duerme solo o hai algunas personas cerca de él? Porque lo que tengo que hablar es mui reservado i no quiero que haya nadie que pueda escucharnos.

—El patron duerme solo, señor; pero en un patiecito inmediato está el ovejero.

—Bien, amigo; entónces nos va a llevar Vd. a la pieza de don Ruperto, i despues de sosegar los perros, nos dejará solos con él. Tome Vd.: esto es para mientras.

Valentin dió un par de pesos a Pacomio, que éste guardó deshaciéndose en frases de agradecimiento.

Algunos momentos despues, se hallaban bajo un corredorcito inmediato a la pieza en que dormia el administrador. Los tres caballos, así como las espuelas, habian quedado cerca de la puerta de calle.

Cuando ya Valentin supo con fijeza la puerta a que debia dirijirse, despachó al labriego.

—Ahora, amiguito, puede Vd. dejarnos solos e irse a su cama, pues ya no lo necesitaremos esta noche, le dijo.

—¿No quiere Vd., señor, que despierte al patron?

—Nó, amigo: yo lo haré dentro de un momento: quiero dejarlo dormir una hora mas.

Pacomio se alejó de Valentin, inmensamente satisfecho con los dos pesos que le habia dado aquel.

—¿Trajeron sus chicotes i sus puñales? preguntó Valentin a los mozos que le acompañaban.

—Sí, señor; aquí los tenemos, contestaron.

Valentin dejó pasar como un cuarto de hora, i al fin del cual dijo:

—Ya es hora.

I se acercó a la puerta que le habia designado Pacomio i dió en ella tres golpecitos recatados.

—¿Quién es? preguntó don Ruperto en el interior.

—Valentin Castro, contestó éste, que necesita hablar con Vd. Esta vez, señor don Ruperto, vengo debidamente autorizado por don Lorenzo Gaspari i creo que Vd. me perdonará la rotura del techo, así como yo le perdono el haberme encerrado.

—¿I qué desea Vd.? preguntó el administrador.

—¿Quiere Vd. que se lo diga a gritos desde aquí? Ademas, yo no soi sino portador de una carta, i si Vd. quiere la recibe, i si no, me iré con ella.

Don Ruperto permaneció un rato en silencio; luego se oyó el ruido que hacia al raspar un fósforo, i por fin, dijo:

—Voi a abrir.

Valentin se colocó al centro de la puerta i puso a su derecha a Venancio i a su izquierda a José.

Pasaron cinco minutos, que don Ruperto empleó en vestirse. Valentin, que no perdia el mas lijero movimiento del administrador, oyó que descolgaba uno de esos sables antiguos con vaina de laton, que en manos vigorosas eran una arma terrible.

—Bien, prepárate, babieca, dijo el jóven entre sí, que ya veremos de lo que te sirve tu catana!

El administrador vino a la puerta i quitó la tranca.

Apénas Valentin vió que la entrada estaba franca, dió

un fuerte empellon a la puerta, i José, Venancio i Valentin se precipitaron de un salto en el interior.

Venancio i José, ántes que don Ruperto pudiera volver de su sorpresa, lo tomaron cada uno de un brazo, miéntras Valentin, apuntándoles al pecho con una de sus pistolas, le decia:

—Quieto i callado, mi señor don Ruperto, si quiere vivir! Prevengo a Vd. que estamos solos i que de nada le servirá pedir auxilio! A mas, caballero, si Vd. no quiere sufrir ningun mal, estoi dispuesto a perdonarle el encierro de noches pasadas!...

—Vd. viene como un salteador! esclamó don Ruperto sin hallar otra cosa mejor que decir.

—Qué quiere Vd.! En dias pasados vine como amigo, como jente de paz, i Vd. me recibió como a salteador! Ahora vengo como tal i toca a Vd. recibirme como amigo Veamos, principiará Vd. por dejar que le aten las manos a fin de que no vaya a hacer uso de ese terrible alfanje!...

—¡Eso no lo permitiré jamas! esclamó don Ruperto tentando desacirse de las manos de Venancio i José.

—¿No lo consentirá Vd.? Lo veremos!... A ver, Venancito: tú que eres tan diestro para manear toros uraños creo que con mas facilidad maniatarás a un caballero que no parece mui bravo!

Aun no acababa Valentin de hablar, cuando Venancio, con verdadera maestría, habia echado un nudo corredizo en uno de los brazos de don Ruperto, sujetándolo de la muñeca. Acto contínuo, i haciendo jirar la cuerda tras la cintura de aquel, la pasó sobre el brazo que sujetaba José, dejando así al administrador imposibilitado para hacer uso

de sus manos, en una de las cuales continuaba reteniendo el sable que ya hemos mencionado.

Don Ruperto estada pálido, no sabemos si de indignacion o temor, i Venancio concluyó de atarlo sin que opusiera la menor resistencia.

La pistola que Valentin tenia avocada a su pecho, i la actitud resuelta que veia en los tres, le manifestaron que toda resistencia era inútil i peligrosa.

—Atenlo ahí, en los pilares de ese catre, mandó Valentin.

Apenas cumplieron esa órden, Venancio i José sacaron sus puñales i se colocaron al lado de don Ruperto.

—Ya Vds. saben lo que tienen que hacer, les dijo Valentin. Al primer grito...

Completó la frase con un jesto espresivo, i agregó dirijiéndose a don Ruperto:

—Ahora, si Vd. quiere librarse del tormento a que voi a someterlo, debe contestar a las preguntas que voi a hacerle.

El administrador estaba lívido como un cadáver.

Valentin habia revestido su semblante de la severidad de un juez que se prepara a ejercer un acto de su augusto ministerio. Su conciencia, al ménos, le decia que aquello era justo, leal, i que no hacia otra cosa que salvar al inocente sometiendo al culpable a una expiacion. Por eso era que ya no se chanceaba i que estaba resuelto a llevar aquella escena al último estremo si era preciso, pues recordaba, tambien, que tal vez seria el postrer servicio que iba a poder prestar a su amigo.

Antes de principiar su interrogatorio, cerró cuidadosa-

mente las puertas, i volviendo al lado del administrador, le dijo:

—¿Dónde está Edmundo Cortes?

—No lo sé contestó el administrador.

—Venancio, dijo Valentin con voz pausada: cumpla Vd. con lo que le tengo ordenado!

El mayordomo de Edmundo guardó su puñal, sacó un grueso pañuelo de algodon de su bolsillo i se acercó al administrador en actitud de atarle la boca.

—Juro a Vd. que no lo sé! esclamó don Ruperto.

—¿Dónde ha estado Edmundo todos estos dias? interrogó Valentin.

Ruiz miró a su alrededor con cierta angustia i no contestó. Valentin hizo un jesto a Venancio i éste aplicó su pañuelo en la boca del administrador.

—¡Mátenme, si quieren, dijo éste; mátenme, pero... yo no... les diré... na...

La última sílaba fué ahogada por el pañuelo, que habia apretado Venancio echando un nudo tras de la cabeza de administrador.

—Cuando Vd. se halle dispuesto a confesar la verdad, le dijo Valentin, nos hará una seña cualquiera para quitarle la mordaza.

Gruesas gotas de sudor comenzaron a brotar de la frente de don Ruperto. Su corazon palpitaba con estrépito i sus ojos brillaban de indignacion.

Venancio habia desliado de su cinturon un delgado lazo de cuero que dobló en varias partes, i se habia colocado en actitud nada tranquilizadora para Ruiz.

—¿Principio? preguntó aquel.

—Principia, contestó friamente Valentin.

El lazo silvó veinte veces consecutivas en el aire, i por veinte veces se oyó el chasquido seco de los azotes. Cada uno de esos golpes era contestado por un rujido sordo, gutural, lleno de ira i de indignacion.

Valentin necesitaba hacer violentos esfuerzos sobre sí mismo para contemplar impasible aquel espectáculo. Solo el recuerdo de su amigo perdido, encerrado en una bodega i sacado de ella tal vez para ser asesinado, le daba valor para no suspender el flajelo. No obstante, en su mente resolvió, que si con cinco latigazos mas no hablaba, apelaria a otro recurso no tan bárbaro como aquel.

—Uno! comenzó a contar. Dos!... Tres!... Cuatro!...

Valentin hizo señas con la mano a Venancio de que cesara.

—Si estás cansado, le dijo, da el látigo a José.

—Bien, señor; le daré este último por ser la despedida.

Era el último tambien que Valentin habia pensado que le aplicaran.

Venancio, como que era «la despedida,» reunió todas sus fuerzas, i despues de hacer dar dos vueltas sobre su cabeza al lazo, lo dejó caer sin caridad.

Dos lágrimas que saltáron a las pupilas de don Ruperto, i un grito ronco i desesperado que salió de su garganta dieron a conocer el efecto de aquel último chicotazo.

Venancio pasó el lazo a José i éste se colocó en facha de desempeñarse tambien como su compañero.

—¿Contestará Vd. a lo que le he preguntado? le dijo Valentin.

—¡Sí, sí, sí!... contestó el administrador meneando la cabeza tres veces consecutivas.

—Venancio, desátele Vd. la boca, dijo Valentin; i si grita, mátelo!

El administrador se guardó mui bien de gritar, i apénas pudo hablar, murmuró con voz sofocada por el dolor:

—Juro por mi alma que en este momento no sé dónde está don Edmundo! Esta tarde, como a las cinco, ha vuelto a Santiago!

—¿I dónde estaba ántes? preguntó Valentin.

—Aquí, en las bodegas.

—¿I por qué ha vuelto a Santiago?

—Porqué recibí órden de dejarlo en libertad.

—¿Esa órden la dió a Vd. Gaspari, el ajente de negocios?

Don Ruperto no contestó.

—¿Será necesario que apelemos al látigo otra vez? preguntó Valentin.

José acomodó los ramales en su mano i miró al administrador con aire amenazante.

—I bien! esclamó Ruiz. El señor Gaspari es quien tiene la culpa de todo esto!

—¿Qué relacion hai entre don Lorenzo Gaspari i el padre Basilio Vivanco?

—Yo no lo sé.

—Pero Vd. obedece a ámbos como a sus jefes. Por qué esto?

—Porque ámbos me han presentado una consigna que necesito respetar.

—¿Qué consigna es esa?

—No puedo revelarlo.

—Prevengo a Vd., don Ruperto, dijo Valentin con voz enérjica, que estoi resuelto a saberlo todo esta noche. Así, o muere Vd. bajo el látigo, o contesta a lo que le pregunto.

—Hai cosas que no puedo revelar porque me asesinarian, dijo don Ruperto.

—I bien, Vd. se halla amenazado de muerte por los dos lados, le dijo Valentin, con la diferencia de que un peligro es próximo i el otro remoto, tanto mas remoto, cuanto que yo le empeñaria mi palabra de caballero de que nadie sabria lo que Vd. va a comunicarme.

Don Ruperto pareció reflexionar.

—¿A qué se resuelve Vd.? le preguntó el jóven.

—Le contestaré, dijo don Ruperto, pero a Vd. solo.

Valentin hizo seña a Venancio i José para que se alejaran.

—Pueden esperarme al lado de afuera, les dijo, que yo los llamaré si hai necesidad.

Venancio i José salieron al corredor dejando la puerta solo entornada.

—I bien, dijo Valentin, dirijiéndose a don Ruperto, ¿en qué consiste esa consigna que han presentado a Vd. el padre Basilio i don Lorenzo Gaspari?

—En un pliego de papel, contestó el administrador, que tiene un sello de lacre negro en el actual hai dibujado un mundo i tres pequeñas cruces.

—¿I quién da esa consigna? preguntó Valentin.

—Viene de Roma i es dada por el jeneral de la órden de los jesuitas a los superiores de provincia.

—¿De manera que Vd. es jesuita?

Nó, contestó perentoriamente el administrador.

¿I por qué entónces obedece Vd. a esa consigna?

—Para contestar a esto, replicó don Ruperto, tendria que contarle una larga historia. Bástele saber que estoi condenado a una obediencia ciega i cuyo oríjen viene de mis mas remotos antepasados. Son estos, ademas, secretos de fámilia que me seria mui penoso revelar.

—Siendo así, dijo Valentin, no los exijo a Vd.; pero sí me dirá ¿qué objeto tiene la persecucion de que es víctima Edmundo?

—Ignoro completamente el objeto: soi un instrumento ciego e ignorante.

¿De quién recibió Vd. la órden de encerrar a Edmundo?

—Del padre Basilio·

¿I ha continuado Vd. entendiéndose con él para mantenerlo en las bodegas i darle la libertad?

—Nó, contestó don Ruperto: me he entendido con don Lorenzo Gaspari.

—¿I no ha sospechado Vd. que don Lorenzo Gaspari i el padre Basilio Vivanco son una misma persona?

—Lo he sospechado, pero no me consta.

—¿Qué dijo a Vd. Edmundo ántes de volver a Santiago?

—No lo he visto, contestó Ruiz.

—¡Cómo! esclamó Valentin, ¿i cómo ha podido darle libertad?

—Ha venido una persona de Santiago comisionada pa-

ra entenderse con él i sacarlo ocultamente como si yo lo ignorara.

—¡Ah! hizo Valentin, ¿de manera que sigue en poder de sus enemigos?

—Yo no lo sé, contestó el administrador. Don Edmundo ha seguido voluntariamente a esa persona.

—I Vd. ¿sabe con fijeza si Edmundo ha vuelto a Santiago?

—Lo supongo solamente.

—¿I quién es la persona que ha venido a llevar a Edmundo?

—No la conozco: la he visto esta tarde por primera vez.

—Pero dice Vd. que ha venido de parte de don Lorenzo Gaspari.

—Sí.

—No comprendo que Vd. ignore tantas cosas tratándose de un asunto en que se halla íntimamente ligado.

—Repito a Vd. que soi un instrumento ciego, que obedezco lo que se me ordena i nada mas. I para que Vd. comprenda por qué me he resuelto a comunicarle lo que sé, i lo que ya le he dicho, le confesaré que es porque deseo que Vd., en lo posible, me vengue!

—Lo vengo! ¿de quién?

—De ellos, de don Lorenzo Gaspari o del padre Basilio Vivanco. Sepa Vd. que hoi mismo abandonaré este fundo e iré a ocultarme, si es posible, bajo la tierra; para verme libre de la dominacion de esos hombres!...

—¿Luego Vd. se pone de mi parte? le preguntó Valentin.

—Sí; para darle armas con que pueda batir a mis enemigos. De este modo me vengaré de ambos a la vez.

—¿Tambien de mí?

—¿Cree Vd. que la ofensa que me ha hecho podré olvidarla?

—Si Vd. hubiera accedido a mis deseos, habríamos podido entendernos sin apelar a la violencia.

—Pero Vd. principió por ponerme una pistola al pecho i hacerme sujetar por dos hombres.

—¡Qué quiere, mi señor don Ruperto, yo no podia adivinar que Vd. se hallara en tan buenas disposiciones para aliarse conmigo. I ahora mismo—le hablaré a Vd. con franqueza—dudo de lo que Vd. me ha dicho. Soi desconfiado, i como sé que trato con jente hábil, es necesario no caer en una segunda trampa. Por esta razon, V d. me perdonará que no acepte así no mas el que Edmundo haya vuelto a Santiago, i que me incline mas bien a creer que Vd. lo ha trasladado a otra parte.

—Puedo probar a Vd. que es verdad lo que digo.

—No deseo otra cosa, señor don Ruperto.

—Tome Vd. una carta en cifra que hai en aquella mesa, i como creo que ya conoce los signos, podrá leerla i convencerse.

Valentin se acercó a una mesa que habia en el aposento i tomó una carta igual a la que le habia entregado el mozo que volvia de Santiago.

—Veamos, dijo acercándose al administrador i tomando la vela que iluminaba el aposento; veamos: aunque es cierto que despues de mucho trabajar logré leer una carta igual a ésta, no estoi mui diestro aun para hacerlo en po-

cos instantes. Léala Vd., i con lo poco que yo conozco los signos bastará para quedar satisfecho.

El administrador leyó:

Señor don Ruperto Ruiz:

El portador de esta órden va suficientemente autorizado para sacar a Edmundo Cortes. Vd. cumplirá cuanto él le ordene, sin dilacion i sin ponerle el menor obstáculo.

†. †. †.

—¿I qué dice en estas tres cruces? preguntó Valentin.

—Es la firma que usa el jefe de la sociedad.

—¿I quién es por fin ese jefe? es don Lorenzo o el padre Basilio?

—No lo sé: yo creo que ambos obedecen a un superior.

—I puesto que Vd. quiere darme armas para atacar a los que llama sus enemigos, ¿por qué no me dice cuanto sepa de ellos i cuanto pueda servirme para vengarlo?

—Porque no sé mas; porque he sido, se lo repito a Vd. un instrumento ciego, forzado a obrar i a obedecer.

—Quiero creer a Vd., dijo Valentin, por dura de pasar que sea su afirmacion. ¿De manera que Vd. no sabe nada de Edmundo?

—Absolutamente nada. A fin de cumplir con las órdenes que me dió el encargado por el presidente de la sociedad, me alejé de aquí despues de haberle indicado los medios para que sacara a don Edmundo de la bodega, de manera que él creyese que salia ocultamente. Cuando volví, ya se habian alejado. En desagravio del mal que a mi pesar he

hecho a don Edmundo, le diré que a Vd. lo persigue en este instante un oficial de policia i cuatro soldados. Se lo digo para que no caiga todavia en las manos de ellos i pueda ser útil a don Edmundo.

—Gracias por el aviso, dijo Valentin. I para que terminemos nuestra conversacion, solo me resta decir a Vd. que, mui a mi pesar, tambien, voi a dejar a Vd. atado i amordazado a fin de que no nos incomode en la salida ni en nuestro viaje de regreso.

—Haga Vd. lo que guste, contestó el administrador, que tarde o temprano llegará el dia en que tome mi revancha.

Valentin llamó a Venancio i José, i despues de ordenarles que pusieran la mordaza a don Ruperto, se alejaron i cinco minutos despues volvian a Santiago.

Ya al amanecer, se hallaban a pocas cuadras del cementerio, cuando Valentin dijo a sus dos compañeros de viaje:

—Adelántense Vds. i vayan pronto a ver si Edmundo está en su casa, pues por lo que hace a mi, necesito tomar muchas precauciones para entrar a la poblacion.

El jóven creia evitar el ser notado entrando a Santiago por algunas calles poco traficadas, para lo cual pensaba tomar el callejon del cementerio i andar hácia el oriente hasta pasar el rio frente a las cajitas de agua.

Pero su plan no pudo ser llevado a efecto, pues precisamente a la entrada del callejon, estaba el oficial i los cuatro soldados de policía que lo habian ido a buscar a las Higueras.

Valentin reconoció en el acto al oficial a quien tanto deseaba tirar de las orejas, i que, como el lector sabe, era el favorito de Gaspari. Su primer pensamiento fué huir, pero

recordó que su caballo estaba mui fatigado i que le seria imposible escapar, siendo que el oficial i los cuatro soldados montaban caballos descansados.

—En vista de esta orden, le dijo el oficial presentándole un pliego que sacó de un bolsillo de su casaca, Vd. tendrá a bien seguirme a la cárcel.

Valentin apartó con el reves de la mano el pliego, i dijo de una manera burlesca:

—Creo a Vd. bajo su palabra, señor oficial. Por la tercera vez nos vemos, ¿no es así? Qué hemos de hacer!..... Puede que a la cuarta, no sea yo al que vistan de maulino!

Luis—el lector recordará que éste era el nombre del oficial—se sonrió con ese aire de importancia que da la fuerza i la seguridad, i poniendo su caballo al lado del de Valentin, le preguntó:

—¿Entónces, caballero, podemos marchar?

—Ya lo creo! dijo Valentin. Miéntras mas pronto me libre de su amable compañía, mejor!

La luz del sol bañaba ya la plaza de Armas de Santiago, cuando las puertas de la cárcel se abrieron para dar paso a Valentin.

CAPITULO LX

El ajente jesuita

Vemos cómo habia salido Edmundo de su prision.

A la caida de la tarde, la puerta de la bodega subterránea se abrió lenta i silenciosamente.

Edmundo, habituado a la oscuridad, vió a un personaje colorado, obeso, de nariz amoratada, que se inclinaba para ver mejor los objetos en el interior.

El lector habrá reconocido en ese personaje a don Márcos Lay, el que, despues de convencerse de que no podia ver el interior de la bodega, bajó dos o tres tramos de la escala i con voz sijilosa i acento interrogativo, dijo:

—¿Señor Edmundo Cortés?

—¿Quién me llama? preguntó el jóven desde un ángulo de la bodega.

—Un amigo, una persona que viene a salvar a Vd., contestó Lay en el mismo tono i bajando apresuradamente la escala. ¿Dónde está Vd., señor Cortés? No veo: está esto tan oscuro como boca de lobo.

—Aquí, respondió Edmundo: no puedo moverme porque estoi atado!

—Infames! esclamó Lay avanzando hácia donde sentia la voz. Ya lo suponia yo!

Una vez al lado de Edmundo, lo saludó diciéndole:

—Dios guarde a Vd., caballero!..... Celebro conocerlo! Yo soi Márcos Lay, un pobre que como Vd., ha sido víctima de los jesuitas!..... Pero, a Dios gracia, creo que se les acerca la hora en que han de pagar todas sus infamias!... ¿Dice Vd. que lo tienen atado?

—Sí; ese pícoro de Ruperto me tiene atado como a un perro! ¿Ha dicho Vd. que viene a sacarme de aquí?

—Sí, señor; pero como no tengo mucho tiempo, permítame ver como lo tienen atado a fin de que podamos huir pronto.

—Huir! ¿Luego Vd. viene ocultamente?

—Sí, señor: aprovecho un momento en que el administrador ha salido. ¿Es de un pié de donde Vd. está sujeto? Oh! que infamia! I con una cadena cerrada por un candado!... Sí, no hai mas que romper el pestillo!... ¿Pero cómo hacerlo?. Ah! ya recuerdo!.... Aquí tengo un cortaplumas que entre otras herramientas tiene una fina i cortan-

te lima. Siéntese Vd., i aprovechemos el poco de luz que nos entra por esa ventanilla!

La cadena que Edmundo tenia enrollada en uno de los tobillos, pendia de la pequeña rejilla de un tragaluz, abierto en la parte superior de la bodega. La cadena, aunque bastante larga, no le permitia apartarse mas de dos o tres pasos de un pequeño espacio en que le habian colocado una cama, un jarro de agua i algunos otros utensilios.

Edmundo se sentó en la cama i don Marcos Lay se colocó a sus pies para examinar mas de cerca la cerradura del candado.

—Es indispensable cortar un anillo de la cadena, o bien el aro del candado, dijo Lay.

I acto contínuo comenzó a trabajar con ardor, inter decia al jóven:

—Sepa Ud., caballero, que yo he sido víctima, tambien, de esos hombres; i que, gracias a una determinaçion reprochable, es cierto, pero necesaria, puedo prestar a Vd. este servicio i otros muchos. Le hablaré a Vd. con entera confianza: yo he sido, como lo es don Ruperto, como lo es don Lorenzo Gaspari, uno de esos ajentes misteriosos que posee la Compañia de Jesus para llevar a cabo sus grandes proyectos. Seducido por la ambicion, formé i formo parte aun de la sociedad i soi un jesuita lego, o mas bien, como nos llama el pueblo, un *jesuita de levita corta*. Para demostrar a Vd. como he llegado a pertenecer a la Orden, i por qué obro ahora en contra de ella, necesitaria presentar a su vista la mayor parte de mi vida, lo que seria demasiado largo i un poco penoso para mí. Diré sí, a Vd., aun cuando sea ruboroso el confesarlo, que en la actuali-

dad traiciono la confianza que en mi se ha depositado, i que el salvar a Vd. de esta prision i el mostrarle, como me propongo hacerlo, varias de las maquinaciones de esos hombres, es un abuso que puedo pagar demasiado caro. Mas no me importa: eso, si sucede, me servirá de espiacion; i el salvar a Vd., i tal vez a varios otros, compensará en parte los males que inocentemente he hecho.

Don Márcos Lay continuaba limando el aro del candado con gran empeño; i cuando cesó de hablar, Edmundo le dijo:

—De manera que Vd., señor Lay, ¿está al cabo de cuanto me sucede?

—Creo que de la mayor parte, al ménos. Se me ha confiado algunas cosas, otras las he sorprendido, i de este modo he podido llegar hasta aquí.

—¿Sabe Vd. algo de mis amigos Vicente Jimenez i Valentin Castro?

—Sí sé algo: en primer lugar, que trataron de sacar a la señorita Matilde del Valle de casa de la señora Manuela.

—¿I no lo consiguieron?

—Hubo no sé qué inconveniente que dió por resultado que trasladasen a la señorita Matilde a una casa-quinta que doña Manuela posee en la calle de la Maestranza.

—¿I Matilde está ahí ahora?

—Sí, caballero; i la pobre está bien desconsolada. Pero ya hablaremos de esto: sostenga Vd. un poco este candado para limar el aro en la parte interior... Eso es! ahora con un corto trabajo mas, estamos despachados.

Cinco minutos despues, Edmundo se hallaba libre.

—¿I cómo han podido poner a Vd. esa cadena? le preguntó Lay miéntras se dirijian a la escala.

—Al día siguiente de la noche en que Ruperto me trajo aquí por medio de un engaño, contestó Edmundo, me ocupaba en trabajar para abrir la puerta, cuando oí una voz allá, en el tragaluz, que me decia que ahí me dejaban algunos alimentos. Corrí al lugar indicado i ví que habian suspendido la rejilla i descolgado por el hueco un pequequeño cesto con algunos alimentos i una botella de vino. Ese vino, sin dudá, tenia algun narcótico porque dos horas despues, me habia dormido profundamente. Cuando desperté, que seria a la medianoche, me hallé atado con la cadena i tendido en el lecho que Vd. ha visto. Despues de esto, i siempre en la noche, he recibido por la misma rejilla un cesto con nuevas provisiones.

—I Vd. no ha tratado de hablar con el administrador, de preguntarle la causa porque lo habia aprisionado?

—En una ocasion traté de hacerlo, pero como no me contestó, no he querido, por dignidad, volver a dirijir una palabra a ese infame.

Habian llegado a la escala que Lay i Edmundo subieron.

—Ahora, dijo aquel, es necesario que Vd. me ayude a destrozar un poco una de estas puertas para que se crea que Vd. mismo, sin ayuda de nadie, ha podido salir. Para el buen éxito de lo que me propongo, i para bien de Vd. mismo, es necesario que no sepan aun que yo lo he sacado de aquí.

Lay tomó una barreta que habia en la bodega, i él i

Edmundo destrozaron la chapa i pestillo que aseguraban las puertas de la bodega subterránea.

En seguida cerró con llave la puerta que daba salida al patio, i la abrió rompiéndola como la anterior.

—De esta manera, dijo, el administrador creerá que Vd. solo ha preparado i llevado a efecto su evasion; i aunque marcharemos juntos a Santiago, si Vd. lo quiere, ya he arreglado un buen pretesto para mi vuelta repentina. Sígame Vd.: es necesario que nos alejemos ántes que vuelva un mozo que cuida del patio i a quien mandé con un pretesto.

Edmundo, sin hallar qué pensar de aquel señor que tan oficiosamente le devolvia la libertad, lo siguió sin decir una palabra, pues por el momento comprendió que nada le interesaba mas a él que volver a Santiago para reanudar el hilo de sus que haceres tan bruscamente interrumpidos por su prision. La casa parecia enteramente desierta, pues Edmundo no vió a nadie en ella.

—Vd. ha estado aquí algunos dias? preguntó Edmundo a Lay.

—Solo desde ayer: he venido con una recomendacion del mismo padre Basilio i con el pretesto de comprar algunos granos. El administrador me ha creido, pues, una especie de espia que viene a inspeccionar su conducta, i me ha recibido dando latas esplicaciones a las mas insignificantes preguntas que le he hecho relativas a Vd. Como no sabia con fijeza el dia ni la hora en que podria sacar a Vd. de la bodega, le he dicho a don Ruperto que en Santiago he dejado algunos negocios entre manos i los cuales me harán volver de un momento a otro i apenas reciba aviso de un

compañero. Por la misma circunstancia he hecho dejar mi birlocho i caballo en el patio, a fin de tener todo listo para este momento.

Llegaron al patio en el cual habia un caballo uncido a uno de esos antiguos birlochos, lujo de una época no mui remota, causa de admiracion i de risa no ha mucho, i que apenas si hoi los admitirian para un museo de antigüedades en esta metrópoli en que ruedan mas de dos mil soberbios carruajes.

—Pronto, pronto, señor Cortés, dijo Lay; subamos al birlocho, antes que un contratiempo cualquiera malogre mi trabajo.

Edmundo i don Marcos subieron al vehículo, i el último azotó con un latiguillo al caballo que salió de la casa a trote largo.

Ya en el camino, i despues de un largo rato de silencio, don Marcos Lay dijo:

Ahora hablemos, señor Cortés. Creo que ya no podemos temer que nos persigan. Si Vd. me interroga sobre algunos puntos, le diré desde luego que no a todos podré contestar. A unos porque talvez los ignore i a otros porque tendré necesidad de guardar silencio. Así, ruego a Vd. que en lo posible se conforme con mis esplicaciones i, sobre todo, que crea en mi senceridad, desde que por premio de los servicios que prestaré a Vd. en adelante i del que le he dispensado en este momento, no le exijiré siquiera que me dé las gracias.

Principiaré por decir a Vd., que me hice amigo de los jesuitas, o mas bien, que me hice jesuita, por el deseo de ocupar un puesto distinguido en la sociedad, sabiendo que

con el apoyo de ellos puede escalarse, no digo la riqueza, comodidades i honores, sino aun el mas elevado trono. Pobre, sin ganas de trabajar i con ciertas aptitudes para servir a quien quisiera esplotar mi intelijencia, acepté con alegría algunas comisiones que, aunque me parecian desdorosas, se me probó que estaban encaminadas a un buen fin. Ya dado el primer paso, me confirmé mas en la idea de que podia llegar a ser *grande* si no retrocedia i tenia constancia; i sobre todo, si conseguia al fin penetrarme de ese espíritu, de ese algo que hai en la sociedad, que la hace prosperar i medrar con pasmosa rapidez en todos los pueblos donde se establece (1).

---

(1) Recordamos haber leido un chistoso epigrama en que para significar la facilidad con que los jesuitas se adueñan de las propiedades i casi de los pueblos enteros, se decia que a un jesuita le bastaba que le permitiesen clavar una estaca para colgar su sombrero, para que en pocos dias se hiciera dueño de la casa en que la habia colocado.

Pero citaremos un autor bastante serio i que los mismos jesuitas no puedan jamas tachar, por ser uno de sus mas decididos panejiristas a pesar de que protesta que solo es movido por la mas estricta justicia al ensalzarlos i defenderlos.—En el tom. XXV de la Enciclopedia Moderna, por *Francisco de P. Mellado*, edicion de Madrid, 1853, páj. 216, se dice lo siguiente: «El mismo pontífice (Paulo III) le dió (a S. Ignacio) aquel año la Iglesia de San Andres de Phraeta, i los relijiosos pusieron en ella los cimientos de su casa profesa, estando al año inmediato en estado de habitarse· esta casa ha llegado a ser luego tan grande, que con ella solo se forman cuatro calles de bastante lonjitud.»

¡Cuatro calles de bastante lonjitud! ¿Necesitaremos agregar mas citas o reflexiones?

Abrigando hasta hoi las mismas creencias, no diré a Vd., sin embargo, qué móviles me impulsan a desenmascarar ante Vd. a la Compañía; pero bástele saber que aunque pocas, mis revelaciones servirán a Vd. infinito para continuar en la ardua i peligrosa lucha que sostiene con los jesuitas. Desde luego, prometo a Vd. que desenvolveré a su vista varios enredos que, sin mis revelaciones, Vd. no atinaria a esplicarse jamas. Para satisfacer mejor sus deseos, interrógueme Vd. i le contestaré en todo aquello que sepa o pueda hacerlo.

—Antes que todo, dijo Edmundo, desearia saber qué ha hecho el padre Basilio con un manuscrito que debió tomar en la hacienda de las Higueras.

—¡Un manuscrito!... No sé nada sobre eso!...

—Vd. me ha dicho que Matilde está aun como prisionera, en casa de una señora Manuela, en la calle de la Maestranza. ¿Qué pretenden hacer con ella?

—Tenerla alejada de su familia para ocultar cierto hecho que no conozco en todas sus partes, pero que casi he adivinado. Se trata, segun creo, de que no sea conocido por nadie un desliz que perjudicaria mucho a todos los miembros de la Orden.

—Ah! ya lo sé! esclamó Edmundo. ¿I tratan de mantenerla eternamente de ese modo?

—Lo ignoro. Yo he prometido a esa desgraciada jóven que le escribiré a su padre o me veré con él a fin de que la saque de la casa en que la tiene i la lleve a su lado.

—¿Don Cornelio del Valle conoce ya cuál es la falta de su hija?

—No sé nada que se relacione con don Cornelio.

—¿Sabe Vd. dónde estará el padre Anjel?

—Lo ignoro tambien.

—I mis amigos Vicente i Valentin, ¿qué hacen o han hecho?

—Sé que se han ocupado de salvar a Vd., pero desconozco completamente los pasos que hayan dado.

—¿Qué relacion habrá entre los hechos de que yo he sido parte i ese pleito que iban a entablar en contra de don Cornelio para quitarle su hacienda del sur?

—Croo que ninguna relacion.

—Entónces don Ruperto ¿es un ajente de los jesuitas?

—No pertenece a esa categoría: es una de las tantas ruedas de que se compone esa máquina enorme que se llama la Compañía de Jesus. Su rol es obedecer pasiva e ignorantemente, como la rueda que jira en el eje por un impulso ajeno, como la cuchilla que cae movida por un brazo que anima estraña voluntad.

—¿Qué objeto habrán tenido en vista para encerrarme en esa bodega de donde tarde o temprano debian sacarme so pena de ser sorprendidos?

—Creo que el único es impedir a Vd. que trabaje en favor de la señorita Matilde i descubra la falta a que me he referido.

—¿Podré saber cómo se ha puesto Vd. en ralacion con Matilde?

—De la manera mas sencilla: el señor Gaspari sabe que peseo algunos conocimientos en medicina, i hallándose enferma la señorita Matilde, me llevó a que la examinase.

—¿Ha sido de gravedad la indisposicion de Matilde?

—Nó, el temor de trasmitir su mal a su hijo la hace vencer su natural debilidad i esforzarse por tomar las medicinas i el alimento que se le prescriben. De esta manera ha podido conservarse la criatura en perfecto estado de salud.

—Cómo! ¿Ya la ha dado a luz?

—Sí, en la misma noche en que trataron de sacarla de la calle de las Rosas.

No continuaremos dando a conocer al lector este diálogo, porque la mayor parte de él no haria mas que reproducir lo que ya hemos narrado.

CAPÍTULO LXI.

Las dos cartas

Don Márcos Lay i Edmundo llegaron a Santiago entrada ya la noche.

Las revelaciones hechas por don Márcos, su aire de franqueza e injenuidad, el servicio que espontánea i jenerosamente le habia dispensado, i sobre todo, el creerlo poseedor de grandes secretos que podrian servirle para desenmascarar al padre Basilio, fueron motivos suficientes para que Edmundo tuviera en él completa confianza.

Don Márcos habia dicho al jóven, al entrar a la poblacion:

—Ha llegado el momento, señor Cortés, en que debe-

mos separarnos: Vd. me dirá el punto a que desea ser conducido, si ántes no quiere imponerse de una reunion que tiene lugar esta noche i a la cual podria Vd. asistir para formarse una idea de lo que son los hombres que combate.

—¿Dónde tiene lugar esa reunion? proguntó el jóven.

—¿Sabe Vd. la casa que llamaban *de las ánimas?*

—Sí, está en la calle que lleva ese nombre,

—Pues bien: ahí, en el centro de esa manzana, se reunen esta noche los principales ajentes de la Compañia a dar cuenta de sus diversas comisiones.

—¿I estará ahí el padre Basilio?

—Lo ignoro, pues ninguno de los socios conoce al presidente, así como tampoco se conocen ellos entre sí. No obstante, yo creo que debe ser él quien asiste a las sesiones, pues su estatura i, en ciertos momentos de distraccion, su voz me han hecho presumirlo.

—¿I dice Vd. que yo podia asistir a esa reunion?

—Sí, ocupando el lugar de alguno de los socios ausentes o inasistentes, que siempre hai uno o dos. Como se presentan a la reunion cubiertos con una saya i antifaz, ninguno puede ser conocido. Creo que para Vd. seria mui conveniente imponerse de lo que allí se ventila, pues eso le serviria para arreglar su conducta en lo sucesivo. A mas, si Vd. descubre quién es el presidente, ese conocimiento serviria a Vd. i a mí de mucho, para cierto plan que me ocupo de combinar. Desde luego, yo no diviso peligro alguno para Vd. en asistir.

—Siendo así, contestó Edmundo, vamos allá.

—Pero ántes seria conveniente, le dijo Lay, que Vd.

pasase a su casa a tomar algunas noticias: tal vez ahí encuentre a sus amigos o por lo ménos sabrá de ellos. Lo que sí que como la noche avanza, no podria estar en ella mas que unos cuantos minutos, si quiere que lo lleve a la reunion que le he indicado.

Edmundo aprobó la idea de Lay i algunos momentos despues se bajaba del birlocho frente a las puertas cerradas de su casa. Felizmente tenia otra llave i pudo entrar a sus piezas sin estar ahí su criado José.

Apénas encendió una vela, Edmundo vió sobre su escritorio dos cartas que por la letra del sobrescrito, conoció que eran la una de Susana, i de don Cornelio del Valle la otra. Iba a abrirlas impaciente por conocer su contenido; pero recordando que Lay lo esperaba i le habia recomendado volviese pronto, las guardó en su bolsillo i, tomando un par de pistolas que colgó a su cintura, apagó la luz i volvió a reunirse con don Márcos.

—¿Ha sabido Vd. algo de nuevo? le preguntó Lay.

—No está mi criado ahí, i solo he encontrado dos cartas que no he alcanzado a leer.

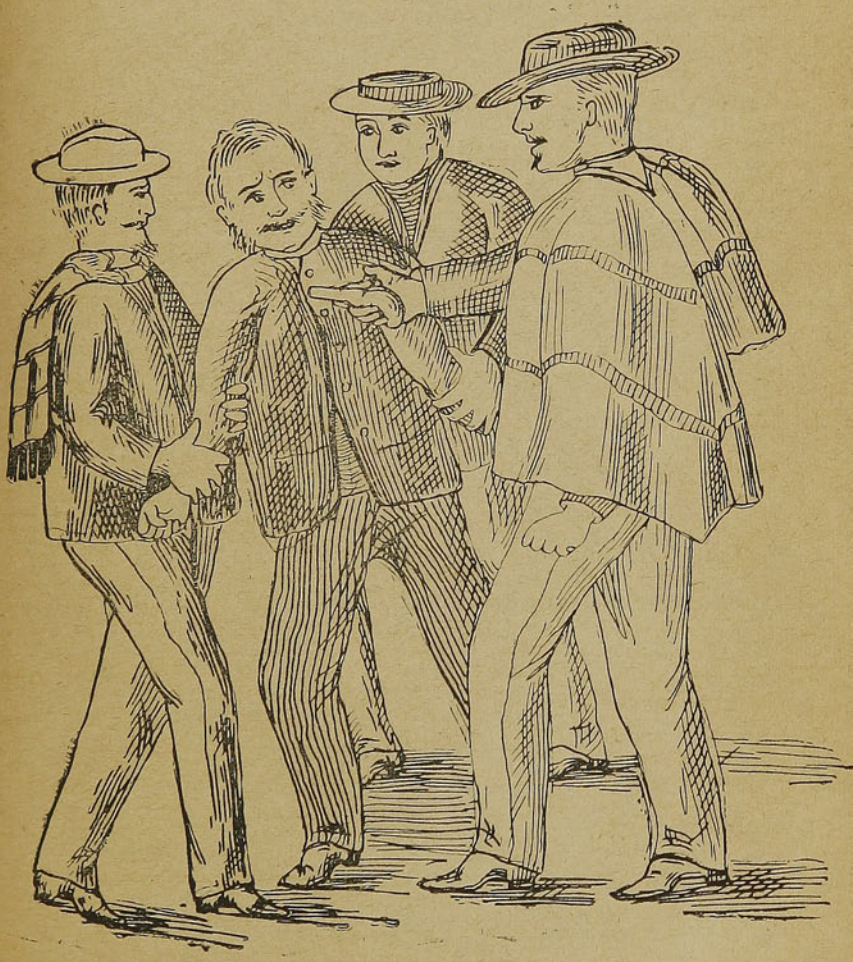
En pocos minutos se hallaron en la calle de Santa Rosa, en que vivia don Márcos Lay, i despues de dejar su birlocho en la casa, se dirijieron a la calle de las Animas.

La casa que tanto pavor infundia al vecindario, habia dejado de ser, desde algunos dias atras, el centro de que salian los pavorosos gritos i los lastimeros ayes. Como se recordará, la casa habia sido exorcizada, i bajo el poder del padre Basilio Vivanco, o mas bien, del mandato del reverendo, ánimas, duendes o diablos habian huido despavoridos.

Las primeras noches que siguieron a la funcion, los vecinos no se habian cansado de admirar la eficacia del conjuro, i todos se habian llevado hasta mui tarde de la noche en las puertas de sus casas contándose mutuamente maravillosos hechos análogos. Quién narraba los efectos de un conjuro sobre una nube de langostas que talaban una hacienda, i que, tratando de huir al acercarse el sacerdote, éste las conjuró sobre volando i cayeron muertas como el granizo en un dia de tempestad. Quién decia habia presenciado un acto análogo en una casa invadida por pericotes mas grandes que los que se vendian en Paris a dos o tres francos, i que desde las primeras ceremonias, habian salido de sus cuevas, i marchando de dos en dos como un rejimiento de infantería de línea, salieron por la puerta de calle i fueron a consumir las repletas bodegas de un avaro que «no le daba un grano de trigo al gallo de la pasion». Quién, en fin, haciendo mencion de cercanos hechos, recordaba el poder de los conjuros sobre las turbias i abundantes aguas del Mapocho, que grande i amenazante como está hoi, habria invadido la ciudad si la voz de algunos sacerdotes no lo hubiera compelido a correr, mujir i saltar en su angosto lecho.

Poco a poco la calma habia ido sucediendo al miedo entre los vecinos de aquella manzana de terreno que durante tanto tiempo habia sido el palacio en que dieran sus festines las desgraciadas i benditas ánimas i los traviesos i mal intencionados duendes, pero que ahora estaba «tan tranquila como una taza de leche,» gracias a que el virtuoso padre Vivanco los habia ahuyentado.

Para mayor seguridad de los timoratos, la terrible *casa*



La pistola que Valentin tenia avocada a su pecho.....

de las ánimas estaba habitada por un caballero que afirmaba que no habia sentido siquiera el ruido que produce una rata.

Don Márcos Lay contó a Edmundo el cambio operado en la *casa de las ánimas*, así que éste no estrañó encontrarla habitada e iluminada.

—¿Hace mucho tiempo, preguntó el jóven, que celebran sus sesiones en esta casa?

—Yo no sé el tiempo preciso, pues desde que asisto a ellas, se verifican en este lugar, es decir, en esta manzana, con la diferencia de pieza i del sitio por que se entra. Como esta casa i todas las demas estaban deshabitadas i fueron en algunas ocasiones objeto de serios rejistros, se entraba por una casa de la calle de San Francisco, situada en la acera opuesta a las que corresponden a esta manzana i que hai en esa misma calle. Un sótano que atravesaba la calle, servia para dar acceso al punto de reunion. Ahora nuestras sesiones se hacen con mas comodidad i con ménos peligro; i ántes de entrar, voi a instruir a Vd. en lo que debe hacer. A fin de que los socios no se encuentren unos con otros i puedan conocerse, se nos ha prescrito que entremos con la cara cubierta con un pañuelo; i si por casualidad se encuentran dos que lleguen a un mismo tiempo, uno (el que haya llegado por el lado de la derecha) debe esperar diez minutos en la puerta ántes de entrar. Si durante ese tiempo llega otro, debe detenerse en la calle, en el punto desde donde divise al que está en la puerta. Nos es absolutamente prohibido hablar unos con otros; pero como aun es temprano, creo que nosotros

seremos los primeros. Voi a entrar i Vd. me seguirá dentro de un minuto. Se cubre la cara con un pañuelo i entra resueltamente al patio. A la derecha hai una pieza en que verá Vd. un hombre parado en una puerta; se acerca a él, i engrosando la voz, le dice:

—Paso a la industria!

Esta es una fórmula sin la cual no dejarán entrar a Vd.; pero una vez que la diga, el portero abrirá una mampara i lo hará entrar a un vasto salon, débilmente iluminado, i en el cual estaré yo oculto para indicarle lo que debemos hacer en seguida. Ea, pues: no olvide Vd. nada de lo que le recomiendo: miéntras Vd. esté en la puerta, nadie se acercará a la casa. Le encargo que entre resuelta i despejadamente para que así no llame la atencion.

Don Márcos Lay se cubrió el semblante con un pañuelo i entró a la casa.

Edmundo acomodó en su cinto el par de pistolas que habia colgado a su cintura, i cubriéndose la cara como lo habia hecho Lay de manera que el pañuelo le permitiese ver, se situó en la puerta de calle.

Dejó trascurrir unos pocos minutos i entró resueltamente al patio dirijiéndose acto continuo a una puerta en que divisó un hombre vestido de negro que estaba parado en el umbral.

—Paso a la industria! dijo Edmundo ahuecando la voz.

—Entre Vd., contestó el desconocido abriendo una mampara que interceptaba la vista del interior.

Edmundo avanzó hasta hallarse en una sala casi desmantelada, sin mas muebles que una mesa en que ardia

una lámpara, i un estante pintado de negro como de dos varas i media de alto por una i media de ancho.

Apénas Edmundo entró, abrieron la puerta del estante i don Márcos Lay salió a encontrar al jóven.

—¡Silencio! le dijo con voz sijilosa; i haciéndole señas para que lo siguiese, se acercó a una puerta que habia al frente de la por que habian entrado, i la abrió con una llave que sacó de sus bolsillos.

Cuando la hubieron franqueado, halláronse en una pieza en la cual habia una mesa redonda, media docena de sillas i una cama, todo lo cual pudo verse despues de haber encendido don Márcos una vela que encontró al acaso.

—Siéntese Vd. i hablemos, pero en voz mui baja dijo al jóven. Esta pieza es la del portero a quien hemos dado la consigna.

—¿I si viene i nos sorprende? preguntó Edmundo.

—No puede moverse del sitio en que está hasta que haya terminado la sesion, La llave con que he abierto la puerta me la proporcioné sacando un molde con cera i en la creencia que iba a hacer algunos descubrimientos. Ahora, voi a instruir a Vd. en lo que necesita hacer para asistir a sesion. La puerta que hai al costado de ésta, da a una pieza en que encontrará Vd. un hombre enmascarado, frente a una mesa en que arde una lámpara i hai recado de escribir. Junto a él, en una percha, están colgadas unas sayas negras i unas caretas, colocadas por órden numérico. El primero que llega, toma el 1; el segundo, el 2; etc. Por regla jeneral, debe tomarse el número mas bajo. El enmascarado anota entónces en una hoja de papel en que

están escritos los nombres de los socios, el número de la saya que le ha tocado al que acaba de entrar, i el cual pasa en seguida a otra pieza oscura, donde se viste la saya i se pone la careta en vez del pañuelo que hasta ese momento debe haber conservado. Para que Vd. comprenda mejor lo que tiene que hacer, voi a esplicarle de una manera mas práctica estas ceremonias. Antes le diré que el objeto de éstas es solo evitar que los socios se conozcan entre sí. Hai sesiones *ordinarias* i *estraordinarias:* las primeras se verifican los lúnes, i tienen lugar de la manera i en la forma siguiente:

Durante el dia, no hai hora fija, los socios reciben una esquela con solo dos palabras o frases, que varían al capricho de quien las escribe. La primera, es la consigna que debe darse al portero; la segunda, la que se dice ántes de tomar la careta. Si el socio no ha recibido la esquela, la consigna será la misma de la semana anterior. De este modo, jamas un estraño podrá asistir a la reunion, si no es que entre en lugar de uno de los verdaderos socios.

—¿I cómo he entrado yo? preguntó Edmundo.

—Por una casualidad. La reunion de hoi es estraordinaria, i para éstas se convoca con tres dias de anticipacion. Ahora bien: las citaciones se reparten por medio del correo; i ahora tres dias recibí dos en vez de una. El que rotuló las esquelas se olvidó, sin duda, de que ya habia puesto mi nombre en una i lo puso en otra. De esta manera me he encontrado dueño de dos entradas, con lo cual podemos asistir los dos a la vez. Respecto al que debia asistir con la que yo recibí, ni sabrá que ha habido esta reunion hasta despues. El cambiar las contraseñas de en-

tradas, como Vd. lo ve, evita que un estraño penetre en este recinto; i una vez aquí, los verdaderos socios no pueden tampoco conocerse entre sí, pues hoi tendrá el número 1 el que tiene a su cargo los negocios *A* i mañana o en otra sesion tendrá el número 12. Solo el presidente de la sociedad sabe, cuando ya está en la sala, quien es cada uno de los enmascarados que están en ella. I lo sabe, porque la lista de caprichosos nombres que él ha arreglado para cada uno de los socios, tiene al márjen el número que le ha tocado al llegar. Yo, por ejemplo, en mi esquela de citacion tengo estas palabras:—LIBERTAD, que es la que me ha servido para la puerta, i ATRACCION, que es la que daré al tomar la careta. Si la careta que tomo tiene el número 6, en la lista donde, entre otras palabras, está la última que he mencionado, se pondrá al márjen de ATRACCION el número 6.

El presidente debe tener otra lista en su poder, en la cual estarán mi nombre i apellido seguidos de la palabra o frase que debo emplear ántes de vestirme la saya; así es que al llegar dicho presidente, no tiene mas que agregar el número de mi saya para saber que soi yo el que tengo tales o cuales comisiones a mi cargo. ¿Me ha comprendido Vd?

—Perfectamente, contestó Edmundo.

—Pues bien, continuó Lay, la consigna que Vd. debe dar ántes de tomar su saya i su careta es: INTELIJENCIA. Una vez hecho esto, toma los objetos que le he indicado i se dirije a una puerta medio entornada que hai al frente, la abre i entra a una piecesita oscura, en la cual se cubre con la saya i con la careta. Hecho esto, abre una puerta

que le será facil ver por la luz de otra sala que pasará por entre los intersticios de aquella. En esa sala tiene lugar la reunion, i los socios deben esperar allí la llegada del presidente. Podrán sentarse, fumar sin sacarse la careta, pero de ninguna manera hablar. Segun el número que a Vd. le toque, será uno de los primeros o de los últimos que le corresponda hablar. Como Vd. no sabe que clase de comision tiene la persona en lugar de quien Vd. va a entrar, no podria de ningun modo contestar a las interrogaciones que le haga el presidente. Asi cuando éste le pregunte: «Qué tiene que comunicarnos el socio número *tantos?*» i nombre el número que Vd. tenga en su saya, contestará: «Nada tengo que comunicar por ahora, pues aun no he podido efectuar, por motivos que en la próxima sesion espresaré, las dilijencias que se me encomendaron.» En seguida pasará Vd. a recibir las órdenes que se le den, haciendo lo mismo que han hecho los demas.

—¿I si me toca ser yo el primero? preguntó Edmundo.

—No podrá suceder eso, contestó Lay, pues ya he sentido pasar a tres, i con que permanezcamos aquí algunos momentos mas, podremos ser de los últimos. ¿Me ha comprendido Vd. bien i cree que no olvidará nada de lo que le he dicho?

—Si no es mas que eso, contestó Edmundo, podré cumplir sus indicaciones.

—Pues bien: para evitar cualquier contratiempo, voi a entrar yo desde luego, i si hai algun inconveniente volveré en el acto a comunicárselo. Ademas, entrando yo primero, saldré tambien primero que Vd. i de este modo podré conjurar a la salida cualquier tropiezo o peligro.

Despues de la sesion nos reuniremos en la Alameda, en la esquina de la calle de San Francisco. No permanezca Vd. mas de un cuarto de hora aquí, pues pasado ese tiempo, ya no lo permitirian entrar a la sala de sesiones por haber éstas principiado.

—Hasta luego, i no olvide la consigna, agregó don Marcos.

Iba ya a salir cuando volvió i dijo al jóven:

—Apague Vd. la vela antes de abandonar esta pieza, deje la puerta cerrada i escuche que nadie haya entrado a la pieza inmediata cuando Vd. pase a ella, la cual será mui conveniente que atraviese de puntillas.

Está mui bien, contestó Edmundo.

CAPITULO LXII

Las cartas de Susana i don Cornelio

Don Márcos Lay salió sin hacer ruido, i Edmundo, que estaba impaciente por ver las cartas que habia encontrado en su casa, se acercó a la luz, rompió el sobre de una i leyó:

«Señor don Edmundo Cortés.

Presente.

«Estimado Edmundo:

«Es propio del hombre el errar; i natural en el caballero, el reparar el error. Herido en el corazon por la desgracia que tú tan bien como yo conoces; temeroso de ver

desaparecer la virtud i creencias relijiosas de mi hija Susana, único bien que me queda en la vida; alarmado, en fin, por tantos golpes fatales como en los últimos dias de mi vida han venido a arrancar la paz de mi espíritu, te alejé de mi casa privándote que amaras a la mujer que desde pequeña habia cuidado para tí. Tú sabes, Edmundo, cuanto te he querido, i que siempre, despues de mis hijas, has ocupado el primer lugar en mi corazon. Te hago este recuerdo para que comprendas cuál seria la situacion de mi espíritu cuando, cegado por falsos temores, quise aumentar mis sufrimientos privándome i privando a mi hija de tu compañia, que nos era tan grata.

«Hoi que la calma ha vuelto a mi razon; hoi que sé ya con fijeza el inmenso infortunio que ha caido sobre mí; hoi que la misma Susana, sacrificando su corazon, te muestra a tí como el único que puede lavar nuestra honra manchada, levanta nuestra frente abatida; hoi, Edmundo, cuando debes conservar aun el resentimiento que te haya causado mi conducta, me dirijo, sin embargo, a tí para pedirte un servicio inmenso i del cual depende la honra de toda mi familia.

«Sé que tú no ignoras cuál era la verdadera causa de la desaparicion de mi hija Matilde, i lo que has hecho en obsequio de ella. Te lo agradezco tanto mas, cuanto tambien sé que no querias ponerlo en mi conocimiento por no aumentar mis pesares. ¡Gracias, Edmundo! Gracias infinitas!...

«Te confesaré que no me atrevo a manifestarte el objeto de esta carta; i a pesar de que conozco la hidalguia de tu carácter, la nobleza de tu corazon, me avergüenzo de te-

ner que recurrir a este medio estremo para salvar mi honra tan sériamente amenazada. I bien: te diré que Susana, que mi hija Susana es la que me da mas valor, i quien en este momento escribe tambien a mi lado con el mismo objeto que yo.—Te diré ántes el corto diálogo habido entre los dos.

—«Mi determinacion de entrarme a un monasterio, dijo ella, es irrevocable. Mucho amo i he amado a Edmundo; pero como el unirme a él es imposible miéntras vea la mancha que la desgracia ha impreso en la frente de mi hermana, no seré yo quien dé mi mano a Edmundo para obligarlo a tener que ruborizarse mas tarde por las faltas de mi familia. Así, papá, déjeme Vd. retirarme a un monasterio desde donde podré mirar sin dolor los goces del mundo conquistando los del cielo.

—«Tus pensamientos, hija mia, le contesté, son mui sensatos; pero medítalo bien: se trata de renunciar a lo que mas has querido, i de comprometer para siempre tu vida.

—«¿I a qué comprometo mi vida? me preguntó ella. Entraré a un monasterio i no profesaré sino mas tarde, cuando ya esté convencida de que ahí podré ser feliz. Así, padre mio, haga Vd. lo que le digo: escríbale a Edmundo i dígale el servicio inmenso que yo misma le pido.

—«¡No me animo, Susana! ¿Qué dirá Edmundo despues de haberlo arrojado yo mismo de mi casa?

—Edmundo aceptará o rechazará nuestra súplica, replicó Susana; pero ninguna mala idea se formará de nosotros.

«Animado, pues, por la misma que mas sufrirá con la

realizacion de nuestro deseo, me atrevo, Edmundo, a manifestártelo. Lo hago como si comunicara a mi hijo un acuerdo tomado en bien de la familia. Oyeme, pues, como tal.

«La falta de Matilde, como tú sabes, es de aquellas que no se borran nunca cuando se manifiesta por medio de un sér que, por haber venido al mundo bajo auspicios que la sociedad no perdona jamas, está condenado a recibir el oprobio i el desden! ¿Has pensado un instante, Edmundo, en la situacion, o mas bien, en el porvenir que se le espera a Matilde i a su hijo? Te has colocado en mi lugar, en el lugar de un padre anciano que ve a su hija eternamente infeliz? Si lo has hecho, podrás comprender mi estado i hallar disculpable i tal vez natural i justo el paso que doi cerca de tí. Lo diré de una vez: para salvar de la deshonra a mi hija, para que mi nombre pueda bajar al sepulcro libre de toda mancha, para que mis últimos dias puedan ser tranquilos, necesito adquirir ántes la seguridad de que mis hijas serán respetadas, i nadie pueda presentarlas como el ludibrio de la sociedad. Para obtener esto, es necesario cubrir la falta de Matilde, i para cubrir la falta de Matilde, se necesita de un hombre que quiera con su mano acallar las sospechas desdorosas que puedan caer sobre ella. ¿Quién podrá ser ese hombre cuya nobleza de sentimientos, cuyo deseo por el bien de Matilde i de nosotros le haga aceptar este sacrificio? Quién el hombre que mas tarde no abuse i haga pagar con lágrimas el servicio dispensado a mi hija? Quién, en fin, el que, por amor a un anciano i a una familia desventurada, tome de su cuenta como un deber el proporcionarle la dicha que un

agudo golpe del destino les arrebató en hora fatal? Quién será ese hombre, Edmundo?..... Susana lo ha dicho: ese hombre no puede ser otro que tú!..... Tú que amas a Matilde como a una hermana i que nos has mirado siempre como parte de tu familia, serias el único para quien este paso tendria algunas satisfacciones. Desde luego el prohijar a un huerfanito condenado al escarnio i a las maldiciones de la sociedad..... ¡No quiero continuar! Podria hacerte miles de reflexiones para inclinarte al deseo de secundar mis miras; pero aparte de otros motivos quiero que si aceptas, no sea en fuerza de mis súplicas u observaciones sino movido por el cariño que nos has profesado i, mas que todo, porque así llevas a cabo un acto de grande abnegacion.

«Por eso es que yo mismo te diré que el sacrificio que te pido es casi imposible, i que tú que amas tanto a Susana, no podrás conformarte con poner entre tú i ella un obstáculo insuperable. Medítalo, Edmundo, i consulta a tu corazon, que siempre ha abrigado sentimientos jenerosos, si seria capaz de cumplir esa obra, que será caridad, nobleza, renuncia de las satisfacciones propias en obsequio de una mujer cuya inocencia le ha precipitado en el habismo.

«Concluiré pidiéndote, que si crees posible complacerme, me contestes por el correo, pues para que no se notase la ausencia de Matilde, he cambiado de habitacion i vivo ocultamente fuera de la ciudad.

«Contesta pronto, Edmundo, a este tu segundo padre.

CORNELIO DEL VALLE.»

Edmundo se quedó un instante con la carta entre las manos sin darse cuenta de lo que habia leido. Luego, sin querer meditar en nada i con la esperanza de que la otra carta fuese del todo contraria, la desplegó i leyó lo siguiente:

«Mi Edmundo:

«Como sé que tú me comprenderás sin necesidad de largas esplicaciones, voi a manifestarte brevemente lo que he resuelto despues de una larga meditacion. La desgracia de Matilde, como tú mismo lo habrás pensado mas de una vez, ha venido a poner entre los dos un obstáculo insalvable; i aunque el corazon sufra con la idea de renunciar a nuestras mas queridas esperanzas, es necesario que las disipemos pronto ántes que nos sea imposible hacerlo. Por delicadeza, yo no te daré mi mano, pues no quiero que jamas vayas a tener que ruborizarte por mi familia, lo que tarde o temprano sucederá si la falta de Matilde se descubre. A mas, los sinsabores, los obstáculos que se han suscitado para nuestra union, los mismos dolores que me han aflijido, son causa de que mire ya como ajenos de mí los goces del hogar i piense solo en la paz inefable de un claustro, en donde quiero i deseo concluir mi existencia.

«Al comunicarte mi resolucion, te diré, Edmundo, que abrigo la esperanza ciertísima de que me concederás lo que voi a pedirte en nombre de nuestro mismo amor! Tú sabes cuánto amo a mi hermana; que desde nuestra infancia he sido para ella su apoyo, su guia, una segunda madre, i que el complacerla i verla feliz formaba mi felicidad. ¿Cuál será ahora mi dolor cuando sé lo que sufre i la veo conde-

nada a llevar una vida eternamente desgraciada? Si yo pudiera a costa del mayor de los sacrificios hacerla dichosa; si me fuera posible borrar lo sucedido al caro precio de mi vida, al instante la perderia. Pero ¡ai! desgraciadamente todo cuanto yo haga no alcanzaria a remediar el mal: solo tú, Edmundo, eres el único que puede cambiar su suerte desdichada. Para ello, solo tienes que renunciar a mi amor i darlo a ella junto con tu nombre. No me digas que te pido un imposible, pues no lo es amar un poco a esa pobre criatura tan buena, tan bella, tan inocente i hoi tan desgraciada! El corazon me dice que serias mas feliz con ella que conmigo; que con ella tendrias una espos aque seria todo humildad, todo abnegacion, todo gratitud, pues en tí veria a su salvador, a su jeneroso i digno protector mas bien que al esposo o al hermano. Tu que conoces tanto como yo el caracter dulce e incomparable de Matilde, ¿no sentirias orgullo de formar su dicha i de ser para ella la causa de su bienestar? Tu que me has dicho que la amas tanto, podrías verla desdichada, sabiendo que en tu mano está el cambio de su suerte? . ..... ¡I yo, Edmundo, cuanto agradeceria tu abnegacion, i con que placer veria desde el fondo de mi retiro que tu i ella eran felices!...

«Cuando pienso que voi a perderte para hacer la felicidad de mi hermana, mi corazon en vez de entristecerse se dilata. La dicha de Matilde no ha sido siempre la mia? A mas, estoi íntimamente persuadida de que seras feliz, mui feliz con ella, i que el poco de pesar que te causa por ahora el perderme, sera compensado con usura a la idea de haber sido el bien, el apoyo, el consuelo de toda una familia. No encuentras que un sacrificio de esta naturale-

za es algo mui grande, casi sublime, que nos engrandece a nuestros propios ojos i nos causa una inmensa satisfaccion? No es sacrificarse por un deber ni marchar en busca de una gloria por la renuncia absoluta de los goces de que nos privamos: es algo mas elevado, mas grandioso, pues nuestro sacrificio no tendrá por premio ni aun el ser conocido ni admirado por los demas. A ti, Edmundo, te he creido capaz de esa clase de obras, i créeme que el verte descender del pedestal en que mi imajinacion i mi amor te han colocado, me causaria un profundísimo pesar. Por mi parte, yo, mujer, me siento capaz de salvar a mi hermana de la deshonra sacrificándole un amor que en vez de estinguirse, se hará mas grande porque será mas puro, mas ideal i mas íntimo, por lo mismo que será espiritual.

«Contesta, Edmundo, a tu Susana, a tu Susana que te amará en lo sucesivo como tu amabas a mi pobre Matilde.—Tu carta para mi, adjúntala a la de mi padre.

«Adios! Te amo mas que nunca, pero de distinta manera!

SUSANA DEL VALLE.»

Sorprendió tanto a Edmundo la lectura de estas cartas, que durante un momento, se quedó perplejo i sin darse cuenta de lo que le sucedia. Tomábale tan de nuevo aquello, que habia instantes en que se creyó presa de un sueño atormentador. Cómo se preguntó es posible que Susana me escriba en tal sentido? Cómo don Cornelio, tan recto en sus ideas, tan enemigo de los engaños, tan leal en todos sus actos, ha podido admitir tales subterfujios? I seria posible que yo hiciese eso? I es posible, sobre todo, que sea

Susana quien me lo pida? I la manera como lo solicita!... Donde está el alma de Susana en esta carta? Ha podido cambiar tanto en estos dias, que su corazon se muestra frio, casi indiferente a mi amor.

Edmundo habria continuado haciéndose mil i mil interrogaciones si el andar de una persona que atravesaba la pieza inmediata, no le hubiese recordado su actual situacion.

—Vamos, se dijo: es necesario conocer el fin de esto.

Guardó las cartas en uno de sus bolsillos i, siguiendo al pié de la letra las instrucciones dadas por Lay se dirijió resueltamente a la sala que áquel le habia designado.

Cupo a Edmundo en la distribucion de las sayas i de las caretas el número 8.

CAPITULO LXIII

La sociedad misteriosa

«Pero ¿qué pretenden esos hombres que aun esponiendo su vida recorren el globo con incesante afan; que se apoderan de la juventud i vician sus instintos: que se rodean de innumerables asociaciones públicas i secretas; que fomentan el espionaje i la delacion i que acaparan riquezas por todos los medios que están a su alcance? ¡Pretenden un imposible que quieren realizar!—Su sueño es llegar a constituir una monarquia universal de la que el Pontífice de Roma será el único Señor espiritual i temporal; aunque a las órdenes de la Compañia!»—SALUDABLES ADVERTENCIAS A LOS VERDADEROS CATÓLICOS I AL CLERO POLÍTICO.—*Cartas sobre los jesuitas*.—Edicion de Santiago, 1871.—Prefacio, páj. IX.

EDMUNDO, vestido con el traje que le habian dado despues de repetir la consigna indicada por Lay, entró a una sala de doce varas de largo por seis de ancho, en que encontró a siete personas que,

como él, estaban completamente cubiertas por una careta i saya iguales a las suyas.

La sala estaba rodeada de sillas de brazo, el suelo cubierto con una gruesa alfombra de color oscuro, i al frente, en una ancha mesa con tapiz verde, ardian dos grandes lámparas, cuya luz amortiguaban dos pantallas verdes. Cerca a la lámpara se veia, ademas, una campanilla, recado de escribir i un voluminoso libro con pasta de tela. El aspecto jeneral del salon era imponente i un tanto sombrio.

Edmundo, haciéndose cargo de una ojeada, de la colocacion que tenian las otras personas, ocupó una silla inmediata a la en que se hallaba sentado el que tenia el número 7, i como los demas, se acomodó lo mejor posible para esperar.

Su entrada a la sala no podia haber sido mas oportuna, pues un minuto despues se abrió la puerta i apareció un nuevo personaje cubierto por una saya i careta azul sin número en el pecho i a la vista del cual los concurrentes se pusieron de pié.

Edmundo los imitó.

El recien llegado saludó con una vénia ceremoniosa i pasó a ocupar una silla inmediata a la mesa. Despues de sentarse i hacer un ademan para que los demas lo imitaran, sacó una cartera que examinó durante algunos instantes. En seguida, apoyando las manos en los brazos de la silla i echándose un tanto para atras, dijo:

—Señores, os he convocado a una reunion estraordinaria porque hai asuntos de importancia que tratar i porque ha llegado el momento en que es necesario trabajemos con

actividad. Sabeis ya por la voz pública, que se pretende conseguir para la Compañia, entre otras cosas, el que se la dé *personeria jurídica*, pues de otra manera su existencia será siempre anómala i su marcha hácia el progreso mui incierta, mui lenta i mui irregular. Para una sociedad como la muestra, destinada a luchar con variados i grandes obstáculos, con la corriente de odio i mala voluntad del pueblo i con la desconfianza o indiferencia de los grandes, es un gravísimo inconveniente el que tenga que vivir fraccionada, medio oculta, i que los bienes que como sociedad podia reportar i dispensar, tenga que atribuirlos o confiarlos a un hombre, a un solo individuo que tiene representacion como hombre i no como *persona*, i mucho ménos como miembro de una sociedad. Las perjudiciales consecuencias que de esto se deducen, no necesitaré hacéroslas notar.

«Si álguien ofende a la sociedad, como tal no podrá ésta pedir la reparacion; si álguien, por el contrario, quiere favorecerla, tampoco podrá aceptar esos favores. I aunque es cierto que para todo hai un remedio i que no por esas trabas se dejarian de reparar los agravios o de aceptar los favores, tambien lo es por mil otras razones que es tiempo ya de que la sociedad se muestre en el rango que le corresponde i aparezca a la luz del dia sembrando sus beneficios. Permanecer mas tiempo en la oscuridad, seria cobardía: continuar en la senda que la prudencia i el temor nos trazaron al principio, es ya innecesario. Segun he observado, la mayoría mira con indiferencia que la Compañía de Jesus se establezca o no en el pais, i la minoría está dividida entre personas que rechazan abierta-

mente tal idea i otros que, por el contrario, la aplauden. Así, nuestros partidarios i los indiferentes nos pertenecen, i el pequeño número de los enemigos no debe arredrarnos. No obstante, como la tolerancia de los primeros puede en un instante dado, convertirse en agresion, será conveniente no esponerse a provocarla i marchar con tino i cautela.»

El presidente calló un instante.

Los otros personajes escuchaban con el mas profundo silencio e inmóbiles en sus sillas.

—Lo que mas debe alentarnos, agregó el de la careta azul, no es precisamente la opinion del vulgo, que se lleva adonde se quiera con un poco de sagacidad, sino el que contamos con sólidos apoyos en todos los círculos del poder, ya se llame éste civil, eclesiástico o militar. Sostener i aumentar esos apoyos, es incumbencia de nuestros trabajos individuales i del resultado que dén nuestros negocios temporales. Vosotros lo sabeis: la base de todo es hoi dia el oro, i con él yo me comprometo a trastornar el mundo entero. I ya que llegamos a este punto, os diré que si quereis elevar a la sociedad i elevaros con ella, debeis duplicar vuestros esfuerzos para realizar con prontitud i seguridad las comisiones que se os han confiado. ¡Trabajo i constancia! ya lo sabeis: esta es nuestra divisa! Cada uno en su esfera trate de conquistar resultados satisfactorios, i con esto conquistará tambien un puesto envidiable en la sociedad. Recordad, ademas, que una vez colocada la Compañía en el puesto que debe ocupar, i no teniendo ya que atender a sí misma, atenderá esclusivamente a los que la han ayudado a progresar.

—Pasaremos ahora al objeto de esta sesion, continuó el

presidente tras una breve pausa. Antes que todo os diré que nuestras reuniones ordinariàs cesan desde hoi, i que cuando haya necesidad de convocaros para algo, se os citará oportunamente señalándoos el sitio, dia i hora de la reunion. En lo sucesivo dareis cuenta diariamente, por escrito, de las comisiones que se os confien, i depositareis vuestras comunicaciones en el lugar que se os señalará oportunamente. Ahora, escuchadme con atencion:

—Las últimas noticias llegadas de Europa imprimen un cambio en nuestra posicion i nos dan la certeza de cimentar de una manera eterna nuestra sociedad. No habia querido comunicároslo hasta saber el resultado; pero sabed que en Roma, es decir, en el centro de la Compañía, ésta se ha visto seriamente amenazada por el partido que llaman *liberal* i que fué el que elevó a Pio IX (1).

—Vosotros habreis sabido, agregó el presidente, que la Europa entera batió palmas por la elevacion del Papa actual i que diversos partidos reformistas vieron en él un innovador a medida de sus aspiraciones. En nuestra sociedad i aun en el *Gesu*—Gran palacio en que reside el jeneral—ha habido partidarios de las reformas i adictos a la causa de los liberales que tenian por jefe al mismo Pio IX; pero sofocadas por el jeneral esas tendencias re-

---

(1) Hasta este punto no habíamos querido, de intento, fijar la época de ningun acontecimiento, para no hacer nuestra narracion de un carácter demasiado local, pues solo hemos querido dar una sombra idea en jeneral de las máximas i de los hechos de los jesuitas.

Las pocas frases en que hemos hablado de la *personería jurídica* que

volucionarias apénas nacieron, pudo entónces dedicarse esclusivamente a combatir la amenaza que nos venia del esterior. Pio IX podia ser para nuestra Orden en el siglo XIX, lo que fué Clemente XV en el siglo XVIII. Numerosas atenciones, grandes contratiempos, habian impedido a nuestro jeneral, cuando se reunió el cónclave, apoyar con todo su poder al cardenal Lambruschini, que era nuestro candidato a la silla apostólica, i que fué vencido por la popularidad del que es hoi Pio IX. Así, el Papa, que estableció desde luego la libertad de imprenta en sus estados i trató de trastornar muchas antiguas i benéficas instituciones, no podia ser apoyado por los jesuitas, o lo que es lo mismo, por nuestro jeneral. Aquí i allá sur-

---

deseaban tener los jesuitas, i cuya solicitud aprobada por el Senado de Chile, levantó una verdadera tempestad en la prensa pocos años há, no se refieren de ninguna manera a esa época (la cual, si mas tarde es posible, nos servirá para una nueva obra cuyos datos nos ocupamos de acopiar); i cuando mas, si el lector se empeña en dar una fecha a nuestra historia, puede tomarse como los primeros i ocultos pasos que daban los jesuitas para llegar al logro de sus deseos.

Hemos creido necesaria esta esplicacion para que no se nos acuse de incurrir en anacronismos, presentando hechos que solo han podido realizarse mucho despues. Los sucesos de Roma a que se hace referencia en la narracion, fijarian, pues, la época que nosotros hemos callado; pero lo repetimos: nuestro objeto es i ha sido siempre dar ideas aproximadas de los hechos i no de los tiempos. Así en lo que se refiere a Chile, presentaremos indistintamente i codeándose muchas veces, ora el tiempo de la mula i el grande almofré con el del ferrocarril i la liviana maleta para los viajes, ora ya el en que *asoleaban la platu en cueros* con el en que circulan los *cheques como moneda corriente.*

jieron bien pronto dificultades, i el rumor leve i tímido de descontento que salió del *Gesu* desde el primer dia, cundió, creció i se estendió hasta convertirse en verdadero grito de alarma, de amenaza, que armó al ejército i levantó formidables partidos aun fuera de la misma Roma. El Papa tembló en su soberano trono i pidió apoyo al humilde fraile jesuita cuyo poder seguramente deseaba en aquellos momentos; pero el humilde fraile le contestó alejándose del *Gesu* i marchándose a la Francia, desde donde acabó de desbaratar los planes de sus enemigos i de conquistar el objeto que tanto tiempo perseguia. Pio IX se encontró débil, nulo, incapaz de luchar con la tempestad, i comprendiendo al fin sus verdaderos intereses, aceptó la alianza con nuestro jeneral, que le dió desde el primer momento la paz, la quietud que en balde habia buscado. Ahora bien: el último vapor nos ha traido la noticia de esa alianza i del verdadero i espléndido triunfo obtenido contra los liberales, que son nuestros enemigos i, como tales, los enemigos de la relijion. En adelante, el papado tendrá nuestro apoyo, i nosotros seremos apoyados por el Papa. Aunque no ganamos con esto otra cosa que la seguridad de no ser molestados i de dedicarnos al trabajo de engrandecer nuestra Orden, eso solo es de un inmenso valor. ¡Qué se nos deje en paz, que no se nos persiga, he ahí todo lo que necesitamos! El pueblo nos pertenece si no se le azuza contra nosotros: el pueblo ve en nosotros a sus protectores, a sus padres, a sus amigos, si se le deja tranquilamente en nuestras manos. En Roma se ha visto confirmado últimamente esto. Cuando el Papa volvió de Goëte a ocupar el

Quirinal i su trono de Rei, ocho meses despues que nuestro jeneral, el pueblo asistió mudo i casi indiferente a su recepcion. ¡Qué distinto cuando nuestro jeneral, sin séquito ni pompa, atravesó en un humilde simon la populosa Roma! Los palacios se estremecian a los gritos de: «*¡Evviva il Papa nero!* (1) Viva el salvador de Roma! ..... Vivan los jesuitas!»...

—Aquellos gritos, agregó el presidente con voz entusiasmada, aquellos gritos debió oirlos Pio IX en su retiro de Goëte, i aunque con secreto despecho, le harian alegrarse de haber inclinado la frente ante nuestro soberano poder!... Desde aquel dia tiene asegurado su trono como Papa i como Rei; i aun cuando comparta su poder con el humilde i negro fraile jesuita, qué importa si asi vivirá largos años gobernando sin obstáculos el mundo entero?

—Pero dejaremos esto para ocuparnos de nuestros asuntos, dijo el presidente.

Tomó la cartera que habia sacado de sus bolsillos, i despues de consultarla un momento, agregó:

—Qué tiene que comunicarme el socio número 1?

Levantóse el que tenia ese número en la saya i dijo:

---

(1) «Los fanáticos gritan entre la multitud, que la Virjen Maria habia hecho un milagro por los padres; que nosotros éramos los verdaderos salvadores de Roma; que nuestra partida habia sido la precursora infalible de la caida del Santísimo Padre; que los Papas no podian hacer nada sin nosotros; etc.»—Traduccion de Le Jesuite, por L'abbé*** t. II, páj. 421.

—He sabido, por una persona bien informada, que el ministro de la guerra está a punto de renunciar su cartera a causa de haber sido interpelado por abusos cometidos en el sur entre oficiales que son miembros de su familia. A mas, como se opusiera a firmar el nombramiento del sarjento mayor B. L., i el comandante jeneral de armas, apoyado por S. E. el Presidente de la República i el inspector jeneral del ejército insistiesen en que aquel ocupara nuevamente su destino, ha tenido que poner su firma a su pesar; lo que le ha contrariado infinito.

El jeneral B*** habia recibido órdenes para ir al Perú con una mision secreta del gobierno; pero rehusó, ignorándose las causas: se cree que a consecuencia de relaciones que mantiene en Valparaiso, a cuyo puerto va a menudo. Por esto mismo, sin duda, solicita que se le dé la intendencia, i mueve en ese sentido sus influencias. Lo conseguirá, pues es bien querido del gobierno i tiene mucho partido en el puerto.

—Se le mandó la carta que ordené se le enviara en sesiones pasadas?

—Si, señor presidente.

—Ha manifestado otra vez al gobierno o en público sus opiniones respecto a nuestra Orden?

—Nada he sabido: al contrario, se mantuvo en la mas absoluta reserva cuando un amigo, comisionado por mi, trató de conocer sus opiniones a ese respecto.

«Despues de lo que di a conocer en la última reunion,

nada mas tengo que comunicar, pues aun no he recibido informes de mis comisionados» (1).

—El socio número 2 tenga a bien comunicarnos el éxito de sus trabajos, dijo el presidente.

—En el último vapor, dijo el que llevaba ese número, el Ilustrísimo Arzobispo ha recibido una comunicacion especial de Su Santidad en que, despues de hacer referencia a los grandes bienes que desde su fundacion hasta nuestros dias ha hecho a la humanidad la Compañia de Jesus, le recomienda mui especialmente que haga cuanto esté de su parte para que sea admitida i reconocida en Chile, por cuya nacion conserva particular aprecio i gratos recuerdos desde que estuvo aquí en calidad de secretario del Nuncio Apostólico. El señor Arzobispo ha dado ya algunos pasos en este sentido, i ántes que todo trata de adquirir una casa que pueda servir de claustro a la congregacion. Las demas noticias son reservadas.

El que hablaba se acercó al presidente i le entregó un papel en que se leia lo que sigue:

«Las últimas averiguaciones hechas en los Andes, despues de las que he dado a conocer por medio del correo, confirman los escándalos que he mencionado. El infeliz marido se halla próximo a perder la razon, i ella marcha

---

(1) En 1564 no tenian aun los jesuitas *Libro de la vida* en el cual han anotado despues cuanto averiguan por sus confesiones en los secretos domésticos, preguntando a los niños i criados, no tanto con respecto a su conciencia como con respecto a los propósitos de sus padres i amos, para saber cual es su caracter.—ANALISIS DOCUMENTADOS, t. I, edicion de Madrid de 1845, páj. 77.

a Talca en seguimiento del desterrado. La familia, compuesta de seis hijos, se ha desorganizado completamente, i del hogar en que reinaba la paz, la quietud, no queda mas que un pobre loco que llora i desea convertirse en verdugo de todos los sacerdotes.

«Ayer ha entrado al convento de A*** el abogado M. N. con el intento de profesar. Sus bienes, que pasarán de 60,000 pesos, aun no los ha destinado: se dice que piensa dar una parte a los hospitales i casas de beneficencia i la otra al convento de A***. Ayer mismo he tratado de hacer llegar hasta él un memorial en que le hago ver que ninguna colocacion mejor podia dar a su fortuna, que dedicarla al establecimiento de colejios que fueran rejentados por sacerdotes estranjeros i en los cuales se diera a la juventud una educacion cristiana. Hoi me presenté a él como uno de los miembres que formará parte de una institucion de ese jénero i ha quedado de resolverse, prometiéndome desde luego que me ayudará. Convendria aumentar los empeños ántes que la comunidad a que ha entrado se adueñe de esa fortuna.

«El secretario del Arzobispo, despues del oficio que le dirijí para que compareciese a recibir unas cartas escritas por él, no ha vuelto a oponerse a las buenas intenciones que manifiesta el señor Arzobispo para protejer a los jesuitas.

«En la curia se siguen, con el sijilo de costumbre, los siguientes juicios: contra el presbítero G. S. por haberse negado a prestar auxilios relijiosos a un moribundo que ántes no habia querido cederle una parte de su herencia para refaccionar el curato; contra tres que son acusados,

uno por sacrilejio *contra rem sacram*, i los otros *por personal*; un cuarto, por *cuncubitus inordinatur cum consanguínea*; i varios otros por faltas mas leves.

«El juicio que se sigue para quitar la capellania que pertenece al presbítero R. B., i de la cual corresponderá la mitad a la Orden por haberla descubierto, ha sido puesto en tabla hoi i la sentencia será favorable.

«Aun no he tenido tiempo de evacuar las otras dilijencias que se me encomendaron en la sesion pasada; pero se ha procedido a investigar los hechos del cura de X*** i a esclarecer la verdadera causa de la rivalidad que existe entre el cura i el gobernador de Curicó» (1).

El presidente leyó lo que antecede miéntras el que le dió el papel habia vuelto a ocupar su asiento.

—¿Qué ha avanzado el socio número 3? preguntó el presidente.

—Por el último vapor he recibido de nuestro apoderado de Nueva York una copia del contrato firmado por el go-

---

(1) «Nuestros adversarios los jesuitas que han solicitado estas vedas, velan sobre nosotros con tanto cuidado i afan, que espian constantemente a nuestros profesores, a nuestros alumnos i confesores, temiendo que se les escapen algunas palabras acerca de la gracia divina, para darlos al momento por refractarios de las ordenanzas apostólicas. Envian de sus partes mas adictos a nuestros actos escolásticos, con argumentos preparados en términos que, de consecuencias en consecuencias, puedan atraer a nuestros teólogos a tratar de la gracia de Dios.»

El venerable Jerónimo Bautista de Lanuza, obispo. Los Jesuitas *por las autoridades mas competentes*, desde su fundacion en el año 1540. Edicion de Madrid, t. 1, pájs. 122 i 123.

bierno, por el cual contrato desde el 1.º de enero del año próximo, nuestra Compañía de navegacion que jira bajo la razon social de Schuchard, Mayer i Cª., hará la navegacion entre este puerto i Liverpool, con escala en todos los puntos intermedios. Me lo comunica para que nuestras transacciones comerciales puedan hacerse en lo sucesivo bajo mayores facilidades i teniendo en vista que la navegacion entre esos dos puntos puede hacerse en trece dias. Con esto las diversas compañías de vapores que dan vuelta al mundo, se hallan todas subvencionadas i protejidas por los gobiernos a quienes en su totalidad prestan los servicios de correo i trasporte, hallándose por este medio en actitud de imponerse de todos los secretos de Estado que forzosamente deben confiarse a nuestras naves (1). De los astilleros de Lóndres se han votado al mar, en el mes próximo pasado, tres vapores de gran calado i un paquete destinado al

---

(1) «En el dia han vuelto a adquirir cuantiosos bienes, aun cuando comprados por mano ajena, i muchos de ellos por mano de mujer: poseen casas de comercio, conocidas de todos, aunque todavia ocultas bajo diferentes razones sociales; i los que hayan viajado en esta costa, habrán encontrado mas de una vez, alguno de los cien o mas buques de la Compañía que hacen el tráfico del Pacífico. Todos ellos van pintados de blanco de la quilla al tope, i en una de las velas llevan dos PP. rojas.....

«Muchas cajas de cofradías i hermandades, tiendas de jéneros, mercerías hai que, sin que se trasluzca en el público, les producen redondas sumas, i mas de un capitalista improvisado no es estraño a los negocios de la Compañía!»

SALUDABLES ADVERTENCIAS A LOS VERDADEROS CATÓLICOS —*Cartas sobre los jesuitas*, pájs. 158 i 159.

trasporte. Se me ha comunicado estos datos, pero sin dárseme el nombre de esas embarcaciones ni indicárseme el punto a que son destinados.

«El vapor *Bering*, cargado con café, algodon, pieles, cochinilla, nuez moscada, etc., etc., a nuestra órden i a la de varios comerciantes de Valparaiso, ha concluido de descargar i espera órdenes para recibir carga o volver en lastre.

«Las demas noticias son reservadas.»

El número 3, como el anterior, puso en manos del presidente un pliego de papel, cuyo contenido damos a continuacion:

«La joyería que jira en esta plaza bajo el nombre de Couvert i C.ª, ha recibido los diamantes, topacios i barras de oro que traia a su bordo *El Vencedor*, i cuyos artículos, junto con 120 docenas de sombreros pita, 200 idem de tabaqueras, un cajon de 20 libras quinina, se desembarcaron de contrabando en las costas inmediatas a San Antonio, remunerando al guarda con la cantidad de mil pesos.

«En Quivolgo, frente a Constitucion, se ha desembarcado tambien, sin pago de derechos, 10 cajones terciopelo, 20 con telas de seda i 1 con boquillas, tabaqueras i otros objetos de ámbar. Ahí hemos sufrido la pérdida de un cajon que contenia 100 pares de pistolas, la mayor parte con incrustaciones de plata. Se fué al fondo del mar al tiempo de trasbordarla a la lancha, matando a dos fieles cargadores.

La casa Theindall, Höver i C.ª, que jira en drogas i perfumerías, se encuentra con un *pasivo* de 85,000 pesos i con créditos que no podrá satisfacer. Propone la sus-

jieron bien pronto dificultades, i el rumor leve i tímido de descontento que salió del *Gesu* desde el primer dia, cundió, creció i se estendió hasta convertirse en verdadero grito de alarma, de amenaza, que armó al ejército i levantó formidables partidos aun fuera de la misma Roma. El Papa tembló en su soberano trono i pidió apoyo al humilde fraile jesuita cuyo poder seguramente deseaba en aquellos momentos; pero el humilde fraile le contestó alejándose del *Gesu* i marchándose a la Francia, desde donde acabó de desbaratar los planes de sus enemigos i de conquistar el objeto que tanto tiempo perseguia. Pio IX se encontró débil, nulo, incapaz de luchar con la tempestad, i comprendiendo al fin sus verdaderos intereses, aceptó la alianza con nuestro jeneral, que le dió desde el primer momento la paz, la quietud que en balde habia buscado. Ahora bien: el último vapor nos ha traido la noticia de esa alianza i del verdadero i espléndido triunfo obtenido contra los liberales, que son nuestros enemigos i, como tales, los enemigos de la relijion. En adelante, el papado tendrá nuestro apoyo, i nosotros seremos apoyados por el Papa. Aunque no ganamos con esto otra cosa que la seguridad de no ser molestados i de dedicarnos al trabajo de engrandecer nuestra Orden, eso solo es de un inmenso valor. ¡Qué se nos deje en paz, que no se nos persiga, he ahí todo lo que necesitamos! El pueblo nos pertenece si no se le azuza contra nosotros: el pueblo ve en nosotros a sus protectores, a sus padres, a sus amigos, si se le deja tranquilamente en nuestras manos. En Roma se ha visto confirmado últimamente esto. Cuando el Papa volvió de Goëte a ocupar el

Quirinal i su trono de Rei, ocho meses despues que nuestro jeneral, el pueblo asistió mudo i casi indiferente a su recepcion. ¡Qué distinto cuando nuestro jeneral, sin séquito ni pompa, atravesó en un humilde simon la populosa Roma! Los palacios se estremecian a los gritos de: «*¡Evviva il Papa nero!* (1) Viva el salvador de Roma! ..... Vivan los jesuitas!»...

—Aquellos gritos, agregó el presidente con voz entusiasmada, aquellos gritos debió oirlos Pio IX en su retiro de Goëte, i aunque con secreto despecho, le harian alegrarse de haber inclinado la frente ante nuestro soberano poder!... Desde aquel dia tiene asegurado su trono como Papa i como Rei; i aun cuando comparta su poder con el humilde i negro fraile jesuita, qué importa si asi vivirá largos años gobernando sin obstáculos el mundo entero?

—Pero dejaremos esto para ocuparnos de nuestros asuntos, dijo el presidente.

Tomó la cartera que habia sacado de sus bolsillos, i despues de consultarla un momento, agregó:

—Qué tiene que comunicarme el socio número 1?

Levantóse el que tenia ese número en la saya i dijo:

---

(1) «Los fanáticos gritan entre la multitud, que la Virjen Maria habia hecho un milagro por los padres; que nosotros éramos los verdaderos salvadores de Roma; que nuestra partida habia sido la precursora infalible de la caida del Santísimo Padre; que los Papas no podian hacer nada sin nosotros; etc.»—Traduccion de Le Jesuite, por L'abbé*** t. II, páj. 421.

—He sabido, por una persona bien informada, que el ministro de la guerra está a punto de renunciar su cartera a causa de haber sido interpelado por abusos cometidos en el sur entre oficiales que son miembros de su familia. A mas, como se opusiera a firmar el nombramiento del sarjento mayor B. L., i el comandante jeneral de armas, apoyado por S. E. el Presidente de la República i el inspector jeneral del ejército insistiesen en que aquel ocupara nuevamente su destino, ha tenido que poner su firma a su pesar; lo que le ha contrariado infinito.

El jeneral B*** habia recibido órdenes para ir al Perú con una mision secreta del gobierno; pero rehusó, ignorándose las causas: se cree que a consecuencia de relaciones que mantiene en Valparaiso, a cuyo puerto va a menudo. Por esto mismo, sin duda, solicita que se le dé la intendencia, i mueve en ese sentido sus influencias. Lo conseguirá, pues es bien querido del gobierno i tiene mucho partido en el puerto.

—Se le mandó la carta que ordené se le enviara en sesiones pasadas?

—Si, señor presidente.

—Ha manifestado otra vez al gobierno o en público sus opiniones respecto a nuestra Orden?

—Nada he sabido: al contrario, se mantuvo en la mas absoluta reserva cuando un amigo, comisionado por mi, trató de conocer sus opiniones a ese respecto.

«Despues de lo que di a conocer en la última reunion,

nada mas tengo que comunicar, pues aun no he recibido informes de mis comisionados» (1).

—El socio número 2 tenga a bien comunicarnos el éxito de sus trabajos, dijo el presidente.

—En el último vapor, dijo el que llevaba ese número, el Ilustrísimo Arzobispo ha recibido una comunicacion especial de Su Santidad en que, despues de hacer referencia a los grandes bienes que desde su fundacion hasta nuestros dias ha hecho a la humanidad la Compañía de Jesus, le recomienda mui especialmente que haga cuanto esté de su parte para que sea admitida i reconocida en Chile, por cuya nacion conserva particular aprecio i gratos recuerdos desde que estuvo aquí en calidad de secretario del Nuncio Apostólico. El señor Arzobispo ha dado ya algunos pasos en este sentido, i ántes que todo trata de adquirir una casa que pueda servir de claustro a la congregacion. Las demas noticias son reservadas.

El que hablaba se acercó al presidente i le entregó un papel en que se leia lo que sigue:

«Las últimas averiguaciones hechas en los Andes, despues de las que he dado a conocer por medio del correo, confirman los escándalos que he mencionado. El infeliz marido se halla próximo a perder la razon, i ella marcha

---

(1) En 1564 no tenian aun los jesuitas *Libro de la vida* en el cual han anotado despues cuanto averiguan por sus confesiones en los secretos domésticos, preguntando a los niños i criados, no tanto con respecto a su conciencia como con respecto a los propósitos de sus padres i amos, para saber cual es su caracter.—ANALISIS DOCUMENTADOS, t. I, edicion de Madrid de 1845, páj. 77.

a Talca en seguimiento del desterrado. La familia, compuesta de seis hijos, se ha desorganizado completamente, i del hogar en que reinaba la paz, la quietud, no queda mas que un pobre loco que llora i desea convertirse en verdugo de todos los sacerdotes.

«Ayer ha entrado al convento de A*** el abogado M. N. con el intento de profesar. Sus bienes, que pasarán de 60,000 pesos, aun no los ha destinado: se dice que piensa dar una parte a los hospitales i casas de beneficencia i la otra al convento de A***. Ayer mismo he tratado de hacer llegar hasta él un memorial en que le hago ver que ninguna colocacion mejor podia dar a su fortuna, que dedicarla al establecimiento de colejios que fueran rejentados por sacerdotes estranjeros i en los cuales se diera a la juventud una educacion cristiana. Hoi me presenté a él como uno de los miembres que formará parte de una institucion de ese jénero i ha quedado de resolverse, prometiéndome desde luego que me ayudará. Convendria aumentar los empeños ántes que la comunidad a que ha entrado se adueñe de esa fortuna.

«El secretario del Arzobispo, despues del oficio que le dirijí para que compareciese a recibir unas cartas escritas por él, no ha vuelto a oponerse a las buenas intenciones que manifiesta el señor Arzobispo para protejer a los jesuitas.

«En la curia se siguen, con el sijilo de costumbre, los siguientes juicios: contra el presbítero G. S. por haberse negado a prestar auxilios relijiosos a un moribundo que ántes no habia querido cederle una parte de su herencia para refaccionar el curato; contra tres que son acusados,

uno por sacrilejio *contra rem sacram*, i los otros *por personal*; un cuarto, por *cuncubitus inordinatur cum consanguínea*; i varios otros por faltas mas leves.

«El juicio que se sigue para quitar la capellania que pertenece al presbítero R. B., i de la cual corresponderá la mitad a la Orden por haberla descubierto, ha sido puesto en tabla hoi i la sentencia será favorable.

«Aun no he tenido tiempo de evacuar las otras dilijencias que se me encomendaron en la sesion pasada; pero se ha procedido a investigar los hechos del cura de X*** i a esclarecer la verdadera causa de la rivalidad que existe entre el cura i el gobernador de Curicó» (1).

El presidente leyó lo que antecede miéntras el que le dió el papel habia vuelto a ocupar su asiento.

—¿Qué ha avanzado el socio número 3? preguntó el presidente.

—Por el último vapor he recibido de nuestro apoderado de Nueva York una copia del contrato firmado por el go-

---

(1) «Nuestros adversarios los jesuitas que han solicitado estas vedas, velan sobre nosotros con tanto cuidado i afan, que espian constantemente a nuestros profesores, a nuestros alumnos i confesores, temiendo que se les escapen algunas palabras acerca de la gracia divina, para darlos al momento por refractarios de las ordenanzas apostólicas. Envian de sus partes mas adictos a nuestros actos escolásticos, con argumentos preparados en términos que, de consecuencias en consecuencias, puedan atraer a nuestros teólogos a tratar de la gracia de Dios.»

El venerable Jerónimo Bautista de Lanuza, obispo. Los Jesuitas *por las autoridades mas competentes*, desde su fundacion en el año 1540. Edicion de Madrid, t. 1, pájs. 122 i 123.

bierno, por el cual contrato desde el 1.º de enero del año próximo, nuestra Compañía de navegacion que jira bajo la razon social de Schuchard, Mayer i Cª., hará la navegacion entre este puerto i Liverpool, con escala en todos los puntos intermedios. Me lo comunica para que nuestras transacciones comerciales puedan hacerse en lo sucesivo bajo mayores facilidades i teniendo en vista que la navegacion entre esos dos puntos puede hacerse en trece dias. Con esto las diversas compañías de vapores que dan vuelta al mundo, se hallan todas subvencionadas i protejidas por los gobiernos a quienes en su totalidad prestan los servicios de correo i trasporte, hallándose por este medio en actitud de imponerse de todos los secretos de Estado que forzosamente deben confiarse a nuestras naves (1). De los astilleros de Lóndres se han votado al mar, en el mes próximo pasado, tres vapores de gran calado i un paquete destinado al

---

(1) «En el dia han vuelto a adquirir cuantiosos bienes, aun cuando comprados por mano ajena, i muchos de ellos por mano de mujer: poseen casas de comercio, conocidas de todos, aunque todavia ocultas bajo diferentes razones sociales; i los que hayan viajado en esta costa, habrán encontrado mas de una vez, alguno de los cien o mas buques de la Compañía que hacen el tráfico del Pacífico. Todos ellos van pintados de blanco de la quilla al tope, i en una de las velas llevan dos PP. rojas.... .....

«Muchas cajas de cofradías i hermandades, tiendas de jéneros, mercerías hai que, sin que se trasluzca en el público, les producen redondas sumas, i mas de un capitalista improvisado no es estraño a los negocios de la Compañía!»

SALUDABLES ADVERTENCIAS A LOS VERDADEROS CATÓLICOS—*Cartas sobre los jesuitas*, pájs 158 i 159.

trasporte. Se me ha comunicado estos datos, pero sin dárseme el nombre de esas embarcaciones ni indicárseme el punto a que son destinados.

«El vapor *Bering*, cargado con café, algodon, pieles, cochinilla, nuez moscada, etc., etc., a nuestra órden i a la de varios comerciantes de Valparaiso, ha concluido de descargar i espera órdenes para recibir carga o volver en lastre.

«Las demas noticias son reservadas.»

El número 3, como el anterior, puso en manos del presidente un pliego de papel, cuyo contenido damos a continuacion:

«La joyería que jira en esta plaza bajo el nombre de Couvert i C.ª, ha recibido los diamantes, topacios i barras de oro que traia a su bordo *El Vencedor*, i cuyos artículos, junto con 120 docenas de sombreros pita, 200 idem de tabaqueras, un cajon de 20 libras quinina, se desembarcaron de contrabando en las costas inmediatas a San Antonio, remunerando al guarda con la cantidad de mil pesos.

«En Quivolgo, frente a Constitucion, se ha desembarcado tambien, sin pago de derechos, 10 cajones terciopelo, 20 con telas de seda i 1 con boquillas, tabaqueras i otros objetos de ámbar. Ahí hemos sufrido la pérdida de un cajon que contenia 100 pares de pistolas, la mayor parte con incrustaciones de plata. Se fué al fondo del mar al tiempo de trasbordarla a la lancha, matando a dos fieles cargadores.

La casa Theindall, Höver i C.ª, que jira en drogas i perfumerías, se encuentra con un *pasivo* de 85,000 pesos i con créditos que no podrá satisfacer. Propone la sus-

pension de pagos i presentarse en quiebra, para lo cual arregló nuevos libros, o bien fugarse llevándose el activo que alcanza a 30,000 pesos. Dice que podria establecerse en Filadelfia, donde se halla en actitud de fundar una gran casa comercial.

El incendio ocurrido en Valparaiso ayer, en vez de pérdida, nos deja una utilidad de 16,000 pesos mas o ménos, pues las mercaderías aseguradas seis meses há, por 185,000 pesos, se hallaban disminuidas en esa cantidad.

Tenemos un gran fracaso i una grave pérdida: ha naufragado el *Túnel*, de 2,000 toneladas, en viaje al Havre, cargado con frutos del pais por valor de 98,000 pesos. No estaba asegurado i la Compañía pide se reemplace pronto.

Los balances semestrales han arrojado las siguientes ganancias líquidas:

«Copiapó i Caldera.—Casas de abarrotes por mayor: su director don Ismael Yac.....	$	32,090 50
Casa de compra de metales: su director el injeniero R. D.....		18,915 00
«Aconcagua.—Casa de compra de granos: su director R. Casanueva.....		25,110 18
«Valparaiso.—Escritorio de compras i corredor de comercio: su jefe, S. B. C.....		95,043 55
«Bodegas de Bouffor i C.ª.....		23,000 66
«Casa Graud, sederías: su director el nombrado.....		21,560 00
«Compañía de Vapores: su jefe, Peiffer		89,504 25
«Casa de Wath i C.ª, ferretería.....		8,690 04

«Santiago.—Casa de droguería i perfumería: su director Theindall i C.ª	0,000 00
«Almacen de abarrotes por mayor i menor: sus directores, Manuel Inojosa...	6,023 55
«Casa de compra i venta de frutos del pais: su director M. T.....	14,000 00
«Id. de quinquellería, mercería, etc.: su director V. A.....	3,043 00
«Joyería: sus administradores Couvert i C.ª.....	12,415 80
«Talca.—Casa bancaria: director H. Sivinvers.....	15,000 00
«Mercaderías diversas: administrador José Absalon.....	2,105 00
«Concepcion.—Almacen de sederías i abarrotes: administrador R. Henriquez....	5,090 05
Total.....	$ 371,591 58

El banco*** ha comenzado a jirar con el capital de 8.000,000 de pesos» (1).

---

(1) «..... a estarse a los datos que los mismos padres misioneros proporcionaron al ex-jesuita don Bernardo Ivañez de Echavarí quien avalúa ademas en el tomo IV del *Reino jesuítico* del Paraguay, en 3.000,000 de pesos la renta anual que les producia Méjico en 3.000,000 de pesos la del Perú, en 2.000.000 de pesos las de Quito i Nueva Granada, en 1.500,000 pesos la de Chile, en 2.000,000 la de Filipinas i Cinaloa. ¡I esto solo en las provincias españolas

Interrogado el número 4, se acercó al presidente i puso en sus manos un pliego como el anterior.

—La policia secreta que está a mi cargo, decia, ha aumentado su número con cuatro personas cuyos nombres pongo al pié. Los informes que he recibido hoi son los siguientes:

«El diputado N. V. ha chocado con el ministro del interior i no asistirá a la Cámara en el resto del año.

«Las disensiones entre los esposos E. F. i Z. A. se hacen cada dia mayores: se habla de divorcio i separacion de bienes, i la mujer persigue por medio de espías secretos a su rival.

«Se ha vijilado la conducta de los comerciantes de esta plaza Theindall i C.ª, i ha podido saberse que derrochan grandes cantidades al juego.

«Valentin Castro está en la cárcel desde la mañana de hoi.

«Don Cornelio del Valle ha cerrado su casa ayer. No he podido averiguar el punto a que se haya dirijido.

«Esta noche a las diez, hora en que ordinariamente se me da parte por todos los ajentes, recibiré noticias sobre las demas personas que se me ha encargado vijilar, noticias que daré a conocer por correo.»

---

de las Américas!»—Cartas sobre los Jesuitas, *por V Erasmo Jesuite*, páj. 157.

Como se verá, la renta calculada que los jesuitas obtenian en Chile, se ha avaluado en 1.500.000 pesos anuales. Nosotros, quedándonos siempre mui atras en los cargos que hacemos a los R. R., les hemos dado 300 i tantos mil pesos en seis meses, lo que no es sino una tercera parte de lo que otros han calculado.

El número 5, a su vez, despues de decir que las noticias que tenia que comunicar eran reservadas, presentó una larga lista de gastos hechos en viajes, gratificaciones, pagos de sueldos a diversos empleados i mil otras cosas que en nada interesan al lector. Solo al final de esa cuenta habia las partidas siguientes:

«Por gratificacion al jefe del presidio para que mantenga encerradas a Nicolasa Rios i Maria N.....	$ 50.00
«Por reparaciones en la casa de Maipo.....	300.00
«Por alquiler de muebles para la misma.....	500.00
«Por acarreo i colocacion de id. para id.....	86.50
«Por dinero entregado a la señorita Rosa B*** segun órden.....	700.00

El presidente recorrió la cuenta i escribió al pié:

«Conforme: cárguese a gastos estraordinarios.

†. †. †.»

Devolvió el pliego al que se lo habia pasado, despues de anotar en su cartera la suma total de la cuenta, i dijo:

—¿Qué tiene que comunicarnos el socio número 6?

—La alianza entre el partido gobiernista i católico que se susurra en el público, es mas cierta de lo que se cree. El gobierno teme no ser reelejido, pues se han separado de su partido personas mui influyentes que comienzan a formar un tercer grupo con el nombre de *liberales reformistas*. Estos tienen por jefe a B. S., quien aspira a la presidencia i gastará toda su fortuna en conseguirlo. Se han

cambiado ya entre el gobierno i el partido católico las bases para un arreglo, i se cree que el primero tendrá que aceptar las que le ha impuesto el segundo. Consisten, entre otras cosas secundarias, en que el gobierno apoyará una lista compuesta de la mitad de los Diputados i Senadores que deben renovarse el año próximo, en cambio de ser apoyado para su reeleccion. De esta manera el partido católico tendrá mayoria, pues le queda siempre el campo libre para trabajar en su favor.

«La situacion es mui propicia para obtener algunos privilejios i conseguir del gobierno lo que se solicita. En este sentido se ha elevado a sus manos una solicitud para establecer en tres provincias otros tantos Seminarios rentados o subvencionados por la Nacion. Ha quedado de incluir el proyecto en la convocatoria a sesiones estraordinarias a fin de consultar el gasto en el presupuesto próximo.

«Los destinos públicos, merced a las crecientes relaciones, se llenan convenientemente.»

Despues de esto, acercóse al presidente i le dió por escrito los siguientes informes:

«El intendente de Concepcion será depuesto en el mes próximo por haber querido cerrar la imprenta que atacaba sus abusos i la conducta del gobierno. Antes que el ministro del interior se comprometa, será necesario buscar al que deba ocupar esa intendencia, que por mas de un motivo, es de grande importancia para la sociedad que sea rejida por una persona que nos sea adicta o nos deba su elevacion.

«El gobernador de Elqui cesará tambien en sus funciones por inmoral i mantener relaciones ilícitas publicamen-

te con una mujer que, tiempo há, sacó de la casa de sus padres.» (1)

El presidente dejó este papel junto con los otros i preguntó:

—Qué tiene que comunicarme el socio número 7?

—Despues de los asuntos de que di cuenta ayer por correo, por ser urjentes, no tengo nada mas que agregar, contestó el interpelado.

---

(1) Creemos ya inutil reproducir citas sobre el espionaje a que se han entregado los jesuitas. Tememos cansar al lector.

CAPÍTULO LXIV.

Las órdenes secretas

LEGABA el turno al número 8, que, como se recordará, era el número que habia tocado a Edmundo.

Desde el principio, el jóven tuvo particular cuidado de fijarse en la voz de cuantos habian hablado para reconocer a don Márcos Lay; pero todos, sin escepcion ninguna, daban a su eco un sonido nasal para no ser reconocidos.

El presidente se dirijió, pues, a Edmundo i le preguntó:

—¿Qué tiene que decirnos el socio número 8?

—Nada tengo que comunicar por ahora, contestó el jóven, pues por motivos que en la primera sesion espresaré, no he podido llevar a efecto lo que se me ha encomendado.

El presidente se quedó un momento mirando fijamente, al parecer, a Edmundo, al oir esta contestacion: en seguida consultó su cartera i dijo al jóven:

—Sin embargo, las comisiones que se dieron a Vd. eran urjentes i fáciles, i me estraña que no las haya Vd. llevado a efecto.

—Me ha sido imposible, contestó Edmundo, ahuecando la voz como lo habian hecho los demas; me ha sido imposible por mui poderosas razones.

—¿I por qué no ha traido Vd. por escrito esas razones si no quiere que sean conocidas de todos?

—Lo haré en la próxima sesion, contestó Edmundo, creyendo terminar así aquel interrogatorio.

—¿Qué dice Vd? interrogó el presidente. ¿No sabe Vd. que precisa la realizacion de lo que se le ha encomendado? ¡Vd. me dará cuenta esta misma noche de los obstáculos que le han impedido cumplir mis órdenes!

—Está bien, dijo Edmundo.

El presidente, despues de un momento de silencio, agregó:

—Acercaos segun el órden acostumbrado a prestar el juramento i recibir las órdenes que tengo que comunicaros.

Como en la sesion anterior, el que tenia el número 1 se aproximó al presidente, i, bajo la misma forma que ya hemos copiado, prestó el juramento.

Acto contínuo el presidente tomó una hoja de papel i escribió:

«El ministro de la guerra dejará la cartera ántes de un mes i será necesario trabajar en favor del jeneral E. S.,

que a mas de sernos adicto, tiene bastante influjo en el ejército.

«Vijílese siempre la conducta del jeneral B*** i, por medio de una carta, propóngasele la intendencia de Valparaiso, si bajo juramento promete ayudarnos i obedecernos.

«El oficial Luis S., de la policia, debe pasar pronto al ejército con un grado mas: que el comandante del cuerpo de A. lo proponga en la vacante que quedará pronto.

«Orden al capitan S. S., de la frontera, para que mande a vuelta de correo, los estados que se le han pedido sobre la caja del cuerpo, i la relacion de los abusos que señaló lijeramente en su carta.

«El teniente que sirve de auxiliar en el ministerio de la guerra, debe ser reemplazado por el de igual clase del cuerpo de C., don R. V.

«Orden a los jefes de nuestra dependencia para que condenen al comandante que se le sigue Consejo de guerra por malversacion de los caudales del Estado.

«La viuda del comandante G. A., muerto en la independencia, puede conseguir un montepío i percibir una gruesa suma por *caidos*. Está dispuesta a ceder éstos con tal que se le deje la mesada que le corresponda en lo sucesivo. Trabájase en conseguirlo pronto.

†. †. †.»

El número 2 recibió las siguientes instrucciones, despues de repetir el mismo juramento:

«Como los empeños han obligado al Provisor i al señor

Arzobispo a dar el curato de Talca al ex-cura de los Andes—lo que ha sido un premio en vez de castigo,—hágase llegar con pruebas irrecusables, a las manos del Arzobispo, un informe o especificacion prolija de lo que sucede.

«Sáquese copia de las sentencias que recaigan en los juicios seguidos en la Curia i colóquense los nombres de los acusados en el libro respectivo.

«En la iglesia de San B., ántes de ayer a las diez de la noche, ha habido un escándalo: se cree complicado en él al capellan. Averígüese lo que ha sucedido, i al mismo tiempo las entradas, encomiendas o capellanías que tenga dicha iglesia.»

Las órdenes dadas al número 3 fueron las siguientes:

«El 1.º de eñero se dará el itinerario del movimiento de vapores entre Nueva York i Liverpool, como tambien el nombre de los tres nuevos vapores que por ahora han ido a las costas de Africa.

«Se ha notado, i la prensa ha denunciado algunas pérdidas de correspondencia. Recomiéndase a los correos de vapores que no inutilicen ninguna pieza sin órden espresa, i que se limiten a sacar las copias que se les ha prescrito.

«El vapor *Berinn*, que vaya en lastre al Callao i se ponga a las órdenes de la casa Cobo, Cobo i C^{a}.

«Couvert i C^{a}., joyeros, que fabriquen un cáliz de mucha apariencia i poco valor: cobre forrado en láminas de oro. Se necesita para el cumpleaños del Arzobispo. Se le dará el mote que deberá grabarse en la patena.

«Las mercaderías que desembarcó *El Vencedor*, acópiense en almacen. Cárguese el cajon de pistolas con un 15

por ciento de aumento, a la cuenta del capitan del buque.

«Theindall, Höver i C.ª, que reunan i entreguen fondos diariamente: irán a Filadelfia protejidos por la sociedad si entregan a ésta 50,000 pesos. Hágaseles creer que es una especie de prueba a que quiere sometérseles, i no se les pierda de vista un instante. Se sabe que pierden al juego.

«Restablézcase acto contínuo la casa de Valparaiso incendiada ayer.

«Orden a nuestra casa de Nueva York para que compre por nuestra cuenta un nuevo vapor en reemplazo del *Túnel*. Que invierta hasta 150,000 pesos.

«Tómese balance a las librerías i demas casas de comercio, en especial a los prestamistas.» (1)

Las órdenes que recibió el número 4 no interesan al

---

(1) «En la iglesia de Dios tenian banco los jesuitas, daban plata a interés, comerciaban públicamente en sus propias casas, carnicerías i tiendas de un trato vergonzoso e indigno de personas relijiosas. Han hecho bancarota, i con gránde escándalo de los seculares, llenaron casi todo el mundo de su comercio por mar i tierra. La gran ciudad de Sevilla se halla en luto· las viudas, los pupilos, los huérfanos, las vírjenes, los sacerdotes i los legos se quejan en alta voz de haber sido engañados miserablemente por los jesuitas, quienes despues de haber sacado de sus capitales mas de 400,000 ducados de ganancias, no les han pagado sino con una vergonzosa bancarota. I a pesar de alegar inmunidad, el Consejo ha declarado que «los jesuitas deben comparecer ante los jueces legos, porque como legos han negociado i comerciado.»

«Un pueblo de pobres pide a los tribunales seculares sus alimentos i sus dotes contra los jesuitas, acusándolos de fraudes.» – *Carta del venerable Obispo de Palafox a Inocencio X.*

lector: se limitaban a enumerar las personas o familias que debian ser vijiladas u observadas de cerca.

El número 5, como hemos visto, habia recibido su cuenta con el visto bueno del presidente; así que, llegado su turno, se alejó despues de jurar que guardaria el mas absoluto silencio sobre cuanto habia visto, oido o adivinado.

Edmundo veia acercarse el momento en que tendria que entrar en sérias esplicaciones con el enmascarado, i mas de una vez pensó aprovechar los momentos en que aquel escribia para alejarse sin llamar la atencion; pero el deseo de asistir hasta el último a aquella estraña asamblea, i, mas que todo, el conocer al presidente, le hicieron permanecer, resuelto a jugar el todo por el todo si era preciso.

El presidente llamó al que tenia el número 6 i le dió las instrucciones que copiamos a continuacion:

«Sosténganse por una parte de la prensa, las aspiraciones del señor B. S. a fin de mantener al gobierno bajo la influencia de la idea de que puede triunfar el partido liberal-reformista. El partido católico no debe sesgar un punto de sus pretensiones: conseguirá todo lo que quiera en las actuales circunstancias i bajo la promesa de ayudar al gobierno en su reeleccion.

«A los intendentes, gobernadores i demas funcionarios públicos cuyos sentimientos liberales se conocen, diríjaseles cartas impresas, especie de proclamas en que se ensalce su patriotismo i se ridiculice la debilidad del gobierno, que les arrastra a entrar en arreglos con el partido católico. Eso servirá para quitarle prestijio i adeptos i debilitar mas su poder.

«La intendencia de Concepcion se conseguirá para uno de los nuestros. Que la prensa no cese de clamar contra los abusos de autoridad.

«Para Elqui se buscará gobernador.

†. †. †.»

El presidente pasó estas instrucciones al número 6 i, dirijiéndose al que seguia, le dijo:

—Vd. pasará a prestar el juramento de estilo, pues habiéndole dado hoi sus órdenes, por correo, no tengo nada que agregar.»

Cinco minutos despues, todos habian salido.

Quedaban solos Edmundo i el presidente en la sala.

CAPÍTULO LXV

El presidente de la sociedad

«La gran máquina jesuítica que debe pulverizar a los hombres desvirtuando su naturaleza, tiene todavia otros rodajes que importa dar a conocer. En todas partes establecen *sociedades secretas* conforme al plan de los carbonarios, segun parece, a pesar de la escomunion esplícita de Pio IX contra semejantes sociedades.

En Santiago i Valparaiso, que sepamos, tienen establecidas ya sociedades de este jénero i a ellas arrastran a muchos novedosos u hombres bien intencionados que creyendo servir al progreso, se hacen los colaboradores del jesuitismo. La sociedad secreta establecida en esta capital se llama UNA I PROGRESIVA i está dirijida por un *Consejo de altos grados*, que obra como ciego instrumento en mano de uno de los padres de San Ignacio, que es el presidente. Los consejeros son todos *afiliados* de la *pequeña observancia* i cada uno de ellos se entiende separadamente con los jefes de ciertos grupos o *ventas*; los preside i les imparte sus órdenes para que ellos las comuniquen a los inferiores. De esta manera los consejeros son desconocidos hasta para los jefes de *ventas* o *decuriones*, con escepcion de uno por cada reunion de *decuriones*, i solo ellos saben que están a las órdenes de los jesuitas aunque tal vez sin comprender en toda su estension el movimiento de la máquina de que son rodajes de cuarto órden, i cuyo motor único es el jeneral de la Compañia.

«Esta red invisible se estiende en Chile, desde el colejio de San Ignacio hasta las clases inferiores de nuestra sociedad. Trabajan por atraerse a los obreros; tienen signos i palabras de recono-

cimiento, fin político i relijioso, segun la leyenda del escudo que han adoptado, en el que figura la escuadra, el compas i otros emblemas de los frac-masones, i un astro naciente, de bien siniestros resplandores.»—SALUDABLES ADVERTENCIAS, ETC., por *V. Erasmo Jesuit*, páj. 186.

Como se comprenderá, la situacion de Edmundo era demasiado embarazosa i no se ocultaba al jóven el resultado que podia tener para él su atrevido paso.

Hallábase en una casa desconocida, en medio de una sociedad estraña que, a juzgar por la clase de negocios que emprendia i los hechos que la tradicion o la historia le habian dado a saber, no podia esperar nada de bueno.

No obstante, el jóven estaba resuelto desde el principio de la noche, a no salir de ahi sin imponerse de algo que pudiera favorecerle en sus empresas. I tanto mayor era su deseo, cuanto que, no habiendo podido hacer nada hasta entonces, necesitaba con urjencia recuperar el tiempo perdido e imponerse de lo que habian hecho sus enemigos.

Mui lejos de imajinar siquiera que en el tiempo que habia durado su prision se hubieran efectuado tan notables cambios, lo que mas ansiaba era confirmar sus sospechas, para de alli mismo, en aquella misma noche, ir en busca de don Cornelio a fin de aclarar los hechos que a su vista se presentaban incomprensibles.

Las cartas de Susana i de don Cornelio eran para Edmundo un nuevo misterio; i las primeras preguntas que asaltaron su imajinacion, fueron éstas: Puesto que ya don Cornelio conoce la verdadera falta de su hija i al autor de aquella, se hallará siempre dispuesto a creer en la amistad

de don Lorenzo Gaspari i en la de frai Basilio? Se habrá convencido de que ellos son, si no la causa directa, al menos la involuntaria de su desgracia? Cómo puede don Cornelio haber concebido la idea de ocultar con mi nombre la falta de su hija? I Susana, ha podido tambien aceptar i aun desear tal cosa?

A estas interrogociones, que no hacian otra cosa que ofuscar mas la mente del jóven, no encontraba sino esta respuesta: Es necesario que yo vea, que yo hable pronto a don Cornelio i a Susana. Es necesario que les haga saber, no solo cuanto ha llegado a mi conocimiento por medio de mis averiguaciones i observaciones, sino tambien que Ruperto, don Lorenzo Gaspari i el padre Basilio están complotados para algo que no adivino, pero que necesariamente debe ser infame cuando así se esponen i emplean tales medios.

Si la casualidad no le hubiera hecho ser el último en aquella sociedad, Edmundo habia resuelto esperar en la pieza contigua a que saliesen los demas, i entónces presentarse al presidente i tratar de averiguar quién era.

Lo que haria despues, seria cuestion de circunstancias.

Preparado a esto, apénas salieron los demas socios, se paró i esperó que el presidente se dirijiese a él.

No tardó en suceder lo que Edmundo deseaba.

—¡I bien! esclamó el presidente. ¿Cuáles son las causas que Vd. ha tenido para no cumplir ni dar cuenta de las comisiones que se le han confiado?

Antes de contestar, Edmundo se acercó al de la careta azul i, parándose a su lado, le dijo sin disfrazar la voz:

—Esas causas, caballero, las diré a Vd. cuando sepa con quien hablo.

—¡Cómo! esclamó el presidente echándose un tanto para atras en la silla. ¡Cómo! ¿ignora Vd. que debe contestarme por el solo hecho de cargar esta saya i verme ocupar esta silla?

—Necesito saber con quien hablo! dijo simplente Edmundo.

—¿I por qué esa exijencia? interrogó el presidente. ¿Por qué viola Vd. la prescripcion mas terminante del reglamento? Ademas, agregó el de la careta azul parándose vivamente i echando mano a la campanilla que habia sobre la mesa; ademas, yo desconozco a Vd.: su voz no es la de la persona que Vd. representa!

Edmundo se vió perdido si el presidente llamaba en su auxilio, i por un movimiento rápido, le arrebató la campanilla con la mano izquierda al mismo tiempo que con la derecha le cojió la careta arrancándosela de un violento tiron.

—¡Es necesario que nos conozcamos, caballero! le dijo tirando la careta al medio de la pieza.

El presidente lanzó un grito indefinible, i sea que lo hiciese de intento o que al tratar de retroceder para evitar el amago de Edmundo, tropezase en la silla, lo cierto es que cayó en ella sentado.

De pronto, Edmundo no reconoció al que tenia ante sí: aquella palidez en las mejillas, aquella mirada penetrante i, mas que todo, aquellos labios delgados i descoloridos eran los del padre Basilio Vivanco; pero esas facciones cambiaban notablemente de espresion, merced a un gran.

de i velloso lunar que tenia en la mejilla izquierda i a una cicatriz que le partia la sien derecha. Por lo demas, cubierto con la saya que hemos mencionado, su cuerpo delgado i pequeño, tanto podia ser el de frai Basilio como el de don Lorenzo Gaspari. Ambos, como se recordará, eran flacos i de escasa estatura; la diferencia que existia entre ellos era que Gaspari cargaba anteojos, tenia el lunar i la cicatriz que hemos mencionado i era un poco mas moreno que el padre Basilio Vivanco. Ambos, tambien, usaban el cabello corto, con la diferencia de que Gaspari lo peinaba dividiéndolo cerca a la sien izquierda, i el padre Basilio lo usaba un tanto caido a la frente i rapado a navaja en la coronilla de la cabeza. En aquel momento, la cabeza del presidente aparecia completamente cubierta por el cabello, lo que inclinó a Edmundo a creer que se hallaba ante Gaspari, por mas que la mirada le mostrase el aire i la fisonomía del fraile.

Con la rapidez del pensamiento, Edmundo atribuyó aquella notable semejanza a un parentezco cercano entre el padre i el ajente, no figurándose que lo del lunar i la cicatriz fueran un disfraz hábilmente ejecutado; pero luego, fijándose mas, comprendió su engaño, del cual por nuestra parte sacaremos tambien al lector.

El padre Basilio Vivanco i don Lorenzo Gaspari eran una misma persona.

La carta recibida por don Cornelio del Valle como mandada de Valparaiso por frai Basilio Vivanco, i de que hablamos al principio de esta historia, no era otra cosa que una supercheria. Las contínuas ausencias o viajes del jesuita no tenian otra causa que el darse tiempo para de-

sempeñar su rol de ajente de negocios con mayor libertad. Así, el ajente de negocios, cuando convenia a sus planes o a sus intereses, convertíase en sacerdote i en padre espiritual.

Fácil será comprender al lector la utilidad que reportaria con ese nuevo sistema de conquistar almas para el cielo al mismo tiempo que buenos i numerosos escudos para la Orden.

Para Edmundo, alma llena de nobleza i de jenerosos instintos, que tenia formada una grande i elevada idea del sacerdocio, aquel descubrimiento fué penoso i le hizo sentir cierto desden o profundo desprecio por el que así manchaba su túnica sacerdotal. Edmundo disculpaba i aun admiraba a esos sacerdotes que, vencidos por la naturaleza i obedeciendo a la lei jeneral e ineludible de la creacion, caian o inclinaban la frente por un momento, cual se abate el robusto roble de los bosques azotado por el huracan; pero para el que tenia ante sí no encontraba disculpa ni perdon.

Fué bajo esta impresion i en el acto de conocerlo, cuando con soberano desprecio le dijo:

—¡Ah! era Vd., caballero!

I ántes que Gaspari (así lo seguiremos nombrando, pues en calidad de tal se presentará mas a menudo en nuestra historia), i ántes que Gaspari tuviera tiempo de volver de su estupor, Edmundo se arranco a su vez la careta i la saya, i acercándose a Gaspari, le dijo:

—Es así, caballero, como habla la jente a cara descubierta, sin engaños ni ficciones, i como Vd. debia presentarse ante el mundo, i no encubierto por un doble disfraz.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

—¡Don Edmundo Cortés! esclamó el ajente al parecer mui admirado.

—¡Sí, Edmundo Cortés! contestó el jóven, que viene a pedir cuenta a Vd. de cuantos males han caido sobre él i la familia de don Cornelio del Valle!

—¡A mí! ¿i por qué? preguntó Gaspari reponiéndose un tanto, al mismo tiempo que miraba fijamente al jóven.

—Porque Vd. es el autor de todos nuestros males; porque Vd., desde el dia en que puso los pies en la casa de ese pacífico anciano, sembró en ella la intranquilidad, la inquietud, i mas tarde la deshonra, la infamia i la perpétua desgracia!

—¡Yo!... ¿Yo, caballero? interrogó el ajente. ¿Está Vd. loco? Míreme bien i sabrá quién soi!

—¡Lo sé demasiado! le dijo Edmundo. Sé que Vd., un sacerdote, un ministro del Altísimo, pisoteando su augusto ministerio, se ocupa de todo,—de calumniar, de forjar crímenes i de espiar a toda la sociedad para hacerla servir a sus ambiciones! ¿Negará que Vd. es la causa de los sufrimientos de don Cornelio? Negará Vd. que por su causa toda esa familia se halla sumida en la desesperacion?

—Ellos sufren las consecuencias de sus faltas, caballero, replicó Gaspari. Pero ántes de continuar en un altercado estéril i enteramente inútil, permítame decirle que Vd. es demasiado atrevido para mezclarse en una sociedad a que no pertenece, i para introducirse en una casa donde usando de mi derecho, podria hacerle sufrir consecuencias demasiado sensibles para Vd. Pero ya que ha llegado hasta aquí, ya que ha descubierto mi verdadera posesion, le diré que, si no fuese porque deseo su bien, porque ten-

go grandes proyectos con respecto a Vd., me bastaria dar un golpe en esta mesa o un lijero grito para que Vd. se viera en un momento amenazado de muerte. ¿Cre Vd. que yo, viejo ya, podria estar aquí, en medio de una porcion de hombres que no me conocen i tienen que obedecerme, que saben que en mi mano está su porvenir i que un capricho de mi voluntad puede hacerlos bajar del pináculo de su grandeza al último escalon de la miseria; cree Vd., repito, que vendria así no mas, sin saber si de un momento a otro podia ser traicionado? Sé ahora que me hallo ante un hombre de honor i que nada tengo que temer, i por lo mismo probaré a Vd. que mi prevision marcha siempre parejas con mi situacion.

Gaspari se puso de pié, i abriendo la saya frente a su pecho, mostró a Edmundo una cota de malla de acero, de antigua construccion, i que por lo mismo le hacia invulnerable.

—El que quiera asesinarme, dijo, tendrá que herirme en la frente, aun cuando cargue un par de pistolas de tanto calibre como las suyas, señor Cortés.

Edmundo hizo un movimiento para ocultar sus armas, que al despojarse de la saya, habian quedado visibles; pero comprendiendo que ya era inútil, puesto que habian sido vistas por los ojos perspicaces del ajente, esclamó:

—¿I qué saco yo con saber que Vd. está garantido contra los asesinos?

—Lo he dicho a Vd., repuso Gaspari, para que comprenda que si no uso de mi derecho como dueño de casa; que si lo tolero i disimulo que Vd. haya venido a sorprender nuestros secretos, i no le hago pagar mui caro su osa-

día, es porque ya que Vd. está aquí, tal vez de nuestra conversacion pueda surjir algo bueno para Vd. i para mí. Hasta hoi Vd. me ha mirado con recelo, con gran desconfianza, como se mira al enemigo con quien se lucha i de quien se cree recibir cuantos males nos aflijen. Esto último es una exajeracion, pues yo no he hecho a Vd. ningun mal.....

—¿I quién sino Vd., preguntó Edmundo, ha influido en el ánimo de don Cornelio para que éste me cerrara las puertas de su casa? Quién el que me ha hecho encerrar en una bodega de licores, para arrebatarme primero un manuscrito al cual no tenia Vd. derecho, e impedirme en seguida que trabajase en reconquistar mi felicidad?

—Oh! prorrumpió Gaspari. ¿Qué males son esos? Todos desaparecerian apénas yo abriese los labios; pero no lo haré, nó, por bien de Vd. mismo i por amor a la familia de los Valles.

—No una Vd. el cinismo a sus hechos, le dijo Edmundo con indignacion, pues me haria concebir por Vd. una repugnancia invencible!

—Cinismo!... Qué léjos está Vd. de la verdad! esclamó Gaspari. Pero siéntese, caballero: tenemos mucho que hablar i no es posible que Vd. permanezca de pié.

—Gracias! estoi como debo, contestó Edmundo con sequedad.

—Es una postura molesta i le aconsejo que no permanezca así, insistió Gaspari. Sea una hora, sean dos las que estemos frente el uno del otro, es necesario que las pasemos lo mas cómodamente posible. Si Vd. me odia i quiere decírmelo; si despues que hayamos confe-

renciado, persiste Vd. siempre en creerme su mas acérrimo enemigo, nos apartaremos como tales i como tales tambien continuaremos luchando. Pero eso no nos obliga a hacer gala de nuestra antipatía cuando como ahora nos encontramos. Imitemos a los nobles caballeros de antigua época: luchemos con toda nuestra fuerza, pero tambien con toda lealtad i con toda galanteria. Nada hai mas bello que dar nuestra mano al que, un momento mas tarde, si nos es posible, venceremos en buena i honrada lid.

—I Vd. puede luchar honradamente? le preguntó Edmundo con acento burlon i un si es no es despreciativo.

—Si, contestó Gaspari: yo lucho noble i honradamente.

—Llama Vd. lucha noble haberme hecho encerrar en una bodega por un hombre que debia inspirarme absoluta confianza? Eso ha sido una traicion infame!

—No, señor Cortes: nuestra lucha es de injenio, de astucia, i en este sentido, nuestras armas son el engaño, la hábil combinacion. Si nos batiéramos con la espada, no nos seria permitido amenazar en tercia para herir en prima? Eso i no otra cosa es lo que se ha hecho con Vd. Su presencia estorbaba i lo hicimos apartar; ni mas ni menos. Con respecto a que haya sido en una bodega, Vd., en cierto modo, ha tenido la culpa, pues mi intencion era que pasase en el campo, en un sitio delicioso, para lo cual le habia colocado como guia al hombre aquel que Vd. tan compasivamente desató en el camino de las Higueras. No recuerda? Pero mas tarde Vd. se arrepintió de su compasiva accion i le dió un certero golpe en la cabeza que hizo dormir por muchas horas a su protejido.

—Vd. trata de burlarse de mi? preguntó Edmundo.

—Al contrario, caballero: trato de colocar nuestros hechos en el lugar que les corresponde. Para qué buscar los peores nombres para las cosas? Hasta este momento Vd. no ha podido usar de sus armas, eso es todo; pero desde esta misma noche, si se le presenta la ocasion, yo no dudo que Vd. tome la revancha.

—La tomaré, dijo Edmundo, sin apelar a medios indignos; i asi como ahora he arrancado a Vd. la careta con que cubria su semblante, lo haré tambien con la máscara de hipocresia con que reviste todas sus acciones. El mundo entero sabrá quien es el virtuoso padre Basilio Vivanco i el honrado ajente de negocios Lorenzo Gaspari.

El nombrado se sonrió.

—Cree Vd., le dijo, que sus aseveraciones harian algun efecto? Que alguien creeria a Vd. que frai Basilio i don Lorenzo eran una misma persona? Vaya! puesto que Vd. me anuncia sus intenciones, le diré tambien que cuando tal haga, haré pasar a Vd. por loco.....

Edmundo se sonrió a su vez.

—Piensa Vd. que no podria hacerlo? interrogó Gaspari. La cosa es demasiado sencilla i lo desafio desde hoi a esa nueva clase de lucha! Pero, señor Cortes, estamos perdiendo el tiempo como niños que disputan por una bolita, cuando podiamos aprovecharlo en algo que sea mas conveniente para los dos. Veamos: quiere Vd. que hablemos francamente? Si tal desea, digame cual ha sido su intencion al venir aqui.

—Mi intencion, como le he dicho, es arrancar a Vd. la

máscara, hacer que don Cornelio conozca la clase de hombre que ha llamado su amigo!

—Bien: pero eso lo hará Vd. mañana u otro dia, ¿no es cierto? Yo le pregunto cuál ha sido su objeto al penetrar en esta sociedad a que no pertenece, i en la cual podia haber encontrado un grave peligro.

—Queria conocer a Vd. ante todo, dijo Edmundo, i ahora que lo he conseguido, no necesito mas. Ya veré cómo hacerme entregar de Vd. el manuscrito de que se apoderó en las Higueras.

—¿Cree Vd. que yo lo tengo entónces? Se lo diria, señor Cortés; pero puedo probar a Vd. con el mismo don Cornelio i Susana, que no he podido conocer el sitio en que estaba ese manuscrito. La carta que Vd. no recibió, fué interceptada por mí, efectivamente; pero no la abrí ni la leí, i en el mismo estado fué devuelta a Susana.

—¿I cómo pudo Vd. entónces saber que yo iba a las Higueras? preguntó Edmundo.

—De la manera mas sencilla. Yo, como Vd., tengo mi policia; i así como Vd. ha hecho seguir mis pasos, yo he hecho seguir los suyos. Cuando supe que Susana escribia a Vd. por segunda vez i luego por tercera, mandando la carta con el criado de Vd., malicié que se trataba de algo mui urjente. Acto contínuo supe tambien que Vd. se dirijia a la Cañadilla, i sin mas que esto pensé que debia ir a las Higueras. En ese mismo dia, casualmente, concertaba un plan para hacer salir a Vd. de Santiago i tenerlo algunos dias fuera para evitar que se comunicase con Matilde; así que en el acto aproveché la ocasion, i haciéndo-

me acompañar de personas de toda mi confianza, salí tras de Vd., cuando mas un cuarto de hora mas tarde.

—¿I cómo pudo llegar Vd. ántes que yo habiendo salido despues? le preguntó Edmundo.

—Por dos causas, contestó Gaspari con todo aplomo i sin titubear. Conozco varios caminos de *desechos* i vecinales que me permitieron ahorrar mucho tiempo i algunas leguas. En seguida, cambié de caballos dos veces i pude así aventajar a Vd. en mas de una hora, pues miéntras yo hice el viaje a todo galope i en tres caballos, Vd. tuvo que hacerlo en uno. Anticipándome a sus dudas, le diré que pude mudar caballos gracias a que en todas esas haciendas tengo amigos. Despues—Vd. debe recordarlo—como una legua ántes del lugar en que Vd. debió encontrar al hombre atado a un árbol, coloqué a uno de los que me acompañaban a fin de que, adelantándose a Vd. cuando lo viese en el camino, pudiera dar aviso a los que lo esperaban mas allá. Frustrado mi primer plan por el valor que Vd. empleó para deshacerse del que trataba de conducirlo al bosque, tuvo buen éxito el segundo que combiné con don Ruperto Ruiz en el tiempo que Vd. empleó en llegar a pié a las Higueras. Por el administrador supe despues que Vd. iba a traer unos papeles de familia; i aunque pensé que podian ser los que contenian una fabulosa historia sobre los jesuitas, me limité a buscarlos, en compañia del mismo don Ruperto, en los cajones de las mesas i en algunos otros muebles de la casa. Como no los encontré, dí de mano el asunto creyéndolo mui poco importante.

—Don Ruperto me aseveró, dijo Edmundo, que Vd. se

habia encerrado en las piezas apénas llegó. ¿Por qué eso, cuando no sabia nada sobre el manuscrito?

—¡Oh! eso es una invencion de Ruperto! esclamó Gaspari. Yo no me he encerrado en ninguna pieza ni tenia para qué hacerlo.

Al mismo tiempo que decia esto, Gaspari pensaba en su interior:

-Ya lo decia que este bruto de Ruperto habia de cometer algunas barbaridades! ¿A qué ir a decirle lo que yo hice allá? Pero ya le haré conocer que para otra ocasion es necesario que sea mas perspicaz!

Edmundo encontró mui posible las primeras asevera- ciones de Gaspari, pero no así la última; i Gaspari, al adivinarlo, agregó:

—¿Sabe Vd. quién debe haberse apoderado del manuscrito?- -El tal Ruperto. En esa misma noche i tras de nosotros, llegó a las Higueras don Cornelio del Valle, que habia recibido de su hija las necesarias instrucciones para hallar los papeles; así que su primera dilijencia fué ir a buscarlos, pero ya no los encontró. Yo que sabia por el mismo Ruperto que Vd. no habia podido tomarlos, lo interrogué a mi vez i vi que se turbó un tanto. De ahí ha nacido, sin duda alguna, que el pícaro ha tratado de hacer creer a Vd. que yo los tenia en mi poder.

—Pero Ruperto, replicó Edmundo, me lo dijo apénas llegué i cuando aun no sabia el objeto de mi ida al fundo.

—Pero puede haberlo maliciado, repuso Gaspari, pues yo le indiqué que Vd. llegaria pronto, i que al parecer, iba con un objeto de importancia. A mas, él tambien tenia noticia del manuscrito, i segun me habia dicho, inferia

que se hallaba en poder de los Valles.—Si estas esplicaciones no lo convencen, cuando Vd. hable con don Cornelio o Susana, ellos le dirán que son ciertas i mui lójicas. Pasemos, ahora, señor Cortés, a tratar de otros asuntos.—¿Qué es lo que pretende Vd?

—No le concedo, caballero, el derecho de interrogarme.

—Ni yo tengo tal pretension, señor Cortés: invito a Vd. para que tengamos un arreglo franco, injénuo, sin que esto nos obligue a entrar en una buena armonía si a Vd. no le conviene. Ya lo he dicho i se lo repetiré nuevamente: deseo hacer ciertos arreglos con Vd.; no porque le tema, ni porque Vd. haya llegado hasta aquí i haya conocido nuestros secretos, sino porque una alianza nos convendria mucho. Es para manifestarle mi idea, para lo que necesito conocer sus deseos i sus pretensiones.

—I bien, contestó Edmundo: mis pretensiones ya las conoce: quiero desenmascarar a Vd. ante la sociedad i, sobre todo, ante don Cornelio!

—¿I para qué? Con qué fin?

—Con el fin de que Vds. no triunfen de la inocencia i de la buena fé de un anciano!

—Oh! pero si no hai nada de eso! esclamó Gaspari sonriéndose. Vd., señor Cortés, se figura, sin duda, que nosotros perseguimos a la familia de los Valles. ¿Con qué objeto? le pregunto yo a mi vez. Qué sacaríamos con eso?

—Vd. sabe mejor que yo lo que sacarian! contestó Edmundo. Don Cornelio es rico i Vds. son mui diestros para conquistarse las buenas herencias!

—De manera que Vd. cree que si me he opuesto, que si he impedido (hablaré con toda la franqueza) su union

con Susana, ¿es por atrapar los bienes de don Cornelio del Valle?

—Eso lo adivinaria un niño, replicó Edmundo.

—¿Pero cómo, señor Cortés, habria podido llegar a ese resultado?

—Empleando los medios que Vds. emplean: habrian hecho languidecer la enerjía, la voluntad de don Cornelio, ya por medio de sufrimientos materiales, ya enervando su virtud, fanatizándolo, hasta hacerlo disponer de sus bienes en favor de Vds. ¿No es eso lo que han hecho sienpre i en todas partes?

—Esa es una de las calumnias que se nos imputa! esclamó Gaspari animándose. Cierto que tratamos de adquirir bienes de fortuna para sostener i engrandecer el culto del Señor! Cierto que mas que Orden alguna, conquistamos simpatías i donaciones valiosas! Pero ¿a qué lo debemos?—A que nuestra Orden es la mas severa, la mas estricta en el cumplimiento de sus deberes, i la que, en vez de dejar pasar el tiempo en medio de una culpable i peligrosa ociosidad, trabaja con empeño, sin descanso, ora en el bien de las almas por medio del púlpito i del confesonario, ora en el engrandecimiento de la Orden i de nosotros mismos por medio del estudio, de la actividad, del trabajo constante i de la union!... Nosotros, señor Cortés, somos grandes i lo seremos siempre, porque el trabajo individual lo aplicamos a la comunidad! Nosotros, semejantes a las laboriosas i unidas abejas, nos desparramamos por el mundo entero, i de ahí, de ese vasto jardin, recojemos la dulce miel i la valiosa cera que llevamos al panal comun! Para nosotros una migaja, una insignificante parte del botin: para la Orden,

para la comunidad todo lo demas! Es asi como podemos luchar i sostenernos!...

—Pero en esa lucha, objetó Edmundo: no siempre proceden Vds. con leatad!

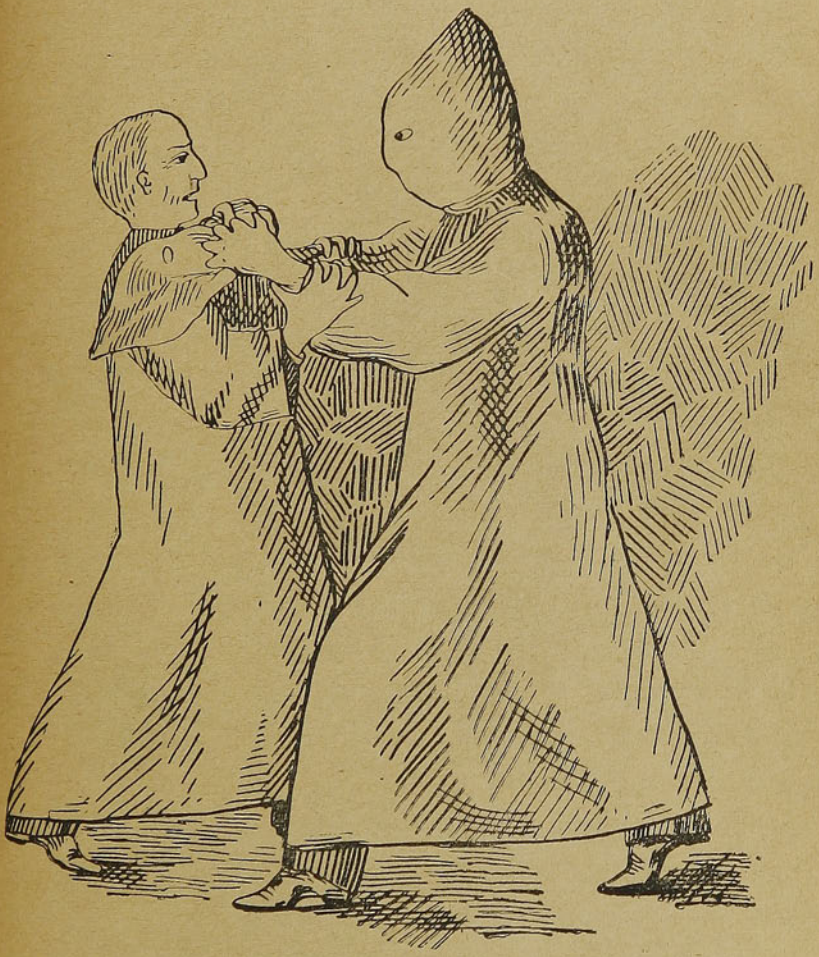
—Marchamos con el siglo, contestó Gaspari, i contestamos o luchamos con las mismas armas que esgrimen nuestros contrarios! A mas, Vd., que nos acusa de andar tras las herencias, de emplear medios ilegales para conquistarlas, ¿sabe acaso el derecho que podemos tener a esas herencias? Nuestra Orden, que ha sido mil veces despojada con grande injusticia, ¿no tendrá derecho a reconquistar lo que lejitimamente le ha pertenecido? No negaré que alguna que otra vez aprovechemos las favorables ocasiones que se nos presentan para obtenerlo; pero, pregunto a Vd.: ¿qué hai de malo, por ejemplo, en que a un anciano que está al borde del sepulcro, le aseguremos la salvacion abriéndole nuestro claustros para recibirlo, i hacer así que muera tranquilo en medio de una comunidad virtuosa i dedicada al servicio del Señor? Qué tiene de culpable que ese dinero que al caer en otras manos habria sido vicio, corrupcion, libertinaje, sea en las nuestras esplendor, engrandecimiento de la relijion?

—Presentando las cosas de ese modo, dijo Edmundo, todo aparece bello, casi sublime. ¿I porqué no recuerda Vd. a los huérfanos que quedan en la miseria, a las viudas que quedan privadas de la subsistencia i del bienestar?

—Donde estan, señor Cortés, esos huérfanos, esas viudas que nosotros hemos despojado? Preséntemе Vd. uno, uno solo!...

—Lo que me pide es demasiado fácil: lea Vd. la historia de todos los pueblos i ahí encontrará millares.

—La historia!... La historia!... repitió Gaspari con desden. Tráigame Vd. todas esas historias i se las contrapesaré con otras en que se nos llama *ánjeles del cielo* i en que se nos atribuye todas las virtudes, todas las grandezas! Lea Vd. toda la vida, i no acabará de leer cuanto de bueno se ha dicho i se dirá de nosotros i de nuestra Orden. ¡La historia!... Sarcasmo de la sociedad, hojas que llenan de caractéres la vanidad, el interes i todas las malas pasiones humanas!... Yo me rio de la historia, ya sea ésta favorable o adversa a nosotros. Si lo primero, veo a un fanático, a un pobre que nuestra sociedad ha enriquecido, a un escritorzuelo que nuestra Orden ha cubierto de oropeles para hacerlo figurar i arrancarle despues las alabanzas que valen tanto por pájina o tanto por tomo! Si lo segundo, veo a un incrédulo, a un indiferente, a un hombre escéptico i sin relijion que trata de satisfacer su amor propio o su deseo de estender el indiferentismo en la humanidad. A unos i otros desprecio, a unos i otros no creo, porque ninguno dice la verdad! Hasta hoi no he leido una sola historia nuestra imparcial, a pesar de que nuestra biblioteca está atestada de volúmenes sobre esa materia. Hai muchos que protestan que sus juicios son serenos i razonables i que ningun móvil les impulsa al atacarnos o defendernos: ¿qué pretenden entónces los que así escriben? Miéntras sean los hombres, señor Cortés, los que hagan la historia de los hombres, no habrá jamas bastante imparcialidad para presentar los hechos: se verán necesariamente inclinados a uno u otro partido. No crea



—¡Es necesario que nos conozcamos caballero, le dijo.....

por esto que yo niego a Vd. que en nuestra sociedad ha habido i hai males que lamentar: eso es indispensable cuando una corporacion cuenta con tantos individuos! Pero desafio a cualquiera otra Orden, a cualquiera otra asociacion con cerca de veinte mil hombres, que tenga ménos crímenes, ménos faltas de que ruborizarse!

Mas vengamos, señor Cortés, a nuestros asuntos: ni Vd. ni yo tenemos nuestro tiempo sobrado. Principiaré por decirle que Vd., con mucha razon, debe estar resentido conmigo por los malos ratos que le he hecho pasar; pero me encontrará justicia si imparcialmente se digna escucharme. Vd. sabe, señor Cortés, la desgracia que ha aflijido a la familia de don Cornelio... ¿Me culpará Vd. tambien de ella? ¡Seria una injusticia! Una tranquila amistad me ligaba con esa familia, i ninguna pretension, ningun proyecto bastardo tenia con respecto a ellos. Al contrario, como sacerdote, solo deseaba el bien espiritual de todos sin que jamas un cálculo de interes hubiese motivado mis servicios ni fuera causa de mis atenciones i simpatías. En estas circuntancias, la fatalidad quiso que Matilde cayera e hiciera caer tambien al mas digno i virtuoso de mis compañeros. Esa falta, cuando apénas hemos puesto la planta en este suelo del cual la Orden fué espulsada; cuando necesitamos conquistarnos popularidad, buen nombre, i hacer palpable nuestras bondades; esa falta, repito, vino a echar por tierra todas mis ilusiones i a marchitar mis mas risueñas esperanzas. No se trataba de una jóven del pueblo cuyo silencio podia comprarse con una cantidad mas o ménos grande de dinero,

sino de una jóven patricia, noble, rica, cuya fama de virtudes i relevantes cualidades habia llegado a mis oidos aun ántes que yo la conociera. En las circunstancias actuales, el conocimiento de esa falta habria sido como una bomba lanzada en medio de nuestra débil sociedad, i el prestijio que principiamos a conquistarnos con una conducta intachable, con nuestra absoluta abnegacion, con nuestro constante trabajo, se habria desmoranado como un muro minado en su base. Ante esta consideracion—créamelo, señor Cortés,—he temblado como el niño que ve un fantasma que le causa pavor. Porque el desprestijio nnestro es la ruina de todas mis ambiciones, el fiasco que hacen todas mis empresas; i esas empresas, ¡oh! esas empresas son el fruto de dos años de trabajo, el resultado de mis fatigas, de mis desvelos, de mi contraccion de toda hora, de todos los instantes! Vd. tal vez no comprenderá que un hombre llegue a amar tanto a una sociedad, que ese amor se sobreponga al de sí mismo; mas eso es mui frecuente entre nosotros. Se ama tanto a la Orden, se desea tanto su engrandecimiento, su influjo, su creciente i nunca interrumpida prosperidad, que olvidamos el bien propio para solo peusar en el de la comunidad. I tan cierto es eso, señor Cortés, que yo, por no ver malogrado el fruto de mi trabajo i mis combinaciones, daria mi vida; i por impedir que viniera al suelo el edificio que con tanta paciencia he levantado, apelaria al crímen si necesario fuese... ¡Sí; al crímen, porque al fin eso no perjudicaria mas que a mí, a mí solo, i no a mi Orden, a mi mui querida Orden!...

Las mejillas de Gaspari se habian animado: su voz mis-

ma adquirió cierta entonacion conmovida, agradable, que revelaba que en aquellos momentos hablaba con entera sinceridad.

CAPITULO LXVI

Una alianza propuesta por Gaspari

Los que examinen detenida e imparcialmente la historia de los jesuitas i consulten, como nosotros, ya los juicios en que se les ataca, ya los que les defienden, comprenderán esa especie de fanatismo o exaltacion con que algunos llegan a mirar su Orden.

Miles de crímenes, su probada ambicion, el deseo de imperar en el gobierno civil i en el eclesiástico, la mayor parte, en fin, de los males que han causado a los pueblos, son hijos, no de la perversidad sino del fanatismo.

Los culpables atentados contra los monarcas, las guerras

que han encendido en diversos paises, sus desobediencias mismas a los Pontífices, a quienes juran obedecer en virtud de un cuarto voto, tienen por causa principal la alta idea que se han formado de sí mismos i de los bienes que dispensan a la humanidad.

Gaspari era uno de esos sacerdotes exaltados que miran todo mas abajo que su Orden i que de buena fé, siguiendo los impulsos de su conciencia trastornada por el fanatismo, causan el mal, llegan hasta el crímen en muchas ocasiones, creyendo así hacerse mas agradables a los ojos de Dios. El mal es el mismo; pero se hace ménos odioso cuando se le mira bajo ese punto de vista. El sacerdote que corre tras del lucro, que despoja al huérfano, que se proporciona bienes terrenales empleando medios ilegales, merece los mas duros i justos reproches cuando esos bienes los emplea en sí mismo o los atesora; pero cuando sacrifica su propio bienestar por correr tras la fantasía que persigue su imajinacion exaltada, entónces no se le anatematiza sino que se le compadece. Es un loco cuyo contacto perjudica i puede causar graves males i de cuya compañía deben huir los sensatos si no quieren verse contaminados del mismo mal.

Tal fué la impresion que causaron en Edmundo las manifestaciones de Gaspari; i al ver aquella cabeza en que ya brillaban las canas, i aquella mirada que revelaba la intelijencia, compadeció a su enemigo i se sintió inclinado a perdonarlo.

—Es lamentable, le dijo Edmundo, que Vd. emplee su vida, su intelijencia, su trabajo, en hacer progresar a la mpañía de Jesus, que tarde o temprano será destruida.

—Jamas!..... esclamó Gaspari. La Compañía de Jesus será el último soldado que mantendrá el estandarte del catolicismo; i cuando las órdenes seculares i regulares hayan desaparecido de la faz del universo, nuestra Orden será todavía poderosa, mas poderosa que nunca, pues ella imperará sobre todos los otros poderes, porque se mantendrá siempre unida, siempre abnegada, siempre dispuesta al trabajo!...

—Al trabajo de engrandecerse con los bienes terrenales, objetó Edmundo.

—¿I no son esas las bases de todo en este siglo de positivismo? Convénzase Vd., señor Cortés: el oro abre todos los horizontes i prepara i realiza lo imposible: lo demas son utopias, cálculos i sueños imajinarios que se desvanecen ante una desconsoladora pero lójica realidad.

—Tales creencias en la mente de un sacerdote, dijo Edmundo, hablan mui poco en favor de su abnegacion. ¿Es así como se practican las doctrinas de Jesus, o mas bien, como se interpretan en la Compañía?

—Cada siglo, replicó Gaspari, tiene sus necesidades i sus exijencias: si el Salvador de la humanidad viniera hoi al mundo, no predicaria ya el desprendimiento absoluto ni aconsejaria a sus discípulos que recorrieran el mundo con un báculo i un solo calzado. Eso era bueno para esos tiempos en que la sencillez de las creencias, la pureza de las costumbres i mil otras causas que seria mui largo enumerar, hacian del mundo algo como un vasto i fértil campo en que solo habia que arrojar una buena semilla para que prendiera i produjese ciento por uno. Pero hoi! Aténgase el sacerdote a la caridad espontánea, i morirá de ham-

bre ántes de quince dias! Predique i practique la caridad material, que consiste en desprenderse de los bienes terrenales, i cuando haya dado hasta su manto tendrá que quedarse desnudo!... Confiese Vd., señor Cortés, que pasaron los tiempos de Jesus i que hoi, si Vd. ve a uno de sus apóstoles con el pié desnudo, la capa sucia i raida, le tomará i le despreciará como loco. ¿Cree Vd. que nuestra sociedad seria tan grande, tan poderosa, si no se apoyara en la base material de su riqueza? Vd. ha podido ver parte de mi trabajo de dos años en la sesion que acaba de presenciar. Aquí, en esta cartera, tengo el hilo que da vuelta a todo Chile i llega hasta Roma despues de rodear al mundo entero! Miles de hombres están bajo mis órdenes; i me basta estampar un sello en un pliego de papel para tener a mi disposicion valores cuyas cifras le asombrarian! Yo, humilde fraile que se inclina ante el mas mísero monigote, que aquí i allá tiende en muchas ocasiones la mano para recibir el pequeño i mísero óbolo de la piedad; yo, el AJENTE DE NEGOCIOS que especula con las miserables transacciones del comercio; yo, en fin, revestido de tal esterioridad que solo revela una mediana apariencia de comodidad, hoi mismo, si lo quisiera, subiria a los mas elevados puestos del poder; no aquí, porque soi estranjero i Chile es demasiado pequeño para halagar una mediana ambicion, sino en Europa, donde un prefecto vale mas de lo que aquí el Presidente de la República... Sin embargo, ni lo quiero, ni lo deseo, ni hago uso de mi gran poder: me basta la satisfaccion de servir a mi Orden i de cooperar a su desarrollo i engrandecimiento, con lo cual satisfago mi única ambicion. Ahora bien: el deseo de agrandar el círculo

que he formado a mi alrededor, i el servir los intereses de un amigo i su familia me hacen proponer a Vd. un arreglo que creo demasiado ventajoso para ámbos.—¿Se halla Vd. en disposicion de aceptarlo?

—Creo mui difícil, contestó Edmundo, llegar a un arreglo con Vd. Su modo de ver las cosas es mui diferente al mio.

—Diferencia en la fórmula, pero no, acaso, en el fondo; es decir, cuestion de palabras, pero no de hechos.

—Veamos sus proposiciones, dijo Edmundo, que comenzaba a fastidiarse.

—Para Vd., dijo Gaspari, son todas las ventajas. Lo que mas desea Vd., ¿no es realizar su enlace con Susana?

—Antes que todo, deseo su felicidad i la de don Cornelio, contestó el jóven.

—Bien: sus deseos son los mios, i estando acordes en el resultado, con mas razon debemos estarlo en los medios. La felicidad de Vd., de don Cornelio, de Susana i de Matilde está en manos de Vd.

—¿Qué hai que hacer para ello? preguntó Edmundo.

—Una cosa mui sencilla: ántes que todo, es necesario salvar el honor de esa familia, i segun creo, al ménos por el momento, Vd. es el único que podria hacerlo.

—No me diga una palabra mas! esclamó Edmundo. Veo que Vd., sin duda alguna, es quien a inducido a Susana i a don Cornelio para que me escriban en el mismo sentido.

—¿Han escrito a Vd. pidiéndole que dé su mano a Matilde? preguntó Gaspari.

—Vd. no debe ignorarlo, caballero: esa idea no puede haber sido concebida mas que por Vd.

—Protesto a Vd. que sobre tal cosa no hemos hablado una sola palabra con don Cornelio ni su hija. Vd. debe comprender que ese deseo nace en mí por dos causas. La primera, por salvar a mi Orden del mal prestijio que adquiriria si se divulgase el hecho de frai Anjel, i la segunda, por guardar tambien el honor de la familia de mi amigo. Hé ahí la causa de todos mis trabajos i lo único que he pretendido al oponer obstáculos para impedir la union de Vd. con Susana.

—¿Es decir, interrogó Edmundo, que yo soi la víctima destinada por Vd. a encubrir las faltas ajenas?

—Al contrario, replicó Gaspari: si Vd. acepta lo que voi a proponerle, será el salvador de toda una familia, sin perjuicio de obtener mas tarde el logro completo de sus deseos.

—¡No comprendo a Vd., caballero!

—Voi a esplicarme; pero ántes daré a Vd. algunas noticias que tal vez ignore. Don Cornelio del Valle se halla próximo a perder la mayor parte de su fortuna...

—¡Cómo! interrumpió Edmundo. ¿Acaso ha sufrido alguna pérdida, algun siniestro, o ha afianzado a otro...

—Nada de eso: se ha presentado a los tribunales un señor Exequiel Menares acusando a don Cornelio de haber usado ilegalmente, durante largos años, de los productos de la hacienda que este señor posee en el sur. La tramitacion se ha hecho con rapidez i el juicio se halla en estado de senteneia. Don Exequiel Menares ha probado con escrituras públicas i documentos irrecusables: 1.°, que

es el nieto en línea recta de un señor a quien pertenecia esa hacienda; 2.º, que es el pariente mas próximo que queda de esa familia; i 3.º, por medio de una escritura ante escribano i en toda forma, que el abuelo de dicho señor Menares no vendió sino que dió a un su amigo del Valle la hacienda en cuestion, para que la usufructuara miéntras viviese i bajo la condicion de que volviera a la familia de Menares despues de la muerte del señor del Valle. Todo esto se halla palmariamente probado, miéntras que don Cornelio, por su parte, no ha podido presentar la escritura de compra sino unas cuantas partidas de dinero que aparecen en unos libros viejos como entregados al dueño de la hacienda a cuenta de la compra, i unos cuantos testigos, que casi todos han sido tachados, que declaran que a don Cornelio, al padre de éste i aun al abuelo han conocido como lejítimos dueños de la hacienda. Como Vd. comprenderá, la sentencia no puede ser dudosa, i el mismo don Cornelio, desesperado ya de encontrar la escritura de compra que segun su creencia debe existir, se prepara a quedar a brazos cruzados.

—Pero eso no puede suceder, dijo Edmundo: aunque pierda su hacienda del sur, le queda las «Higueras,» su casa en Santiago i una hermosa quinta en el camino de Apoquindo.

—Todo eso es poco, demasiado poco, para pagar los productos de sesenta o mas años que han disfrutado don Cornelio i sus antepasados. I calculando eso mismo, el señor Menares ha presentado un escrito que el juez ha proveido favorablemente, en que pide que don Cornelio no pueda enajenar ni sus muebles. Por consiguiente, quedará arrui-

nado, completamente arruinado, i este golpe, despues del que ha sufrido por su hija, acabará bien pronto con su existencia. Fórmese Vd. ahora una idea de esa desgraciada familia; imajínela pobre, huérfana i descendiendo de la grandeza i del esplendor a la miseria, e imajínese asimismo que su nombre, honrado i respetado hoi por sus virtudes, lleve en adelante el sello de una falta vergonzosa e irreparable. I esto sucederá, señor Cortés, ántes de un mes, ántes de quince dias tal vez; por esto es que precisa conjurar en parte ese mal i dar a esa famllia un apoyo i un consuelo.

Edmundo no contestó ni una palabra i se quedó por un momento pensativo. Su corazon jeneroso principiaba a conmoverse i a ceder.

Renunciar para siempre a Susana, era un sacrificio inmenso, infinito, que casi no era posible aceptar. Pero, ¿podria él ver desgraciado a ese pobre anciano a quien amaba como a su padre? La misma Susana seria feliz viendo a su hermana condenada a una eterna desventura?

Gaspari agregó tras una breve pausa:

—Vd., señor Cortés, aunque no es rico, posee lo suficiente para ser el apoyo i sosten de esa familia; pero como no podria darle el rango que hasta aqui ha ocupado, voi a proponerle una nueva fuente de entradas. Hasta hoi no he encontrado un hombre de campo cuya intelijencia, honradez e ilustracion le hagan apto para confiarle la direccion de grandes negocios que puede hacer nuestras Compañia. Una persona como Vd., que ocupa un puesto distinguido en la sociedad, que es mirado como uno de los primeros agricultores del pais, no por su fortuna, sino por

sus conocimientos; no por las grandes empresas que acomete, sino por ese cálculo, por esa prevision segura, fija, que es la mayor ciencia que puede tener el agricultor; una persona así, repito, es la que necesita nuestra sociedad.

Edmundo iba a interrumpir a Gaspari; pero éste hízole un ademan con la mano, al mismo tiempo que le decia:

—Oigame Vd. hasta el fin, señor Cortés. Al mismo tiempo que la sociedad necesita de un hombre todo dignidad, todo honradez i que pueda, merced a sus buenas aptitudes para el trabajo, a su buen tino para los negocios, a su nombre colocado en la sociedad a tal posicion que inspire amplias garantías i que pueda, repito, acometer los mas serios i grandes negocios; un hombre así, señor Cortés, necesita a su vez de un apoyo sólido, de una palanca poderosa, de un auxilio eficaz para escalar la fortuna, no con el tardio paso del que riega con el sudor de su frente un pedazo de terreno, sino con el rápido acrecentamiento del que arroja el oro a manos llenas para recojerlo centuplicado gracias a su perspicacia i a su talento. Ese apoyo lo encontrará Vd. en mí, es decir, en nuestra Compañia. Desde el momento en que Vd. forme parte de ella, hai millones de pesos a su disposicion. Vd. comprará cuantas haciendas se le presenten, será el banquero de los hacendados chilenos, i teniendo siempre a su disposicion dinero, mucho dinero, podrá recojer por millares los diversos frutos del pais comprando en la época de siembras o pagando anticipados los cereales. Llegada la época de recoleccion, una flota de vapores en los puertos que Vd. designe, esperarán sus órdenes para transportar al estranjero el inmenso fruto de sus hábiles i certeros cálculos. Los bancos de to-

dos los paises le abrirán sus arcas i en todos ellos tambien tendrá Vd. ajentes que respetaran su firma i sus órdenes, como lo hará el último inquilino de su hacienda! Yo conozco a Vd., señor Cortés, mas que lo que Vd. mismo se conoce, i sé que al elejirlo para ese destino, Vd. i la sociedad ganarán. Vd. será absoluto en el negocio: Vd. lo administrará sin mas intervencion que la mia, i esa intervencion se reducirá a aceptar las cuentas que Vd. anualmente me presente. Nadie, ni sus mismo hijos, cuando Vd. los tenga i si así Vd. lo quiere, sabrán que la inmensa fortuna que administra no es suya en su totalidad; así es que será libre administrador de ella. No quiero detenerme en mayores esplicaciones: Bástele saber, para que Vd. se forme una idea del gran lucro que puede obtener con su trabajo i con nuestra ayuda, que desde hoi, en el banco*** puede Vd. contar con dos millones de pesos en cuenta corriente a su órden. Las bases de nuestro contrato privado serian sencillísimas. Las ganancias que Vd. reporte en su fundo serán esclusivamente suyas, i las que obtenga en otras haciendas o invirtiendo capitales de la sociedad: se dividiran en tres partes: una para Vd. otra para nuestra casa de Roma i la tercera para mi, que represento la *provincia* (así llamamos las casas o ramificaciones que hai en los diversos paises) de Chile. ¿Acepta Vd., señor Cortés, mi proposicion en jeneral, para que entremos a examinarla en particular?

—Nó, contestó Edmundo terminantemente.

—¿No halaga a Vd. la idea de hacerse millonario en poco tiempo i ser el primer agricultor chileno bajo todos conceptos?

—Jamas he tenido mas ambicion, contestó el jóven, que proporcionarme una mediana comodidad i asegurar a mis hijos su subsistencia hasta que ellos puedan proporcionársela por sí solos. Mi padre vivió siempre modestamente, i al morir, no quiso dejarme mas que lo necesario para formarme hombre, a fin de compelerme a trabajar. Yo haré lo mismo con mis hijos, si Dios me los concede.

—Mui bello propósito, señor Cortés, que enaltece mucho mas su carácter! Pero es necesario mirar otras cosas que son mas sublimes, mas bellas, mas benéficas. El hombre que, como Vd., se haya con fuerzas, con medios i con aptitudes para poder adquirir una inmensa fortuna, ¿no es casi un crímen que desprecie esa oportunidad de hacerse rico, mui rico, para ser el sostenedor de toda buena idea, el padre de la humanidad desvalida, el fundador de sociedades protectoras de las jentes desgraciadas? Qué cosa mas grande que un jóven como Vd., lleno de vida i de intelijencia, emplee esas dotes en trabajar para sus hermanos? Si Vd. no quiere guardar para sí ni para sus hijos el fruto de sus especulaciones; si Vd. no quiere amontonar las talegas como el avaro, ¿por qué entonces no desparramarlas como una lluvia benéfica, entre sus hermanos?

—Esta, vez como en la anterior, Edmundo se sintió conmovido ante la grande idea de ser el padre de los pobres, papel que tan bien se hermanaba con los sentimientos caritativos de su noble corazon.

—Sí, continuó Gaspari, que adivinó el efecto que principiaban a hacer sus palabras. Vd., en vez de guardar sus riquezas como lo hace la mayor parte, si no todos los favorecidos de la fortuna, la invertiria en fábricas, en plan-

tear nuevas industrias, que al mismo tiempo que serian una nueva riqueza para el pais, dariau trabajo i pan a una multitud de obreros. ¿I esto no mas podria hacer Vd. teniendo dinero, mucho dinero, dotado como está, de sentimientos jenerosos en su corazon? Nó; Vd. fundaria escuelas i hospitales: las primeras para curar la ignorancia, que es la peor enfermedad del alma, i los segundos para dar alivio i asilo a los males del cuerpo. No comprende Vd., señor Cortés, que una vida empleada así seria una vida llena de inmensas satisfacciones? Yo lo comprendo, yo adivino que debe gozarse infinito; i si algun dia la sociedad a que pertenezco, obtiene lo que necesita para no temer nada en el porvenir, ese dia pediré como único premio que se me permita emplear el resto de mi vida en servir a mis hermanos desgraciados!

—I por qué no lo hace Vd. desde hoi? le preguntó Edmundo. ¿Para qué quiere mas riquezas la Compañía de Jesus, cuando solo en Chile veo que posee muchos millones?

Gaspari sonrió.

—No es con unos cuantos millones con lo que la sociedad puede llegar a su ideal: para eso se necesita un millon de millones.

—Cantidad que no la poseerá jamas.

—No lo tome Vd. a la letra: puede ser mayor o menor. Pero cuando la Orden sea dueño de todas las grandes industrias, de todas las grandes sociedades, de todas las grandes compañías de navegacion, telégrafos i ferrocarriles, entónces, i solo entónces podremos realizar las grandes reformas morales. Pero no nos apartemos, señor Cor-

tés, de nuestra conversacion, pues la noche está mui avanzada i tengo que tomar nota de las órdenes que he dado ahora i hacer otras cosillas urjentes. No quiero exijir a Vd. que me conteste ahora. Medite en lo que le he propuesto i me contesta mañana en mi escritorio, calle de San Antonio. Dígnese pasar por ahí: nosotros debemos ser i nos conviene ser amigos. Por mi parte, con verdadero pesar he tenido que ser su enemigo. Respecto a lo que Vd ha presenciado esta noche i al descubrimiento que ha hecho (un poco rudamente, es cierto, dijo Gaspari sonriéndose), respecto al descubrimiento de que frai Basilio i el ajente de negocios son una misma persona, haga Vd. el uso que guste. Si quiere guardar el secreto como hombre de honor que no debe revelar lo que ha sorprendido a viva fuerza o valiéndose de un engaño, hará Vd. lo que está mas en razon i en su conveniencia; si no, diré a Vd. con anticipacion lo que sucederá.—Por mui bien puesto que esté su nombre en la sociedad, por mas verídico que se le crea, Vd. quedará de embustero o de visionario, pues yo probaré en cualquier dia, con las firmas mas respetables de Valparaiso i Santiago, que el padre Basilio Vivanco ha estado en el puerto a tal dia i tal hora, i que el ajente de negocios ha estado en Santiago el mismo dia i a la misma hora. Mas haré aun, pues todo está arreglado para eso: frai Basilio Vivanco con don Lorenzo Gaspari se pasearán juntos en la Plaza de Armas en una tarde anunciada de antemano a fin de que ocurran todos los que quieran convencerse de la falsedad de sus aseveraciones.

Edmundo se sonrrió creyendo que lo último no pasaria de una amenaza o una paparrucha.

—¿Cree Vd., le preguntó Gaspari, que yo abria adoptado un disfraz si no tuviese la facilidad de arrostrar cualquier evento? Vd. puede convencerse por sí mismo, señor Cortés, si así lo quiere; inter tanto, i si Vd. no tiene alguna cosa que ordenarme, daremos por terminada nuestra entrevista.—A propósito: ¿quiere decirme cómo ha entrado? Aunque nó, es inúti : desde que ha venido en lugar de otra persona, es porque ella le ha proporcionado la contraseña i le habrá dado algunas indicaciones.

Edmundo no quiso que inocentemente fuese a tener algo que sufrir la persona a quien debia haber sido dirijida la esquela que recibió Lay, i dijo al punto a Gaspari:

—Protesto a Vd. bajo mi palabra de honor, que no tiene culpa alguna de que yo esté aquí el que debia entrar con la frase: PASO A LA INDUSTRIA! i con la contraseña «INTELIJENCIA.» Es mui posible que ni aun haya sabido que habia esta noche reunion estraordinaria.

—Es estraño! murmuró Gaspari con ademan pensativo. No sé, francamente, cómo puede Vd. haber entrado aquí! En fin, sea de una manera u otra, lo cierto es que no me pesa, pues yo pensaba invitar a Vd. para que hubiéramos tenido una conversacion; así, no quiero preguntar a Vd., ni cómo ha salido de la bodega de las Higueras, ni cómo ha llegado hasta aquí. Medite Vd. mucho, señor Cortés, en lo que le he propuesto, i parta, ademas, de la base de que yo no consentiré jamas que la falta de Matilde se divulgue, i que aunque sea necesario apelar a un terrible

crímen, yo apelaré a él para mantener intacta nuestra reputacion.

—Piense Vd. tambien, replicó Edmundo, en que su crímen no quedaría impune.

Gaspari se sonrió de esa manera desdeñosa, fria, que le era habitual.

—Todo crímen, señor Cortés, puede quedar impune si se sabe cometer.—Que pase Vd. una feliz noche, es mi deseo, agregó el ajente, i que se resuelva a pasar mañana a mi escritorio.

—Ya nos veremos pronto, dijo Edmundo; pero no para unirnos sino para aclarar variar puntos que Vd. aun no ha podido esplicarme.—Hasta luego, señor Gaspari.

—Hasta mañana, señor Cortés.

Edmundo salió a la sala contigua no sin causar una viva sorpresa al empleado que repartia las caretas, quien al verlo sin ella, i como el jóven atravesase la pieza sin decirle una palabra, tomó una pluma i escribió:

«El de la saya número 8 no ha salido cubierto i he podido conocerlo. No ha devuelto ni su saya ni la careta.»

CAPITULO LXVII

Griselda

En aquella misma noche, escenas de bien distinto jénero tenian lugar en la calle de las Monjitas.

La hermosa i festiva Griselda ocupaba un pequeño pero elegantemente amueblado salon iluminado con la luz de una valiosa lámpara de bronce i cristal.

Un vestido blanco cubria su airoso cuerpo i una azucena del mismo color parecia sujetar cerca de su frente una parte de su blonda i profusa cabellera.

Sus labios conservaban aun una lijera huella de la dura reprension del Tirano, i sus ojos se fijaban distraidamente en un libro que mantenia abierto sobre una mesa de centro en la cual se apoyaba.

Griselda queria leer, pero no podia conseguirlo. Mil pensamientos vagos, informes, sin hilacion, aparecian i desaparecian de su mente. Por primera vez se apercibia que estaba sola en aquella casa, sin mas compañía que la de las criadas i la de su padre, que pasaba la mayor parte del dia en la calle. Recordaba constantemente a su madre i parecíale que si viviera, reiria i lloraria en su regazo. En una palabra, Griselda sentia ese vacío, ese algo sin nombre, o con nombre demasiado significativo, que el hombre i la mujer sienten una vez por lo ménos en la vida.

Serian las ocho de la noche cuando, despues de oirse que llamaban suavemente a una puerta que daba al pasadizo, aquella se abrió para dejar paso a don Leonídas Alvaro.

El Tirano se quitó el sombrero i, deteniéndose un instante, miró a su hija con esa especie de adoracion con que siempre la contemplaba. Su ceño duro se dulcificó: su mirada desdeñosa i punzante—si así podemos decir—se hizo tierna i halagadora.

El Tirano, cambiando de fisonomía a la vista de su hija, parecia al furioso lebrel (1) que gruñe i eriza su cuello al sentir los pasos de una persona, pero que al reconocer a su amo, sus pupilas se enternecen, su aspecto hosco se dulcifica i bate la cola en señal de cariño i sumision.

Así el Tirano, adusto i fiero para todos, como ya lo hemos dicho, era dulce, amable, humilde con su hija.

---

(1) Perdónesenos la comparacion en fuerza de la costumbre que hai ya de comparar a los seres racionales con los irracionales.

—Buenas noches, Griseldita, dijo a la jóven despues de contemplarla un momento.

—Buenas noches, papá, repitió Griselda cerrando el libro i poniéndose de pié.

Don Leonídas arrojó su sombrero i su caña de Indias sobre una silla i se acercó a la jóven diciéndola:

—¡Vamos, hijita... ¿por qué te pones de pié i no marchas a mi encuentro? Es que piensas no darme el beso de obligacion?

Griselda avanzó dos pasos, apoyó las manos en los hombros del Tirano i le dió un beso en la frente.

—Pues yo te pago con dos, le dijo don Leonídas besándole ámbas mejillas.

En seguida, ocupando una silla frente a la de su hija:

—¿Qué leias, hijita? le preguntó.

—Ni aun lo sé, contestó Griselda: encontré ese libro en la pieza suya i lo tomé para no dormirme.

—¿Te aburres hijita?

—¡Como estaba tan sola!... dijo la jóven sonriendo tristemente.

—Tienes razon; te tengo mui sola i es necesario que busquemos alguna amiguita que te acompañe. ¿Te parece bien?

—Lo que Vd. guste, papá.

El semblante del Tirano se entristeció.

—¿Por qué me tratas de *usted?* preguntó a su hija. ¿Acaso me guardas resentimiento todavía, que ya no eres la misma de ántes?

—Nó, papá, contestó la jóven mirando fijamente a su padre i con voz llena de sinceridad. No guardo a Vd. el

menor resentimiento, sino que, desde ese dia, he meditado i aprendido muchas cosas que no sabia.

—¿I qué has aprendido, hijita?

—Que los hijos deben amar i respetar a sus padres; que no deben tutearlos, sino, por el contrario, tratarlos siempre con respeto i obedecerles con sumision. Eso, papá, es lo que he aprendido, i por lo que Vd. me verá así, callada i respetuosa en lo sucesivo. ¿No es así como agradaré a Vd.?

—Nó, Griseldita: yo estaba acostumbrado a verte alegre, decidora, a oir que me tuteabas, a recibir i contestar tus chanzas, a jugar contigo algo así como con una hermanita menor, i ahora no puedo acostumbrarme a que me trates de *usted*, a verte sério, a no ser regañado por tí.

—Sin embargo, papá, es necesario que así sucedá. Conozco que es mui malo eso de que los padres se familiaricen tanto con sus hijos que éstos lleguen a mirarlos así como a un hermanito mayor, cual dice Vd., porque llega un momento en que los hijos olvidan que hablan o contradicen a sus padres, i éstos, a su vez, quieren recobrar de improviso los derechos que tienen como tales.

—Es justo tu reproche, hijita; pero ya te lo he dicho: obré mal, mui mal, i es ya casi cruel en tí que me lo recuerdes!

—Perdóneme, papá: no he tenido la menor intencion al hablar de ese modo; i mi atrevimiento i su castigo han sido una cosa lójica i natural de la manera indebida como nos tratábamos. Para no digustar a Vd. en lo sucesivo, me he propuesto no olvidar jamas que Vd. es mi padre.

—Aunque lo niegues, Griseldita, tú no me perdonas aun que te tratara tan rudamente, dijo Alvaro con acento que revelaba mas sentimiento que enojo.

—Nó, papá: juro a Vd. por la memoria de mi madre, que en vez de estar resentida, me siento arrepentida. ¿No fué Vd. justo al castigarme?....

—Dejemos eso, hijita: dejemos eso, que me hace mal. Yo te juro tambien que no estaré contento si no vuelves a ser la misma de ántes. ¡Estaba tan acostumbrado a tus locuras, a tus regaños, a que me contradijeras!... Seria malo talvez; no lo dudo: yo he visto que todos los padres son tratados como reyes por sus hijos; pero yo no gozo así... nó, mui léjos de eso; i cuando llego a mi casa, odiado por esos hombres que me importunan, fatigado por el trabajo, bien compensado me sentia con que tú me saltaras al cuello o me negaras tus cariños porque no me habia mudado camisa... Sí, yo gozaba con todo eso, era feliz!... Si tú no lo quieres ahora, acabóse: me haces pagar caro, sí, mui caro, hijita, mi...

Los labios de don Leonídas balbucearon a media voz la conclusion de la frase. Su acento era trémulo i se habia conmovido demasiado.

Griselda se levantó i se acercó a él en el acto, i echándole los brazos al cuello, le dijo con voz tierna i cariñosa:

—Vamos, papá: ¿por qué esa pena? cree Vd. que yo le amo ménos ahora? Solo que he reflexionado mucho, i no sé por qué me he fijado en que ya no soi chiquilla i que debo portarme de otra manera; pero en el fondo, seré la misma i mejor ahora que ántes, pues no le daré en nada

que sentir!... ¡He hecho tantos nuevos i buenos propósitos! Oiga: en lo sucesivo no seré tan gastadora ni tan ociosa; procuraré ser económica, ahorrativa, i seré, en fin, una verdadera dueño de casa.

—¡Económica! repitió don Leonídas cada vez mas enternecido. ¿I para qué trabajo yo entónces sino para que te des gusto, para que botes, para que hagas lo que quieras con mi dinero? Oye: si el otro dia me opuse a que dieras esa pulsera, si me indigné, fué porque no puedo transijir con los que no pagan; pero si encuentras placer en pagar las deudas de los tramposos, hazlo en buena hora, yo no me opondré mas. En eso te parecerás a tu madre, que siempre estaba conmigo erre que erre para que no llevara a la cárcel a los deudores. Así, si tú quieres que esté contento, que no sufra pena, trátame como ántes, tutéame, pues eso me rejuvenece el corazon.

—Bien, le dijo Griselda: lo haré cuando estemos solos, pero no ante la jente; i por lo demas, ya verás que tu hijita será mejor, mucho mejor que ántes... ¿Hablemos de otra cosa?

—De lo que tú quieras, hijita, contestó Alvaro sentando a la jóven sobre sus rodillas al mismo tiempo que con el brazo derecho rodeaba su diminuta i jentil cintura.

—Has trabajado mucho hoi?

—Así, así; perdí mas de dos horas siguendo a un badulaque que no queria decirme su domicilio, hasta que logré saberlo. Despues, hice notificar a otro i fuí en seguida a recibir el pago de un tercero. A propósito: tengo ya los quinientos pesos para tu collar; ¿quieres que vamos a traerlo? Aun estará abierta la joyería.

—¡Ah! nó, ya no quiero ese collar: he visto otras cosas mejores. Guárdame esa plata para despues.

—Pero tú estabas loca, hijita, por ese hermoso collar. ¿Por qué no lo quieres ahora?

—Ya no me gusta, i puedo gastar ese dinero en otras cosas que me sirvan mas. ¿No quieres tu que yo haga mí gusto?

I Griselda, al decir esto, miró con ternura i aire risueño a su padre.

—Tanto da, dijo éste sacando unas cuantas onzas de oro de sus bolsillos: este dinero es tuyo i eres dueña de hacer lo que quieras con él. Tómalo, i si aun te agrada el collar, cómpralo, pues yo ganaré mas en estos dias i servirá para tus nuevos deseos.

Griselda recibió el dinero lo colocó sobre la mesa, i volviéndose a su padre, le dijo con voz enternecida:

—¡Eres mui bueno con migo!...

Don Leonídas la miró alarmado. Hasta entónces Griselda le habia pagado sus dádivas con transportes de júbilo, con locas caricias.

—Pero qué tienes, hijita? le preguntó alarmado. ¿Por qué te entristeces?

—¡Si no estoi triste! le dijo ella apoyando la cabeza en los hombros de su padre. Es que hasta ahora no habia conocido cuánto me amas i yo tampoco habia sabido corresponderte!

Al espresarse así, trataba de sonreir, pero dos lágrimas que brillaban en sus azules pupilas, le daban un aspecto encantador.

—¡Tonta!... balbuceó Alvaro. ¡Estás mui tonta hoi!...

I a su vez, él tambien sentia mas dilatado, mas lleno, mas henchido de gozo el corazon.

Hubo un corto rato de silencio.

Era que el corazon del padre i de la hija hablaban ese lenguaje mudo pero sublime que no se espresa con palabras ni encuentra sonidos aparentes en las armoniosas inflexiones de la voz.

Griselda fué la primera en hablar al cabo de un instante.

—Díme, le dijo aplicando sus sonrosados labios en la frente de su padre como para dispertarlo de su arrobamiento. Díme ¿por qué no descansas algun tiempo ya que hai ese dinero? He oido quejarte varias veces de cansancio.

—¡Ah! sí; pero es lo cierto que no sabria qué hacer si no trabajo.

—Pero al ménos no te ajites tano: puedes enfermarte. ¿A qué afanarse por ganar tanto dinero? Me prometes que trabajarás ménos?

—Sí, sí, ya veremos eso.

Hubo un nuevo rato de silencio.

Esta vez, por que Griselda no sabia como hacer una pregunta a su padre. Por fin, con voz que en vano se esforzaba por hacer tranquila e indiferente:

—Díme, le preguntó: ¿te pagó ese jóven... ese jóven que me dijiste que habia salvado la vida a un amigo... ¿te acuerdas?...

—¡Ah! ¿Valentin Castro? dijo don Leonídas.

—Sí, ese, contestó Griselda echándose un tanto para atras i haciendo ademan de levantar algunas hebras de

cabello que no habia en su frente, para ocultar el vivo encarnado que coloreaba sus mejillas.

—Ya está seguro, contestó el Tirano sonriéndose. Esta mañana ha sido llevado a la cárcel.

—¡A la cárcel! balbuceó Griselda cambiando acto continuo de colores i poniéndose pálida hasta los labios.

—Pero pagará pronto, dijo Alvaro sin notar los trastornos de su hija. Apénas un amigo de él sepa que está en la cárcel, pagará. Así, no hai mas que esperar que éste venga a Santiago, pues segun he sabido se ignora su paradero.

Griselda hacia violentos esfuerzos para dominar su emocion; i temerosa de que su padre la apercibiera, con el pretesto de ir a preparar una taza de café, salió del aposento.

CAPÍTULO LXVIII

El joyero Couvert

Al dia siguiente, apénas don Leonídas se fué a sus ocupasiones, Griselda hizo venir a una sirvienta i le dijo:

—Anda a la joyería del señor Couvert i C.ª,—ya sabes, adonde hemos ido otras veces—i díle que me haga el favor de venir un momento; pero que sea en el acto.

Un cuarto de hora despues, la sirvienta volvia acompañada de un estranjero mui rubio, mui bien afeitado i mui bien vestido, alto, un tanto flaco, de mirada sagaz i cuya fisonomía en jeneral revelaba intelijencia.

Este era el señor Couvert, primer joyero de la capital, i cuyo nombre conoce ya el lector por haber figurado entre los ajentes comerciales de los jesuitas.

Griselda le hizo entrar a su tocador i, despues de recibir i de volver los finos i reiterados saludos del joyero, le dijo:

—Lo he llamado, M. Couvert, porque deseo deshacerme de una parte de mis alhajas.

—¿La señorita quiere cambiarlas por otras mejores de mas valor artístico, mas de moda?

Tengo un surtido precioso en ricas i valiosas piedras!

—Necesito dinero, i eso en el acto, ahora mismo, contestó la jóven.

M. Couvert hizo un jesto de disgusto, porque en un cambio veia la posibilidad de ganar mas que en una compra.

—¡Lo veremos!... dijo. Acabo de recibir un gran surtido i tengo muchas alhajas i poco dinero. Sin embargo, veamos: Vd. ha sido una de mis principales consumidoras i es mui justo que ahora satisfaga sus deseos.

Griselda abrió una cómoda i comenzó a sacar diversas joyas, hasta el estremo de poner la cubierta como un muestrario.

—Elija Vd., dijo a Couvert.

¿Qué cantidad necesita la señorita?

—Tres mil pesos.

—Oh! es bastante!

—Sin embargo, 3,000 pesos he dado a Vd. por cuatro o cinco de esas joyas.

—Si, señorita... Pero cuando uno compra, solo paga el valor intrínseco de la obra, es decir, el oro i las piedras, sin hacer cuenta del valor del trabajo, porque debemos ponernos en un caso, demasiado frecuente, de tener que

fundir el oro para darle una nueva forma, i tener que desmontar las piedras para darles otra colocacion. En este sentido, yo podria resolverme a hacer a Vd. una oferta.

—I bien, hágala Vd. pronto.

—Yo daria a Vd. por todo esto... hai muchas alhajas que ya no se usan, que valen casi nada...

—Omita Vd., señor Couvert, esas reflexiones: son inútiles.

—I bien, señorita; yo daria a Vd. por todo... ¡Vaya una cantidad en números redondos!..... Daré a Vd. 2,800 pesos!

Una chispa de indignacion brilló en las pupilas de Griselda, i despues de mirar un instante a Couvert, sin decirle una palabra, se dirijió a la puerta i llamó a la misma sirvienta que habia ocupado ántes.

—Ve a la joyeria de don Absalon G., le dijo, i dile que me haga el favor de venir un momento, que puede convenirle.

—¿Adonde ese joyero que dicen que es judio, señorita? preguntó la muchacha.

—Sí, contestó Griselda, i volviéndose a Couvert, le dijo: Hemos concluido, caballero. Perdone que le haya molestado...

—Llame Vd. a la sirvienta, señorita: yo no consentiré que ese judio vaya a tener de mis joyas a venta.

—Griselda hizo aguardar a la criada.

—¿Cuánto quiere Vd., señorita, por estas joyas? la dijo Couvert.

—No es mi intencion venderlas todas, contestó la jóven.

Se acercó a la cómoda, apartó una caja que contenia una diadema, dos pendientes, dos anillos i una pulsera; luego otra con las mismas piezas ménos la diadema, i por fin, una tercera con varios prendedores, cadenas i anillos.

—Todo esto, dijo la jóven, ha importado mas de 7,000 pesos: la mayor parte son alhajas de mi madre. Las daré a Vd. por los 3,000 pesos que necesito. Si o nó, caballero, para que no perdamos el tiempo.

Couvert valorizó *a ojo* lo que se le ofrecia, i aunque vió que era un buen negocio para él, tomó una pequeña cajita en que habia un solo anillo comprado a él mismo, un mes ántes, en quinientos pesos, i dijo:

—Sea, agregando este anillo.

—Está bien, contestó Griselda: puede Vd. llevar las alhajas, que yo iré a la noche por el dinero. Recomiendo a Vd. el secreto.

—Pierda Vd. todo cuidado, señorita; nadie se apercibirá de ello.

Couvert guardó en los bolsillos de su levita las cajas mas pequeñas, i en un pañuelo las mas grandes, i saludando a Griselda con mil cumplidos, se alejó contento de la compra que habia hecho.

Griselda pasó todo el dia intranquila, sin saber qué le faltaba.

Halló el dia interminable.

El Tirano la vió distraida i creyó notar que tenia los párpados rojos.

La jóven dijo que habia pasado mala noche, que habia

tenido dolor de cabeza, i su padre le aconsejó que se recojera temprano; pero ella dijo que nó, pues deseaba ir a la Catedral, adonde habia cierta funcion que deseaba ver.

El Tirano frecuentaba poco las iglesias, pero ordinariamente sabia cuando habia en ellas funciones, así que le dijo a Griselda que estaba engañada.

La jóven replicó que por lo ménos habria *distribucion* i la aprovecharia para rogar al cielo por su madre.

Aquella piadosa práctica jamas la impedia el Tirano: le habria parecido un crímen no haberlo hecho él mismo cada vez que iba a la iglesia, que era los domingos a hora de misa.

Así, quedaron convenidos en que Griselda iria a la Catedral i él la acompañaria hasta la puerta, adonde volveria hora i media despues a buscarla. Inter tanto, iria a visitar algunos amigos que tenia en el comercio.

Llegada la tarde, Griselda se puso un traje de iglesia, cuidando de ocultar bajo su manto, un ancho i tupido velo.

Don Leonídas, mudado de camisa, con la caña de Indias bajo el brazo, salió acompañando a su hija.

Eran las oraciones.

Griselda sentia palpitar con violencia su corazon.

Durante el camino, Alvaro se dirijió varias veces a ella para hablarle de una u otra cosa, pero la jóven solo le contestaba con monosílabos.

Cuando llegaron al pórtico de la iglesia, la jóven dijo a don Leonídas:

—Vd. me esperará aquí mismo, ¿no es así?

—¡Vd! Dale con Vd! dijo él.

—Ah! perdóname! estaba mui distraida. ¿Me vendrás a buscar aquí, ahora como a las ocho?

—Bien, hijita! rézame una salve: Dios debe recibir con mucho gusto tus oraciones.—Hasta luego!

Alvaro se alejó i Griselda entró al templo.

Las espaciosas naves estaban débilmente iluminadas por algunas velas suspendidas a las gruesas columnas que sirven de pié a los arcos, i aquí i allá se oian los murmullos de los fieles que invocaban al Señor.

La hora, el sitio, sus sentimientos cristianos—innatos en el corazon de la jóven,—la misma causa que la llevaba a la casa del recojimiento i de la oracion, infundieron en ella ese pavor relijioso que tanta impresion causa en el alma de una mujer.

Griselda vaciló ántes de avanzar i estuvo al devolverse; pero reflexionando que no era un crímen lo que meditaba, se halló con suficiente valor.

Llegó hasta el medio de la iglesia i se arrodilló.

Su plegaria fué corta pero fervorosa. La envió al cielo por medio del espíritu de su madre, a quien creia tener siempre cerca de sí.

¿Quién, cuando siente en el pecho una alma pura i llega a esa edad de oro en que un porvenir vago pero risueño se presenta a nuestras ardientes miradas, quién, repetimos, no ha dirijido al cielo un suspiro de amor creyendo que será acojido allá por un sér que en la tierra nos fué querido? Quién no invoca en ciertos momentos solemnes de la vida, la memoria de un padre, de un hermano, de un amigo?

Griselda sintióse con mas brios despues de su oracion, i levantándose, se dirijió a la puerta lateral de la iglesia que da a la calle de la Catedral.

CAPÍTULO LXIX.

El anjel protector

La noche habia entrado por completo, i la jóven, cubriéndose el semblante con el velo que habia ocultado bajo su manton, se dirijió apresuradamente a la calle del Estado.

En dicha calle, a media cuadra de la plaza, estaba la joyería de Couvert i C.ª, en donde entró resueltamente Griselda.

Descubrióse un tanto el semblante para ser conocida, saludó al joyero i éste puso en las manos de la jóyen, despues de devolverle con mucha cortesía su saludo, un pequeño saquito de oro.

—Aquí hai señorita, le dijo, 173 $\frac{3}{4}$ onzas de oro i 2 pe-

sos 5½ reales en plata, que hacen la suma cabal de 3,000 pesos.—Ahora, dígnese Vd., señorita, ver las nuevas joyas que he recibido: son primorosas, del mejor gusto i de un trabajo acabado.

—Vd. me dispensará, contestó Griselda; por ahora no tengo tiempo. Yo vendré con mi padre en estos dias.

Despidióse del joyero i salió a la calle cuidando de bajar el velo para no ser reconocida.

El peso del oro la fatigaba un tanto, i al llegar a la plaza, se dirijió a la fuente que hai en el centro, en una de cuyas gradas se sentó.

En aquel momento traficaban por ahí algunas personas, i Griselda esperó no ser vista por nadie para abrir el saquito i depositar en él algunas onzas mas que llevaba en el bolsillo de su vestido.

Lo diremos de una vez: Griselda habia formado el jeneroso propósito de dar a Valentin con qué pagar su deuda, i al agregar algunas onzas mas a los 3,000 pesos que le habia pagado Couvert, tuvo en vista proporcionarle lo necesario para cancelar intereses i trámites judiciales, que segun habia oido decir a su padre, recargaban siempre las cantidades primitivas de los deudores morosos.

Próxima ya a cumplir su deseo, Griselda se preguntaba por la milésima vez cómo haria llegar a manos del jóven aquella cantidadad. ¿La confiaria al alcaide? Seria el medio mas espedito i mas seguro si ella pudiera descubrirse; pero obligada a guardar el incógnito, ¿no era esponerse a que el alcaide, cuya honradez no conocia, se guardara el dinero i Valentin tuviera que continuar en la cárcel? Cómo probaria ella despues que habia sido engañada?

—¡Yo conozco a Ud!... Ud. es la hija, segun he sabido, de don Leonidas Alvaro!...

Ante estas preguntas, la jóven habia resuelto ir ella misma, bien cubierta, hasta la celda del preso i poner en sus propias manos el dinero. Diria a Valentin que era mandada por un amigo suyo, i trataria en lo posible de no ser conocida. Esto le parecia mui fácil, i así el éxito seria seguro.

No obstante, la idea de tener que solicitar del alcaide (siempre de incógnita) la gracia de entrar a la cárcel; la hora, el lugar, las sospechas que en todos despertaria su inocente i jenerosa accion; todo esto, i esa timidez natural en la mujer, en la mujer jóven sobre todo, era mas que suficiente para debilitar la resolucion de Griselda.

Entre el dilema de perder el dinero o afrontar sus temores, optó por lo último.

Dirijióse a la cárcel temblando de emocion, i con voz balbuciente pidió al centinela que le hiciese llamar al alcaide, el cual no tardó en presentarse con un manojo de llaves en una mano i una linterna en la otra.

Con la última alumbró a la jóven de piés a cabeza, i cuando hubo notado por la elegancia del traje i la riqueza del velo, que se hallaba ante una *señorita*, saludó con una vénia i le preguntó:

—En qué puedo servir a Vd.?

—En una cosa mui sencilla para Vd., caballero, i mui valiosa para mí, contestó la jóven tratando en vano de no revelar en su voz la poderosa emocion que sentia.

Por lo jeneral, el alcaide era un hombre duro e intratable para con los pobres presos i con sus inferiores; pero por lo mismo, se presentaba humano i servil con los je-

fes, sus superiores, o con quienes, por su posicion, se hallaban en mas alta escala que él. Esta miserable condicion sirvió de mucho a Griselda, pues el carcelero, creyéndola una noble dama la dijo:

—Mande Vd., señorita, i si es posible lo que necesita, tendré el mayor gusto en hacerlo.

—Se trata, contestó la jóven, mas animada ya, se trata de que Vd. me permita ver, un solo instante, a un jóven que está encarcelado.

—No hai inconveniente, señorita, si no es alguno que esté incomunicado; i aunque por la hora yo no debia hacerlo, quebrantaré, sin embargo, el reglamento en obsequio suyo.

—Oh! mil gracias!... esclamó Griselda. ¡Yo probaré a Vd. pronto mi gratitud!...

—¿Qué preso es, señorita, el que Vd, desea hablar?

—A un jóven... Valentin Castro...

—Ah! hizo el alcaide i se quedó un momento pensativo.

—¿No es posible? preguntó Griselda, temerosa de ver surjir alguna dificultad.

—Es el caso, señorita, que he recibido recomendaciones especiales respecto a ese jóven; pero...

El alcaide se detuvo i pensó:

—Don Lorenzo Gaspari me ha pagado para que intercepte todas las cartas que ese jóven pueda escribir o recibir; pero nada me ha dicho de las personas que traten de visitarlo. A mas, pueda ser que esta elegante dama me dé, al despedirse, una buena propina. Vamos «no hai que dejar de comer por comer», como decia mi abuela.

Durante el momento de silencio que siguió a las palabras cambiadas entre Griselda i el alcaide, la jóven probó una angustia infinita. ¿Habria sido inútil cuanto habia hecho? Tendria que confiar a la buena fe del alcaide aquel dinero que era la salvacion de Valentin?

—Voi a complacer a Vd., señorita, dijo el carcelero, aun esponiéndome a perder mi empleo. Sígame Vd.: afortunadamente la celda está aquí, al lado adentro de la reja.

Griselda se apoyó en los helados barrotes de la reja ántes de franquearla. La respiracion faltaba a su pecho i el corazon le latia con violencia.

En ese momento habria querido retroceder. Pero ya no era posible, pues el alcaide quitaba la llave a una puerta inmediata.

—Pase Vd., señorita, dijo a la jóven. Aquí es.

Griselda avanzó casi maquinalmente. Desde aquel momento obraba sin darse cuenta cabal de lo que hacia.

El alcaide hizo un ademan para indicarle que podia entrar, i apenas la jóven hubo pasado el umbral, cerró la puerta tras ella creyendo hacerse así mas agradable.

Por un movimiento instintivo, Griselda lanzó una esclamacion de sorpresa i quiso volver atras; pero en el mismo instante, i de un salto, Valentin se habia acercado a ella i la contemplaba con curiosidad.

Griselda se vió, pues, en una situacion por demas crítica, i sus movimientos de indecision, de terror, revelaron a Valentin los conflictos que la jóven sentia.

La pieza era pequeña, i una cama, una pequeña mesa en que ardia una vela, i una silla de totora casi la llenaban completamente.

La cama estaba en el ángulo opuesto al de la puerta i junto a ésta la mesa, a la cual seguia una silla. Así, Valentin, al ver que la jóven miraba al rededor de sí como buscando un apoyo, le acercó un poco mas la silla diciéndola:

—Tenga Vd. a bien sentarse, señorita: lamento no tener otra cosa mejor que ofrecerle.

Griselda habria reusado, pero ya le era imposible sostenerse de pié: tanta era su emocion. Así que, dando un paso hácia la silla, dejóse caer en ella trémula i conmovida. Oh! cuánto habria dado en aquel momento por no allarse allí!

Sus blancas i pequeñas manos no podian tampoco soportar mas tiempo el peso del oro, i temerosa de que se le cayera, alargó los brazos i lo depositó sobre la mesa.

Todo esto fué obra de pocos instantes, pero lo suficientes para que Valentin notara que lás manos de la visitante eran aristocráticas, que cargaban valiosos anillos i que sus brazos, una parte de los cuales quedó visible al depositar el saquito de oro sobre la mesa, eran blancos, torneados i hermosos.

Valentin rabiaba de curiosidad. ¿Quién era aquella jóven? Porque para Valentin no podia ser sino jóven la que tenia un cuerpo tan esbelto, unos brazos i unas manos tan blancos i tan perfectos ¿A qué iba allí?

Dejó pasar un corto instante i, poniéndose frente a ella, le preguntó:

—¿A qué debo, señorita, el honor de esta visita?

—Vengo a... Un amigo de Vd. me ha encargado...

Griselda se detuvo. A pesar de sus esfuerzos, la voz espiró en su garganta.

—¡Pobre chica! se dijo Valentin. ¿Qué será lo que desea, a que vendrá, que tan turbada se presenta?... ¡I no salga yo de la cárcel en un año, si esta niña no es mas hermosa que un sol!

I dirijiéndose a ella, le dijo:

—¡Pero Vd. se halla demasiado conmovida, señorita! Procure calmarse. ¿O teme Vd. que en esta casa no haya quien sepa respetarla? Aunque hasta este momento no tengo la satisfaccion de saber con quien hablo, prometo a Vd. que sus deseos serán cumplidos si es que Vd. se dirije a mí para algo en que pueda serle útil.

—Hablémosle largo, se dijo Valentin entre sí, para tranquilizarla. Aunque bien desearia principiar por levantarle ese maldito velo!

—Gracias, caballero, contestó Griselda dominándose un tanto. Mi venida aquí tiene por objeto dar a Vd... digo mal, entregarle ese dinero...

—¿Adónde he oido yo una voz mui parecida a ésta? se preguntaba entre tanto Valentin.

—¡Ese dinero! repitió éste en voz alta al ver el ademan que hacia Griselda para indicar el saquito que contenia los 3,000 i tantos pesos. ¿I para qué ese dinero, señorita?

—Para que Vd. pague i pueda salir de aquí, ahora mismo.

—¿I quién me da esto? No se habrá Vd. equivocado, señorita? Yo soi Valentin Castro, un servidor i un admirador de Vd. desde hoi, aunque no la conozca.

—Se me ha dicho que a Vd. debo entregar ese dinero, replicó la jóven.

—¡A mí!... ¿I quién, señorita, ha podido molestar a Vd. en esto? Dígame Vd. su nombre para censurarle que por mí haya incomodadó a Vd!

—Se me ha encargado, caballero, que solo diga a Vd. que es un amigo...

—Entonces, señorita, ese amigo no debe conocerme sino por el color de los cabellos, pues siendo de otro modo, habria sabido que yo no recibo favores, i en particular dinero, de una mano anónima.

—¿De manera qué... interrogó Griselda sin atreverse a concluir, tanto temia ella misma que Valentin no admitiera su dádiva.

—De manera, señorita, continuó Valentin con tono respetuoso a la vez que político, de manera que Vd. tendrá que decirle a ese amigo que agradezco, pero que no necesito su dinero!

—¿I si ese amigo tiene un poderoso motivo para ocultarse? preguntó la jóven, cada vez mas contrariada.

—¡Esa voz!... ¡Esa voz!... ¿Adónde he oido esa voz? se preguntaba Valentin fijando una mirada intensa en el velo de la jóven, deseoso de penetrar las tupidas rejillas.

—¡Creo imposible, señorita, que un amigo tome estas precauciones para hacerme ese servicio! No crea Vd. por esto, señorita, que yo dude de su verdad: ¡líbreme Dios de esa profanacion! pero vuelvo a mi primera idea... Vd. debe haberse equivocado de celda o de nombre!... I siendo así, no por eso quedaré a Vd. ménos reconocido por el momento que, como un rayo de luz, ha venido Vd. a iluminar mi triste aposento.

Por favor, caballero, balbuceó Griselda sin saber qué

partido tomar; por favor, no aumente Vd. mi embarazo!... Yo me voi i dejo ahí ese oro, que es para Vd., yo se lo juro!...

Griselda hizo ademan de levantarse.

—¡Un momento, señorita, le dijo Valentin: puesto que Vd. me asegura que es para mí ese dinero, le diré que si Vd. lo deja ahí, ahí quedará i no tendrá para mí otro valor que haber sido tocado por sus manos!

Griselda se hallaba presa de una angustia indecible.

Iba á levantarse, á salir, pero la misma oposicion del jóven para aceptar su obsequio agregaba cierto encanto que Griselda no comprendia, pero que la hizo insistir.

Detúvose, i con esa voz que revela el despecho, el sentimiento, al mismo tiempo que parece suplicar, le dijo:

—¿I si ese dinero lo mandara a Vd. una..... una mujer, una persona que se comprometeria con decir su nombre, con descubrirse ante Vd.?

Esta vez sí que la jóven fué conocida en el acto por Valentin. El acento despechado que daba a sus palabras, era el mismo que dió a su voz cuando, dias ántes, un tanto enfadada por los atrevidos avances de Valentin, habia dicho a éste la hora en que podia encontrar a su padre

Valentin, al descubrir a la jóven, sintió una alegría infinita, i sin darse cuenta de lo que hacia, trastornado po el placer, precipitóse a los piés de Griselda, i así, de rodilas, con el semblante animado por el goce i el reconocimiento, le dijo:

—¡Yo conozco a Vd.!... Vd. es la hija segun he sabido, de don Leonídas Alvaro!... ¡No me diga que nó!... La he reconocido, porque su voz i todo cuanto pertenece a Vd.,

no lo he olvidado un momento desde el dia aquel en que tuve la felicidad de verla i hablarla un instante!... ¿No es cierto que no me engaño? no es cierto que es Vd., sola Vd. quien quiere sacarme de esta prision? ¡Dígamelo, i aceptaré su dádiva al instante!...

—¡Vd. se equivoca, caballero, esclamó Griselda con la voz temblorosa por mil encontradas emociones; Vd. se equivoca!... Yo no soi... yo no...

I al decir esto, se levantó queriendo huir. Pero Valentin, convenciéndose mas aun de su descubrimiento, se apoderó vivamente de una mano de Griselda diciéndole:

—¡No me deje Vd., señorita, ahora que sé con quien hablo! Si Vd. quiere que salga de aquí, que recupere mi libertad, déjeme tributarle mi gratitud; si no—lo juro—no tocaré un centavo de ese dinero!...

—¡Déjeme Vd. .. Yo no soi quien Vd. cree!... esclamó Griselda con creciente terror.

—¡Perdon! le dijo Valentin arrebatándole el velo. Perdon!... pero no puedo soportar mas tiempo el deseo de verla, de repetirle, mirándome en sus divinos ojos, que Vd. es un ánjel!...

Griselda arrojó un grito, se cubrió la cara con las manos i, dejándose caer en la silla, rompió a llorar.

—Oh! esclamó el jóven. Ya sabia que no me engañaba!... Perdóneme, señorita, un crímen que volveria a cometer mil veces si fuera necesario! Es mi corazón quien me ha ordenado proceder así!...

—Déjeme Vd.!... esclamó Griselda verdaderamente indignada. ¡Si hubiera sabido esto, no habria venido jamas donde Vd.!...

Trató de alejarse, echando sobre su semblante el manton; pero Valentin, conmovido con su felicidad:

—¡No se aleje Vd. sin decirme que quedo perdonado! la dijo. Yo mismo no me perdonaria jamas el haberla hecho sufrir!...

—¡Vd. ha abusado de mi posicion!... esclamó Griselda enjugando sus lágrimas.

—¡He obedecido, señorita, a un impulso irresistible, nacido de mi misma gratitud!... ¿Habría podido yo dejarla ir sin conocerla, sin saber quien era ese ser jeneroso que se condolia de mi? ¡I Vd. hasta ahora quiere negarme que es Vd. quien me favorece, quien desea mi libertad!

—¡I bien, si, yo soi quien he querido que Vd. salga de aqui, esclamó Griselda con despecho; pero no queria, nó i aun habria renunciado a darme esa satisfaccion si hubiera adivinado que Vd. trataria de conocerme!... Déjeme Vd. retirarme! No le perdonaré jamas que haya quitado a mi accion la importancia, el goce que yo cifraba en ella!... Adios!...

—Vd. no saldrá de aqui, señorita, replicó el jóven, sin que me haya perdonado o sin que tenga que llevarse nuevamente el oro que Vd. habia dedicado para comprar mi libertad!... Si; porque si Vd. se aleja indignada, si Vd. no ha de llevar de mi sino un recuerdo desagradable, preferiré quedar aqui eternamente, no para lamentar mi falta de libertad, sino para reprocharme el haber concebido por un instante la idea de una suprema felicidad!... Llámeme Vd. temerario, atrevido; pero ya que Vd. está aquí,

ya que se me presenta la ocasion de decírcelo, le confesaré que su recuerdo me ha atormentado desde la hora en que la vi, i que, si eso he sentido cuando solo conocia su semblante, ahora que conozco su alma, que comprendo los sentimientos de su corazon, no podré vivir contento, no podré vivir feliz sin saber siquiera que mi memoria no le es odiosa!... Asi, señorita, si Vd. verdaderamente se interesa por mi, si no quiere humillarme dándome ese dinero como la limosna que se da al pordiosero que sale al camino i nos tiende su mano descarnada, dígame Vd. que me perdona, dígame Vd. su nombre para pronunciarlo eternamente con corazon henchido de gratitud i de amor! De otra manera— lo repito—no aceptaré su jeneroso sacrificio!

—¡Vd. debia haber respetado mi incógnito! le dijo Griselda menos enfadada: debia haber tomado en consideracion mi temor, mi misma turbacion al ofrecerle los medios para que saliera de aquí!

—¿I cree Vd., señorita, que es fácil contenerse en momentos como este? Cree Vd. que yo tengo una roca por corazon? ¡Al contrario: si Vd. se tomara el trabajo de oirle hablar, se admiraria de la elocuencia con que en este momento se dirije a Vd.!... Lo que si, agregó, cediendo, a pesar de la solemnidad de las circustancias, a esos arranques festivos tan naturales en su caracter; lo que si, señorita, que como el intérprete soi yo i no conozco mui bien el idioma de la galanteria, no se traducir las cariñosas frases que él me dicta con sus latidos.

—Terminemos, caballero! dijo Griselda ya he permanecido aquí mas tiempo del que debia. Espero que Vd. no me obligará a volver con el dinero a casa!

—¿Su nombre, señorita? para saber a quién debo devolver esa suma?

—Vd. me comprometeria si tratara de hacerlo! dijo Griselda.

—Vd. me hará rehusar, señorita, si insiste en darme una limosna!

—Jamas he pensado humillarlo: he querido sencillamente neutralizar el mal que ha causado a Vd. mi padre.

—El señor Alvaro, señorita, ha cumplido con un deber i nada mas: yo no le guardaré rencor por ello. Al contrario: de Vd. depende que bendiga el tiempo que pasaré en esta prision; i como conozco que en un minuto mas debemos separarnos, es necesario que ántes complete Vd. mi felicidad. Para esto no exijo otra cosa que su nombre!

La voz de Valentin era tan tierna, tan sincera, tan cariñosa, su mirada tan espresiva, que la jóven no quiso o no pudo negarse mas tiempo a complacerlo.

—Me llamo... me llamo Griselda! le dijo. Espero que al fin me dejará Vd. partir!...

—¡Pero no será ántes, señorita Griselda, de que Vd. me haya indicado adónde podré verla, adónde podré repetirle mis sentimientos de gratitud!—¿Me permite Vd. que vaya a su casa?

Griselda i Valentin se hallaban ya de pié. La primera, aunque vivamente impresionada, parecia mas tranquila.

—Ya he dicho a Vd., dijo, que cualquier paso que dé, me comprometeria.

—No obstante, señorita, despues de lo que ha mediado entre nosotros, será necesario que nos veamos, que nos comuniquemos. Para mí seria mui triste que solo un sen-

timiento de caridad la hubiera traido aquí; i aunque Vd. trate de negárselo a sí misma, le diré que nuestros destinos, desde hoi, deben marchar unidos! Acepto de Vd. ese dinero que me servirá para recuperar mi libertad: lo acepto, no como una dádiva hija de la caridad, sino como un préstamo, como un obsequio espontáneo de la esposa, que el esposo debe volver centuplicado!...

—Caballero!..... balbuceó Griselda acercándose a la puerta.

—He dicho a Vd. cuanto deseaba, señorita!..... Ahora, parta Vd., que yo quedo lleno de esperanzas i deseando probar a Vd., con un amor eterno como Dios, que sé ser agradecido!...

Griselda, con las manos temblorosas, cubrió su semblante con el manton i el velo. Acto contínuo se dirijió a la puerta; pero ántes que la abriese, Valentin le dijo:

—¿I no me da Vd. su mano, señorita? No dice Vd. un adios al pobre prisionero que solo mañana, i gracias a Vd., podrá reivindicar su libertad?

Griselda, sin darse vuelta hácia Valentin, i miéntras con su mano izquierda abria la puerta, le tendió la derecha murmerando:

—Adios!...

—Adios... nó! esclamó Valentin tomando entre las suyas la blanca i pequeña mano de Griselda. Adios, nó!... Hasta luego, amor mio! esposa mia!...

La jóven retiró vivamente su mano i desapareció cerrando la puerta tras de sí!...

Valentin se quedó de pié, inmóbil, contemplando la puerta porque habia desaparecido Griselda. Cruzó los bra-

zos sobre el pecho, i meneando la cabeza en actitud meditativa:

—¡Griselda!... murmuró. ¡Yo te haré tan feliz, tan feliz que bendecirás eternamente lo que has hecho hoi por mí!...

I dió una mirada triste a su alrededor.

—¡Vamos! murmuró a media voz al cabo de un instante. ¿Qué prisionero mas feliz? Quién habrá visto aparecer de repente en medio de la oscuridad de su calabozo, un rayo de hermoso sol, una vírjen mas bella que las huríes que esperan abrazar los imbéciles mahometanos? ¡Lástima que todo haya desaparecido tan pronto!... Su presencia aquí ha sido como la de una blanca gacela que atraviesa el pequeño claro de un bosque, como el rayo de luna que alumbra un instante entre negros nubarrones, como todo eso que fascina, que halaga, que embriaga un segundo, un sólo segundo, i que muere como el crepúsculo en el mar, como una ilusion al despertar!... Pero, ¡vive Dios! que esa ilusion es preciso que se convierta en realidad, que ese sueño sea verdadero!... Es tan hermosa! Creo que me miraria en sus ojos como... ¿Cómo qué?... ¡Diablo! como se miran todos los enamorados!... I luego, ¡qué cuerpo, qué brazos, qué boca de miniatura!... ¿I su voz? oh!.... mas armoniosa—lo apostaria—que el canto del jilguero! ¡I cómo palpitaba su delicado seno!... Pobrecita!...

Valentin se detuvo i, poniéndose las manos en el pecho, sobre el corazon, esclamó:

—¡Vamos, chiquillo!... ¿Qué te ha dado con tanto brincar? ¡Se diria que quieres seguir a Griselda! Pero aun no es tiempo: tranquilízate, que no todo puede hacerse a me-

dida de tu deseo! Te diré con Epicuro: «Absteneos para gozar mejor.» Ya brincarás a tu gusto cuando llegue la hora, pues por lo que hace esta noche, el Tirano nos tiene «como a dos en un zapato». Diablo! i no lo habia pensado!... ¿I el Tirano seria mi suegro?... I bien, ¿i qué? Aunque feo como el pecado mortal, i agrio como la levadura pasada, tal vez sea un buen hombre en el fondo? I vaya que tendrá fondo el futuro suegro!

Valentin se sentó, i aunque ántes de la llegada de Griselda tenia mucho sueño, ni pensó en acostarse tan pronto.

Allá, despues de la medianoche, i viendo que iba a concluirse la vela, a guisa de oracion de ántes de acostarse, esclamó:

—Viva el amor!... Por esta vez, señor Valentin Castro, Vd. no echará tajos i reveses contra los necios que se casan, porque Vd. entrará en ese número!....

Se metió bajo los cobertores, apagó la luz con un soplo i agregó:

—Apostaria ciento contra uno que la cama de Griselda es mejor que la mia!... Vamos, vamos! no hai que pensar en lo que hemos de conocer!... Buenas noches, Griseldita: soñaré contigo, te lo juro!...

.....

Griselda, al salir de la celda de Valentin, se reunió con el alcaide, que la esperaba a pocos pasos de la puerta.

Sin hacer caso alguno de lo que éste le decia, la jóven le rogó que la sacara pronto a la plaza; i ya al lado afuera de la reja, temiendo herir la delicadeza del guardian si le daba dinero, sacó un valioso anillo que cargaba en uno de sus dedos i le dijo:

—Tenga Vd. la bondad de aceptar esta débil muestra de mi gratitud...

—Señorita! esclamó el alcaide, recibiendo el anillo, ¿para qué se incomoda Vd?.... Mil gracias!.... cuando Vd. guste venir, la serviré con el mayor contento!

—¡Gracias, contestó la jóven; solo suplico a Ud. que guarde el mas profundo secreto.

—Lo prometo a Vd., señorita!

Griselda salió a la plaza, se oprimió el corazon i, despues de aspirar con ansias el fresco aire de la noche murmuró:

—¡Dios mio... ¡I lo amo!... Sí lo amo!...

Se dirijió a la Catedral vivamente impresionada, reprendiéndose, por una parte, el haber dado aquel paso, i sintiendo, por otra, una viva satisfaccion del resultado.

El corazon humano será siempre un cúmulo de contradiciones!

CAPITULO LXX

Edmundo da una elocuente prueba de su paciencia.

El tiempo que habia tardado Edmundo en la *casa de las ánimas*, era mas que suficiente para que don Márcos Lay se hubiese aburrido de esperar en la calle de San Francisco; así que el jóven no estrañó no encontrarlo ahí.

Dirijióse a su casa, i al atravezar la Alameda, oyó las doce de la noche.

Por aquel momento no podia, pues, hacer otra cosa que ir a recojer de su criado las noticias de lo que hubiera sucedido en aquellos dias; pero con gran sorpresa de Edmundo, José aun no estaba ahí. Atribuyendo esto a que

su fiel criado andaria buscándolo, leyó por segunda vez las cartas de don Cornelio i Susana i se acostó sin poder atinar con las verdaderas causas que ámbos tuvieran para dirijirse a él en ese sentido; pues conociendo el carácter de don Cornelio i el amor que le profesaba Susana, no comprendia en el primero aquel cambio, ni en la segunda tan rara resolucion.

Al dia siguiente levantóse mui temprano i se dirijió a la casa de don Cornelio, la cual encontró desocupada: preguntó a los vecinos i éstos no supieron darle noticia alguna sobre él. De ahí fué a la casa de Vicente i Valentin i en ambas no encontró tampoco a nadie. Visitó a varios otros amigos que lo eran tambien de aquellos, i nadie pudo indicarle el lugar en que los encontraria. Disgustado, lleno de inquietud, echóse a buscar a los otros hombres que habia ocupado en seguir los pasos de Gaspari i de frai Basilio, i a nadie encontró. Parecia que cuantos habian tomado parte en la lucha con los jesuitas se habian disipado como el humo azotado por un ráfaga de viento.

Edmundo en aquel dia fué a la casa de cuantos conocia, corrió de un lado a otro preguntando por don Cornelio i su familia, por Valentin, Vicente i su criado, i todos sus pasos fueron inútiles. Las únicas noticias que pudo obtener, correspondian a muchos dias atras. Volvió a sus piezas i, sin querer ir a la oficina de Gaspari, escribió a Susana i don Cornelio manifestándoles la necesidad que tenia de hablar con ellos aunque fuera un instante. Estas cartas, segun las instrucciones que habia recibido, las colocó en el correo.

A la caida de la noche, Edmundo se hallaba en su casa

ocupado en formar mil proyectos, cuando un soldado del cuerpo de policía se presentó a él diciéndole que su comandante le rogaba fuese al cuartel a reconocer un cadáver que presumia fuese el de su criado José.

Edmundo fué en el acto i tuvo el sentimiento de ver confirmada aquella desgracia. Segun los datos obtenidos por la policia, el cadáver, horriblemente desfigurado, habia sido encontrado en los arrabales de la poblacion, sin mas ropa que las interiores. Por las huellas impresas en el terreno, se conocia que José, ántes de morir, habia luchado; pero su lucha debió ser despues de encontrarse herido traidoramente en la espalda, donde tenia una terrible puñalada.

Edmundo, para interesar mas a los ajentes de la justicia, les ofreció quinientos pesos si descubrian pronto al asesino; i poderosamente conmovido i triste por la muerte de su fiel criado, volvió a su casa formando mil conjeturas.

Ahí le esperaba un nuevo i mayor disgusto.

Apénas habia encendido una lámpara i sentádose cerca de una mesa de escritorio a meditar en lo que le sucedia, cuando oyó pasos en el zaguan i un instante despues se presentó en el umbral Vicente Jimenez.

Estaba un tanto flaco i pálido, con las pupilas centellantes i los labios contraidos.

—¡Vicente! esclamó Edmundo lleno de alegria i parándose vivamente para ir a echar los brazos al cuello de su amigo.

—¡Al fin te veo! esclamó acercándose a él en actitud de abrazarlo.

—Basta de farsa! esclamó a su vez Vicente estendiendo su mano derecha con ademan imperativo, como para impedir que su amigo se acercara a él.

Edmundo se detuvo i miró a Vicente con sorpresa.

—¿Qué dices? le preguntó.

—Digo, contestó Jimenez con tono lleno de resentimiento, digo que basta de farsa i que no quiero ser mas tiempo tu hazmereir, el objeto de tus burlas, el maniquí ridículo que obra al impulso de tus manos!...

Edmundo miró fija i sostenidamente a su amigo: lo creyó loco i sintió por ello un profundo sentimiento.

—Cálmate, Vicente! le dijo, i hablemos. ¿Qué te sucede?

—I tú me lo preguntas sin palidecer de vergüenza! esclamó Vicente con voz reconcentrada. Se me habia dicho que eras un miserable, un hipócrita, un infame, pero no lo creia aun: esperaba que al ménos tuvieras rubor!.....

Edmundo sintió que la sangre afluia a su corazon, pero se contuvo.

—Tú vienes loco, Vicente, dijo a su amigo con acento tranquilo.

—Sí, loco de furor, repitió aquel; loco de ira con el infame que, bajo la influencia de una amistad que era fementida, ha abusado de mi buena fé, me ha engañado i calumniado!... Estoi loco, sí, pero de rabia al ver tu cinismo, tu repugnante hipocresía!...

—Vicente!... esclamó Edmundo con las mejillas animadas al recibir aquellos insultos.

—No me nombres! le dijo aquel con creciente vehe-

mencia. Hazme el favor de no manchar mi nombre con tus labios fementidos!...

Edmundo se pasó las manos por la frente para dominarse i trató de volver a su asiento a fin de hallarse mas léjos de su amigo. Pero Vicente, con la mirada chispeante, las mejillas pálidas como un cadáver, la voz enronquecida por el furor, se acercó mas a él i, con actitud amenazante, le dijo:

—No huyas, cobarde, porque te pisotearé como a una víbora!

Edmundo se detuyo sintiendo que su prudencia le abandonaba. Sin embargo, hizo un esfuerzo violento sobre sí mismo i, apelando a toda su enerjía, pudo aun decir con voz calmada, casi tranquila:

—Vamos, Vicente! Es necesario que dejes de insultarme i que trates de esplicar lo que sucede! Principia por eso i despues concluiremos por lo que quieras.

—¿Quieres esplicaciones? quieres que te dé tiempo para urdir una fábula, para sincerarte, para que me engañes como me has engañado hasta hoi con tu aire de hombre de honor, de hombre de buena fé? Eso quieres?..... Ja! jajáá!..... Por fortuna vengo prevenido i dispuesto a no escuchar una sola palabra de tus labios!...

La violencia con que hablaba Vicente, impidió que ninguno de ellos oyera pasos en el zaguan, ni se apercibiera de que en ese momento habia llegado Valentin, el cual, al ver i oir el tono i los ademanes airados de Vicente, se detuvo en el umbral.

—Si tal es tu determinacion, dijo Edmundo a Vicente, retírate, i vuelve cuando estés mas tranquilo.

¿Quieres eludir así mi venganza, miserable? Te equivocas, porque no saldré de aquí sin que me hayas pagado los malos ratos que me has hecho pasar! Cómo! Creias que yo, porque era paciente i sufrido, porque aceptaba de buena fé cuanto se te antojaba hacer conmigo, iba a permanecer siempre callado al descubrir tu traicion?...

—Pero de qué traicion hablas, por Dios, Vicente! le preguntó Edmundo. ¿Por qué no te esplicas de una vez? Ya—te lo confieso—se me concluye la paciencia, i acabarás con tus insultos, por hacerme olvidar que eres un amigo a quien he estimado!

—Di un amigo a quien has burlado, a quien has escarnecido, a quien has hecho el juguete de tu infamia!

—No me insultes, Vicente!... esclamó Edmundo, pálido ya de indignacion. Tú no estás loco, nó; i algo mui poderoso, sin duda, te trastorna; pero ántes de esplicarte, no vuelvas, por Dios, a insultarme, porque perderia la paciencia i...

—Eso es lo que yo quiero! dijo Vicente: quiero ver hasta dónde llega tu cobardía i si eres capaz de sufrir simuladamente que te dé de bofetadas!...

—Veté, Vicente! esclamó Edmundo con voz breve: vete!...

—Sí, dijo aquel; me iré, pero no será antes de haberte arrojado el guante, para ver si tienes siquiera la dignidad de recojerlo!...

I diciendo esto, ronco, tembloroso, fuera de sí, levantó una mano, i se acercaba a Edmundo, cuando Valentin, dando un salto, le sujetó el brazo diciéndole:

—¿Qué es eso, Vicente? Qué es eso de arrojar el

guante? Ira de Dios!... Si quieres que te correspondan con otro, aquí me tienes a mí, que te arrojaré, vive Dios! no uno, sino diez, i si te parecen pocos, te arrojaré hasta mi chaqueta! Vamos! vamos, ¿Qué sucede aquí?

—Déjame! le dijo Vicente tratando de desprender su brazo de las manos de Valentin. Déjame castigar a este infame!

—Pero tú estás loco, hijo! ¿Qué víbora te ha picado? A ver, déjame mirarte un momento para dar crédito a mis oidos!... Ira de Dios!... He estado escuchándote durante varios minutos, i aun no he podido creer que seas tú!...

—Me desconoces, ¿no es cierto?

—¿I cómo no desconocerte, hombre de Dios, cuando estás hecho un tiburon, tú, que siempre eres la calma i la paciencia en carne i hueso? I ahí no es nada!... Tú, que crees a todos los hombres unos santos, ahora —ira del cielo!—estás tratando a Edmundo, a tu mayor amigo, de infame, de qué se yo qué! .. Vamos! A tí deben haberte dado vuelta lo de adentro para afuera!

Valentin soltó a Vicente.

Edmundo habia ido a sentarse, dejando la mesa de por medio, i habia apoyado su frente, que ardia, en la palma de sus manos.

—Ese mismo cambio, Valentin, dijo Vicente, rujiendo de cólera, ese mismo cambio que vez en mí, te dará a conocer que cuando así me conduzco, es porque estoi mui convencido de que, el que hasta ahora habíamos considerado como un amigo digno, como un hombre honrado, como un caballero, es un miserable!...

Edmundo apartó las manos de su semblante e hizo ademan de levantarse; pero se contuvo i volvió a colocarse en la misma actitud cuando oyó que Valentin, con voz encolerizada, contestó:

—No mas insultos, Vicente, si no quieres romper tambien conmigo!...

—Ah! tomas el partido de Edmundo porque no le conoces!...

—Tomo el partido de Edmundo—¡ira de Dios!—porque le conozco, así como tomaria el tuyo si fuera él quien te insultara! Eres un chiquillo! un chiquillo con cuerpo de elefante, i veo que para hablar contigo es necesario encerrarte un par de horas miéntras se te pasa el calor! . Vamos! siéntate, hombre, i ve si quieres darte un baño local, de esos que tiran el calor para abajo, pues de lo contrario vas a estallar como un fulminante!

—No te burles, Valentin, esclamó Vicente, porque ahora no estoi para chanzas!

—Ni yo, hijo; pero te veo con el juicio trastornado, loco, loco perdido, loco de atar, i para que no hagas algun desatino, te doi el primer remedio que se me ocurre!

Valentin se volvió a Edmundo i le preguntó:

—I qué ha sucedido al fin?

—Pregúntalo a Vicente, contestó Edmundo: ha llegado insultándome desde un principio i sin querer darme las menores esplicaciones!

—Sucede, dijo Vicente con con voz impetuosa, que lo sé todo, enteramente todo, i que al fin he podido conocer al que se tenia por hombre leal i honrado!

—Dále! esclamó Valentin. ¿No puedes hablar de otro modo? No puedes esplicarte como caballero?

—Es que la medida se ha llenado, es que no puedo contenerme por mas tiempo! esclamó Vicente con voz sofocada.

—Qué medida, ni qué niño muerto, hombre de Dios! .. Tú estás viendo visiones i...

Valentin se interrumpió porque en aquel instante dieron unos lijeros golpes en la puerta.

—¿El señor Edmundo Cortés?... dijo al mismo tiempo una voz suave i melosa.

—Don Márcos Lay! esclamó Edmundo casi con alegria, parándose i dirijiéndose a la puerta.

—Doscientos de a caballo me lleven, se dijo Valentin si este señor barrigudo no es el de la nariz de remolacha que me dijo José!

Edmundo, por una indicacion de Lay, salió hasta la puerta de la calle.

Vengo, señor Cortés, le dijo éste, a llevar a Vd. para que vea i hable con Matilde del Valle; pero ha de ser en el acto mismo: ya esplicaré a Vd. en el camino lo que sucede.

Edmundo se alegró de tener un pretesto para alejarse de Vicente, esperando que la reflexion i, sobre todo, Valentin lo harian calmarse i decir las causas que tenia para obrar de una manera tan inesplicable.

—Podré volver pronto? preguntó a Lay.

En una hora i media o dos horas, si Vd. quiere. Mi birlocho está ahí, en la esquina.

—Bien, dijo Edmundo: espéreme un instante.

Volvió a la pieza, i miéntras se ponia a la cintura un par de pistolas, dijo a Valentin:

—Voi a salir, pero vuelvo luego.

—Adónde vas? yo te acompañaré, pues ese señor colorado no me inspira confianza. Sé que es amigo de Gaspari i del padre Basilio.

—Yo lo sé tambien, pero no te dé cuidado. Se ha unido con migo i él fué quien me sacó de la prision en que he estado i quien me ha hecho otros servicios. Espérame aquí i hablaremos; sobre todo, trata de saber qué sucede a Vicente.

—Ya te lo diré cuando vuelvas, si vuelves!... esclamó Vicente con voz airada.

—Volveré, i pronto, pierde cuidado! le contestó Edmundo.— Hasta luego, Valentin!...

—Espérate, hijo: déjame darte un abrazo, que por la locura de nuestro pobre amigo, no habia podido hacerlo.

Edmundo estrechó con cariño a su buen amigo i le dijo:

—Al ménos tú, buen Valentin, me serás fiel!

—Ya lo creo! contestó el jóven un tanto enternecido Eres mi amigo i «san se acabó!»

Edmundo iba a salir, pero Valentin lo retuvo de una mano.

—Cuidado, hijo, con ese señor de la nariz colorada! Por mas que digas, yo no tengo fe en él. Tantico que descubras en él, métele una bala en la nariz!

—Descuida, descuida, le dijo Edmundo, estrechándole la mano. Te recomiendo a nuestro querido amigo: trata de curarlo!...

Edmundo se reunió con don Márcos Lay, i despues de llegar a la esquina que éste habia indicado, subieron a un birlocho cuyo caballo estaba maneado, i un momento despues se alejaron.

CAPITULO LXXI

El golpe decisivo

Las infernales intrigas de Gaspari nos obligan a precipitar nuestras narraciones a fin de presentarlas al lector, en lo posible, bajo la misma forma i al mismo tiempo que se sucedian.

En una hermosa quinta distante una legua de la poblacion de Santiago, se hallaba don Cornelio del Valle con su hija Susana.

Se habia retirado allí por consejos del padre Basilio, a fin de que la desaparicion de Matilde no fuera notada por los amigos de la familia. El padre Vivanco les habia prometido, ademas, que aquello tendria un pronto desenlace, i que entónces seria tiempo de que volvieran a la capital o tomasen algun otro partido.

Don Cornelio i Susana estaban mui abatidos; pero mas el primero que la última, pues una lijera esperanza la hacia aun pensar que Edmundo fuera inocente.

El padre Basilio les habia prometido probarles hasta la evidencia, que Edmundo, i no otro, era el raptor de Matilde.

Ese momento habia llegado a la oracion del mismo dia en que pasaban los sucesos que hemos narrado en el capítulo anterior, i don Cornelio habia recibido la esquelita siguiente:

«Mi noble i desgraciado amigo:

«Venga Vd. con su hija Susana, pues esta noche debe Vd. tener la prueba ofrecida. Suba al coche que le remito, el cual le traerá a donde lo espera su mas íntimo amigo i capellan.

FRAI BASILIO VIVANCO.»

Susana leyó esta esquela a su padre con voz firme i entera, solo que la palidez de sus mejillas se hizo mas intensa.

—¿Qué dices a esto, hija mia? le preguntó don Cornelio.

—Que debemos ir pronto, padre mio: salgamos de una vez de esta incertidumbre.

—I si te convences, hija mia de la traicion de Edmundo, ¿entrarás siempre a un monasterio?

—Sí, padre mio! ¿Qué haria en el mundo?

La voz de Susana tembló lijeramente al pronunciar las últimas palabras.

—Tienes razon! dijo don Cornelio: yo, a mi vez, buscaré un poco de paz, un poco de tranquilidad, un pequeño rincon donde morir tranquilo, en la casa que me ofrece el buen padre, i en donde estaré al lado de mi hijo Ricardo!

—Lo único que sentiré, padre mio, dijo Susana, es no acompañar a Vd. en los últimos dias de su ancianidad! Ese sentimiento me hace vacilar en algunos instantes.

—Nó, hija! no pienses en eso!... Tú oraras por mí i yo oraré por tí, i de ese modo nuestras almas estarán unidas! ¿Qué nos quedará ya en la vida, si perdemos nuestra fortuna i nos vemos traicionados por el sér que mas amábamos?

Don Cornelio enjugó una lágrima que corrió por sus mejillas pálidas, enflaquecidas, surcadas de profundas arrugas.

Susana se acercó a él, i con voz tiernísima, al mismo tiempo que rodeaba su cuello con uno de sus brazos, le dijo:

—Valor, padre mio!... Tenga Vd. valor!...

I al mismo tiempo que trataba de dar ánimos a su anciano padre, sus pupilas se llenaban tambien de lágrimas, que devoró por un esfuerzo de su voluntad.

—Sí, tendré valor! murmuró don Cornelio. Tendré valor para tomar el último sorbo de hiel! Pero despues, despues quiero absolutamente retirarme del mundo!..... ¿Lo oyes, hija? Si tú quieres mi felicidad, retirémonos adonde,

léjos del bullicio del mundo i sus alevosías, encontraremos quietud, paz i tal vez la dicha!...

—Ya eso está convenido entre nosotros, padre mio! Yo lo que mas deseo es su felicidad!

—Gracias, gracias, hijita mia!

—¿Vamos de una vez, papá? le dijo Susana al cabo de un instante. El coche nos espera a la puerta.

—Vamos, vamos, hija mia, repitió don Cornelio, apoyándose en su hija para levantarse del asiento.

Subieron al coche: Susana esperaba, por una de esas tenaces ilusiones que se apoderan de los desgraciados, que todo se desvaneciera de un momento a otro, i que en vez de confirmarse sus temores, por uno de esos actos providenciales, todo se aclararia, todo tendria una favorable solucion. Que Edmundo, al ménos, fuera inocente! Ella, aunque debiera perderlo, no queria que fuese culpable!

Rodó el coche i llegó media hora despues a una casa que habia en la calle de los Baratillos, entre la de Agustinas i Moneda.

En aquella casa estaba frai Basilio, e hizo entrar a don Cornelio i Susana a un salon que parecia su escritorio.

No bien se habia sentado i principiaba a hablar con ellos, entró un sirviente i le entregó un papel.

«No he podido impedir mas tiempo la salida de don Valentin Castro (leyó frai Basilio), i acaba de salir en este instante.

El Alcaide.»

Frai Basilio o Gaspari—como hemos dicho que seguiremos llamándolo—hizo un levísimo jesto de contrariedad

i, despues de pedir licencia a don Cornelio para salir un iastante, se dirijió al patio i entró a una pieza cuya puerta estaba solo entornada. Permaneció allí unos cuantos minutos, i ya se dirijia a la pieza en que estaba don Cornelio, cuando un nuevo sirviente se acercó a él diciéndole:

—Don Vicente Jimenez, señor, ha llegado a la casa de don Edmundo Cortés.

—Está bien, le dijo Gaspari. Dí a don Márcos que cumpla lo que ya él sabe.

El criado se alejó.

Gaspari entró nuevamente a la pieza de que acababa de salir, i algunos instantes despues volvió al lado de Susana i de don Cornelio.

—Si calculan el tiempo, se dijo, todo me saldrá a pedir de boca.

—¡I bien, amigo mio, dijo a don Cornelio: ha llegado el momento decisivo, i es necesario valor! ¿Qué piensa Vd. hacer cuando se haya convencido de la falta de Edmundo?

—Ah! no lo sé! dijo don Cornelio con ese abatimiento del que ya no sabe darse cuenta ni de sus deseos.

—Creo, dijo Gaspari, que ni Vd. ni la señorita, por dignidad, deben ver a don Edmundo, i bastaria con que le escribieran una carta para darle a saber que ya conocen su villana accion. A mas—i solo en este sentido i bajo la promesa que Vds. me dén de que no procurarán ser apercibidos—yo podré llevarlos a la casa que don Edmundo i Matilde habitan: de lo contrario, nó, pues me comprometeria!

—Haremos lo que Vd. nos indique, padre mio, contestó don Cornelio.

—Siendo así, partamos, dijo Gaspari.

Subieron los tres a una *carretela* que esperaba a la puerta, i Gaspari recomendó al que la guiaba, que marchase lo mas despacio posible, con el fin, dijo, de no molestar a don Cornelio, pero con el verdadero propósito, por cierto, de que don Márcos Lay tuviera tiempo de llegar con Edmundo al sitio en que se hallaba Matilde.

Tres cuartos de hora despues, que Gaspari habia empleado en preparar el ánimo de don Cornelio i Susana para que obrasen a medida de sus deseos, la *carretela* paraba frente a una casa de campo, en cuya puerta Gaspari dió unos golpecitos de una manera particular.

—He tenido que comprar un sirviente de esta casa, dijo Gaspari, para que podamos entrar en ella.

Abrieron la puerta; Gaspari cambió algunas palabras en voz baja con un hombre i entraron en seguida a una pieza, débilmente iluminada por una vela de sebo, que comunicaba con otra cuya puerta estaba lijeramente entreabierta.

Gaspari parecia un tanto inquieto, i durante un cuarto de hora, se ocupó en asegurarse de que ni don Cornelio ni Susana dieran la menor muestra de su presencia en aquella casa, pues de lo contrario le perderian.

El hombre que habia abierto la puerta de calle, volvió a hablar en secreto con Gaspari.

—Está bien: retírate, le dijo éste.

El criado salió i Gaspari hizo seña a don Cornelio i a Susana para que guardaran silencio, miéntras él pasaba a la otra pieza cuyo piso estaba alfombrado, sin duda para apagar las pisadas. Aquella pieza no recibia mas luz que

la que le entraba por la puerta que la comunicaba con la otra, i Gaspari fué a observar por un pequeño agujero practicado en una pared lateral a vara i media del suelo. Despues de un momento, volvió al lado de don Cornelio i Susana i, tomándolos de la mano, les dijo:

—Ya es tiempo! Cuidado con dar el mas leve grito ni hacer el mas pequeño ruido!

Avanzaron mudos, temblando.

Susana por su amor, por sus ilusiones, por su porvenir. Don Cornelio por su hija, por su honor, por Edmundo, a quien aun amaba; i Gaspari, porque aquel paso decisivo que tanto habia preparado, podia con el mas leve contratiempo, ser la causa de su perdicion.

—Mire Vd. por ahí, dijo este último a don Cornelio, indicándole el pequeño agujero que habia en la pared; i Vd., señorita, por aquí, agregó, descubriendo otro agujero como a dos piés de distancia.

Frente al lugar por que don Cornelio i Susana observaban, estaban Matilde i Edmundo sentados el uno cerca del otro i teniendo Edmundo sobre sus rodillas un pequeño niño que acariciaba con ternura.

Don Cornelio i Susana lanzaron un leve grito de indignacion, i Gaspari, tomando a cada uno de una mano, les arrastró a la pieza inmediata.

—No me comprometan Vds., por Dios! les dijo.

Cerró la puerta miéntras don Cornelio se dejaba caer desplomado en una silla i Susana acudia a socorrerlo i consolarlo, ella, que sentia hecho pedazos el corazon.

Gaspari dejó pasar unos cortos instantes, i acercadon

una mesa con recado de escribir al lado de don Cornelio i Susana, les presentó una carta a cada uno.

—Valor, amigos mios! les dijo. I ya que Vds. han puesto en mis manos su porvenir, que yo me encargo de hacer, si no dichoso, al ménos tranquilo, es necesario que tratemos de que don Edmundo cumpla con su obligacion. Lean estas cartitas que he escrito en nombre de Vds., que yo mismo me encargo de ponerlas en sus manos!

—Ah, padre mio! esclamó don Cornelio. Procure Vd. que Matilde, al ménos, sea feliz!...

—Lo será, amigo mio; yo lo prometo a Vd. si hace cuanto yo le indique!

Don Cornelio firmó la carta con mano trémula i sin leerla.

Susana, con la muerte en el corazon, pero sin abatirse por no aflijir mas a su padre, leyó la suya i la hizo pedazos.

Tomó otro pliego de papel i escribió durante unos pocos minutos. Cuando hubo firmado, pasó la carta a Gaspari, que despues de leerla, esclamó:

—Magnífico, señorita!... Está mejor que la que yo habia hecho!...

Un cuarto de hora despues, los tres volvian a la poblacion sin hablar una sola palabra.

Susana i don Cornelio llevaban el corazon preñado de amargura.

CAPÍTULO LXXII.

Abatimiento i esperanza.

HAN pasado tres dias: Edmundo se ha tirado en un sofá, exhausto de fuerzas, abatido, desesperado!...

Hace tres dias que no ha comido ni dormido, i en aque momento acaba de recibir dos cartas: una firmada solamente por don Cornelio i la otra escrita i firmada por Susana.

Edmundo no sabe nada de Valentin, ni de Vicente, ni de Gaspari, ni de nadie, pues cuando volvió con don Márcos Lay de la casa de Matilde, no encontró ni a Vicente ni a Valentin, a quienes no habia vuelto a ver a pesar de sus infinitas dilijencias.

Buscó a don Cornelio i a Susana en todas partes, ofreció valiosos obsequios a los que le dieran algunas noticias, apeló a la justicia i a la policía: nadie avanzó mas que él. Fué a buscar a Gaspari, i supo que habia cerrado su escritorio dos dias ántes para no volverlo a abrir porque se retiraba a descansar. Buscó a don Márcos Lay, i le dijeron que habia partido para Buenos Aires. Se dirijió a la quinta en donde habia hablado con Matilde, i la encontró deshabitada.

Estaba solo, enteramente solo: sin amigos ni enemigos.

Edmundo buscó, buscó, sin embargo: a los primeros, para tener un consuelo; a los segundos, para vengarse de sus sufrimientos.

Pero no encontró ni a los unos ni a los otros.

Tuvo miedo de aquella soledad, de aquel aislamiento. Deseó morir, porque sufria infinito al verse solo, despreciado de sus amigos, desdeñado de sus enemigos, olvidado, en fin, de la mujer que amaba, que debia haber compartido con él sus alegrías o pesares.

I ántes de morir allí, solo, sin tener quien le diera el mas mínimo consuelo, pensó volver a su fundo, en donde al ménos tenia a sus sirvientes que lo amaran.

Tomada esta determinacion, la realizó al siguiente dia, es decir al cuarto de su soledad, i mui de mañana montó a caballo i partió lentamente.

Edmundo llegó a su fundo, triste, cabisbajo i pensativo.

Dos enormes lebreles—guardianes de la casa—saltaron a su encuentro ahullando i gritando de contento.

—Alí! Mustafá!... les dijo el jóven acariciándolos: callad, callad ahora que mi ánimo no está para acariciaros!

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

Los perros se echaban a sus piés i trataban de lamerle las manos.

—Retiraos, retiraos! agregó el jóven haciéndoles a un lado.

Los intelejentes animales adivinaron, sin duda, que sus manifestaciones de contento no eran bien recibidas como en otras ocasiones, i se pusieron a jemir.

—Si, lloren! murmuró el jóven: yo tambien quisiera hacer otro tanto!...

Habia entrado al medio del patio, i un robusto campesino, sombrero en mano, con la sonrisa en los labios i la satisfaccion pintada en todo su semblante, vino a saludarlo.

—¿Cómo te va, Bartolo? cómo está tu salud, la de tu mujer, i la tus hijitos? le preguntó Edmundo.

—Todos bonísimos, señor: ahí tiene a la Peta, que viene a saludarle con todos los niños.

Una mujer morena, bien formada, corria, rodeada por cinco chiquillos, al encuentro del jóven.

—El patron! el patron! habia esclamado; i los niños, gritando, palmoteando las manos, la habian seguido, tomandose unos de sus vestidos para no caer, corriendo otros adelante para llegar los primeros al sitio que ya ocupaba su padre.

—Ah, mi buena Peta! murmuró Edmundo. ¿Cómo está tu salud? I Vds? agregó acariciando uno por uno a los pequeñuelos. ¡Vaya! todos están buenos, gordos i contentos!... Me alegro!...

—Pero Vd. está flaco i pálido, señor! dijo la mujer con

gran solicitud: ¿viene enfermo? quiere que le hagamos u remedio?...

—Gracias, hija; no traigo nada. Lo aires de Santiag son malos; eso es todo!

—Ai! bien le decia yo a Bartolo que Vd. debia est enfermo i por eso se habia demorado tanto en venir! Pe ya no se irá tan luego, ¿no es cierto, señor? Está mui p lido i concluido!

—Quién sabe, hija: ya veremos!

Edmundo se apartó de Peta i se dirijió a sus habitaci nes, sin mirar siquiera el hermoso jardin que rodeaba la casa. ¿Qué le importaban las flores cuando llegaba si *aquella* para quien habian sido plantadas i cultivadas?

Edmundo lanzó un triste suspiro al entrar a la primera pieza: los muebles estaban cuidadosamente sacudidos i conservados: ni una mancha de polvo, ni una paja. La hacendosa Peta se habia hecho cargo de mantener siempre aseadas las habitaciones, i habia llenado escrupulosamente su cometido.

Edmundo habia querido dar dos sorpresa: una a Susana llevándola a su casa de campo, i otra a su servidores presentándoles de improviso a su esposa para decirles:

—Vaya, mi buen Bartolo, mi buena Peta: os present a mi mujercita. Al ver a Vds. tan felices, me ha dado en vidia i me he casado. A mas, Vds. eran dos i yo uno; as es que no podia aprovechar el cuidado de los dos: ahor será distinto, pues Bartolo me servirá a mí i Peta a Su sana.

¡Pero Edmundo llegaba solo, a la caida de la tard cuando él habia pensado llegar acompañado, a la sali

del sol, cuando aun se siente en nuestras sienes el amoroso aliento de la aurora!

¡Habia salido lleno de esperanzas i llegaba lleno de decepciones!

Bartolo acompañó a Edmundo hasta la puerta de las casas.

—Déjame descansar, Bartolo, le dijo el jóven.

I dirijiéndose al departamento que habia hecho adornar para Susana, llegó hasta el umbral de la primera puerta i se detuvo.

¿A qué iba allí, cuanto todos esos muebles, todos esos cuadros, todos esos pequeños objetos que él habia comprado adivinando los gustos de la mujer, estaban allí como pidiendo no se les dejara en olvido?

Edmundo se oprimió el corazon i se alejó con despecho. Marchó hácia el gran jardin que habia detras de la casa, circundado por un pequeño lago en cuyo centro se levantaba una pequeña isla tapizada de plantas i de flores. Un blanco bote se mecia en las cristalinas aguas del lago, i multitud de cisnes, de patos reales i otras aves de hermoso plumaje, cruzábanlo en todas direcciones.

Edmundo se sentó en la escalinata que servia para saltar al bote, i allí, apoyando la frente entre sus manos, se entregó por completo a sus dolorosas meditaciones.

No tardaron en acudir las aves de la laguna, i con sus gritos, sus graznidos, parecian dar la bienvenida a su señor.

—Dejadme! les dijo Edmundo espantándolas. Yo os habia acariciado, yo os habia domesticado para que vinie-

rais a saludarla a *ella*, a besar con vuestro pico empapado en agua, su pequeña mano que os habria acariciado con amor! Pero ella no está aquí i no vendrá jamas, i yo no quiero que vosotras me recordeis el bien que perdí!..... Mañana, ahora, secaré esta laguna que ya no ha de reflejar su sonrisa, i vosotras, aves que he criado pensando en ella, os ireis adonde querais! Yo no os necesito ahora, porque el veros me causa insufrible tormento!

—Ah! esclamó Edmundo mirando el blanco bote, en cuya popa habia hecho colocar blandos cojines forrados en terciopelo. Ah! ya no mecerá a mi Susana, ni yo correré tus remos para hacerte avanzar! Bien pronto el agua no humedecerá tu quilla, i el sol te hará trizas con sus rayos!... Hoi nada quiero que me recuerde mis ilusiones! nada que me diga: Esto lo hiciste para ella.—Así, cisnes que nadais rebosando de alegría, flores que os levantais embalsamando el aire con vuestros purísimos perfumes, isla en que erijí un pabellon pensando visitarlo con la que adoro, bien pronto morireis como han muerto todas mis esperanzas!

El sol principiaba a ocultarse en el poniente, i Edmundo se volvió a las habitaciones.

En un ancho corredor que daba vista al jardin, habia tres jaulas, cada una con un jilguero. Edmundo les habia enseñado a venir a picarle la mano por entre la rejilla, i en aquel momento las avecillas comenzaron a llamarlo.

—¡Ah! esclamó el jóven; vosotras tambien sereis libres, pues ya no tendreis ningun oido a quien halagar i embebecer con vuestras armonías!

Tomó una jaula i abrió la puerta.

—¡Vuela, inocente avecilla; recobra la libertad que yo te habia quitado para que alegrases con tus cantos a mi Susana!

—¡Tú eras el mas guapo i el que has estado mas tiempo preso, dijo al segundo: sé feliz, ya que tu dueño no puede serlo!

—I tú, dijo al tercero, cuyos trinos me embelesaban pensando cuánto agradarian a mi Susana, vete tambien! Mi desventura a álguien debia aprovechar!...

Los tres jilgueros fueron a posarse en la rama de un árbol. Edmundo entró a sus habitaciones, donde pasó ocho dias sumido en la mas amarga desesperacion.

Sus fuerzas principiaban a estinguirse, su razon en algunos momentos se trastornaba, i dia a dia mandaba a Santiago para ver si obtenia algunas noticias de sus amigos.

Pero en lugar de esperanzas recojia nuevas decepciones; i Edmundo, anonadado, triste, perdida ya toda esperanza, habia resuelto dejarse morir, cuando una tarde, a puestas de sol, i cuando ya se preparaba a irse al lecho, entró al patio de la casa un jóven montado en un caballo jadeante cubierto de espuma i de sudor,

sin hacer ningun caso de

Despues, apartándolo un tanto, le miró i, con voz alarmada, esclamó:

—¡Pero tú, hijo, ya no tienes carnes!... Ira de Dios!... ¿Habias pensado, por ventura, morirte?

Edmundo se sonrió tristemente i dijo:

—¡Bien poco tengo que esperar en la vida!...

—¡No seas loco!... Ahora es cuando debes esperarlo todo!... Sabe que vengo de EL SUBTERRÁNEO DE LOS JESUITAS!...

—¿Qué dices? preguntó Edmundo, admirado.

—Lo que oyes; i te traigo un manuscrito que debe ser curiosísimo. Pero abrázame, hombre de Dios!... Por esta vez, sí, que no me despego de tí hasta que Dios nos lleve juntos, aunque sea al paraiso infernal!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

			PÁJINAS.
		Prólogo	5
Capitulo	I	Una nubecilla que presajia tempestad.	9
—	II	Un amigo portador de malas noticias	25
—	III	Dos aliados que por el momento no sirven	33
—	IV	Un protector	41
—	V	Un enemigo leal	51
—	VI	Dignidad	63
—	VII	Carta de Matilde a Susana	69
—	VIII	Un lazo	73
—	IX	Continuacion del anterior	79
—	X	Las preocupaciones de antaño	85
—	XI	El ajente de negocios	97
—	XII	Una sociedad estraña	105
—	XIII	Las ánimas triunfan	125
—	XIV	Valentin se enfurece	133
—	XV	Revelaciones	139
—	XVI	Carta de Anjel a Edmundo	149

—	XVII	La obediencia en los clautros	155
—	XVIII	Distribucion de papeles	165
—	XIX	Consejos cristianos	183
—	XX	Segunda visita del padre Basilio	195
—	XXI	Una carta	203
—	XXII	El amor de padre	215
—	XXIII	Ver i creer	223
—	XXIV	El sacrificio de una madre	237
—	XXV	Consecuencias del crímen	251
—	XXVI	Un nuevo lazo	263
—	XXVII	Una visita inesperada	269
—	XXVIII	El espionaje justificado	277
—	XXIX	Consejos de amigo	285
—	XXX	Decepciones de un padre	293
—	XXXI	Un recuerdo de ternura	303
—	XXXII	Confidencias	307
—	XXXIII	Memorias de Anjel	317
—	XXXIV	Unos censuran lo que otros aplauden	337
—	XXXV	La caida	355
—	XXXVI	Un nuevo ajente de policia	367
—	XXXVII	El anónimo	379
—	XXXVIII	Valentin	389
—	XXXIX	El ajente i sus negocios	397
—	XL	Ambiciones de un viejo	407
—	XLI	Astucia contra astucia	443
—	XLII	Lo que se alcanza con un poco de resolucion	457
—	XLIII	«Donde las dan las toman»	469
—	XLIV	Vicente en campaña	479
—	XLV	Vicente i Gaspari	489
—	XLVI	El jefe de taller	501
—	XLVII	Dos que bien se merecen	517
—	XLVIII	El leon domado	527
—	XLIX	La deuda de Valentin	537
—	L	Inflexibilidad del tirano	543
—	LI	Lo que puede la avaricia	549
—	LII	Una historia del pasado	559

—	LIII	«El fin justifica los medios»	581
—	LIV	Un protector	595
—	LV	Ilusiones que despierta una carta	603
—	LVI	Rosita B***	615
—	LVII	El plan de Rosita	631
—	LVIII	El ajente i el Tirano	647
—	LIX	Valentin toma la revancha	655
—	LX	El ajente jesuita	681
—	LXI	Las dos cartas	693
—	LXII	Cartas de Susana i don Cornelio	705
—	LXIII	La sociedad misteriosa	715
—	LXIV	Las órdenes secretas	735
—	LXV	El presidente de la sociedad	743
—	LXVI	Una alianza propuesta por Gaspari	765
—	LXVII	Griselda	781
—	LXVIII	El joyero Couvert	791
—	LXIX	El Anjel protector	799
—	LXX	Edmundo da una elocuente prueba de su paciencia	817
—	LXXI	El golpe decisivo	825
—	LXXII	Abatimiento i esperanza	837